

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Amor, género y clase social: la experiencia de los adultos jóvenes en la
ciudad de Madrid**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

María Concepción Castrillo Bustamante

Director

Ramón Ramos Torres

Madrid, 2016

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**



TESIS DOCTORAL

Amor, género y clase social.

La experiencia de los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid

Memoria para optar al grado de Doctora
María Concepción Castrillo Bustamante

Bajo la dirección del doctor
Ramón Ramos Torre (UCM)

Madrid, 2015

**Amor, género y clase social.
La experiencia de los adultos jóvenes en la ciudad de
Madrid**

Memoria para optar al grado de Doctora
María Concepción Castrillo Bustamante

Bajo la dirección del doctor
Ramón Ramos Torre (UCM)

Madrid, 2015

Agradecimientos

Pertenezco a una generación que, durante algún tiempo, dio por sentada la Universidad Pública. Sin embargo, no necesitábamos más que mirar un poco hacia atrás –hacia nuestros propios padres- o hacia adelante, -hacia esas generaciones más jóvenes que tienen problemas para pagar sus estudios- para darnos cuenta de nuestro error. Gracias a la Universidad Pública estudié sociología y conseguí una beca del Ministerio de Educación con la que he podido escribir esta tesis doctoral. Así que mi primer agradecimiento es para las personas que la conforman y para las que la defienden.

Una de las personas más importantes en este proceso de aprendizaje es mi director de tesis, Ramón Ramos. Durante todos estos años, él ha sido mi guía, no sólo intelectual sino también práctica, en el mundo académico, aconsejándome siempre con la amabilidad, la honestidad y el sentido del humor que le caracterizan. La admiración que le tengo desde que fuera mi profesor en 4º de carrera ha crecido y se ha convertido también en amistad –aunque nunca me deje pagar el café-. Además, la vida de la doctoranda es más fácil con un director tan diligente como él, que ha leído rápidamente y me ha aconsejado con su saber sociológico sobre cada texto que he producido durante todo este tiempo. Gracias a mi director y al departamento de Sociología I de la Universidad Complutense he podido, por otra parte, impartir mis primeras clases en prácticas, lo cual ha sido, además de un gran aprendizaje para el futuro, una de las experiencias más bonitas y motivadoras de estos años. Muchas gracias Ramón.

Estoy en deuda también con otros profesores que me han prestado su tiempo en la realización de esta tesis. Enrique Martín Criado, María Jesús Miranda, Gerardo Meil y Javier Callejo aportaron comentarios muy útiles. Gracias especialmente a Luis Enrique Alonso, siempre cercano y generoso con su saber, por sus fundamentales consejos metodológicos y prácticos.

En mis estancias en el extranjero fue especialmente importante para mi trabajo la influencia de Ann Swidler y su seminario de doctorado sobre sociología de la cultura en la Universidad de Berkeley. Gracias a ella y también a Juana María Rodríguez por acogerme tan amablemente en los departamentos de Sociología y de Estudios de Género de esta universidad. Gracias también al departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge y a mi tutora allí, Anna Bagnoli, que compartió conmigo experiencias y consejos sobre la investigación cualitativa.

Una de los mayores regalos que esta tarea me ha dado es la relación con mis compañeros y compañeras de doctorado. Con ellas he compartido inseguridades, miedos y angustias, pero también muchos sueños, ilusiones, alegrías y fiestas, además de infinidad de conversaciones y risas que han aportado mucha salsa a la vida durante estos años. Gracias Javi, Nacho, Carlos, Christian, Álvaro, Flo, Alba, Jorge etc. Nuestras jornadas infinitas en la biblioteca y nuestros encierros rurales son ya recuerdos inolvidables. Pero también parte de nuestro presente y futuro en el mismo barco. En ese barco está también Ana Vicente, para quien mi agradecimiento es especialmente profundo. Gracias por ser mi confidente, mi amiga y mi compañera de trabajo durante todo este tiempo. Y gracias sobre todo por tu extraordinaria generosidad. Especial mención merece también Miguel Alhambra, a quien tengo que agradecerle además su insistencia para que pidiera la beca. Gracias también por los ánimos y las reflexiones compartidas. Y aunque no te gusten los piropos, gracias por tu honestidad y tu nobleza.

Gracias a mis compañeras de asociación por hacer posible este proyecto tan ilusionante que nos traemos entre manos y que hace la incertidumbre laboral mucho más llevadera. Y a mis compañeros del seminario de Bourdieu, con los que tanto he aprendido: como dice Geray, "Conchi, la sociología es jodida", pero sin duda con vosotros lo es mucho menos.

Dentro de la universidad hay otras personas que, con su trabajo, nos hacen la vida más agradable y las tareas cotidianas más fáciles. Gracias a Chema por su cariño desde la barra de la cafetería durante todos estos años y gracias a Amparo Ballesteros, la eficaz y siempre amable guía de todos los doctorandos de nuestra facultad a través de la jaula de hierro burocrática.

Gracias también a los amigos que me han ayudado con algunas tareas prácticas de esta investigación, que habrían sido mucho más arduas sin ellos. A Nacho, por su buen hacer con la elaboración de los gráficos y a Eddie, por las correcciones sobre los textos en inglés. Gracias también a todas las personas que me han ayudado en la contactación de los entrevistados, y especialmente a mis amigos de la Cooperativa Indaga, que fueron tan eficientes y encantadores como lo son siempre en uno de los momentos de más estrés de todo este proceso.

Estoy en deuda, por otra parte, con todas y cada una de las mujeres y hombres que han compartido de una manera tan generosa su experiencia conmigo en el trabajo de campo de esta investigación. Es en gran parte gracias a esas personas anónimas que nos abren sus vidas por un rato que la sociología es tan apasionante. Espero con este trabajo poder devolver, en alguna medida, lo que ellas y ellos me han dado.

Fuera de la universidad y de la investigación hay también otras personas que me han enseñado mucho a lo largo de estos años. A algunas tuve la suerte de encontrarlas hace ya mucho tiempo en la misma facultad en la que he pasado todo este periodo. Gracias a Nerea, Gonzalo y Lisa por vuestra amistad. Y gracias a Óscar, mi hermano mayor, por tu cariño y tu inmensa capacidad para escuchar.

Gracias también a Pili por las jornadas de escritura en la casa de la creación (y de las mujeres despeinadas) y por las infinitas risas. A ella y a Jose les debo, además de muchos buenos ratos, carcajadas y debates, también largas conversaciones sobre nuestros orígenes intentado comprender nuestros presentes. A mis Pucelanas –y pucelanos-, porque los ratos con vosotras son siempre como volver a casa, y a mi tercera hermana: Ana, mi Andu. Contigo no hay estrés, angustia o incertidumbre ante un congreso o una clase que dure más de un “ratejo”. Gracias.

A Dionisia le agradezco lo extraordinariamente bien que hace su trabajo y todo lo que he aprendido con ella. Sin duda, hay ecos de su voz en esta tesis. Gracias también a las personas que me han hecho la vida más feliz durante las estancias en universidades extranjeras, acogiéndome con su cariño en lugares estimulantes pero desconocidos, y enseñándome el lado más bonito de viajar sola. Sean y Ria fueron auténticos regalos encontrados por casualidad.

Gracias, Sergio, por confiar siempre en mi trabajo mucho más que yo misma, por la infinidad de ocasiones en que me has escuchado, aconsejado y animado a lo largo del análisis y la escritura de esta tesis, y porque haces mi vida más feliz.

Finalmente, gracias a mi familia. A Sara y Cristina por ser las hermanas mayores a las que siempre he querido parecerme, por vuestro cariño y por el sinfín de buenos momentos juntas. Gracias a Sara por enseñarme tantas cosas de la vida fuera de la Universidad y por los regalos tan maravillosos que nos ha hecho estos años. Y gracias a Cristina por su apoyo incondicional y su inmensa paciencia en los momentos de dudas y nervios.

Mis padres, que no tuvieron la oportunidad de estudiar, se han pasado la vida esforzándose para que sus hijas sí pudieran hacerlo e inculcándonos la importancia de aplicarnos bien en ello. A Rafa le agradezco especialmente su cariño y sus sabias frases de calma en los momentos más difíciles. A Conchi, el infinito e imprescindible trabajo cotidiano que nos sostiene y que, como tantas otras mujeres, lleva a cabo de forma poco reconocida, casi invisible, y por supuesto, ese genial sentido del humor con el que nos alegra la existencia. Gracias padre, gracias madre.

Para Rafa y Conchi, por todo.

AGRADECIMIENTOS	5
RESUMEN	14
ABSTRACT	18
INTRODUCCIÓN	21
PARTE I: APROXIMACIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO. AMOR Y PAREJA DESDE UNA MIRADA SOCIOLÓGICA	26
CAPÍTULO 1. EL AMOR COMO OBJETO DE ESTUDIO EN LA SOCIOLOGÍA OCCIDENTAL	27
Introducción	27
1.1 El amor en los clásicos de la sociología.....	28
1.2 El debate contemporáneo sobre la transformación de la intimidad	32
1.2.1 La fragilización de los vínculos: Bauman.....	33
1.2.2 La paradoja del amor en la sociedad del riesgo: Beck y Beck-Gernsheim	35
1.2.3 Del romanticismo a la reflexividad: la aportación de Giddens	38
1.2.4 Problemas de las teorías sobre la individualización del amor.....	40
1.2.5 Otras versiones sobre la transformación del amor.....	45
1.3 El género en la experiencia amorosa: aproximaciones feministas al estudio del amor y la pareja	51
1.4 La clase social en el emparejamiento y la experiencia cotidiana de los vínculos	59
1.5 Amor y pareja en la sociología española	64
Recapitulación	70
CAPÍTULO 2. PROPUESTA DE ANÁLISIS Y ASPECTOS METODOLÓGICOS	75
2.1 ¿Cómo estudiar el amor sociológicamente? Objetivos de investigación y aclaraciones conceptuales.....	75
2.1.1 “Experiencia” como concepto sociológico	75
2.1.2 El significado sociológico del amor y la pareja	77
2.1.3 El género como relación social	84
2.1.4 Aproximación al concepto de clase social.....	89
2.2 Aspectos metodológicos	96
2.2.1 La selección de personas entrevistadas	96
2.2.2 La entrevista y el análisis del discurso	100
2.2.3 Algunas consideraciones sobre los datos cuantitativos	104
PARTE II: LA EXPERIENCIA DEL AMOR Y LA PAREJA DE LOS ADULTOS JÓVENES EN LA CIUDAD DE MADRID	106
CAPÍTULO 3 FORMAS Y DINÁMICAS DE EMPAREJAMIENTO ENTRE LOS JÓVENES EN ESPAÑA Y EN MADRID	107
Introducción	107
3.1 El Matrimonio.....	109
3.2 Otras formas de emparejamiento.....	120
3.2.1 Las uniones de hecho	123
3.2.2. Las parejas “Living Apart Together” o parejas sin convivencia.....	131

3.3 La composición interna de las parejas jóvenes en España	138
3.4 Actitudes de los jóvenes en torno al amor y la pareja	149
Conclusiones.....	154
CAPÍTULO 4. LA CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO. REPERTORIOS CULTURALES EN TORNO AL AMOR Y LA PAREJA.....	157
4.1 Repertorios culturales	157
4.2 Confusiones en torno al concepto de amor romántico.....	161
4.3 Elementos “prosaico-realistas” en la construcción del sentido del amor y la pareja	167
4.4 Elementos románticos en los repertorios	179
4.5 ¿Amor posmoderno?	191
4.5.1 La nostalgia como elemento anti-posmoderno en los repertorios	193
4.5.2 La necesidad de diversión	198
4.5.3 La centralidad del “yo”	202
4.5.4 El cinismo frente a los códigos del amor.....	204
CONCLUSIONES	211
CAPÍTULO 5. EL MANEJO DE LAS EMOCIONES EN LA EXPERIENCIA COTIDIANA DE LOS VÍNCULOS AMOROSOS	218
Introducción	218
5.1. ¿La negociación de la intimidad? Los usos sociales del “hablar” sobre amor y pareja	220
5.1.1 Las conversaciones de las mujeres.....	220
5.1.2 Las conversaciones de los hombres.....	227
5.1.3 Hablar en pareja	232
5.1.4 “No hablar” como estrategia	244
5.2 Estrategias de cautela ante el miedo al sufrimiento amoroso	250
5.3 La insatisfacción emocional: el “aguante” como disposición de género	266
Conclusiones.....	274
CAPÍTULO 6. GÉNERO Y CLASE EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS FEMINIDADES Y MASCULINIDADES ATRACTIVAS.....	279
Introducción	279
6.1 La cultura como categoría discursiva	284
6.1.1 El discurso sobre el “hombre culto” como herramienta de presentación del yo.....	284
6.1.2 La construcción del sentido de la biografía amorosa a través de la descripción del otro	287
6.2 “Hombres buenos” y “hombres malos”	297
6.2.1 Versiones del “hombre bueno”	298
6.2.2 La construcción de la categoría del “hombre malo” y la justificación del pasado amoroso.....	302
6.2.3 El análisis del propio deseo	305
6.3 Recapitulación de los discursos de las mujeres	309
6.4 El valor de la compatibilidad.....	314
6.5 La distinción a través de la descripción de la mujer deseada	319
6.6 “Cariñosas y buenas”	321
6.7 Discursos en torno a la “mujer materialista”: entre el peligro, el rechazo y la resignación.....	324
6.8 El énfasis en la alegría y la belleza matizada	327
6.9 Recapitulación de los discursos de los hombres.....	331
Conclusiones.....	334
CAPÍTULO 7. CONCLUSIONES Y LÍNEAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN	343
Bibliografía.....	366
APÉNDICE METODOLÓGICO	379

Amor, género y clase social. La experiencia de los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid

Objetivos

El objetivo fundamental de esta tesis doctoral es comprender, desde un punto de vista sociológico, la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes heterosexuales en la ciudad de Madrid. Esta experiencia es multidimensional y en base a los diferentes niveles en los que se desarrolla hemos planteado los objetivos específicos de esta investigación, que pasamos a enumerar:

1) Conocer las formas y procesos de emparejamiento de los y las jóvenes y la composición interna de las parejas en términos de las categorías sociológicas en las que se encuadran sus miembros.

2) Identificar los "repertorios culturales" (Swidler, 2001) con los que los adultos jóvenes dan sentido a su experiencia y cuáles son los usos que hacen de tales repertorios.

3) Comprender el manejo de las emociones en lo que respecta al amor y la pareja. Abordaremos las prácticas que implican "gestión emocional" en las relaciones de pareja y las estrategias que se ponen en práctica para lidiar con las propias emociones.

4) Analizar la modelación social del deseo a través del estudio de los ideales de masculinidad y feminidad asumidos como atractivos en la pareja o la potencial pareja.

Todo ello será analizado teniendo en cuenta transversalmente el género y la clase social, ya que partimos de la asunción teórica según la cual ambas sitúan de forma fundamental la experiencia del mundo y ambas se encuentran inseparablemente imbricadas en los cuerpos y en las disposiciones a actuar de los agentes, es decir, en las feminidades y masculinidades que se ponen en práctica en la vida cotidiana.

Metodología

Para abordar el primero de nuestros objetivos específicos hemos recurrido a una serie de datos cuantitativos proporcionados por el Instituto Nacional de Estadística –fundamentalmente procedentes del Censo de Población y Viviendas 2011-) y a diversos estudios llevados a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas entre los años 2002 y 2012. Gracias a ellos se ha obtenido información descriptiva sobre las tendencias generales en las pautas de emparejamiento más comunes de los jóvenes en España y en Madrid.

Sin embargo, el núcleo de la investigación empírica de esta tesis –a través de la cual se abordan el resto de objetivos propuestos- se ha basado en metodologías cualitativas, concretamente, en la realización de 31 entrevistas semi-estructuradas en profundidad a 16 mujeres y 15 hombres residentes en la ciudad de Madrid y con diferentes trayectorias de clase social. El análisis del material cualitativo producido se ha basado en una aproximación socio-hermenéutica (Alonso, 1998: 31) que atiende, para comprender el sentido social de la experiencia del amor y la pareja de los jóvenes, a los contextos en los que sus relatos biográficos son producidos. Estos contextos se refieren tanto al de la interacción durante la entrevista como al de los grupos sociales de referencia de los entrevistados-as. Analizar no sólo el contenido sino también los usos de los discursos entendidos como prácticas nos proporcionará información muy relevante sobre diferentes legitimidades en este ámbito concreto de la experiencia.

Resultados y conclusiones

Los resultados obtenidos nos han permitido entrar en diálogo con diferentes propuestas sociológicas sobre nuestro objeto de estudio y cuestionar algunas de las asunciones de las teorías sobre la individualización de la intimidad (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Giddens, 1995).

En primer lugar, los datos cuantitativos sobre emparejamiento muestran algunas transformaciones en este terreno, sobre todo en lo que concierne al matrimonio. Los españoles nos casamos más tarde y menos que en décadas anteriores. A pesar de ello, el porcentaje de cohabitantes es aún bajo si lo comparamos con la media europea. En España, un porcentaje elevado de jóvenes tanto en la veintena como en la treintena forman parejas sin co-residencia, lo cual se explica, en gran parte, por los problemas para la emancipación. Por otra parte, se observan ciertas diferencias entre clases

sociales –las clases populares eligen en mayor medida fórmulas más tradicionales de emparejamiento, como el matrimonio religioso- y una importante persistencia de la homogamia educativa –si bien ha crecido de forma significativa la hipogamia de las mujeres con mayor capital escolar-.

Por lo que respecta a los marcos culturales con los que los agentes dan sentido a su experiencia, hemos visto que si bien son heterogéneos y se combinan de maneras diversas en los discursos de los jóvenes, existen tendencias recurrentes en su puesta en práctica. Hombres y mujeres tienden a reivindicar explícitamente una concepción del amor cercana a lo que Swidler (2001: 114) entiende como visión prosaico-realista, basada en elementos como el cariño la amistad o el apoyo mutuos. Sin embargo, otros elementos románticos más idealizadores se cuelan de diversos modos en los discursos, poniendo de manifiesto cierto apego pre-reflexivo a este modelo. Por otra parte, las visiones más cercanas al ethos amoroso posmoderno (Illouz, 2009) parecen responder a la interpretación sobre el propio “yo” y estilo de vida de las clases medias con capital cultural.

El análisis sociológico de las emociones en la experiencia amorosa permite problematizar el diagnóstico de Giddens (1995: 39) sobre el “amor confluyente” contemporáneo. Los usos sociales de la práctica de hablar –o no hacerlo- sobre las propias emociones con la pareja son heterogéneos y no necesariamente dirigidos a buscar la igualdad en el vínculo amoroso. Por otra parte, la gestión de los asuntos emocionales es muy frecuentemente una tarea asumida por las mujeres en sus relaciones de pareja. El amor comunicativo se convierte en una exigencia cultural que afecta también a las jóvenes de clases populares (Illouz, 2009), quienes sin embargo encuentran más problemas para aplicarlo debido al rechazo explícito de sus parejas, hombres también de clases populares que defienden a menudo una masculinidad alejada de lo emocional. Por otra parte, se ha identificado una situación arquetípica de “dominación simbólica” (Bourdieu, 1990, 2000) ejercida por hombres -independientemente de su posición social- que mantienen poder en sus vínculos estableciendo tácitamente los límites de los mismos y que se encuentran a menudo con cierta disposición femenina al aguante en relaciones muy insatisfactorias que parece estar ligada, de nuevo, con un apego corporal y emocional no necesariamente consciente a determinadas asunciones románticas.

Finalmente, el análisis de las masculinidades y feminidades consideradas atractivas por las y los jóvenes heterosexuales pone de manifiesto algunas tendencias al refuerzo de aspectos de género y clase en la experiencia subjetiva y práctica del amor que, sin embargo, tienden a neutralizarse en los discursos. Las mujeres reivindican como deseables rasgos que tienen que ver con el poder y la

capacidad –sea en relación con la brillantez intelectual (típicamente entre las mujeres de entornos familiares con altos niveles de capital cultural) o con el éxito profesional y la responsabilidad en el trabajo (entre aquéllas de sectores sociales intermedios)-. Las cualidades cercanas a la emocionalidad, el cuidado, la dulzura o la delicadeza, movilizadas por los hombres de todas las clases sociales –aunque con matices de clase importantes- como parte del atractivo femenino, son el núcleo central de las descripciones sobre lo deseable en los hombres sólo entre las mujeres de clases populares que han sufrido en el pasado compañeros con un carácter rudo o agresivo.

ABSTRACT

Love, gender and social class. The experience of young adults in the city of Madrid

Objectives

The main objective of this dissertation is to understand, from a sociological point of view, the experience of love and the romantic relationships between young heterosexual adults in the city of Madrid. That experience has different dimensions, which we address through our specific objectives. Those objectives are the following:

1) To know the patterns and processes of partnering of young people and the composition of the couples in terms of the sociological categories of their members

2) To identify the “cultural repertoires” (Swidler, 2001) through which young adults build the sense of their experience, and the different uses they make of these repertoires

3) To understand the handling of emotions in the field of love and romantic relationships. We will address the practices used for “emotional management” in relationships and the strategies put in place by young adults to deal with their own emotions

4) To analyze the social modelling of desire through the study of the ideals of masculinity and femininity considered attractive

All this will be discussed taking into account the categories of gender and social class. This is due to the fact that we start from a theoretical assumption according to which both have a crucial effect on how the world is experienced and both are intrinsically connected in agents’ bodies and practical dispositions, that is to say, in the masculinities and femininities put in practice in everyday life.

Methodology

To address the first of our specific objectives, we have used a range of data provided by the National Statistics Institute (INE), -mainly from the Population and Housing Census of 2011- and a variety of studies carried out by the Centre of Sociological Research (CIS) from 2002 to 2012. Thanks to these studies we have obtained descriptive information about general trends in coupling among young people in Spain and Madrid.

However, the core of the empirical research of this thesis –through which we address the rest of our objectives- is based on qualitative methodologies, specifically, on 31 in-depth and semi-structured interviews. The interviewees, 16 women and 15 men, live in Madrid and have different social class trajectories and positions. The analysis of the qualitative data draws on a socio-hermeneutic perspective (Alonso, 1998: 31) that studies the contexts in which the biographical narratives are produced. Those contexts refer not only to the interaction during the interview but also to the reference groups of the interviewees. Analysing the uses of the discourses as practices will give us relevant information about different “legitimacies” in this concrete field of experience.

Results and conclusions

The results allow us to enter into dialogue with some sociological approaches to our object and question some assumptions of the theories about the individualization of intimacy (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Giddens, 1995).

First of all, the quantitative data about partnering show some transformations in this field, especially in the practice of marriage. Spaniards marry later and less than they did in previous decades. However the rates of cohabitation are low if we compare them with the European average. In Spain, a high percentage of young people in their twenties and thirties form non-residential couples, which can be explained, in part, by the difficulties they face in achieving financial independence. Besides, we find some different patterns depending on social class –working class tend to traditional models, as the religious marriage- and there is an important persistence of educational homogamy –even though there has been a significant rise in the hipogamy among women with the highest levels of cultural capital-.

Regarding the cultural repertoires young people use to make sense of their experience, we have seen that although they are heterogeneous and people combined them in different ways in their discourses, there are some recurrent trends in the way they are put in practice. Men and women tend to explicitly defend a conception of love close to what Swidler (2011: 114) calls the “prosaic-realistic” view of love, based on elements such as friendship, affection and mutual support. However, other romantic and more idealistic elements “sneak” into the discourses in various ways, showing a certain pre-reflexive adherence to this model. On the other hand, the post-modern love ethos (Illouz, 2009) seems to correspond to the interpretation of the inner self and style of life of middle classes with high levels of cultural capital.

The sociological analysis of emotions in the experience of love allows us to question Giddens’ theory about contemporary “confluent love” (1995: 39). The social uses of the practice of talking –or not talking- about one’s emotions in the relationship are heterogeneous and not necessarily aimed at finding equality. Also, the emotional management is frequently a job assumed by women in their relationships. Communicative love becomes a cultural requirement adopted also by working class women (Illouz, 2009), who, however, find more trouble fulfilling this ideal because of their reluctant partners, working class men who frequently defend a non-emotional masculinity. On the other hand, we have identified an archetypal situation of “symbolic domination” (Bourdieu, 1990, 2000) by men – independently of their social positions-, who hold the power in their relationships by tacitly establishing the limits and the definition of the bond. They frequently meet a certain feminine disposition for endurance in very unsatisfactory relationships, which seems to be connected, again, with some corporal, emotional and pre-reflexive attachment to some romantic assumptions.

Finally, the analysis of the masculinities and femininities considered attractive by young heterosexuals shows some tendencies to the reinforcement of gender and social class aspects in the subjective and practical experience of love, which, however, tend to be personalised and hence, neutralised in the discourses. Women defend as desirable in men traits connected to power and capacity –either about intellectual brilliance (typically among women proceeding from families with high levels of cultural capital), either with the professional success or responsibility (among women of middle class trajectories). Men tend to mention qualities such as kindness, gentleness or emotional openness as part of the feminine appeal –although there are important differences depending on social class-. However, these kind of traits are the core of the descriptions about desirable men only among those working class women who have suffered aggressive and rude partners in the pa

INTRODUCCIÓN

Esta es una tesis de sociología acerca del amor, en concreto, del amor de pareja. Hasta hace unas décadas, las palabras "amor" y "sociología" no parecían casar demasiado. En efecto, nuestro objeto no es uno de los más frecuentes en las investigaciones sociológicas ni ha tenido un lugar destacado en su historia, sino que ha sido, durante mucho tiempo, en gran medida ignorado.

Entre los motivos de este desinterés se encuentra probablemente la tradición de pensamiento occidental que separa razón y emoción como dominios irreconciliables, afirmando al mismo tiempo la superioridad de la primera. El amor, perteneciente al ámbito de lo emocional, caería dentro de las pasiones, –particularmente femeninas-, de aquello que nos hace actuar de forma irracional y cuyas lógicas, por lo tanto, son inescrutables. Desde esta perspectiva "ilustrada", por lo tanto, el amor no es un fenómeno susceptible de ser estudiado. A esta visión, persistente aún en parte de la ciencia y la cultura occidentales, se une probablemente cierto sentido de amenaza en todo lo que tiene que ver con el escrutinio científico de algo que se asume con frecuencia como un ámbito perteneciente a lo más íntimo y privado de la vida de las personas. Los asuntos amorosos, como reducto de "magia" en un mundo racionalizado y permanentemente observado se entenderían así como parte de un ámbito en cierto modo "sagrado" y a proteger del ojo objetivante de la ciencia. Estas reticencias, por otra parte, no dejan de ser consecuencia de una determinada concepción idealizadora del amor que, al mismo tiempo, apuntalan. Finalmente, para determinados sectores de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular, nuestro objeto constituye un tema menor que no es necesario ni merece la pena estudiar, habiendo multitud de otras cuestiones constituidas institucional y públicamente como "problemas sociales" y que por lo tanto, son los verdaderos objetos legítimos de la disciplina.

Afortunadamente, contra estas asunciones ha argumentado vehementemente buena parte de la tradición feminista, en su esfuerzo por llevar al debate político y al pensamiento también lo más íntimo y personal. Y es que, tal como expresa Firestone (1976: 159), "el pánico que sentimos cada vez que algo amenaza al amor es una buena pista para comprender su importancia política". Por otro lado, a partir de los años 80 y 90 del pasado siglo comienzan a surgir, ya específicamente desde la sociología, diferentes aportaciones al estudio del amor a raíz de las cuales se ha generado un interesante debate que ha puesto sobre la mesa la relevancia del análisis de diferentes cuestiones relativas a este objeto sobre las

que la investigación sociológica tiene mucho que decir. Esta tesis se inserta en ese debate y pretende entrar en diálogo con el mismo.

El amor es una experiencia relacional central en la socialidad de los agentes. Incluso en su dimensión más subjetiva, íntima y emocional, es también social. Se construye en relación con referentes culturales y se imagina y se siente a través de cuerpos con inscripciones sociales fundamentales. Es una de las aspiraciones biográficas centrales de las personas y afecta a la organización social en su conjunto a través de sus definiciones y prácticas normativas. En las sociedades occidentales, además, la simbología en torno al mismo es omnipresente y se inserta en la vida cotidiana y las prácticas culturales de forma ineludible. El amor no es una esencia incontaminada por el entorno social, no es natural ni neutral. Su organización práctica y los códigos que lo definen tienen historia y se desarrollan en contextos específicos. Las contradicciones, continuidades y cambios en el mundo social lo afectan en modos diversos, como sucede con el resto de esferas. Es además, un núcleo central en la vivencia del género y también de la clase. Implica afectos y elecciones, repulsiones y gustos por los otros-as, e implica asimismo relaciones de poder. Generando alegrías y siendo una de las promesas de felicidad más perseguidas, es también, en ocasiones, lugar de dominación y fuente de sufrimiento.

Por todo ello, el amor no es sólo un objeto legítimo sino también muy relevante para la sociología. Con esta tesis pretendemos contribuir a su comprensión con un trabajo empírico centrado en la experiencia de los adultos-as jóvenes en la ciudad de Madrid. Es necesario, sin embargo, que antes de entrar en materia hagamos una serie de aclaraciones acerca del mismo. En primer lugar, esta investigación no se inscribe en el ámbito de la sociología de la familia. Si bien haremos uso de algunas de sus aportaciones y atenderemos, en un primer momento, a la cuestión del emparejamiento y sus formas más comunes de organización, el núcleo de nuestro objetivo será otro. Tampoco es una investigación sobre la historia del amor en Occidente. Los cambios en los modelos amorosos se atenderán periféricamente en la medida en que nos ayudan a comprender situaciones presentes. No estamos, por otra parte, ante una investigación sobre sociología de la juventud. Nos centraremos en un tramo de edad que hemos categorizado como "adultos jóvenes" porque su experiencia nos permite obtener información sobre tensiones y contradicciones, cambios y continuidades en el ámbito social que nos ocupa, pero no nos interesa rastrear específicamente una determinada "cultura juvenil", o cómo se interconecta la vivencia del amor de los jóvenes con otros aspectos "generacionales". Finalmente, tampoco es una investigación focalizada en los códigos culturales acerca del amor más allá de los usos que los agentes hacen de los mismos. Más bien, nos centraremos en la experiencia cotidiana del amor y la pareja, los modos en que

ambos se piensan y se practican, lo que deseamos y sentimos y lo que hacemos con todo ello. Evidentemente, no todos los aspectos componentes de esta experiencia son abarcables en una investigación como ésta. En base a determinadas guías teóricas, nos centraremos también en puntos que el trabajo de campo ha mostrado relevantes. Tal como su título pone de manifiesto, ésta es una tesis también sobre género y clase social, sobre los modos en que ambas dimensiones se ponen en práctica en la experiencia del amor, enmarcándola, y al mismo tiempo, sobre los modos en que las prácticas en este ámbito, y el sentido que se otorga a las mismas, construyen a su vez, cotidianamente, género y clase. Por lo tanto, la consideración de estos dos niveles de lo social guiará todos los análisis que llevemos a cabo. No se atenderán independientemente entre sí ni en un apartado separado, porque no es por separado ni de forma aislada o en un lugar específico como sitúan la experiencia de los agentes.

Carmen Martín Gaité dedicó su fantástica investigación sobre los *Usos amorosos de la posguerra española* (1996) a “ todas las mujeres españolas, entre cincuenta y sesenta años que no entienden a sus hijos. Y a sus hijos, que no las entienden a ellas”. Martín Gaité escribió este libro a mediados de los años 80 y sin embargo, estas líneas son aún válidas para madres e hijos treinta años después. Además, podríamos añadir, gran parte de esos hijos e hijas no se entienden a ellos y ellas mismas. Este es uno de los motivos principales que me llevó a interesarme por este objeto de estudio en un primer momento. El amor es, hoy en día, objeto de un escrutinio científico mayor que nunca antes y esto hace que surjan innumerables preguntas en torno al mismo que llegan también a las conversaciones cotidianas de los legos. Estas preguntas han sido formuladas y respondidas en mucha mayor medida por la psicología que por la sociología y dar me cuenta de ese hecho, y de todo lo que la sociología podía –y debía- aportar a su comprensión fue el motivo de que mi interés en torno al tema creciera. Las primeras lecturas de los textos que los autores más renombrados de la disciplina han publicado sobre este objeto no me dejaron satisfecha. Sus argumentos -algunos tentadores- en torno a la idea de la individualización reducían en exceso la complejidad y dejaban sin responder cuestiones que afectaban de manera central a la vida de los hombres y, especialmente, las mujeres de mi entorno y a mí misma. Me volví entonces a otras lecturas que me convencieron de la relevancia de estudiar el amor desde el punto de vista sociológico y de lo apasionante que esta tarea podía ser. Con esta idea pedí una beca de Formación del Profesorado Universitario para escribir una tesis doctoral bajo la dirección de Ramón Ramos Torre, que me fue concedida a finales de 2010. Desde entonces me he dedicado a ello.

En todo este proceso creo haber identificado una serie de cuestiones que inciden en la complejidad de la experiencia contemporánea del amor y la pareja y que provocan ese “no entendernos a nosotros mismos” que apuntábamos. Como es evidente, la vivencia de los vínculos amorosos se ve enmarcada en los cambios que han afectado a la sociedad española en las últimas décadas, entre ellos, la secularización y la relajación de los controles normativos sobre las conductas que ésta implica. Además, como ya se ha sugerido, el amor se complejiza precisamente por convertirse en objeto de indagación y por lo tanto, de cuestionamiento. Ciertas asunciones pasadas ya no se dan por sentadas y los marcos culturales para interpretar diferentes situaciones o prácticas se diversifican. Sin embargo, apuntar a la importancia de estas tendencias no debe llevarnos a uniformizar a priori las prácticas y representaciones amorosas bajo el argumento de una transformación global “tardo-moderna” ni a negar la parcialidad de alguno de estos cambios, que conviven con importantes persistencias en el ámbito simbólico y práctico, en las emociones y en los deseos. El amor es, además, un lugar central en la vivencia del género y también de la clase social, y existen estilos amorosos diferenciados que vienen a añadir más complejidad a este panorama. Con esta investigación aspiramos a reducir, con instrumentos sociológicos, tal complejidad.

En la primera parte de esta tesis (capítulos 1 y 2), nos acercamos al objeto de estudio mediante la exposición de las aportaciones que desde el campo de la sociología han sido más relevantes para nuestra investigación y mediante la explicación de nuestra propia perspectiva teórico-metodológica. La segunda parte (capítulos 3, 4, 5, 6) se compone del análisis sociológico conducido a través del trabajo empírico. Finalmente, la tercera parte (capítulo 7) presenta las conclusiones más relevantes alcanzadas. El primer capítulo consiste en un breve y sintético repaso por la historia de la sociología del amor. Partimos de las aportaciones de los autores clásicos, para posteriormente desarrollar, en torno a una serie de ejes temáticos, las principales investigaciones que, desde distintas perspectivas, señalan a puntos clave para la comprensión sociológica del amor y la pareja. Este primer repaso supone un punto de partida que sitúa de forma preliminar nuestro análisis ya que identifica herramientas clave en algunos trabajos previos y señala los problemas de otros. El capítulo 2 profundiza en mayor medida en la construcción de nuestra perspectiva. En él se especifican los objetivos de la investigación y se llevan a cabo una serie de aclaraciones conceptuales sobre los términos -claves en esta investigación- de “experiencia”, “género” y “clase social” además de explicar en qué debe consistir, desde nuestro punto de vista, una aproximación sociológica al amor y la pareja. Posteriormente, se aclara la metodología seguida, tanto en lo que se refiere a las técnicas utilizadas como a sus implicaciones y el tipo de análisis que se ha llevado a cabo. El capítulo 3 presenta una serie de datos cuantitativos procedentes de diversas

fuentes a través de los que se exponen las tendencias generales en las dinámicas de emparejamiento entre los jóvenes en España y, cuando es posible, en Madrid. Analizamos cifras relativas a matrimonios, parejas de hecho y parejas no residenciales así como los perfiles sociales más asociados con unas y otras formas. Se presenta también, por otra parte, información relativa a la homogamia educativa y profesional de hombres y mujeres adultos-as jóvenes y finalmente, de forma muy breve, algunos datos de encuesta sobre opiniones en torno al amor y la pareja que pretenden describir muy sucintamente patrones generales en las mismas. En el capítulo 4 comienza el análisis del material cualitativo producido en el trabajo de campo. En él partimos del concepto de “repertorios culturales” (Swidler, 2001) para analizar los modos en que los agentes construyen el sentido en torno al amor y la pareja en general, y su experiencia en este terreno en particular. Se aborda el análisis tanto del contenido de los marcos culturales disponibles para unos y otros jóvenes como de los usos que hacen de los mismos. Los resultados plantean puntos relevantes sobre los modelos amorosos legítimos y los asumidos más pre-reflexivamente además de señalar algunas cuestiones sobre la relación entre los imaginarios en torno al amor y la clase social. En el capítulo cinco, nos detenemos en el análisis del manejo de las emociones en relación con el amor y la pareja. No nos acercamos a las emociones como “estados” sobre los que profundizar, sino a las prácticas que se despliegan para lidiar con ellas y que se muestran más centrales en la investigación empírica. En un primer momento, abordamos la práctica de hablar sobre amor, pareja y emociones y lo que las diferencias de género y clase social a este respecto nos dicen sobre las masculinidades y feminidades puestas en juego en el ámbito amoroso. Posteriormente nos detenemos en una serie de estrategias –más o menos plausibles en diferentes contextos y posiciones sociales- que aparecen como modos de lidiar con la incertidumbre y el miedo al sufrimiento. Por último, examinamos la situación arquetípica que implica el aguante femenino ante la insatisfacción emocional en la pareja, es decir, la tendencia de parte importante de las mujeres a priorizar sus vínculos y “luchar” por ellos aún a pesar de sí mismas. En el capítulo 6, exploramos los discursos en torno a las masculinidades y feminidades atractivas en la pareja o potencial pareja, con el objetivo de analizar de qué maneras se construyen determinadas normatividades de género y divisiones simbólicas –y prácticas- entre las clases también a través del deseo y la elección amorosa. Finalmente, el capítulo 7 presenta las conclusiones de la investigación y apunta una serie de líneas futuras de análisis con las que seguir profundizando en la comprensión sociológica de la experiencia contemporánea del amor y la pareja.

PARTE I: APROXIMACIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO. AMOR Y PAREJA
DESDE UNA MIRADA SOCIOLÓGICA

EL AMOR COMO OBJETO DE ESTUDIO EN LA SOCIOLOGÍA OCCIDENTAL

Introducción

En este capítulo nos proponemos analizar las principales aportaciones de la sociología occidental al estudio del amor y la pareja. Incluso en un tema como éste, que no se cuenta entre las preocupaciones clásicas de la disciplina y que desde luego, no ha sido uno de sus objetos de investigación más frecuentes, la selección -de autores, perspectivas, investigaciones- es tan necesaria como intencionada. Necesaria porque el abordaje de cualquier objeto de estudio implica enfrentarse a una multitud de teorías y trabajos empíricos que es imprescindible hacer abarcable desde la propia perspectiva investigadora. Intencionada, porque, como muy bien expresa Martín Criado:

“Toda historia, por mucho que quiera revestirse con los mantos de la objetividad científica, es una apuesta. Supone, de entrada, una selección de los personajes principales -los protagonistas- y de las jugadas más importantes (...) Toda historia es un relato parcial e interesado” (1998: 21)

Pues bien, también en la construcción de esta breve –e interesada- historia de la sociología del amor que nos proponemos aquí, se han seleccionado los personajes y las tramas fundamentales que servirán a la investigación que nos proponemos. Comenzamos con la reflexión acerca del amor por parte de los clásicos de la sociología con el propósito de identificar las cuestiones que abordaron, las perspectivas desde las que lo hicieron y los posibles ecos de ambas en la investigación posterior. Más tarde nos centramos en los trabajos contemporáneos acerca de la individualización de la intimidad y exponemos sus principales puntos críticos, pasando a considerar otras aportaciones que argumentan asimismo acerca de la transformación del amor y la pareja pero lo hacen desde perspectivas analíticas diferentes. Después nos centramos en investigaciones que analizan aspectos claves de género y de clase social en el emparejamiento y la vivencia de los afectos amorosos. La comprensión de la relevancia de ambas variables en el tema que nos ocupa es fundamental para una investigación como la que pretendemos llevar a cabo. Finalmente, nos detenemos a analizar las investigaciones empíricas a

nuestro entender más relevantes que desde la sociología española arrojan luz al estudio situado del amor y la pareja.

1.1 El amor en los clásicos de la sociología

Como ya hemos comentado, el tema que nos ocupa no ha sido tradicionalmente un objeto de estudio privilegiado de la sociología. Es por ello que las aportaciones al mismo por parte de los teóricos clásicos no son numerosas y no han recibido una atención equiparable a la del conjunto de sus obras. Sin embargo, la reflexión en torno al amor no es inexistente entre estos autores, algunas de cuyas contribuciones apuntan a cuestiones relevantes que son retomadas en debates sociológicos posteriores.

Uno de los escasos sociólogos clásicos que abordan el amor directamente es Georg Simmel (1984), quien, en un texto de elevada abstracción, expone varias ideas sugerentes sobre el tema. De forma análoga a su idea sobre la "tragedia de la cultura" en el mundo moderno, caracterizado por la creciente separación entre los seres humanos y sus creaciones -convertidas en cultura objetiva cada vez más extraña a los mismos- existe según Simmel una "condición trágica del amor" que tiene que ver asimismo con la distancia. Teniendo su génesis en el mundo, el amor no lo tolera, no encuentra su lugar en el mismo, sino que trasciende a la vida y se desarrolla en oposición al aquí y al ahora. Es en esta contradicción donde reside la "tragedia del amor". Esta idea de Simmel es similar a la posterior argumentación de Sartre sobre la "passion inutile", el amor que se agota al realizarse, es decir, al conseguir su deseada reciprocidad (Bertilsson, 1991).

Escribiendo casi un siglo después de Simmel, y desde un análisis de sociología de las emociones feminista, Stevi Jackson (1993) argumenta que el alimento en la imposibilidad y en los obstáculos, que Freud (1912) entiende como el mecanismo psíquico que hace prosperar al amor, es uno de los elementos del estado de "enamoramiento", que habría que distinguir del amor a largo plazo. Tal como Jackson explica, una de las características de la ficción romántica consiste precisamente en la creencia en que del primero de ellos se sigue necesariamente el segundo. Parece, en efecto, que estas consideraciones de Simmel sirven más a un análisis del deseo desde un punto de vista psíquico que a una teoría sociológica sobre el amor.

Por otra parte, a este autor le interesa lo que entiende como la "cualidad formativa del amor" (1984: 31), o en términos de Jackson, del estado de enamoramiento. Con ello se refiere a la capacidad

del amor para crear algo nuevo, derivada del hecho de que su objeto, según Simmel, no existe antes de ser tal objeto, es decir, el sujeto que ama “inventa” en el otro el ser que se convertirá en su ser amado. Es decir, las cualidades del objeto, según Simmel, han de encontrarse necesariamente con un sujeto que anhela amar. En relación con ello, Simmel establece una diferencia entre dos modalidades de amor. El primero de ellos es amor por una determinada tipología de hombres o de mujeres, es decir, amor a las características que asociamos al otro o la otra como rasgos de diferentes categorías. El segundo, el “amor absoluto” se dirige a un otro individualizado e irremplazable, es decir, se sustenta exclusivamente en el carácter único de la persona que se ama. Ante los ojos de la sociología contemporánea, esta distinción parece más bien ingenua, ya que ese “otro irremplazable” tiene un carácter social fundamental y una serie de marcadores –de clase, género etc- que lo sitúan simbólicamente y que interfieren de forma decisiva en las relaciones de afinidad que están en la base del enamoramiento. Más allá de clasificaciones normativas sobre modos de amar o de los mecanismos psíquicos de la atracción, la valoración de las características “atractivas” en hombres y mujeres es un fenómeno de gran relevancia sociológica, ya que aporta información sobre la modelación social del deseo y sobre la construcción cotidiana del género. Todo esto será abordado más adelante en esta investigación.

El autor clásico que ha tenido una mayor influencia en la investigación sociológica posterior sobre el amor es Max Weber (1972). Su reflexión sobre este tema se enmarca en su teoría sobre la creciente racionalización como característica central de la modernidad. En tal contexto, Weber analiza el desarrollo de la tensión entre las diferentes esferas de valores (“*wertsphären*”) al hilo de la modernización social. Estas esferas incluyen, además del ámbito erótico, el económico, el político, el estético y el intelectual. Nos centraremos en el primero de ellos. Weber parte de una comparación entre las sociedades primitivas organizadas alrededor del parentesco y aquellas más complejas en las que el avance de la burocracia va de la mano de desarrollos paralelos en los ámbitos de la economía, la ley o el urbanismo.¹ Mientras que en las primeras, religión y sexualidad quedaban integradas en el orgiasticismo mágico, la contradicción entre ambas esferas crece con la espiritualización y racionalización del ámbito religioso, favorecidas ambas por el avance de las religiones proféticas basadas en la salvación. Esta tensión es propiciada por varios factores. En primer lugar, al mismo tiempo que el ámbito religioso se racionaliza, también lo hace el relativo al amor. Por una parte, las religiones de salvación “ordenan” la sexualidad regulándola a través del matrimonio. Sin embargo, la racionalización del mundo también implica la creación de una esfera erótica autónoma y a cultivar, separada de esta sexualidad que es mero

¹ Según Bellah (1997), a pesar del rechazo al evolucionismo decimonónico, el análisis weberiano de la modernidad sigue cierta lógica evolucionista.

instrumento de reproducción y que se ve confinada al ámbito conyugal. Es esta esfera erótica y no el amor matrimonial la que supone una contradicción con la religión, debido a que es capaz de propiciar en sí misma una modalidad de "salvación intramundana", que entra en competencia con la salvación religiosa del amor a Dios basado en la negación del mundo. Además, las religiones de salvación se basan en la ética de la fraternidad, es decir, crean una comunidad religiosa en el mundo, comunidad que se ve asimismo amenazada por la devoción hacia un otro único como la que implica el amor erótico.² Por otra parte, la ética religiosa interpreta el erotismo como una coerción del espíritu, y considera a la adoración que éste suscita por otro ser humano, una manifestación de idolatría. Es por ello que cuanto más sublimada está la sexualidad, es decir, cuanto más autónoma y elaborada es la esfera erótica y más se aparta del mero sexo, mayor es su contradicción con la esfera religiosa.

Varias de las ideas desarrolladas por Weber han tenido implicaciones relevantes para la investigación sociológica posterior sobre el amor. En primer lugar, la interpretación del amor erotizado en competencia con la religión como fuente de salvación en las sociedades modernas ha sido recogida por autores como Beck y Beck-Gernsheim (1998) o Neil Gross (2005). Aplicando a las sociedades occidentales contemporáneas este argumento, dichos autores consideran que el amor es, en contextos sociales altamente secularizados, el ámbito en que las personas experimentan lo "sagrado", es decir, un modo de reencantamiento del mundo desencantado de la modernidad. En estos entornos, el amor no es tanto competencia de la religión como su sustituto. De ahí se sigue el auge de las visiones románticas e idealizadoras sobre el mismo que estos autores vislumbran en el mundo contemporáneo.

Por otra parte, autoras como Eva Illouz (2014) dan una vuelta de tuerca más a la idea de la racionalización de la esfera erótica que Weber entendía como un componente más de un proceso global en este sentido. Como veremos más en detalle en el capítulo 5 de esta investigación, Illouz analiza el papel de la psicología en la creación de "estándares emocionales", evaluaciones científicas que se constituyen en guías normativas definiendo los aspectos positivos y negativos de nuestros sentimientos y de nuestras relaciones. Probablemente, tal como señala esta autora, nunca el amor ha constituido una esfera social con una mayor autonomía y nunca ha existido una reflexión e intervención científica mayores en la vida amorosa de las personas como en las sociedades occidentales contemporáneas. Sin

² Otras "esferas de valores" entran asimismo no sólo en tensión sino también en una *competencia* análoga con la ética religiosa como refugios frente a la racionalización y como modos de salvación *en* el mundo. En la esfera estética, esto sucede a través de la intelectualización y el cultivo del arte –en su forma y más allá de su contenido o funciones- que hacen que se convierta en un valor en sí mismo. La política, por su parte, crea una comunidad diferente a la religiosa y proporciona la salvación a través de la muerte en la guerra.

embargo, tales dinámicas no han conseguido desencantar o des-romantizar por completo el amor. Como veremos, la cultura amorosa moderna mezcla, en efecto, estos elementos “racionales”, en ocasiones marcados por los discursos más extendidos de la disciplina psicológica, con otros más idealizadores³

Finalmente, es necesario tener en cuenta una distinción fundamental en el análisis del amor que Weber lleva a cabo. Cuando habla de amor erótico, Weber se refiere a un tipo de amor que se desarrolla al margen de la vida conyugal. Esta distinción no es elaborada ni justificada, tan solo se hace explícita. Weber da por hecho que la esfera autónoma del erotismo que se desarrolla en la modernidad es un terreno aparte de la relación matrimonial.⁴ Diversos autores contemporáneos han puesto de manifiesto, sin embargo, que es precisamente en la búsqueda de fusión de ambas esferas donde reside la contradicción del amor romántico (Esteban, 2011; Roca, 2008), problematizando así esta distinción. Este tema no está sin embargo entre las preocupaciones de Weber. De hecho, la esfera privada –y, en concreto, el matrimonio- es la única dimensión no marcada por el pesimismo sobre la modernidad y la racionalización que caracterizan su obra. Mientras que el amor erótico contiene un componente de brutalidad y otros ámbitos públicos como el económico o el político privilegian los “dioses” del dinero y del poder, la vida íntima matrimonial es el lugar donde Weber encuentra un reducto para la persistencia de una ética social orgánica en el mundo moderno (Bellah, 1997; Bertilsson, 1991).

La configuración del amor en el mundo moderno es uno de los ejes que articulan el análisis sociológico sobre el tema que nos ocupa. Aunque muy posterior a los escritos de Weber, el texto de Luhmann (1986) al respecto se ha convertido en uno de los clásicos de este campo de estudio. Luhmann no analiza el amor como un sentimiento sino como un código, como un medio de comunicación que sirve al propósito de reducir la complejidad social. No se trata tanto de que la experiencia amorosa quede registrada en tal código, como de una relación inversa: es el código el que propicia y permite elaborar los sentimientos. El análisis –teñido de funcionalismo- de Luhmann sobre el amor parte de una constatación acerca de la modernidad: el aumento de las relaciones formales e impersonales -como sustitutas de la rígida estratificación social previa- hace más necesarias las relaciones informales. En este contexto, el amor es un medio simbólico que permite la comunicación entre extraños.

³ En el capítulo 4 analizamos en profundidad los “repertorios culturales” (Swidler, 2001) a través de los que los jóvenes dan sentido a su experiencia amorosa

⁴ Probablemente en ello influyó el hecho de que Weber tuviese dos “aventuras” extramatrimoniales, que interpretó en términos de significación vital y en consonancia con la religión ritualista, alguna de cuyas expresiones utiliza la sexualidad para obtener comunicación con el orden del cosmos y sentido para la propia existencia. Agradezco a Ramón Ramos esta información y esta breve sociología del sociólogo Max Weber.

Luhmann analiza la evolución de esta semántica amorosa en la historia occidental y explica cómo el cultivo del amor y el erotismo fueron, en todas las sociedades anteriores a la industrialización, prácticas reservadas a las clases privilegiadas. Especialmente significativo a este respecto es el desarrollo del amor pasión como código cultural, pero también como configuración de relaciones sociales en las cortes medievales europeas, que analizaremos en detalle en el capítulo 4. Sin embargo, estos códigos amorosos se popularizan en las sociedades modernas, donde sirven para favorecer la comunicación en entornos en los que prima el anonimato.

Si bien desde perspectivas diferentes a la teoría de sistemas de Luhmann, e interesándose más por el contenido que por las funciones de los códigos amorosos, el análisis de los significados culturales en torno al amor constituye otro de los temas recurrentes en las investigaciones sociológicas sobre este tema, como veremos más adelante a propósito de los trabajos de autoras como Hochschild (2008), Illouz (2009) o Swidler (2001).

1.2 El debate contemporáneo sobre la transformación de la intimidad

Una parte muy importante del debate contemporáneo en la sociología occidental acerca del amor está marcado por el diagnóstico de diferentes autores acerca del proceso que han entendido como individualización de la intimidad. Esta hipótesis, abrazada por unos y discutida por otros, forma parte de un gran número de reflexiones en este campo de estudio. Esta investigación se inserta en este debate y entre sus objetivos está indagar acerca del alcance de estos procesos y las dinámicas que los problematizan, para lo que se llevará a cabo un análisis empírico de la experiencia del amor y la pareja entre los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid. Es por ello fundamental que analicemos en detalle en qué consiste tal hipótesis o conjunto de hipótesis sobre la individualización de la intimidad.

Una primera serie de coincidencias entre los principales autores de este argumento (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Giddens, 1995) se dan en su comprensión del mundo contemporáneo. Todos ellos consideran que a la primera modernidad le ha seguido una nueva fase de la misma, en la que nos encontramos en el momento actual y que se caracteriza fundamentalmente por una radicalización de los procesos que marcaron el inicio del mundo moderno y por la aparición de dinámicas novedosas que afectan a las sociedades llamadas post-industriales. Si bien cada uno de ellos aporta una versión diferente de esta nueva fase, los tres comparten el argumento central para el análisis

del amor en el mundo contemporáneo: la idea de que estas sociedades crean las condiciones para una privatización de los proyectos vitales y de los modos en que las personas nos relacionamos, abriendo la puerta a una mayor autonomía e innovación en los mismos. Para estos autores, estas tendencias son a la vez síntoma y consecuencia de un cambio social global. A continuación nos detenemos en cada una de las versiones de esta teoría de la individualización.

1.2.1 La fragilización de los vínculos: Bauman

De todos los autores que han tratado el amor sociológicamente, Bauman (2005) es probablemente el que presenta un panorama más pesimista del mundo contemporáneo. El argumento que construye sobre los vínculos en este contexto está relacionado con su famosa -por reiterada- metáfora de la liquidez, desarrollada en una serie de publicaciones que se inauguran con el texto "Modernidad líquida" (2003). En el prólogo al mismo, Bauman explica a qué se refiere con esta metáfora. Con la cualidad de "líquido", Bauman apela a todo lo que es frágil y liviano, a lo que cambia de forma con facilidad debido a su falta de arraigo. El autor cree que esta es una buena analogía con lo que sucede en todos los ámbitos de la sociedad contemporánea y por ello parte de la contraposición entre "modernidad sólida" o primera modernidad y modernidad fluida o líquida.

Con el primer término, el autor se refiere al proyecto moderno que parte de la Ilustración y que continúa con las revoluciones políticas liberales y con la revolución industrial, centrado en el propósito de emancipación del hombre de todos los "otros" a los que está sujeto. Tal emancipación consistió en liberar a la razón de la religión y en un programa político y económico destinado a terminar con la sociedad estamental. Bauman reconoce cierta ambivalencia en esta primera modernidad, en la senda de los autores de la Escuela de Frankfurt. La racionalización, el control, la técnica y la modernización pudieron ser aplicados a la ciencia en pos del progreso, pero al mismo tiempo sirvieron al desarrollo de sistemas totalitarios de control de los individuos, cuya manifestación más perfecta son los campos de concentración racionalizados (Bauman, 2003: 31). En ese momento, la crítica social se centró en denunciar la ambivalencia moderna. Sin embargo en las sociedades contemporáneas, según Bauman, la crítica social debe tomar otro camino, pues la liberación de esos controles se ha completado, y la que precisamos tiene otro carácter. La ambivalencia de la segunda fase de la modernidad o "modernidad líquida" reside en que la liberación se ha producido hasta tal punto que ha dejado a los individuos desarraigados, es decir, sin orientaciones firmes para su conducta. Según Bauman, la modernidad sólida

o la primera fase de la modernidad desarraigó a los individuos para volverlos a arraigar en el nuevo marco social dominante, el liberalismo burgués. Sin embargo, esta nueva fase no sólo carece de valores sino que se basa de hecho en el continuo cuestionamiento a todos los valores precedentes. Desde la economía, (con la creciente necesidad de adaptación a las coyunturas por parte de empresarios y trabajadores) hasta el poder (con la sustitución del control directo sobre los individuos por el poder difuso, de origen difícil de rastrear) hay varias dimensiones de la sociedad contemporánea a las que Bauman aplica esta metáfora de la liquidez. Las que más nos interesan aquí son las que se refieren a la identidad y la intimidad.

Tal como ya hemos comentado, para todos estos autores las opciones de vida se multiplican en las sociedades contemporáneas. Los individuos, libres para elaborar sus propios proyectos biográficos a medida y para “diseñar” su propio “yo”, experimentan esta libertad ligada a cierta angustia existencial. Esto implica, evidentemente, consecuencias importantes en la vivencia del amor y las relaciones de pareja. Bauman (2005) postula que en las sociedades de la segunda modernidad los individuos han perdido su capacidad para establecer relaciones sólidas. “Amor líquido” es en realidad sinónimo de “crisis del amor”, crisis que se materializa en diferentes aspectos:

a) La definición del amor romántico como pretensión de perdurabilidad de los vínculos desaparece del imaginario colectivo, o al menos, pierde gran parte de su protagonismo anterior.

b) Los individuos necesitan “desaprender” en el terreno amoroso: debido a que sabemos que las relaciones contemporáneas son mayoritariamente livianas, necesitamos protegernos adoptando una actitud asimismo liviana, la cual implica establecer relaciones que ya no pueden considerarse tal cosa: son más bien “conexiones” ligeras que implican un sujeto preparado ante la probable ruptura

c) El amor se sustituye por el deseo y el sexo pierde todo valor que no esté vinculado a la propia satisfacción, convirtiéndose en un objeto de consumo desechable

d) Las propias personas se convierten asimismo en objetos de consumo a través del auge de la lógica mercantil en las relaciones

En definitiva, el amor contemporáneo se ve marcado por la crisis de los valores que Bauman asocia a esta modernidad líquida y por el hecho de que la propia satisfacción y los propios intereses se conviertan en el motor de los actos y en el centro de las biografías de los individuos contemporáneos.

1.2.2 La paradoja del amor en la sociedad del riesgo: Beck y Beck-Gernsheim

Otra de las aportaciones que han tenido más repercusión en la reciente sociología del amor y la intimidad es la que llevan a cabo los sociólogos Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim (1998). Las ideas de ambos autores en torno a las relaciones de pareja están influidas por la teorización de Ulrich Beck (1998) sobre la segunda modernidad, de modo que nos conviene comentar en qué consiste esta fase de la historia contemporánea según su propio autor.

Para Beck el mundo contemporáneo se caracteriza por la “modernización reflexiva de la sociedad industrial” (1998: 199). ¿A qué se refiere con esto? Si la modernización sencilla se produjo sobre la tradición, este segundo proceso histórico se lleva a cabo sobre la base de una sociedad ya modernizada, por lo tanto implica necesariamente reflexividad sobre sí misma. Además, el objeto de su “desencantamiento” cambia. Si en la primera modernidad se cuestiona la estratificación social y la religión como parámetro para entender el mundo, en la segunda ese cuestionamiento se dirige a la ciencia –al menos tal y como ha sido construida- a las culturas de clase y género como centro de la identidad y a la política. Estas dinámicas de la sociedad postindustrial que según Beck algunos autores han entendido como amenazas antimodernas (por ejemplo, la crítica de la ciencia o del progreso) son en realidad radicalmente modernas, porque, explica, existieron ya como parte intrínseca de la primera modernidad, periodo que trajo consigo ambigüedad y críticas.

Por otra parte, los nuevos rasgos de la sociedad moderna la convierten también en “la sociedad del riesgo”. Es necesario explicar qué quiere decir Beck con esta idea. El propio autor explica que el siglo XX está inundado de catástrofes históricas: guerras mundiales y totalitarismos entre ellas. Entonces, se pregunta: ¿Qué hay de nuevo? ¿Cuáles son las peculiaridades que hace que esta denominación tenga sentido? Pues bien, según Beck estas catástrofes del s.XX se basaron en la agresión a un otro definido - ya fuera judío, comunista, homosexual, mujer etc- . Sin embargo lo característico de los peligros contemporáneos es que el riesgo es difuso, nadie puede escapar a él. Es según Beck, un “nuevo destino adscriptivo de peligro” (1998: 12). Hay dos características centrales de estos riesgos que los convierten en ineludibles: por una parte, su peculiar combinación de naturaleza y sociedad; por otra, su independencia con respecto de las acciones humanas concretas e identificables, es decir, el hecho de

que los riesgos a los que nos vemos sometidos no se relacionan necesariamente con nuestros actos. La ambivalencia de la modernidad en esta nueva fase tiene que ver con el hecho de que el progreso técnico y científico conlleva peligros ineludibles y globales.

Pero el peligro es sólo una de las dimensiones de la sociedad del riesgo, también caracterizada por el crecimiento de las contradicciones en diferentes ámbitos. La que nos interesa más en esta investigación es la que afecta, según este argumento, a la familia nuclear moderna. Tal modelo, basado en la desigualdad estructural entre los géneros, está en crisis en las sociedades contemporáneas debido al desafío a esas asimetrías, amenaza que según Beck está redefiniendo no sólo la familia y el matrimonio, sino también la sexualidad y el amor.

A este respecto, Beck y Beck-Gernsheim (1998) elaboran una cronología muy resumida de las relaciones familiares y de pareja según la cual a la época premoderna basada en la familia extensa como unidad económica le sigue un periodo intermedio cuyo protagonista es la familia nuclear y en el que los hombres comienzan a disfrutar de biografías independientes y trayectorias laborales fuera del hogar, al tiempo que la unión del núcleo familiar se hace posible a costa de la negación de estos procesos a las mujeres. La etapa final, la contemporánea, se basaría en la extensión de la individualización también a las mujeres y en la creciente disolución de la desigualdad entre roles de género en la familia. Todo esto provoca ambivalencias: por un lado, el incremento de la igualdad de género hace más visibles y más conflictivas las desigualdades que aún persisten. Por otro, el capitalismo contemporáneo provoca la internalización de los valores del mercado de trabajo por parte tanto de hombres como de mujeres.

Precisamente en este último punto reside la clave de la versión de la individualización que postulan estos autores. Los individuos contemporáneos buscan su propia realización personal a través de la carrera profesional, lo cual genera en el periodo postindustrial exigencias de movilidad, adaptación y flexibilidad a los trabajadores. Ello propicia una creciente tensión entre dos esferas de valores con prioridades diferentes: la del ámbito público y el mercado laboral por una parte, y la familiar por otra. En este contexto se hace inevitable la crisis del modelo de familia nuclear de la sociedad industrial. El resultado, según ambos autores, es la pluralización de los modos de vida y de las formas de emparejamiento y familiares que hacen que la propia definición de familia sea cada vez más compleja.

Para apoyar esta tesis, los autores acuden a algunos datos empíricos sobre el caso alemán que muestran el creciente número de divorcios, el aumento de la cohabitación, el aumento de hogares unipersonales, y otros datos sobre configuración de las familias, datos que apuntan hacia la

destraditionalización de la intimidad. Sin embargo, desde una perspectiva más prudente que la de Bauman, Beck y Beck-Gernsheim advierten de que a pesar de todo esto, los jóvenes en su gran mayoría no aspiran a una vida sin vínculos y de que el ideal de pareja estable sigue siendo central en sus aspiraciones vitales.

¿Cómo afectan todas estas dinámicas a la experiencia del amor en las sociedades occidentales contemporáneas? Los autores apoyan la idea que comentábamos al comienzo de este epígrafe sobre la individualización como patrón mayoritario en el mundo occidental actual y sobre la elección consciente de la propia biografía como su característica central. En este contexto el amor se convierte en paradójico: es más anhelado que nunca y al mismo tiempo más difícil de conseguir. Más anhelado porque en una situación de privatización de la vida, en la que otros vínculos pierden significatividad, las relaciones de pareja se convierten en un refugio para la búsqueda de apego y seguridad ontológica. Más difícil porque el proceso de individualización implica priorizar los intereses propios y la "realización personal" en mayor medida que en el pasado, haciendo la compatibilidad de dos biografías independientes más improbable. Como ya hemos comentado, en este diagnóstico se observa la influencia de las ideas weberianas sobre el amor y la modernidad. Según Beck y Beck-Gernsheim, ante un panorama de secularización y en el que otros valores colectivos también parecen desvanecerse, el amor se convierte en la fuente a través de la cual los individuos otorgan sentido al mundo y a sus vidas. De hecho, explican, el crecimiento del número de divorcios y separaciones no debe interpretarse como una decadencia del amor romántico sino precisamente como un aumento de las expectativas que ponemos en las relaciones y de la centralidad de éstas en nuestras vidas: "El amor ordena la ruptura con su forma falsa" (Beck y Beck-Gernsheim, 1998: 308) y la búsqueda de "amor verdadero" es el principal motor del descontento con las relaciones que no lo proporcionan. Tanto la religión como el amor contienen la utopía de salir de la normalidad y la rutina. Pero en el amor ese escape se produce a través de la pasión y el sexo, y el objeto de idolatría es terrenal. Proporciona, como explicaba Weber, una "salvación intramundana".

Beck y Beck-Gernsheim postulan, a este respecto, una sucesión histórica de las fuentes de sentido de la existencia: la religión en el mundo premoderno dio paso a la clase social en la sociedad industrial, sustituida por el amor en esta nueva fase de la modernidad.

El amor responde además a un código cultural que lo prefigura y lo hace posible. Esta idea, que sólo se deja caer de pasada al final del libro de Beck y Beck-Gernsheim, no es desarrollada en

profundidad por los autores de la hipótesis de la individualización de la intimidad. Como vimos a propósito de Luhmann y como veremos más adelante, se trata sin embargo de uno de los temas de análisis centrales de otros autores que se han ocupado del amor desde la sociología.

1.2.3 Del romanticismo a la reflexividad: la aportación de Giddens

Al igual que Bauman y Beck, Giddens (1997, 1999) considera que nos encontramos en un periodo histórico que supone una nueva fase de la modernidad, caracterizada por una radicalización y universalización de la misma mayor que en ningún otro momento anterior. El rasgo fundamental de este periodo es su reflexividad, concepto fundamental en la teoría de este autor acerca de la sociedad en general y de las relaciones amorosas en particular. Con él, Giddens se refiere a una relación entre la acción social y la tradición que toma un carácter nuevo. Para este autor, la tradición:

“Es una orientación hacia el pasado, de tal modo que el pasado tiene una poderosa influencia, o por expresarlo de forma más precisa, se le otorga una poderosa influencia sobre el presente. (...) La tradición también se refiere al futuro, puesto que las prácticas establecidas se utilizan como modo de organizar el tiempo futuro” (Giddens, 1999: 83)

Pues bien, en las sociedades premodernas, ésta constituía la principal orientación para las conductas, teniendo además una importante dimensión moral. La tradición establecía las prácticas y también las valoraciones normativas sobre las mismas. En contraste con ello, las sociedades de la modernidad tardía se caracterizan por la problematización de la tradición y el cuestionamiento de su legitimidad en favor de los “saberes expertos”, que se erigen en las fuentes de conocimiento legítimas en el mundo contemporáneo. Determinados elementos tradicionales pueden mantenerse, pero serán evaluados en base a criterios externos, los de la reflexividad moderna basada en estos saberes.

La reflexividad consiste en la tendencia de las sociedades a pensar sobre sí mismas. En todas ellas tiene cierta presencia, ya que las prácticas se organizan también en función de aprendizajes sobre hechos pasados. Sin embargo, sólo en la modernidad tardía esa reflexividad se generaliza y se aplica a todos los ámbitos sociales. Además, otro de los rasgos peculiares de la sociedad contemporánea es que el conocimiento se convierte en transmisible, de forma que las prácticas y decisiones cotidianas se ven afectadas por esos saberes expertos que son elementos centrales del nuevo orden social. De hecho, una peculiaridad de los individuos modernos es (y este punto es fundamental para el análisis de Giddens sobre el amor contemporáneo) la aplicación constante por parte de los legos a sus biografías de este

conocimiento experto adquirido. Es decir, la reflexividad típica de la modernidad inunda también la vida privada de los individuos (Giddens, 1995; 2000). Incluso en la construcción de la propia identidad, las fuentes tradicionales de sentido se ven sustituidas por el “proyecto reflexivo del yo” como tarea consciente. En este proceso, se hace fundamental la influencia de la psicología, disciplina de importancia creciente en el mundo occidental contemporáneo.

Esta influencia también se deja ver en el amor. El análisis de Giddens sobre las relaciones amorosas contemporáneas se estructura en torno a dos conceptos: “relación pura”⁵ (1995: 82) y “amor confluyente” (1995: 39). A través de ellos, el autor establece una contraposición entre las relaciones contemporáneas y el amor romántico, modelo hegemónico según él en las sociedades modernas industriales. Con el primero de ambos términos Giddens define un tipo de relación que se justifica exclusivamente en sí misma y no responde a ningún otro criterio externo. Si entre las generaciones anteriores era frecuente la búsqueda de independencia respecto al hogar familiar a través de la pareja por parte de las mujeres, las jóvenes de estas sociedades post-industriales basan sus vínculos y las decisiones en torno a los mismos exclusivamente en motivaciones afectivas.

Por otra parte, el término “relación confluyente” pretende enfatizar la importancia de la comunicación como rasgo central de esta nueva modalidad amorosa. Según Giddens, las parejas contemporáneas se caracterizan por la constante negociación de sus términos y por la búsqueda de la satisfacción emocional de ambos miembros, que es ahora la finalidad de los vínculos. Los individuos modernos son conscientes de la contingencia de sus relaciones, del hecho de que éstas sólo se mantendrán mientras consigan proporcionar esa satisfacción, emocional pero también sexual, para las dos partes. Las relaciones puras están basadas en la “sexualidad plástica” (Giddens, 1995: 89) que es también una sexualidad igualitaria y recreativa y busca activamente el placer de los dos componentes de la pareja, separándose de la reproducción. En el amor romántico el placer sexual parecía garantizado por la pasión y el enamoramiento, sin embargo el nuevo modelo supone trabajo activo para lograrlo.

En todos estos rasgos observamos el correlato en las relaciones amorosas del énfasis en la reflexividad como rasgo central de las sociedades modernas contemporáneas. De hecho, según Giddens (1995) las idealizaciones del amor romántico y su núcleo central en el “encuentro” con “la” persona que conllevaba la proyección del futuro “juntos para siempre” han sido sustituidas por el modelo de la relación pura, contingente y en el que ese encuentro ya no sirve para dar por hecho todo lo demás.

⁵ A menudo traducido como “pura relación”, del inglés “pure relationship”

Ahora los vínculos son fruto de una constante construcción reflexiva, influida por los discursos y la ética de la psicología en las representaciones y en el devenir de los mismos. Giddens parece argumentar que el componente “mágico” o idealizador del amor desaparece en función de su permanente escrutinio científico por parte de los saberes expertos y por parte de los propios legos, influidos por los mismos.

Este panorama es observado por Giddens con un marcado optimismo. Las relaciones confluentes son en su diagnóstico relaciones democráticas en las que la igualdad de género se observa tanto en su dimensión práctica como en la emocional. Si el amor romántico fue un amor feminizado en el que las emociones eran un asunto de las mujeres en sociedades con una fuerte división de roles entre los géneros, las relaciones puras, ya que están basadas en la negociación, se caracterizan por su carácter igualitario, e incluso, sugiere Giddens, pueden ser el motor hacia una mayor igualdad de género en el resto de los ámbitos de la sociedad.

1.2.4 Problemas de las teorías sobre la individualización del amor

Como hemos visto, ya desde Weber, una parte importante de la –no muy cuantiosa- reflexión sociológica sobre el amor se ha ocupado del “cambio”, es decir, de los modos en que los sentimientos, los vínculos afectivos entre las personas y su organización se ven influidos por las transformaciones sociales globales. Al mismo tiempo, la sociología ha atendido a la incidencia que tales modificaciones en el ámbito íntimo pueden tener en la profundización del cambio social más general. En este contexto, como hemos visto, una serie de autores han desarrollado diferentes versiones de una tesis sobre la individualización aplicada al amor, basando su diagnóstico en un punto de partida teórico que postula un orden social general abstracto y según el cual las sociedades occidentales contemporáneas han entrado en una nueva fase de la modernidad caracterizada por la radicalización y profundización de la misma. Esta tesis presenta, a nuestro parecer, una serie de problemas importantes que es necesario atender en una investigación como la que nos proponemos.

En primer lugar, las tres aportaciones que hemos considerado se basan en el argumento según el cual, en las sociedades contemporáneas existe mayor libertad que en cualquier otro contexto histórico para el desarrollo autónomo de la propia vida y para la configuración a medida de los vínculos según las preferencias personales. Es decir, las biografías, y también las biografías amorosas, son más que nunca elegidas entre una pluralidad creciente de opciones. Este argumento, claramente

voluntarista, implica asumir una determinada teoría de la acción social que enfatiza la autonomía individual y abandona la consideración de los aspectos más arraigados e incorporados que pueden funcionar, de una manera no necesariamente consciente, como orientaciones para las prácticas. En este sentido, es considerable la ausencia en los trabajos presentados del análisis de aspectos fundamentales en la experiencia del amor y la pareja, y que pasamos a repasar.

En primer lugar, tal como han señalado autores como Jeffrey Alexander (1996) en su crítica a la idea de la modernización reflexiva o Neil Gross (2005) específicamente sobre la individualización de la intimidad, los autores que han desarrollado esta tesis ignoran los aspectos simbólicos, es decir, los imaginarios y códigos culturales que, en lo que se refiere específicamente al amor, son sin duda una dimensión central de nuestra experiencia cotidiana del mundo social. Sin que esto implique asumir - como hacen tanto Alexander como Gross- la influencia directa de "la cultura" en las prácticas, como si lo cultural o simbólico formase un dominio autónomo e independiente del resto de dimensiones sociales de la experiencia, o como si en última instancia las convicciones culturales fuesen los determinantes de la acción, es necesario atender a los relatos culturales en torno al amor a través de los que las personas damos sentido a nuestra experiencia en este ámbito. El análisis de la relación de los actores con estos elementos culturales es fundamental para acercarnos empíricamente a la experiencia del amor y comprender si -al menos en el ámbito de lo simbólico- se ha producido un cambio tan profundo como el que señalan los autores que postulan la individualización de la intimidad. Más allá de si el amor romántico está o no pasado de moda, el apego o rechazo a diferentes modelos culturales tiene, argumentaremos, un importante componente afectivo y prerreflexivo que sitúa la identificación de los agentes con lo simbólico más allá de lo que defienden explícitamente. Estas cuestiones son abordadas en el capítulo 4 de esta investigación.

Por otra parte, es llamativa la superficialidad de la atención de estos autores a la dimensión emocional de la experiencia amorosa. Las emociones parecen darse por supuestas, pero no existe una reflexión sociológica sobre ellas ni se argumenta sobre su relación con las prácticas. Lo más elaborado que encontramos al respecto es la argumentación de Giddens (1995) sobre la negociación emocional como base para la igualdad en las relaciones confluentes, hipótesis que parece colocar a este autor en la perspectiva terapéutica defensora de la comunicación y la reflexión conjunta en mayor medida que en la del análisis sociológico de estas tendencias (Jamieson, 1999; Eldén, 2012).

Diferentes autoras han señalado que la falta de atención a las emociones en el análisis del amor es un obstáculo para la comprensión de aspectos fundamentales sobre la vivencia del género en el ámbito de los afectos (Duncombe y Marsden, 1993; Jackson, 1993). Además, debemos preguntarnos de nuevo si la ausencia de un análisis sociológico en profundidad sobre las emociones en el terreno amoroso no ha llevado a los teóricos de la individualización a sobredimensionar las transformaciones de la intimidad en el mundo contemporáneo. Considerar el aspecto emocional de las prácticas no implica, como argumentaremos en el capítulo 5 de esta investigación, asumir que éstas se ven movidas por aspectos irracionales o incontrolables. Sin embargo, es necesario indagar acerca de tendencias arraigadas también en lo emocional y el modo en que éstas pueden apuntalar desigualdades de género en la vivencia (práctica y subjetiva) del amor y las relaciones de pareja.

Entre las respuestas a los autores de la tesis de la individualización no han faltado críticas desde perspectivas feministas. Entre ellas, es común la problematización del excesivo optimismo especialmente de Giddens en cuanto a la igualdad en las relaciones contemporáneas. Algunas autoras han señalado, en concreto, cómo la reflexividad y el discurso terapéutico, cuando no van acompañado de consideraciones de género, pueden reforzar la asimetría en las relaciones heterosexuales por su tendencia a ignorar las desigualdades estructurales y la influencia de las mismas en las parejas (Eldén, 2012). Otras nos recuerdan que la investigación empírica continúa mostrando importantes diferencias de poder entre hombres y mujeres también en el seno de sus relaciones, por ejemplo, en lo que respecta a la distribución de los recursos (veáse Jamieson, 1999). Finalmente, otros trabajos argumentan que el amor romántico, lejos de desaparecer, es uno de los pilares de la subordinación de las mujeres en las sociedades contemporáneas (Esteban, Medina y Távora, 2009).

A propósito de este último punto, es necesario que nos detengamos brevemente a analizar las consideraciones de la teoría de la individualización respecto del amor romántico. En este sentido, los diferentes autores difieren en sus análisis. Si para Bauman (2005) y Giddens (1995) el amor romántico está en decadencia y cerca de su desaparición, Beck y Beck-Gernsheim (1998) consideran que éste se ha reforzado como refugio y promesa frente un entorno en el que los vínculos entre las personas, tanto íntimos como colectivos, se ven debilitados. El problema es que ni en el trabajo de Beck y Beck-Gernsheim ni en el de Bauman encontramos una argumentación extensa acerca de en qué consiste el amor romántico, por lo tanto las afirmaciones sobre su desaparición o refuerzo no resultan convincentes. Por otra parte, en el caso de los sociólogos alemanes, esta última idea entra en

contradicción con su argumento sobre el amor contemporáneo como un código vacío que los individuos deben reescribir.

Giddens (1995), por su parte, sí teoriza acerca de este concepto. Para este autor, el amor romántico fue una configuración social propia de la modernidad industrial que se basó en la institución matrimonial, la cual sancionaba vínculos de por vida y suponía una clara separación de roles, reforzando la subordinación de las mujeres y su especialización en el ámbito afectivo. El amor confluyente supondría la superación de este modelo y el establecimiento de relaciones igualitarias y contingentes. Sin embargo, en el análisis de Giddens observamos la ausencia de la consideración sobre diferentes componentes del amor romántico cuya desaparición no es tan evidente y que coinciden con algunos elementos que ya hemos señalado. En primer lugar, ¿Qué papel tienen ciertos elementos del código cultural romántico en los modos en que damos sentido al amor en general y a nuestra experiencia amorosa en particular? Y por otra parte, más allá del amor romántico como código, imaginario cultural o ideología, ¿Qué hay de la dimensión práctica y emocional del mismo? ¿Existen tendencias a actuar y a sentir en el terreno amoroso que dejan ver ciertas disposiciones más o menos románticas? Después de clarificar ciertas confusiones terminológicas en cuanto al significado de "amor romántico", éstas cuestiones serán abordadas en los capítulos 4 y 5 de esta investigación. Con ello pretendemos alejar este concepto del análisis de un orden social abstracto -sea para postular su desaparición o su vigencia- y explorarlo en el contexto de la vida cotidiana de mujeres y hombres.

La teoría de la individualización presenta, a nuestro entender, un problema muy importante que aún no hemos comentado. Se trata de la uniformización social que asume. La idea de la individualización es aplicada a la sociedad como un todo, sin tener en cuenta las posibles diferencias no sólo entre los géneros sino también entre clases sociales o fracciones de clase. Sin embargo, las sociedades no forman un grupo homogéneo, tampoco en el caso de las sociedades llamadas post-industriales. Si existen dinámicas hacia la individualización en el terreno amoroso, no hay razón para suponer que afecten a todos los grupos por igual o que sus protagonistas no pertenezcan a sectores específicos. En este sentido, la idea de las dificultades para conciliar la pareja con una carrera profesional móvil, flexible y en ocasiones cosmopolita (Beck y Beck-Gernsheim) implica asumir de forma no problemática el propio concepto de carrera profesional y dejar de contemplar otros estilos de vida más apegados a lo local.

Por otra parte, la visión de Giddens sobre la negociación emocional sugiere un ethos terapéutico que no está en absoluto claro que aparezca por igual entre los sujetos independientemente de sus posiciones y trayectorias sociales. Incluso suponiendo transformaciones globales y generalizadas, éstas pueden ser experimentadas de formas muy diferentes por distintos grupos. De hecho, no hay por qué asumir que la propia relación con los códigos culturales amorosos o con las vivencias emocionales sean aspectos “incontaminados” por cuestiones de clase. El amor y las relaciones de pareja heterosexuales, por pertenecer al ámbito de lo considerado más íntimo y más privado, parece en principio un terreno pantanoso para ser investigado de este modo. Sin embargo, hace tiempo que lo más íntimo y privado se considera también objeto necesario de la sociología. Si la clase social es un componente central de nuestra experiencia del mundo, ejercerá su influencia también en la experiencia del amor en sus diferentes dimensiones, ya que el ámbito de los afectos no es un oasis donde se suspendan todos los factores sociales que inciden en nuestras vidas. En cualquier caso, este punto no ha de ser resuelto a priori, sino que es una cuestión empírica que nos proponemos indagar en esta investigación.

Antes de terminar este repaso por los problemas de la tesis sobre la individualización aplicada al amor, es necesario volver a la teoría de la acción implícita en esta tesis, en particular, en el trabajo de Giddens (1995). Tal como Alexander (1996) ha puesto de manifiesto, en los análisis de la modernidad reflexiva que Giddens comienza en los años noventa (1995; 1997; 1999; 2000), este autor entra en contradicción con sus anteriores aportaciones sobre la “teoría de la estructuración”⁶ (2003).

Esta teoría suponía una integración teórica entre los conceptos de acción y estructura que pretendió combatir su reificación, así como su consideración como fenómenos independientes y separados, pues ambos constituirían los componentes integrantes de la agencia (García Selgas, 1994). Por lo tanto, la labor de las ciencias sociales según esta teoría no consiste en estudiar el poder de las estructuras para determinar las acciones sociales ni viceversa, sino el punto en el que ambas confluyen: las prácticas sociales situadas. El proceso de producción tanto de agentes como de estructuras se desarrollaría a través de la praxis. El sujeto que nos presenta Giddens en este primer momento es, por lo tanto, activo, y se mueve entre estructuras que pueden limitarlo, pero también capacitarlo. La praxis se caracteriza además por su doble dimensión: en el desarrollo de la agencia intervienen la “conciencia reflexiva” y la “conciencia práctica”. Con esta distinción Giddens (2003) pone de relieve que la conducta

⁶Aunque la consideración de Alexander sobre la contradicción en la obra de Giddens es acertada, su crítica desde una perspectiva culturalista supone a nuestro entender también importantes problemas teóricos cuya consideración queda sin embargo fuera de los intereses de esta investigación

cotidiana tiene un nivel discursivo, en el que los agentes conocen y pueden explicitar sus actos y los motivos que los impulsan, y un nivel no discursivo en el que opera la conciencia práctica, y que se constituye en torno a acciones prerreflexivas -lo que no equivale a inconsciente, sino más bien a rutinización-.

Sin embargo, en los trabajos sobre la modernización reflexiva que Giddens inicia en los noventa se produce una separación tajante en el modo que opera la agencia en sociedades tradicionales y modernas, situando el cambio fundamental en la segunda fase de la modernidad o modernidad radicalizada sobre la que argumenta. Si en las sociedades dominadas por la tradición, ésta prácticamente se impone sobre los sujetos dejando un escaso lugar a la acción reflexiva, las segundas se caracterizan precisamente por la preeminencia de esta tipología de acciones. En los últimos trabajos de Giddens, y entre ellos en su aportación al tema que nos ocupa, la influencia estructural, la conciencia práctica y la rutinización desaparecen casi por completo del análisis sociológico y con ello desaparece la integración teórica entre acción y estructura que había sido su contribución más interesante. El individuo moderno se presenta autónomo, reflexivo y libre de constreñimientos sociales, más allá de la influencia que sobre sus prácticas tienen los sistemas expertos, influencia en todo caso democratizadora y emancipadora.

En definitiva, el problema fundamental de la teoría de la individualización es su falta de apoyatura empírica, la cual conduce a sus autores a sobredimensionar ciertas tendencias de cambio en la experiencia del amor por parte de los actores en las sociedades contemporáneas. La relajación de los controles normativos sobre las biografías individuales, -incluso asumiendo que ésta se produzca por igual independientemente de posiciones de género o clase-, no implica necesariamente la eliminación de toda influencia estructural en las prácticas, tampoco en el terreno afectivo. Esta cuestión constituye un debate sociológico relevante en el que esta investigación se inserta.

1.2.5 Otras versiones sobre la transformación del amor

Desde una perspectiva diferente a la de los teóricos de la individualización, otras autoras han reflexionado sobre ciertas transformaciones que afectan a la vivencia del amor en las sociedades contemporáneas. En esta línea, tanto Eva Illouz (2009; 2012) como Arlie. R. Hochschild (1979; 2008) se

han interesado por las conexiones entre el sistema económico capitalista, sus códigos culturales y las vivencias emocionales que éstos promueven.

El trabajo de Hochschild supone una aproximación muy interesante al estudio sociológico de las emociones que, a través del concepto de "trabajo emocional" busca superar dos enfoques diferentes sobre las mismas: el organicista, representado por Freud y el psicoanálisis, y el interaccionista, cuyo máximo representante es Goffman. Para el primero de ellos, las emociones son consecuencia de pulsiones inconscientes. Tal como explica Hochschild (2008), en el primer Freud, el sujeto se ve desbordado por las mismas y sin capacidad para su manejo consciente. Cualquier elaboración de las emociones responde a mecanismos de defensa inconscientes frente a sentimientos desagradables. Por otra parte, la perspectiva interaccionista de Goffman hace hincapié en las situaciones cotidianas y en el manejo de las mismas. Pero el interés de Goffman se centra en la elaboración que hacen los sujetos de la expresión de sus emociones, y no tanto de las propias emociones. Es decir, se trata de un manejo cognitivo. Sin embargo, las emociones no están ausentes de su teoría, ya que la presentación del yo en las interacciones cotidianas conlleva cierta implicación emocional.

Hay dos aspectos en los que el trabajo de Hochschild se separa de Goffman. En primer lugar, a Hochschild le interesa el manejo o elaboración consciente no sólo de los actos y de la imagen que proporcionamos al otro, sino de las emociones que sentimos y podemos identificar. Existe según esta autora una serie de "reglas del sentimiento" (1979) que definen lo normativo en términos emocionales, es decir, aspectos como la dirección o la intensidad de las emociones que se ajustan a lo socialmente considerado "normal", y en función de las cuales las personas trabajamos cotidianamente sobre lo que sentimos para adaptarnos a lo que se espera de nosotros, "evocando" o "suprimiendo" determinadas emociones (2008: 137)

Por otra parte, a Goffman le interesan los modos en que los contextos condicionan las interacciones, dejando de lado otros aspectos macro-sociológicos. Hochschild, sin embargo, se encarga de enfatizar que lo que entiende por reglas del sentimiento son normatividades influidas por estructuras sociales, y en ocasiones incluso objeto de luchas políticas.

"Si nos proponemos entender el origen y los cambios de las reglas del sentimiento –ese reverso de la ideología- nos vemos obligados a retroceder del estudio de las situaciones inmediatas donde aquéllas se manifiestan para analizar aspectos tales como las relaciones cambiantes entre las clases, los géneros, las razas y las naciones, a fin de ver por qué cambian estas relaciones" (Hochschild, 2008: 136)

Frente a lo que sentimos, no hay inactividad y pasividad, sino hábitos de reconocimiento, reflexión y adaptación. Hábitos que, sin embargo, tal como la propia Hochschild explica, se distribuyen desigualmente entre grupos sociales. Las reglas del sentimiento, aunque socialmente compartidas, son frecuentemente latentes, ya que "se resisten a la codificación formal" (2008:146). Además, los niveles a los que funcionan son variables. Mientras que algunas de ellas tienen un carácter casi universal, otras son características de determinadas clases sociales o géneros. En cualquier caso, el manejo emocional que implica adaptar los propios sentimientos a lo normativo es una forma de conformidad social incorporada.

Pues bien, según Hochschild, en la sociedad estadounidense contemporánea y en muchas otras sociedades occidentales se está produciendo una reconfiguración de aspectos centrales de la intimidad como los cuidados o el amor de pareja que tienen que ver con la aparición del "espíritu mercantil de la vida íntima". Con este concepto Hochschild define a la "cultura que gobierna las relaciones personales que acompaña al capitalismo avanzado" (2008:26). El análisis de sus principales rasgos es conducido a través de diferentes elementos y materiales culturales, cuyo estudio le permite identificar una propensión contemporánea a la "desinversión" en los asuntos afectivos por parte de las mujeres y una tendencia cultural a promover una feminidad independiente y menos apegada a sus relaciones personales. Este fenómeno, que Hochschild entiende en términos de "enfriamiento cultural" (2008: 28) supone una modificación de las reglas de los sentimientos, es decir, de la normatividad acerca de las emociones que coloca a las mujeres en la posición de asumir las reglas tradicionalmente masculinas en el amor, entre ellas, el ideal de autonomía, la separación del sexo y el afecto, la priorización de otros elementos biográficos sobre el amor, la acumulación de amantes ocasionales etc. Según Hochschild se instaura un paradigma de la cautela en las relaciones, por el que la "independencia emocional" pasa a considerarse el rasgo más deseable en la propia identidad y por el que las mujeres se someten a una "disciplina ascética" (2008: 42) sobre sí mismas en su manera de amar para no hacerlo más de la cuenta y para estar protegidas frente al potencial sufrimiento, en definitiva, para adaptarse a la imagen normativa contemporánea de la mujer moderna y autónoma.

Según la autora este acercamiento de las mujeres hacia un ethos masculino y su asunción de ciertos códigos culturales capitalistas, al mismo tiempo que no existe un movimiento inverso de los hombres hacia el cuidado y la implicación en los asuntos más afectivos de sus biografías está generando un empobrecimiento de los vínculos.

La sociología de Hochschild ha tenido cierta influencia en el trabajo de una de las teóricas sobre el amor más relevantes de la sociología contemporánea, Eva Illouz. Illouz (2009) argumenta que las emociones que implica el amor están situadas socialmente y por lo tanto también deben ser estudiadas en relación a los factores sociales que les influyen y a los que influye. Es decir, en Illouz hay, como en Hochschild, la reivindicación de un análisis sociológico de las emociones. Para esta autora, son los códigos culturales los elementos sociales que en mayor medida modelan las experiencias emocionales:

“Los marcos culturales nombran y definen las emociones, señalan los límites de su intensidad, especifican las normas y los valores asignados a ellas y ofrecen símbolos y escenarios culturales para que adquieran carácter de comunicatividad social” (2009: 21)

Illouz (2009) retoma la visión de Geertz (1973) sobre la cultura como sistema integrado de significados que, como veremos en el capítulo 4, presenta ciertos problemas. Pero, desde una perspectiva crítica, cree necesario analizar este sistema de códigos culturales compartidos en su relación con el sistema económico capitalista, ya que, en su visión, ambos son inseparables. En el capitalismo se enmarca la vivencia del amor, y es ésta relación la que se encarga de estudiar. Pues bien, el amor romántico y la cultura capitalista presentan según Illouz afinidades electivas que han creado un complejo simbólico con capacidad performativa, que influye en gran medida en las experiencias amorosas de los sujetos. Sin embargo, no se trata de que el amor romántico sirva a los intereses del capitalismo y haya nacido exclusivamente como corolario suyo. Más bien, su significado bebe de este sistema al mismo tiempo que de otros elementos culturales y de un determinado régimen de género que Illouz se encarga de explicitar que no aborda en su trabajo.

Además, según Illouz, la influencia entre ambos fenómenos es bidireccional. El capitalismo ha ayudado a generar un sentido y un tipo de experiencias que se enmarcan socialmente como “románticas”, pero al mismo tiempo esa cultura del amor ha ayudado a reforzar ciertas dinámicas capitalistas. En el análisis histórico de tal imbricación, Illouz encuentra dos fases: el desarrollo del capitalismo industrial y la fase post-industrial.

La primera de estas fases se caracteriza por el “encuentro” entre el mercado y el romance que tuvo lugar en EEUU en las primeras décadas del siglo XX. Según la autora, esta intersección se produjo en dos direcciones: la “romantización de los bienes de consumo” y la “mercantilización del romance” (2009: 50). A través del primer proceso, los productos de consumo, gracias a la publicidad y el cine, adquieren un “aura romántica”, un significado que los relaciona con las experiencias intensas de vivencia del amor. El segundo término, por su parte, hace referencia al hecho de que el amor pasa a ser vivido

dentro de la omnipresencia del mercado: la vivencia del romance se produce cada vez más en contextos marcados por el consumo, en los que incluso, en ocasiones, es el propio acto de consumo el que constituye, es decir, crea, la experiencia romántica. Esto es especialmente marcado en las fases iniciales de las relaciones de pareja, en el "dating", especie de mercado de las citas para el que cada vez más las personas deben poseer ciertos niveles de capital económico y cultural como valor a aportar.

Según Illouz esta fusión entre capitalismo y romance tiene que ver con un cambio importante en la sociedad industrial estadounidense: el paso de la moral victoriana a una moral de consumo que adopta los gustos de las clases populares y los extiende creando una cultura de masas del romance. Efectivamente tanto la experiencia como el significado del romance y el amor cambian: al cortejo lento, basado en las visitas en el interior de la casa de la mujer y con la presencia de su familia, le sustituye la práctica de las citas, que permite mayor intimidad y experimentación sexual. Al mismo tiempo, el sufrimiento inevitable y la búsqueda del auto-conocimiento a través del amor se transforma en una búsqueda activa de diversión por medio del consumo de productos y de ocio.

Según la autora, en una segunda fase post-industrial del modelo de producción capitalista en la sociedad estadounidense, si bien se mantiene un estrecho vínculo entre el mercado de intercambios económicos y la cultura del amor, este lazo se presenta de diferente manera. Las formas de vivir el romance estarían, en las sociedades del capitalismo tardío, fuertemente marcadas por estructuras narrativas preconfiguradas, inscritas en la cultura de los medios de masas. La publicidad posmoderna, creadora en parte de estas narrativas, no presenta las cualidades del producto, sino que lo asocia a un determinado estilo de vida enmarcado en una utopía de diversión, belleza, intensidad y sensualidad que se conseguiría gracias al turismo y a la naturaleza. Es la "metafísica de la publicidad, que borra la distancia entre el sujeto y el objeto de consumo, entre el producto y la relación que éste ayudó a crear" (Illouz, 2009:126). Ante la conciencia de este hecho, muchos individuos presentan, en la investigación de Illouz, un marcado cinismo sobre el amor romántico; sin embargo parece que al mismo tiempo esta clase de historias se anhelan para la propia biografía.

La cultura de la publicidad posmoderna crea una fantasía antimoderna en la que se niega la ostentación y se ensalzan los valores de autenticidad, promovidos por el consumo de determinados productos, o incluso de determinadas "experiencias" que esos productos promueven. Además, en las imágenes publicitarias se niegan las diferencias, se vende una ilusión igualitaria en la que se diluyen las diferencias de género y de clase social. Este código romántico-consumista, fuertemente marcado por la

publicidad, preexiste según Illouz al sentimiento, de modo que puede ser conocido antes de experimentar el enamoramiento e influir de esta forma en su vivencia.

Lo característico de “la condición posmoderna” en cuanto al amor se refiere es la conciencia por parte de los individuos de la influencia de los códigos narrativos en las prácticas, lo cual provoca una actitud marcada por cierto cinismo. Para analizar empíricamente estas estructuras narrativas en las que se enmarca el amor en la sociedad estadounidense de finales del s.XX, Illouz pone en relación en su análisis una serie de historias mediáticas con los relatos autobiográficos una muestra de entrevistados. A través de su estudio, llega a la conclusión de que son las historias con un grado más alto de codificación las que despiertan mayor incredulidad entre los individuos, pero generan también más fascinación. Son esas historias caracterizadas por un ritmo rápido, por el enamoramiento repentino, la pasión sobre la razón y sobre cualquier obstáculo cotidiano. Relatos que todos los entrevistados relacionan rápidamente con el estilo “hollywoodiense”, que todos reconocen como “prefabricadas” y ante las cuales los entrevistados muestran una actitud marcada por el escepticismo. Sin embargo, estos mismos escépticos, cuando son preguntados por sus experiencias más memorables, apelan a las historias propias que más analogías presentan con este tipo de relatos. Esto, según Illouz, debería hacernos reflexionar sobre la interrelación efectiva entre los códigos culturales y nuestras propias vivencias, expectativas e ideales sobre el amor.

Es decir, aportando, gracias a la investigación empírica, una visión de las transformaciones en la experiencia amorosa diferente a la que ofrecen las teorías de la individualización, Illouz argumenta que las versiones más idealizadoras y románticas del amor no desaparecen, sino que se ven mediatizadas y reforzadas por las dinámicas capitalistas. El capitalismo ha transformado el amor romántico al mismo tiempo en que lo convertía en uno de sus códigos culturales más potentes. En lo que se refiere a la relación de los sujetos con estos códigos, Illouz advierte cierta ambivalencia: el amor idealizado genera escepticismo pero también anhelo y atracción.

Por otra parte, tanto Hochschild (2008) como Illouz (2012; 2014) se han interesado por un aspecto clave de las relaciones amorosas contemporáneas adoptando un punto de vista diferente al de los autores presentados hasta ahora, particularmente al de Giddens (1995). Nos estamos refiriendo al papel de la psicología en la experiencia del amor y la pareja. Mientras que el sociólogo británico observaba dinámicas emancipatorias y crecimiento de la igualdad de género gracias a la reflexividad moderna, estas autoras apuntan hacia aspectos críticos en esta influencia creciente del ethos

terapéutico en los afectos. En este sentido, Hochschild (2008) analiza el modo en que determinados discursos psicológicos presentes en los libros de autoayuda más vendidos han virado desde una visión patriarcal en la que se presentaba a las mujeres como el sustento emocional de las familias hacia la promulgación de una "libertad femenina" entendida como independencia, autonomía y desarraigo de sus propios vínculos. Por su parte, Illouz (2014), tal y como veremos en el capítulo cinco, considera que la psicología es la disciplina responsable de la creación de ciertos modos estandarizados de entender las emociones y las relaciones sociales que establecen criterios "objetivos" sobre lo deseable, descontextualizados de situaciones sociales e históricas. Esta individualización y responsabilización de la vida emocional supone según esta autora (2012) una de las principales fuentes de sufrimiento amoroso en las sociedades contemporáneas. Ante los problemas y conflictos en la vivencia del amor, que responden en numerosas ocasiones a dinámicas sociales y estructurales, el individuo moderno queda responsabilizado y "diagnosticado" como un "yo" con "problemas afectivos" que han de ser tratados.

Además, las sociedades modernas se caracterizan por la creciente sexualización y psicologización de las elecciones amorosas. Los criterios para la elección del otro son, cada vez en mayor medida, lo que se considera saludable en términos psicológicos y deseable en términos sexuales y tienen cada vez menos que ver con la encarnación de "valores" compartidos socialmente. Si existe cierta individualización en la experiencia amorosa en las sociedades occidentales contemporáneas, tiene que ver según Illouz (2012) con estos factores. Los individuos son más vulnerables porque el proceso de emparejamiento y de vivencia del amor es, cada vez más, un proceso privado y menos sujeto a controles –pero también a protecciones- externos. Las elecciones y experiencias en el ámbito del amor se enmarcan en el desarrollo creciente de la idea del "yo individual" y las personas quedan por lo tanto responsabilizadas de todos los aspectos de su biografía amorosa, al margen de sus situaciones sociales y contextos históricos específicos.

1.3 El género en la experiencia amorosa: aproximaciones feministas al estudio del amor y la pareja

Las feministas radicales de los años 60 y 70 pusieron de manifiesto la paradoja del desequilibrio entre la investigación social acerca del amor y su importancia para la cultura occidental y la experiencia vital de las personas. Partiendo de esta observación, se tomaron muy en serio la inclusión de la

intimidad, las emociones y los afectos en la agenda del feminismo, y desarrollaron el argumento según el cual el amor es uno de los pilares fundamentales sobre los que se apoya el patriarcado moderno.

En este contexto, Sulamith Firestone (1976) argumenta que la cultura occidental se ha podido construir gracias a la explotación por parte de los hombres del amor alienado de las mujeres, quienes han sido a lo largo de la historia su sustento emocional fundamental. El amor heterosexual no es opresivo en sí mismo según Firestone, pero lo es en la experiencia real de las mujeres porque se realiza en un contexto de desigualdad de poder entre los géneros. Cuando la vulnerabilidad que implica amar no es simétrica para las dos personas el amor se convierte en destructivo. Una de las amenazas del amor según esta autora es la tendencia de las mujeres a sumirse en su experiencia y a invertir en los afectos mucho más de lo que reciben a cambio, propensión que se vería apuntalada por la distorsión del amor que implica la desigualdad de poder entre los géneros a nivel global. En estas circunstancias, Firestone aboga por pluralizar el amor de las mujeres en lugar de enfocarlo en el modelo tradicional de entrega al compañero.

Por su parte, Kate Millett (1995) dirige su crítica al amor cortés y el amor romántico. Contrariamente a la creencia extendida en que estos ideales culturales –y sistemas de prácticas- habrían mejorado la relación entre los géneros debido a la suavización de las formas masculinas tradicionales, Millett argumenta que ambos han reforzado el sistema patriarcal occidental. La “galantería” y el culto a la mujer han constituido según esta autora un modo de disimular o velar la dominación, y por lo tanto un refuerzo sutil de la misma.

Uno de los puntos centrales de la argumentación de las feministas radicales es que el amor es un componente central en la identidad femenina, un lugar en el que las mujeres buscan autoafirmarse. Este hecho no respondería a una condición psíquica diferente a la de los hombres, sino a la necesidad de encontrar un medio que otorgue identidad y estatus en un contexto social global que niega esta adquisición a las mujeres en el resto de los ámbitos. Tampoco el amor romántico es entendido como un fenómeno universal, sino que se analiza como un producto histórico y cultural ligado a la institución moderna del matrimonio monógamo y heterosexual, modelo que, enmarcado en configuración asimétrica de las relaciones de género a nivel general, se convierte en una de las fuentes primordiales de opresión a las mujeres.

El trabajo de las autoras del feminismo radical supone un paso fundamental en la investigación sobre el amor y pone sobre la mesa un aspecto fundamental que será objeto de investigación posterior:

la desigualdad emocional en su vivencia. Si, como veíamos en el epígrafe anterior, autoras como Hochschild e Illouz argumentan acerca de las relaciones entre los códigos culturales y las emociones, el trabajo de las feministas radicales, muy anterior, permite investigar acerca de lo que podría entenderse –en un lenguaje sociológico actual- como disposiciones emocionales de género en el amor. Es decir tendencias recurrentes a experimentar los sentimientos amorosos que presentan diferencias –en términos de probabilidad, no de necesidad- entre hombres y mujeres. Sin embargo, sus planteamientos se quedan a un nivel demasiado general de análisis global del patriarcado y por lo tanto no permiten comprender los mecanismos a través de los que se genera, reproduce o cambia esta asimetría y las situaciones concretas en las que se manifiesta. Además, tal como muestra Stevi Jackson (1993), la aproximación de las feministas radicales presenta otros problemas a la luz de la investigación teórica y empírica más reciente.

En primer lugar, la idea de que un amor incontaminado por las estructuras sociales es posible una vez superado el patriarcado deja de tener sentido si asumimos, como se pretende en esta investigación, una teoría de la acción que intente integrar prácticas y estructuras como las dos caras necesarias de la dinámica social. Como veremos, la investigación muestra un panorama mucho más complejo que el que implica el argumento según el cual la ruptura con la “ilusión” del amor romántico y exclusivo es el paso necesario que conduce al fin de la desigualdad en la experiencia del amor. De hecho, como bien explica Jackson (1993: 209), “Es mucho más fácil negarse a participar en rituales románticos, resistirse a las presiones al matrimonio convencional, ser cínico con el felices para siempre, que evitar enamorarse”. Y, como argumentaremos, reivindicar una visión no idealizada del amor no evita necesariamente ciertas tendencias a idealizar en un nivel más pre-reflexivo de la experiencia práctica y emocional.

En cualquier caso, después de las obras de estas teóricas fundamentales, el feminismo de los años 80 y 90 deja de lado el análisis del amor heterosexual. Según Mari Luz Esteban (2011) esta tendencia se debió en parte a la creencia en que los cambios hacia la igualdad acabarían con las relaciones amorosas opresivas. Sin embargo, la realidad ha desmentido esta hipótesis. Ésta es precisamente la preocupación del importante trabajo de Anna Jónasdóttir (1993), teórica islandesa interesada por el funcionamiento del patriarcado en una sociedad cercana a la igualdad formal. Jónasdóttir pretende integrar el legado de los planteamientos radicales y socialistas del feminismo, y establece una analogía entre la relación capital/trabajo y autoridad masculina/amor. Ambas están basadas en el consentimiento, y sin embargo, ambas implican explotación. El hombre llega a la relación

heterosexual investido de mayor autoridad y reconocimiento y la inversión de ambas partes en el vínculo es desigual, provocando la apropiación masculina del "amor alienado" (1993: 53) femenino, en definitiva, de la capacidad para amar de las mujeres y de su tendencia a la entrega. Los hombres refuerzan su poder gracias a esta apropiación, ya que el amor es una necesidad y una energía vital fundamental. El trabajo de esta autora, situado en un plano teórico, se interesa aún por el patriarcado como sistema global e insiste en la idea de Firestone sobre el amor y la sexualidad como los pilares fundamentales que lo sostienen en las sociedades modernas, pero, de nuevo no indaga en las manifestaciones concretas de esta explotación sobre la que argumenta.

Más allá de estas relevantes contribuciones teóricas, han aparecido desde los años 90 una serie de investigaciones más apegadas al trabajo empírico, que, frecuentemente inspiradas en estos trabajos feministas previos, han concretado en mayor medida las desigualdades de género en la experiencia del amor, fundamentalmente del amor heterosexual. En esta línea encontramos el trabajo de Stevi Jackson (1993). Apoyándose en diferentes investigaciones empíricas de otros autores, Jackson enfatiza el componente narrativo del amor romántico. Según esta autora, nuestras vivencias se enmarcan en una ficción romántica omnipresente en la que las personas nos apoyamos continuamente para dar sentido a nuestras experiencias amorosas y a través de la cual creamos nuestra propia imagen, es decir, nuestro sentido del yo. La propia idea del sujeto como ser único, fundamental en la construcción romántica, habría nacido en el mundo occidental posterior a la Ilustración, de forma que esta configuración amorosa no es universal, sino necesariamente cultural e históricamente específica. Pues bien, esas narrativas sobre el amor que enmarcan nuestra experiencia tienen según Jackson un componente de género fundamental. Los materiales culturales a través de los que se construye generan modelos de feminidades y masculinidades con papeles diferentes en el romance. Los diferentes géneros dirigidos a las mujeres –literatura, revistas etc- propician su especialización y sabiduría acerca de los temas amorosos. Además, su contenido se basa en parte en la idea de que los hombres son ignorantes emocionales a los que hay que "alfabetizar".

Esta tendencia se ve por otra parte apuntalada por las prácticas cotidianas de los hombres que se apoyan en las mujeres para conseguir apoyo emocional y cuidado (Jackson, 1993: 216). Como puso de manifiesto la investigación de Radway (1991), un elemento muy poderoso de la ficción romántica es la creación de heroínas femeninas que logran "amansar" a "hombres duros" con cierta sensibilidad oculta que sólo una mujer a la que ama puede rescatar. Sin desafiar la dominación masculina, esta posición otorga a las mujeres cierto poder subjetivo y una sensación de éxito, similar al que implica sentirse

objeto del deseo sexual desatado de los hombres, otra temática central de la narrativa romántica. La cultura del romance crea según Jackson un saber compartido entre las mujeres que no se construye del mismo modo entre los hombres. La masculinidad según esta autora se afirma precisamente alejándose de esa especialización emocional y a través de discursos que enfatizan el deseo sexual en mayor medida que los sentimientos amorosos.

Por otra parte, la ficción romántica según Jackson se apoya en la búsqueda del “felices para siempre” más que en la relación posterior al encuentro de la pareja ideal que promueve. Es decir, crea una conexión aproblemática entre el enamoramiento basado en el amor pasional y el vínculo de compañeros que se supone consecuencia necesaria del mismo. De este modo, construye una promesa de felicidad promoviendo la persecución del amor perfecto que coloca toda la excitación en ese proceso de búsqueda desligándola al mismo tiempo de la relación afectiva en sí misma. Las personas no somos según Jackson receptoras pasivas de la cultura amorosa y las narrativas en torno al romance. Más bien, usamos estas narrativas para dar sentido a nuestra experiencia y nos posicionamos dentro de los discursos disponibles, configurándose de este modo nuestras subjetividades en relación con ellas. Sin embargo, estos relatos pre-existen a las vivencias individuales, y proporcionan los marcos en los que nos pensamos, y también a través de los cuales sentimos. Pero las narrativas amorosas no se construyen exclusivamente a través de productos culturales, sino que se actualizan en las vivencias prácticas cotidianas (1993: 213). Un aspecto fundamental de la subjetividad que se conforma según Jackson en nuestra relación con estas narrativas es su componente emocional.

El énfasis de Jackson en lo discursivo lleva a esta autora a ignorar otros aspectos prácticos en la experiencia amorosa que esta investigación pretende abordar. Sin embargo, su trabajo apunta en una dirección fructífera en el estudio del amor heterosexual: la concreción de mecanismos que provocan desigualdad de género en la vivencia de las emociones en este ámbito. En esta dirección apuntan asimismo otros trabajos de numerosas autoras feministas contemporáneas. Abordaremos algunos de los más sugerentes.

Desde una perspectiva que combina el psicoanálisis y la sociología, Wendy Langford (1999) describe dos procesos frecuentes en la experiencia amorosa femenina: la “transformación romántica” (1999: 23) por la que las mujeres tienden a sentirse “realizadas” a través del enamoramiento y a entender su vida como más completa y con mayor significado una vez “alcanzado” el amor da paso típicamente en las vivencias concretas a la desilusión y a la insatisfacción emocional ante la frecuente

falta de intimidad por parte de sus compañeros. En una de las investigaciones más citadas sobre género, emociones y pareja heterosexual, Duncombe y Marsden (1993) identifican asimismo esta tendencia, y explican las diferentes posturas adoptadas por las mujeres ante esta situación. Una de las más frecuentes implica la oscilación entre la nostalgia hacia otro tipo de relaciones más igualitarias en su entorno y el consuelo a través de la auto-convicción acerca de la "normalidad" de estas dinámicas. Otra actitud arquetípica consiste en el esfuerzo por construir una imagen de relación satisfactoria al tiempo que se relatan situaciones concretas que contradicen esas descripciones. Finalmente, numerosas mujeres parecen haberse "resignado", a pesar de sus propias reticencias iniciales, a buscar el apoyo y la satisfacción de sus necesidades emocionales en otros vínculos no amorosos fuera de sus matrimonios. En cuanto a los hombres, estos autores señalan dos respuestas a esta "queja" femenina: la de que aquéllos que reivindican su postura de menor emocionalidad, y la de quiénes dicen querer satisfacer a sus parejas a este respecto pero no saber cómo. Estas tendencias no sólo provocan la vivencia cotidiana de relaciones asimétricas, sino que contribuyen a la construcción de culturas emocionales diferenciadas por género.

Basándose en su propio trabajo empírico y en el de otras autoras, Duncombe y Marsden (1993: 233) diferencian dos tipos de desigualdades de género en la experiencia del amor: el mayor apego de las mujeres hacia el discurso romántico y su mayor habilidad o voluntad para abrirse emocionalmente y "hacer intimidad", es decir, encargarse de los asuntos emocionales en la pareja. El trabajo de las mujeres en este sentido permanece invisible y no recibe reconocimiento y, además, la falta de receptividad por parte de sus parejas puede suponer una fuente de sufrimiento ante la creciente exigencia cultural de comunicación e intimidad en las relaciones amorosas. Estos autores apuntan además a una cuestión clave a este respecto, que retomamos en el capítulo 5 de esta investigación: por una parte, hay evidencia empírica de que los hombres pueden utilizar y utilizan frecuentemente su falta de implicación en lo más íntimo y emocional como un modo de ejercer y consolidar su poder en las relaciones de pareja. Sin embargo, esta explicación es insuficiente, y es necesario investigar ciertas tendencias femeninas en la experiencia de los vínculos amorosos que explican su permanencia en relaciones de pareja -que pueden abandonar- a pesar de esta clara insatisfacción en lo emocional.

Por otra parte, existe una serie de investigaciones feministas se han centrado específicamente en responder críticamente al influyente texto de Giddens (1995) que, como ya hemos comentado, argumenta acerca de la democratización de las relaciones de género en el seno de la pareja. En este sentido, destaca especialmente el trabajo de Lynn Jamieson (1999) que, basándose en numerosas

investigaciones previas, señala los puntos críticos de la idea de “relación pura”. En primer lugar, esta autora argumenta que si bien el las ideas terapéuticas cercanas al amor confluyente pueden haber calado en los discursos sobre la pareja, esto no niega otras influencias que separan a las prácticas de este nuevo ethos extendido. Además, la autora cree necesario problematizar la visión de esta actitud terapéutica como un elemento necesariamente liberador, y explica, al igual que otras autoras como Eldén (2012) o Illouz (2012) cómo los discursos psicológicos pueden contribuir a la individualización de problemas sociales y dinámicas estructurales, contribuyendo de esta manera a una visión de las relaciones que neutraliza el género y que apuntala las asimetrías. Su revisión de diferentes investigaciones empíricas pone de manifiesto algunos problemas del trabajo de Giddens:

- En cuanto a la igualdad sexual que implica la idea de “sexualidad plástica” (Giddens, 1995: 89) Jamieson recoge información que muestra la prevalencia de una separación clara de roles que hace a los hombres más activos en este terreno y de una visión aún falocéntrica del sexo heterosexual como “algo que el hombre hace a la mujer” (Jamieson, 1999: 484)
- Otra serie de investigaciones ponen de manifiesto la asimetría de poder a favor del hombre en las parejas, por ejemplo en el control de los recursos, que se conjuga con un esfuerzo por generar un sentido igualitario de la relación que termina por mantener y reforzar las desigualdades.
- La intimidad predominante en las parejas heterosexuales no es la que se genera a través del “abrirse” emocionalmente que postula la idea de “amor confluyente” de Giddens, sino el cuidado y el cariño hacia el otro. Por otra parte, las parejas más igualitarias, tal como el trabajo empírico muestra, no son tanto las que aplican el ethos terapéutico a su vínculo como las que establecen pactos muy claros sobre tareas concretas.
- Por lo que respecta a las rupturas, más que consecuencia de la asunción sobre la propia contingencia de las relaciones, éstas responden frecuentemente a la contradicción entre las crecientes exigencias y deseos de intimidad e igualdad y la persistencia de importantes asimetrías de género que no permiten alcanzar estos ideales.

Otros trabajos en esta misma línea crítica señalan los problemas del ethos terapéutico en las relaciones amorosas que Giddens diagnostica y aplaude, especialmente en relación al género. Entre ellos encontramos el de Sara Eldén (2012). Esta autora está de acuerdo con la tesis de los teóricos de la individualización sobre la creciente importancia de los discursos psicológicos en la cultura amorosa occidental, pero se distancia de ellos en dos puntos fundamentales: en primer lugar, estos discursos no se alejan del “guión” de pareja estable con la que crear un proyecto de vida, y en segundo, el ethos terapéutico no promueve igualdad de género. Esta autora señala, de forma similar a Illouz (2014) cómo diferentes dispositivos culturales, desde la auto-ayuda a la televisión, están generando un relato sobre la “buena pareja”, y el “individuo autónomo” que construyen la norma sobre lo deseable y positivo en las relaciones amorosas. Según Eldén, lo que este relato promueve se acerca mucho a la idea de Giddens sobre el amor confluyente, es decir, se apoya en la idea de una constante comunicación que hace que la relación funcione. Eldén argumenta acerca de la ambigüedad del mensaje: por una parte el individuo debe de seguir exclusivamente su propio criterio –paradójicamente, por exigencia del “experto”-. Por otra, el objetivo está predeterminado y es inamovible: conseguir y mantener una relación de pareja. La pseudo-ciencia de las relaciones establece además una serie de fases normales por las que se espera que pase todo vínculo amoroso.

Los discursos terapéuticos que Eldén analiza parten de la asunción implícita sobre la total indiferencia del género como factor influyente en las relaciones. Las personas que se unen son “individuos autónomos” completamente desligados de sus posiciones sociales. Esta ignorancia de factores estructurales tiene el efecto perverso de apuntalar las desigualdades a través de diferentes mecanismos: en primer lugar, las herramientas que se ofrecen como métodos para la buena relación de pareja presentan una clara división tradicional de roles no reconocida: se insta a los hombres a “actuar” y a establecer límites, mientras que las mujeres deben “conectar con sus sentimientos”. Además, si se observan asimetrías entre los miembros de una pareja, como en el caso de la implicación en las tareas domésticas, éstas se explican en función de “personalidades” y no de dinámicas sociales. Esto provoca la deslegitimación de las quejas de las mujeres en la vivencia de la desigualdad en sus vínculos de pareja. La conclusión de Eldén es fundamental: las narrativas individualizadoras no liberan ni hacen desaparecer los marcos a través de los que damos sentido al amor, sino que producen otros marcos que neutralizan el género y otras cuestiones estructurales, como la clase social o la etnia. El amor confluyente de Anthony Giddens es, de hecho, un amor blanco, occidental y de clase media. En el siguiente epígrafe abordamos otros trabajos que permiten reflexionar sobre la experiencia del amor en su relación con la clase social.

1.4 La clase social en el emparejamiento y la experiencia cotidiana de los vínculos

El estudio sociológico del amor implica negar una de las asunciones fundamentales de la simbología en torno al mismo, que de manera no necesariamente reflexiva o explícita, forma parte del saber de sentido común: la tendencia a considerar el amor como una experiencia trascendental, puramente privada e independiente de otros elementos sociales. Esta idea implícita ha conducido frecuentemente a la sociología sobre el tema a interesarse más por el estudio de los códigos amorosos que por la experiencia concreta del amor y de las emociones implicadas en el mismo (Jackson, 1993).

Probablemente el tipo de análisis sobre la experiencia amorosa que despierta mayores reticencias entre el público en general y entre un sector importante de la academia sociológica es el que la relaciona con aspectos económicos y con la estructura de clases sociales (Illouz, 2009). Sin embargo, toda experiencia del mundo es una experiencia situada, inserta en trayectorias biográficas (que, al igual que tienen género, tienen clase) y mediada por contextos específicos. La experiencia del amor, tanto en su dimensión más práctica como en la emocional, no es un oasis incorrupto e indiferente a las posiciones y los contextos –también materiales- que enmarcan las biografías de los agentes. Existen trabajos muy relevantes que nos proporcionan herramientas para reflexionar sobre estas conexiones y otros que han abordado directamente la cuestión de la relación entre las posiciones de clase y las vivencias amorosas.

Entre estos últimos, quizá la línea de análisis más explorada es la que tiene que ver con la elección de la pareja. Algunos trabajos de Bourdieu (1996, 2004, 2012) abordan directamente esta cuestión. Precisamente el emparejamiento, explica este autor (1996: 77) es un lugar privilegiado para el análisis del “habitus”, una de las herramientas conceptuales centrales en su teoría sociológica⁷. ¿Por qué, se pregunta, en un mercado de intercambios matrimoniales libre como el que prima en las sociedades occidentales contemporáneas, la homogamia social⁸ sigue siendo la tendencia abrumadoramente mayoritaria? La respuesta habría que buscarla, según este autor, en los esquemas de percepción y valoración del “habitus” que predisponen el gusto, la afinidad, la simpatía, -en definitiva,

⁷ La teorización más sistemática de este concepto se desarrolla en Bourdieu (2008) mientras que su aplicación empírica fundamental la encontramos en Bourdieu (2012)

⁸ Tal como explican Mayoral y Samper (2006), el término “endogamia” ha sido utilizado fundamentalmente en antropología para describir las uniones cuyos miembros poseen un común origen étnico, mientras que en sociología suele utilizarse el término “homogamia”, que hace referencia a la similitud en diferentes rasgos sociales, principalmente adquiridos. En esta investigación usaremos el segundo concepto, lo cual no implica asumir que los rasgos sociales adscritos y los adquiridos sean independientes entre sí.

los requisitos del enamoramiento- a un acercamiento a nuestros semejantes en posición social. El concepto de habitus implica la asunción de una determinada teoría de la acción. El habitus es un "sistema de disposiciones", que supone tendencias incorporadas a actuar de determinadas maneras, un "sentido práctico" aprendido en la experiencia práctica del mundo y que funciona de una manera no necesariamente reflexiva y consciente. Estas predisposiciones que implica el habitus son la razón de que, sin estar sujetas a coacción física o a reglas específicas de conducta, las prácticas (y las expectativas) de los agentes se ajusten a "ciertas regularidades" (Bourdieu, 1996: 76) en función de diferentes posiciones sociales, en definitiva, que hagamos aquello que se espera de nosotros y que aspiremos a aquello a lo que es razonable aspirar porque tenemos posibilidades objetivas de alcanzarlo. Este ajuste, hay que recordar, es una cuestión de probabilidad y no de necesidad.

En los primeros encuentros que preceden los emparejamientos, hay un "sentido inmediato" (Bourdieu, 2012: 282) de afinidad que tiene que ver también con la inscripción de las disposiciones en determinadas "hexis corporales": "modales", maneras de caminar o de vestir, formas de reír, de comer etc. Esa intuición que genera simpatía y/o enamoramiento se considera frecuentemente algo profundamente personal, azaroso, inaccesible a la razón y por lo tanto inexplicable, "química". Según Bourdieu, es propiciada por los esquemas del gusto propios del habitus y genera emparejamientos entre habitus afines.

Más allá de esta asunción teórica, existen investigaciones empíricas que abordan estas cuestiones. El propio Bourdieu (2004), en su famosa etnografía sobre su pueblo de origen, Bearn, situado en una región del sur de Francia, pone de manifiesto cómo el emparejamiento no es sólo una expresión de las disposiciones, sino una práctica que refleja dinámicas estructurales fundamentales. Su investigación parte de la constatación de la creciente soltería entre los campesinos, especialmente entre los primogénitos de las familias propietarias de tierra. A partir del trabajo de campo en un baile popular, Bourdieu explica las implicaciones del cambio de un mercado matrimonial "regulado" socialmente por las familias a uno libre, en el que cada hombre y cada mujer cuenta exclusivamente con su propio capital simbólico para desenvolverse. La soltería de los campesinos "incasables" es una expresión de un cambio social general que implica la degradación simbólica del mundo rural a favor de los nuevos valores urbanos. Las mujeres jóvenes, que han frecuentado la escuela y emigrado a las ciudades, rechazan el modelo de masculinidad ruda y tosca de los campesinos y prefieren a los jóvenes urbanos, de habitus más refinados. La posesión de tierras y su apego a las mismas, antes símbolo de estatus, se convierte para estos hombres en el mayor obstáculo para su emparejamiento en un momento de transformación

social en el que el mundo urbano se impone sobre el rural. La afinidad, motor de la formación de las parejas en el mercado matrimonial libre, se basa, como este trabajo pone de manifiesto, en la valoración de ideales de masculinidad y feminidad que no son independientes de otras dinámicas estructurales. En el capítulo 6 de esta investigación indagamos en estos ideales.

A este respecto, y a propósito de su análisis sobre la homogamia en Francia⁹, Michel Bozon (1992) argumenta que en las sociedades actuales, donde el emparejamiento se basa en la voluntad de los miembros, la elección del cónyuge o pareja es una cuestión de sociología de la cultura y de los estilos de vida. Sin embargo, sigue siendo también uno de los mecanismos fundamentales de la reproducción social. Comparando datos de finales de los años 50 con otros de los 80, llega a la conclusión de que la homogamia social –medida en función de la profesión del padre- sigue siendo en ese momento la pauta mayoritaria en Francia –a pesar de la pluralización de los modos de entrada en pareja-. Sin embargo, ésta varía por grupos sociales. En su estudio, los mayores niveles se encuentran entre las clases más altas, por una parte, y agricultores y artesanos por otra. Los menores, entre las clases medias asalariadas. El propio autor advierte de que la homogamia no implica elección mutua entre personas con capitales idénticos, sino que se basa en la proximidad social y también en “repulsiones” específicas, en el hecho de que determinadas trayectorias no se crucen nunca. Por otra parte, la creciente movilidad residencial provoca que la exogamia geográfica se convierta en la norma, perjudicando a aquéllos más apegados a sus propios contextos locales, como los agricultores u otros trabajadores del campo, que ven disminuidas sus posibilidades.

Bozon explica que la pauta homogámica no es el producto de estrategias conscientes y calculadas sino el resultado de dos mecanismos: por un lado, ya que los primeros encuentros no están ya supervisados por las familias, sino que se producen en el contexto del ocio de los y las jóvenes, éstos tienen que ver con sus pautas de sociabilidad y sus estilos de vida, que difieren en gran medida por clases sociales. Los jóvenes de clases populares suelen conocerse en lugares públicos, como la calle, centros comerciales, transporte público etc. Por su parte, los jóvenes de clases medias y altas tienden a encontrarse en lugares reservados o de acceso restringido, como asociaciones, centros de enseñanza superior, lugares de trabajo, restaurantes, discotecas etc. Se produce así un modo de selección que no es económico, sino cultural (1992: 31). Influído por Bourdieu, Bozon señala otro mecanismo: una vez ocurrido el encuentro, tiene que existir obviamente afinidad y elección. Y esa elección no es azarosa,

⁹ Los trabajos de autores españoles sobre esta cuestión se comentan en el capítulo 3 a raíz de datos cuantitativos sobre la homogamia en España.

pero tampoco responde a un cálculo de costes y beneficios, sino que tiene que ver más bien con los esquemas de percepción y valoración del habitus, que propician el gusto por una categoría de personas y no por otras.

François de Singly (1984), que ha analizado la vida conyugal desde una perspectiva de sociología de la familia, también ha trabajado la valoración de las características del otro-a en la elección de pareja, centrándose en la combinación de particulares rasgos de clase social y género. De Singly analiza el peculiar mercado que se crea en los anuncios matrimoniales de varios periódicos franceses¹⁰ y observa cómo los rasgos que se “demandan” en el otro o la otra están relacionados con los atributos que se presentan como propios. Por lo tanto, es posible analizar qué se demanda en función de lo que se ofrece. En su estudio llega a la conclusión de que, de manera general, las características que los hombres valoran en las mujeres tienen que ver con cualidades psicológicas, relacionales y estéticas, mientras que las mujeres aprecian en mayor medida en los hombres rasgos asociados a la profesión y el estatus. Es decir, en el momento en que se lleva a cabo esta investigación parece que los ideales de género tradicionales que, en su teoría normativa, Parsons consideraba necesarios para el “buen funcionamiento” de la familia forman aún parte de las expectativas de los franceses.

Sin embargo, el análisis también muestra determinadas especificidades de clase. Los hombres y las mujeres que no se auto-sitúan bien en la dimensión “social”, es decir, la que tiene que ver con condiciones económicas y laborales, piden en el otro sólo cualidades psicológicas -relacionales etc-, en una adaptación de los deseos a las posibilidades. Por el contrario, los hombres bien posicionados socialmente se pueden “permitir” demandar mujeres con muy buenos atributos tanto estéticos como psicológicos. Entre las mujeres la percepción sobre la propia “excelencia” psicológica y en mayor medida, la estética, “legítima” la demanda de hombres con una muy buena posición social. Es decir, parece que la evaluación positiva de los atributos propios no conduce a demandar “capitales” similares en el otro-a, sino más bien aquellos rasgos que se identifican y consideran “propios” del género opuesto y por lo tanto, deseables. Este original y riguroso trabajo de De Singly será retomado en el capítulo 6 de esta investigación, a propósito del análisis de lo que los y las jóvenes consideran cualidades deseables en una pareja o potencial pareja.

¹⁰ A estas alturas, este tipo de “mercado” ha quedado sustituido, en las prácticas de los jóvenes, por las páginas web de citas, de importancia creciente en el contexto español. Sin embargo, el contenido de los anuncios puede aún resultar interesante para un análisis del amor y la pareja en la sociedad contemporánea.

Como hemos visto hasta aquí, gran parte de la atención a la clase social en el estudio sociológico del amor y la pareja se centra en el estudio de la elección del compañero-a. Este tipo de análisis es muy relevante para la comprensión de la reproducción social y también para la sociología de la cultura y los estilos de vida. Es fundamental que se lleve a cabo, sin embargo, atendiendo asimismo a las características de género valoradas como atractivas o deseables. Las características de clase incorporadas en los agentes son parte central de lo que percibimos y evaluamos en el otro, pero ellas están radicalmente engarzadas con atributos de género de los que son inseparables y que no se pueden ignorar. Además, como argumentaremos, la comprensión de los rasgos que componen las feminidades y masculinidades consideradas atractivas es central para un análisis de género en las relaciones amorosas y de pareja y para entender asimismo las definiciones hegemónicas de lo masculino y lo femenino a un nivel social más amplio.

Por otra parte, más allá de los componentes de clase en la elección de la pareja, es indudable que las posiciones en la estructura social ejercen una fuerte influencia en los modos en los que se experimentan las relaciones amorosas en la vida cotidiana. Esto tiene sus manifestaciones más obvias en la organización material de las cuestiones domésticas. Pero dando un salto más allá de las mismas, es interesante un análisis menos frecuente, el de los aspectos culturales y emocionales de estas diferencias de clase en la experiencia cotidiana del amor. El trabajo que desde aquí consideramos más sugerente en este sentido es el de Eva Illouz (2009).

Según la investigación de esta autora, las diferentes clases sociales comparten el mismo modelo básico de romance en la sociedad estadounidense contemporánea. La cultura romántica del capitalismo, que hemos descrito en un epígrafe anterior, proporciona según Illouz los marcos de interpretación básicos en el terreno del amor. Sin embargo, existen prácticas cotidianas que marcan la diferencia entre posiciones sociales, fundamentalmente, entre aquéllos con diferentes niveles de capital cultural. Una de estas diferencias tiene que ver con las versiones de "romanticismo" que se asumen e incorporan y con el consumo de bienes considerados románticos. Entre las clases más cultivadas predomina una tendencia a huir de los aspectos –materiales y simbólicos- más estereotipados y típicos de lo "romántico" y a utilizar precisamente las ocasiones "especiales" de los momentos en pareja, como regalos o eventos, a modo de expresión de la distinción de su buen gusto. Todo ello va acompañado de cierto cinismo con respecto a la idealización romántica hollywoodiense que ya hemos mencionado. Por el contrario, según Illouz, las clases populares utilizan los obsequios como forma de expresión de los sentimientos según un código por el que cuanto más se gasta, mejor. La autora advierte de que esto no

es signo de un mayor distanciamiento de las clases medias con capital cultural respecto al mercado o de su menor consumismo. Más bien responde a una ética cercana al capitalismo post-industrial y a sus modos de consumo hegemónicos basados en las “experiencias” más que en los objetos. De hecho, entre estos sectores predomina la práctica del viaje al extranjero como rito romántico en una manifestación de lo que Illouz (2008: 346) entiende como “espiritualización de los bienes de consumo románticos”.

Más allá de las prácticas de consumo, la autora señala factores que propician la dominación de clase también en el seno de la experiencia amorosa. Las exigencias culturales del amor contemporáneo implican, por un lado, la valoración de la comunicación como elemento necesario en la pareja, y por otro, la demanda de intensidad para no perder la ilusión y la “chispa”. Estas directrices culturales omnipresentes se convierten también en las expectativas de las parejas de clases populares y sin estudios superiores. Sin embargo, tales demandas han surgido en contextos que les son ajenos y, típicamente, no disponen de los medios para cumplirlas. El consumo de ocio necesario para el mantenimiento de esa “intensidad” que rompa con la cotidianidad y el aburrimiento en las parejas requiere de medios económicos no siempre disponibles para estos sectores sociales. Por otra parte, la demanda de comunicación emocional en la pareja suele dejar a las mujeres de clases populares frustradas ante la falta de “competencias” o de voluntad de sus parejas para la conversación íntima. Profundizaremos en este punto específico en el capítulo 5.

Este importante trabajo de Illouz apunta a cuestiones muy relevantes y muestra la utilidad de atender sociológicamente al amor en lo más cotidiano, porque es en lo cotidiano donde se construye la experiencia del mundo social y su estudio nos permite comprender, a través de las biografías de los agentes, dinámicas sociales fundamentales.

1.5 Amor y pareja en la sociología española

La atención al amor por parte de la sociología española se puede dividir, a grandes rasgos, en dos perspectivas. Por una parte, diferentes autoras desde la sociología de la familia han analizado las dinámicas y procesos de emparejamiento de los españoles y los cambios que les han afectado en las últimas décadas. En numerosas ocasiones sus estudios incluyen reflexiones sobre las representaciones en torno al amor que enmarcan estas prácticas. Desde una postura analítica diferente, otra serie de autoras feministas se han implicado en un análisis del amor atendiendo a las ideologías amorosas

dominantes, las prácticas cotidianas en pareja o la formación de subjetividades a través de la experiencia de los afectos.

Los estudios desde la primera de estas perspectivas han llegado a conclusiones relevantes para las investigaciones sobre el amor situadas en un contexto temporal y geográfico específico como es la España del cambio de siglo. Inés Alberdi (1999) dedica parte de su análisis sobre las transformaciones en la familia española al estudio de la pareja, explicando algunos de sus rasgos y enfatizando las paradojas y ambivalencias que en ocasiones le afectan. El amor y la pareja son, según Alberdi, una de las mayores aspiraciones en la vida de las personas a finales del s. XX y en ellas se depositan grandes esperanzas de felicidad. Precisamente las enormes expectativas que generan los vínculos amorosos y la “calidad” que – cada vez más- se les exige, son una de las causas fundamentales de las frustraciones que en ocasiones provocan. A esto hay que añadir, además, las crecientes demandas de igualdad asumidas por las mujeres que no siempre encuentran satisfacción. Alberdi señala otro rasgo característico de las parejas contemporáneas y que se corresponde con lo que Illouz (2012: 48) entiende como el “régimen de autenticidad de las emociones” en las relaciones de pareja: el hecho de que la legitimación de las mismas se base en el amor y lo que se espere de ellas sea, en primer lugar, la satisfacción emocional. Teniendo en cuenta que la pareja se sitúa en el centro de la biografía de las personas, su base emocional-expresiva es un rasgo social fundamental que merece análisis sociológico. Sin embargo, también es necesario tomarlo con cierta cautela y no darlo por sentado. En el ámbito simbólico y de las representaciones sociales, manda la autenticidad de las decisiones “por amor”. Pero en el plano de la práctica, si bien las consideraciones sobre lo que sentimos y no sentimos forman parte sin duda de las decisiones, otros factores más “prosaicos” no están ausentes. La propia Alberdi lo expresa así:

“El centro de la vida del individuo es la pareja y la base de ésta es el amor (...) Muchas otras consideraciones acompañan, en realidad, las decisiones y estrategias individuales, pero en el plano ideológico y de definición simbólica los términos se marcan muy claramente” (1999: 115)

En cualquier caso, según Alberdi, ese crecimiento de las expectativas amorosas en el ámbito de lo afectivo y de la satisfacción emocional es precisamente uno de los cambios fundamentales que marcan la diferencia entre la experiencia de la pareja de las generaciones de finales del s.XX y las de décadas anteriores. Si antes el amor era un “azar” (que podía darse en mayor o menor medida dentro de la relación conyugal) y el matrimonio una “certidumbre”, hoy en día las tornas se han invertido y lo que se convierte en una certeza es el hecho de que el amor sea la “meta indiscutible” (1999: 122) y la pareja un proyecto que incluye un mayor grado de inseguridad y contingencia, precisamente porque no se basa ya

tanto en la superación de dificultades y precariedades como en la búsqueda de la felicidad. Además, el compromiso “individual” gana terreno frente al “externo”, es decir, frente a obligaciones o prescripciones sociales.

En este contexto se enmarca la pluralización –parcial, como argumentaremos- de formas de entrada en la vida en pareja sobre la que también hablan autores como Meil (2004) o Rodríguez-Brioso (2004) y la modificación –también parcial- de la secuencia tradicional noviazgo sin cohabitación- matrimonio- descendencia. Sobre este punto volveremos en el capítulo 3.

Mercedes Camarero (2003) coincide con Inés Alberdi en señalar la creciente importancia del amor como centro subjetivo de las relaciones de pareja. Las consideraciones sobre el amor y la pareja por parte de esta autora se enmarcan en su argumentación sobre la estructura de consensos y disensos de la cultura familiar española. Pues bien, uno de los grandes consensos, según Camarero, es la preferencia por los modelos de pareja que se relacionan con una mayor sensación de seguridad y estabilidad de los vínculos. Esta idea también es recogida por Gerardo Meil (2004), quien explica que la pareja estable y el matrimonio continúan siendo una de las aspiraciones centrales en la vida de los jóvenes, hecho que permite cuestionar las tesis sobre la individualización de la intimidad que hemos analizado. Según Camarero, entre los españoles existe un modelo de familia ideal que se caracteriza por la valoración de las fórmulas más tradicionales: matrimonio heterosexual, monógamo, de por vida, con convivencia y como base para la crianza de los hijos. Sin embargo, estas preferencias se combinan con un alto grado de tolerancia hacia otros modelos alternativos, es decir, predomina una “pauta cultural” que “ni dramatiza ni estigmatiza las diferencias” (Camarero, 2003: 151-152).

Esta problematización de los argumentos sobre la transformación de la intimidad es fundamental para el análisis sociológico del amor y la pareja. También Neil Gross (2005) señala que lo que en ocasiones se ha interpretado como un profundo cambio en los modelos amorosos y de pareja hegemónicos no es más que una relajación de los controles normativos sobre las prácticas en este ámbito que se combina sin embargo con ideales y expectativas más bien tradicionales. En esta línea, Camarero explica que el modelo de relaciones de pareja hegemónico en España mezcla rasgos del amor romántico típico de las sociedades modernas con otros de un tipo ideal más contingente e individualista. La tolerancia hacia los modelos “no ideales” se inscribe en este contexto. Y esa tolerancia no se da exclusivamente en la valoración de las prácticas aceptables “en general” o “de los demás” sino

que se convierte en conformidad resignada cuando en la propia biografía se produce un desequilibrio entre preferencias y posibilidades.

Estas consideraciones nos ponen sobre la pista de determinadas dinámicas generales en la vivencia del amor y la pareja en el contexto español contemporáneo, procesos sobre los que es necesario seguir profundizando a través de más investigación sociológica y que es necesario atender para llegar a una comprensión de este objeto de estudio que no se vea precipitada por interpretaciones simplistas sobre la transformación general del amor en las sociedades modernas.

Otro aspecto fundamental que debemos atender para llegar a tal comprensión es su – inseparable- relación con el género. Ya hemos visto algunas de las aportaciones feministas más relevantes en este campo de estudio, las cuales nos han permitido identificar varias cuestiones claves para un análisis del amor que ponga el género en su centro. En el mundo académico español también encontramos contribuciones fundamentales a este respecto, que es necesario considerar para abordar una investigación como la que nos proponemos.

En primer lugar, algunas autoras han señalado que el código amoroso dominante en las sociedades modernas ha colaborado en la construcción de un sistema de género basado en la desigualdad (Esteban, Medina y Távora, 2005; Herrera 2010). Por ello, consideran que el amor es un lugar privilegiado para el estudio de las diferencias de género, y la formulación de alternativas al código dominante, una opción para trabajar en su transformación. Esteban, Medina y Távora definen el amor romántico o pasional en base a cuatro elementos: idealización, erotización del otro, deseo de intimidad y expectativas de futuro. Según su lectura, el amor romántico ha jugado un papel fundamental en la construcción del individuo moderno, ayudando a la consolidación de la separación entre el mundo público y el mundo privado y ligando este último a los afectos (Esteban, 2007). La modernidad habría creado una determinada manera de entender “el hombre”, y en contraste con éste, una opuesta condición del “ser mujer” que naturalizó las diferencias construidas socialmente entre los géneros, ayudando a crear una idea inmutable del “ser femenino” que aún perdura en gran medida en el imaginario colectivo. El amor es central en la construcción de la subjetividad femenina precisamente porque si hay un rasgo que se relacione con la idea hegemónica de mujer es la constitución de los afectos como eje central de su existencia, y ello no sólo en cuanto al amor de pareja, sino también en los ámbitos de la maternidad y los cuidados.

En uno de sus trabajos más recientes, Mari Luz Esteban (2011) prefiere utilizar el término de “pensamiento amoroso” para enfatizar el hecho de que el amor va mucho más allá de las relaciones afectivas y la pareja –la cual constituye su manifestación hegemónica-, ya que se constituye en uno de las bases de la organización social moderna, del orden social y los elementos que lo componen, desde la familia hasta la educación o el trabajo. La cultura occidental coloca en su centro el amor y las emociones, pero el modelo hegemónico en base al cual se construye el sentido sobre ambos es fuente de desigualdades y frustraciones, y ello por dos motivos fundamentales: en primer lugar, porque es un modelo excluyente, ya que define los términos de la “normalidad”, en base a un ideal de pareja heterosexual, monógama y burguesa. En segundo lugar, porque el amor en la experiencia concreta de hombres y mujeres implica y refuerza frecuentemente desigualdades estructurales de género: las mujeres tienden a priorizar los afectos, a “especializarse” en los asuntos emocionales y a cuidar sus relaciones, asumiendo actitudes de sacrificio y abnegación en mayor medida que los varones.

Esteban (2009) apunta además hacia la dimensión corporal de estas desigualdades. La autora considera que la historia de las relaciones de género se inscribe también en los cuerpos, de forma que se crean unas determinadas configuraciones de “seres amorosos”, es decir, de cuerpos que piensan, actúan y sienten el amor y las relaciones afectivas, y sobre los que existe un potente imaginario colectivo que diferencia lo natural de lo que no lo es. Sin embargo, si bien se entiende el cuerpo como el lugar donde las diferencias jerarquizadas se expresan, se considera también que se trata de un ámbito, el corporal, desde el que se pueden explorar asimismo alternativas. La vivencia del amor y la sexualidad contribuyen, según la autora, a la formación de las relaciones jerárquicas de género, pero también posibilitan su cambio. Esta afirmación sólo se puede sostener si se aplica una visión de género que tenga en cuenta su intrínseco dinamismo, que defienda la idea de que el género es una “forma de estar en el mundo” (Esteban, 2009: 27) más que algo que se “es”. En esas oportunidades para el cambio la corporalidad juega un papel esencial.

También desde una perspectiva crítica y de género, la investigación de Edurne Jabat (2007) se centra en dos de las cuestiones que Esteban enfatizaba: la corporalidad intrínseca de la experiencia del amor y la heteronormatividad del modelo amoroso hegemónico. Esta autora desarrolla un argumento sobre cómo se producen y refuerzan las categorías de género a través de la vivencia de la atracción sexual, el enamoramiento y el amor. En primer lugar, las representaciones sociales sobre amor heterosexual, monógamo e institucionalizado generan los marcos desde los que los sujetos interpretan sus experiencias y las de los otros, juzgando lo que es correcto y lo que es desviado en función de lo

hegemónico y legitimado. Por otra parte, la performatividad de la experiencia sexual y amorosa en el campo de la producción y reproducción de las identidades de género pasa, según Jabat, claramente influida por la obra de Butler, por dos mecanismos: a) la creación a nivel intersubjetivo de otro-a sexuado-a y enmarcado en una determinada categoría de género que se produce a través de los vínculos sexuales y amorosos y b) la teatralización hiperbólica de género, es decir, la presentación enfatizada de una imagen del sí mismo acorde a lo que se espera del sujeto en función de su género normativo, frecuente en la experiencia del amor. Según Jabat, la actualización de la propia identidad en el amor, proporciona, cuando se corresponde con el modelo dominante, una fuerte gratificación; una sensación satisfactoria que deriva de la percepción del ajuste de la propia experiencia a las visiones socialmente hegemónicas, y que ejerce un fuerte poder reproductor de la autopercepción de género.

La investigación empírica sobre los mecanismos de construcción y reproducción de las desigualdades de género en el amor y la pareja permite, una vez más, problematizar las teorías sobre la individualización y, en este caso, el excesivo optimismo de algunos autores a este respecto. Según Elena Casado (2014), las interpretaciones acerca de la democratización de la pareja forman parte de un argumento general sobre el progreso alejado de la investigación empírica sobre las prácticas cotidianas. Su trabajo reivindica precisamente el estudio de situaciones, prácticas e interacciones “ordinarias”, “en su doble sentido de cotidianeidad y orden” (pp. 27). A través de un análisis sociológico de este tipo, como bien muestra esta autora, podemos acceder a mecanismos de reproducción de género que pasan casi desapercibidos, a formas de relacionarnos que se constituyen en “inercias” y que por lo tanto, construyen género de maneras sutiles.

Casado se centra en el análisis de la interacción de hombres y mujeres con sus parejas (heterosexuales) a través del teléfono móvil y de las molestias e incomodidades que expresan a este respecto. A través del estudio de las dinámicas que se desprenden de este tipo de prácticas de comunicación (e incomunicación), la autora llega a la conclusión de que los argumentos que defienden que las parejas modernas son igualitarias son parciales, “porque confunde(n) el discurso con la vida” (2014: 61). Con ello, Casado apunta a una dinámica interesante y que ya vimos reflejada en otras investigaciones: la deseabilidad social de la igualdad de género provoca que las parejas hagan esfuerzos por presentarse como democráticas, reforzando de esta manera la invisibilidad de las asimetrías que persisten en sus prácticas cotidianas. Su análisis de los relatos en torno a los usos sociales del móvil nos acerca a estas asimetrías. El estudio de las interacciones en este ámbito muestra cómo entre los hombres es más frecuente la expresión de las incomodidades ante lo que se entiende como demandas

femeninas excesivas, molestas y que les interrumpen. Además, es también común que tiendan a minimizar el “derecho” a enfadarse por parte de esas parejas que se sienten de alguna manera “desatendidas”. Las mujeres, por su parte, ante la exigencia de ser suficientemente modernas y ante el miedo a incomodar, contienen sus propios deseos o minimizan sus demandas asumiendo la “justicia” de las quejas del otro. Vemos por lo tanto la conformidad femenina hacia las reglas culturales acerca de la propia independencia sobre las que nos habla Hochschild (2008) y la auto-responsabilización y culpabilización que menciona Illouz (2012), en este caso, por parte de mujeres que a menudo sienten que exigen demasiado a sus parejas.

Ambas actitudes –las que se han identificado en los hombres y las mujeres- se refuerzan mutuamente y tienden a constituir relaciones en las que aparece una propensión femenina a aceptar los límites impuestos por sus parejas varones. Esta aceptación tácita de las condiciones y de la definición de sus propios vínculos aparece en otros ámbitos de la experiencia amorosa y es, como argumentaré, un potente mecanismo de reproducción de la dominación de género en la pareja heterosexual. Sobre este punto volveremos en el capítulo 5.

Por otra parte, en el sentido que hombres y mujeres dan a sus prácticas cotidianas y en concreto, a la interacción con sus parejas, Casado identifica una tendencia a la neutralización del género en los discursos a través de la apelación a la “personalidad” del otro o la otra. Así, se ignoran los factores estructurales que enmarcan determinadas prácticas apelando en los discursos al carácter o los rasgos de la pareja que, por su “forma de ser”, tiende a comunicarse o a responder a las demandas en mayor o menor medida. Vemos de nuevo cómo los discursos psicologistas sobre los “individuos” y sus personalidades propician la neutralización del género de una forma que lo invisibiliza y lo refuerza. Cuanto más asumida está la legitimidad de la igualdad, argumenta Casado, mayor es la tendencia a negar conflictos y desigualdades y por lo tanto, más potente este mecanismo de refuerzo sutil de las mismas.

Recapitulación

Una parte importante de las aportaciones al debate contemporáneo en la sociología del amor se centran en analizar las pretendidamente profundas transformaciones en la experiencia contemporánea del mismo como novedades del periodo que, diferentes autores, desde lo que podría denominarse una sociología de lo “post” –del mundo post-moderno y post-industrial- enmarcan en una nueva fase de la modernidad –segunda, tardía, alta o radicalizada, pero intrínsecamente moderna-. Sin embargo, como

hemos visto, la preocupación por el cambio forma parte de la reflexión sociológica sobre el amor desde los inicios de esta disciplina –al igual que sucede con multitud de otros temas y, en definitiva, sobre el orden social en general-. Así, Weber argumentó acerca de lo que entendía como el proceso de racionalización global que alcanza también el ámbito amoroso a través del desarrollo de una esfera erótica a cultivar. El amor erótico se convierte en un ámbito racionalizado que sin embargo, posibilita al mismo tiempo la experiencia sagrada de la salvación intramundana. Esta tensión en el terreno amoroso entre la racionalización moderna y la idealización es recogida por la sociología contemporánea a través del trabajo de autoras como Eva Illouz (2009) o Ann Swidler (2011) cuya aportación será analizada en el capítulo 4.

Por otra parte, diferentes autores han continuado el estudio de las dinámicas de racionalización y escrutinio científico del terreno de los afectos y las relaciones, desde diferentes perspectivas:

- a) La que considera que los saberes expertos contemporáneos influyen de manera democratizadora en las relaciones de pareja (Giddens, 1995)
- b) Los argumentos acerca de la uniformización de las emociones y la creación de exigencias culturales -que implican dominación de clase- propiciadas por la psicología y su extensión a la cultura popular (Illouz, 2009, 2014)
- c) Las investigaciones que consideran que el ethos terapéutico en las relaciones de pareja favorece la neutralización del género y refuerzan de esta manera las asimetrías entre hombres y mujeres en la experiencia del amor (Eldén, 2012)

Otros cambios señalados por las teorías sobre la transformación de la intimidad que supuestamente afecta a los afectos amorosos contemporáneos y a su organización apuntan hacia un creciente ethos individualista que propicia tensiones entre la vida en pareja y los intereses individuales, cuyo trasfondo es una nueva relación entre individuo y sociedad a través de la cual diferentes identidades colectivas pierden peso y los individuos pasan a ser sus propios referentes biográficos. En esta línea, trabajos como el de Bauman (2005) hablan directamente del empobrecimiento y desaprendizaje del amor. Hemos argumentado que estas tesis necesitan una mayor comprobación empírica antes de que ciertos indicadores cuantitativos nos lleven a conclusiones precipitadas y simplistas sobre el amor contemporáneo. De hecho, diferentes trabajos tanto en el contexto español

(Alberdi, 1999; Meil, 2004) como fuera del mismo (Gross, 2005) argumentan que la pareja estable continúa siendo una de las aspiraciones biográficas en las que se depositan mayores esperanzas de felicidad y que además, tiende a ser imaginada y preferida en referencia a un modelo hegemónico más bien tradicional (Camarero, 2003).

Por otra parte, varios estudios que han puesto el foco en dimensiones diferentes de determinados cambios en la vivencia del amor, permiten reflexionar sobre una dinámica contemporánea interesante: las modificaciones en las feminidades normativas y los modos en que tales transformaciones se inscriben en las relaciones de pareja y pueden a su vez ser propiciadas por las mismas. Así, el argumento de Hochschild (2008) sobre la creciente asunción femenina de los modelos afectivos masculinos sirve como marco para interpretar tendencias como las que señala Casado (2014), referentes a la necesidad de las mujeres de presentarse como “modernas” para no incomodar a sus parejas –y así, en definitiva, no perderlas-. Todo ello se enmarca en la creciente deseabilidad social de la igualdad de género, lo cual lleva a las mujeres a construir una imagen igualitaria de sus relaciones a pesar de las desigualdades persistentes.

Hemos visto también que una práctica recurrente en el estudio sociológico del amor es el análisis de los códigos, narrativas y discursos en torno al mismo que enmarcan las experiencias biográficas concretas y a través de los cuales damos sentido a tales experiencias. A este respecto, las investigaciones empíricas han llegado a conclusiones interesantes:

a) La presencia frecuente de códigos y modelos amorosos diferentes, en ocasiones contradictorios entre sí, como la exigencia simultánea de compañerismo y de precaución (Hochschild, 2008), los ideales de intensidad romántica y de comunicación (Illouz, 2009) o los referentes amorosos míticos contra los más realistas (Swidler, 2001)

b) La persistencia de visiones románticas e idealizadoras que implican una promesa de felicidad “para siempre” e intervienen en la construcción de subjetividades masculinas y femeninas, colocando a las mujeres como especialistas de las emociones (Jackson, 1993; Esteban, 2007)

c) Las fuerte conexión entre los códigos capitalistas –sus industrias culturales y su publicidad, fundamentalmente- y la construcción de una “utopía romántica” que niega el consumo y las diferencias sociales al mismo tiempo que las apuntala (Illouz, 2009)

Finalmente, más allá de la consideración sobre los códigos amorosos hegemónicos, nos hemos interesado por diferentes estudios que se han ocupado de analizar experiencias concretas de hombres y mujeres en el ámbito del amor y la pareja, y ciertas propensiones de género y/o clase en sus prácticas. En este sentido, existen líneas de investigación feministas que han sustituido el estudio del patriarcado por análisis más fructíferos, situados y concretos sobre las asimetrías de género en las vivencias amorosas, en sus dimensiones emocionales (Duncombe y Marsden, 1999) y prácticas (Jamieson, 1999; Casado, 2014). Hemos visto, por otro lado, que una parte importante del estudio de la vinculación entre clase social y amor, de especial importancia para este trabajo, se ha enmarcado frecuentemente en investigaciones sobre la elección de la pareja y los factores estructurales y de estilo de vida que hacen las diferentes preferencias comprensibles. Más allá de esto, otros trabajos se detienen en analizar las diferencias de clase en las prácticas cotidianas de las parejas (Illouz, 2009).

Este repaso por la sociología del amor en occidente ha implicado ya cierta toma de postura, permitiendo vislumbrar los temas y los puntos de vista con los que esta investigación pretende entrar en diálogo. En el siguiente capítulo nos proponemos situar más concretamente nuestros objetivos y perspectiva analítica dentro de -o más bien, en relación con- esta maraña de teorías e investigaciones empíricas. Adelantamos solamente un par de cuestiones al respecto.

Esta no es una investigación sobre el amor en la sociedad posmoderna o post-industrial. No pretendemos con ella contribuir al debate sobre “el” orden social contemporáneo, o de la “segunda modernidad”, ni tampoco sobre cómo los cambios en el ámbito de los afectos, la intimidad o la organización de las parejas influyen en, o son síntoma de, esos pretendidos procesos de transformación global -lo cual, sería por otra parte, excesivamente pretencioso-. Es decir, nos separamos de partida de una aproximación similar a la de los autores de las teorías de la individualización que ya hemos presentado. Más bien nos proponemos llevar a cabo una investigación situada en un contexto específico, la sociedad española –y particularmente la madrileña- de finales del s. XX y comienzos del XXI. A pesar de sus peculiaridades, creemos que la comprensión de la experiencia amorosa de estos hombres y mujeres proporcionará información relevante sobre dinámicas sociales frecuentes en las

vivencias de los afectos amorosos, útiles para la comprensión de tal experiencia en otros contextos occidentales contemporáneos.

Por otra parte, como ya hemos comentado, nos interesa la articulación del género y la clase social en esos modos de vivir el amor y las relaciones de pareja en varias de sus dimensiones: en el plano subjetivo y en el relacional, en las emociones y en lo más práctico. Pero de nuevo, nuestro propósito con respecto a ello es más bien modesto. No pretendemos contribuir a teorizaciones generales sobre el patriarcado o la dominación de clase a nivel global. Mucho menos a desentrañar la relación entre ambos. El análisis de las experiencias concretas de mujeres y hombres servirá más bien a un propósito más comedido, si bien aún de gran complejidad: una comprensión específicamente sociológica del amor y su organización en la pareja heterosexual

PROPUESTA DE ANÁLISIS Y ASPECTOS METODOLÓGICOS

“El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen”

(Bourdieu, 2007: 528)

2.1 ¿Cómo estudiar el amor sociológicamente? Objetivos de investigación y aclaraciones conceptuales

El objetivo general de esta investigación es comprender la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid. Haremos bien, por lo tanto, en comenzar explicando a qué nos referimos cuando hablamos de “experiencia” para posteriormente delimitar los elementos fundamentales de una aproximación sociológica al amor y la pareja.

2.1.1 “Experiencia” como concepto sociológico

El concepto de experiencia remite, desde nuestra perspectiva, a una relación situada de los agentes con el mundo social que los rodea. Implica vivencias sociales –no psíquicas-, situadas –en contextos socio-históricos y no universales- y por lo tanto diversas –no uniformes-.

Esta manera de abordar nuestro objeto de estudio se acerca a la perspectiva de Pierre Bourdieu (2008) en su rechazo tanto a las posturas teóricas objetivistas que parten de las lógicas sociales universales y de las estructuras como condicionamientos a-históricos sobre las prácticas –que por lo tanto, las aniquilan- como a los argumentos y teorías subjetivistas, ignorantes de la historia y de los

contextos, que hacen primar a la conciencia y la voluntad individual –universal- en la explicación del mundo social, acercándose a cada situación como si éstas sucediesen en abstracto y como si implicaran una relación sin pasado entre los agentes y el entorno en el que actúan. El concepto de experiencia que aquí manejamos implica por lo tanto investigar la agencia, pero no una agencia omnipotente y libre de limitaciones, sino posibilitada, pero también constreñida, por aspectos sociales estructurales. Ni las estructuras ni las prácticas son elementos sociales independientes, sino que se presuponen mutuamente: las primeras no existen en niveles abstractos o lugares sociales sin agentes. Las segundas no son posibles aisladamente, fuera del mundo de relaciones estructurales en las que se enmarcan. Entender el amor como experiencia implica situar las prácticas y atender a las vivencias específicas en este terreno, pero asumiendo un mayor constreñimiento a las mismas o un mayor anclaje con elementos estructurales de lo que las visiones voluntaristas sobre la individualización que hemos presentado implican.

La experiencia supone además una relación temporal con el mundo –en este caso con el objeto “amor y pareja”-, es decir, incluye una relación con el pasado, con la propia historia, y una serie de expectativas, miedos y anhelos con respecto al futuro. Esto es así, en parte, porque la experiencia social está corporeizada, se inscribe en hexis corporales, trazas emocionales, disposiciones a actuar, a pensar, a sentir. El pasado –así como la relación presente con el mundo- deja inscripciones que si bien no determinan, sí predisponen al futuro: a las elecciones, preferencias y repulsiones, decisiones y omisiones.

Tal como explica Casado (2002: 188), abordar la experiencia colectiva de una categoría social – las mujeres, en su caso- no significa entender que ésta sea la suma de experiencias individuales, del mismo modo que las vivencias particulares no pueden deducirse mecánicamente de una pretendida experiencia colectiva. La primera negación supone alejarnos de una concepción de la experiencia como algo individual o psíquico, que “le ocurre” a cada una de las personas, que se inscribe en el ámbito de un “yo” separado del mundo social, y que en gran medida, encontramos en el uso popular del término (“según mi propia experiencia”...): Contra esto, Casado (2002: 186), advierte: “No son, por tanto, los individuos (...) quienes “tienen experiencias”, sino que los sujetos se constituyen precisamente como tales mediante experiencias compartidas”. Es decir, los agentes se conforman a través de su relación con otros agentes y con el mundo. Por otra parte, la segunda negación implica alejarnos de un visión esencialista o reificadora de este concepto, sobre cuyos problemas nos advierte también Lois McNay (2004). La experiencia, en términos sociológicos, ha de entenderse como relacional y no como una

propiedad abstracta de diferentes grupos sociales –mujeres, hombres, jóvenes...-, que los preexista o que inevitablemente genere en ellos un determinado tipo de conciencia (Casado, 2002: 187). En definitiva, hablar sociológicamente de experiencia implica analizar la relación de los agentes con el mundo social –que incluye otros agentes- y al mismo tiempo, de su relación con esta relación, es decir, del sentido que –a través de la apropiación de unos marcos compartidos y el rechazo de otros- se le otorga a la misma.

Una vez hechas estas aclaraciones conceptuales acerca del significado sociológico de la experiencia, y para seguir clarificando los objetivos de esta investigación, es necesario que nos detengamos asimismo en la perspectiva desde la que entendemos los conceptos de amor y pareja. Comprender qué implica analizar la experiencia de ambos nos permitirá delimitar nuestros objetivos específicos.

2.1.2 El significado sociológico del amor y la pareja

Gran parte de las aproximaciones sociológicas al amor no parten de una definición de este término y en muchas ocasiones, ni siquiera se hace explícita la perspectiva sociológica desde la que se aborda. Esto provoca que a menudo, no podamos estar seguros del alcance de las conclusiones a las que llegan. Además, esta indefinición y reticencia a la explicitación contribuyen a consolidar la imagen del amor como algo “irracional” e incontrolable (Esteban, 2012).

Sin embargo, es necesario tener en cuenta, antes de abordar el cometido de definir nuestro objeto de estudio, que no existe una configuración amorosa única y universal, sino que su experiencia se sitúa en contextos socio-históricos de organización de las relaciones familiares y personales y se enmarca en modelos hegemónicos sobre los ideales amorosos que son asimismo susceptibles de importantes cambios en diferentes momentos. Por ello mismo, no partimos en esta investigación de la supuesta primacía o desaparición del amor romántico por un modelo novedoso, basado en la asociación o en el compañerismo. Más bien, indagar en los posibles cambios y continuidades en lo que concierne al amor romántico será uno de nuestros objetivos, teniendo siempre en cuenta que este modelo no se queda en el plano de lo simbólico o de las representaciones sociales, sino que se define también a través de disposiciones prácticas y tendencias en la experiencia de las emociones. Pero antes de definir nuestros objetivos específicos debemos volver a la delimitación de nuestra aproximación al amor y la pareja.

Hablamos de amor y pareja de manera conjunta porque, en la experiencia de hombres y mujeres, ambos constituyen las dos caras de una misma moneda. La pareja heterosexual es el modelo hegemónico de referencia en la organización práctica y simbólica del amor en las sociedades occidentales contemporáneas (Connell, 1987). En las experiencias concretas de los agentes, la pareja no forma sólo parte del presente o el pasado de la gran mayoría de la población española, como tendremos ocasión de comprobar el siguiente capítulo, sino que en el plano de los deseos, de las expectativas futuras y de la construcción del sentido, la imaginación en torno al amor tiene como referente fundamental a la pareja. Por otra parte, las parejas se construyen –al menos como ideal normativo– sobre la base del amor, toda vez que las estrategias de arreglos matrimoniales entre las familias se sustituyen por lo que Illouz (2012: 48), como ya vimos, ha llamado el “ethos de la autenticidad”, es decir, la legitimidad exclusiva del amor como base de los vínculos, tanto de su formación como de su persistencia.

Sin embargo, el amor va más allá de su concreción en las vivencias individuales o de las parejas. Las sociedades occidentales contemporáneas están plagadas de referencias al mismo en sus más diversas manifestaciones, y el amor constituyelo articule un tema predilecto de sus industrias culturales. Tales manifestaciones se constituyen en modelos sobre los que las experiencias concretas se “midan”. Como vimos a propósito del trabajo de Mari Luz Esteban (2011) el amor –heteronormativo, monógamo y burgués– es un elemento central del orden social global y proporciona un modelo de pensamiento desde el que se interpretan y organizan diferentes relaciones sociales.¹¹ En esta línea, hemos visto cómo diferentes trabajos se centran en analizar los marcos simbólicos que constituyen los modelos y referentes amorosos en las sociedades contemporáneas.

Desde aquí, y coherentemente con la aproximación al amor y la pareja como experiencia, no nos interesa un nivel de análisis centrado en el desentrañamiento de códigos semánticos (al estilo de trabajos como el de Luhmann) o en el estudio de las lógicas internas de diferentes narrativas amorosas. Los componentes simbólicos, muy relevantes para el estudio sociológico del amor, se hacen significativos en nuestra investigación no como elementos sociales abstractos o situados en un dominio social independiente, sino en la medida en que forman parte de las experiencias amorosas de los agentes, cuyas prácticas y emociones tienen una dimensión de significado fundamental y que, lejos de

¹¹ Esta misma autora, sin embargo, considera que es necesario separar este “pensamiento amoroso” de la experiencia individual y colectiva del amor y atender a lo modos en que el primero propicia determinados modos de configurar las segundas.

ser receptores pasivos de estos códigos, usan los marcos interpretativos a su disposición para dar sentido a su propia experiencia de maneras no ilimitadamente creativas, pero tampoco completamente determinadas, sino más o menos probables en función de determinadas trayectorias sociales.

Rechazar un nivel de análisis de lógicas discursivas sin agentes, no significa, sin embargo, abrazar otro centrado en el "yo" o en interacciones sin contextos, sin historia y sin estructuras. En este sentido, las populares clasificaciones y escalas psicológicas sobre el amor presentan importantes problemas para un acercamiento sociológico a nuestro objeto de estudio. Este tipo de aproximaciones, como la escala Hatfield y Sprecher (1986), que pretende medir los "niveles" de amor pasión en los individuos, o la escala de actitudes hacia el amor de Hendrick y Hendrick (1986), que clasifica a los sujetos en función del tipo de amor en el que sus respuestas encajan, reducen en exceso la complejidad de la experiencia amorosa. En primer lugar, ignoran la combinación de marcos de significado diversos y los usos que pueden hacerse de cada uno de ellos. Además, incluso si aceptásemos sus clasificaciones, aún habría que tener en cuenta que la experiencia amorosa es multi-dimensional, y que lo que es válido para alguna de sus dimensiones puede no serlo para otras. Es decir, las personas pueden hacer unas cosas, decir otras y sentir aún otras. Esto implica que los supuestos "niveles" de amor pasional o de otros tipos que estas escalas pretenden medir usando cuestionarios de autoevaluación, pueden no coincidir entre el discurso y las prácticas. Estos cuestionarios ignoran además el sentido y la interpretación – desde luego no independiente de las propias prácticas- que los agentes le puedan dar a esos ítems que les evalúan –ítems que, generando una construcción con pretensión de objetividad científica, excluyen las propias construcciones que los agentes puedan hacer sobre su experiencia amorosa-. Finalmente, es evidente que estas aproximaciones, por generar tipologías de individuos más que análisis de interacciones en toda su complejidad, igual que aquéllas que se centran en las lógicas de los códigos amorosos ignorando la agencia, no permiten un análisis situado y relacional de la vivencia del amor y la pareja como el que aquí nos proponemos.

Como venimos argumentado, partir del concepto de experiencia supone situar el amor y la pareja en un nivel sociológico integrador, al que le interesan aspectos estructurales en su relación inseparable con las vivencias cotidianas del amor en sus diferentes dimensiones. Nos proponemos ahora explicitar estas dimensiones como componentes fundamentales de tal experiencia amorosa. Esta división analítica quiere servir al propósito de una mejor comprensión de nuestro objeto de estudio, sin embargo, es necesario tener presente que los elementos que vamos a mencionar aparecen a veces simultáneamente y siempre interrelacionados en la experiencia de los agentes.

En primer lugar, el amor implica prácticas. Entre ellas encontramos las que tienen que ver con las dinámicas de emparejamiento y des-emparejamiento. Los procesos de formación y disolución de las parejas, así como la composición interna de las mismas remiten a las pautas de organización social de los vínculos. De hecho, los modelos amorosos y de pareja hegemónicos a los que frecuentemente se alude en el estudio del amor tienen, además de componentes simbólicos, otros fácticos, que tienen que ver con esta ordenación social de los emparejamientos. En este sentido, hemos visto cómo algunas autoras explican que el significado social del amor se enmarca en la hegemonía de un modelo de emparejamiento monógamo y heterosexual. Por otra parte, las elecciones entre formas más o menos institucionalizadas de sanción de los vínculos implican el apego hacia formas más o menos tradicionales de organizar las propias biografías –aunque, como argumentaremos, los cambios a este respecto provocan en ocasiones interpretaciones precipitadas-. Además, los modelos de emparejamiento hegemónicos instituyen calendarios normativos de los vínculos que actúan como referencias para los agentes, sus prácticas, y la interpretación –no exenta de implicación afectiva- que hacen de las mismas. Por otra parte, la composición interna de las parejas puede ser, como vimos que argumentaba Bozon (1992), un mecanismo importante de reproducción social, que nos da también información relevante sobre prácticas culturales y estilos de vida en diferentes grupos sociales. Emparejarse constituye un hito socializador importante: en pareja se adquieren prácticas conjuntas, se comparten grupos de amigos, espacios de ocio, se crea un sentido común sobre el “nosotros” y sobre el mundo social alrededor de tal nosotros. Todo esto forma parte del conjunto de “dependencias materiales y simbólicas” que según García Selgas y Casado (2010), constituyen un componente central de los vínculos. Sin embargo, no se produce sobre la nada. Los emparejamientos se basan en gran parte en afinidades entre características sociales y estilos de vida entendidos frecuentemente como “complementarios” en términos de género y que en muy raras ocasiones implican grandes distancias en términos de clase social. Esta es la principal causa de que las relaciones amorosas –igual que la amistad- tiendan a consolidar más que a subvertir, en el nivel de la experiencia cotidiana, las divisiones de clase (Jamieson, 1999). La re-socialización conjunta que implica la pareja, constituye, por otra parte, uno de los factores que explican el descentramiento y la desorientación biográfica que ocurre en numerosos casos tras las rupturas. Por otra parte, las dinámicas de dependencias en la vida en pareja pueden ser más o menos intensas e implicar grados variables de desequilibrios (mayores en la situación típica en la que una de las partes asume las aficiones, amistades y relaciones familiares del otro casi por completo sin que se produzca el movimiento inverso).¹² La

¹² García Selgas y Casado (2010) apuntan acertadamente que a estas dinámicas de dependencias más materiales hay que sumar las dependencias del reconocimiento del otro-a, la necesidad de sentirse valorado y deseado por la

relación social que implica una pareja y el vínculo en torno a tal relación, siendo un vínculo afectivo, es también, por lo tanto, una relación de poder. Al contrario de lo que la típica distinción entre relaciones “sanas” y “patológicas” presupone, esto es así en todos los casos, y no sólo en aquéllos en los que se dan situaciones de violencia explícita. Sin duda, los equilibrios en estas dinámicas o los desequilibrios a favor de una de los dos partes pueden ser muy variables, pero en todos los vínculos los afectos se mezclan con el poder –simbólico o material- sobre el otro, en relaciones en las que además, el género otorga posiciones de partida diferentes a hombres y mujeres. Estas cuestiones serán abordadas, a partir del análisis de las emociones, en el capítulo 5 de esta investigación.

La experiencia amorosa y todas las prácticas que ésta involucra tienen, evidentemente, un componente emocional fundamental. De hecho, desde amplios sectores de la psicología se ha interpretado el amor como una emoción (véase Felmlee y Spreche, 2006). Tal como venimos argumentado, una aproximación sociológica al amor requiere ampliar la perspectiva. Sin embargo, no hay duda que la experiencia del mismo implica en gran medida a las emociones. Y éstas, desde luego, no se limitan al momento de su expresión más álgida en el enamoramiento. La propia relación subjetiva con el amor –más allá de la vivencia concreta del emparejamiento- está cargada de emociones, que acompañan a las proyecciones de futuro –miedos y anhelos con respecto a las propias expectativas, se esté o no en pareja-, a las interpretaciones y relatos sobre el propio pasado –desamores, culpabilizaciones...- y a la experiencia concreta del presente –con sus ilusiones o decepciones específicas-. Como argumentaremos siguiendo a Hochschild (1979) las emociones no son estados pasivos ni sobrevienen sobre los agentes generando “respuestas” irracionales. Además de que todas las prácticas, también las más reflexionadas, tienen componentes emocionales, los agentes, por ser tales agentes, “hacen cosas” con las emociones. Es decir la experiencia de las emociones en el ámbito amoroso implica manejo y trabajo sobre las mismas –sea consciente, como asume Hochschild, o más bien rutinizado o prerreflexivo, pero no por ello irracional-. Ese trabajo puede dirigirse hacia las emociones propias -hacia su modificación o adaptación a diferentes normatividades-, hacia las del otro-a, o hacia la “gestión” de los asuntos emocionales en la pareja. Es decir, estudiar el amor sociológicamente implica sacar las emociones del ámbito de lo psico-biológico y situarlas en un dominio social en el que no anulan la agencia, sino que forman parte de ella.

El protagonismo de las emociones en la experiencia del amor nos da una pista, además, sobre la fundamental implicación del cuerpo en la misma. De hecho, la vivencia de amores y desamores implica

persona que se valora y desea como componente fundamental del vínculo de pareja

frecuentemente cambios corporales.¹³ La emocionalidad del enamoramiento va acompañada de respuestas fisiológicas -comunes en las descripciones de las personas entrevistadas en esta investigación- y sin duda, tanto el deseo hacia el otro-a como la percepción sobre la presencia o ausencia del deseo de ese otro-a hacia uno mismo envuelven de forma central al cuerpo. La experiencia del amor y del deseo son por lo tanto experiencias encarnadas. En este punto radica según varias autoras (Esteban, 2009; Jabat, 2007; García Selgas y Casado, 2010) uno de los motivos de la fuerte performatividad del amor en la construcción y el refuerzo de las identidades de género. Deseamos en el otro -o sentimos repulsión por- características que tienen género -y también clase, como argumentaremos- y que por ser deseadas en tanto que rasgos "masculinos" y "femeninos" de la pareja o potencial pareja, ayudan en la construcción de lo que se entiende por "hombre" y por "mujer" y de los rasgos normativamente deseables para ambas categorías -así como aquéllas normativamente rechazables-. Por otra parte, como vimos a propósito del trabajo de Jabat, la percepción del deseo del otro-a al que deseamos supone una gratificación que provoca la auto-afirmación del propio género.

Finalmente, como hemos venido argumentado, la experiencia del amor supone una determinada relación con los imaginarios colectivos que la enmarcan. Como el trabajo de diferentes autoras que comentamos en el capítulo anterior pone de manifiesto, estos referentes simbólicos no constituyen un relato homogéneo o unívoco, sino que contienen elementos simbólicos diversos, en ocasiones contradictorios. Los agentes se identifican con ellos o los rechazan a un nivel pre-reflexivo que puede influir en prácticas o emociones sin necesariamente pasar por el discurso. Es decir, las construcciones simbólicas en torno al amor se incorporan a las disposiciones. Pero al mismo tiempo, los agentes usan esos "repertorios culturales" (Swidler, 2001) a su disposición de una manera práctica para dar sentido a su experiencia, como argumentaremos en el capítulo 4 de esta investigación.

La experiencia del amor y la pareja tiene múltiples dimensiones, interrelacionadas entre sí, y son muy variadas las cuestiones que un análisis sociológico de la misma puede abordar. En esta investigación pretendemos indagar en algunos de los puntos fundamentales que hemos señalado con el propósito de acometer el objetivo general de esta investigación, comprender sociológicamente la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en el ciudad de Madrid. Nuestros objetivos específicos, serán por lo tanto, los siguientes:

¹³ A este respecto, el interesante trabajo de Moreno Pestaña (2013) explica cómo la vivencia del amor y el deseo recíproco es uno de los mecanismos de salida de la "carrera de la desviación" que implican los trastornos alimentarios

a) Analizar las dinámicas y procesos de emparejamiento de los jóvenes: cómo se forman las parejas y cómo son, en términos de categorías sociológicas, las parejas que se forman. Nos interesa conocer sobre qué tipo de transformaciones se puede hablar a este respecto y cuál es el alcance de las mismas.

b) Identificar los “repertorios culturales” con los que los adultos jóvenes dan sentido a su experiencia y cuáles son los usos que hacen de tales repertorios. En este punto nos interesará analizar la vigencia o decadencia del amor romántico como marco de significado colectivo así como su posible convivencia con otros marcos diferentes.

c) Comprender el manejo de las emociones en lo que respecta al amor y la pareja. Abordaremos tanto las prácticas que implican “gestión” emocional en las relaciones de pareja como el trabajo sobre las emociones propias en este terreno.

d) Analizar los ideales de masculinidad y feminidad asumidos como deseables y atractivos en la pareja o la potencial pareja.

Comenzamos este capítulo explicando que la experiencia del amor y la pareja es una experiencia situada, que por lo tanto implica diversidad y no universalidad. Es situada porque se localiza en un determinado momento socio-histórico y en un lugar geográfico (un gran núcleo urbano en la España de comienzos del S. XXI, en nuestro caso), pero también lo es en referencia a los contextos y a las características sociales de los agentes implicados. En una investigación como ésta, no es posible tener en cuenta todas las categorías que sitúan a los agentes en el mundo social. Podríamos considerar la etnia, el hábitat, los grupos de edad, la orientación sexual... Todos estos rasgos se inscriben en los agentes de forma simultánea, y todos contextualizan su experiencia al mismo tiempo y no como categorías abstractas que funcionen separadamente. Pero es necesario limitar la investigación, y elegir las variables de análisis privilegiadas implicará renunciar a otras. En este punto, la propia perspectiva teórica sitúa –también– a la investigadora. Atenderemos fundamentalmente a dos aspectos, que, a nuestro entender, son atributos sociales centrales y, creemos, fundamentales para comprender la experiencia del mundo social en general y por lo tanto, también del amor: el género y la clase social. Ambos guiarán de forma transversal el análisis y la persecución de nuestro objetivos. Con esta elección pretendemos huir de la uniformización típica de los estudios que implica la elección de muestras de clase media y la posterior generalización de los resultados a la “sociedad española” o las sociedades “del capitalismo post-industrial”. La primera variable, como hemos visto, ha sido considerada en

profundidad en numerosos estudios sociológicos sobre el amor, investigaciones que han probado sobradamente su relevancia para nuestro objeto de estudio. La clase social en relación al amor ha sido considerada mucho menos frecuentemente y nunca, que conozcamos, en un estudio de las características que aquí nos proponemos en el contexto español.

La consideración de los objetivos propuestos y la centralidad del género y la clase social en nuestro estudio nos permitirá entrar en debate con las aportaciones sociológicas que hemos comentado y con los argumentos acerca de las transformaciones y persistencias en el ámbito del amor y la pareja. Antes de explicar más en detalle la metodología de esta investigación, es necesario, por tanto, que nos acerquemos a los conceptos de género y clase social que vamos a manejar.

2.1.3 El género como relación social

El género y clase social son dimensiones fundamentales de la experiencia que la sitúan pero que no actúan desde dominios abstractos ejerciendo influencias separadas e independientes entre sí, por lo tanto, no será nuestro objetivo analizar, por una parte, los “efectos” del género en las vivencias del amor y los de la clase social por otra. Más bien pretendemos comprender los modos en que ambos, como aspectos centrales de las relaciones sociales que se inscriben en los agentes de forma simultánea, contextualizan, propician y hacen más probables determinados modos de pensar, actuar, sentir y desear en el terreno del amor y la pareja heterosexual. Partimos por lo tanto de la hipótesis de que parte importante de esa experiencia tiene que ver con y se hace comprensible a través de determinados contextos de clase y género. Sin embargo, es necesario que hagamos una serie de aclaraciones sobre ambos conceptos por separado, con el objetivo de contextualizar teóricamente los análisis que llevaremos a cabo en esta investigación. Comenzaremos con el concepto de “género”

El género, explica Connell (2009), no es, como ha menudo se ha entendido, la expresión de las diferencias culturales o psicológicas entre “hombres” y “mujeres”, las dos caras de una dicotomía fundamental que organiza el pensamiento occidental (García Selgas y Casado, 2010). Entre hombres y mujeres, recuerda esta misma autora, hay evidencia de más similitudes que divergencias psicológicas, y del mismo modo, ambas categorías se caracterizan por su heterogeneidad interna. El género es más bien una “relación social vivida” (McNay, 2004). Debido a que construye patrones perdurables en las interacciones entre agentes, que además implican la jerarquización de grupos sociales con diferentes

recursos y poder, el género puede considerarse una estructura social. Es decir, el género no tiene que ver exclusivamente con vivencias personales, sino que se organiza en multitud de dominios institucionales, se materializa en códigos y se experimenta en relaciones recurrentes en diferentes contextos. Estos patrones estructurales –que posibilitan y limitan las prácticas- no son sin embargo ni universales ni inmutables, sino producto de la historia, y por lo tanto, históricamente cambiantes y contestados en mayor o menos medida en diferentes entornos. El género se reproduce y reconstruye en las interacciones prácticas de la vida cotidiana, sin embargo, no todos los contextos permiten el mismo grado de innovación ni las resistencias son igualmente permitidas o propiciadas en todos los lugares y momentos.

La estructura de las relaciones de género es multi-dimensional, afecta a muy diversos dominios desde la esfera pública –por ejemplo, en la organización de las relaciones laborales- a la privada –en ámbitos como la sexualidad o las relaciones amorosas-. Según Connell (1987: 98-99) existe un “orden de género” que estructura estas relaciones a nivel global, un orden que no es una construcción lógica, sino un producto de la historia. A ese orden que establece ciertas relaciones jerárquicas –como la de los hombres heterosexuales sobre el resto de hombres y sobre las mujeres- hay que añadir lo que la autora entiende como “regímenes de género”, es decir la configuración de las relaciones de género en entornos específicos más reducidos, en instituciones como escuelas o lugares de trabajo concretos. En ocasiones los regímenes de género reproducen en gran medida las dinámicas del orden social de género. En otras, se distancian de él hacia modelos más o menos igualitarios (Connell, 2009: 73). La práctica cotidiana se ve envuelta por lo tanto en configuraciones de relaciones de género que pueden variar –y de hecho varían- de unos entornos a otros, y las masculinidades y feminidades se construyen de forma dinámica a través de estas prácticas y a lo largo de trayectorias biográficas. Es por ello que podemos experimentar diferentes conjuntos de posibilidades y limitaciones relacionadas con el género sobre nuestras prácticas en distintos entornos sociales –por ejemplo, en la familia, la universidad o el centro de trabajo-. (Connell, 2009: 75)

La vivencia del género como relación social tiene una dimensión simbólica fundamental. Esto ha hecho que el análisis de las representaciones sociales haya sido uno de los enfoques privilegiados en la investigación sobre género en las dos últimas décadas (Connell, 2009: 84). Una posible explicación a esta tendencia es el más que justificado objetivo de los estudios feministas por mostrar la importancia de la construcción cultural de categorías en torno al género como un factor fundamental que debía sustituir a las diferencias sexuales y psicológicas como elemento para la comprensión de las relaciones

sociales. Las representaciones simbólicas en torno al género se articulan en torno a modelos que actúan como referentes, es decir, como marcos en torno a los cuales se da sentido a la experiencia y se construye la propia masculinidad o feminidad mediante el apego a determinados modelos y el rechazo a otros (García Selgas y Casado, 2010: 122). Es decir, mediante una relación afectiva con los ideales vigentes que no es necesariamente consciente o reflexiva. La simbología del género opera a través de relatos codificados –a través del lenguaje y la imagen- y también a través de prácticas que envuelven de un modo fundamental al cuerpo: modales, movimientos, vestido, maquillaje etc (Connell, 2009: 84), prácticas que en ocasiones pueden servir para enfatizar el género. No existe, sin embargo, un único y universal modelo de “mujer” y de “hombre”, sino que las simbologías en torno a ambos son múltiples y varían históricamente. Consideremos por ejemplo el caso de las mujeres españolas. Tal como muestra Carmen Martín Gaité (1996), el régimen franquista construyó a través de dispositivos institucionales una imagen de feminidad dependiente del catolicismo y que instauraba la normatividad de la subordinación de las mujeres frente a los hombres. La mujer española debía ser abnegada, anti-burguesa y decente, debía aguantar y guardar las apariencias, era “ya católica por ser española y comedida, discreta y hacendosa”. La mujer era “muy mujer” si tenía “actitud pasiva y espíritu de sacrificio” (Martín Gaité, 1996: 27). Los modelos dominantes se construyen siempre por oposición a otros: En efecto, el ideal femenino español, tal como el régimen lo construía, representaba lo contrario a “esa fémina ansiosa de snobismo que adora la extravagante y se parece por lo extranjero. Tal tipo nada tiene que ver con la mujer española y, todo lo más, es la traducción deplorable de un modelo nada digno de imitar” (1996: 27).

Este modelo de referencia hegemónico durante la posguerra se fue disputando y transformando en las décadas posteriores (véase Casado, 2002) y se ha alejado en gran parte de la imagen más católica y tradicional gracias, entre otros factores, a la democratización política y al proceso que Pérez Agote (2012) entiende como “secularización individual”, cuya tercera oleada, situada a finales del s.XX, refleja la distancia cada vez mayor de las generaciones jóvenes con respecto a la Iglesia Católica y la religión, y la pérdida de importancia de los elementos religiosos en las representaciones sociales en torno a la familia, el matrimonio o las relaciones sexuales.

Sin embargo, como ya hemos comentado, el apego y rechazo a los diferentes modelos va más allá de su aceptación consciente y su defensa o negación discursiva. Ciertos elementos simbólicos del género se incorporan, pasan a formar parte de las disposiciones a pensar, a actuar, a sentir. En ello radica, precisamente, algunos de sus aspectos recurrentes y perdurables y ello explica que, como

veremos, pueda existir cierta tensión entre modelos de feminidad y masculinidad en los agentes y puedan asimismo aparecer contradicciones entre los discursos y las prácticas en la vivencia del género y específicamente, en el terreno de las relaciones amorosas.

El género, por lo tanto, es una estructura social que propicia relaciones de poder jerárquicas en diferentes ámbitos institucionales y de la vida privada. Relaciones que sin embargo, son objeto de pugnas y de resistencias y cuya construcción y transformación varía histórica y geográficamente. Además existe una fuerte simbología en torno al mismo que va mucho más allá de las diferencias reproductivas: “cuando un entrenador de fútbol americano grita a su equipo, que va perdiendo, que son un montón de mujeres, no está diciendo que ahora pueden quedarse embarazados” (Connell, 2009: 83). Las categorías “mujer” y “hombre” movilizan una gran cantidad de elementos simbólicos. Además, existe una serie de modelos de feminidad y masculinidad codificados en grados variables y que son objeto de transformaciones históricas. En una sociedad pueden coexistir modelos diferentes y diferentes sociedades varían en el grado de heterogeneidad de los modelos que promueven. Sin embargo, como resultado de procesos históricos contingentes, algunos de esos modelos serán dominantes, hegemónicos, y otros subordinados (Connell, 1987; García Selgas y Casado, 2010).

Además de todos estos aspectos, el género es una cuestión práctica, de experiencia del mundo y de uno-a mismo-a. A través de la práctica en relación con estas dimensiones de las que venimos hablando, del apego consciente o prerreflexivo a los modelos disponibles, y de la relación con el propio cuerpo sexuado se construyen las feminidades y masculinidades vividas. Ambas son múltiples y heterogéneas y pueden ajustarse más o menos a los ideales sociales hegemónicos. La vivencia del género forma parte de nuestras disposiciones a actuar, a pensar y a sentir y el apego y rechazo a unos u otros modelos tiene que ver precisamente en esas disposiciones. Como parte central de nuestro *habitus*, el género se vive corporalmente mucho más allá de las diferencias reproductivas. En el cuerpo se inscriben los rasgos de los modelos asumidos y las *hexis* que implican una manera de moverse, de presentarse, de gesticular. Además el cuerpo se “trabaja” con maquillaje, vestido, deporte, dietas etc. El proceso de encarnación del género es un aprendizaje que se produce a lo largo de la biografía en las interacciones con las “ordenaciones de género” con las que los agentes se encuentran en los diferentes ámbitos en los que desarrollan sus prácticas (García Selgas y Casado, 2010), es decir, en la relación con aquello que veíamos que Connell entiende como regímenes de género de las diferentes instituciones. Este aprendizaje no es, nos recuerdan García Selgas y Casado, un proceso consciente y reflexivo, sino que “el género es algo más profundo (quizá paradójicamente, porque es más material, carnal o corporal,

más *superficial*), lo que no nos remite al mundo del inconsciente, sino al espacio de una conciencia práctica" (2010: 132).

Hemos dicho ya que las masculinidades y feminidades como conjuntos de disposiciones prácticas y relaciones con el mundo social son heterogéneas, es decir, en una misma sociedad, como la española de comienzos del s. XXI, existen en plural. Además, la vivencia del género se entrecruza, como ya hemos explicado, con otras dimensiones sociales, como la clase social. Género y clase social se viven simultáneamente y conforman de manera conjunta los habitus (junto con otros atributos sociales como la etnia, el habitat etc). Es decir, las masculinidades y feminidades vividas no son el producto mecánico de la posición de clase, sin embargo, posiciones y trayectorias de clase similares hacen más probable la vivencia de determinadas masculinidades o feminidades análogas y diferentes a otras típicas de otras posiciones y trayectorias -a través de, entre otras cosas, el rechazo o apego a diferentes modelos o el encuentro con regímenes de género diferentes, por ejemplo, en las diferentes culturas familiares-. Así, como veremos a lo largo de esta investigación, los jóvenes de clases populares tienden a rechazar discursiva y prácticamente un modelo de masculinidad más emocional y comunicativo, identificado con lo femenino y que es más frecuente entre los hombres de las nuevas clases medias (ver Moreno Pestaña, 2004) de los que éstos jóvenes se reivindican muy distantes. En otras ocasiones, el apego a modelos de feminidad o masculinidad puede ser homogéneo entre diferentes grupos de clase, pero los recursos para cumplir con las exigencias de los mismos, muy dispares. En este sentido, el trabajo de Skeggs (1997) muestra cómo las mujeres británicas de clases trabajadoras asumen un modelo de feminidad que ha sido construido en base a un ideal burgués de elegancia y refinamiento que las coloca precisamente como el "otro" opuesto. Para alcanzarlo, tienen que poner en marcha una serie de prácticas (también corporales) que las asocian a la idea de "mujeres respetables", experiencia que no está exenta de ambivalencias, vergüenza y sensación de no estar a la altura.

Las masculinidades y feminidades se van conformando, como hemos mencionado, a través del encuentro práctico con diferentes regímenes de género. Ese encuentro, además, supone diferentes limitaciones y posibilidades para las prácticas en diferentes ámbitos de la experiencia. De este modo, si bien las disposiciones tienen cierto grado de coherencia, su confrontación con estos diferentes ámbitos organizados de modos estructuralmente diferentes pueden generar prácticas y experiencias con sentidos diversos. Por ejemplo, una mujer puede mantener una posición autoritaria en su trabajo porque el entorno laboral lo promueva y al mismo tiempo, una actitud cuidadora, afectuosa y subordinada a las figuras masculinas en una familia de origen patriarcal.

2.1.4 Aproximación al concepto de clase social

En esta investigación vamos a servirnos de la aproximación a la clase social desarrollada por Pierre Bourdieu. Este concepto es uno de los elementos centrales que estructuran toda la obra del sociólogo francés, para quien la experiencia del mundo social es una experiencia situada fundamentalmente por las condiciones de existencia y predisposiciones a la práctica que implican las diferentes posiciones de los agentes en el espacio social. La principal fortaleza de la aproximación bourdiana consiste en que nos permite entender la clase social en un sentido amplio y no reduccionista, ya que no se limita a clasificar a los agentes en función de determinados atributos, por más que tales atributos sean fundamentales –como los ingresos o la profesión–, sino que la clase se convierte en su obra en una relación con el mundo social, con uno mismo y con el resto de agentes que lo componen, relevante por lo tanto en la experiencia social de los agentes en general, y también en la que tiene que ver con sus propios afectos y relaciones amorosas. Pasamos a analizar los elementos e implicaciones claves de este concepto.

a) La clase social es un concepto relacional.

Las clases sociales no son grupos homogéneos que tengan una existencia real y objetiva, independientemente de los constructos de los investigadores. Es necesario, nos recuerda Bourdieu (1987) sustituir el modo de pensar sustancialista por otro relacional. Es decir, más que en grupos definidos y objetivamente existentes debemos pensar en las clases sociales en el contexto de un espacio social de relaciones jerarquizadas, un espacio social “basado en un principio de diferenciación económico y social” (1987: 3) y que distribuye a los agentes en posiciones desiguales en función de sus capitales. Esos capitales se constituyen en las “cartas” de los agentes, es decir, en los atributos que les permiten obtener beneficios y poder. Por lo tanto las clases sociales siempre implican posiciones relativas que adquieren su significatividad en relación a otras posiciones, es decir, se definen unas en función de otras. Esto es lo que lleva a Bourdieu (2002) a distinguir entre “posiciones” y “situaciones” de clase. El primer concepto se refiere a las propiedades de las clases sociales que tienen que ver con su inserción en un “sistema completo de relaciones que rige el sentido de cada relación particular”. Precisamente las cualidades de posición hacen que lo que entendemos por ejemplo como “clases altas”, no sean idénticas en un diferentes contextos históricos o geográficos. Es decir, considerar las cualidades de posición implica situar socio-históricamente las relaciones que conforman las clases sociales en lugar

de tratarlas como universales e independientes de los contextos. Por otra parte, existe una serie de cualidades de situación que tienen que ver con las propiedades que derivan de cualidades más bien “intrínsecas” de las clases sociales, por ejemplo, con las características de una determinada profesión. Según Bourdieu, esta distinción no condena al análisis de clase a una reducción hacia la idiografía. Es posible, según este autor, analizar por ejemplo las similitudes entre posiciones si bien no idénticas, sí homólogas entre clases con posiciones similares en distintas sociedades –por ejemplo, el valor de la “educación práctica” que genera posibilidades de ascenso social, entre las clases medias- o los efectos de situaciones idénticas en sociedades distintas –por ejemplo, las dificultades de organización y reivindicación en las situaciones de mayor inseguridad económica- (Bourdieu, 2002: 125)

Un análisis bourdiano de las clases sociales implica por lo tanto no tomar las clases como realidades invariantes sino como relaciones jerarquizadas que tienen que ver con el espacio social tal y como se conforma en momentos y lugares específicos y para cuya comprensión es fundamental atender a las diferentes posiciones de los grupos de agentes en tal espacio, posiciones que toman sentido a través de sus relaciones entre sí.

b) La clase social no es exclusivamente económica

La posición de los agentes en el espacio social está definida por el volumen total de su capital, la composición del mismo y por la evolución de ambos, es decir, por la trayectoria de clase (Bourdieu, 1987). Pero con la composición del capital Bourdieu no se refiere exclusivamente a las propiedades, los ingresos o el nivel de riqueza. Todo esto forma parte del “capital económico”, al que hay que sumar el “capital cultural”, el “capital social” y el “capital simbólico”. El capital cultural tiene un peso fundamental en la obra de Bourdieu y existe en tres formas diferenciadas (1997): en primer lugar, en estado “incorporado”, es decir, en forma de disposiciones duraderas del cuerpo y la mente como por ejemplo, el apego a determinadas obras o tipos de arte o las habilidades matemáticas. La forma institucionalizada del capital cultural se refiere a los títulos y certificaciones académicas que objetivan y sancionan legalmente los “conocimientos”. Finalmente, la forma objetivada del capital cultural se refiere a bienes y objetos como obras de arte, libros etc, que si bien pueden parecer independientes y separados de los agentes, adquieren su significado social en la apropiación –material o simbólica- que esos agentes hacen de ellos. Por otra parte, el capital social designa a todas las conexiones, amistades, redes, pertenencia a grupos etc que pueden ser usados para obtener beneficios y ascenso social.

Los diferentes capitales se caracterizan además por ser convertibles en otras modalidades. Así por ejemplo, el capital económico puede usarse para conseguir el acceso a determinadas universidades y el capital cultural, para conseguir una profesión que se traduzca en capital económico. Siguiendo con este ejemplo, el capital social podría utilizarse para ambos propósitos.

El capital simbólico, por su parte, más que un tipo capital en sí mismo es aquél que se deriva del resto de capitales una vez que éstos adquieren la percepción de legitimidad. Una modalidad común es el prestigio asociado a determinados profesionales o poseedores de un gran volumen de capital cultural, que por sus específicas condiciones de adquisición tiende a personalizarse, es decir, se atribuye a la "valía individual" desligándose de las condiciones y trayectorias de clase que lo han hecho posible (Bourdieu, 1997: 49).

Según Bourdieu, el capital cultural está ganando importancia debido a su conexión con los medios de producción y al aumento en el tiempo de incorporación necesario para ser usado y vendido como fuerza de trabajo. Son, de hecho, cada vez más relevantes socialmente las profesiones que implican obtener beneficios del propio capital cultural sin la posesión de los medios de producción (piénsese en directivos, ingenieros, médicos, profesores etc) (1987: 50).

Para entender el concepto de clase social en su sentido más amplio hay que tener en cuenta que:

"La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante, como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de propiedades (propiedades de sexo, edad, de origen social o étnico –proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etcétera-, de ingresos, de nivel de instrucción etcétera), ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas" (Bourdieu, 2012: 121)

Es decir, si bien la composición y el volumen del capital nos colocan de manera fundamental en el espacio social y son esenciales para la determinación de la clase, ambos adquieren su sentido y provocan su influencia sobre las prácticas y las disposiciones en su encuentro y relación con otras características sociales que también nos sitúan en el mundo social, como el género, el hábitat, la edad, o la etnia.

c) La clase es parte central de la experiencia del mundo social. Es decir, es incorporada y vivida más que un "atributo"

Esta es una de las dimensiones del concepto de clase desarrollado por Bourdieu que más interesa a una investigación como la que nos proponemos, ya que permite comprender que cómo la clase social, por ser incorporada en las disposiciones prácticas, está presente en lo que hacemos, lo que pensamos, lo que sentimos, en la manera de experimentar subjetiva y prácticamente los afectos, los amores y los desamores. El habitus constituye, como ya se ha comentado, un sistema de disposiciones perdurables que están estructuradas –es decir, no son azarosas sino que responden a los principios de jerarquización social- y son estructurantes, ya que propician actos acordes a tales posiciones. Sin embargo, la posición social no determina las prácticas, ya que éstas se desarrollan siempre en el encuentro de los habitus con las diferentes situaciones sociales, con los diferentes ámbitos (campos, en la terminología bourdiana) con los que los agentes se encuentran. Ellos tienen lógicas relativamente independientes y es en ese encuentro en el que los habitus se actualizan permanentemente. Con ambos conceptos Bourdieu pretende superar la dicotomía entre "individuo" y "sociedad", enfatizando la incorporación de las estructuras en esquemas mentales, expectativas, sentidos prácticos, etc, y la constante construcción de estas disposiciones a través de su encuentro con los diferentes campos (pensemos por ejemplo, cómo el campo académico actualiza los habitus de los estudiantes que pasan por la universidad). Las disposiciones se construyen por lo tanto biográficamente a través de culturas familiares, grupos de pares, parejas, etcétera y a través del encuentro con diferentes ámbitos de prácticas e instituciones –lugares todos que, como hemos visto, pueden tener específicas configuraciones o "régimenes" de género-.¹⁴ Las prácticas propiciadas por diferentes condiciones sociales presentan cierta coherencia y se organizan en diferentes estilos de vida, que hacen más probables determinados consumos, aficiones, gustos y repulsiones. Sin embargo, de nuevo esta coherencia no es absoluta ya que las diferentes lógicas de los campos favorecen prácticas y estrategias también distintas (Bourdieu, 2012: 115).

En definitiva, los agentes que ocupan posiciones similares en el espacio social y que tienen trayectorias también similares están predispuestos a tener intereses, prácticas y representaciones

14 Una excelente aplicación empírica del concepto de "disposiciones" que atiende además al género como uno de sus componentes centrales se encuentra en Moreno Pestaña (2010)

también similares, si bien todo ello se actualiza en el encuentro con los diferentes campos. Los habitus implican inscripción corporal de las condiciones sociales, así como la construcción de un sentido subjetivo de uno mismo y de los demás, y de la relación de ambos con el mundo social. Así, como vimos, las simpatías y repulsiones tienen que ver para Bourdieu con las afinidades de los habitus, que, por lo tanto, promueven determinadas relaciones –en ámbitos como la amistad o el amor- e inhiben otras.

Estos sistemas de disposiciones no son sin embargo auto-evidentes. Es decir, si bien generan representaciones sociales, no implican conocimiento sobre sí mismos, de modo que pasan inadvertidos para los agentes. En ocasiones, sin embargo, la distancia entre los propios habitus y las situaciones en las que los agentes desarrollan sus prácticas puede generar tensiones o un cierto sentido de vergüenza o de “estar fuera de lugar” –lo cual no implica conocimiento de la dominación que genera la jerarquía del espacio social-, como le sucedía a los campesinos de Bearn en el baile de su pueblo, ya dominado por los pujantes gustos urbanos (Bourdieu, 2004) o como le sucede al siguiente joven entrevistado en esta investigación, de clases populares, que describe así una cena de San Valentín con su novia en un restaurante caro:

“Era todo gente pues no sé, olía a colonia, la gente súper arreglada, todos ahí, madre mía chaval, yo fui con la chupa rota (risas)...Madre mía, dónde me he metido. Y fue grac... La gente es que en estos sitios aunque te intentes camuflar te ven, tú eres de incógnito pero tú no eres de este mundo (risas), era así como que... Madre mía” (E11: TOMÁS)

d) La clase social tiene un componente simbólico fundamental

Las divisiones objetivas del espacio social en términos de capitales económico y cultural generan una división simbólica que clasifica a los agentes en grupos que son reconocibles de forma intuitiva. Es por ello que el anterior entrevistado es capaz de identificar esa clasificación señalando al resto de clientes del restaurante como pertenecientes a un lugar social diferente al suyo. La distinción simbólica entre clases sociales implica que gracias a las marcas o “procedimientos expresivos” (por ejemplo en la ropa, el lenguaje, los modales etc, en el “olor a colonia” o la “chupa rota”) “los sujetos expresan y al mismo tiempo constituyen, para sí mismos y para los otros, su posición en la estructura social”. Es decir, si bien las clases sociales no son desde luego clases meramente simbólicas, este componente es central en su definición. Aquí, al contrario que Weber, quien distinguía entre grupos de status y clases sociales en términos económicos, Bourdieu proporciona una visión de las clases sociales en la que elementos

económicos culturales y simbólicos están necesariamente imbricados. Del mismo modo que las posiciones de clase están jerarquizadas, los aspectos simbólicos que las acompañan también lo están. La identificación y evaluación de los mismos va a menudo acompañada de cierta violencia simbólica, es decir, de cierta degradación de aquello a lo que uno se quiere oponer –piénsese por ejemplo, en el término “choni” que identifica claramente a las mujeres, fundamentalmente jóvenes y de clase obrera y a sus prácticas y estilos con lo vulgar y lo “chabacano” por oposición a lo refinado y de buen gusto pero también por oposición a lo “alternativo”, a las prácticas culturales distanciadas de la clase alta y de lo tradicional pero que se distinguen creando nuevos estándares culturales –musicales, de vestimenta etc- de referencia principalmente para la juventud urbana y universitaria.

Gran parte de las marcas simbólicas, que, como muestra Bourdieu, están objetivamente relacionadas con las posiciones sociales, tienden sin embargo a personalizarse, neutralizándose así en las percepciones su fundamental componente de clase. De este modo, el hablar bien, ser cultivado o por el contrario, “un burro” se consideran cotidianamente atributos esenciales de las personas que se convierten en el halo generador de atracciones y repulsiones. De esta manera, el componente de clase es central en el enamoramiento y en la valoración de la pareja o la potencial pareja. Es necesario tener presente que la dimensión simbólica de la clase social no abarca tan sólo los procedimientos que deliberadamente pretenden expresar la propia posición, sino que incluyen también todos aquellos actos, gestos y en definitiva maneras de estar en el mundo y de relacionarse que “se traducen o traicionan, a los ojos de los demás y sobre todo los de los extraños al grupo, una cierta posición en la sociedad” (Bourdieu, 2002: 139) sin que, como hemos visto, esa asociación entre el acto simbólico y la posición social sea reflexiva, sino más bien espontánea e intuitiva.

e) La clase social incluye la trayectoria

La posición de clase en el espacio social no puede considerarse exclusivamente de forma sincrónica, sino que es necesario tener en cuenta las trayectorias sociales de los agentes para ser capaces de discernir las características que tienen que ver con las posiciones propiamente dichas y las que son efecto de la historia –colectiva o individual- de esas posiciones (Bourdieu, 2012: 25). En efecto, según Bourdieu, agentes con trayectorias similares –ascendentes o descendentes- pueden por ello presentar características en común a pesar de sus diferencias de posición y otras con posiciones prácticamente idénticas diferir debido al efecto de trayectorias muy disímiles.

El origen social que forma parte de las trayectorias además es fundamental porque constituye las condiciones de adquisición de los habitus. Es decir, los puntos de partida de las trayectorias son fundamentales porque marcan el comienzo de la formación de las disposiciones –a través, entre otras cosas, de las culturas familiares- y porque

“A un volumen determinado de capital heredado corresponde un haz de trayectorias más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes –es el campo de los posibles objetivamente ofrecido a un agente determinado; y el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos –guerras, crisis, etcétera- o individuales –ocasiones, amistades, protecciones, etc- que comúnmente son descritos como casualidades (afortunadas o desafortunadas) aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan” (Bourdieu, 2012:125)

Es decir, diferentes trayectorias son más o menos probables en función de las posiciones de clase de partida. Y cuando las posiciones de llegada difieren en exceso de las de partida esto se puede traducir en el propio agente, de alguna manera “marcado” por su origen y la imagen social que se desprende del mismo –piénsese por ejemplo en el hijo de un campesino en la universidad de una gran ciudad-. En numerosas ocasiones, tal como Bourdieu explica, las posiciones de clase orientan hacia determinadas trayectorias de alguna manera “ajustadas de antemano”, en lo que suele entenderse como “vocaciones”. Pero al mismo tiempo hay una fracción de cada clase que tenderá a alejarse de la “trayectoria modal” que –estadísticamente- le corresponde, para ascender o descender socialmente (2012: 126). En cualquier caso, a los efectos que sobre los habitus tiene el origen social hay que sumar la influencia de la trayectoria en sí misma, es decir, el efecto de la experiencia del ascenso o descenso social, que según Bourdieu, y ya que los estudios de clase suelen llevarse a cabo de manera sincrónica, en ocasiones oscurecen los análisis haciendo más difícil medir la influencia de la clase social sobre las prácticas. Esto ocurre especialmente entre las clases medias, categoría que engloba muy a menudo, por su posición inestable, trayectorias muy diversas (2012: 127).

En definitiva, y recapitulando, debemos entender las clases sociales en el contexto de un espacio social jerarquizado en base a una serie de capitales –que ejercen sus efectos sincrónica y diacrónicamente- que no sólo generan los recursos para conseguir beneficios y ascensos sino que se inscriben corporalmente y propician disposiciones prácticas y hexis corporales, habitus que a menudo provocan prácticas de alguna manera ajustadas a lo que socialmente se espera de las diferentes posiciones. Estos capitales y estas disposiciones van además acompañados de un componente simbólico fundamental que hace que percibamos intuitivamente las diferencias sociales – si bien

frecuentemente de una forma personalizada- y clasifiquemos a los demás agentes y a sus prácticas de un modo simbólicamente también jerarquizado.

2.2 Aspectos metodológicos

Una vez hechas las aclaraciones conceptuales necesarias, debemos explicar la metodología que seguiremos en esta investigación. Para perseguir los objetivos que nos hemos propuesto, acudiremos, por una parte, a una serie de datos cuantitativos que nos proporcionarán información sobre los aspectos más fácticos de los procesos de emparejamiento (objetivo específico a), y por otra, al material cualitativo producido a través 31 entrevistas en profundidad a adultos jóvenes en la ciudad de Madrid gracias a las cuales nos acercaremos al resto de dimensiones del amor y la pareja que hemos señalado como fundamentales (objetivos específicos b, c y d).

2.2.1 La selección de personas entrevistadas

Como ya hemos explicitado, nos centraremos en la experiencia del amor y la pareja de los “adultos jóvenes” de diferentes trayectorias de clase y género en la ciudad de Madrid.

La “juventud”, tal como argumenta Martín Criado (1998b) es una construcción sociológica que implica disputas simbólicas sobre su delimitación y que ha sido definida institucionalmente y también desde la investigación académica –ámbitos que han delimitado las temáticas y problemas más relevantes que le afectan- como si constituyese un grupo homogéneo. Esta construcción teórica y política ha pecado de sustancialismo, asumiendo en cierto modo que la juventud forma un grupo social objetivo, “real” e indiferenciado cuya opinión y cuya cultura –la famosa “cultura juvenil”- se puede captar a través de encuestas de opinión (Martín Criado, 1998b: 65). Sin embargo, la juventud no forma un grupo social uniforme, y hablar simplemente de “los jóvenes”, sus problemas o sus opiniones, nos recuerda Martín Criado, es al mismo tiempo ignorar las diferencias de clase social fundamentales que les afectan. Partiendo de esta convicción, aquí nos interesa, ya hemos dicho, analizar los modos en que la clase social sitúa la experiencia del amor y la pareja generando diferentes disposiciones, habitus que tienen también un componente de género fundamental, como venimos argumentando. Por ello, la

muestra de personas entrevistadas estará formada por hombres y mujeres de diferentes trayectorias de clase –que implican capitales homólogos, no idénticos- definidas como sigue:¹⁵

Trayectoria 1: Familias de origen con niveles medios y medios altos de capital económico y altos de capital cultural: padre -o padre y madre- con estudios universitarios (licenciaturas, ingenierías o post-gradados) y pertenecientes a las siguientes categorías profesionales: empresarios medianos y grandes, profesionales liberales que ejerzan de forma autónoma o como empleados (médicos, abogados, arquitectos, profesores universitarios), funcionarios de carrera, ejecutivos de empresa. Los entrevistados-as son licenciados o post-graduados –o estudiantes de antiguas licenciaturas- que, en caso de haber terminado sus estudios, hayan trabajado al menos dos años en su sector.

Trayectoria 2: La posición de destino es la misma que la de los jóvenes de la trayectoria número 1, pero difieren en su clase social de origen. En este caso se trata de familias con niveles medios de capital económico y medios-bajos de capital cultural, cuyos padres no tienen estudios superiores universitarios y pertenecen a las siguientes categorías profesionales: asalariados no manuales, comerciantes, funcionarios y pequeños empresarios no agrarios sin empleados.

Trayectoria 3: Los entrevistados-as tienen niveles medios de capital cultural –FP II, ciclos formativos de grado superior o diplomatura universitaria-, en situación laboral estable o precaria y proceden de familias de clases populares, con niveles bajos de capital económico y cultural: trabajadores cualificados o no cualificados de la industria y los servicios en el ámbito urbano, artesanos y personal administrativo de baja cualificación.

Trayectoria 4: La clase social de origen es similar a la de los y las jóvenes de la trayectoria anterior pero los niveles de capital cultural de los entrevistados-as son más bajos: tienen estudios obligatorios, secundarios, FPI o ciclos formativos de grado medio. Su situación laboral es en su gran mayoría inestable.

La clasificación de los niveles de capital cultural y económico de las familias de origen se ha realizado a través de los estudios¹⁶ y la categoría profesional y situación laboral del padre. Sin embargo,

¹⁵ Los datos específicos sobre cada uno de los entrevistados-as se encuentran en el apéndice metodológico

¹⁶ Para poder objetivar las trayectorias, definimos aquí los capitales culturales de origen y de destino exclusivamente en su forma “institucionalizada”, es decir, a través del capital escolar. La relación del mismo con

hemos recogido también información sobre la profesión de la madre y de los abuelos para comprender mejor en cada caso, las trayectorias sociales de los agentes. Por otra parte, existen ciertas dificultades para objetivar la clase social de destino de los entrevistados-as ligadas al elevadísimo paro que afecta a los grupos de edad considerados y a la precariedad e inestabilidad laboral de muchos jóvenes españoles -también con niveles de estudios muy elevados- en el momento de realización del trabajo de campo, marcado por la crisis económica. Así, nos hemos encontrado con personas con licenciaturas o post-gradados que, habiendo trabajado durante años en su sector profesional, se encuentran sin trabajo en el momento de la entrevista –éste es por ejemplo, el caso de dos jóvenes psiquiatras entrevistadas-. Sin embargo, como hemos argumentado, la clase social no es exclusivamente una cuestión de posiciones económicas consideradas sincrónicamente. En las mismas entrevistas realizadas para esta investigación, en las que el objetivo fundamental no era analizar trayectorias laborales, se ha puesto de manifiesto cómo las expectativas y los recursos –en términos de ahorros, capital social, posibilidades de emprendimiento, de buscar “hacer carrera” en otro país o ciudad o de “reciclaje” profesional- no son los mismos independientemente de situaciones familiares y niveles de estudios. Es decir, el paro y la precariedad laboral, afectando a jóvenes muy diversos, no afectan por igual a todos ellos. Si bien no podemos conocer las futuras trayectorias de las personas entrevistadas, que dependerán también de situaciones políticas y económicas por llegar, sí podemos establecer diferencias de clase muy claras entre jóvenes que compartiendo la experiencia del paro, difieren en multitud de otros aspectos.

Estas trayectorias, evidentemente, son constructos analíticos que no existen como grupos objetivos en el mundo social y, si bien la mayoría personas entrevistadas encajan claramente en una de las cuatro, algunas de ellas se encuentran en un lugar intermedio entre una y otra. Así, por ejemplo, los universitarios hijos de profesores de instituto o de psicólogos de empresa, por ejemplo, tienen un capital cultural heredado cercano a los de la trayectoria 1 pero un capital económico más similar a los clasificados en la trayectoria 2. Por otro lado, si bien esta clasificación no es exhaustiva, es decir, no cubre todas las posiciones del espacio social ni las múltiples posibilidades de movilidad social ascendente y descendente, sí abarca un conjunto de trayectorias típicas fundamentales en la sociedad española contemporánea. En definitiva, lo que pretende esta selección de entrevistados es poder observar cómo jóvenes con diferentes culturas familiares y posiciones sociales desde las clases medias altas a las clases populares difieren –o no- en su experiencia del amor y la pareja y cómo determinadas posiciones y trayectorias comunes generan –o no- tendencias similares en tal experiencia.

las formas objetivada e incorporada de capital cultural se considerará en el análisis empírico posterior de disposiciones y gustos en el terreno del amor y la pareja.

Por otra parte, "la juventud" como categoría construida implica establecer discontinuidad en una realidad social continua, es decir, requiere la elección de un tramo de edad como lo característico de una supuesta condición "joven". Aquí, las diferentes instituciones y los trabajos de investigación social difieren en sus criterios -así, por ejemplo, el INJUVE y el CIS consideran jóvenes a las personas de 15 a 29 años, la fundación Santa María -Iglesias de Ussel, Mari-Klose, Mari-Klose y González Blasco (2007); González y González, (2011)-, varía desde los 15-16 hasta los 24-39 dependiendo del estudio que consideremos, y otros investigadores (véase Gerardo Meil, 2004) usan una horquilla de edad de los 15 a los 25 años-.

En definitiva, la elección de un tramo u otro de edad es una cuestión de intereses -políticos o investigadores- que nos permiten analizar unas u otras cosas a través de la propia construcción del objeto de estudio y no un "reflejo" de una realidad social que está ahí fuera en forma de grupo social objetivo y delimitado. En nuestro caso, hemos seleccionado a "adultos jóvenes" entre 25 y 35 años de edad con el objetivo de contar con los relatos biográficos de jóvenes que han tenido ya experiencia práctica de emparejamiento, vivencias de amor y desamor y un relato de todo ello ya alejado de la perspectiva de los primeros contactos con este ámbito de la experiencia. Tales contactos difieren en gran medida creemos, entre la adolescencia y los primeros años de la veintena por una parte y el final de esta década o la primera mitad de los treinta por otra. Es por ello que, para homogeneizar la muestra en este sentido, nos hemos decantado por elegir personas mayores de 25 años.

El contexto geográfico elegido para la selección de los entrevistados-as ha sido la ciudad y el área metropolitana de Madrid. Como ya hemos puesto de manifiesto, la delimitación del objeto de estudio hace necesario seleccionar las variables privilegiadas a considerar, y en tal proceso de selección, la perspectiva teórica guía las decisiones, posibilitando y limitando al mismo tiempo la investigación. En nuestro caso, debido a la indiferencia común en los estudios sociológicos sobre el amor hacia la clase social y a la relevancia que creemos, tiene esta variable a la hora de comprender la experiencia social también en este terreno y de poder dialogar con las teorías sobre las transformaciones en el mismo, hemos privilegiado la consideración de la clase social, lo cual nos obliga a realizar un número relativamente elevado de entrevistas en la misma localización y excluir la atención a similitudes y diferencias por hábitat. Elegimos Madrid para comprender la experiencia del amor y sus cambios entre los diferentes sectores en una gran ciudad. Probablemente, los resultados obtenidos difieran en gran medida de lo que obtendríamos en una investigación empírica centrada en el ámbito rural español, donde es plausible esperar comportamientos más tradicionales y más marcados por el control social -no

independientes sin embargo, de las diferentes posiciones sociales-. Sin embargo, esta investigación nos proporcionará información relevante sobre dinámicas en la experiencia del amor y la pareja y tendencias de género y clase en la misma que es muy probable que sean comunes también en contextos urbanos fuera de Madrid, en la España del cambio de siglo y en otros entornos occidentales.

Finalmente, éste no es un estudio de sociología de la familia que se interese por las diferencias en la pareja entre personas casadas y solteras, o por otras cuestiones relativas a la formación de las familias. Dedicaremos un capítulo al análisis de la formación de las parejas y su composición con el objetivo de describir los procesos del emparejamiento. En el análisis cualitativo, nuestro interés se centra en otros aspectos. Como hemos argumentado, la experiencia del amor y la pareja contiene vivencias prácticas, subjetivas y emocionales que no se reducen a la organización o la sanción de los vínculos. Es por ello que entre los entrevistados hay personas en pareja y también solteras, casadas, cohabitantes o divorciadas. Todas ellas tienen una experiencia del amor y de la pareja con un pasado, un presente y unas expectativas que tienen multitud de puntos en común y diferencias independientemente de su situación legal.

2.2.2 La entrevista y el análisis del discurso

¿Por qué hemos elegido la entrevista como técnica fundamental en nuestra investigación empírica? La entrevista abierta en profundidad, a diferencia de otras técnicas sociológicas que trabajan con el habla, genera discursos individualizados, es decir, tiende a construir relatos que parten del “yo”, pero un yo que no nos interesa analizar en términos psicologistas de “personalidades” o características peculiares y genuinas, sino como agente en un contexto social y un momento histórico determinados que hacen que tanto sus disposiciones como su biografía adquieran un sentido social particular, que es el que queremos comprender (Alonso, 1998; Ortí, 2005). Es por ello que la entrevista abierta es una técnica especialmente adecuada al concepto de experiencia que manejamos en esta investigación: los discursos que genera incluyen una dimensión temporal fundamental, es decir, los informantes se sitúan en el objeto (en este caso, el amor y la pareja) y generan una narración biográfica en torno al mismo que incluye los acontecimientos pasados, la situación presente y las expectativas futuras. Además, tienen un componente afectivo fundamental: las personas entrevistadas hablan del objeto, de su relación con el mismo, y hacen interpretaciones y valoraciones sobre ambas cosas en una tendencia a la “orientación, deformación o interpretación que muchas veces resulta más interesante informativamente que la

propia exposición cronológica o sistemática de acontecimientos más o menos factuales” (Alonso, 1999: 68). Es decir, gracias a las entrevistas accedemos a información sobre prácticas, pero también a la valoración que el propio entrevistado-a hace sobre esas prácticas, sobre sí mismo, sobre los demás y en general, sobre todas las temáticas planteadas y que van surgiendo en el curso de la interacción. Es decir, la entrevista permite comprender los aspectos más subjetivos de la experiencia, pero una subjetividad que de nuevo, no es “privada”, sino construida relacionalmente, una subjetividad intersubjetiva (Alonso, 1998).

Todas estas consideraciones nos han llevado, además, a realizar entrevistas abiertas, es decir, entrevistas que parten de un relato biográfico para posteriormente organizarse dirigiéndose por parte de la entrevistadora alrededor de las temáticas que interesan a esta investigación más que con preguntas cerradas y en una secuencia estandarizada. Se han realizado preguntas, pero éstas han formado parte de conversaciones abiertas más que constituir un guión cerrado aplicado a todas las personas entrevistadas por igual. Esto ha sido fundamental para generar empatía, para captar los aspectos más significativos de los relatos y para acceder al ámbito de las representaciones simbólicas construidas por los propios entrevistados –y no por encuestas precodificadas- en torno al amor y la pareja, dimensión ésta que es fundamental en este objeto de estudio y en el tipo de investigación que nos proponemos. En definitiva, gracias a las entrevistas pretendemos obtener relatos socialmente significativos sobre las experiencias del amor de los adultos jóvenes, narradas subjetivamente, si bien no individuales, sino experiencias “arquetípicas”¹⁷ en diferentes contextos de clase y género en el momento histórico presente y en el entorno de una gran ciudad como Madrid.

Sería un error considerar la entrevista como una recogida “neutral” de datos proporcionada por el acceso aproblemático a información “neutral” proporcionada por entrevistados “objetivos” y no implicados afectivamente. Más bien, los discursos y relatos son construidos durante la interacción en forma de conversación, y esa construcción por parte de los entrevistados de sí mismos y de sus mundos de vida en forma de narraciones nos proporciona información sociológica muy relevante. Las entrevistas son interacciones sociales, y los discursos que se producen a través de ellas no han de analizarse ignorando los sujetos que los producen y las situaciones en las que lo hacen – aniquilando la agencia sea, como señala Alonso (1998) desde la lógica formalista del estructuralismo o desde el post-estructuralismo de la decodificación textualista- , sino que hemos de atender a los contextos tanto de

¹⁷ Usamos aquí la concepción sociológica de lo arquetípico de Alonso (1998: 89-90) como “tipo ideal que sirve de ejemplo y modelo al entendimiento y a la voluntad de los otros”

esas situaciones sociales específicas y relacionales que implica su puesta en práctica como a los contextos más amplios que tienen que ver con las posiciones sociales y los grupos de referencia de quiénes hablan. Ambos niveles sitúan el discurso, y los dos serán fundamentales en la interpretación sociológica que hagamos de los relatos de las personas entrevistadas. El segundo de ellos, es decir, la atención a las posiciones de los agentes que producen los discursos, es imprescindible para la comprensión sociológica, como venimos argumentando. El primero, igualmente fundamental, es tenido en cuenta con menos frecuencia en las prácticas de análisis cualitativo, a pesar de que su relevancia ha sido señalada acertadamente en multitud de ocasiones (Alonso, 1998; Bourdieu, 2007; Conde, 2010; Martín Criado, 1998a, 2014; Ruiz, 2009)

En efecto, hablar, producir discursos, manejar los repertorios simbólicos disponibles, es una *práctica*, implica hacer cosas. Frente a la distinción neta entre el decir y el hacer, aquí entendemos que la entrevista es un “decir del hacer” (Alonso, 1998: 72) que se convierte en sí mismo en un hacer de gran relevancia sociológica (Martín Criado, 1998a). La relación social que se establece en la entrevista y las prácticas que se ponen en juego durante la misma –prácticas que implican el habla pero también la gestualidad, lo que se omite, lo que se enfatiza etc- nos interesa no por una especie de fijación fetichista en la interacción, sino porque nos proporciona información muy útil sobre estilos que remiten a disposiciones y grupos de referencia.

A lo largo de la conversación, una práctica se hace especialmente relevante: la que implica la presentación del yo. Generando relatos sobre las propias experiencias, defendiendo unas opiniones y rechazando otras, describiendo a los demás y a uno mismo, justificando de unas maneras u otras aquello que podría en principio parecer sancionable, el entrevistado-a construye su propia imagen frente a la entrevistadora, anticipando las valoraciones que de tal imagen ella pueda hacer y “negociando su identidad” en la interacción (Martín Criado, 1998a). Es por ello que rastrear esa presentación del yo (por oposición a otros “yoes” alternativos posibles) es fundamental, porque a través de ella podemos comprender qué es lo deseable en el grupo de referencia (Alonso, 1998) o cuáles son las “legitimidades” asumidas y cómo éstas pueden diferir por grupos sociales (Martín Criado, 2010; 2014). Todas estas consideraciones fundamentales no implican asumir que en la relación social que se construye en la entrevista, los informantes calculan conscientemente su propia proyección, convirtiéndose en actores racionales y utilitaristas. En esa presentación, como nos recuerda Martín Criado (1998a) a propósito del trabajo de Goffman, hay una “implicación afectiva”, y, añadimos desde aquí, un sentido prerreflexivo de lo deseable y por tanto, de lo “presentable”.

Los discursos son, entonces, prácticas mucho más complejas que el reflejo apromblemático de valores interiorizados. La comunicación implica un sentido compartido en diferente medida (entre diferentes grupos) de lo decible y de lo censurable. Es por ello que lo no dicho, lo latente o implícito, es también parte importante del discurso (Ruiz, 2014). Por otra parte, es común en los relatos de los entrevistados que se aprecien incoherencias y contradicciones y ello no ha de entenderse como un impedimento o un obstáculo de estas metodologías, sino como parte importante de su riqueza. En ocasiones, sobre las mismas esferas de la experiencia existen significados variables o legitimidades contradictorias (Martín Criado, 2014), cuya atención nos da pistas sobre los diferentes contextos sociales, conjuntos de relaciones y grupos de referencia entre los que se mueven los sujetos y los posibles conflictos entre ellos, además de sobre la propia heterogeneidad simbólica que afecta a un determinado ámbito social en un momento y entorno específicos. El análisis de ciertas contradicciones en los discursos -y entre lo que se defiende y lo que se hace- y de aquello que se “cuela” en los mismos más que reivindicarse explícitamente es fundamental porque nos permite acceder a esa dimensión de la experiencia que tiene que ver con el apego o rechazo no necesariamente consciente hacia unos modelos u otros –amorosos, de género, etc-. Es decir, nos permite cubrir un ámbito que, como hemos argumentado, es fundamental en la experiencia social, el que tiene que ver con la incorporación prerreflexiva de ideales y referentes simbólicos.

Las cuestiones relativas a la interacción durante la práctica de la entrevista como la presentación del yo, los posicionamientos implícitos, o la anticipación de las posibles valoraciones de la entrevistadora por parte de los entrevistados-as y el efecto de ello sobre sus relatos, en definitiva, la consideración de los discursos como prácticas, formará parte importante, como se irá viendo, del análisis sociológico que nos proponemos en esta investigación. Anticipamos solamente un par de cuestiones al respecto:

-El género tiene una relevancia fundamental en todas las interacciones, y este caso no podía ser una excepción. Como veremos, en algunos momentos la “complicidad femenina” con respecto a un tema como el que nos ocupa ha logrado reducir durante las conversaciones la distancia social entre las mujeres de clases populares y la investigadora. En otros, los hombres han aprovechado la presencia de una mujer para hablar de temas sobre los que, según ellos explican, no están tan acostumbrados a hablar con sus amigos.

-A pesar de que se ha intentado adaptar el lenguaje, la actitud corporal etc a los diferentes grupos de entrevistados y reducir en lo posible la violencia simbólica que implica la objetivación del entrevistado-a (Bourdieu, 2007) la distancia social se ha hecho patente en distintos momentos de las entrevistas, poniendo de manifiesto, por ejemplo, diferentes implicaciones con algunas temáticas de las entrevistas o cierto reclamo por parte de la entrevistadora de la descripción de cuestiones poco "ensayadas" antes por algunos entrevistados (por ejemplo, en la explicación de las propias emociones).

-En algunos casos, la proximidad social y el hecho de que el tema objeto de estudio sea, entre algunos sectores sociales, recurrente en las conversaciones y objeto de reflexión ha propiciado un efecto similar al que Bourdieu (2007: 533) define como "resistencia a la objetivación". En estos casos, los y fundamentalmente las entrevistadas tienden a sustituir la enunciación de hechos y la descripción de prácticas por un auto-análisis en el que el "yo" y su relación con el amor se convierten en objeto de largas disertaciones y evaluaciones muy elaboradas.

Todas estas circunstancias, creemos, proporcionan información de gran interés sobre el "carácter social" de los agentes, sobre estilos de vida y sobre la relación de las personas entrevistadas con nuestro objeto de estudio, de forma que en lugar de entorpecer o invalidar el análisis, su consideración será potencialmente enriquecedora del mismo.

2.2.3 Algunas consideraciones sobre los datos cuantitativos

La investigación cualitativa a través de la técnica de la entrevista constituye el núcleo fundamental de la indagación empírica de esta tesis. A través de ella nos proponemos comprender prácticas, emociones, deseos y el sentido que los agentes construyen de todo ello. Una aproximación socio-hermenéutica como la que propone Alonso (1998: 31), es decir, interpretativa, pero no tanto en el plano subjetivo o psicológico como en clave socio-histórica, nos permitirá captar el sentido social de la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en Madrid. Sin embargo, como ya hemos explicado, acudiremos en un primer momento a una serie de datos cuantitativos para obtener información descriptiva sobre los procesos de emparejamiento típicos de los jóvenes. Gracias a estos datos queremos captar tendencias regulares en las prácticas a las que no podemos acceder a través de información cualitativa, sobre cuáles son las fórmulas elegidas en mayor medida, o cómo son típicamente las parejas en términos de posición social de sus componentes. No vamos, sin embargo, a

plantear un serie de cuestiones a través de los datos cuantitativos que luego pretendamos responder gracias de las entrevistas. Ésta sería una estrategia útil para abordar cuestiones que la mera cuantificación no puede resolver y que, como veremos, quedarán abiertas, como por ejemplo, por qué las mujeres con mayor capital escolar están solteras en mayor proporción que el resto o por qué se ha producido un aumento de la hipogamia femenina en el emparejamiento. Todas estas tendencias que se han identificado en la descripción de la formación de las parejas nos sugieren líneas de investigación futuras muy interesantes y cuestiones de relevancia para la sociología de la familia y también de los estilos de vida. Sin embargo, no van a ser priorizadas en el análisis cualitativo que nos proponemos sobre la experiencia -emocional, simbólica y práctica- del amor y de los vínculos de pareja.

Entenderemos más bien los datos cuantitativos como pistas sobre las pautas generales del contexto de las formas de emparejamiento de los jóvenes en España que nos proporcionarán información complementaria a la que obtendremos gracias al análisis cualitativo. A través de ambas aproximaciones pretendemos explorar niveles diferentes de la experiencia del amor y la pareja de mujeres y hombres con el objetivo de llegar a su comprensión sociológica.

PARTE II: LA EXPERIENCIA DEL AMOR Y LA PAREJA DE LOS
ADULTOS JÓVENES EN LA CIUDAD DE MADRID

FORMAS Y DINÁMICAS DE EMPAREJAMIENTO ENTRE LOS JÓVENES EN ESPAÑA Y EN MADRID

Introducción

Gran parte de las investigaciones empíricas que incluyen análisis sobre la pareja realizadas en el mundo académico español se enmarcan en el ámbito de la sociología de la familia (Alberdi, Flaquer e Iglesias, 1994; Zamora, 2007; Iglesias, Mari-Klose, Mari-Klose y Blasco, 2009; Domínguez, 2011). Desde esta disciplina, la investigación ha apuntado hacia diversos cambios que han afectado a la organización familiar en la sociedad española en las últimas décadas, que se enmarcan en transformaciones sociales más globales y que constituyen el contexto en el que comprender otras transformaciones que afectan a los emparejamientos. En esta línea, Meil (1999: 40) habla del cambio cultural que comienza en los setenta del pasado siglo y que impulsa un proceso de “privatización de los proyectos de vida familiar” por el que se reduce el control social sobre las conductas familiares y por el que las decisiones en torno al emparejamiento –con matrimonio o sin él-, la maternidad-paternidad o la sexualidad pasan a ser asuntos que interesan exclusivamente a cada individuo.

En este contexto de relajación normativa y aumento de la tolerancia hacia diferentes modos de vida que ha ido en aumento en las últimas décadas, se ha hablado de una “flexibilización del proceso de tránsito hacia la vida en pareja” (Meil, 2003:33) que implica una pluralización en sus modalidades y hace más compleja la definición del término, difuminando en ocasiones los límites entre quienes están emparejados y quienes no lo están (Ayuso y García, 2014).

En este capítulo nos interesa explorar esta dimensión más fáctica de la experiencia del amor heterosexual, es decir, las formas y dinámicas de emparejamiento. En concreto, nos proponemos dos objetivos:

1. Describir cómo es el proceso de formación típico de las parejas entre los jóvenes en España y particularmente –y cuando sea posible- en Madrid: cuáles son los modos de estar en pareja más comunes y, desde un punto de vista dinámico, cómo se forman las parejas. Tendremos en cuenta las variaciones entre diferentes posiciones sociales.

2. Describir la composición interna de las uniones, es decir, cómo son las parejas que se forman

Para abordarlos, acudiremos a datos proporcionados por el Instituto Nacional de Estadística (INE) -fundamentalmente, los relativos al Censo de Población y Viviendas 2011- y a los siguientes estudios elaborados por el CIS:

- Estudio 2442 (2002) "Actitudes y valores en las relaciones interpersonales"
- Estudio 2639 (2006) "Fecundidad y valores en la España del s. XXI"
- Estudio 2738 (2008) "Actitudes y prácticas sexuales"
- Estudio 2942 (2012) "Familia y género"

Hemos seleccionado las encuestas del CIS más recientes que nos permiten obtener datos sobre las prácticas de emparejamiento en el Estado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que ninguna de ellas ha sido diseñada con este objetivo concreto, y por ello, como veremos, en ocasiones no nos ha sido posible acceder a toda la información de interés para analizar este fenómeno. Para crear un mapa lo más detallado posible del mismo recurriremos ocasionalmente a estadísticas oficiales europeas (Eurostat) y al análisis de datos cuantitativos que otros investigadores han llevado a cabo.

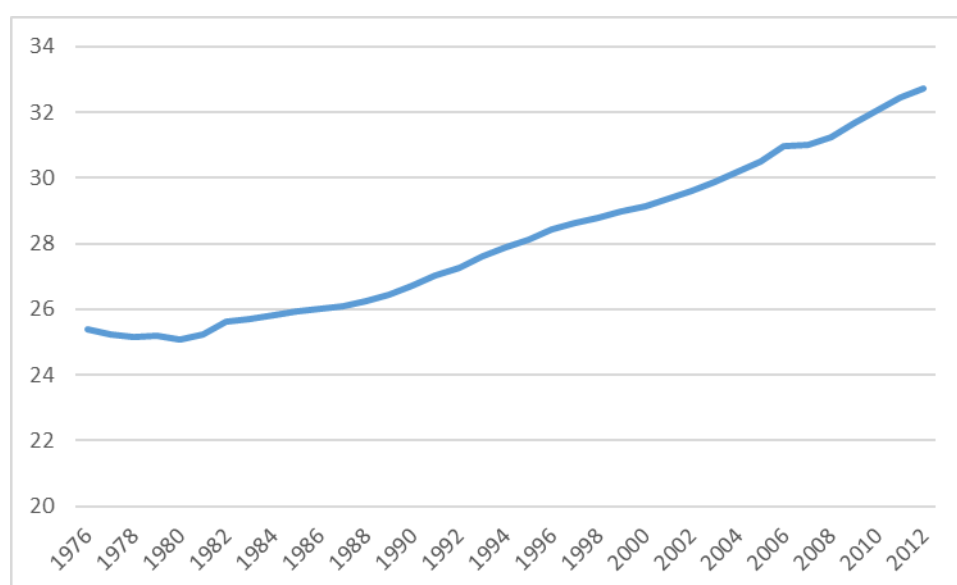
En numerosas ocasiones, la escasez de datos nos obligará a detenernos en el nivel de la población española y no podremos desagregarlos para acceder a una comparación del contexto específico madrileño con el resto del Estado. Teniendo en cuenta esta limitación, creemos que todos los datos que presentamos proporcionan información relevante sobre patrones recurrentes en las formas y dinámicas de emparejamiento de los españoles que contextualizan y aportan indicios sobre la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en Madrid que abordaremos en los siguientes capítulos. Su descripción servirá por lo tanto para establecer un punto de partida desde el que comenzar a indagar en la misma.

Por otra parte, presentaremos muy brevemente al final de este capítulo una selección de datos de encuesta sobre actitudes en torno al amor y la pareja, que si bien no nos permiten comprender el sentido de prácticas y representaciones en este terreno en toda su complejidad, sí facilitan una descripción –parcial y limitada- de tendencias generales en cuanto a opiniones al respecto. Esta dimensión, sin embargo, será abordada en profundidad con metodologías cualitativas más adelante en esta investigación.

3.1 El Matrimonio

Un primer grupo de datos cuya observación parece apuntar a un importante cambio en las prácticas de emparejamiento de los jóvenes españoles en las últimas décadas es el relativo al matrimonio y el estado civil de la población.

Gráfico 1. Evolución de la edad media al primer matrimonio en España (1976-2012)



Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE)

Tal como observamos en el gráfico 1, la edad media al matrimonio en España ha conocido un incremento progresivo desde el momento en que disponemos de datos, es decir, desde mediados de los años setenta, hasta el año 2012, situándose en la actualidad alrededor de dos puntos por encima de la media de la UE. Además, Madrid supera casi en un punto la media nacional para ambos géneros, de forma que sus datos únicamente son superados por Suecia e Irlanda en el caso de las mujeres y tan sólo por Suecia en el de los hombres. Los datos muestran, por otra parte, que las mujeres son más precoces en lo que respecta al matrimonio, con una media de edad al mismo alrededor de dos puntos más baja en todos los casos (tabla 1).

Tabla 1. Edad media al primer matrimonio en la Unión Europea, España y Madrid. 2011

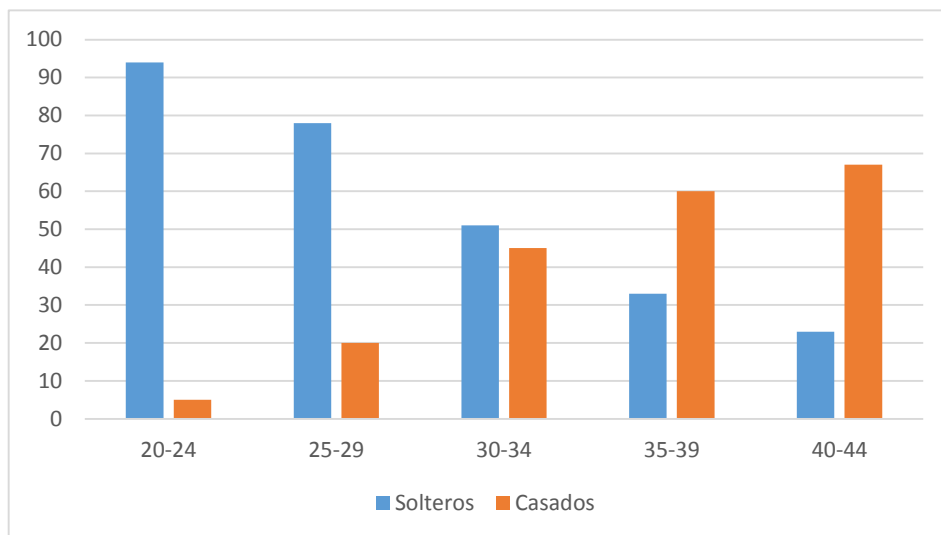
	HOMBRES	MUJERES
UNIÓN EUROPEA	31'7	29'2
ESPAÑA	33'6	31'4
MADRID –provincia-	34'3	32'4

Fuente: Elaboración propia a través de datos de Eurostat e INE ¹⁸

Si observamos el estado civil de la población hasta los 44 años (gráficos 2 y 3) vemos que, tanto a nivel nacional como en Madrid, no es hasta la cohorte que está entre los 35 y 39 años cuando el porcentaje de personas casadas supera al de las solteras. E incluso entre éstos, los porcentajes de personas que nunca se han casado son elevados: alrededor de un tercio a nivel nacional, y algo más (un 42%) en la ciudad de Madrid. El mayor incremento en el porcentaje de casados se produce entre el tramo de edad que va de los 25 a los 29 años y el que abarca de 30 a 34. A partir de aquí, los porcentajes aumentan a un ritmo menor, lo que hace suponer que una parte importante de los jóvenes que no han contraído matrimonio a la edad de 34 años y sobre todo, a los 39, no lo harán tampoco en un futuro.

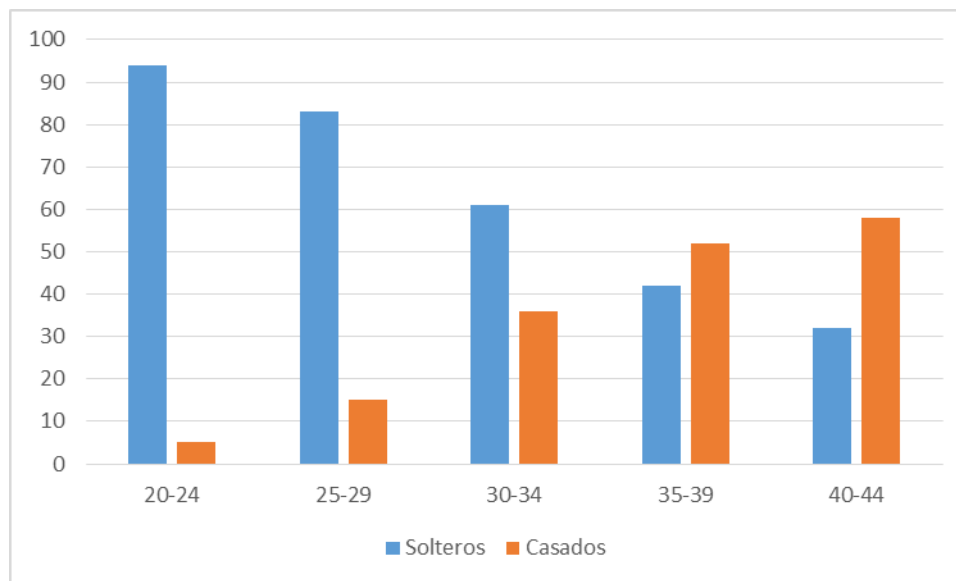
¹⁸ Los datos relativos a los diferentes países europeos pueden consultarse en el siguiente enlace: <http://appsso.eurostat.ec.europa.eu/nui/submitViewTableAction.do>

Gráfico 2. Estado civil de la población entre 20-44 años por grupos de edad. Total nacional. 2011



Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas 2011 (INE)

Gráfico 3. Estado civil de la población entre 20-44 años por grupos de edad. Madrid. 2011



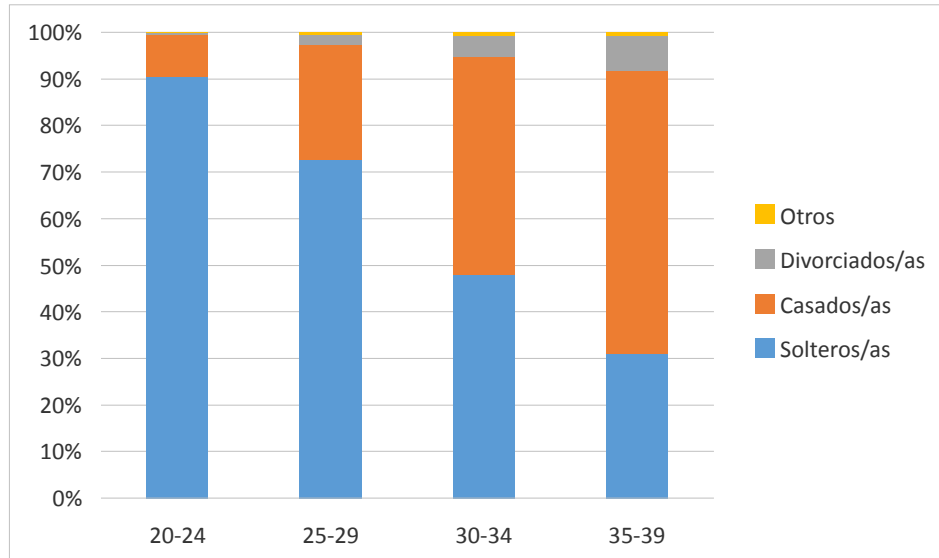
Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas 2011 (INE)

Para observar posibles variaciones en las tendencias a contraer matrimonio entre diferentes grupos sociales, podemos comparar los datos de estado civil según nivel educativo entre sectores extremos, es decir, entre quienes tienen los niveles más bajos y más altos de capital escolar –sin estudios o con estudios primarios por una parte y postgraduados por otra–.

A nivel nacional, las diferencias entre ambos grupos se observan fundamentalmente en el tramo de edad de 25 a 29 años (gráficos 4 y 5). En ese grupo, los datos muestran que el porcentaje de solteros es más de un 10% superior entre quienes tienen mayores niveles de estudio (86 frente a 72%). Por otra parte, entre los más jóvenes –la horquilla de 20 a 24 años–, los casados-as apenas superan el 2% entre los post-graduados, mientras que alcanzan casi a uno de cada 10 entre las personas sin estudios o con estudios primarios. Por otra parte, la diferencia entre solteros-as y casados-as en el grupo entre 30 y 34 años es insignificante para los jóvenes con menores niveles educativos mientras que, en el otro extremo, entre aquéllos que tienen master o doctorado, es prácticamente de un 20% a favor de los solteros (58% frente al 39% de casados-as). El porcentaje de solteros sobre el total sigue siendo mayor entre quienes tienen más estudios más allá de los 35, lo cual indica que, probablemente, entre ellos, además de un mayor retraso del matrimonio, existan más personas que decidan no casarse de forma definitiva.

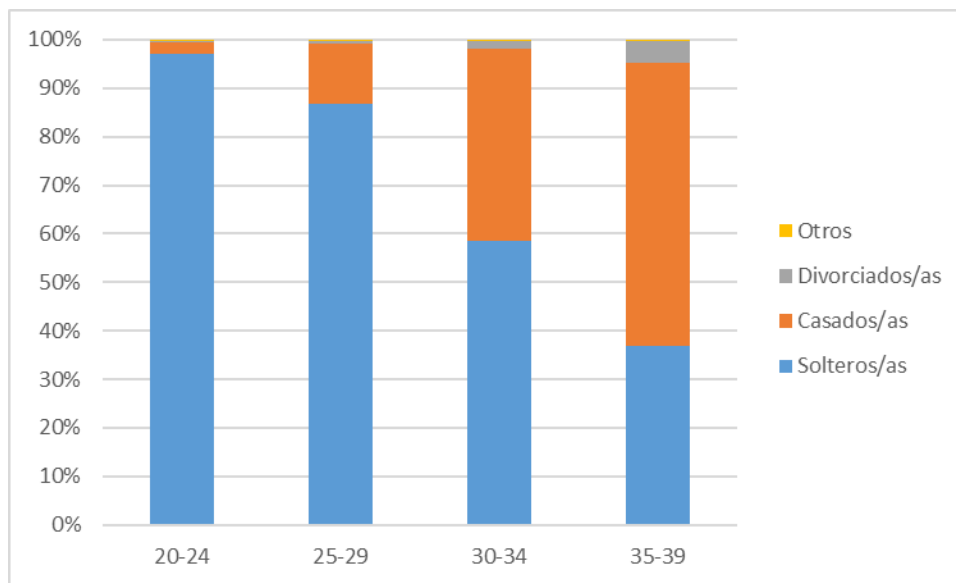
Por lo que respecta a Madrid, los datos de estado civil entre las personas con niveles más altos de capital escolar son muy similares a los nacionales, con un porcentaje de solteros ligeramente superior en todos los grupos de edad menos en el grupo de 25 a 29 años, donde las proporciones son muy parecidas (gráficos 6 y 7). Los datos relativos a las personas con niveles de estudios inferiores varían algo más entre Madrid y el conjunto del Estado. El porcentaje de solteros es muy similar en ambos contextos en el grupo más joven, de 20 a 24 años. Casi un 90% en ambos casos no se han casado. Sin embargo, las diferencias se acrecientan a partir de aquí, sobre todo en los dos últimos tramos de edad: A partir de los 30 años, la proporción de personas solteras sobre el total es un 10% mayor en Madrid que en el resto de España entre los jóvenes con menores niveles de estudios (gráficos 4 y 6). Por lo tanto, las diferencias en cuanto al estado civil por nivel educativo (que siguen un patrón general según el cual hay menos personas solteras en los grupos de estudios más bajos) son menos acusadas en Madrid –donde se notan más en los grupos de edad más jóvenes– que a nivel nacional.

Gráfico 4. Estado civil de la población con estudios primarios o sin estudios (20-39 años). Total nacional. 2011



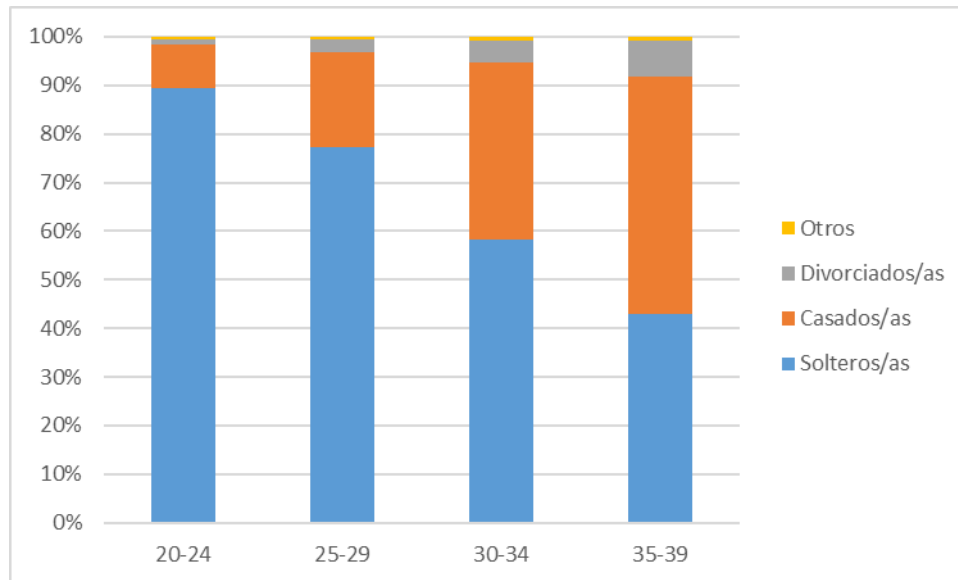
Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas de 2011 (INE)

Gráfico 5. Estado civil de la población con master o doctorado (20-39 años). Total nacional. 2011



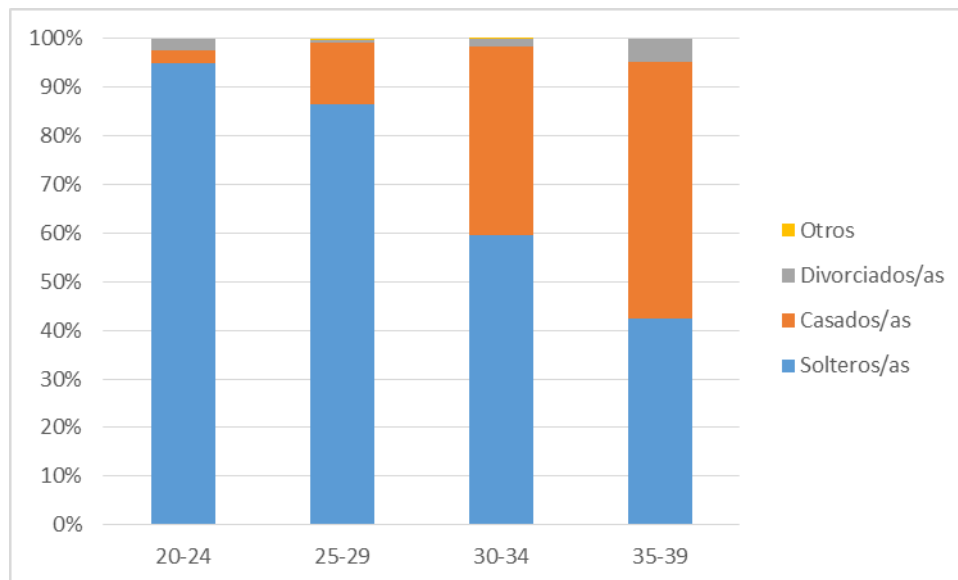
Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas de 2011 (INE)

Gráfico 5. Estado civil de la población con estudios primarios o sin estudios (20-39 años). Madrid. 2011



Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas de 2011 (INE)

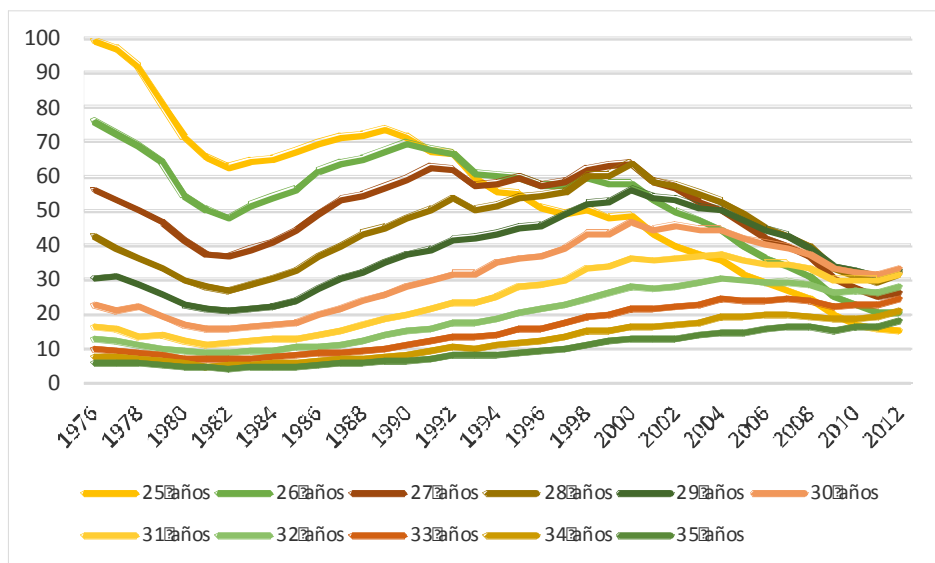
Gráfico 7. Estado civil de la población con master o doctorado (20-39 años). Madrid. 2011



Fuente: Elaboración propia a partir del censo de población y viviendas de 2011 (INE)

Más allá del estado civil de la población, existen indicadores que nos permiten conocer la extensión del matrimonio en España. Entre ellos, la tasa de primo-nupcialidad indica el número de personas que contraen matrimonio por primera vez por cada mil habitantes en un año determinado. Es necesario tener en cuenta, sin embargo, la influencia que en esta tasa tienen los cambios en la estructura por edades de la población. Para corregir este efecto podemos acudir a las tasas de primo-nupcialidad por edad, es decir el número de personas de una determinada edad que se casan por primera vez en un año por cada mil habitantes de su misma cohorte. Tal como observamos en el gráfico 8, el aumento sostenido que a partir de la segunda mitad de los años 80 experimentan las tasas de primo-nupcialidad entre las personas de 30 años en adelante, provocado por el incremento de la edad media al matrimonio, se estanca a partir del año 2000. Además, este incremento no es suficiente para compensar la acusada caída de las tasas de primo-nupcialidad de las generaciones más jóvenes (25-26 años) desde comienzos de los 90 y de las intermedias (27-28-29) desde el 2000. Si consideramos los datos transversalmente observamos que la tasa de primo-nupcialidad más elevada de las diferentes generaciones es, en el año 2012, la de los jóvenes de 30 años. Por cada mil habitantes de esta edad se casaron por primera vez alrededor de 33 personas durante ese año en España, cifra lejana a los más de 60 por cada mil jóvenes de 27-28 años que lo hacían alrededor del año 2000.

Gráfico 8. Evolución de las tasas de primonupcialidad por edad en España (25-35 años), 1976-2012



Fuente: Elaboración propia a partir de INE

Para comparar el caso de España con otros contextos sociales que muestran edades medias al matrimonio diferentes, podemos utilizar el indicador coyuntural de primonupcialidad. Este dato se obtiene a partir de la suma de las tasas de primonupcialidad de las generaciones desde los 14 a los 60 años y se interpreta como el número medio de veces que una persona se casaría por primera vez a lo largo de su vida de mantenerse las tasas específicas por edad constantes. Ya que sirve para medir la intensidad de la primonupcialidad, es especialmente útil para comparar diferentes contextos.

En el gráfico 9 observamos cómo el indicador coyuntural de primonupcialidad masculina en España sufre una evolución muy similar al de la UE¹⁹ durante la primera mitad de los años 90. A partir de ahí España se distancia, presentando tasas más elevadas a las de la Unión hasta mediados de la década pasada, cuando las cifras de primonupcialidad españolas, en una tendencia claramente descendente, comienzan a separarse de las europeas.

El gráfico 10 muestra la situación de este mismo indicador desde un punto de vista transversal. Como vemos, los valores de España en 2011 no sólo son los más bajos del conjunto de países del sur de Europa, sino que sólo Hungría y Luxemburgo presentan cifras inferiores. En 2011, el número medio de primeros matrimonios por hombre es de 0'37 frente al 0'51 de la media de la UE

Los datos sobre nupcialidad y estado civil muestran, por lo tanto, que los jóvenes en España se casan más tarde hoy que en décadas pasadas –tendencia más acusada, por otra parte, entre los varones, aquellos que tienen más capital escolar y los que residen en Madrid-. Además de casarse más tarde, se casan menos, llegando a niveles que están entre los más bajos de Europa.

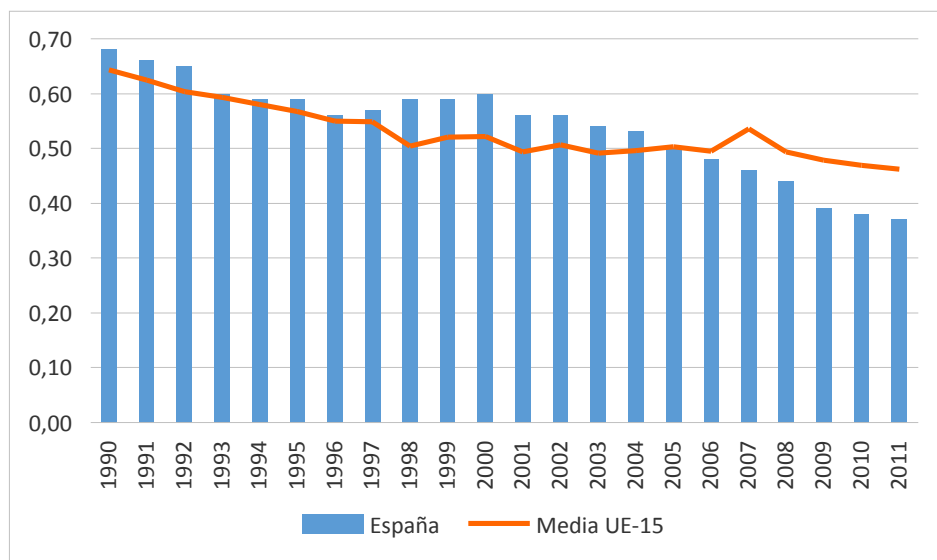
Las cifras indican un retraso mayor del matrimonio entre los universitarios-as que puede ser debido bien a una incorporación al mercado laboral más tardía por su parte, bien a un apego más pronunciado de las clases populares a las formas más tradicionales de emparejamiento -que sin embargo, parece algo menor en los contextos de grandes ciudades como Madrid-, bien a la combinación de ambos factores. Sin duda, los datos sobre nupcialidad en España son llamativos y nos proporcionan información relevante sobre una transformación significativa de los procesos de formación de las parejas en nuestro país. Pero debemos evitar que su análisis nos conduzca a

¹⁹ Los valores europeos corresponden a la media de la Europa de los 15

conclusiones precipitadas. Pasamos a analizar algunas de las más recurrentes.

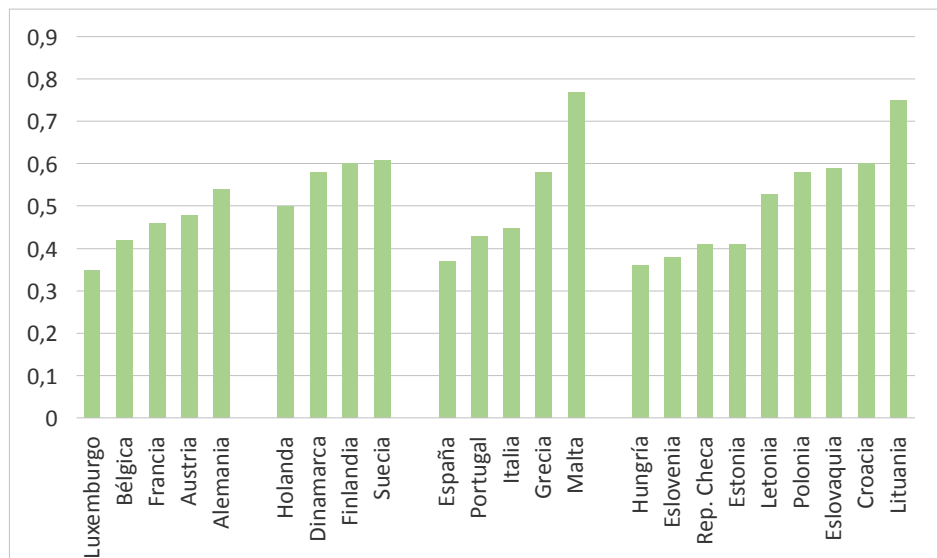
Gráfico 9. Evolución del Indicador Coyuntural de Nupcialidad. Hombres. (1990-2011). España y UE-15

15



Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat

Gráfico 10. Indicador Coyuntural de Primonupcialidad en países europeos (Hombres). 2011



Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat

En primer lugar, la idea de que entre las nuevas generaciones existe un gran rechazo a la institución matrimonial. Kaufmann (1993) nos advierte de que las posiciones coherentes y convencidas sobre el matrimonio en ocasiones se encuentran en mayor medida en el afán del investigador que entre la población sobre la que investiga. La opinión sobre el matrimonio, opina, suele ser “poco pronunciada, tendente al cambio, explícitamente opuesta al mismo sólo entre una minoría” (1993: 54-55). Respecto a ello, en la tabla 6 se muestran las respuestas a la pregunta: ¿Está usted más bien de acuerdo o más bien en desacuerdo con esta frase: “el matrimonio es una institución pasada de moda”?

Tabla 2. Opiniones sobre el matrimonio. Total nacional.

EDAD	MÁS BIEN DE ACUERDO	MÁS BIEN EN DESACUERDO
20-24	40	56
25-29	32	62
30-34	26	68

Fuente: Elaboración propia a partir del estudio CIS 2442 (2002).

Como vemos, el porcentaje de personas que está de acuerdo con la vigencia de la institución matrimonial es mayor en los tres grupos, y va creciendo conforme aumenta la edad del encuestado-a, bien debido a un cambio general de las opiniones en las generaciones más jóvenes, bien al carácter dinámico de este tipo de consideraciones a lo largo de la biografía. Por lo que respecta a los jóvenes madrileños, la encuesta llevada a cabo por Gerardo Meil en 2004 en la comunidad de Madrid entre jóvenes escolarizados de entre 15 y 25 años, “Pareja y familia en el horizonte vital de las nuevas generaciones”, muestra que entre las cohortes más jóvenes, donde cabría en principio esperar una actitud de mayor rechazo, éste no es demasiado amplio. Ante la pregunta “¿Cómo se imagina su vida en el futuro?”, el mayor porcentaje de respuesta lo encontramos en el ítem “Me gustaría casarme, pero antes preferiría vivir juntos sin casarme para probar si funciona o no” (46% de los hombres y 45% de las mujeres). Sólo un 13 y un 12% respectivamente contestaron “me gustaría vivir junto con mi pareja pero sin casarnos, frente al al 23 y 24% de “Me gustaría vivir sólo un tiempo y más tarde casarme o vivir en pareja”. Por otra parte, y en apoyo a la idea de Kaufmann explicada anteriormente, la respuesta más frecuente a la pregunta sobre si el matrimonio es una institución pasada de moda en esta misma

encuesta fue “no estoy seguro”, elegida por un 42% de los encuestados frente al 20% que se mostraba de acuerdo.

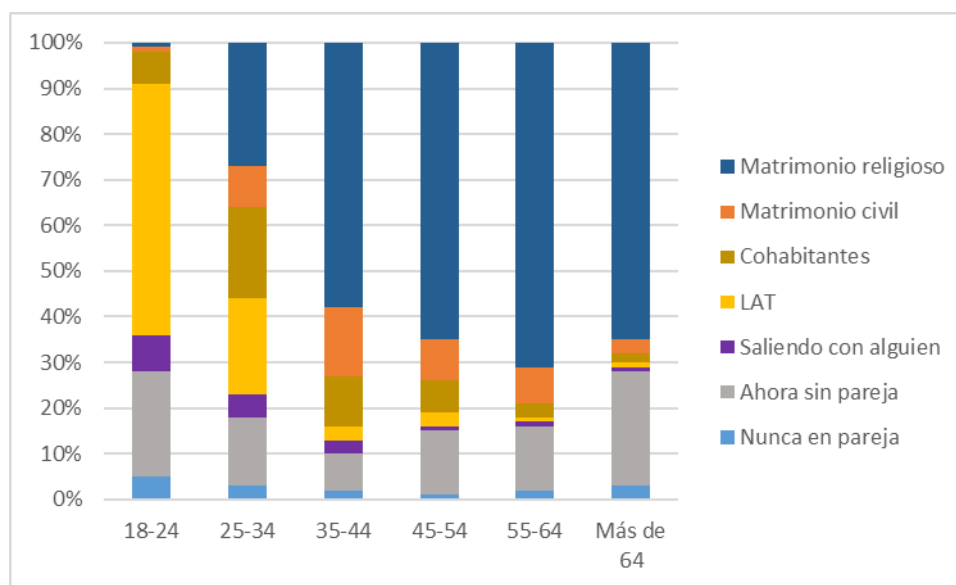
Por otra parte, el hecho de considerar el matrimonio una institución pasada de moda no implica necesariamente una negativa rotunda a casarse. En numerosas ocasiones tal decisión está menos condicionada por una posición ideológica elaborada que por cuestiones prácticas. Entre estas últimas, la situación de precariedad de los jóvenes españoles y elevadísimo paro juvenil está condicionando sin duda sus decisiones biográficas, generando situaciones de inestabilidad que no sólo inducen probablemente a muchos jóvenes a posponer la institucionalización de sus vínculos o la creación de una familia propia, sino que son el caldo de cultivo para el surgimiento de conflictos en la pareja.

Independientemente del posible efecto de la crisis económica sobre el emparejamiento, parece que más que ante un rechazo militante al matrimonio entre la mayoría de la población joven, que haría pensar en un cambio cultural muy profundo, nos encontramos ante la pérdida del monopolio del que la institución gozó como forma de unión en las generaciones pasadas debido a la generalización de un proceso de entrada en pareja progresivo. Sobre este punto volveremos más adelante.

b) Otra interpretación precipitada de los datos que hemos presentado sobre el matrimonio en España asumiría que en nuestro país el proceso de individualización sobre el que han argumentado varios autores cuyas tesis ya se han presentado (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 1998) ha provocado una “crisis” del emparejamiento. Más allá de la carga ideológica que en este contexto tiene tal denominación, los datos disponibles no parecen apoyar este argumento. En los siguientes epígrafes abordamos tales datos con el objetivo describir otras formas de estar y sobre todo de “entrar” en pareja diferentes al matrimonio de los jóvenes españoles y madrileños.

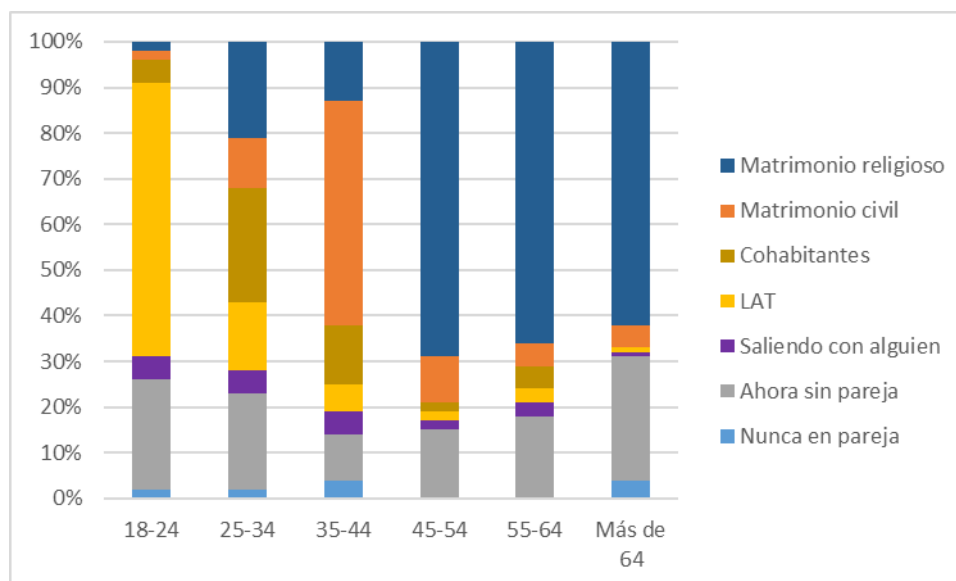
3.2 Otras formas de emparejamiento

Gráfico 11. Formas de emparejamiento en España por grupos de edad



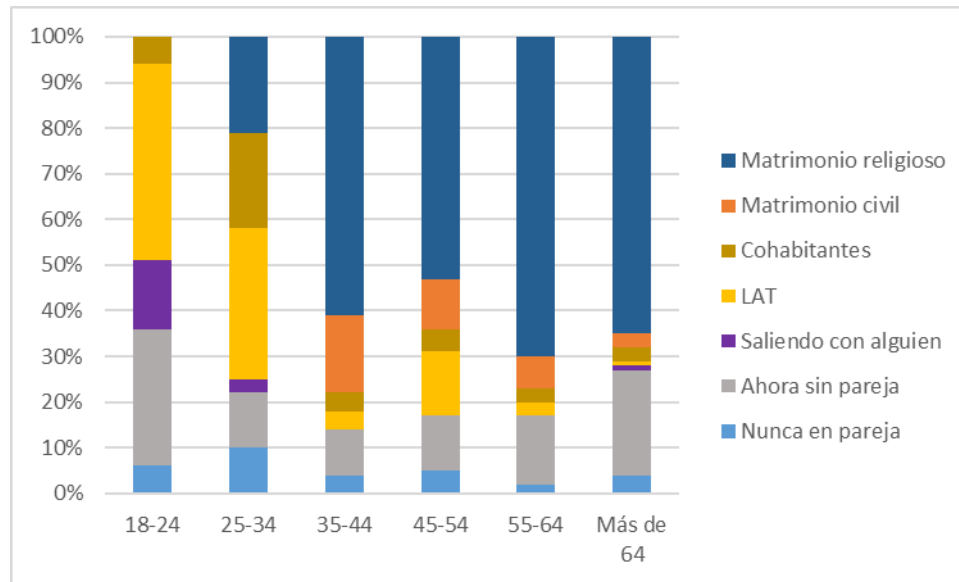
Fuente: Ayuso y García (2014: 57)

Gráfico 12. Situación de emparejamiento por grupos de edad. Clases altas y medias altas



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2738 (2008)

Gráfico 13. Situación de emparejamiento por grupos de edad. Clases media-baja y baja



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2738 (2008)

Las cifras sobre el emparejamiento de los españoles en el año 2008 (gráfico 11) sugieren que más que ante la disminución o pérdida de importancia de los vínculos amorosos en España, nos encontramos ante una pluralización de los modos en que esos vínculos cristalizan durante sus primeras fases, es decir, ante la entrada progresiva en pareja que ya se ha mencionado. De hecho, en todos los grupos de edad, la proporción de personas que nunca han tenido una pareja. Asimismo, también son bajos los porcentajes de quienes dicen estar “saliendo con alguien” lo cual pone de manifiesto que aquéllos que se encuentran en los comienzos de una relación se consideran a sí mismos “emparejados” rápidamente. Ambos datos, además, disminuyen lógicamente a medida que aumenta la edad. Existe, sin embargo, un porcentaje relevante de personas que se encuentran “ahora sin pareja”, que si bien – hasta los 44 años- disminuye también con la edad, se mantiene en un importante 15% entre las personas de 25 a 34 años y sigue siendo significativo entre las personas de 35 a 44 años (8%). Esto es el síntoma de una mayor flexibilidad en los procesos de entrada y salida de la pareja y del aumento de la aceptación y la práctica del divorcio. En cuanto al matrimonio, si observamos la situación de emparejamiento por grupos de edad, los datos reproducen las tendencias de retraso del mismo en la

biografía de los jóvenes que ya se han comentado²⁰.

Los gráficos 12 y 13 muestran, además, diferencias de clase²¹ significativas en las prácticas de emparejamiento, más pronunciadas en los grupos de edad de 25 a 34 años y de 35 y 44. Entre los primeros, mientras que lo más común para los jóvenes de clases bajas y medias bajas es tener una pareja sin convivencia, la situación más habitual entre sus coetáneos de clases medias altas y altas es la cohabitación. Más allá del apego de las clases bajas a formas más tradicionales de emparejamiento –que implicaría una menor preferencia de estos sectores por la cohabitación como paso previo al matrimonio-, hay que tener en cuenta que la precariedad económica es un factor que limita las posibilidades de vivir de forma independiente junto a la pareja. Las cifras relativas al matrimonio religioso son similares para ambos, sin embargo, el matrimonio civil es la situación de un 11% de jóvenes de 25 a 34 años de clases medias y medias altas, mientras que es inexistente entre sus coetáneos de clases populares en esta encuesta. Los datos de la cohorte siguiente apuntan a un patrón similar: las formas de emparejamiento que implican mayor “innovación”, es decir, la cohabitación y el matrimonio civil, son elegidas en mayor medida por las clases altas y medias altas, entre quienes el matrimonio civil supera ampliamente al religioso, mientras que entre las clases populares el matrimonio religioso es la opción incontestablemente mayoritaria. Este es un primer indicio de que, cuando se argumenta acerca del cambio en las formas de experimentar el amor y la pareja en las sociedades contemporáneas, debemos preguntarnos si el cambio al que aludimos no se corresponde más bien con las prácticas de un determinado sector social más que constituir una tendencia universal.

Por otra parte, y atendiendo a la duración de los diferentes tipos de relaciones, Ayuso y García (2014: 57) analizan cómo, en contra de la tesis de Bauman que ya se ha presentado, las parejas españolas se caracterizan por una cierta estabilidad. Entre los LAT, que son las formas de emparejamiento con una media de duración menor, el promedio de tiempo en pareja es de 4 años, sin embargo, por ser éste un tipo de unión que en numerosas ocasiones se conforma como una “transición” biográfica entre las personas más jóvenes, este dato no implica que estas uniones se rompan típicamente tras 4 años, ya que gran parte de quienes se encuentran en LAT pasan con el tiempo a cohabitar o a casarse. Lo mismo ocurre con los cohabitantes, cuyo tiempo medio en pareja es de 8’5 años. Este tiempo es de 19 años de duración entre quienes forman un matrimonio civil y de 30 entre

²⁰ Los porcentajes de casados entre los 25 y 35 son mayores de los que muestra el gráfico 2 -construido a partir de datos del 2011- debido en parte a que están basados en una encuesta de 2008: la edad media al matrimonio ha continuado subiendo desde entonces y el ISN por su parte ha seguido reduciéndose.

²¹ Las categorías de clase son las que la encuesta en la que se basan los datos ha delimitado

quienes se casaron por la Iglesia. Lógicamente, estas cifras se ven influidas por la edad de las personas que eligieron una u otra opción, y, por otra parte, no disponemos de datos sobre las uniones pasadas de quienes ahora se encuentran sin pareja, es decir, no sabemos el tiempo medio de duración de las uniones que terminaron en ruptura.

Con los datos de los que disponemos podemos llegar sin embargo a una conclusión doble: en primer lugar, como ya hemos señalado, el estado civil no es ya un buen indicador para medir el emparejamiento de la población (Kaufmann, 1993; Ayuso y García, 2014), -mucho menos entre los jóvenes- ya que el matrimonio ha perdido su exclusividad como forma de unión. Sin embargo, esta sigue constituyendo la forma en pareja mayoritariamente elegida, sea en su forma civil, entre los jóvenes de clases medias altas y altas, o en su forma religiosa entre las clases populares. Además, el retraso en la edad del primer matrimonio y el aumento de la cohabitación no implican la fragilización de los vínculos de pareja. El modelo de la relación estable no ha sido sustituido por la acumulación de parejas caracterizadas por su liquidez. Si bien la práctica de las monogamias sucesivas se ha normalizado, la gran mayoría de las personas de todas las edades que han convivido alguna vez en pareja, sea matrimonialmente o no, sólo han tenido una relación que implicara coresidencia (Zamora, 2007). En España, la mayor parte de la población establece relaciones de pareja desde edades tempranas –aunque entre los más jóvenes, en gran medida sin convivencia-, y esas relaciones están mayoritariamente basadas en vínculos duraderos, si bien las características y la definición social e institucional de estos vínculos varía a lo largo de la biografía.

3.2.1 Las uniones de hecho

Este contexto de relativa pluralización de las formas de entrada en pareja enmarca el fenómeno de las uniones de hecho en España.²² Los distintos tipos de uniones de hecho (ver Domínguez, 2011: 17) pueden resumirse, simplificando mucho pero de manera útil a los propósitos de este capítulo, en dos grandes categorías: las de aquéllos para los que la cohabitación supone una fase de su biografía de pareja que conducirá al matrimonio y la de quienes establecen uniones de hecho como una alternativa al mismo. Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que esta clasificación analítica es vivida en ocasiones de una manera más flexible en las experiencias concretas de las personas. Muchas parejas pueden

²² Utilizamos los términos “uniones de hecho” y “cohabitación” indistintamente para referirnos a las personas que no están casadas y tienen una relación de pareja que implica coresidencia.

decidir con el tiempo casarse a pesar de haberse negado en un principio, típicamente ante eventos biográficos importantes como el nacimiento de un hijo (Meil, 2003) mientras que otras pueden mantener su unión de hecho una vez establecida por no encontrar el momento para sancionar legalmente su vínculo. Y finalmente, gran parte de las personas inician su convivencia con un “ya veremos” indefinido (Kauffman, 1993).

Las uniones de hecho comienzan a aceptarse y a crecer rápidamente en Europa a partir de los años 70, convirtiéndose en algunos países -especialmente en los nórdicos- no sólo en una forma válida de organización familiar, sino, tal como explica Gerardo Meil (2003) en un sustituto institucionalizado del matrimonio. Sin embargo, comentando datos de 1995 y 1999, el propio Meil llega a la conclusión de que a pesar de las transformaciones legales y culturales hacia la normalización de este tipo de parejas, el cambio hacia una mayor extensión de las mismas ha sido menos rápido y menos profundo en España que en otros países del norte y centro de Europa. En 1995, alrededor de un 5% de la población formaba parte de una unión de hecho para los grupos de edad de 25 a 29 y de 30 a 34 años y solamente un 2'5% de los jóvenes entre 20 y 24 años estaban en esta situación. Calculando los porcentajes sobre el total de las uniones (matrimoniales y de hecho) el grupo más joven es el que presentaba una proporción más elevada, si bien minoritaria: alrededor del 15% de las personas de esta edad eran cohabitantes. Tal como explica Meil a este respecto, teniendo en cuenta que la cohabitación no está muy extendida en España, las parejas de hecho son elegidas sobre el matrimonio en mayor medida por aquéllos que adelantan su unión y no por quienes la retrasan. Esto es así en todos los años considerados, como muestra la tabla 3.

En la misma tabla observamos que entre 1995 y 2012 se ha producido un crecimiento espectacular del porcentaje de personas que forman una unión de hecho en lugar de un matrimonio en estos tramos de edad. Entre los jóvenes de 20 a 24 años esa proporción pasa del 15 al 80% de las uniones. Son pocas las personas que establecen uniones con convivencia a edades tempranas, y entre ellas, es mucho menor el número de quienes deciden casarse. Entre los jóvenes de 25 a 29 años y de 30 a 34 la progresión es del 10 al 55 y del 7 al 40% respectivamente.

Tabla 3. Evolución del porcentaje de personas que cohabitan sobre el total de personas en una unión (matrimonial o de hecho) y sobre el total de la población por grupos de edad (1995-2012)

	20-24		25-29		30-34	
	Sobre el total de uniones	Sobre el total de población ²³	Sobre el total de uniones	Sobre el total de población	Sobre el total de uniones	Sobre el total de población
1995	15	2	10	5	7	5
1999	34	-	15	-	7	-
2006	58	15	47	23	30	16
2008	70	9	56	25	24	16
2012	80	6	55	18	39	25

Fuente: Elaboración propia a partir de Meil (2003) y de los Estudios CIS 2639 (2006), 2738 (2008) y 2942 (2012)

Parece evidente es que las uniones de hecho están mucho más presentes entre quienes deciden unirse de lo que estaban hace veinte años. Probablemente a la amplísima tolerancia hacia esta práctica por parte de los propios jóvenes, que comentaremos más adelante, se una un descenso de las reticencias por parte de sus padres y por lo tanto el deseo de evitar conflictos sea hoy en día un factor de menos peso en la decisión sobre el propio emparejamiento que en el pasado²⁴. Si bien no conviene ignorar que desconocemos cuántas de estas parejas decidirán casarse en un futuro y cuántas no lo han hecho en el momento de la encuesta debido a razones prácticas o imposibilidad y no por voluntad propia, los datos muestran que la aceptación generalizada de las uniones de hecho como opción válida se refleja mucho más que en el pasado en las prácticas de emparejamiento de los jóvenes de todas las

²³ Los porcentajes se han calculado sobre el total de población de cada cohorte de edad y de nuevo las cifras se presentan redondeadas.

²⁴ Di Giulio y Rosina (2007) argumentan sobre la influencia de los valores familiares de los padres en las elecciones sobre la cohabitación en países del sur de Europa como Italia.

edades. Sin embargo los datos también muestran una tendencia llamativa: el hecho de que el crecimiento de las uniones de hecho sea muchísimo menor en el grupo de edad de 30 a 34 años e incluso descienda en los otros dos grupos de edad considerados si consideramos sus porcentajes sobre el total de la población. Las cifras son relativamente bajas aún en 2012: alrededor de un cuarto de las personas entre 30 y 34 años, algo menos de una quinta parte de quienes tienen entre 25 y 29 años y sólo un 6 % entre los jóvenes de 20 a 24 forman una unión de hecho.

Tabla 4. Uniones de hecho sobre el total de las uniones (%). Europa. 2007

PAÍS	20-29		30-39	
	SIN HIJOS	CON HIJOS	SN HIJOS	CON HIJOS
SUECIA	91	68	81	44
FINLANDIA	81	45	61	22
DINAMARCA	81	52	62	22
PAÍSES BAJOS	85	34	59	24
REINO UNIDO	65	41	38	20
FRANCIA	79	47	61	30
ALEMANIA	64	19	41	7
AUSTRIA	55	25	47	10
BÉLGICA	67	45	45	18
LUXEMBURGO	58	18	26	9
IRLANDA	67	51	37	8
ITALIA	22	17	23	7
ESPAÑA	52	30	27	9
PORTUGAL	40	30	28	8
GRECIA	25	0	7	0
CHIPRE	33	2	15	0
REPÚBLICA CHECA	58	22	42	9
HUNGRÍA	57	24	50	12
ESTONIA	76	54	74	36
LETONIA	52	29	57	15
LITUANIA	46	12	27	7
ESLOVENIA	65	36	45	23
ESLOVAQUIA	17	5	22	4
POLONIA	26	7	11	2
MEDIA UE (25)	63	28	38	14
MEDIA UE (15)	66	33	40	15

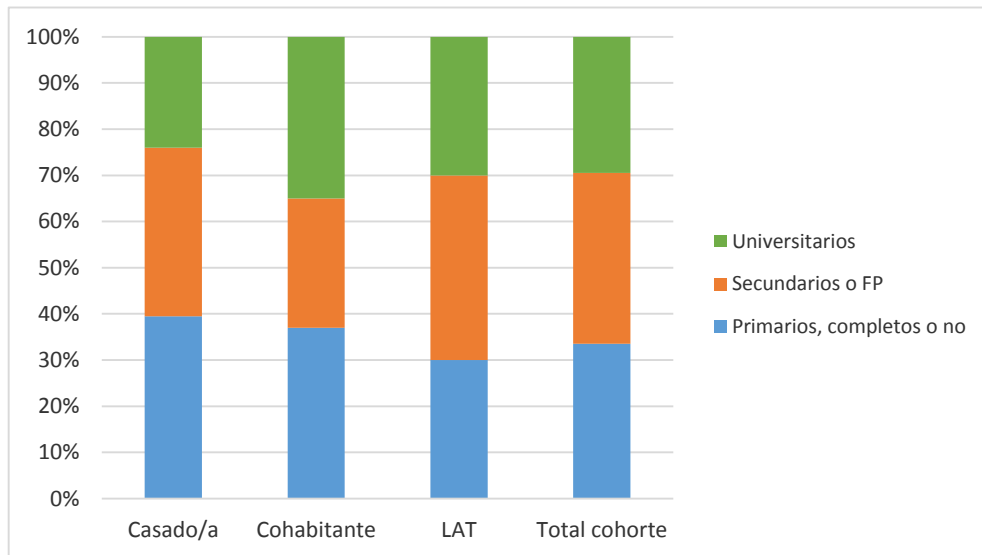
Fuente: Eurostat (2010)

Por otra parte, y a pesar del crecimiento de los porcentajes de las uniones de hecho respecto al total de las uniones en las últimas dos décadas, éstos siguen siendo bajos si los comparamos con las cifras de la UE (Tabla 4). En 2007, España está entre los ocho estados de la unión que presentan una

proporción más baja de parejas de hecho sobre el total de las uniones sin hijos, tanto entre las personas que se encuentran en la veintena como entre los que tienen de 30 a 39 años, si bien sus cifras son las más altas de los países del sur de Europa, sólo superadas en un punto por Portugal para los jóvenes en la treintena. El único grupo que se acerca a la media de la UE en porcentaje de cohabitantes, incluso superando levemente la cifra de la Europa de los 25, es el de las personas que se encuentran en la veintena y forman una unión con hijos: un 30% de ellos cohabitan, porcentaje superior en un 2% al promedio de la UE. Sin embargo, las parejas españolas de 30 a 39 años que cohabitan son sólo un 7% de las uniones con hijos, frente al 14% de promedio del conjunto de estados. Es decir, parece que si las actitudes de las generaciones más jóvenes a este respecto no han cambiado profundamente, la situación de paternidad/maternidad en pareja pero sin matrimonio es transitoria. De hecho, Meil (2003) encuentra que la preferencia por el matrimonio sobre las uniones de hecho se produce fundamentalmente en aquellas parejas que quieren asegurar inversiones más fuertes en el proyecto de vida en común, como son la descendencia o la compra de una vivienda propia.

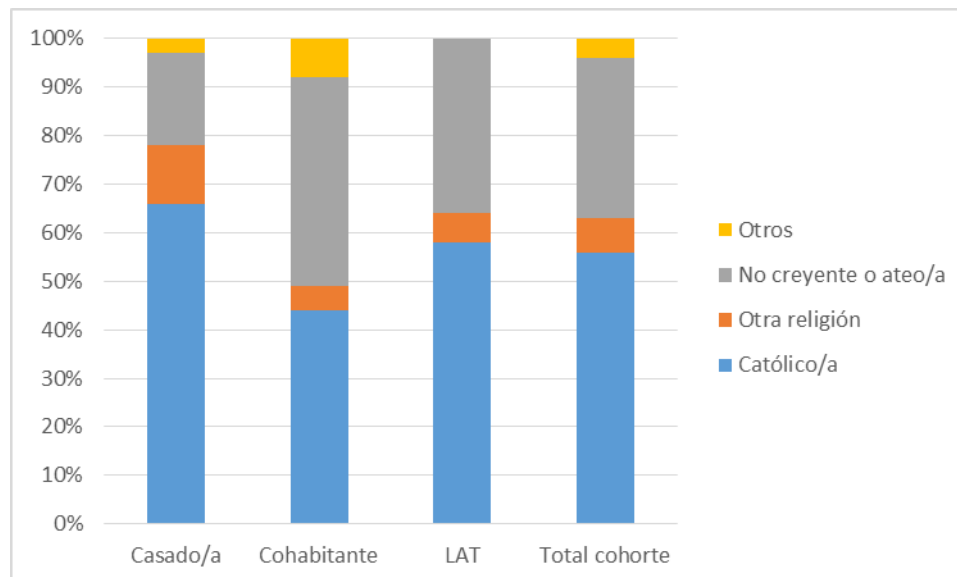
Recapitulando, los datos sobre los jóvenes adultos en España son llamativos en un sentido concreto: la edad media al matrimonio se ha retrasado en gran medida en las últimas décadas, de forma que a los 34 años todavía el porcentaje de solteros-as supera al de casados-as y sin embargo, esto no se ha traducido en niveles de cohabitación muy elevados. Si bien el porcentaje de uniones de hecho sobre el total de uniones con convivencia ha crecido de forma llamativa en los últimos 20 años, éste es aún bajo si lo comparamos con las cifras de la Unión Europea. Además, si tenemos en cuenta los porcentajes de personas en una unión de hecho sobre el total de la población, vemos que el crecimiento de los mismos en los grupos de edad de 20 a 24, 25 a 29 y 30 a 34 años ha sido mucho menor, de forma que estas proporciones son aun relativamente bajas. Todo esto, en lugar de interpretarse precipitadamente como síntoma de la "crisis" de la pareja ha de analizarse junto con su correlato: la elevada proporción de personas en parejas no residenciales en España. Este fenómeno será abordado en el siguiente epígrafe, pero antes de ello, merece la pena atender brevemente al perfil sociodemográfico de los y las jóvenes que cohabitan por contraposición a quiénes han contraído matrimonio.

Gráfico 14. Nivel de estudios según forma de emparejamiento (20-35 años).



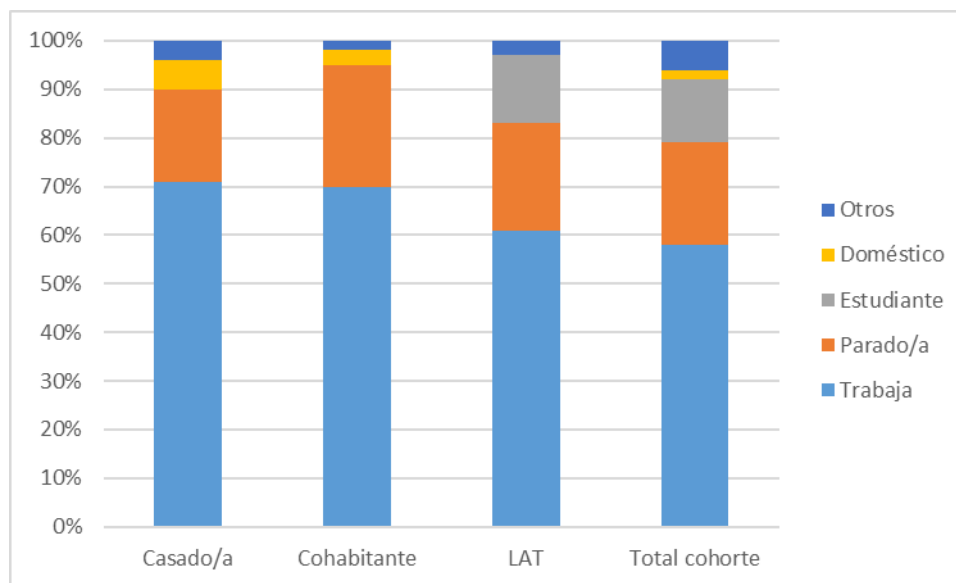
Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 15. Religiosidad según forma de emparejamiento (20-35 años).



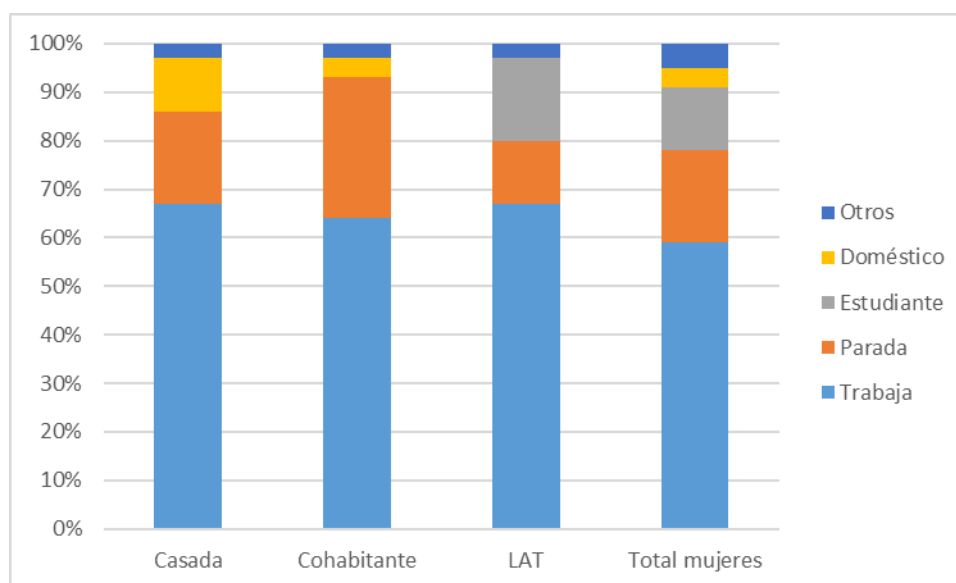
Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 16. Relación con la actividad según forma de emparejamiento (20-35 años). 2012



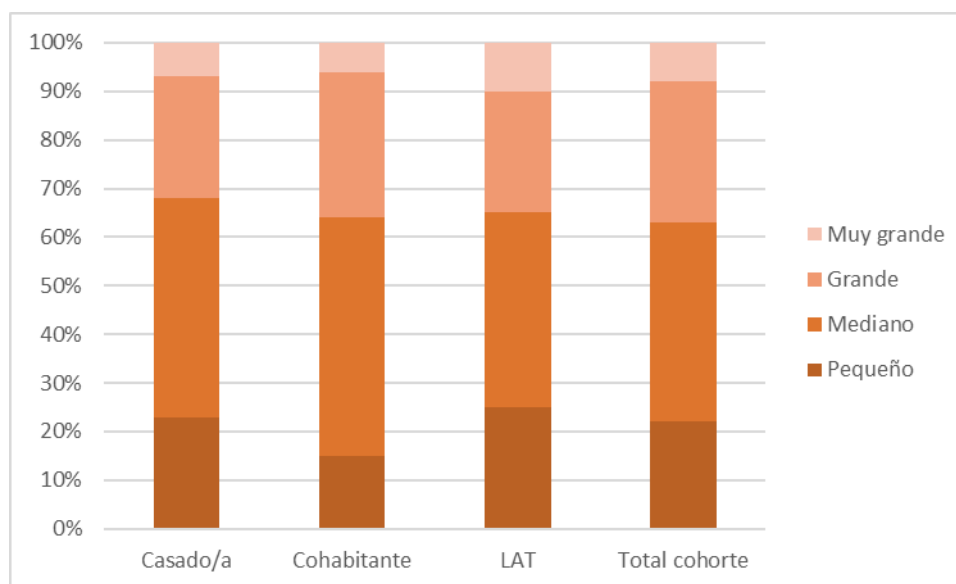
Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 17. Relación con la actividad según forma de emparejamiento (20-35 años). Sólo mujeres. 2012



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 18. Tamaño de municipio según emparejamiento (20-25 años). 2012



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Un primer análisis de los gráficos 14 a 18 pone de manifiesto que el perfil socio-demográfico de personas casadas y cohabitantes de 20 a 35 años no es excesivamente divergente. Si nos fijamos en detalle, observamos que las mayores diferencias se encuentran en el nivel de estudios y la religiosidad (gráficos 14 y 15). El porcentaje de universitarios entre las personas que cohabitan es del 35%, un 11% mayor que entre las casadas y un 5% por encima también de la media del total de la cohorte. Por otra parte, las personas casadas son las que se declaran en mayor medida católicas o creyentes de otra religión; un 78% de las mismas entran en este grupo (a pesar de que el número de matrimonios civiles superaba ya al de religiosos en 2009, representado el 54% del total, según datos del INE). Entre las personas casadas sólo un 19% se define "ateo" o "no creyente", porcentaje bajo si lo comparamos con el 43% que presentan los cohabitantes. Por lo que respecta a la relación con la actividad, tanto casados como cohabitantes trabajan mayoritariamente, sin embargo, hay una proporción algo mayor de parados entre estos últimos (gráfico 16). Esto puede tener que ver con la norma social implícita que demanda estabilidad laboral previa al matrimonio y al mismo tiempo con el efecto que tiene sobre estas cifras el mayor porcentaje de personas que se dedican al trabajo doméstico no remunerado entre las mujeres casadas –evitando que sean "potenciales paradas"-. A este respecto, si nos fijamos en los datos de las mujeres (gráfico 17) vemos que el porcentaje de paradas entre las cohabitantes es de casi el 30% y

sólo un 4% se dedican a labores domésticas, frente al 11% de las casadas, quienes están en paro en menor medida (19%). Los porcentajes de estudiantes en ambos casos son cercanos a cero, dato que contrasta con el 14% del total de la cohorte y que pone de manifiesto que en España las uniones que implican coresidencia se posponen en todos los casos hasta el momento de finalización de los estudios.

En cuanto al lugar de residencia, los y las cohabitantes residen en municipios grandes y muy grandes en una proporción similar a la del conjunto de la cohorte y sólo un 4% mayor a la de casados y casadas. Una diferencia algo mayor la encontramos en los municipios más pequeños; el porcentaje de cohabitantes que reside en ellos es un 8% menor al de casados-as, probablemente debido a un mayor apego a la tradición unido a un mayor control social en los ámbitos rurales, que hace que los jóvenes elijan el matrimonio en mayor medida (gráfico 18).

3.2.2. Las parejas "Living Apart Together" o parejas sin convivencia

El término anglosajón "LAT" o "living apart together" se refiere a las parejas que se definen a sí mismas –además de ser reconocidas públicamente- como tales y tienen vocación de futuro, pero cuyos miembros no conviven en el mismo hogar. Es necesario entender el papel que dichas uniones juegan desde un punto de vista longitudinal en las biografías de las personas. Tal como explican Castro, Domínguez y Martín (2008), es frecuente en los estudios sociológicos que el emparejamiento se objeive en tres categorías: casados-as, cohabitantes y solteros-as. De esta forma, si atendemos a los datos de la última encuesta de fecundidad, "Fecundidad y valores en la España del s.XXI", llevada a cabo por el CIS en 2006, "no ha tenido ninguna pareja estable" un 65% de las mujeres entre 20 y 24 años, un 33% de las que tienen entre 25 y 29 y un 14% de las mujeres entre 30 y 34 años. Esto se debe a que en esta encuesta se clasifican como parejas estables sólo aquéllas en las que ha habido convivencia. El estudio "actitudes y prácticas sexuales" llevado a cabo por el CIS en 2008 -en el que se basan los datos presentados en los gráficos 10 y 11, elaborados por Ayuso y García- se pregunta a las mujeres si han tenido alguna relación estable, dejando a su criterio la elección de lo que tal cosa constituye. Los porcentajes anteriores bajan de esta manera a un 5% de mujeres entre 18 y 24 años y un 3% de las que tienen entre 25 y 34 años. Esto es debido a la elevada proporción de personas que se encuentran en una pareja LAT en estos grupos de edad. Ante este hecho, no parece conveniente ignorar las parejas sin convivencia en ninguna investigación que pretenda estudiar de modo riguroso el emparejamiento, especialmente si entendemos éste como un proceso dinámico y si, como es nuestro caso, centramos la atención en la

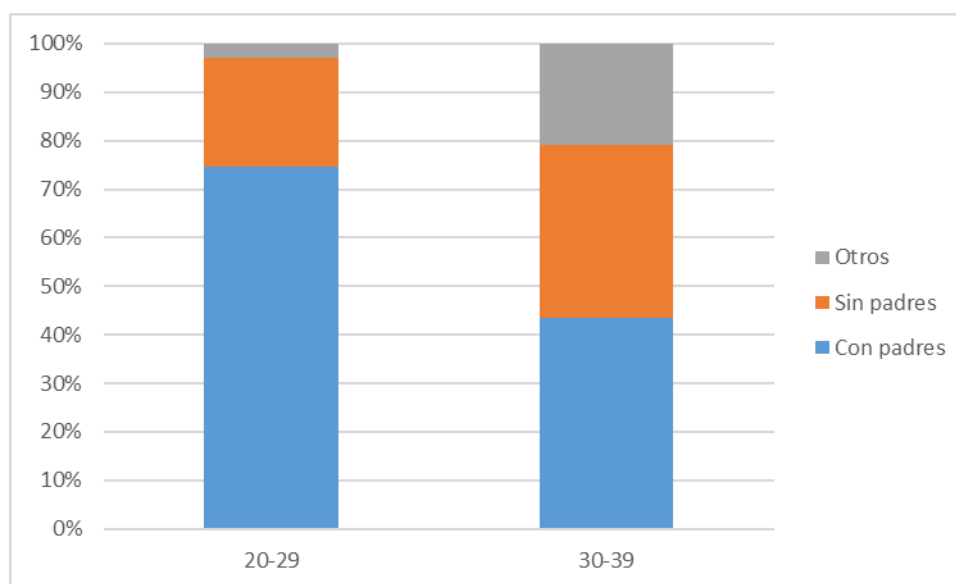
población joven.

Las parejas sin convivencia no constituyen un fenómeno localizado exclusivamente en la juventud. Ayuso (2012) establece una tipología en la que se encuentran, además de los jóvenes al principio de su unión, adultos que no conviven por razones laborales o de cuidados a otras personas, viudos que no quieren renunciar a sus respectivos hogares o personas que prefieren evitar repetir lo que consideran errores pasados. Es decir, existen parejas sin convivencia en diferentes tramos de edad y tanto por elección como por obligación. Sin embargo, en España, el porcentaje de personas en este tipo de relaciones más allá de la segunda mitad de la treintena es muy bajo: un 3% del total en los grupos de 35 a 44 y de 45 a 54 años y un 1% de las personas entre 55 y 64 y mayores de esta edad. Pero entre los jóvenes, las cifras de parejas sin convivencia son muy elevadas: Para quienes tienen entre 18 y 24 años ésta es la situación más frecuente, en la que se encuentran el 55% de las personas. Estar en LAT es aún la segunda opción más probable para los jóvenes de 25 a 34 años. Un 21'5% de ellos tienen una relación sin convivencia, cifra sólo superada por quienes han sancionado su vínculo a través del matrimonio religioso (ver gráfico 11). Una primera interpretación de estos datos podría hacernos pensar en un cambio cultural hacia el individualismo por el que los jóvenes prefieren compatibilizar su independencia con sus deseos de establecer vínculos afectivos. Sin embargo, tal como muestran Castro, Domínguez y Martín (2008: 450) en lo que respecta a las preferencias con respecto a las formas de convivencia, solo un 3% de los españoles entre 18 y 29 años y entre 30 y 39 años eligen pareja sin convivencia como opción favorita. Los datos que proporciona Gerardo Meil (2004) muestran un porcentaje aún menor: el 2% de las personas de 15 a 25 años de la Comunidad de Madrid eligen vivir solos como situación preferida, si bien un 24% quiere "vivir solo un tiempo y más tarde casarme o vivir en pareja". Estas cifras parecen poner de manifiesto que los jóvenes entienden la situación de no convivencia con la pareja como una etapa transitoria de sus biografías que, o bien eligen para darse la oportunidad de conocerse más a fondo o bien se les impone por sus circunstancias económicas y residenciales.

Las propias Castro, Domínguez y Martín se preguntan hasta qué punto los condicionantes económicos influyen en la formación de parejas no residenciales entre los jóvenes, una vez constatados los datos que ponen de manifiesto que las LAT no son una preferencia muy extendida entre ellos y que la cohabitación es una opción ampliamente aceptada y contemplada como posibilidad de futuro, sea como paso previo o no al matrimonio. Con el ánimo de responder a esta pregunta, las autoras identifican una característica que diferencia a las parejas LAT españolas de las europeas: el hecho de que la mayor parte de jóvenes que se encuentran en una relación de este tipo en España viven aún con

sus padres. De hecho, tal como observamos en gráfico 18, que presenta datos de 2006, un porcentaje cercano al 75% de las mujeres entre 20 y 29 años que tienen una relación sin convivencia son solteras que residen aún con sus progenitores, mientras que este porcentaje es aún del 43% para las de 30 a 39 años. Un 22% y un 36% de los LAT en esos grupos de edad corresponden a mujeres también solteras que o bien viven solas o bien en otras formas de convivencia no en pareja –amigos, pisos de estudiantes, hermanos etc-. Los datos agrupados en “otros” corresponden a mujeres divorciadas, separadas o viudas en una relación sin convivencia.

Gráfico 19. Tipo de pareja LAT según edad (20-39 años)



Fuente: Elaboración propia a partir de Ayuso (2012)

Esta característica nos hace pensar que la elevada proporción de personas en una pareja no residencial en España tiene que ver con las dificultades para la emancipación que encuentran los jóvenes debido a la ausencia de medidas institucionales de apoyo y ante unas condiciones laborales inestables, precarias y de elevadísimo paro juvenil, agravadas en los últimos años por la crisis económica. En efecto, tal como observamos en la tabla 5, que presenta datos de 2007, los jóvenes españoles abandonan el hogar de los progenitores varios años más tarde que el europeo medio.

Tabla 5. Edad a la emancipación. España y UE. 2010

	Edad a la que el 50% de las personas viven				% de personas de 18-28 que viven solos-as	
	Fuera del hogar paterno		En pareja		Hombres	Mujeres
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres		
UE-25	26	23,7	29	26	8,6	9,0
ESPAÑA	28,5	27	31	28	3,5	1,6

Fuente: Eurostat (2010: 24)

Los datos muestran que no es hasta la edad de 28'5 años cuando la mitad de los hombres españoles ha abandonado el hogar de su familia de origen, dos años y medio por encima del conjunto de los europeos. Las mujeres son más precoces que los hombres en ambos casos, si bien la diferencia entre ambos géneros es menor en España (1 año y medio de diferencia) que en la UE (2'3 años). El retraso relativo en la emancipación de las mujeres españolas respecto a las europeas es por lo tanto aún mayor que en el caso de los hombres. Si en Europa ya a los 23'7 años la mitad de ellas viven de forma independiente, en España esto no sucede hasta los 27 años.

Otra diferencia significativa entre españoles y europeos tiene que ver con el tiempo que transcurre entre la emancipación y la formación de una pareja –entendiéndose aquí pareja tal como lo hace Eurostat, es decir, como unión con cohabitación, sea esta unión matrimonial o no-. Entre los europeos, ese tiempo es aproximadamente de tres años para los hombres y dos años y medio para las mujeres. En el caso de España, vemos que los hombres pasan 2'6 años viviendo independientemente antes de establecer una unión con convivencia, mientras que para las mujeres sólo transcurren 9 meses de media. Coherentemente con ello, el porcentaje de jóvenes europeos que viven solos entre los 18 y los 28 años es muy superior al de españoles. Pero además, los datos por género también son peculiares en España. El porcentaje de mujeres jóvenes que forman un hogar unipersonal en la UE está medio punto por encima al de los hombres (9 frente a 8,6) mientras que en España es cerca de dos puntos inferior (1,6 frente a 3,5). Esto parece poner de manifiesto una tendencia de gran parte de las mujeres españolas a

abandonar el hogar familiar sólo cuando se tienen planes de formar una pareja, gozando en menor medida de un periodo de independencia respecto a la familia de origen y al mismo tiempo de soltería, al menos residencial. No sabemos, sin embargo, si lo anterior se debe a una mayor prolongación de su vida estudiantil o a las mayores dificultades que encuentran para conseguir un trabajo que les permita vivir independientemente. Lo que sí dejan claro estos datos son varias tendencias:

- a) Los jóvenes españoles, tanto hombres como mujeres, se independizan más tarde que la mayor parte de los europeos.
- b) El tiempo transcurrido entre la emancipación y la formación de una unión con convivencia es como promedio, menor en España que en la Unión Europea.
- c) Las mujeres abandonan el hogar de los padres antes que los hombres, y sin embargo, el tiempo que transcurre entre este hecho y la formación de una pareja es para ellas menor que para los varones.

Sobre la primera de estas tendencias es necesario tener en cuenta, además, que los datos correspondientes a los diferentes grupos de estados europeos son muy variables y los relativos a España se encuentran entre los más altos. La edad media a la que se emancipan hombres y mujeres en países nórdicos como Suecia, Finlandia o Dinamarca es cercana a los 20 años. Esta cifra está alrededor de los 25 en países de la Europa Occidental como Alemania o Austria y se acerca a los 30 en todos los países del sur de Europa y en algunos del este como Polonia, Eslovenia o Eslovaquia (Eurostat, 2010: 24).

El segundo hecho señalado es consistente con la tendencia ya apuntada de las parejas LAT jóvenes en España a estar mayoritariamente formadas por personas que aún conviven con sus padres más que por dos jóvenes independientes que viven solos o con otros compañeros de piso. Esto, unido a los datos sobre la preferencia de los jóvenes por las uniones con convivencia apuntan a que una gran parte de las parejas que no conviven en España se encuentran en esta situación obligados por sus circunstancias (prolongación de los estudios, paro, precariedad laboral...) más que por deseos de preservar su autonomía.

Volviendo específicamente a estas parejas sin convivencia, los datos parecen mostrar dos perfiles entre las personas que se encuentran en este tipo de relaciones:

En primer lugar, Ayuso (2012) muestra que un 57% de todas las mujeres españolas que se

encuentran en una pareja de estas características son solteras que aún viven con sus padres. Tienen 26 años de media y son estudiantes en un porcentaje muy superior al del conjunto de mujeres de su generación (28% frente al 1'5 de las casadas y al 2 de las cohabitantes) (Tabla 7). Su nivel de estudios es superior también al de las mujeres casadas de 26 años, sin embargo el porcentaje de universitarias entre ellas es inferior al que presentan las cohabitantes de su edad²⁵. Un porcentaje muy elevado (55%) de estas mujeres que conviven con sus padres a pesar de tener una pareja trabajan. Esto puede ser debido la voluntad por retrasar las formas de emparejamiento que implican mayor compromiso y mayor integración, como son el matrimonio o las uniones de hecho, durante las primeras fases del vínculo. Sin embargo, no debemos olvidar que, como ya hemos señalado, la precariedad e inestabilidad laboral hace que el trabajo no garantice la independencia económica a muchos jóvenes (Castro, Domínguez y Martín, 2008).

Por otra parte, y siguiendo de nuevo los datos proporcionados por Luis Ayuso, encontramos un segundo perfil entre estas jóvenes: un 23% de las mujeres que forman parejas sin residencia en España ya no viven con sus padres. Tienen 29 años de media, y son las que presentan mayores niveles educativos de todas las mujeres en LAT. Si atendemos a la totalidad de mujeres de esta edad vemos que aquéllas que tienen una pareja con la que no conviven son el grupo con un mayor porcentaje de universitarias, por encima de las casadas pero también de las cohabitantes (44% frente a 24 y 40 respectivamente). Una proporción importante de ellas sigue siendo estudiante (21%), a diferencia de sus coetáneas casadas o conviviendo, aunque la mayor parte, un 61%, tiene un trabajo remunerado. Tal como explican Castro, Domínguez y Martín es probable que estas mujeres más educadas y que por lo tanto presumiblemente gozan de mejores situaciones económicas prefieran consolidar sus carreras antes de formar su propio hogar o tengan aspiraciones más elevadas respecto a las condiciones económicas y residenciales que adquirir como requisito para ello. Otra posibilidad es que, teniendo los recursos necesarios para vivir fuera del hogar familiar, prefieran prolongar sus años de autonomía con otras experiencias como la cohabitación con amigos-as o formando sus propios hogares unipersonales de manera temporal. O simplemente, que habiendo comenzado su relación a una edad más tardía, se encuentren aún en las primeras fases de la misma. Este perfil contrasta con el de las mujeres de su misma edad con niveles de estudios más bajos, que son las que en menor medida tienen parejas sin convivencia y las que están casadas en un porcentaje mayor. De hecho, si observamos los datos

²⁵ Recordemos que los gráficos 12 y 13 mostraban un mayor porcentaje de personas de 25 a 34 años en pareja LAT y cifras menores de cohabitación en este grupo de edad y el siguiente entre las personas de clases medias-bajas y bajas

longitudinalmente, y nos fijamos en el calendario de la unión –matrimonio o unión de hecho- de las diferentes generaciones por nivel de estudios (tabla 6), vemos que el retraso de la misma a medida que aumenta el capital escolar es una tendencia indiscutible:

Tabla 6. Edad mediana a la primera unión (de hecho o matrimonio) por grupos de edad. 2006

GRUPO DE EDAD	SIN ESTUDIOS	ELEMENTALES	MEDIOS	SUPERIORES
25-29	20'5	24	25	29
30-34	22'7	25	26'5	28'4
35-39	21'7	23'6	24'6	27'8

Fuente: Francisco Zamora (2007: 48)

Tabla 7. Perfil socio-demográfico de las mujeres jóvenes según tipo de pareja.

	LAT solteras que viven con los padres	Total población 26 años casada	Total población 26 años cohabitantes	LAT solteras que no viven con los padres	Total población de 29 años casadas	Total población 29 años cohabitantes
Edad media	25'8			29'2		
NIVEL DE ESTUDIOS (%)						
Estudios primarios	21	43	22	18	45	31
Estudios secundarios	47	30	20	37	30	30
Estudios Universitarios	31	15	55	44	24	40
RELACIÓN CON LA ACTIVIDAD (%)						
Trabaja	55	51	70	61	54	77
Parada	14	23	8	11	16	10
Trabajo doméstico	3	24	5	2	25	9
Estudiante	28	1'5	2	21	2'4	0

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2639 (2006) y Ayuso (2012)²⁶

²⁶ Luis Ayuso también se basa en el estudio 2639 del CIS, por lo tanto todos los datos de la tabla proceden de la misma fuente

Si las condiciones económicas influyen en gran medida en las decisiones sobre el emparejamiento entre los jóvenes, cabría esperar un mayor porcentaje de paradas entre las mujeres que no conviven con su pareja. Efectivamente, las mujeres en LAT que residen con sus padres presentan en 2006 datos de paro que casi duplican los niveles de las mujeres de su edad media que cohabitan (14% frente al 8%). Sin embargo las mujeres en mayor medida paradas a esta edad son las casadas, lo cual es coherente con sus niveles de estudios más bajos (un 43% de ellas tienen estudios primarios y sólo un 15% son universitarias, si nos fijamos en la generación de 26 años). Los datos muestran, de hecho, que el matrimonio de las mujeres a edades tempranas se relaciona con mayores porcentajes no sólo de paro sino también de dedicación al trabajo doméstico. Un cuarto de las mujeres casadas tanto de 26 como de 29 años se dedican a labores domésticas frente al 4% de las mujeres de 26 años en otro tipo de relación de pareja y el 5'5 de las de 29. Por otra parte, entre las LAT que ya no viven con sus padres el paro prácticamente se iguala a las cohabitantes: este es el grupo donde cabe encontrar más mujeres formadas que pueden permitirse vivir solas antes de formar una unión de hecho o un matrimonio.

3.3 La composición interna de las parejas jóvenes en España

Tanto el sentido común como las vivencias personales nos dicen que, en el mundo occidental, la elección de la pareja es hoy en día un asunto privado, que concierne a cada individuo, del que ya no se ocupan las familias y que no se produce en función de arreglos económicos o políticos calculados. Este hecho es además válido, en principio, para todos los estratos sociales. Por otra parte, la ideología amorosa permanentemente construida a través de los más diversos medios culturales presenta el amor como una fuerza trasgresora capaz de traspasar las barreras sociales más arraigadas. De hecho, éste es un elemento de la visión romántica del amor que ha formado parte privilegiada de su historia, dejando huella en infinidad de historias que forman parte del acervo cultural occidental desde lo "culto" hasta lo "popular"²⁷.

²⁷ Las historias de amor clásicas se caracterizan precisamente por los obstáculos para la realización del mismo. El amor como fuerza irresistible que persiste pese a la imposibilidad de la unión es, de hecho, el elemento central de estas leyendas: piénsese en Tristán e Isolda, Romeo y Julieta o los amantes de Teruel. La cultura popular contemporánea recoge esta tradición en numerosos relatos cuyos protagonistas son amantes de mundos sociales diferentes, en ocasiones enfrentados. Ejemplos de ellos son clásicos de Disney como "La Cenicienta" o éxitos de Hollywood como "Pretty Woman".

Sin embargo, si el amor es una fuerza que nos arrastra, parece saber bien hacia dónde lo hace. Tal como explica Michel Bozon (1992), la elección de la pareja sigue siendo un mecanismo central de la reproducción social. Numerosas investigaciones tanto a nivel internacional como en la academia española evidencian que la elección del cónyuge o la pareja no se produce independientemente de sus características sociales. Alain Girard (1964) a partir de cuyo trabajo se extendió el término "homogamia"²⁸, estudia la similitud de clase social (familiar y de destino) de los cónyuges en Francia. Casi treinta años después, en su investigación sobre la homogamia en Estados Unidos, Kalmijn (1991) concluye que las características adquiridas y, en particular, el capital escolar, han ganado importancia sobre los rasgos adscritos como elementos mediadores de la elección de pareja. Di Maggio y Mohr (1985), por su parte, argumentan que el capital cultural transmitido familiarmente es un elemento de influencia central tanto en los estudios completados como en la elección de la pareja. La homogamia, especialmente la educativa, ha sido objeto de investigación también en España, donde diferentes autores han puesto de manifiesto su vigencia a finales del s.XX y principios del XXI (Alberdi, Flaquer e Iglesias, 1994; Carabaña, 1994; Esteve y Cortina, 2006; Mayoral y Samper, 2006).

Los datos de la encuesta "Familia y género" llevada a cabo por el CIS en 2012 son los más recientes que nos permiten analizar la composición de las parejas jóvenes en España. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que esta encuesta no fue realizada con este objetivo específico, por lo que no en todos los casos podremos acceder a las conclusiones que nos interesan: si bien nos permite analizar el nivel de estudios o la profesión de los miembros de las parejas, no podemos acceder a sus similitudes o diferencias en cuanto a su clase social de origen, ya que no recaba información sobre los progenitores de las parejas de los encuestados.

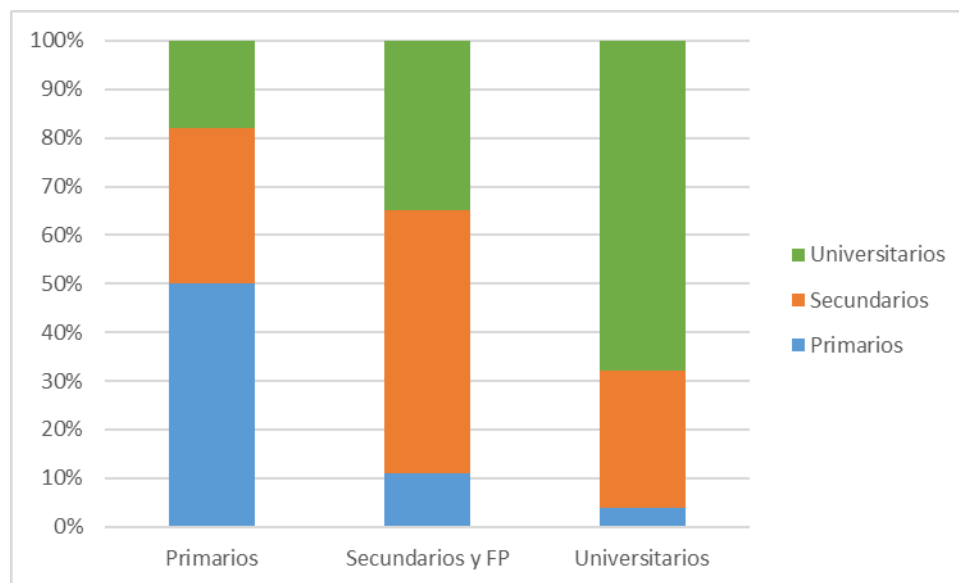
Por otra parte, en el estudio de las dinámicas de homogamia educativa, debemos tener presente que las clasificaciones de niveles de estudios que generemos tendrán una gran influencia en los resultados. En nuestro caso, y con el objetivo de facilitar la comprensión de los datos, usaremos tres categorías: "primarios", que incluye a las personas que han completado únicamente los estudios obligatorios (EGB o ESO) "secundarios y FP", aquéllos con estudios de bachillerato o formación profesional, y "universitarios", ya posean una diplomatura, grado, licenciatura o estudios de master y

²⁸ Ya hemos comentado el término "endogamia" suele utilizarse en antropología haciendo referencia al origen étnico similar de los miembros de las parejas, mientras que en sociología el término "homogamia" alude a la coincidencia en determinadas características sociales "adquiridas": niveles educativos, posiciones socio-económicas, profesiones, etc. También advertimos ya de que los rasgos sociales adscritos y adquiridos no son independientes entre sí. Como ya argumentamos siguiendo el trabajo de Bourdieu, a un determinado capital de partida existe una serie de trayectorias sociales más o menos probables.

doctorado. Lamentablemente, los datos de esta encuesta sólo nos permiten conocer las características de la pareja de aquellas personas que forman una unión de hecho o un matrimonio, por lo tanto, no podremos obtener información relativa a la homogamia o heterogamia de las parejas que no conviven. Esta es una de las razones por las que se analizarán datos de personas a partir de 30 años, ya que incluyendo cohortes anteriores nos arriesgamos a excluir a todas las personas cuya pareja no implica convivencia y perder representatividad en los datos, ya que, como vimos en el apartado anterior, ésta es la situación abrumadoramente mayoritaria en la primera mitad de la veintena y aún muy frecuente en la segunda. Además, eligiendo personas de generaciones no tan jóvenes tenemos más probabilidades de seleccionar personas cuyo nivel de estudios ya es el definitivo y de analizar la composición interna de parejas en principio más consolidadas y con una probabilidad menor de acabar en ruptura.

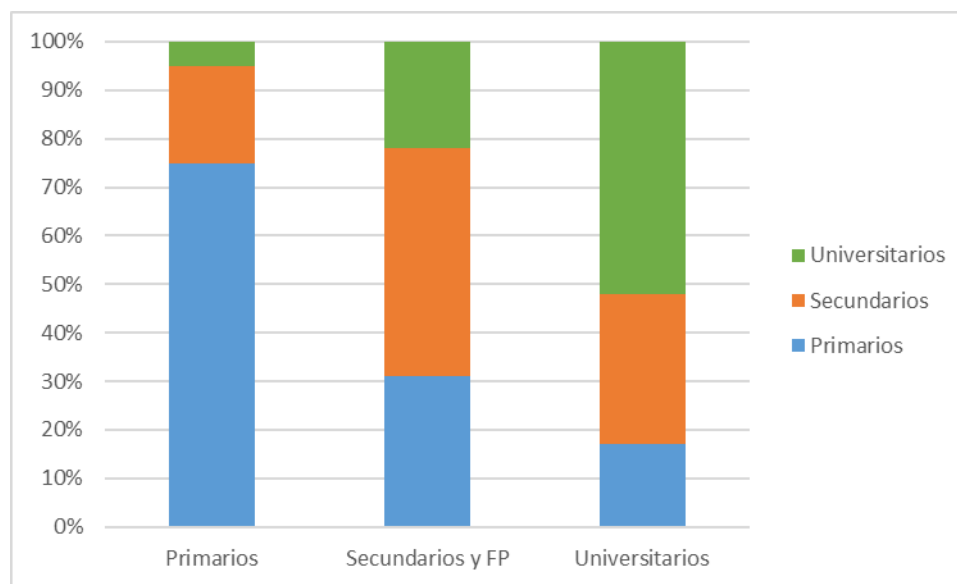
En los gráficos 20 y 21 se organizan los datos sobre los niveles de estudio de las parejas o cónyuges de hombres y mujeres entre 30 y 39 años. La información en el eje de abscisas muestra la cualificación escolar de las propias personas entrevistadas, los datos relativos a sus compañeros o compañeras están representados en el eje de ordenadas.

Gráfico 20. Nivel de estudios de la pareja o cónyuge en función de los estudios propios. Hombres (30-39 años)



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 21. Nivel de estudios de la pareja o cónyuge en función de los estudios propios. Mujeres (30-39 años)



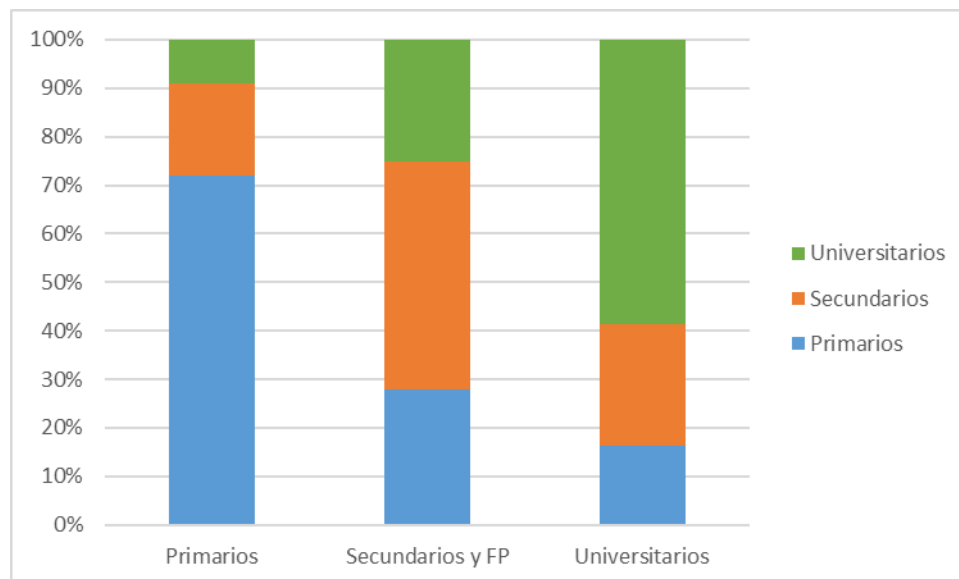
Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Un primer análisis de los gráficos 20 y 21 muestra que la homogamia educativa es la tendencia mayoritaria entre los adultos en la treintena, y esto vale tanto para los varones como para las mujeres y en todos los grupos de capital escolar. Sin embargo, mientras entre los hombres ésta crece a medida que aumenta el nivel de estudios, en las mujeres es más común en los dos grupos extremos, fundamentalmente entre las que tienen un nivel de estudios más bajo. Si nos fijamos especialmente en los universitarios, vemos que el 68% de los hombres y el 52 % de las mujeres tienen una pareja asimismo universitaria. Sin embargo, es interesante observar cómo entre las mujeres de este grupo hay niveles más altos de hipogamia: un número importante de ellas han establecido una unión con hombres con estudios primarios (17%), frente al 4% de los hombres. Las cifras de universitarios con una pareja que tiene estudios secundarios son sin embargo similares para hombres y mujeres: 28 y 31% respectivamente. Los datos parecen mostrar, además, que esta inversión de la tradicional hipergamia femenina no se produce exclusivamente en el nivel universitario. Entre las personas que tienen estudios secundarios, si bien predomina asimismo la homogamia, las diferencias entre los géneros son similares

a la tendencia anterior. Las mujeres tienen en mayor medida parejas con niveles de estudios inferiores a los propios (el 31% de ellas tiene una pareja con estudios primarios, frente al 11% de los varones), mientras que los hombres están en mayor medida con mujeres que les superan en capital escolar: un 35% de ellos tiene una pareja universitaria frente al 22% de las mujeres. Finalmente, las mujeres del grupo con niveles de estudios más bajos tienen parejas con niveles de estudios similares a los suyos en mayor proporción que los hombres. Un 75% de las que tienen estudios primarios forman una pareja homogama en términos educativos, mientras que esta proporción es un 15% más baja, del 50%, para los hombres. Para quienes tienen estudios primarios, tanto si se trata de mujeres como de varones, lo más probable es que su pareja, si no tiene su mismo nivel de estudios, tenga estudios secundarios. Sin embargo, el porcentaje de personas con estudios primarios que tienen una pareja universitaria es de un testimonial 4% para las mujeres y de un significativo 18% para los hombres.

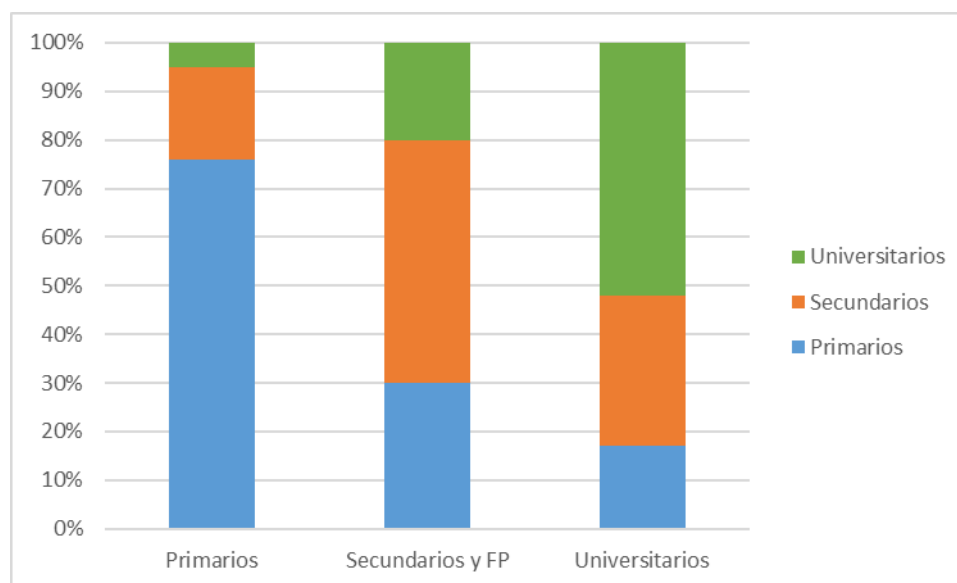
Varios autores (Esteve y Cortina, 2004; Kaufmann, 1993) han señalado que los niveles de homogamia educativa son más acusados en los dos extremos de la escala de capital escolar. En el caso de los adultos jóvenes españoles, esta tendencia parece estar mediada por el género: mientras que las mujeres que tienen menor nivel educativo son las que tienden a establecer uniones con personas más parecidas a ellas en este aspecto, (75%), los hombres más homogamos son los universitarios (68%).

Gráfico 22. Nivel de estudios de la pareja o cónyuge según nivel de estudios propio. Hombres (>39 años)



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Gráfico 23. Nivel de estudios de la pareja o cónyuge según nivel de estudios propio. Mujeres (>39 años)



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Los gráficos 22 y 23 presentan los niveles de estudios de los miembros de las parejas de más de 40 años, de forma que podemos compararlos con los datos relativos a las personas en la treintena que ya se han comentado y observar los cambios y continuidades a este respecto. Lo primero que llama la atención es el hecho de que los modelos de emparejamiento de las mujeres de ambos grupos de edad son muy similares, sin embargo, en los datos de los varones encontramos variaciones interesantes.

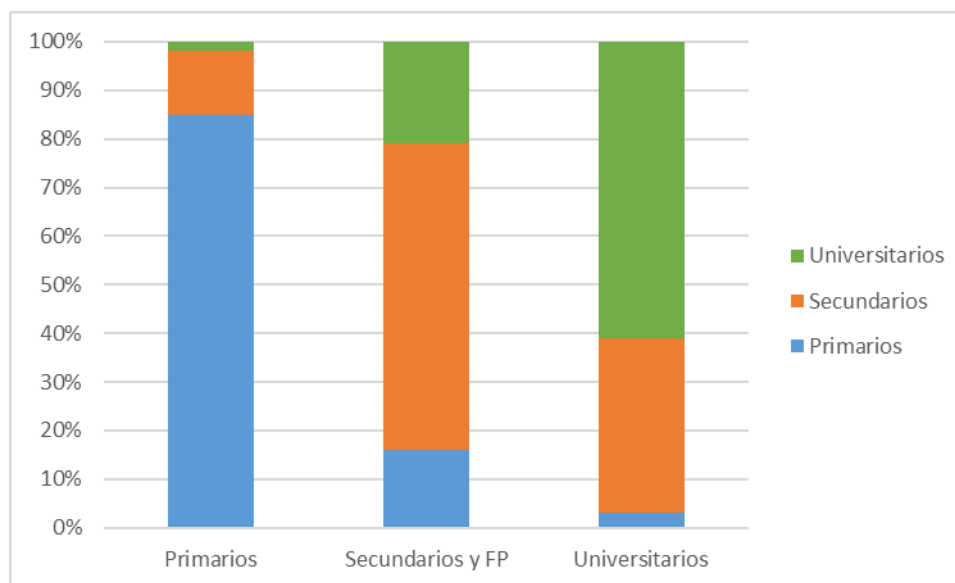
En su estudio sobre la evolución de la homogamia educativa de las mujeres nacidas entre 1920 y 1960 en España, Esteve y Cortina (2006) encontraban que la pauta homogámica se mantenía especialmente elevada entre las mujeres jóvenes con niveles de estudios más bajos. Los datos de 2012 (gráfico 21 y gráfico 23) muestran el mantenimiento de ese patrón: las mujeres con estudios primarios son las que en mayor medida se emparejan con hombres de su mismo nivel de estudios en ambos grupos de edad (en torno al 75%). Las mismas autoras encontraban que entre los universitarios más jóvenes crecían los niveles de homogamia. Si atendemos a los datos de 2012, vemos que esto sucede entre los hombres, mientras que para las mujeres el dato se mantiene constante, con la consecuencia de que hoy en día los universitarios son más homogámicos que las universitarias. Todo esto parece sugerir

un aumento de la hipogamia femenina. Sin embargo, a este respecto los datos son ambivalentes. Si nos fijamos en las cifras de las mujeres parece que la hipogamia se mantiene constante: alrededor del 48% entre las universitarias y del 30% entre las que tienen estudios secundarios tienen parejas menos formadas que ellas, tanto entre las treintañeras como entre las mayores de 40. Sin embargo el número de hombres con mujeres que les superan en nivel de estudios ha aumentado significativamente: entre quienes tienen estudios primarios, del 28 al 50%. Además el porcentaje de ellos que tienen una pareja universitaria se duplica, pasando del 9 al 18%. Entre los que tienen estudios secundarios, esta cifra aumenta del 25% de los hombres emparejados mayores de 40 años al 35 de los que tienen entre 30 y 39 años.

Los datos relativos a la hipergamia femenina siguen una tendencia similar: ésta parece mantenerse constante si nos fijamos en las cifras relativas a las mujeres: aquéllas con estudios primarios cuyas parejas poseen títulos de secundaria o universitarios representan un porcentaje similar, correspondiente a un cuarto de ellas, en ambas cohortes, mientras que el porcentaje de mujeres con estudios secundarios cuyo cónyuge o pareja les supera en cualificación es levemente superior entre las más jóvenes (20 frente a 22%). Sin embargo, si atendemos a los datos relativos a los varones, vemos que la propensión de los mismos a tener parejas con niveles de estudios más bajos que los propios ha disminuido: entre los universitarios, desde el 41 al 32% y entre quienes tienen estudios secundarios, del 28 al 11%.

Para complementar estos datos ambivalentes, hemos acudido a la encuesta 2639 del CIS, que debido a que se realizó exclusivamente a la población femenina, nos permite seleccionar una mayor muestra de mujeres de generaciones anteriores a las que podemos acceder gracias a la encuesta "Familia y género", realizada por el CIS en 2012 a varones y mujeres. El gráfico 24 muestra los resultados de los niveles de estudios de las parejas (en su gran mayoría cónyuges) de las mujeres mayores de 55 años.

Gráfico 24. Nivel de estudios del cónyuge o pareja según nivel de estudios propio. Mujeres (>55 años). 2012



Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

La novedad fundamental que introducen estos datos es que si comparamos las treintañeras actuales con las mujeres de esta generación sí vemos un aumento interesante de la hipogamia: entre las universitarias, pasa del 39 al 48, y la proporción de ellas cuya pareja tiene estudios primarios crece desde el 3 hasta el 17%. Entre aquéllas con estudios secundarios, las uniones hipogámicas se duplican entre ambas generaciones: pasan del 15 al 30%. Sin embargo si nos fijamos en las mujeres con niveles de estudios más bajos, la hipergamia no sólo no crece, sino que baja desde el 25 al 15%, debido al altísimo nivel de la homogamia de las mujeres con estudios más bajos y más mayores (85%), que ha bajado en un 10%. Para las mujeres con estudios secundarios, los niveles de hipergamia son prácticamente idénticos entre los tres grupos de edad que hemos consultado, y están entre el 20 y el 22%.

A la luz de los datos que hemos presentado, podemos concluir que si bien la homogamia educativa sigue siendo la tendencia mayoritaria para los jóvenes en la treintena, ésta presenta diferentes variaciones en función de los niveles de estudios. Las mujeres sin estudios o con estudios primarios son el grupo que se empareja con personas similares a ellas en mayor medida. Por su parte, las universitarias han aumentado sus niveles de hipogamia, y ha crecido especialmente la proporción de

ellas que se emparejan con hombres que tienen estudios primarios. Mientras tanto, los universitarios varones aumentan sus niveles de homogamia –lo cual es lógico, si se piensa en el crecimiento de la participación femenina en la universidad durante las últimas décadas- y se emparejan menos con mujeres con estudios inferiores a los propios. Es decir, las tendencias actuales en el “mercado” del emparejamiento parecen favorecer a los hombres en lo que respecta a la adquisición de capitales a través del mismo, a pesar del –aún persistente, como tendremos ocasión de comprobar más adelante gracias al trabajo cualitativo- estereotipo sobre la mujer arribista que pretende su propio ascenso social a través de una buena elección de pareja.

El crecimiento de la hipogamia femenina entre las más formadas ya había sido señalado por Alberdi, Flaquer e Iglesias (1994) para datos relativos a 1990, y la información que hemos analizado a partir de la encuesta “Familia y género” del CIS muestra una consolidación de esta tendencia. Otros autores (Garrido, 1992; Mayoral y Samper, 2006) han apuntado hacia otra pauta de la que estas mujeres también son protagonistas: la tendencia al retraso del emparejamiento y a la soltería. En efecto, los datos en las tablas 8 y 9 muestran que las mujeres entre 30 y 39 años que no tienen pareja –sea esta un matrimonio, una unión de hecho o una unión sin co-residencia- tienen estudios universitarios en mayor medida que el total de mujeres de su cohorte y que el hecho de tener estudios universitarios se relaciona con una mayor proporción de soltería –referida de nuevo a la ausencia de pareja en cualquiera de sus formas- en las mujeres (55% de universitarias entre las “solteras” frente al 41% del total), pero no en los hombres (22% de universitarios entre los “solteros” frente al 25% del total).

Podemos hacer varias interpretaciones a este respecto. Ya que la posesión de títulos universitarios es ya más frecuente entre las mujeres que entre los hombres (como vemos en la tabla 8 y como puede consultarse asimismo en el censo de 2011), este tipo de capital está menos devaluado entre ellos que entre las mujeres. En términos numéricos, todos los hombres universitarios pueden acceder a mujeres también universitarias de una edad similar a la suya, mientras que no sucede lo mismo con ellas. Por otra parte, es posible que estas mujeres tengan más difícil compatibilizar sus carreras profesionales –más plagadas de obstáculos- con la formación de una pareja estable, o que sean más exigentes a la hora de la elección y no encuentren candidatos que cumplan sus expectativas ante la menor “oferta” de hombres de su cualificación. Para una parte de ellas, la soltería podría constituir una elección consciente y voluntaria, si bien a la luz de los datos sobre preferencias para el propio futuro que hemos presentado en este capítulo, ésta no parece una hipótesis muy convincente. Finalmente, no conviene descartar otro posible factor en las elecciones de los varones como variable de probable

influencia: en algunos casos, la excesiva cualificación de las mujeres puede suponer una amenaza simbólica para determinados hombres. Analizar el peso relativo de todos estos elementos requiere, sin embargo, de mayor investigación empírica.

Tabla 8. Nivel de estudios de personas de 30 a 39 años por género (%)

NIVEL DE ESTUDIOS	HOMBRES	MUJERES
Primarios y sin estudios	37	21
Secundarios y FP	38	38
Universitarios	25	41

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Tabla 9. Nivel de estudios de las personas sin pareja de 30-39 años según género (%)

NIVEL DE ESTUDIOS	HOMBRES	MUJERES	TOTAL PERSONAS SIN PAREJA
Primarios y sin estudios	35	17	25
Secundarios y FP	43	28	35
Universitarios	22	55	40

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

Los datos de la encuesta "Familia y género" también nos permiten analizar la composición interna de las parejas en relación a las profesiones de sus miembros. Tal como observamos en las tablas 10 y 11, la homogamia profesional más acusada se encuentra entre las profesiones que requieren de un mayor capital escolar, es decir los científicos e intelectuales (46%) y entre aquéllos que ocupan las posiciones de estatus inferiores, los trabajadores de la industria (46%). Si nos detenemos a observar las características de los cónyuges y parejas de las mujeres específicamente, vemos que la homogamia en los sectores industriales crece hasta el 76% (tabla 11). Coherentemente con los datos relativos a la

educación que ya hemos visto, parece que las mujeres de estatus inferiores tienen más dificultades que los hombres para encontrar parejas de niveles de clase o condiciones socio-económicas mejores que las propias. Un llamativo 23% de las científicas e intelectuales tiene una pareja que trabaja en el sector obrero, en una nueva manifestación de la hipogamia de una parte importante de las mujeres más formadas. Las mujeres que trabajan en el sector servicios parecen gozar de una mejor posición en el juego del emparejamiento que las obreras industriales, ya que tienen en mayor medida compañeros de categorías de estatus superiores a los propios, como son “técnicos de apoyo” o “científicos e intelectuales”. Sin embargo, entre estas mujeres trabajadoras del sector servicios encontramos una clara dinámica de separación de roles tradicional: camareras, trabajadoras domésticas, peluqueras y afines que se emparejan en mayor medida (53%) con hombres del sector industrial, en un claro ejemplo de cómo la homogamia de clase y las reglas de correspondencia entre los géneros no se niegan sino que se complementan (Kauffman, 1993; De Singly, 1984).

Tabla 10. Características socio-profesionales de los cónyuges-parejas de las personas de 30-39 años (%). Ambos sexos²⁹

	Científicos e intelectuales	Técnicos de apoyo	Administrativos	Trabajadores de servicios, restauración y personales	Artesanos y trabajadores industriales
Científicos e intelectuales	45	28	8	6	13
Técnicos de apoyo	19	28	3	18	32
Administrativos	0	30	25	10	35
Trabajadores de servicios, restauración y personales	19	21	5	14	40
Artesanos y trabajadores industriales	6	17	3	27	46

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

²⁹ Se ha eliminado la categoría “directivos” debido a la escasez de datos

Tabla 11. Características socio-profesionales de los cónyuges-parejas de las mujeres de 30-39 años (%)³⁰.

	Científicos e intelectuales	Técnicos de apoyo	Administrativos	Trabajadores de servicios, restauración y personales	Artesanos y trabajadores industriales (cualificados y no cualificados)
Científicas e intelectuales	42	23	4	8	23
Técnicas de apoyo	19	23	4	13	40
Trabajadoras de servicios, restauración y personales	14	16	5	12	53
Artesanas y trabajadoras industriales	2	10	0	10	76

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio CIS 2942 (2012)

3.4 Actitudes de los jóvenes en torno al amor y la pareja³¹

Además de los datos cuantitativos sobre las prácticas de emparejamiento de los jóvenes en España y en Madrid, existen también encuestas que han pretendido rastrear las opiniones y las actitudes de los españoles en este terreno. Intentar acceder a la dimensión del sentido a través de datos cuantitativos presenta inconvenientes. Los deseos, las aspiraciones, los miedos, las opiniones o los lugares comunes a los que acudimos casi pre-reflexivamente para posicionarnos sobre diferentes temas o para explicar nuestras prácticas, requieren de metodologías que los aborden en su complejidad y no se limiten a clasificarlos en categorías de respuesta cerrada. Construyendo las opciones de respuesta estamos creando el sentido que después le atribuimos al encuestado, ignorando además todos los matices que sus afirmaciones concretas pueden implicar. En el tema que nos ocupa, este tipo de datos pueden provocar la tentación de generar clasificaciones como "románticos" versus "realistas" o versus "individualistas", ignorando la combinación de diferentes elementos o en qué momentos se acude a

³⁰ En este caso hemos eliminado, además de las directivas, las trabajadoras de la administración debido asimismo a la (sorprendente) escasez de casos.

³¹ Los datos que se comentan en este epígrafe fueron recogidos y analizados junto a Ana Vicente Olmo en el contexto de la elaboración conjunta de un artículo que se encuentra en fase de revisión para su eventual publicación.

unos y otros marcos interpretativos: qué explicamos con ideas románticas y para qué usamos otras más cercanas al ideal de la pareja de compañeros, cuándo idealizamos y cuándo nos ponemos cínicos. Todo esto se abordará en profundidad en el capítulo siguiente utilizando una aproximación cualitativa. Sin embargo, un acercamiento muy general y sin pretensión de exhaustividad a los datos cuantitativos de los que disponemos nos puede proporcionar información nada más que sobre tendencias generales de las opiniones y preferencias de los jóvenes españoles en torno al amor y la pareja. Haremos uso con este propósito de los estudios recientes que aportan datos de opiniones y actitudes sobre este tema. Son los siguientes:

Tabla 12³². Estudios recientes sobre actitudes en torno al amor y la pareja

	Institución	Año	Ámbito	Población de referencia	Tamaño muestral
Matrimonios y parejas jóvenes. España 2009	Fundación SM	2007	Nacional	Parejas de entre 16 a 39 años de edad, residentes en España, casadas y no casadas que viven establemente en el mismo hogar	2.500
Religiosidad (estudio 2752)	CIS	2008	Nacional	Población residente en España de ambos sexos de 18 a 34 años	1.973
Jóvenes y diversidad sexual	Injuve	2010	Nacional	Población residente en España de ambos sexos entre 15 y 29 años de edad	1411
Jóvenes españoles 2010	Fundación SM	2010	Nacional	Población española de ambos sexos de entre 15 y 24 años	3514
Pareja y familia en el horizonte vital de las nuevas generaciones	Universidad Autónoma	2005	Comunidad de Madrid	Jóvenes escolarizados de entre 15 y 25 años residentes en la Comunidad de Madrid	1589
Escala de actitudes sobre el amor y Escala de mitos sobre el amor.	Universidad de las Islas Baleares	2007	Nacional	Población residente en España de entre 18 a 29 años	1351

Fuente: Elaboración propia

³² Como ya argumentamos en el anterior capítulo, el concepto de juventud no es la representación apromblemática de una realidad, sino una construcción sociológica que se lleva a cabo desde diferentes instancias y con distintas perspectivas. Por ello, tal como se aprecia en esta tabla, los diferentes estudios que manejamos utilizan rangos de edad distintos. Sin duda, esto infringe algunas limitaciones al análisis, pero, creemos, aun así merece la pena señalar algunas tendencias generales que se desprenden de los mismos y que resultan significativas y aportan pistas relevantes para esta investigación. En la descripción de estas tendencias generales no tendremos en cuenta las posibles diferencias relacionadas con el género y la clase social. Tales diferencias serán analizadas en profundidad con metodologías cualitativas en los capítulos que siguen.

Podemos dividir los datos de los que disponemos en dos grandes grupos: aquéllos que se ocupan de las preferencias de los encuestados en cuanto a la organización y la configuración de la familia (en general y acerca de las expectativas sobre la propia) y los que se centran en los significados otorgados al amor. Los primeros dejan ver un panorama que se ajusta al argumento de Neil Gross (2008): Más que ante la destradicionalización en las relaciones de pareja y familiares, lo que encontramos es a) una relajación de los controles normativos sobre la propia biografía y una mayor tolerancia a las prácticas que difieren del modelo tradicional de pareja heterosexual, monógama, base para la crianza de los hijos y con vocación de existir “para siempre”, mientras que b) este modelo sigue siendo la aspiración hegemónica entre los jóvenes de diferentes generaciones. Sobre el primer punto, se puede rastrear información sobre opiniones acerca de la cohabitación, las familias monoparentales, las uniones homosexuales o el divorcio. Pasamos a ello.

En primer lugar, los datos de la encuesta de Gerardo Meil (2004) realizada en la Comunidad de Madrid muestran que un 71% de los jóvenes de 15 a 25 años afirma estar de acuerdo con que las parejas convivan sin estar casadas y con otorgar a las uniones de hecho los mismos derechos que a los matrimonios. Por otra parte, a nivel nacional, los hogares monoparentales se aceptan y se definen mayoritariamente como una forma familiar más (Ayuso, 2010).

En segundo lugar, el estudio “Jóvenes y diversidad sexual” muestra que cerca de un 77% de las personas entre 15 y 29 años se manifiesta a favor del matrimonio homosexual, y finalmente, los datos de la encuesta “Religiosidad” llevada a cabo por el CIS en 2008, señalan una aceptación del divorcio mayor del 90% entre los jóvenes de 18 a 34 años.

Sin embargo, lo considerado aceptable y tolerable no necesariamente ha de coincidir con los deseos, las aspiraciones y expectativas para la propia biografía. En este sentido el modelo de familia nuclear basado en una pareja estable y monógama es sin duda una aspiración mayoritaria para los jóvenes españoles. De hecho, el modelo de matrimonio con hijos es el que más se acerca a su ideal de familia, con una valoración media de 8,8 (Ayuso, 2010).

En esta misma línea, y como ya comentamos en el primer epígrafe de este capítulo, la mayor parte de las personas que quieren cohabitar contemplan esta opción como paso previo al matrimonio, que sigue constituyendo la elección mayoritaria. Tal como Rodríguez Brioso (2004) explica, existe en

España un desfase entre la aceptación de la cohabitación y la extensión de la misma, que, como hemos visto, continúa en niveles relativamente bajos si los comparamos con la media europea. Esto parece tener que ver, en parte, con la preferencia de los jóvenes en España por las fórmulas de emparejamiento que implican un mayor grado de compromiso (Camarero, 2003) o que se perciben de este modo³³. En este sentido, el trabajo de Gerardo Meil (2004) muestra que un 40% de los jóvenes elige entre las razones para casarse el “sentirse más seguro”, sólo por debajo de “por verdadero amor a mi pareja” (90%) y “porque quiero tener hijos con mi pareja” (62%). En el estudio “matrimonios y parejas jóvenes”, de la Fundación SM (2009), la razón más mencionada para contraer matrimonio fue la de dotar de estabilidad a la pareja (30,3% mucho y 28,1% bastante), seguido de tener un hijo o pensar tenerlo (16,7% mucho y 24,3% bastante).

Existe otro rasgo central del modelo de pareja tradicional que continúa siendo hegemónico: la valoración de la fidelidad. De hecho, Luis Ayuso (2010) muestra que la infidelidad se señala a día de hoy como el segundo motivo para romper una relación por parte de los y las jóvenes de 15 a 24 años (sólo superado por los malos tratos). Además, según el estudio ya mencionado de la Fundación Santamaría en 2009, la fidelidad es considerada un factor muy importante para la pareja por más de un 80% de los jóvenes. Por otra parte, en este mismo estudio, basado en una muestra de parejas casadas y de hecho, en un 57% de los hogares hay al menos un hijo, y la gran mayoría de quienes no son padres, con la excepción de un 15%, quieren serlo en un futuro.

Todos estos datos parecen mostrar que la familia nuclear basada en un matrimonio por amor, monógamo, estable, y como marco de crianza para la descendencia continúa siendo el ideal hegemónico en que los jóvenes construyen y proyectan sus biografías. En el nivel de las aspiraciones, los cambios sobre los que argumentan las teorías de la individualización aplicadas al amor no parecen ser demasiado profundos.

Por otra parte, los datos que específicamente abordan la dimensión de los significados en torno al amor dejan entrever la coexistencia de diferentes ideales sobre el mismo. Por una parte, tal como observamos en la tabla 13, diferentes mitos asociados al ideal romántico, como el de la media naranja o la creencia en que el amor verdadero puede con todos los obstáculos, parecen continuar vigentes entre

³³ En este sentido, numerosos autores han señalado que las uniones de hecho no implican necesariamente una ruptura ni una transformación radical del modelo de pareja estable y monógamo inscrito en el matrimonio (Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Swidler, 2001) ni supone un grado menor de compromiso (Jamieson et al., 2002).

una parte importante de los jóvenes de 18 a 29 años.³⁴ El mismo estudio muestra, sin embargo, otras convicciones menos idealistas: la idea de que se puede ser feliz sin tener una pareja y el hecho de que el divorcio no se entienda como un fracaso.

Tabla 13. Grado de acuerdo sobre diferentes mitos asociados al amor romántico (%)

	Acuerdo		Indiferencia		Desacuerdo	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
En alguna parte hay alguien predestinado para cada persona ("tu media naranja")	58,8	60,7	6,7	13,1	34,5	26,2
Se puede ser feliz sin tener una relación de pareja	76,9	83,3	8,5	7,1	14,5	9,5
El amor verdadero lo puede todo	75,4	73,8	12,7	6	11,9	20,2
El amor es ciego	62,2	71,4	11,8	8,3	26,1	20,2
El matrimonio es la tumba del amor	20,3	11,9	15,3	15,5	64,4	72,6
Separarse o divorciarse es un fracaso	21	13,1	12,6	8,3	66,4	78,6
La pasión intensa de los primeros tiempos de una relación debería durar siempre	79,8	82,1	9,2	7,1	10,9	10,7

Fuente: Elaboración propia a partir de Bosch (dir.), (2007)

Una visión poco idealizadora del amor es la que se encuentra de nuevo en el estudio "Matrimonios y Parejas Jóvenes" de la Fundación SM (2009). En él vemos cómo los ítems señalados en mayor medida como "muy importantes para el matrimonio" se corresponden con un ideal de pareja basado en el compañerismo y el apoyo mutuo: "entendimiento y tolerancia", "tener buena comunicación", "respeto y cariño mutuos" y "fidelidad", todos ellos con un porcentaje de respuesta superior al 83%.

Los imaginarios en torno al amor, como cabría esperar, presentan una complejidad imposible de captar a través de encuestas. Comprender cómo los y las jóvenes dan sentido a su experiencia en el ámbito de las relaciones amorosas y de pareja y cuáles son los marcos interpretativos en este sentido son objetivos fundamentales de esta investigación, y serán abordados en el capítulo siguiente utilizando una metodología cualitativa. Ello nos ayudará a seguir indagando en la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes con el objetivo de captar su sentido sociológico.

³⁴ En el capítulo siguiente analizamos en detalle a qué alude el **complicado concepto de "amor romántico"**

Conclusiones

En este capítulo hemos recurrido a datos de fuentes secundarias diversas con el propósito de objetivar diferentes dimensiones del proceso de emparejamiento de los jóvenes en España, con particular atención al contexto madrileño y, cuando ha sido posible, comparando los datos nacionales con los europeos con el objetivo de captar posibles peculiaridades del caso español. Los datos han puesto de manifiesto cambios y continuidades en las dinámicas de emparejamiento de los y las jóvenes. Hemos visto que la edad media al matrimonio ha aumentado considerablemente en las últimas décadas y aún después de los 40, un porcentaje importante de personas son solteras: el 30% en Madrid, proporción casi un 10% más alta que la del conjunto del estado. Estos datos relativamente elevados no implican necesariamente, como hemos señalado, una crisis del emparejamiento. De la mano del retraso en la edad al primer matrimonio ha llegado un aumento de la proporción de parejas de hecho sobre todas las uniones que implican cohabitación, sean matrimoniales o no. Entre las cohortes más jóvenes, sin embargo, este crecimiento no va acompañado de un aumento tan espectacular de cohabitantes sobre el total de población, debido por una parte a que existen entre ellos más personas que se encuentran sin pareja pero sobre todo como efecto de la extensión de las parejas sin convivencia entre los y las jóvenes en España.

El análisis atento de los datos cuantitativos sobre el emparejamiento en España conduce a una problematización de la tesis según la cual la experiencia del amor en las sociedades contemporáneas se caracteriza por una transformación profunda hacia la individualización.

En primer lugar, la preferencia mayoritaria y la situación más común una vez que se ha alcanzado el ecuador de la treintena es el matrimonio. Además, gran parte de los jóvenes eligen esta opción por la sensación de seguridad y estabilidad que continúa generando (Camarero, 2003). En la ciudad de Madrid las tendencias de cambio a este respecto son más amplias, con un porcentaje de personas no casadas después de esta edad más elevado. Sin embargo, como hemos argumentado, la extensión de otras formas de emparejamiento, acaben o no finalmente en matrimonio, no implica necesariamente una pérdida de importancia o de compromiso en los vínculos amorosos. En primer lugar, cuando son preguntados acerca de este retraso en la edad al matrimonio, los jóvenes apuntan a factores estructurales: el primer motivo es conseguir un trabajo (53%), seguido de terminar los estudios (38%) y conseguir una vivienda apropiada (36%) (Ayuso, 2011). Esto parece sugerir que para una parte importante de los jóvenes, este retraso viene en gran medida propiciado por sus circunstancias

materiales. Existe sin embargo un porcentaje importante de personas que no se han casado en la segunda mitad de la treintena y después de los cuarenta. Esto nos hace pensar que ha incrementado el peso de la cohabitación definitiva más allá de la conocida como "matrimonio a prueba". A este respecto, hemos de tener en cuenta que, como ya se ha visto, la mayor parte de las personas que cohabitan o han cohabitado han tenido solo una pareja de estas características. Por otra parte, la duración media de las relaciones amorosas es elevada incluso en las fórmulas en principio más inestables como son las parejas que no comparten residencia.

Por otra parte, hemos visto que existen diferencias de clase significativas en las formas y dinámicas de emparejamiento que nos obligan a plantearnos si las transformaciones sobre las que autores como Beck y Beck Gernsheim (1998), Bauman (2005) o Giddens (1995) argumentan no son más bien propias del estilo de vida de un sector social específico. En primer lugar, el retraso del emparejamiento aumenta sistemáticamente a medida que aumenta el nivel de estudios, siendo una tendencia más común entre las clases populares la formación precoz de la pareja. Por otra parte, tanto la pluralización de los modos de emparejamiento como la formación de la pareja a pasos progresivos es más acusada en las clases medias y medias altas, quienes forman uniones de hecho y matrimonios civiles en mayor medida. Las clases populares optan por formas de emparejamiento menos innovadoras: cohabitan menos y eligen mayoritariamente el matrimonio religioso.

Finalmente, existen tendencias recurrentes en lo que respecta a la homogamia educativa, que continúa siendo la pauta más común en las parejas de todos los grupos sociales. Los grupos más homogamos son los que se sitúan en las posiciones sociales más altas y más bajas, y esto vale tanto para la homogamia educativa como para la profesional. Sin embargo, hemos descrito también una tendencia significativa a la hipogamia entre las mujeres más formadas, quienes también se encuentran "sin pareja" en mayor medida que el resto de mujeres y que los hombres de su nivel educativo. Ambas tendencias merecen ser investigadas en el futuro.

Sin duda, las generaciones de adultos jóvenes en la ciudad de Madrid viven un contexto de relajación de los controles normativos sobre sus proyectos biográficos y presentan en consonancia una actitud abierta hacia formas familiares y de emparejamiento distintas a las más tradicionales. Pero lo más común es que éstas continúen siendo las preferidas para sus propias vidas. Atendiendo a los datos cuantitativos sobre las prácticas de emparejamiento no podemos hablar de la crisis de la pareja ni del éxito de los procesos de individualización en este terreno, al menos en el contexto español. Existen sin

embargo dimensiones fundamentales de la experiencia del amor y la pareja que no podemos abordar con este tipo de aproximación y que nos proponemos analizar en el resto de capítulos de esta tesis.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO. REPERTORIOS CULTURALES EN TORNO

AL AMOR Y LA PAREJA

*Comes a rainstorm, get your rubbers on your feet
Comes a snow-storm, you can get a little heat
Comes love, nothing can be done*
Billie Holiday

*Hay una cosa que se llama feeling ¿sabes?
Hay una cosa que se llama compatibilidad
Ya, y hay una cosa que se llama feeling ¿sabes lo que te quiero decir?*

Conversación entre un concursante del programa de televisión "Casados a primera vista" y su madre

4.1 Repertorios culturales

Hemos visto cómo una parte importante de los trabajos académicos que abordan el amor desde una perspectiva sociológica se han interesado por los significados que enmarcan las experiencias biográficas de las personas en este terreno. Ha existido un propósito extendido por comprender cuáles son los códigos que nos ayudan a construir nuestras ideas sobre qué es y cómo debería ser el amor en general y por identificar las claves significantes que nos ayudan a proporcionar sentido a nuestras experiencias en este ámbito. Comprender la dimensión simbólica de la experiencia del amor y la pareja es fundamental si no queremos que nuestras conclusiones resulten confusas e insatisfactorias.

A este propósito nos puede ayudar el trabajo de Ann Swidler (2001), quien utiliza la metáfora de "repertorios culturales" para desarrollar una perspectiva teórica sobre la cultura como práctica y aplicarla al ámbito de la experiencia del amor de los estadounidenses. Los repertorios culturales son modos variados de organizar significados que los agentes ponen en práctica para dar sentido a su

experiencia, en ocasiones mezclando marcos culturales heterogéneos sobre un mismo fenómeno sin acusar necesariamente por ello una sensación de incoherencia.³⁵

La idea de repertorio por lo tanto enfatiza la agencia y el uso activo de lo simbólico. Sin embargo, la propia Swidler advierte, no implica entender al sujeto como actor racional. Precisamente la metáfora del repertorio de un artista quiere señalar que ciertas asunciones se incorporan y forman parte de los esquemas con los que de una manera no necesariamente consciente evaluamos el mundo. Probablemente la voluntad de señalar esta incorporación es la que lleva a la autora a sustituir la metáfora de “caja de herramientas” (Swidler, 1986) por la de “repertorio” en su sociología de la cultura.

El concepto de repertorios culturales de Swidler pretende alejarse de dos dominios teóricos que presentan ciertos problemas:

- Por un lado la visión desarrollada por Geertz (1973) y que dominó las ciencias sociales hasta los años 80 (Sewell, 2005). Geertz fue capaz de ver los problemas de excesiva abstracción en el formalismo del estructuralismo semiótico y propuso para la antropología –en aquel momento la ciencia social a la que había que dirigirse para reflexionar sobre la cultura- una perspectiva contextual e histórica. Su método consistió en la “thick description”, o “descripción densa” de sociedades concretas. El problema de su postura es que proporciona una imagen de las diferentes culturas como sistemas de significado excesivamente coherentes, homogéneos y discretos, es decir, netamente separados entre sí. Todas las prácticas se harían inteligibles gracias al “desentrañamiento” de esos mundos de significados compartidos.
- Por otra parte, el argumento parsoniano sobre la adquisición de valores de una manera apromblemática a través de la socialización y la coherencia de las prácticas con esos valores. Es decir la asunción de la influencia unidireccional de la cultura sobre la acción.

La ventaja de la idea de repertorios culturales sobre la idea parsoniana de los valores es que es capaz de dar la vuelta al argumento para explicar cómo las prácticas generan significados en lugar de interesarse exclusivamente en cómo los significados generan prácticas. De hecho, como estrategia

³⁵ En la academia española, Ramos y Callejo (2015: inédito) utilizan el concepto de “repertorios de sentido a la mano” para analizar cómo se conforman los discursos en torno a “la crisis”.

metodológica, Swidler considera que en lugar de intentar entender la coherencia de un supuesto sistema de sentido cerrado para hacer comprensibles las prácticas sociales -tal y como propone Geertz- es necesario partir de los usos (prácticos) que los agentes hacen de los recursos culturales de los que disponen y que han incorporado, para dar sentido a sus acciones. Una situación concreta en la que esto se produce es precisamente la interacción durante la entrevista sociológica. Además, frente al concepto geertziano de "sistema cultural" (1974:87), la idea de repertorios culturales permite dar cuenta de la coexistencia de significados heterogéneos –e incluso contradictorios- en torno a un fenómeno en una misma configuración social.

Por lo tanto, el concepto de repertorios culturales implica cierto grado de incorporación de lo simbólico. Sin embargo, esta incorporación es variable. Según Swidler, algunas "piezas" del repertorio están tan interiorizadas que no necesitamos reflexión sobre las mismas para ponerlas en juego, mientras que otras nos son más ajenas y necesitamos de una elaboración más consciente cuando apelamos a ellas. Esta idea de incorporación implica diferencias y similitudes entre la obra de Swidler y los conceptos bourdianos de "habitus" y "capital cultural". Por una parte, el concepto de habitus es precisamente un intento por parte de Bourdieu de superar la separación dicotómica entre individuo y sociedad a través de su asunción teórica fundamental: la incrustación de las estructuras sociales en el cuerpo a través de hexis corporales y en el pensamiento a través de esquemas mentales. Lo simbólico, es decir, los modos en que damos sentido al mundo, forma parte del habitus. Por lo tanto ambos autores inciden en esta idea de incorporación de los significados. Sin embargo esa variabilidad de lo que nos resulta culturalmente conocido y lo que nos es ajeno que señalaba Ann Swidler es en Bourdieu función principalmente de la posición en el espacio social y depende de algo que se posee o no. En Swidler los recursos culturales –entendidos como significados codificados- están públicamente disponibles, mientras que en Bourdieu, como hemos visto, son una forma de capital o bien son esquemas mentales dependientes de posiciones sociales.

Consideramos que en esta investigación el concepto de repertorios culturales es especialmente útil debido a la hiper-codificación del amor en las sociedades contemporáneas. El hecho de que el amor y la pareja sean objeto de explotación simbólica y cultural constante hace plausible la idea de que existan ciertos significados en torno a ambos que no necesariamente sean divergentes entre grupos sociales específicos. Esto, sin embargo, no debería darse por hecho como a priori de la investigación, sino que ha de ser objeto de indagación empírica, lo cual constituye uno de los propósitos de este capítulo. En cualquier caso, aceptar la existencia de construcciones simbólicas en torno al amor

extendidas socialmente y que éstas puedan ser múltiples y heterogéneas no implica negar las diferencias por posición social ni la propia idea de las disposiciones de clase que plantea Bourdieu. Precisamente la idea de repertorios implica que el uso y la combinación de esos significados no es necesariamente homogénea en diferentes contextos por parte de las mismas personas. Además, es razonable pensar que si las prácticas difieren e

ntre grupos sociales, los repertorios usados para dar sentido a esas prácticas o los modos en que los mismos se ponen en juego puedan diferir también. Cabe preguntarse, por lo tanto, si existen ciertas tendencias también de género y clase en la apropiación y puesta en práctica discursiva de esos repertorios.

Por lo tanto los objetivos de este capítulo son:

- Generar un mapa de los elementos a partir de las que se conforman los repertorios culturales en torno al amor y la pareja de los jóvenes en la ciudad de Madrid
- Investigar si los repertorios que los entrevistados y las entrevistadas construyen son internamente homogéneos o si, tal y como sostiene Swidler, mezclan significados divergentes y/o contradictorios
- Indagar acerca de posibles diferencias de género y clase en el manejo de los significados en torno al amor

Es necesario aclarar a qué nos referimos con el primer punto. La propia Ann Swidler no clarifica exactamente en qué consisten esos significados divergentes en los que las personas se apoyan para construir sus repertorios, hablando en ocasiones de “cosmovisiones culturales” -cultural worldviews-, (2001: 111), imágenes culturales –cultural images- (15) o, influida por Goffman, de “marcos culturales” -cultural frameworks- (111). Por mi parte, considero necesario enfatizar que existen relatos codificados sobre el amor, pero que éstos no se encuentran en un dominio de significación autónomo, separados del mundo social y sus estructuras. Existe una historia que los ha generado y que ha dejado registro material de los mismos, además de contextos sociales presentes que continúan su construcción y de agentes que los encarnan. Las fuentes de esa construcción son muy variadas y van desde industrias culturales como la música, el cine y la literatura hasta otras emergentes como los programas de televisión o las páginas web que actúan como nuevas agencias matrimoniales en el tecno-capitalismo, pasando por los discursos terapéuticos o las recetas pseudo-científicas que se cuelan en la sección de consejos de las publicaciones más diversas.

En este capítulo se ha construido una clasificación de tres categorías de elementos, tres grupos de significados con cierta coherencia interna que sirven como base a los repertorios que los jóvenes incorporan y ponen en práctica: “prosaico-realistas” (Swidler, 2001: 114), “románticos” y “posmodernos”. Estas categorías funcionan como tipos ideales analíticos con el propósito de investigar las definiciones de los conceptos de amor y pareja que manejan los jóvenes de una sociedad urbana como Madrid. Para su delimitación, y debido a la cantidad ingente de lugares sociales de construcción de simbología amorosa, me he servido de la literatura sociológica contemporánea que ha indagado al respecto. Si bien no de forma exhaustiva, pretenden proporcionar un mapa de los códigos sobre el amor y la pareja que los jóvenes ponen en práctica en la construcción del sentido sobre ambos.

4.2 Confusiones en torno al concepto de amor romántico

Antes de pasar al análisis de la puesta en práctica de los repertorios, es necesario que aclaremos a qué nos referimos con el término romántico. Una investigación sociológica sobre el amor necesariamente tiene que lidiar con este complicado concepto, en torno al cual la reflexión se hace especialmente compleja debido a su gran presencia en las conversaciones cotidianas y en los saberes de sentido común. Gran parte de los trabajos sociológicos que se han dedicado al estudio del amor romántico debaten sobre si el mismo constituye una construcción cultural específica de Occidente. El antropólogo William Jankowiak (1995) se opone a esta tesis con un estudio en el que defiende la existencia de lo que denomina la “pasión romántica” en las más diversas sociedades fuera del mundo occidental. En un trabajo de referencia del que es editor, varios autores argumentan acerca de la presencia en las mismas de procesos emocionales similares a lo que entendemos por enamoramiento o a lo que describe el término anglosajón “infatuation”: sentimientos de deseo o pasionales hacia una persona que implican idealización y erotización. Por su parte Charles Lindholm (1998) considera que el amor romántico, como conjunción de esos procesos de erotización e idealización del otro-a amado-a con la pretensión de exclusividad y perdurabilidad, no es un fenómeno universal, pero tampoco únicamente occidental. Según Lindholm la base romántica de la relación de pareja, que funciona como refugio frente al exterior, tiene más probabilidades de surgir y consolidarse en aquellos lugares en los que el riesgo es una característica central de la vida social. Por eso podemos encontrarlo en configuraciones sociales tan diferentes como las modernas sociedades “fluidas” o ciertas sociedades de cazadores y recolectores con condiciones ambientales muy adversas y niveles altos de movilidad y

competencia. En ambos entornos el amor romántico no es exclusivamente la causa de encuentros esporádicos o relaciones temporales y prohibidas, como sucede en otras sociedades, sino la base para el matrimonio. El propio Lindholm matiza, sin embargo, que si bien existen configuraciones románticas en diferentes entornos sociales, cada una de ellas tiene sus propias peculiaridades. Esta idea del auge del amor frente al mundo hostil, sostenida por Beck y Beck-Gernsheim (1998) para las sociedades post-industriales, aparece ya en Weber (1972), quien, como veíamos en el capítulo 1, considera el amor erotizado -en este caso extramatrimonial- un espacio confortador frente a la creciente racionalización del mundo moderno y al mismo tiempo una esfera de competencia con la religión para la generación del sentido de la existencia y de la creencia en la propia salvación.

Por otra parte, William J. Goode (1959) considera que en lugar de analizar las sociedades en función de una dicotomía del tipo no ocurrencia-ocurrencia de amor romántico deberíamos atender a un continuum entre ambos polos. Goode defiende que el amor romántico -así como los mecanismos sociales para su control- puede existir y de hecho existe en sociedades muy diversas entre sí. Lo que es más específicamente occidental, considera, es su institucionalización en lo que denomina el "complejo del amor romántico" (1959: 42). Ideas similares sobre la preeminencia social del este tipo de amor en Occidente son las que defienden su existencia como "utopía colectiva" (Illouz, 2009: 18) o "fuerza social genérica" (Giddens, 1995: 50)

¿En qué consiste ese complejo del amor romántico en Occidente? Los autores que se han planteado esta pregunta desde la sociología pretenden explicar las peculiaridades que han modelado la historia occidental del amor hasta convertir su versión romántica en un ideal social extendido. En consecuencia, no hablan tanto de experiencias emocionales -tal como hacía Jankowiak- como de complejas configuraciones sociales. Una parte importante de ellos alude a la aparición del amor cortés entre la aristocracia francesa -y su expansión al resto de Europa- en los siglos XI y XII como hito histórico (Giddens, 1995; Swidler, 2001). Esta tesis defiende que la lírica trovadoresca refleja lo que fueron en la sociedad cortesana de la época los ideales del amor como pasión. Según Denis de Rougemont (2010) éste consistió en un ideal amoroso fundamentalmente transgresor, basado en la prohibición y la imposibilidad de partida. Tal como ha quedado registrado en la lírica provenzal (Galmés de Fuentes, 1996), el caballero despliega su adoración hacia una dama siempre casada, con la que se implica en una relación de idealización y alabanza, pero no en una relación sexual -al menos en teoría-³⁶.

³⁶ Algunos autores han señalado que el amor cortés implica mesura, moderación y control de los impulsos, pero no castidad (Rougemont, 2010; Dufour, 1999)

El amor se convirtió en un arte: quienes lo practicaban –élites liberadas de las ataduras del trabajo– crearon una nueva filosofía de vida.³⁷ Por su imposibilidad, el amor pasión está llamado a la tragedia, y nunca se consideró requisito para el matrimonio. Michèle Dufour (1999) proporciona un análisis especialmente interesante sobre el amor cortesano y su relación con la sociedad de la época. Según esta autora, no es posible entender este nuevo ideal amoroso sin prestar atención a la posición social de sus protagonistas: trovadores y damas cortesan. Los primeros son caballeros procedentes fundamentalmente de sectores de la nobleza sencilla o bien arruinada y que forman parte del séquito de los grandes señores que concentran el poder y las propiedades. En los castillos medievales, este séquito entra en contacto con la castellana y las damiselas de su corte. La castellana es una dama culta que gusta de rodearse de poetas, quienes tienen siempre un rango inferior a ella dentro de la institución medieval del vasallaje. Esto convierte a estas mujeres en inalcanzables y hace plausible la relación que se establece entre la dama y el caballero, análoga al vínculo entre señor feudal y siervo. En efecto, el trovador muestra siempre humildad ante la dama, a la que venera en sus poemas, dama que se presenta frecuentemente altiva pero de la que cabe esperar protección y ayuda, al igual que se espera del señor feudal.

El amor cortés es por lo tanto exclusivo de la clase alta, un amor de la aristocracia, que se hace posible gracias al desarrollo de una corte feminizada en la que se establecen un tipo de relaciones entre hombres y mujeres que la convierten en un oasis frente a la violencia generalizada y cotidiana en la Edad Media. Este tipo de relaciones se basan en rituales y prácticas de cortesía, que se convierten en marcas de estatus.

Probablemente, el rasgo del amor cortés más interesante para comprender la evolución posterior del amor en occidente es su componente de idealización. Tal como Dufour (1999) explica, el amor cortesano, con su idealización del adulterio y con su “reivindicación” de la pasión, supuso una reacción al exceso de rigidez del matrimonio cristiano, monógamo e indisoluble, impuesto a los sectores populares en el siglo XI y a la aristocracia en el XII. La misma autora argumenta cómo el matrimonio cristiano había supuesto una modificación del significado de esta institución con respecto a la Antigüedad. Los romanos, explica, entendían el matrimonio como un deber cívico que debía servir al

³⁷ Octavio Paz (2009) proporciona varios ejemplos históricos no occidentales de procesos similares con la intención de rebatir el argumento de Denis de Rougemont, quien considera que el amor pasión fue un fenómeno exclusivo de Occidente que marcó su historia posterior. No es un objetivo de esta investigación indagar acerca de la presencia o no del amor pasión fuera del mundo occidental. Este nos interesa exclusivamente como contextualización histórica de los construcciones culturales en torno al amor vigentes en las sociedades occidentales contemporáneas.

propósito de dar ciudadanos a la patria. El matrimonio se basaba en la ayuda y la amistad mutua y no en el amor pasional o idealizado, y el divorcio era frecuente entre las clases altas. En este contexto, el adulterio se consideraba una falta, pero no grave en exceso. Con la institucionalización y sacralización del matrimonio cristiano, éste se moraliza (Dufour, 1999: 220) y se convierte en indisoluble. Ahora, el adulterio es un pecado. Tanto en Roma como en la sociedad medieval cristiana, la pasión constituye un peligro y el amor idealizado nunca se consideró la base necesaria para el matrimonio, sino más bien una amenaza contra él. En contra de este ethos hegemónico, y en el contexto opresor del cristianismo medieval, los trovadores idealizan el adulterio como modo de entronar el amor, un amor pasión imposible que no se concibe en su época la base de relaciones de pareja duraderas e institucionalizadas. Es esta imposibilidad lo que convierte el amor cortesano en algo trágico y ligado al sufrimiento, algo sobre lo que un final feliz es inconcebible.

- El ideal del amor pasión “inventado” en la Edad Media habría llegado a las sociedades contemporáneas reformulado por la cultura burguesa del primer capitalismo de finales del s. XVIII y principios del XIX. Esta fecha marca según Giddens (1995) el nacimiento del amor romántico, construido a través de la fusión de elementos del amor pasión con varios componentes de la sociedad moderna burguesa emergente:
 - La aparición de la novela, que se convertiría en un potente difusor de la ética romántica (fundamentalmente a través de las lectoras femeninas)
 - La separación de las esferas doméstica y pública y la especialización de las mujeres en la primera. La familia se convierte en una “comunidad de afectos” y la figura de la esposa y madre será la encargada de gestionarlos³⁸
 - La inclusión de valores cristianos en la historia de amor. La necesidad de conocer a Dios se aplica ahora a la necesidad de conocer a la persona amada³⁹

³⁸ Los registros literarios del amor cortés presentan a una mujer que adopta un papel más bien pasivo. El caballero es quien se enamora de la virtud y belleza de la dama y se encarga de conquistar al objeto de su adoración. El amor romántico en cambio es un amor feminizado que implica la búsqueda activa del mismo por parte de las mujeres, las cuales se convierten además en las expertas de los asuntos sentimentales.

³⁹ El ya citado Galmés de Fuentes señala también una conexión entre amor y religiosidad como característica del amor cortés. Muestra cómo la lírica provenzal describe al enamorado como receptor de una “infusión de gracia” y al amor como equivalente a la virtud religiosa (1996: 87). El propio Weber (1972) explica que una de las fuentes de la competencia entre el sentimiento religioso y el amor erótico es que ambos funcionan a través de mecanismos psicológicos similares.

- El individualismo y la valoración de la libertad personal, factor muy importante ya que redundan en la capacidad de elección. Los individuos se consideran dueños de su destino y de sus decisiones –entre ellas, las decisiones sobre el futuro cónyuge-.

La idealización del amado, la creencia en que el amor nos hace más virtuosos y la pasión repentina y certera, todos ellos rasgos del amor cortés (Swidler, 2001) se institucionalizan con la aparición del amor romántico. El amor idealizado ya no desemboca en tragedia, sino en matrimonio, y éste constituye el cambio fundamental: se le dota de una estructura narrativa con final feliz: ahora el amor implica una proyección de futuro y una historia compartida a largo plazo que incluye la sanción del vínculo con un cónyuge elegido “por amor”. Es decir, la idealización se institucionaliza. Precisamente esta pretensión romántica de conjugar pasión y perdurabilidad es considerada por algunos autores (Esteban, 2011; Roca, 2008; Sanpedro, 2009) como su contradicción fundamental y una de las fuentes de mayor frustración en la vida emocional de las personas.

El trabajo de Norbert Elias (1982) nos permite establecer cierta conexión entre los dos momentos históricos que se han comentado, pues considera que el ideal burgués del amor romántico había comenzado a forjarse ya con la transformación de la aristocracia francesa en el s. XVII. Elias advierte que no es posible señalar un comienzo absoluto para los procesos sociales de largo alcance, como el que se encarga de describir: el acortesanamiento de la nobleza francesa y la pérdida de poder de los sectores caballerescos rurales durante el proceso de centralización y acumulación del poder en la corte real a finales de la Edad Media en Francia. Durante este periodo se produce –de forma no lineal- un cambio en la configuración de las relaciones entre los hombres, del ejercicio de poder de unos sobre otros y del grado de interdependencia entre ellos. Los nobles rurales sufren una importante pérdida de estatus y gran parte de ellos se ven obligados a trasladarse a la corte real (del mismo modo en que los nobles “menores” se habían integrado en las cortes de los señores feudales). La integración estatal y creciente urbanización son, según Elias, el caldo de cultivo para la aparición de diferentes movimientos románticos. Se desarrolla en este momento la añoranza nostálgica por un modo de vida más sencillo y apegado a la naturaleza por parte de estos sectores sociales que Elias denomina “capas de dos frentes” (1982: 338) debido a que pertenecen a un sector en decadencia de las clases aristocráticas dominantes y se ven sujetos por ello a dos tipos de coacciones: las impuestas por el proceso de civilización de la vida cortesana en la que se ven obligados a insertarse, y las auto-impuestas para mantener su distinción frente a los sectores sociales más bajos. Estas son las capas que según Elias desarrollan un romanticismo amoroso precursor del “profesional burgués” (pp. 288). El rechazo al modo de vida de los grupos de la

aristocracia cortesana realmente dominantes se manifiesta entre otras cosas en un rechazo a sus costumbres amorosas licenciosas, “relajadas y sensuales” (pp. 337). Frente a ellos, estos sectores promueven un ethos amoroso que introduce “un cierto gusto en la dilación del placer amoroso, una melancólica alegría por los propios padecimientos amorosos, un goce en la tensión del deseo no satisfecho. Ello da a este tipo de vinculación amorosa su carácter romántico” (pp. 340). Se trata además de una ética amorosa que introduce cierta individualización ya que se basa en la libertad de elección y en la absoluta fidelidad, que además se produce entre jóvenes solteros que pretenden conseguir la realización duradera de su amor. El componente de idealización de este ethos amoroso lo separa del puro deseo carnal y de las costumbres sexuales más groseras de los sectores sociales inferiores, manifestando nuevamente esas coerciones civilizatorias que pasan según Elias a interiorizarse como auto-coacciones entre la sociedad cortesana de este periodo histórico.

Si, tal y como explica Elias, los procesos sociales -entre ellos, el desarrollo de una particular ética en torno al amor- no nacen como novedades absolutas, es necesario tener en cuenta estos desarrollos históricos para entender los modelos de relaciones de pareja vigentes en la actualidad. Sin embargo, esto no implica negar los cambios en las formas de vinculación amorosa. A partir de la segunda mitad del s. XX han tenido lugar en las sociedades capitalistas occidentales un gran número de transformaciones estructurales que han influido de forma significativa en la organización de las familias, los roles de género o las categorías de relaciones normativas. En España han sido particularmente acusados en las últimas décadas los procesos de urbanización y secularización de amplios sectores sociales. Esto ha redundado en la pluralización de los estilos de vida y en la privatización y relajación de los controles sobre las formas de vivencia de las relaciones amorosas (Ayuso, 2010; Callejo, 2010; Camarero, 2003; Meil, 1999; Pérez-Agote, 2012)

Según la socióloga Eva Illouz (2009) el ideal romántico no puede separarse en las sociedades post-industriales de su utilización por parte de las industrias culturales y de su asociación con el hedonismo urbanita. Se ha creado según Illouz toda una cultura popular del amor que mezcla elementos románticos con otros del ethos postmoderno propio del capitalismo post-industrial. Todos estos factores inciden en que la definición del amor romántico contemporáneo sea especialmente complicada. Existen sin embargo una serie de autores que han construido una categoría señalando sus rasgos centrales (Bosch et al., 2007; Esteban, 2011; Jackson, 1993; Roca, 2008; Sanpedro, 2009)⁴⁰. En esta investigación me basaré en parte en estas contribuciones para rastrear los elementos románticos

⁴⁰ Swidler (2001), por su parte, prefiere utilizar el concepto de amor “mítico-idealista”

en los repertorios de los y las jóvenes en torno al amor y la pareja. Lo que hoy se entiende por “romántico”, tanto entre los estudios sociológicos como en las conversaciones cotidianas, si bien modificado por los nuevos contextos de relaciones sociales, tiene reminiscencias de la tradición occidental que venimos analizando. En este capítulo nos centramos en sus elementos simbólicos, es decir, en la dimensión de sentido de lo romántico. Sin embargo, no olvidamos que esta tipología amorosa implica fundamentalmente relaciones sociales, y en el siguiente capítulo atenderemos a ciertas tendencias emocionales y prácticas que lo consolidan. Por ahora, nos interesa investigarlo como construcción cultural que presenta los siguientes rasgos:

- Conjunción de pasión intensa y pretensión de perdurabilidad del vínculo “para siempre”
- Visión idealizada de la persona amada
- Creencia en que el amor es capaz de superar todos los obstáculos
- Idea de la existencia de un único amor verdadero y una persona “hecha” para cada persona; quienes se aman están predestinados
- Creencia en que dos personas que se aman se completan mutuamente y son el centro de la existencia del otro/otra
- Visión del amor como fuerza inevitable e irracional y que lo tanto no depende de la voluntad

Este ideal mítico del amor configura una versión del mismo como narrativa que tiene un comienzo súbito y certero, un ritmo emocional muy rápido, una trama intensa y un final feliz: el enamoramiento da paso espontáneamente a una relación satisfactoria y de por vida (Jackson, 1993). El amor romántico implica además una promesa (Bawin-Legros, 2004), pues se basa en las expectativas de convertirnos algún día también nosotros en el héroe o la heroína protagonista de una historia que se convierta en el centro de la propia vida y otorgue la plenitud y la felicidad.

4. 3 Elementos “prosaico-realistas” en la construcción del sentido del amor y la pareja

Como vimos en el capítulo dedicado a las aproximaciones sociológicas a nuestro tema de estudio, mientras que algunos autores consideran que el amor romántico está en declive o ha desaparecido, otros entienden que las sociedades post-industriales contemporáneas generan

precisamente las condiciones para su auge. Por otra parte, desde el feminismo, diferentes sociólogas apuntan a la capacidad del ideal romántico para sostener, reproducir e incluso apuntalar las jerarquías de género en las sociedades contemporáneas. En la presente investigación no partimos de ninguna de las anteriores premisas, sino que uno de nuestros objetivos es precisamente entender en qué medida la construcción mítico-idealista (Swidler, 2001: 116) forma parte de las representaciones con las que los jóvenes construyen el sentido de su biografía. El trabajo empírico conducido ha puesto de manifiesto la persistencia de ciertas asunciones que se corresponden a esa visión mítica del amor y que analizaremos en detalle. Sin embargo, los repertorios de los y las jóvenes participantes muestran el predominio de ideas en torno al amor opuestas a las que acabamos de presentar: rasgos que denominaremos, siguiendo a Swidler (2001: 114), "prosaico-realistas". Para abordarlos utilizaremos el análisis de las entrevistas realizadas. En la mayor parte de los fragmentos que expondremos los y las participantes responden a una pregunta genérica sobre "¿qué es el amor para ti?" o a otra más específica sobre "¿cómo crees que es una buena relación de pareja?". En algunas ocasiones, estas ideas surgen en otros momentos de la conversación que no han sido inducidos por el guión de la entrevista.

S: Por ejemplo, lo que sentía por Diego era **mucho más irracional**. Lo que siento por Fran es muchísimo más racional, o sea, **sé por qué le quiero**. O sea, encuentro **motivos** racionales para quererle. Con Diego era como muchísimo más visceral (es que es un poco, es un poco difícil de explicar) (ríe) (...) Sé por qué le quiero. Y le quiero. Y...y me gusta cómo es. Y...**nos complementamos muy bien, nos entendemos**, o sea, yo sé cuándo él está mal, él sabe cuándo yo lo estoy, cuándo él está enfadado, cuándo yo estoy enfadada, entonces intentamos **sostenernos** el uno al otro ¿no?, que nunca...que si yo estoy enfadada no lleguemos a pelear, si él está enfadado no lleguemos a pelear, si él está triste pues yo le **ayudo**, tenemos **proyectos**, tenemos **ideas comunes** de lo que es el mundo, de lo que queremos de la vida... (E18: SOFÍA)

Frente a la idea romántica del amor como algo que sobreviene y ante lo que es imposible no doblarse, que además no se puede explicar porque es una experiencia incontrolable y que no atiende a motivos analizables, aquí se presenta un argumento muy diferente: la relación actual se considera saludable precisamente porque es "racional", porque existe una explicación plausible de por qué se quiere al otro. Esta forma de entender el amor muestra por sí misma un carácter anti-idealista: se niega la irracionalidad del sentimiento. Pero además, los motivos que se esgrimen para explicar el amor tienen que ver con el desarrollo de una relación basada en la amistad, el apoyo y la proyección de futuro más que con la idealización o la emoción desbordada. Es interesante además cómo se utiliza esta "pieza del repertorio" para dar sentido a una relación presente (Swidler, 2001) y otorgarle valor frente a

otra pasada, que era “irracional” y “visceral”, y que por tener tales características no se considera una relación positiva.

R: No sé, la experiencia me ha hecho ver que **las cosas despacio van muchísimo mejor (...)** No te digo que lleves una relación de... de coñazo desde el principio, de... “no, vamos a esperar 500 años” pero yo qué sé, no sé, las cosas se pueden tomar con más **calma**.
E: O sea que tu relación de ahora no tienes esto que tenías con este hombre de...
R: No, no, porque es que a mí **no me dejaba ni pensar** y si me daba para pensar era para pensar para **volverme loca**. Porque era una relación... **destructiva total** (E31: RAQUEL)

En el anterior fragmento vemos como otra entrevistada pone en marcha un argumento similar al que utilizaba Sofía. La relación actual es mejor que la anterior precisamente porque en lugar de estar basada en una emoción irracional, que nubla el entendimiento, que “no deja ni pensar” y que por lo tanto nos pone a merced de las pasiones, se desarrolla con calma. Frente al ritmo rápido de la narrativa romántica, utilizar discursivamente un relato prosaico-realista implica apelar a un proceso gradual, en el que la relación y el sentimiento crecen juntos y lentamente.

Otra idea que tiene que ver con este ritmo pausado de las relaciones y que se repite en la gran mayoría de los entrevistados es la que apela a las fases en los vínculos y a su necesaria evolución y cambio.

A: Hombre yo pienso que **al principio** es siempre la **novedad** y es cuando más... Estás conociendo a una persona y es cuando más te atrae... te **atrae** la otra persona en sí ¿sabes? Porque la estás empezando a conocer, a ver lo que le gusta a ella, sus inquietudes, sus cosas y tal y luego... yo creo que luego ya **cuando pasa el tiempo es cuando de verdad te enamoras**, de una persona ¿sabes? Estar ahí el **día a día** y... **saber cómo se siente** y estar en to los momentos y tal ¿sabes? Ya la **ves en todos los aspectos no sólo los aspectos de que bajo al bar** y estoy contigo. Porque yo cuando empiezas una relación no te vas a vivir juntos, entonces las horas de tiempo que ves a la otra persona son pocas, si trabajas son pocas (E13: ÁLVARO)

En este fragmento se observa un planteamiento contrario a la idea del flechazo. El comienzo de una relación no lo marca la auto-conciencia de un sentimiento experimentado como inequívoco, sino algo más simple: la atracción. Illouz (2009) considera que gracias a la legitimación de los encuentros sexuales casuales hemos podido re-codificar la visión del enamoramiento súbito como mera atracción sexual. En este caso, el entrevistado considera que esa atracción tiene que ver con lo novedoso, con la

curiosidad por conocer el mundo de vida de otra persona. Pero no es hasta que ese mundo se comparte cuando puede uno considerarse enamorado. Es decir, aquí hay una idea contraria a la identificación entre enamoramiento y amor (Esteban, 2011). Y compartir ese mundo implica estar presente en las situaciones cotidianas de la otra persona y también conocerla emocionalmente, "saber cómo se siente". Finalmente, esta visión prosaico-realista de la pareja que despliega Álvaro entiende que el amor se desarrolla cuando no sólo se comparten situaciones de diversión o de ocio, como cuando "bajas al bar", sino cuando se convive y se dedica mucho tiempo a la pareja. Así es el comienzo del amor. Y en cuanto a su desarrollo, si la visión romántica entiende que el "verdadero amor" es capaz de conjugar la intensidad de la pasión con la voluntad de perdurabilidad del vínculo, la visión realista con la que estos jóvenes construyen sus repertorios implica conciencia de la dificultad de combinar ambos:

R: Quiero decir, yo con Marcos le decía eso, digo "tío, es que, como al principio nunca se puede..." Marcos sólo ha estao conmigo, que es éste, mi pareja de ahora. Nunca se había enrollao con nadie. Y entonces claro, él tampoco tiene... Y yo le digo, "Marcos es que lo normal es eso, es que no todo, **no siempre estás como al principio, es que eso le pasa a todo el mundo** ¿sabes? Que no somos tú y yo. Es que eso es normal ¿sabes?" Y... y claro, el otro pues se queda ahí, "pues es que no lo entiendo, tal". "Pues es que es así ¿sabes? **Yo siento decepcionarte pero las cosas son así.**" (E30: ROSANA)

Frente a la idea de que el amor lo puede todo y que constituye un encuentro que implica un sentimiento "de una vez y para siempre", en este fragmento de conversación podemos ver la conciencia menos idealizadora de los jóvenes contemporáneos. En él está implícito que cualquiera que haya tenido una relación sabe que la intensidad de los primeros tiempos no se puede mantener, y que quien crea lo contrario es un ingenuo. Sin embargo, junto a esta conciencia desencantada persiste un anhelo de perdurabilidad más que una actitud cínica:

E ¿Crees que se puede mantener una relación sin tener eso? Sin...

R: ¿Sin ese amor del principio?

E: Sí

R: Hombre, sí, quiero decirte, que **se puede mantener si haces algo por ello**, quiero decir, con Marcos yo decía, necesito echarte de menos tío. O sea **yo necesito echar de menos**, para que me... Si no echo de menos, no puedo porque es lo que digo lo tengo ahí sabes es una rutina que no... Ni te fijas a veces. Pero en el momento que te echas de menos, na, un poco, lo que sea, "vete un finde a tomar por culo por ahí" ¿sabes? que... pues ya otra vez se... Te ape, te apetece, ¿sabes? **Yo lo sobrevivo así es que si no no puedo.** (E30: ROSANA)

Como vemos, uno de los obstáculos a las relaciones tal y como se entienden aquí es esa imposibilidad de mantener la intensidad constante y la aparición de la rutina en su lugar. Por eso, el sentimiento inicial y las cualidades del otro no bastan para mantener espontáneamente el vínculo amoroso, tal y como la concepción mítica-romántica asume. Es necesaria una actitud activa, hacer cosas para que “la chispa no se apague”. Esta idea, que aparece textualmente en un número muy elevado de entrevistados y entrevistadas, pone de manifiesto una visión algo paradójica del amor. El anhelo es romántico, pero la conciencia lo es menos. La solución es buscar activamente lo que se querría tener espontáneamente. En este caso, la solución que plantea la entrevistada es tan simple como separarse temporalmente. En otros entrevistados, la idea es planear actividades juntos, viajes en muchas ocasiones, que funcionen como rituales que permitan mantener no sólo la diversión y la ilusión, sino fundamentalmente el sentimiento de “estar enamorado” (Illouz, 2009).

Otro elemento de la construcción romántica que los jóvenes no parecen asumir discursivamente es la idea de la predestinación, de la necesidad del encuentro con la persona “hecha” para cada uno. Los encuentros más bien se describen como accidentales (Swidler, 2001):

G: Nos conocimos un poco por, porque sí, porque estábamos cada uno en casa y no teníamos nada que hacer y no sé, nos pinchamos por messenger o algo así, “¿qué haces ahora?” pum pum pum, “pues vamos al cine”. Y **poco a poco fuimos quedando**. Yo para mí era una amiga, como una amiga nueva, “ah, mira qué bien, fenomenal”, e inesperadamente pues acabamos saliendo (E1: GONZALO)

Así es como describe Gonzalo el comienzo de la relación con su pareja, a la que conocía previamente debido a su pertenencia a una familia amiga de la suya. Como el fragmento pone de manifiesto, no se hacen descripciones de grandes momentos reveladores. Más bien los jóvenes narran encuentros fortuitos en bares, “el barrio”, la universidad o la situación típica en la que se conoce al amigo-a de una amiga-o y se empieza a “quedar”. En ningún entrevistado aparece la idea de la inevitabilidad. Sin embargo, curiosamente, una vez que la persona se conoce y en los casos en los que sigue siendo la pareja en el momento de la entrevista, sí se describe en numerosas ocasiones como “la persona adecuada” o la única pareja con la que uno ha compartido “amor de verdad”. El sentido de esta aparición de piezas idealistas en medio de repertorios mayoritariamente realistas se analizará en el siguiente epígrafe. Continuando con los elementos prosaico-realistas, encontramos discursos en los que existe una idea extendida de las parejas como “amigos” que más que completarse, son “compatibles”:

B: Para mí lo ideal o lo que tiene que ser es, tu pareja tiene que ser **antes que nada tu amigo**. Que... Una persona con la que **compartas gustos, aficiones, valores** también y un modo de ver la vida (E20: BEGOÑA)

L: La verdad es que yo **tenía una idea de que...la pareja ideal** para cada persona siempre iba a ser bastante...ehh, **al contrario que uno mismo**, por eso de..."se complementan y demás." Pero..., después de haber salido con dos o tres chicos, me he dado cuenta de que **la persona con la que más cuadro es, irónicamente, con la persona que más coincido...en gustos (...)** Como **nos conocíamos de tanto, teníamos tantas cosas en común, nos era mucho más fácil hablar, decirnos las cosas...** (E25: LARA)

Como vemos, ambas entrevistadas otorgan valor a la idea de las personas "compatibles", que comparten gustos, aficiones, ideas sobre el mundo etc. A lo que ambas apelan, es, básicamente, a la compatibilidad de los estilos de vida. En estos discursos se hacen conscientes ciertos mecanismos sociales de la atracción, que tienen que ver con disposiciones estéticas y éticas que las propias entrevistadas entienden como afines, sin que se hagan consciente, eso sí, los mecanismos sociales tanto de producción como de valoración de estas disposiciones. Pero además, en estos discursos, la pareja debe ser un amigo también a un nivel íntimo, alguien con quien poder hablar y que constituya un apoyo. Se moviliza en este sentido una idea cercana a lo que María Jesús Miranda (2008: 19) categoriza como "amor entre iguales", por oposición al "amor de los complementarios", basado en una diferencia estructural en los roles otorgados a hombres y mujeres, y al "amor pasión" fundado en un sentimiento intenso, incontenible y obsesivo, opuesto a la razón. En el amor de los complementarios, hombres y mujeres libres no sólo se aman entre sí sino que aman los mismos objetos e ideas. Además, las relaciones de pareja no se fundan –idealmente y en el plano discursivo-, en la necesidad –económica o emocional-, sino en el deseo de compartir. Algunos rasgos de esta categoría la acercan a lo que Giddens (1995) denomina el amor confluyente, basado, como ya vimos, en el ethos terapéutico y en la idea de la pareja como un acuerdo siempre revocable. En efecto, Miranda también entiende este tipo de relaciones como un "consenso continuamente renovado" (2008: 27) -por lo tanto necesariamente más frágiles que las relaciones entre complementarios- en el que la comunicación se convierte en el pilar fundamental. Sin embargo, mientras que la socióloga española entiende cada categoría de su tipología como una construcción analítica que raramente aparece de forma completa y aislada en la realidad social, en Giddens hay una visión optimista del amor contemporáneo que le lleva a hacer un diagnóstico del mismo en el que predominan la relación pura y el citado amor confluyente, diagnóstico en el que se ignoran la dominación y las relaciones de poder. En el siguiente capítulo analizamos la dimensión

sentida y practicada de las relaciones amorosas ahondando en la crítica al argumento de Giddens. Por ahora queremos señalar que el amor confluyente, en su dimensión de significado, podría considerarse dentro de esta categoría prosaico-realista, en la medida en que sustituye el relato idealizado del amor por una visión pragmática y negociada de las relaciones, en las que “el encuentro”, en el sentido de entendimiento, se convierte en la base de una intimidad cuyo objetivo es la satisfacción emocional y sexual mutua. Precisamente los rasgos que caracterizan lo que Giddens llama amor confluyente son los que diferencian las “piezas” menos idealizadoras de los repertorios que los jóvenes de diferentes trayectorias de clase social ponen en práctica en sus discursos sobre el amor. Mientras que las ideas realistas que aparecen en los fragmentos que hemos analizado hasta ahora en este apartado no presentan grandes diferencias de clase en los discursos de los entrevistados, es llamativo como los rasgos del diagnóstico de Giddens, especialmente el ethos terapéutico aplicado a las relaciones, son omnipresentes en el discurso de los jóvenes de las trayectorias 1 y 2 mientras que prácticamente están ausentes en los de las trayectorias 3 y 4.⁴¹ De nuevo, en el siguiente capítulo analizaremos la experiencia cotidiana de este ethos comunicativo y terapéutico, mientras que en este punto vamos a analizar su puesta en práctica discursiva por parte de los entrevistados y entrevistadas.

G: Pues yo diría, eh, **ser muy respetuoso con la opinión de la otra persona**, como te he dicho antes **dar más que recibir**, o sea, fundamental, eh... confiar plenamente (ríe levemente) eh... (silencio). No sé, o sea, para que una pareja sea exitosa digamos... (silencio) No sé, **confianza 100%**, y **la verdad por delante** y... no sé. O sea muy abierto todo, en ese sentido ¿no? de, **hay que expresarse, todo lo que uno piensa o sienta, hay que decirlo**. (E1: GONZALO)

En este momento de la conversación con Gonzalo, vemos cómo este joven ingeniero procedente de una familia de clase alta y en sus propias palabras “muy, muy, muy religiosa” construye un repertorio en el que mezcla una idea cristiana –“dar más que recibir”- con un elemento central de la idea de amor confluyente: la comunicación. Un requisito fundamental para la pareja es la confianza, y para que ésta se establezca es necesario decir siempre la verdad. Pero la comunicación no se reduce a intercambiar y respetar opiniones sino que fundamentalmente se trata de una comunicación emocional: para que una pareja sea exitosa “hay que expresarse”, hacer al otro comprender cuáles son los sentimientos propios. Este tipo de prácticas establecen la intimidad emocional de la que habla Giddens,

⁴¹ Una excepción a esta tendencia la encontramos en los dos jóvenes de la trayectoria 3 con títulos universitarios, Mercedes y Dani. Los detalles sobre su perfil sociológico pueden consultarse en el apéndice metodológico.

a la que parecen dar una importancia mucho mayor las personas de clases medias-altas con capital cultural.

Por otra parte, una analogía muy utilizada para relatar las relaciones amorosas es la que compara la vivencia de la pareja con el esfuerzo y la implicación que requiere el trabajo. Illouz (2009) señala la omnipresencia en los discursos sobre el amor en las sociedades contemporáneas de dos tipos de metáforas opuestas que presentan afinidades con las contradicciones culturales del capitalismo actual: por una lado, las relacionadas con la esfera del consumo, que apelan al disfrute en pareja y a una actitud hedonista frente a la vida, y por otra parte, las análogas a la esfera de la producción, que entienden las relaciones como una construcción que necesita de constancia y fuerza de voluntad. Estas últimas se relacionan directamente con el “ethos terapéutico” que promueve la gestión activa de las emociones y que está muy presente entre los y las jóvenes del sector de clase media y media-alta.

A: No creo que haya una cosa que haga que una relación sea buena, pero... tener **interés, en mantener esa relación viva**. Eso me parece que es lo único un poco indispensable vamos, tener interés y que **trabajes la relación** puede funcionar, si no lo tienes no puede funcionar. Eso es lo único un poco excluyente digamos.

(...)

E: ¿Y a qué te refieres con lo de trabajar la relación?

A: Ja, pues sí, ya, la pregunta es... (ríe). Trabajar la relación quiere decir **entender cómo es la otra persona**, entender que nadie es perfecto, que todos tenemos muchas miserias que arrastramos, entonces que esas miserias tu pareja no las tenga que esconder delante tuyo, sino que las pueda... no te digo estar todo el rato presumiendo de ellas ¿sabes? pero que no se tenga que esconder de quién es, sino que pueda un poco ser bastante natural ¿no? Y... que **por otra parte todo esto no te suponga un sacrificio para ti**, no puedes estar diciendo “ah es que yo soy, sacrifico para soportarla” ¿no? O sea tampoco es eso a lo que voy ¿no?
(E2: ALONSO)

Como vemos, en el discurso de este joven –médico y procedente de una familia de clase media-alto- lo que hace que una relación funcione no es algo que una pareja *tiene*, sino algo que los miembros de la misma *hacen*. Esta idea tiene una implicación por lo tanto más pragmática que idealista. El amor se sostiene gracias al “trabajo en el mismo” más que a la permanencia o la intensidad del sentimiento. Pero de nuevo, tal como veíamos en Gonzalo, ese trabajo tiene que ver con cuestiones emocionales más que prácticas. “Trabajar una relación” consiste en conocer la persona con la que estás y aceptar –de manera de nuevo realista- sus defectos. Por lo tanto lo fundamental para una pareja es precisamente alejarse de

la idealización romántica y comprender a la pareja "tal como es". Sin embargo, Alonso pone en juego una idea interesante: es necesario aceptar al otro o la otra, pero sin que eso "suponga un sacrificio". Esto deja entrever cierta ética "post-moral" de las relaciones (Bawin Legros, 2004: 242). Frente al aguante cristiano "hasta que la muerte nos separe" que convierte a los esposos fieles y perseverantes en virtuosos, aquí se apunta a un compromiso con el otro "mientras la voluntad así lo decida".

Tal como se ha argumentado en la introducción, una de las implicaciones teóricas del concepto de repertorios culturales es que permite explicar cómo la experiencia práctica genera cultura y no sólo viceversa. A través del fragmento que sigue -en el que continúa reflejándose ese ethos terapéutico entre los jóvenes universitarios de clase media que venimos describiendo- vamos a analizar esto en un caso concreto:

A: Es una construcción **común** pero **a partir de la diferencia**, o sea, no me valen esas parejas que de repente hacen una simbiosis ahí y se convierten en la misma persona (...) **Respeto, confianza, crecimiento, no querer dominar**, no...creo que...suenan un poco raro pero creo que es **no esperar nada de tu pareja**, ¿sabes lo que te quiero decir? Porque...en el momento que esperas algo de ella...eh...**ya hay ahí un deseo de cambiar a esa persona** tal cual es ¿no? Obviamente sí te digo: pues **convivencia, respeto, confianza**, todas esas cosas son...básicas. **Cariño, sexo**, por supuesto. Pero sobre todo **crecimiento mutuo y que fomente tus potenciales**, en el momento en que trate de cortarte las alas por algún sentido...ya no me refiero sólo a salir o..., o a llegar tarde o a relacionarte con otras personas, tal...Creo que **te tiene que alimentar**, y alimentarte en el fondo es...pues eso, potenciar tus potenciales, valga la redundancia. Con alimentar **no me refiero tampoco a...depender** absolutamente de la otra persona de que te alimente. Creo que el **esfuerzo de ser felices es...es pura y exclusivamente individual**. Pero sí con...no sé, una persona con la que te compenetres para...para **construir un...un mundo en común** ¿no? (E16: ADRIANA)

En este fragmento Adriana responde a una pregunta sobre cómo entiende el amor de pareja. La conversación refleja un momento avanzado de la entrevista, la cual se centró fundamentalmente en el relato de su relación actual con un hombre reticente al compromiso, caracterizada por numerosos altibajos y durante la cual la entrevistada dice haberse sentido frustrada en muchas ocasiones. Adriana se ve aquí en la tesitura de tener que explicarse a sí misma y a la entrevistadora lo que es el amor después de relatar un vínculo de varios años con un hombre con el que en numerosas ocasiones no ha podido contar. Para dar sentido a su experiencia protegiendo su propia presentación de sí, construye un repertorio en el que pone en práctica nociones prosaico-realistas y especialmente del discurso psicológico. Dentro de las primeras, la entrevistada utiliza las ideas más estereotipadas que aparecen a

veces de forma casi automática y por lo tanto pre-reflexiva en un número elevadísimo de los y las jóvenes: "respeto y confianza". Además, aparecen el cariño y el sexo como componentes fundamentales de una buena intimidad. En cuanto a los elementos del discurso psicológico, la entrevistada enfatiza la importancia de mantener la propia identidad y la necesidad de independencia. Para comprender este punto es necesario acudir a un fragmento anterior de la entrevista en el que Adriana relata un conflicto recurrente con su pareja:

A: Y hoy se levanta y obviamente está de resaca y no tiene muchas ganas de hablar y tú lo entiendes porque sabes que trabaja de noche tal y cual...Pero **no tiene muchas ganas de hablar, te digo: que no habla**. Y que pasa por ahí por el salón: "Hola, ¿qué tal?" (silencio). Día número uno: vale, no pasa nada ¿sabes? Día número dos: "¿Quieres comer?" "No". "¿Nos hacemos un porro?" "Bueno". "Oye, que mira que en clase me ha pasao eso, que tal, que cual"... "mm"... "¿Qué estás leyendo?" "Estoy con mis cosas, Adriana". "Que ha llamado tu madre, ¿la llamaste, tal...?" "Chist, ¡que me dejes tranquilo, hombre!"

(...)

Y ahí ya viene el...el...el estallido, **el estallido que viene porque yo soy una...mm...dominante y no quiero más que quitarle libertad, que...que mis putas inseguridades**, que no sé qué, que no sé cuantos...

(...)

o una de las cosas que **me decía siempre: es que...que es que yo era una dependiente, que él me podía controlar mis estados emocionales**, "¿no ves cómo te puedo hacer llorar? ¿no lo estás viendo? ¿no te das cuenta de que si estoy de buenas contigo, tú estás súper feliz y que si no te hablo en un día te hundes y tal y que cual?" (E16: ADRIANA)

A pesar de que gracias a sus conversaciones con amigas, Adriana pueda ser crítica en ciertos momentos con estos planteamientos de su pareja, finalmente construye discursivamente una idea del amor a partir de su experiencia concreta con él. Dadas las complicaciones que encuentra para obtener lo que busca de su novio, elabora la idea de que en el amor "no hay que esperar nada del otro", porque eso sería manipulación, constituiría un intento por cambiar la personalidad de la pareja. De esta forma, en su propia contra y reforzando situaciones de dominación, la entrevistada apela a discursos psicológicos que tienen que ver con lo que Hochschild (2008) problematiza como una deriva de un sector del feminismo (o más bien, podríamos argumentar, de una cierta interpretación y explotación cultural del mismo) hacia la cultura del capitalismo. Según esta autora, existe una tendencia cultural a entender las relaciones como intercambios mercantiles que fomenta una idea de la independencia femenina como ausencia de vínculos estables y seguros, generando la imagen de una "cowgirl posmoderna" (2008: 38). De esta manera, argumenta Hochschild, se produce un acercamiento de las mujeres a los valores más asociados tradicionalmente a la masculinidad –poder, independencia, competitividad etc- (que son

también los fomentados por el capitalismo) mientras que los hombres no se acercan al cuidado, tradicionalmente considerado tarea femenina. Esto apunta lo que denomina el “espíritu mercantil de la vida íntima” (2008: 25), empobreciendo las relaciones. Esta tendencia cultural se refleja según Hochschild en una parte importante de los libros de autoayuda más exitosos, algunos de los cuales instan a las mujeres a ser independientes y a no proporcionar ni requerir cuidados. El ejemplo de Adriana es interesante porque permite analizar cómo los recursos culturales pueden utilizarse de maneras muy diferentes. Si la insatisfacción en su relación le hubiese llevado a dejar a su pareja, probablemente el discurso de la independencia se habría utilizado para dar sentido a esta ruptura. Sin embargo, en este caso le sirve al propósito opuesto: generar una visión del amor que se adapte a su relación presente –apelando a esa independencia y a la virtud de no esperar nada del otro-, aunque eso implique “trabajar” sobre su propia subjetividad y voluntad. De esta forma vemos cómo los discursos terapéuticos, que Giddens considera liberadores y generadores de relaciones igualitarias, pueden constituir un arma de doble filo y servir como recurso para justificar la dominación. Eva Illouz (2012), como ya hemos visto, apunta a un riesgo similar cuando explica cómo gran parte del sufrimiento amoroso contemporáneo tiene que ver con la construcción moderna del “yo” por parte de la psicología y el modo en que ésta lo responsabiliza de los dolores emocionales ignorando los factores sociales y del contexto histórico actual que pueden influir en esos malestares.

Recapitulando los análisis que hemos llevado a cabo en este epígrafe, estamos en condiciones de sistematizar los rasgos prosaico-realistas que los entrevistados y las entrevistadas utilizan en la configuración de sus repertorios. Son los siguientes:

- El amor es racional. Existen motivos por los que queremos a quien queremos
- El amor de pareja ha de basarse en la ayuda y el apoyo mutuo
- Las historias amorosas “positivas” tienen un ritmo lento
- El amor sólo puede surgir cuando dos personas se conocen muy bien. El “flechazo” no es sino atracción sexual
- El amor se transforma y evoluciona con el paso del tiempo. Entre dos personas enamoradas la pasión no necesariamente muere pero sí se calma
- En una pareja es importante que ambos miembros sean “amigos” y compartan aficiones, gustos y modos de ver la vida

- Los encuentros amorosos no son inevitables ni están predestinados, sino que se producen por accidente

Además de estos rasgos, los jóvenes de clase media y media alta universitarios ponen en práctica otra serie de representaciones que se acercan a lo que Giddens (1995) denomina el "amor confluyente", un ideal amoroso basado en un ethos terapéutico muy marcado. En sus repertorios aparecen las siguientes ideas relacionadas con ello:

- Necesidad de comunicación honesta y abierta de los sentimientos
- Importancia de "trabajar la relación"
- Ética post-moral que implica conocimiento y aceptación del otro tal como es pero no sacrificio
- Independencia emocional

Estos últimos rasgos presentan dos características comunes que los acercan al discurso psicológico: a) implican la gestión y negociación de las emociones y b) asumen -sin necesariamente generar una reflexión sobre ello- la existencia de un "yo" individual que ha de conocerse para establecer relaciones de pareja.

En función de los resultados que se han puesto de manifiesto se pueden hacer varias objeciones al análisis de Giddens (1995). Tal como explicábamos en el capítulo 1, Giddens entiende las transformaciones en la intimidad contemporánea como consecuencia y síntoma a la vez de cambios estructurales en las sociedades capitalistas post-industriales. Uno de esos cambios tiene que ver con el desarrollo de la reflexividad y la intrusión de los saberes expertos en el conocimiento y la experiencia de los legos. En el ámbito de las relaciones interpersonales esto se materializa fundamentalmente con la influencia de la psicología en la vida cotidiana, que ayuda en la difícil tarea de crear un proyecto de pareja alejado de las coerciones culturales tradicionales. Giddens enfatiza la idea de la centralidad de la creatividad: ante una situación de ausencia de normas y regulaciones, las personas se convierten en las propias gestoras de sus vínculos, buscando activamente las formas de pareja que más les convengan. Sin embargo, es interesante observar en la repetición de los discursos de los entrevistados como estos proyectos novedosos, supuestamente creativos responden a una serie de preceptos tan codificados como los que informan las definiciones más idealistas (Swidler, 2001). Por otra parte Giddens uniformiza en sus análisis a los individuos de las sociedades contemporáneas, negando de antemano las influencias

que diferentes posiciones sociales pudieran tener en la vivencia práctica y subjetiva de las relaciones amorosas. Esto le lleva a ignorar el hecho de que lo que él llama "amor confluyente" es un ideal amoroso de las clases medias y medias altas con niveles altos de capital cultural. El ethos terapéutico no es por lo tanto un recurso públicamente disponible tal y como Swidler entiende los significados culturales, sino que forma parte de los esquemas de interpretación del mundo de un grupo social específico. Por otra parte, en la visión optimista de Giddens, esta forma de entender el amor lleva a establecer relaciones igualitarias en las que se suspende la dominación de género. Aquí hemos apuntado cómo los discursos terapéuticos pueden utilizarse de un modo opuesto, ayudando a consolidar dinámicas de desigualdad en los vínculos de pareja.

Tal y como hemos argumentado hasta aquí, los repertorios de los jóvenes en torno al amor y la pareja están mayoritariamente formados por elementos prosaico-realistas. Estas ideas se ponen en práctica fundamentalmente en dos momentos de sus relatos:

a) Cuando se trata de describir relaciones estables presentes (Swidler, 2001). Parece que una visión realista del amor es la que mejor encaja para dar sentido a relaciones duraderas que generan satisfacción –sentimiento de apoyo y amistad mutua entre dos personas que comparten experiencias vitales- pero también ciertas frustraciones, como la desilusión de constatar la pérdida de intensidad de la pasión.

b) Cuando se expone de forma genérica en qué "debería consistir" el amor y cuáles son las características de una buena relación de pareja. Lo normativo o la "legitimidad" más extendida (Martín Criado, 2014) en la experiencia del amor de los adultos jóvenes son las relaciones de compañeros frente al exceso de idealismo.

4.4 Elementos románticos en los repertorios

A pesar de la preeminencia de elementos prosaicos, el romanticismo no está totalmente ausente en los discursos de los jóvenes. En la mayor parte de los casos las ideas románticas aparecen entremezcladas con otras prosaicas generando repertorios en los que predominan la segundas y que sin embargo no provocan sensación de incoherencia entre los entrevistados.

Existen dos casos excepcionales, cuyos relatos son marcadamente idealistas, que rechazan explícitamente las ideas más prosaicas sobre el amor y que defienden e incluso reivindican,

contrariamente al resto de las personas entrevistadas, una visión mítica del vínculo de pareja. Merece la pena analizar estos dos casos más detenidamente para comprender su sentido social:

S: Cuando encuentras una persona que piensa igual que tú, que es igual que tú, pues ya que ya podéis tirar pa adelante los dos y que tenéis **fuerza** los dos pa hacer lo que queráis. O sea yo antes **cuando estaba con él** to los días aunque no fuera su novia o lo que fuera pues **yo me sentía capaz de todo** ¿sabes? Yo hacía... hacía muchísimas cosas, ya te digo no sólo de trabajo que me he ganao mucho dinero, sino que **iba decidida a todo** y... y, y contenta y con una actitud positiva... y así, ¿me entiendes? y como que **cuando se fue de mi vida pues...** todo como un gafe que te han echao, pues lo mismo o sea... **todo se desmorona, todo. Ya no te sientes con fuerza**, ya no quieres ir a hacer una entrevista porque sabes que no te van a coger o porque piensas que no te van a coger... **Es diferente, todo, la forma de pensar y de mirar la vida** (E28: SANDRA)

S: Hay una diferencia entre querer y amar y eso yo también lo he aprendido porque con este chico yo también pensaba que estaba muy enamorada de él y tal pero luego conocí otro chico, cuando lo dejé con mi, con mi última pareja lo dejé y **conocí un chico y me cambió todo el mundo** (ríe). Me cambió el concepto del amor por así decirlo, porque... era diferente, era como que... yo creo que **el estar enamorado es más como, que transmites una energía y esa energía se percibe entre los dos** cuando estáis juntos o cuando... eso es estar enamorado, ¿me entiendes? Es como que **te falta el aliento** como que (sonido de no poder respirar) una energía que, **eso es estar enamorado, no decir, "no, es que le quiero mucho y no quiero que... separarme de él ni que me deje ni..."**, tonterías (E28: SANDRA)

S: Y nada, con que haya amor porque bueno **eso que dicen de que la confianza...** pero **la confianza desde el principio, la confianza en realidad no existe o sea tú cuando encuentras una persona y sabes que esa persona es la ideal, la confianza es desde el principio** ¿sabes? No es que cojas confianza al mes o al... cuando ya le veas que no va con otras o no sé qué. No, confías en él desde el primer momento ¿sabes? Y yo qué sé, y es todo, o sea, labrarte una vida con él y... pa adelante (E28: SANDRA)

En esta serie de fragmentos vemos cómo en diferentes momentos de la entrevista, Sandra pone en práctica varias ideas que se corresponden a una visión romántica del amor y la pareja. En este caso, su repertorio está fundamentalmente basado en construcciones idealistas. En el primero de ellos, la entrevistada pone en juego la idea de que el amor lo puede todo: cuando uno está enamorado es capaz de cualquier cosa, tiene "fuerza" y "actitud positiva" incluso para aquello que en principio está alejado de la vida sentimental, como encontrar un trabajo o conseguir dinero. Esta omnipotencia desaparece cuando una se encuentra "abandonada": de repente, el mundo se derrumba y la fuerza se convierte en

desgana. Frente a la idea confluyente de la independencia emocional, Sandra no tiene problemas en presentarse como una mujer "dependiente" de los afectos amorosos: sin amor y sin pareja se encuentra desvalida. En el segundo fragmento se pone en juego otra idea contraria a las más prosaicas. Si en numerosas ocasiones los entrevistados y entrevistadas presentan cierto escepticismo frente a la visión que enfatiza los sentimientos exaltados e intensos y valoran en sus discursos rasgos contrarios como el apoyo, el cariño y el cuidado, aquí la distancia escéptica se dirige a un punto contrario: eso de "querer mucho" y "no querer separarse del otro" son "tonterías". El amor es algo mucho más intangible: la "energía" que existe entre dos personas y la forma en que ésta se transmite, que genera estados de "falta de aliento". Tras varias relaciones fallidas, Sandra dice haber encontrado eso que ella considera el "amor de verdad" con un hombre con el que mantiene relaciones de forma esporádica, historia para cuyo relato la visión más prosaica del amor de compañeros no encaja. En este punto vemos de nuevo cómo el contexto presente fomenta el uso de determinados significados sobre el amor que forman parte de nuestros repertorios. Finalmente, en el último fragmento se observa un rechazo explícito a la visión des-idealizadora de las relaciones de pareja. "Eso que dicen de la confianza" parece no gustarle a la entrevistada. Por el contrario ella defiende una visión intuitiva del conocimiento de la pareja: cuando alguien es la persona "ideal" -explica poniendo de nuevo en uso una idea romántica, en este caso la de la "media naranja" -, la confianza no necesita tiempo para forjarse, sino que de alguna manera no racional "se sabe" desde el "primer momento". Un primer momento que por lo tanto toma la forma de una revelación sobre las cualidades del otro y sobre el propio porvenir con él: de hecho como vemos, y a pesar de la precariedad de la relación a la que se está refiriendo, con un joven con el que ha mantenido una historia a intervalos y con el que no continúa viéndose en el momento de la entrevista, el sentimiento por sí sólo genera una proyección de futuro: "labrarte una vida con él y... pa adelante".

Es necesario apuntar que, entre las mujeres de la trayectoria social de Sandra, procedentes de familias de clase populares, sin estudios superiores y que se encuentran todas ellas en paro o en situaciones laborales precarias, las ideas románticas sobre el amor no son omnipresentes como en el caso de esta entrevistada. No sería acertado pensar en ellas como necesariamente depositarias pasivas de los mitos amorosos. Por otra parte, sería ingenuo negar la mayor vulnerabilidad que genera su posición social. Lo que esta investigación pone de manifiesto es que estas mujeres construyen repertorios culturales sobre el amor tan marcados por elementos realistas como sus coetáneas universitarias. En la mayor parte de los casos esta visión alejada de lo mítico se ve apuntalada por el relato de relaciones pasadas muy complicadas (con hombres drogodependientes, en el caso de Mónica y Carolina, o engañadas en un matrimonio por conveniencia, en el caso de Soraya.) Sin embargo, el caso

de Sandra se hace comprensible por una situación social de mayor dificultad que el resto, cercana a la marginación social. Si su relación con los hombres ha sido conflictiva (incluyendo maltrato físico) su relación familiar, especialmente con su padre alcohólico y también violento, lo es más. Independiente de las dinámicas psicológicas que esto pudiera generar, que no son accesibles a esta investigación, esto la coloca en una situación de doble vulnerabilidad social. En un momento puntual de su vida, debido al conflicto familiar, se ha visto obligada a vivir en la calle y a dormir en su coche durante varias semanas. Su vida cotidiana transcurre en un barrio obrero y periférico de la ciudad de Madrid, y su ocio transcurre en la calle, donde ha conocido a la mayoría de sus parejas. Su actual "novio", con el que mantiene una relación intermitente, se encuentra en tratamiento en un centro de desintoxicación, y el anterior se dedicaba a la estafa. En este contexto toma sentido el argumento de Kauffman (1993), que explica cómo para los sectores más cercanos a la marginación social, y entre ellos, especialmente entre las mujeres, la pareja constituye una fuente de identidad social, el ámbito que otorga un lugar en el mundo y cierto estatus negado en otras dimensiones de la propia vida. En este sentido, es especialmente interesante el siguiente fragmento en el que la pareja se muestra como el modo de crear un proyecto vital independiente de su hogar familiar de procedencia:

E: Y ¿qué es **lo que más te hizo sufrir cuando lo dejasteis?** ¿Qué...?

S: Sí, haber perdido... como que... yo qué sé. **Que ya no eres una niña de papá y mamá, que ya estás con una pareja** y que ya... pues vas pa adelante ¿me entiendes? que ya **to lo que hagáis lo hagáis juntos, que ya tengas** una persona ahí, un apoyo ¿me entiendes? Fue como que... **bueno ya estamos aquí en un piso y ya, de repente otra vez no hay nada, ¿sabes?** (E28: SANDRA)

La entrevistada explica en la anterior cita qué fue lo que le generaba sufrimiento tras la ruptura con una pareja anterior. Es significativo que precisamente esta explicación resultara tan sorprendente para la investigadora durante la entrevista. Sandra relata cómo el hombre al que la ruptura se refiere la había abandonado por otra mujer y además, le había propinado un puñetazo tras una discusión acalorada el día que decidió marcharse del piso que compartían. Sin embargo, cuando explica lo que más le hizo sufrir de aquella historia no hace alusión a nada de esto, sino al hecho de haberse quedado sin proyecto de futuro de nuevo, proyecto que además marca el paso hacia la madurez, "ya no eres una niña de papá y mamá". Para comprender los motivos de Sandra es necesario que nos alejemos de la razón teórica –la de los intelectuales que tratan de explicar el mundo social- y atendamos a las razones prácticas –las que funcionan en el mundo social- (Bourdieu, 2008). Esta idea remite a las tendencias a

actuar y a pensar que son “razonables” de acuerdo a una posición y una historia social específica y tiene que ver con una manera de entender al agente como sujeto situado en un contexto socio-histórico, contrariamente a las visiones de las teorías de la acción racional, que asumen la universalidad de la racionalidad instrumental. En este caso, siendo la violencia algo cotidiano, no se narra como una aberración dolorosa, sino que forma parte del relato con naturalidad. Parece que no es posible entender lo que sucede tan a menudo como un drama. Por eso las interpretaciones de la entrevistada y de la investigadora son tan divergentes en este punto. Frente a una situación familiar problemática y un pasado amoroso también complicado, la idealización amorosa puede considerarse una salida “razonable” (si bien no conscientemente elegida), por muy alejada de lo más “racional” que parezca. Las relaciones pasadas, algunas de ellas estables (cinco años conviviendo, dos años en una relación sin convivencia) menos basadas en la intensidad del sentimiento y la idealización, han resultado ser dolorosas (la primera de ellas también incluyó agresiones físicas). Pero al mismo tiempo, en su percepción, la única fuente de afecto, por muy ambiguo y peligroso que tal afecto fuera. La solución que queda por lo tanto es refugiarse en el ideal del sentimiento puro y la relación perfecta salvadora, al mismo tiempo inmediata y duradera. En el contexto social de Sandra, se comprende que la cotidianidad, cuando el vínculo amoroso desaparece, genere ese “desmoronamiento” que describía en el primer fragmento de entrevista que se ha comentado.

Existe, como decíamos, otro caso más de un entrevistado que presenta un repertorio coherente y marcadamente idealista. Se trata de Pablo, que comparte con Sandra el hecho de ser uno de los más jóvenes de la muestra (26 años) y una muy mala relación con su familia, aunque en este caso no se explicitan episodios de violencia doméstica. Su trayectoria social, sin embargo, es diferente. Procedente de una familia de clase media, es estudiante de filosofía. En su relato encontramos varias de las ideas que dan forma a la construcción romántica del amor:

P: Que si lo reduces todo a explicar, **si explicas el amor al final pierde su... encanto joder (ríe) (...)** Y el caso **es** que, no sé es como la ingenuidad, yo creo que el **amor más puro es, tiene que ser ingenuo**, no sé.

E: El amor más puro tiene que ser ingenuo

P: Sí, es... es pasión. O sea es que es eso, **es, pasión, no es razón**. Eso es amor, **lo otro es...** pues sea contrato o es... o **hay motivos detrás, no es amor** en sí (E6: PABLO)

Anteriormente en este capítulo veíamos como una entrevistada ponía en juego ideas prosaicas precisamente aludiendo a la relación con su pareja como algo “racional” y por lo tanto positivo, por contraste con una anterior relación “visceral” y frustrante. Esa misma joven entendía que el hecho de poder conocer los motivos que le hacían querer a su pareja otorgaba un valor añadido a su relación. Como vemos en el fragmento anterior, Pablo pone en juego la idea contraria. No sólo la “explicación racional” hace que el amor pierda su encanto, sino que el amor auténtico es aquél que no atiende a motivos. Dos personas que se aman deben de ser “ingenuas”, no han de buscar beneficios, ni siquiera emocionales, si esto se hace conscientemente. Más bien la ingenuidad implica una entrega ciega, sin conciencia de la posibilidad de sufrimiento. Si existen razones para el amor, éste deja de ser tal para convertirse en un contrato, y ambos conceptos resultan para el entrevistado incompatibles. La valoración de la pasión por oposición al cálculo es constante en su relato y aparece no sólo cuando se trata de dar una visión genérica sobre el amor sino también a la hora de describir los rasgos deseables de las relaciones de pareja:

E: Y ¿qué es para ti una buena relación? es decir, que... ¿qué consideras **necesario para que una relación vaya bien?**

P: ¿A larga estancia por así decirlo?

E: En general

P: La **intensidad**. No sé, la **pasión**. **Si muere eso**, es que es eso, **se convierte en un contrato**. En un contrato no... o sea **hay gente** que está sola y **que se siente sola** en este mundo **y necesita una compañía**, un amigo o algo así. Pero **para eso tienes amigos**, es que... (ríe) (E6: PABLO)

Al contrario de lo que expresan gran parte de los entrevistados y las entrevistadas en esta investigación, la idea de las relaciones de pareja como contratos, –idea que implica acuerdos, continua renovación y la existencia de dos partes libres y conscientes de los términos del mismo- parece horrorizar a Pablo. El contrato implica lo contrario a la ingenuidad: conciencia, previsibilidad y búsqueda de beneficio. La esencia del amor parece ser para el entrevistado el desinterés y la pasión. Si la intensidad del sentimiento se relaja, y no existe más que amistad o compañía, el vínculo deja de merecer la pena. Este rechazo de los sentimientos de amistad o cariño a largo plazo como base de las relaciones de pareja va unido, sin embargo, a la conciencia desencantada de la imposibilidad del mantenimiento de la pasión:

P: Si hay amor desde un principio por los dos lados, a menos que se apague, bueno, es que es eso, **yo pienso que se apaga siempre** (...) Pues es curioso porque hasta hace poco era... **el único absoluto que merecía la pena seguir**, pero... no sé después de la última relación **escarmenté**, porque... no sé, la tía, se notaba que me quería y tal al principio y... no sé confié tanto en eso (...) Eh... bf, **cuando ví que eso se iba a pique pues dejé de confiar en... lo que es el amor** (E6: PABLO)

En este fragmento se hace explícito uno de los argumentos centrales de Beck y Beck-Gernsheim (1998): la idea de que el amor es, en las sociedades contemporáneas, el ámbito de experimentación de lo sagrado por parte de individuos desencantados de otros ideales políticos o religiosos. Sin embargo, Pablo da una vuelta de tuerca más a esta visión expresando su desencanto también hacia esta nueva fuente de encantamiento. Y su idealismo combinado con la desilusión le hace estar más cercano al ethos del amor cortés, marcado por la imposibilidad, el drama y la tragedia, que al amor romántico tal como vimos que éste se desarrollaba en Occidente: definido por el interés en la perdurabilidad del vínculo a través de su institucionalización, es decir por el “contrato” que el entrevistado tanto rechaza. Este ethos cercano al amor cortés en el siglo XXI que representa Pablo se refuerza gracias a la idealización de la “enamorada”:

Como la ingenuidad del niño que de pronto descubre **algo o alguien tan especial** que le hace... buah **ver las cosas de otro modo** incluso, ver a esa persona como una **diosa**... o sea idea... **soy un poco idealista también** (E6: PABLO)

Uno de los rasgos del amor cortés que señala Dufour, como ya hemos visto, es la devoción, servidumbre y obediencia del enamorado hacia una dama altiva⁴². Aquí Pablo habla del descubrimiento de una “diosa” que por lo tanto es objeto de la misma adoración. Y que propicia además de nuevo esa “revelación”, que consigue que ahora “todo se vea de otro modo”. Esta idealización mítica se mezcla sin embargo aquí con la reflexividad sobre el “yo” y la conciencia del propio idealismo posibles gracias al

⁴² Galmés de Fuentes argumenta que este rasgo, como la mayor parte de los que configuran el código amoroso de la lírica cortés, responde a la influencia en ella de los poetas árabes medievales y no, como Dufour ha interpretado, a una analogía con la relación entre señor feudal y vasallo.

distanciamiento de los agentes sobre sus propios actos (Elias, 1982), el cual se intensifica entre ciertos sectores con capital cultural en las sociedades contemporáneas.

Como explicábamos al presentar a Pablo, este entrevistado comparte con Sandra el hecho de tener una relación muy problemática con su familia, particularmente con sus padres, con quienes convive. Igual que en el caso de Sandra, la pareja aparece como una especie de refugio:

Nunca cuento mis problemas, eso sí, a mis parejas pues sí, es... pues no sé tienes ahí mucho tiempo libre juntos y si no pues, os aburrís. Mirando pelis, yo qué sé. Pues sí se los cuento y una vez cedo por así decirlo todo lo que soy yo, (...) pues no sé, mis **problemas de verdad, cuando me abro en eso pues (...)**

O sea es como un compendio de... cosas mías, **no sé, conoce tantas cosas mías que me siento un poco** identificado y... es que es muy difícil de explicar esto (ríe) (E6: PABLO)

Vemos que en este caso, ese "refugio" es más activo, implica "desahogarse" contando a la pareja lo que no se cuenta a nadie más. Sin embargo, y paradójicamente, ambos entrevistados valoran más en sus discursos el amor como ideal y la búsqueda del mismo, (de maneras más ingenuas o más conscientemente desencantadas), que el establecimiento de un vínculo que proporcione seguridad a través de la puesta en práctica de un modelo de pareja basado en el compañerismo. Ya argumentamos por qué esta paradoja no era tan paradójica en el caso de Sandra. En cuanto a Pablo, su insistencia en la visión del amor como pasión tiene que ver con un estilo de vida bohemio que rechaza conscientemente todo convencionalismo y que se conjuga con cierta crítica política. Su desprecio por la biografía normativa en las sociedades capitalistas se expresa en sus propias palabras en su "falta de aspiraciones". No le interesa conseguir un buen trabajo, ni adquirir propiedades, y le horroriza la máxima expresión del establecimiento de un contrato en la relación de pareja, el matrimonio, cuya versión más cercana, la representada por sus padres, considera una farsa.

Los dos casos que acabamos de comentar pormenorizadamente son un ejemplo de cómo lo que puede parecer similitud en representaciones sociales ha de ser analizado en sus usos y sentidos sociales específicos. Aquí hemos visto como elementos parecidos forman parte de los repertorios de personas con posiciones y trayectorias sociales muy diversas. Si sus opiniones hubiesen sido recogidas a través de una encuesta con preguntas cerradas, habríamos hecho una simple identificación entre ellos, concluyendo que no existen diferencias en las representaciones sociales del amor entre clases sociales.

Sin embargo, hemos visto como la idealización tiene sentidos sociales muy diversos en ambos casos: desde la necesidad de “refugio” y de construcción de identidad y estatus en Sandra hasta el estilo de vida bohemio y “alternativo” y la crítica política en Pablo.

Como explicábamos al comienzo de este apartado, Sandra y Pablo son dos casos excepcionales dentro de la muestra de entrevistados por la coherencia de la visión idealista que presentan. Sus relatos no agotan sin embargo las ideas cercanas a la construcción romántica que se han puesto de manifiesto en esta investigación. Pero en el resto de los casos éstas aparecen de una forma menos explícita y elaborada, y se encuentran mezcladas en los repertorios de los entrevistados con otras valoraciones más prosaicas, las cuales son mucho más frecuentes que las primeras. Una primera manifestación de estos elementos idealistas en los discursos se observa en el “diagnóstico del amor”, es decir, en su identificación en la propia experiencia:

B: Bueno cuando volví, después de que me contase eso al mes, dije, **o mi cabeza no está funcionando muy bien o esto tié que ser algo de amor** porque si no no entiendo por qué estoy volviendo. Entonces ahí... pero bueno como **sabía que era algo que me estaba haciendo daño** al final, pues decía bueno, lo tengo controlado, no pasa nada, sé que se va a ir, pues...

E: O sea que al final crees que lo tenías controlado o no lo tenías...

B: ¡Sé! (sí irónico), **no tenía nada controlado**. Así que... (E22: BLANCA)

Este fragmento forma parte de la narración de una entrevistada sobre su historia con un hombre que le ocultó que estaba casado y era padre durante los primeros seis meses de su relación. En este momento de la entrevista Blanca explica cómo decidió volver con él, después de una ruptura que duró un mes, a pesar del enfado que sentía y sabiendo que él volvería eventualmente con su familia a Bélgica, su país de origen. Lo interesante en este momento de la conversación es cómo una entrevistada que había definido el amor como cuidado, respeto y valoración del otro, utilizando por tanto elementos prosaico-realistas, explica cómo en su experiencia “diagnosticó” que lo que sentía “tenía que ser algo de amor”, debido precisamente a que el hecho de volver con él chocaba con su propia imagen de sí misma como una mujer de carácter y con las ideas claras. Es decir, en este caso los comportamientos que se consideran irracionales, que no podemos comprender y que al mismo tiempo sabemos que nos hacen daño son los que se catalogan como amor, precisamente por esa irracionalidad y “pérdida de control” de la propia voluntad que caracteriza la visión romántico-idealista del mismo. Debido a que el hombre del que habla no es su pareja actual, Blanca no necesita adaptar su discurso a esta experiencia concreta –

como veíamos que hacía Adriana- y puede por el contrario poner en práctica otros elementos más cercanos al ideal de compañerismo en su definición genérica del amor.

Otros relatos ponen de manifiesto una identificación similar del amor con lo irracional, generando además cierta ambivalencia y rechazo hacia el mismo por la transformación negativa que opera sobre el enamorado:

D: Muchas veces **el amor la gente piensa que es como posesión** y a mí eso por ejemplo **no me gusta pero** sí te digo que **me ha pasado** o sea esa sensación la he tenido pero **yo quiero pensar que eso no es amor (...)** **Es más jodido**, se me queda más grabado, lo que te estoy contando ahora mismo que **puedes decir "pues estaba más enamorado", pues puede ser porque sentía más cosas en realidad**, o sea en el sentido de que joder me está puteando (...) Como que tenía más **cacao mental o físicamente...** no, no lo sé, cacao mental más que nada (Eg: DAVID)

Por un lado, como vemos, este nuevo entrevistado rechaza ese sentimiento que le hace tener "ansias de posesión". Explica que no le gusta, que "quiere pensar" que eso no es amor. En esa expresión ya está implícito el diagnóstico, que se hace patente cuando, sin que nadie lo insinúe, explica cómo la entrevistadora "puede decir" que "estaba más enamorado" porque el sentimiento era más intenso. Esa intensidad se mezcla además con la pérdida de lucidez, de racionalidad, que implica el "cacao mental" al que alude. Si bien, como quiere dejar claro, rechaza ese sentimiento por peligroso y porque le hace comportarse de una manera que conscientemente rechaza, su intensidad le genera dudas sobre lo que siente por su pareja actual, con la que mantiene una relación "tranquila" y que le hace sentir "seguro" desde hace un par de años. Con ella se siente "a gusto", pero no tiene claro que eso sea "estar enamorado":

E: ¿Y tú cuando te diste cuenta que estabas enamorado o que querías estar con ella?

D: Es que yo **tampoco te sé decir si estoy enamorado**, lo mismo que antes. O sea, bueno, me hace sentirme bastante bien y sí **estoy a gusto pero** venimos a lo de antes si... el amor cuando yo creo realmente que **lo he sentido es cuando no han estado enamoradas las otras personas de mí** (Eg: DAVID)

Corrigiendo la pregunta de la entrevistadora, que da por hecho que está enamorado de su pareja, David explica cómo esos rasgos prosaicos, la comodidad y la estabilidad, le hacen sentir bien, pero no se identifican aquí con el amor, el cual parece, en este tipo de discursos, identificarse con la intensidad del enamoramiento (Esteban, 2011) y alimentarse de la imposibilidad.

Una duda similar se encuentra en el relato de Ignacio:

I: **Yo estaba muy a gusto, te puedo decir... No te puedo decir que estuviera enamorado, estaba** muy a gusto (...) Pero **estaba muy muy a gusto con esa chica, enamorado es que no lo sé.**

E: No lo sabes.

I: No, porque si siguiera enamorado, estuviera muy enamorado no estaría, o sea, yo ahora la veo, hablo con ella, **está con un chico y todo me parece perfecto, así que yo creo que no estaba enamorado enamorado,** estaba muy a gusto (E12: IGNACIO)

En este caso es la ausencia de celos, incluso una vez terminada la relación, lo que genera dudas sobre el enamoramiento presente, pero también pasado, con una ex-pareja con la que el entrevistado tuvo una relación de cuatro años. Ese "estar muy a gusto" de nuevo no es síntoma suficiente para "diagnosticar" el amor. Tanto Ignacio como David parecen poner de manifiesto la idea de que "falta algo" en las experiencias que describen que les otorgue seguridad acerca de lo que sienten.

Todos estos casos ponen de manifiesto la existencia de lo que Hochschild (1979) ha llamado "reglas del sentimiento". Lo que esta socióloga quiere argumentar con dicho concepto es que las emociones no son un ámbito separado de lo social, sino que existe una codificación cultural de las mismas que prescribe cómo debemos sentirnos en cada situación y que por lo tanto nos permite evaluar nuestras propias emociones, e incluso trabajar para sentir lo normativo. En este caso, vemos como algunos elementos del código del amor romántico están tan arraigados que su ausencia hace dudar a estos jóvenes sobre la autenticidad de sus sentimientos. En otras ocasiones se trata de su presencia, a pesar del sufrimiento, o precisamente debido a él, lo que identifica un determinado estado emocional con el amor⁴³. Es decir, parece existir un apego no necesariamente consciente, pero sí corporal y emocional, hacia los modelos amorosos más idealistas. Los componentes románticos que han aparecido hasta ahora son, como hemos visto, la irracionalidad y pérdida de la voluntad, la intensidad y el ansia de posesión o los celos. Existe otro elemento idealizador que aparece significativamente en los repertorios de los entrevistados. Es el que identifica la existencia de *la* persona adecuada:

⁴³ El "sufrimiento gozoso" es otra de los rasgos del amor cortés en los que Galmés de Fuentes (1996) identifica la influencia árabe y el desvío de la tradición latina en la cultura occidental del amor.

G: Ha sido eso, una cosa muy inesperada, y muuy sorprendente, porque... **de no esperar nada, a encontrarte con que es la persona adecuada**, sin quererlo, es sorprendente. (E1: GONZALO)

Si bien en las narraciones de los jóvenes no aparece explícitamente la asunción de que existe una única persona para cada uno-a, esta idea aparece de forma implícita en afirmaciones como la de Gonzalo sobre "la" persona adecuada o en dudas acerca de la relación, como la que se manifiesta en el siguiente fragmento:

R: No sé, hace poco me dio la paranoia de que.. **de que no sé si estábamos hechos el uno para el otro..** (E31: RAQUEL)

En este caso, vemos cómo en el relato de la entrevistada aparece, sin que exista una "reivindicación" de la misma, la idea de la media naranja: las dudas que a veces siente con respecto al vínculo con su actual pareja no tienen que ver con la satisfacción o insatisfacción que la relación le produce tanto como con una especie de incertidumbre esencial sobre si ambos "están hechos el uno para el otro", sobre si realmente la persona con la que se está es "la" persona. Esta idealización está asimismo implícita en una afirmación muy repetida y en cierto sentido contraria a las dudas que el anterior fragmento manifestaban: el hecho de que la pareja presente se considere el único amor verdadero que se ha tenido. Encontrar a "la persona adecuada", hace que pueda construirse la única relación basada en amor de verdad: la actual. Si la realidad práctica de muchos jóvenes se corresponde con la pauta de las monogamias sucesivas, parece que su experiencia subjetiva vive esta "repetición" del amor con ambigüedad:

A: Sí, yo **he tenido historias y... historias largas** incluso pero...diría que no habría... No, **no he estado enamorado** no sé, a lo mejor encoñao, enchochao o incluso obsesionado sí. Pero no enamorado. Pero si me hubieses preguntao en ese momento no habría sabido hacer una diferencia porque **todavía no había entendido...** y claro, entiendo que (ríe levemente)... Yo **ahora mismo, entiendo que no hay nada más allá**, en plan que, que pudiese venir una relación futura que fuese más, entonces... eh, me quedo como estoy y entiendo que... que **esto sí es el amor verdadero** (E5: ANDRÉS)

Como vemos, Andrés no alude tampoco explícitamente al mito de la media naranja. No se hace manifiesta la idea de que existe una única persona en el mundo que es necesario encontrar. Sin

embargo, una vez establecida la relación presente, ésta se convierte en el discurso en la única auténtica de la propia biografía y se hace necesario despreciar las anteriores para darle valor. Además aparece de nuevo la idea de la revelación. El entrevistado estaba confundido hasta que llega el “amor de verdad” y le hace “entender” que nada en el pasado fue mejor y nada en el futuro lo será tampoco. Se pone en juego por tanto la narrativa que implica el amor romántico: el encuentro de *la* persona supone un hito que separa el presente de la experiencia anterior y augura un futuro feliz.

Veámos en el epígrafe anterior que los elementos prosaico-realistas, omnipresentes en los discursos de los entrevistados, se utilizan fundamentalmente para describir las relaciones vigentes y para presentar las ideas generales sobre “lo deseable” en el amor y la pareja. Pero como hemos señalado, en los repertorios de los y las jóvenes también se “cuelan” ciertas ideas que remiten a la construcción del amor romántico:

- La identificación de amor con enamoramiento (Esteban, 2011) y el “diagnóstico” de ambos en función de intensidad, pérdida de la voluntad y sufrimiento
- La media naranja y la construcción del sentido de un único amor a lo largo de una biografía en la que las prácticas de emparejamiento se corresponden con la pauta de las monogamias sucesivas
- En casos excepcionales, donde la versión romántica del amor impregna todo el relato, el rechazo a la visión contractual de las parejas y el énfasis por el contrario en una visión orgánica (Illouz, 2009), que prioriza la pasión y la intensidad, y las creencias en la “identificación proyectiva” (Giddens, 1995: 39) y en la fuerza del sentimiento amoroso para proporcionar felicidad absoluta

4.5 ¿Amor posmoderno?

Como hemos visto, gran parte de la literatura sociológica contemporánea sobre el amor se ha implicado en una reflexión sobre el cambio, sobre los procesos que se entienden como transformadores de la vida afectiva de las personas en las sociedades contemporáneas. En este contexto, como cabría esperar, aparecen en ocasiones referencias al complicado y muy polémico concepto de “posmodernidad”. El trabajo de Eva Illouz (2009) es, sin embargo, uno de los pocos estudios sociológicos que se lanza al análisis empírico de este pretendido ethos amoroso posmoderno. Al contrario que Bauman (2005), quien, como veíamos en el capítulo 1, considera que el amor posmoderno

o "líquido" ha sustituido al amor romántico y ha provocado la fragilización de los vínculos de pareja y la desaparición de la idea del amor "para siempre", Illouz (2009:231) no establece una separación entre ambos sino que argumenta sobre una nueva "condición romántica posmoderna". Es decir, para Illouz, las ideas más románticas o míticas en torno al amor no desaparecen, sino que se conjugan con otros elementos culturales promovidos por el capitalismo post-industrial generando nuevos modelos de relaciones amorosas. Entre ellos, el más específicamente posmoderno sería el "amorío": aventura con tintes románticos, -ritmo rápido, gran intensidad e idealización y una fuerte codificación cultural- pero que, del mismo modo que tiene un inicio súbito y claro, llega siempre a un fin esperado. La deriva posmoderna del amor contemporáneo consiste, según esta autora, en la sustitución del gran relato del amor romántico clásico, caracterizado por una historia de amor que se convierte en el centro de la biografía, por relatos puntuales que constituyen narraciones separadas y que se enmarcan en una biografía independiente. Es decir, la experiencia amorosa se fragmenta. Según Illouz, los individuos posmodernos se enfrentan con ambivalencia a este modelo: evalúan sus rasgos idealistas con escepticismo y distancia irónica, pero al mismo tiempo los anhelan para sus propias vidas.

El análisis empírico que hemos llevado a cabo en esta investigación muestra que este argumento no es aplicable a los adultos jóvenes españoles. La gran mayoría de ellos aspira a la formación de una pareja estable con la que eventualmente casarse y formar una familia. Una minoría dice no querer casarse, pero sí tener una pareja estable "de por vida" con la que tener descendencia. Más allá de las aspiraciones, los datos sobre prácticas de emparejamiento ponen de manifiesto que los jóvenes tienden a formar relaciones estables y con niveles altos de integración biográfica -como hemos visto, más del 50% de españoles en el tramo de edad de 25 a 35 años tiene una pareja con la que se ha casado o convive (Ayuso y García, 2014: 57)-. A pesar de la relajación de los controles normativos sobre las biografías, podemos hablar de una mayor revisión del acuerdo que implican las relaciones afectivas y de una mayor apertura hacia los encuentros sexuales esporádicos cuando no existe pareja estable, pero no de la sustitución del modelo hegemónico de relación por el de la aventura amorosa, ni en el ámbito de las expectativas ni en el de las prácticas.

Por otra parte, a pesar de que los entrevistados y entrevistadas han tenido, en la mayor parte de los casos, más de una pareja (pareja que ellos mismos entienden como "estable", no como aventuras o "rollos" esporádicos), hemos visto como las narrativas biográficas suelen articularse en torno a la idea de "un amor", complementada con historias de relaciones pasadas que se presentan en los discursos como aprendizajes juveniles. Es decir, parece no hay una renuncia mayoritaria al "gran relato" del "amor

verdadero". Existen sin embargo rasgos de lo que Illouz enmarca dentro de la condición amorosa posmoderna que los entrevistados sí ponen en juego en sus discursos. En este epígrafe explicamos en qué consisten tales elementos y cómo los jóvenes los elaboran en sus repertorios sobre amor y pareja. Es preciso, en todo caso, tener presentes dos cuestiones fundamentales a este respecto:

a) Más que ante una "condición posmoderna" de alguna manera "pura", nos encontramos ante fragmentos de discursos que ponen de manifiesto ciertos elementos de este ethos, que sin embargo, no aparecen de forma aislada, unitaria o sistemática, sino que se entremezclan con otros elementos románticos o prosaicos como los que ya hemos analizado. Es decir, no nos encontramos ante una ética posmoderna coherente que nos permita hablar de un nuevo ideal de relaciones amorosas.

b) El análisis de estos elementos posmodernos (y de sus contrarios) en los discursos pone de manifiesto, como veremos, que en su puesta en práctica la clase social es una variable fundamental.

4.5.1 La nostalgia como elemento anti-posmoderno en los repertorios

Uno de los elementos que Illouz considera componente de ese amor posmoderno ha aparecido ya en este capítulo. Se trata de lo hemos denominado "actitud ética post-moral" en la que el individuo, sus intereses y su satisfacción se colocan por delante de otras constricciones sociales, obligaciones o sacrificios, sea hacia la pareja o hacia la familia. En el contexto español, esto se hace plausible en el marco de la tercera oleada del proceso de secularización en España (Pérez-Agote, 2012), que se desarrolla a partir de finales del s. XX y que implica la creciente lejanía de las generaciones jóvenes con respecto a la cultura católica, un proceso similar, según Pérez-Agore al que Hervieu-Léger (2003) entiende como "exculturación".

El ethos posmoderno, como veremos más adelante en este capítulo, asume la centralidad del "yo" y de su "enriquecimiento" como premisa y por lo tanto implica cierta prioridad del individuo sobre lo demás. Existe sin embargo un componente muy extendido en los repertorios de los entrevistados que problematiza esta actitud post-moral: la nostalgia con las relaciones del "pasado".

Entre los entrevistados y entrevistadas de todas las trayectorias sociales aparece una comparación de las relaciones de pareja típicas de la juventud actual con las que se establecían en un pasado, la mayor parte de las veces indefinido, en algunas ocasiones identificado con la generación de los padres o los abuelos. Entre los jóvenes de clases medias y medias altas, tanto en mujeres como en hombres, encontramos cierta ambivalencia al respecto: si bien las relaciones actuales han perdido en niveles de estabilidad y compromiso, el cambio tiene un lado positivo, el hecho de que la mujer pueda decidir sobre su futuro debido a su independencia económica y que las relaciones violentas puedan deshacerse gracias a la aprobación jurídica y la despenalización social del divorcio.

S: O sea, creo que nuestros abuelos, no sé si por...temas, bueno, generaciones anteriores, no sé si por temas católicos o de... eran mucho más incondicionales, ¿no? las parejas. **Excepto que había parejas que debían haber roto, eh...por temas de malos tratos y demás...Pero creo que también el amor entre la gente era más incondicional.** Es decir: nos casamos y nos casamos para siempre y superamos los problemas juntos, y **no nos separamos en cuanto vienen mal dadas.** O sea, evidentemente, eso no se debe llevar al extremo, pero creo que **ahora** hemos perdido un poco eso: **cuando hay problemas** -chasca con los dedos- **“¡Hasta luego, Lucas!”** Creo que...que falta un poco el compromiso a largo plazo (...) Yo creo que también **ha influido...la liberación de la mujer y yo creo que hay todavía hombres que les cuesta aceptarlo,** y que no sea lo que ellos dicen y que la mujer trabaje y tenga su cap...su dinero y sea independiente. Entonces yo creo que eso, claro, **evidentemente influye en los roles:** que tú te puedas separar porque te lo puedes permitir económicamente no es lo mismo... que no te lo puedas permitir (E18: SOFÍA)

A pesar de la matización de la entrevistada, que explica que en el pasado “había parejas que debían haberse separado” y que la voluntad de estabilidad de las relaciones no debe de llevarse al extremo, la idea central de este fragmento es que las parejas de su generación han perdido la capacidad para establecer “compromisos a largo plazo” y tienden a separarse en cuanto aparecen los problemas. Hay una valoración negativa explícita en el uso de la expresión “Hasta luego, Lucas” que parece querer manifestar la facilidad para romper los vínculos en las sociedades contemporáneas. Como vemos, aquí la ética no es abiertamente post-moral sino que existe un posicionamiento en contra de la fragilidad de las relaciones y cierta crítica al utilitarismo del individuo moderno que desaparece “en cuanto vienen mal dadas”.

Esta nostalgia del pasado aparece en otros sectores de una manera menos matizada y con una fuerte "implicación afectiva". ⁴⁴La crítica en este ámbito se hace especialmente severa entre los varones de clases populares:

A: Yo creo que hoy en día **con tantos programas en la tele como salen de estos raros**, la gente es que ya... ve... la relación de pareja como bf... algo de poj mira pues es **como un álbum de cromos** yo creo, cuando se te acaban los, las pegatinas coges otro álbum de cromos ¿sabes? Cada vez pues eso, **mal**, que la gente... al final hace lo que ve ¿sabes? Y ahora pues eso, yo veo a to los niños ahí, el hermano de Laura por ejemplo también, que... que van de otro rollo ¿sabes? **Los chicos hoy en día van de otro rollo** ¿sabes? En plan de **aquí te pillo aquí te mato** y bueno y me voy pa' allá y tal y como que es un poco todo... y **está bien visto encima** ¿sabes? (E13: ÁLVARO)

La idea que presenta Álvaro en este fragmento es similar a la de la entrevistada anterior. La pauta hegemónica contemporánea es, según él, la fragilización de los vínculos sobre la que vimos que argumenta Bauman. Aquí el objeto de la crítica no es la propia generación sino la más joven. En torno a ella se diagnostica un problema social: las influencias culturales provocan que lo normativo, lo que está bien visto hoy en día, sea priorizar las aventuras sobre las relaciones, consumiendo parejas como se puede consumir cualquier otro producto, como los cromos, que sirven para coleccionar, mostrar e intercambiar. La implicación afectiva con este tema es claramente elevada en el entrevistado. Esto se puede identificar gracias a la elevación del tono de voz y la manifestación contundente de las propias ideas, que apuntan a un ethos alejado del individualismo. Lo que se evalúa negativamente es una cultura de la desvinculación y de la utilización del otro para el propio placer. Esta elevación de la implicación afectiva durante la entrevista al posicionarse sobre este asunto la encontramos muy marcada asimismo en Ignacio, otro joven también de clases populares:

I: Y las **relaciones** que hay ahora no son las que había antiguamente

E: ¿Por qué no, qué dirías..?

I: Porque antes, antes era, eso sí es, no amor, pero eso sí es ser una pareja y compromiso, lo que hay ahora es cachondeo, **lo que veo yo ahora es cachondeo, no compromiso** y no, es que ahora el divorcio está a la orden del día. Tos mis amigos, todos, divorcios con hijos y el rollo, sabes. Y antes pues era muy difícil, claro que los hay, claro, porque lo había, pero antes era **muy** difícil que hubiese un divorcio

⁴⁴ Como ya hemos explicado, usamos este concepto a partir de la interpretación que hace Martín Criado (1998a) del concepto de implicación ("involvement") que para Goffman es "un proceso psicobiológico por el que el sujeto se vuelve, al menos en parte, no consciente de la dirección de sus emociones y su atención cognitiva" (1974: 346).

E: ¿Entonces tú crees que ha ido a peor?

I: Psss, ¿a peor? **Mucho a peor, vamos. Mucho peor**

E: ¿Y por qué crees que es eso?

I: Pues... **pues** la evolución, es que no sé, yo qué sé. Pues ha ido a peor pues por eso porque no, la gente que he ido conociendo **se ha ido acostumbrando por ejemplo a la tele** y a otras cosas que antes no, sabes. Y yo creo que ahora pues, las relaciones son, pues yo qué sé, **son de gelatina comparadas con las que había antes**. No que haya malas relaciones ahora sino que comparadas con las de antes, **vamos, ni punto de comparación** (E12: IGNACIO)

El caso de Ignacio es especialmente interesante porque a pesar de haber explicado en un momento anterior de la entrevista su tendencia a cansarse de las mujeres con las que se implica, lo cómodo que se encuentra estando soltero y la reticencia que le causa la idea de comprometerse, tiene muy claro su diagnóstico sobre el presente de las relaciones de pareja y es muy enfático en la puesta en práctica discursiva de sus ideas al respecto. De nuevo, igual que Álvaro, considera que existen ciertas influencias culturales negativas en la sociedad contemporánea: ambos mencionan la televisión como creadora de patrones rechazables. Las relaciones hoy en día son mucho peores que en el pasado porque "son de gelatina", es decir, frágiles, sin consistencia. Los jóvenes tienden a pensar exclusivamente en su propia diversión, como pone de manifiesto el uso del término "cachondeo" y su contraposición a la idea de compromiso, y por eso los divorcios están tan extendidos. Estos se producen además -y aquí el entrevistado deja entrever su moral familiar- cuando hay hijos de por medio. En este caso no hay cabida para los matices: las relaciones han sufrido una deriva integralmente negativa. Estos relatos ponen de manifiesto una posición discursiva muy presente entre los varones de clases populares que implica elementos anti-posmodernos, nostálgicos con el pasado y cercanos a una ética más tradicionalista que post-moral.

En el caso de las mujeres de su misma posición social, si bien se encuentran ideas similares, los discursos no son tan enfáticos ni tan contundentes. Ellas tienen que conjugar estos elementos nostálgicos con la conciencia de la importancia que tiene para las mujeres el poder separarse sin ser sancionadas socialmente cuando existen situaciones de dominación:

R: Yo creo sinceramente que ahora mismo la gente pues tiene menos paciencia. **No te digo que tengas que aguantar carros y carretas, pero sí que es cierto que la gente tiene muy poco aguante ahora mismo**. Es tan fácil ahora encontrar otra persona... Bueno, no encontrar otra persona, **encontrar otro rollo** porque **realmente** encontrar el amor es súper difícil. Yo lo veo súper difícil (E31: RAQUEL)

Del mismo modo que los entrevistados anteriores, Raquel apunta aquí a lo que entiende como un patrón cultural contemporáneo. Tendemos a aguantar poco porque podemos encontrar otras personas junto a las que experimentar los amoríos de los que habla Illouz, aunque “el amor”, es decir, una relación realmente basada en el sentimiento y no en el sexo, como los “rollos”, sea algo raro, excepcional. Pero como vemos Raquel matiza esta idea del “aguante” apuntando a la virtud del término medio: sería deseable que tuviésemos más paciencia y que, como señalaba Sofía, no abandonásemos “en cuanto vienen mal dadas”. Pero sin que eso se convierta en un peso excesivo que nos impida movernos, como si tirásemos de “carros y carretas”. Cuando ese “peso” ha sido real en el pasado, como en el caso de Mónica, quien tuvo una relación de más de 10 años con un hombre con problemas de adicciones a las drogas y en ocasiones violento, la capacidad de liberarse de “la carga” tiene más presencia en el discurso que la deseabilidad de duración del vínculo:

Yo creo que, yo, vamos a ver, **antiguamente las mujeres aguantaban carros y carretas** y no creo que estuvieran enamoradas. Era por la sociedad que había y con que **no podían valerse por sí mismas**, no podían ni... ir a, a sacar dinero al banco, pues tú imagínate. Y hoy en día pues la gente aguanta lo que, aguanta. Lo que... cómo decirlo, **si no estás a gusto o crees que el amor se te acabado pues... te vas con otro**. Eso es lo que hay. **Y no lo veo mal** (E29: MÓNICA)

Al contrario que Ignacio, que, como veíamos, construía un discurso muy marcado por la crítica a las prácticas contemporáneas de emparejamiento que son las suyas propias sin que eso le generase aparentemente ningún conflicto, Mónica necesita producir un relato coherente con su biografía. Frente a una entrevistadora mujer, construye un discurso que le permite legitimar su divorcio y su rapidísimo cambio de pareja, enfatizando la importancia de que las mujeres sean independientes y la aceptabilidad de la búsqueda de la propia felicidad, si es necesario cambiando de pareja cuando no se siente amor.

El trabajo cualitativo de esta investigación muestra los problemas de las ideas de Bauman relativas al amor posmoderno “líquido” que ya hemos expuesto y dibuja un panorama más complejo en lo que respecta a los vínculos amorosos de los jóvenes. Los jóvenes de una gran ciudad contemporánea como Madrid no sólo aspiran a construir relaciones de pareja duraderas, con perspectivas de duración “para siempre” sino que establecen de hecho vínculos estables. En lo que respecta a los discursos sobre ello, vemos cómo la fragmentación que implican las monogamias sucesivas se acepta, pero no sin cierta ambivalencia. En términos generales, se entiende que es saludable que las relaciones pueden estar

sujetas a revisión cuando generan sufrimiento. Sin embargo, existe una evaluación negativa muy extendida sobre el también extendido diagnóstico de la “ligereza” de los vínculos. Es decir, al mismo tiempo que se acepta la legitimidad de las separaciones se lamenta su frecuencia. Cuando la valoración del aumento de las rupturas “diagnosticado” por los propios entrevistados es claramente positiva, como la que lleva a cabo Mónica, ésta se pone en juego como respuesta coherente con un relato de situaciones biográficas muy complicadas –que en este caso llevaron a la sustitución de una pareja por otra- y no como mero reflejo de una ética individualista o utilitarista. La vehemencia de los hombres de clases populares contra lo que consideran la fragilización de las relaciones de pareja es especialmente significativa. Es probable que su puesta en práctica responda a lo que se experimenta –no necesariamente de forma consciente- como una “amenaza” hacia el propio estatus. La familia nuclear basada en un vínculo estable y con una clara separación de roles entre los géneros constituyó para los hombres de generaciones anteriores con los que estos jóvenes han crecido como referentes la fuente principal de imagen de sí mismos, y su papel como “proveedores” de sus familias proporcionaba la definición de la masculinidad en tales sectores sociales. Tal identidad se ve en peligro ante dinámicas sociales que puedan amenazar la perdurabilidad del vínculo en el que finalmente se apoyan. El matrimonio de por vida también es más central para las mujeres de clases populares (Kaufmann, 1993) que para las universitarias de clase media (las cuales pueden apoyarse más frecuentemente en la “carrera profesional”) a la hora de conseguir un estatus o un “lugar en el mundo”. Sin embargo, para ellas la legitimidad de las separaciones y divorcios supone asimismo la posibilidad de evitar situaciones de dominación, que en ocasiones se han hecho patentes en la propia biografía.

4.5.2 La necesidad de diversión

En los repertorios de las personas entrevistadas también aparecen en ocasiones rasgos de otro elemento que Illouz (2009) considera propio de la cultura posmoderna del amor, como ya se vio en el capítulo 1: la inclusión del hedonismo como eje de la vida en pareja:

E: ¿Y qué cosas te **parecen** importantes en una pareja?

B: La complicidad y... Para mí es importante salir con mi pareja de fiesta aunque sea los dos solos, y hay gente que eso no lo entiende dice “¿para qué vas a salir los dos solos?” Pues **a mí me gusta salir de fiesta, pues me gusta salir de fiesta con mi pareja, o que salga con mis amigos...** Para mí **eso es muy importante** que mi pareja fuese amiga de mis amigos, no

amiga porque la amiga soy yo, pero, que se compenetrasen bien o que tal, yo creo que es importante. (E22: BLANCA)

Aquí vemos cómo aparece un elemento central de un particular estilo de vida, la práctica de “salir de fiesta”. Blanca explica que ya que se trata para ella de una actividad habitual, cree importante poder compartirla con un hipotético novio. Lo que resulta interesante de su relato no es tanto la importancia de pasarlo bien o el valor otorgado a la amistad, sino que todo ello forme parte de lo considerado necesario o “requisito” para el éxito de una pareja. De hecho la relación ha de generar diversión en sí misma, de ahí lo deseable de “salir de fiesta los dos solos”. Para Illouz, uno de los rasgos de la condición romántica posmoderna es que la diversión pasa a ser un elemento consustancial al amor, que lo identifica. Según esta socióloga, la cultura del goce inmediato y el placer sin preocupaciones forma parte de la utopía colectiva del amor construida por los medios de comunicación del capitalismo post-industrial, y muy especialmente por la publicidad posmoderna, fabricante de “experiencias” que definen lo romántico y lo asocian con un consumo velado, que se ignora y que al mismo tiempo se relaciona con los momentos más extraordinarios de la biografía. Esta asociación del amor con las “experiencias” fuera de lo cotidiano también aparece en un sector de los entrevistados:

E: ¿Qué dirías tú que es lo que, qué es **lo que hace que funcione una pareja durante tanto tiempo?** (Diez años en el momento de la entrevista)

C: Yo creo que, está claro, que es llevarte bien(...) **Me lo paso genial estando solo con ella y eso yo creo que es... clave,** la verdad. Porque cuando nos vamos de viaje, nos **vamos un montón de veces de viaje los dos de... viaje de aventura, o viaje más turístico o viaje de salir de fiesta a Ibiza...** y nos lo hemos pasado siempre muy bien, **sin necesidad de estar con más gente,** aunque con más gente también nos lo pasamos guay pero... yo creo que lo que hace que funcione es que somos, aparte de gustarnos, llevarnos bien, ser muy amigos, tener cosas en común que nos gustan, tal. (E4: CÉSAR)

En este caso la “clave” para mantener una relación exitosa es más que el sentimiento, pasarlo bien en pareja. A largo plazo, individuos que consideran la diversión un elemento central de su biografía, necesitan también que la misma sea proporcionada por un estilo de vida compartido, en este caso además facilitado por una buena posición económica. No aburrirse con el otro, ni necesitar de nadie más para disfrutar el tiempo libre se convierte en elemento fundamental para que una relación pueda ser duradera. Es decir, más que el mantenimiento de la pasión, como la construcción romántica más clásica prescribe, aquí la preocupación es el mantenimiento de la diversión. Para ello, se necesita poder disfrutar de “experiencias” que alejan de la cotidianidad, que generan “momentos” especiales pero que,

como argumenta Illouz, si bien ignoran el consumo, lo presuponen, además de negar el acceso a determinados sectores sociales, aquéllos que no pueden permitirse actividades como los periódicos viajes a Ibiza o las “escapadas” para practicar ski de las que habla César durante la entrevista. Esta centralidad de la diversión como estilo de vida en pareja aparece de una manera profusa en los y las jóvenes universitarios de clases medias y altas. Entre los jóvenes de clases obreras, la alusión a la diversión como elemento esencial del amor aparece con una frecuencia mucho menor. La fiesta y el disfrute forman parte de los relatos sobre sus aficiones y sus estilos de vida, sin embargo, la relación de estos con su vivencia de las relaciones de pareja, cuando aparece, es diferente:

El ambiente y tal no es el mismo el que le gusta a ella y el que me gusta a mí, entonces **pa salir** y pa divertirnos **es más los** colegas. **Con ella** es más, pues lo que te digo, más **tranquilo**. Pues quedamos to los días, hablamos, pss, **estar en casa cenando**, tal, todo un poco más tranquilo ¿no? Porque ella es así, más tranquila. O sea, yo no digo que alguna vez se viene a un concierto y se toma algo, lógicamente también, y salimos ahí **al bar o al parque**, tal, pero **ella es más de sus cosas en su casa** y tal. (Eg: DAVID)

Con frecuencia los jóvenes obreros varones ofrecen relatos similares al anterior. Si la diversión y la fiesta forman parte de su ocio de la misma manera que en los jóvenes universitarios, su estilo de vida está más apegado a lo local: fundamentalmente el barrio y lugares señalados del mismo, como el “bar” o el “parque” aparecen como los sitios de ocio. Estos lugares más habituales y cercanos no son propicios a la vivencia de las “experiencias” extraordinarias de las que nos habla Illouz, hitos en la biografía fomentados por la publicidad postmoderna. Si es cierto que todos los jóvenes contemporáneos están expuestos a tal ideal cultural, no todos tienen la posibilidad de llevarlo a la práctica. Por otra parte, entre los jóvenes de clases populares la pareja no necesariamente es un lugar generador de momentos de diversión, sino que los espacios de ocio entre los miembros de la misma están a menudo más diferenciados. Mientras que en el grupo de amigos se encuentra la compañía para “salir”, la mujer de la pareja, como se pone de manifiesto en el anterior fragmento, se asocia más a la tranquilidad doméstica y a las conversaciones cotidianas. En este sentido, el relato de David deja ver una división de roles más tradicional, en la que el hombre sale y busca la diversión “fuera” mientras que la mujer se queda en el ámbito del hogar con “sus cosas”. Las entrevistas a las mujeres de clases populares dejan ver que ellas, sin embargo, no se entienden a sí mismas tal y como David describe a su novia. Pero aunque de nuevo la fiesta y la diversión aparecen en los relatos sobre su tiempo libre, estas actividades no aparecen como componentes necesarios del amor o de las relaciones estables. Debido a una diferencia en los roles asociados a diferentes edades entre diferentes grupos sociales, las mujeres que se acercan más a los 30

o los han pasado y aquéllas que tienen una pareja estable hablan de “la fiesta” como algo perteneciente a su vida pasada. Así se expresa Mónica, de 29 años, casada, embarazada y con un divorcio a sus espaldas:

M: Yo **siempre he querido tener niños**. Yo he dicho que quería tener hijos joven, no quería sobrepasar los 30, que lo he conseguido, pero para mí ahora mismo ya es tener hijos demasiado mayor. **Yo hubiera preferido tener hijos con 26 años**, ideal, lo ideal 26 años

E: O sea que querías... y ¿casarte y todo eso también querías?

M: Pues sí

E: De **siempre, quiero** decir, o sea ¿era una cosa que te apetecía?

M: Sí. Sí. **Sí he querido tener mi casa y casarme y tener mis hijos y todo**. Lo que pasa que ya cuando me casé y tuve mi casa quizá por esa pareja me sentí muy mayor, o sea... Fuera de mi edad. **Pero yo no creo que fuera porque es que fuera joven sino porque lo anterior no lo viví como fue debido**. O sea yo qué sé, de los 16 años a los 22, no, esos son muchos ¿no?, **17 a los 22 por ahí, es, yo esa edad pues no la viví como tenía que vivirla. Entonces pues cuando cumplí los 25 quería vivir esa**. Pero si yo hubiera ido bien... Es lo que quería (E29: MÓNICA)

Como vemos en este fragmento, Mónica hace un relato de su vida construyendo los tiempos biográficos deseables en diferentes etapas. Si el comienzo de la veintena es el momento de la necesaria diversión y la despreocupación (si bien no durante demasiado tiempo, “de los 16 a los 22 son muchos años”), los 25 deberían marcar el paso al tiempo de la estabilidad, lo cual no se produjo en su caso debido a problemas con su pareja y, según ella lo interpreta, por culpa de no haber vivido las etapas consideradas anteriores. Sin embargo, la deseada estabilidad ha llegado a través de un nuevo matrimonio y gracias a “haber conseguido” tener hijos antes de los 30. Debido a esta manera de entender las etapas vitales, la diversión no es tan central en el relato de estas mujeres y no es algo que se considere proporcionado por la pareja. Más bien se entiende que la “fiesta” se vivió o debió vivir en otro momento y ahora, en la recta final de la veintena, es el momento de construir estabilidad familiar.

El análisis de la diversión como componente de la pareja pone de manifiesto que el hedonismo posmoderno que se presupone a las relaciones amorosas contemporáneas es rasgo de un estilo de vida específico, urbano y de clase media. Lo que entendemos como “sociedad post-industrial” no constituye un ente uniformizador en este sentido, como los análisis sociológicos sobre el tema a menudo implican. Las formas de ocio, sus lugares privilegiados y sus divisiones de género, así como los tiempos biográficos en los que se desarrollan, son cuestiones en las que las posiciones de clase social y de género

propician diferencias muy significativas que dejan sus ecos en los repertorios sobre lo positivo o necesario en las relaciones. En ocasiones, la exigencia cultural que reivindica las experiencias extraordinarias en pareja es vivida por las personas que no pueden acceder a ellas entre la frustración y la adaptación a través de la conformidad del gusto con lo que es accesible, es decir, por medio de lo que Bourdieu entiende como “el gusto de necesidad” (2012: 443).

(La falta de dinero) Limita más que nada pues a lo mejor por eso, pa, pues poder hacer cosas juntos. Si no **tienes** dinero ninguno de los dos, pues eso, **parque y pipas, que ya ves tú, yo encantá. Pero es verdad que puede limitar.** (E26: CAROLINA)

Los estilos de vida enmarcan a su vez los estilos de vida amorosos, lo que se considera deseable o imprescindible en la experiencia cotidiana de las relaciones de pareja o lo que constituyen “requisitos” en el compañero o compañera. Sobre este último punto volveremos en el capítulo 6.

4.5.3 La centralidad del “yo”

Además del hedonismo, existe otro rasgo típicamente posmoderno que aparece de forma recurrente en las entrevistas, pero de nuevo, entre los jóvenes universitarios, mientras que está prácticamente ausente en los relatos de los jóvenes de clases populares. Me estoy refiriendo a la idea del “yo”, y la necesidad de salvaguardar sus “espacios”. Como ya analizamos en el capítulo uno, uno de los rasgos centrales de la modernidad reflexiva según Giddens (1997), es precisamente la sustitución de los controles morales y sociales como guías de la conducta por el proyecto reflexivo de un “yo” independiente que busca su propia realización influido por la creciente injerencia de los sistemas expertos, y especialmente de la psicología, en la vida cotidiana. Estas influencias se trasladarían asimismo a la vida en pareja y generarían una tendencia a pensar y hablar sobre uno mismo y sobre las propias relaciones. En el siguiente capítulo analizaremos la experiencia práctica de estas tendencias y veremos que se trata éste de un ethos de clase media con capital cultural que no es, además, indiferente al género. Estas diferencias aparecen también en los discursos más genéricos sobre en qué consiste o en qué debería consistir el amor.

E: Y tú, de estos temas así pues de la pareja y del amor y estas cosas, ¿sueles hablar **con..?**

D: Todo el rato

E: ¿Con quién?

D: (Alzando la voz). Todo el rato. Con mis amigos. Todo el rato, **todo el rato, busco respuestas que no encuentro**. Entonces lo tengo que comunicar porque **me causa desasosiego** entonces **tengo que hablarlo** y digo ¿"y tú cómo lo vives? no sé qué", y, pues cada uno me va dando su punto de vista y tal... Muchas veces coincidimos en **que na, que es imposible, que no hay nada escrito** y que no hay... Y ya está. Y que... **lo que te vaya... lo que te vaya cuadrando en el momento** vaya, (ríe), no hay más (E8: DANI)

Este fragmento de la entrevista con Dani pone de manifiesto la presencia entre los jóvenes universitarios de esa tendencia a la reflexión y revisión constante de su forma de relacionarse. Como vemos, aquí se alude a la conversación sobre "cómo se viven" el amor y la pareja en un grupo de hombres, lo cual señala la emergencia de masculinidades alejadas en este aspecto del modelo hegemónico y preocupadas por ámbitos considerados tradicionalmente femeninos, como es el relativo a las emociones. Lo más significativo es la conclusión a la que llegan el entrevistado y sus amigos, que los coloca en una posición cercana a la idea de Giddens que acabamos de comentar: "No hay nada escrito". Es decir, lo único que el individuo puede hacer en las sociedades contemporáneas según estos jóvenes es improvisar. Sin contar con guías marcadas para su conducta, hay que hacer "lo que vaya cuadrando en cada momento". En la risa irónica y ese "es imposible" se deja ver además cierto desencanto consciente. En este caso no se anhela explícitamente el pasado, pero tampoco se celebra el presente, sino que más bien la tendencia es a "conformarse". Por otra parte, además de esta conciencia sobre la sustitución de los controles morales por el criterio propio frente a la pluralidad de opciones, la importancia del "yo" y sus espacios también aparece en los repertorios de los jóvenes universitarios:

Tiene que ser **una persona complementaria, que te complemente, que te acompañe**, eh... y o sea que os acompañéis, no sé... **tiene que ser** algo... y **que os enriquezcáis** mutuamente (...) **Que te lo pases bien con esa persona** que... no sé, una compañera, una compañera. O un compañero (...) Hay que **mantener espacios fuera de la pareja siempre**, he aprendido que eso es fundamental. (...) Que hay que mantener tus espacios y hay que mantener tu **espacio personal** también y, y tus, las cosas que te gustan... **No perder nunca lo que eres** (E8: DANI)

Lo...**los espacios propios. Son fundamentales**. (...) Yo creo que es muy importante como...a mí me mo...a mí me molestaría que me...que a mi pareja no le gustase que yo me fuese al teatro una noche. O sea, ya no que...que él me acompañe, que eso es, bueno, te puede gustar o no te puede gustar. Pero yo creo que sí, que es muy importante...y **a mí cuando me no...cuando me han invadido mis espacios me ha molestado mucho** (E18: SOFÍA)

En el primero de estos fragmentos vemos una vez más cómo los jóvenes componen sus repertorios sobre el amor mezclando elementos de diferentes construcciones. Por una parte, en el discurso de Dani aparecen rasgos prosaico-realistas que aluden al compañerismo, al “acompañar” al otro, es decir que tienen que ver con la construcción de un *nosotros*, y con las ideas del apoyo mutuo y la comodidad en las relaciones. Pero a esto se añade la importancia del yo en la visión sobre el “enriquecimiento” propio como requisito, en la necesidad de que el otro te “complemente”, algo que se aproxima a lo que Illouz (2009: 242) entiende como la sustitución posmoderna de la “devoción” romántica hacia el ser amado por la autorrealización personal, en este caso a través de la valoración explícita del otro por lo que “aporta” y no por lo que “es”.

La idea de crecer como persona y enriquecerse aparece en varios momentos durante la entrevista con Dani: se ha de buscar a través de un ocio que “cultive” y de un trabajo que “satisfaga”. Ambas aspiraciones están claramente alejadas del ethos de las clases populares, para quienes el trabajo es un modo de ganarse la vida y no de encontrar satisfacción o “crecimiento personal” y que no contemplan la idea del ocio a través de esa disposición ético-estética que implica la pretensión de “cultivarse”. En este caso, también la pareja, en los términos del entrevistado, tiene que contribuir a ese desarrollo personal tan marcado en su discurso. Esta centralidad del yo, como ya explicábamos, se pone del mismo modo de manifiesto en la necesidad de preservación de la esfera personal que reivindican en sus relatos Dani y Sofía. Las afirmaciones sobre la importancia de “no perder lo que eres”, o defenderse de las invasiones del espacio “propio” implican el rechazo al amor-fusión y una concepción sobre la individualidad separada de los otros en las que aparece el eco de la visión psicologista del individuo como poseedor de una unicidad separada del mundo social. La pretensión de conjugar la necesidad de pasarlo bien en pareja, que analizábamos anteriormente, se complementa aquí con la importancia de preservar las aficiones y el ocio propio de forma individual.

4.5.4 El cinismo frente a los códigos del amor

Existe un último rasgo de lo que Illouz (2009) identifica como la cultura amorosa posmoderna que aparece en los jóvenes entrevistados en esta investigación de maneras diversas. Se trata de la

conciencia sobre la estereotipación y codificación excesiva del amor en las sociedades contemporáneas que hace desarrollar discursos cínicos sobre el tema:

E: Y... tú dirías que tienes alguna idea, no sé si lo habrás pensao alguna vez pero, sobre cómo es el **amor hoy en día en nuestra sociedad**

D: Sí, lo he pensao muchas veces

E: Y ¿qué opinas?

D: Pues... muchas veces lo miro con... **lo miro por encima del hombro**. Hago mal porque luego yo también tengo mis cosas.. O sea... pero sí. Lo veo como pffff, lo veo como un compendio de no sé, ves **fotos de facebook**, (...) No sé, **corazones**, movidas así y me... **me da la puta risa** yo qué sé. Me hace mucha gracia, **me hace mucha gracia el matrimonio**, me hace... no sé, gracia **las parejas que tienen hijos, cuando les va mal**. (...) Y no sé, veo el canon de... el amor que... que **nos venden es todo mentira** tía, yo qué sé. La **fidelidad**, lo que hablábamos antes, es **todo mentira**, no existe. Conceptos que no... que llevan nada más que a la **frustración** de la gente yo creo, yo qué sé. (E8: DANI)

O sea cualquier **comedia romántica** está plagada de **clichés** o sea... no tengo ni idea pero ir con una rosa a alguien de a una mujer, porque **de mujer a hombre a mí me gusta que me regalen flores por ejemplo** pero... como que está, yo qué sé, es otro, es una cosa guay. Pero **eso de regalar de hombre a mujer una flor** yo pienso digo yo, esto tío... **lo habéis sacao todo de las comedias románticas**. Porque es... no sé, a lo mejor me equivoco, seguramente. Pero en mi cabeza no sé, el cortejo que había antes en los bailes de mi pueblo de Oviedo no veo a nadie, a ningún tío, ningún pastor con las vacas llevar una flor a una tía. Si acaso sacarla a bailar o... eso sí. Bailar en el... , en la romería y eso pero lo de las flores tía yo qué sé. Entonces cualquier comedia romántica... como **el destino**, estas cosas del destino y tal. "No, es que estamos predestinaos"... Bfff. Eso te puede crear ahí un... **la gente tiene que acabar muy mal**, yo creo. (E8: DANI)

La idea fundamental que Dani desarrolla en estos fragmentos se corresponde con esa conciencia de la codificación que hace dudar sobre el amor a los individuos posmodernos de la que habla Illouz (2009). El entrevistado pone de manifiesto sus propias contradicciones: "Hago mal, porque luego yo también tengo mis cosas". Es decir, construye un discurso escéptico sobre la manera en que "nos venden" determinadas ideas sobre las relaciones de pareja que sin embargo entiende que a él mismo le afectan. Esa forma en que el entrevistado dice reírse de determinadas prácticas y "mirar por encima del hombro" es especialmente indicativa de la ironía que según Illouz sustituye al drama romántico en las sociedades posmodernas. La crítica de Dani se dirige a los símbolos más codificados del romance, como las flores o los corazones, y a los elementos que implican la exhibición de la propia intimidad, como la exposición de fotos en las redes sociales online como facebook. Aquí el entrevistado pone de manifiesto

la "distinción" de su gusto y su separación de la cultura popular contemporánea sobre lo "romántico". Pero además, los elementos que constituyen el modelo convencional de pareja también son nocivos a su parecer. El matrimonio o la fidelidad no son más que construcciones sociales que habría que superar. El entrevistado pone en juego un discurso crítico que entiende que su generación está expuesta de tal manera a los medios de comunicación de masas y a las construcciones hollywoodienses sobre el amor que genera unas expectativas exageradas sobre el mismo provocadoras de frustración y sufrimiento. Por otra parte, también existe en él una visión alternativa que pretende en cierto modo invertir los códigos de significado asociados con las manifestaciones románticas: las flores son una "horterada" si sirven para producir los modelos dominantes, es decir, la demostración de cortejo del hombre hacia la mujer. La forma de darle una vuelta a eso y distanciarse es reivindicar el intercambio de los roles de género tradicionales y la posibilidad de que sea la mujer la que le regale una rosa al hombre. Esa manera de generar una imagen alternativa de sí mismo pasa paradójicamente por reivindicar lo popular y tradicional, por auténtico, en contra de lo estereotipado: igual que el pastor de su pueblo, él no va a utilizar una rosa para demostrar su amor, como hacen los demás, aquéllos que "lo han sacao todo de una comedia romántica" y que no tienen la sensibilidad suficiente para ser originales. En este tipo de discursos queda patente cómo la cultura romántica del capitalismo contemporáneo genera lo que Estaban (2011: 40) denomina la "hipertrofia" del amor y, al mismo tiempo, las condiciones para críticas escépticas hacia esa cultura similares a la que lleva a cabo este entrevistado, muy útiles, por otra parte, para una presentación del yo como alguien "diferente".

De nuevo, es necesario remitir a las posiciones sociales que hacen plausibles este tipo de posicionamientos. Dani, si bien procedente de una familia de clase obrera, está entre los entrevistados con un estilo de vida más "cosmopolita". Su paso por la universidad para estudiar enfermería le ha proporcionado una trayectoria de movilidad social ascendente y el acceso a círculos de clase media. Es además uno de los entrevistados con una mayor politización (ya muy presente en un entorno familiar vinculado a las luchas mineras), lo cual le predispone a cierta actitud crítica hacia "lo establecido". Su rechazo al matrimonio y la fidelidad y su cinismo en este sentido es una posición poco frecuente entre las personas entrevistadas. Sin embargo, ciertos discursos sobre la codificación del amor contemporáneo y la influencia de la cultura en nuestro pensamiento, sí constituyen un lugar común entre los jóvenes, si bien se ponen en práctica de una manera menos enfática y con menor voluntad de

diferenciación cultural. Entre las mujeres, la idea de la “influencia de Disney” se ha convertido en sí misma en un cliché repetidísimo. ⁴⁵

S: El amor es necesario pero es muy puñetero. Ej que... no hay quien lo entienda. O es que nosotros lo hacemos muy difícil o... no sé. Pero sí, es necesario. Yo antes, bueno, **he llegao a pensar que el amor no existe** pero sí que existe lo que pasa es que... mmm, como **nos han metido en la cabeza** lo de los cuentos de la Cenicienta y todo eso, creemos en los príncipes azules pero eso no existe. **No existen los príncipes azules**. Y... Pues a lo mejor **tenemos idealizado... un tipo de hombre que sólo existe en nuestra cabeza** (E27: SORAYA)

L: Pero..., el amor que te esperas cuando tienes **quince años** es...pues como en las pelis de Disney: Conoces a la **persona perfecta** para ti, con la que te complementas y **no** tiene ni un solo defecto, no tiene... nada que no te pueda gustar **y lo hace todo bien, a tu gusto** (E25: LARA)

En ambos fragmentos, las entrevistadas ponen en juego una idea que ya veíamos en Dani: Ciertos códigos culturales propician expectativas que generan frustración y, tal y como expresa Soraya, provocan finalmente dudas sobre la existencia misma del amor. En las mujeres esta frustración tal y como se expresa aquí tiene que ver con una idealización muy concreta, la que se refiere al “príncipe azul”. Consecuencia de la inmadurez de los “quince años”, una vez que se ha tenido experiencia con hombres reales, los mitos desaparecen y se sustituyen por la conciencia de que no existen hombres perfectos, con los que “complementarse” totalmente. Si bien conscientes y críticas con las idealizaciones, las entrevistadas no presentan el elevado grado de cinismo que veíamos en Dani con ciertas ideas arraigadas sobre el amor, como el valor de la fidelidad, o con la institución del matrimonio. Dónde el cinismo vuelve a aparecer aunque, como veremos, se distribuye desigualmente, es en la evaluación de “lo romántico”.

M: Yo... No, no es que no me considere romántico bff... pero no me sale, no me sale mucho. Yo por ejemplo veo a **las parejas que se dicen estas cosas**, así que las escucha la gente, **bueno** con lo del **facebook** ya no puedo, es que me da **vergüenza ajena**. Yo lo siento mucho eh, que hay mucha gente que lo hace, y mi mujer lo hace, porque **mi mujer sí, es romántica y encima lo demuestra**, y es melosa, muy latina porque los latinos son así muy melosos y tal, y lo hace. Y yo claro, y ¿qué le pongo ahora? Me pone en el facebook, que ya

⁴⁵ Hasta el punto de que existe una página en la red social *facebook* que lleva por título “Culpo a Disney de mis altas expectativas en cuanto a hombres”, con más de 670.000 seguidoras.

sabe que a mí tampoco me mola mucho, entonces se corta. Pero... **Yo prefiero que me lo diga a solas. Por otra parte, lo de decirlo en el facebook, lo veo hasta ridículo que, me vas a perdonar tú, porque lo hace mucha gente** (E14: MANUEL)

En este fragmento perteneciente a la entrevista con Manuel, joven de clase trabajadora, se pone de manifiesto un discurso muy repetido en los repertorios de los hombres de su misma posición social: las demostraciones de amor deben producirse en privado, evitando exhibiciones públicas como las que favorecen facebook u otras herramientas en Internet. Es típico además que estos hombres se definan a sí mismos en este sentido por oposición a sus parejas, que son más tendentes según explican a manifestar su afecto utilizando estas vías. Manuel, como la mayor parte de ellos, expresa esta sensación de ridículo al mismo tiempo que muestra cierta prudencia, por si acaso la entrevistadora, mujer, se sintiese ofendida: "me vas a perdonar tú, porque lo hace mucha gente". Sin embargo, es interesante cómo las demostraciones grandilocuentes y estereotipadas, cuando se producen en privado, sí se aceptan y promueven:

M: Yo desgraciadamente aquí donde me ves tengo muy poca iniciativa para, cuando vienen las cosas así que se pueda celebrar algo y tal, no se me ocurre nada, soy muy poco original, bah, soy un desastre. Para sorprender a mi pareja soy un absoluto desastre. Y yo lo sé y lo reconozco. Recorro a Internet (...) **en Google hay de todo** hija, ¡claro! "cómo **sorprender a tu pareja** el día de su cumpleaños", ¡pum! **Algo original**. La última vez me acuerdo, algo así un poco tal que hice, llegó a casa y se encontró, no sé si fue por su cumpleaños o algo de eso. Se encontró un montón, un camino de rosas. **A mí estas cosas tan románticas no me van para nada ¿eh?** Pero lo ví en Google digo, me llamó la atención, digo "ah, pues puede estar bien". Y al final del **camino de rosas, las rosas conducían a la cama y eso fue lo que le hice, le puse ahí un sobre, le escribí unas palabras y luego estaba allí también el regalo de cumpleaños**, pero aparte del regalo solo, que queda un poco seco, vale un regalo pues, ya está. A veces no hace falta tanto regalo ni gastarte tanto dinero, sobre todo cuando no lo tienes (ríe). **Hay que buscar alguna originalidad**. Pero yo soy tan poco original hija que tengo que recurrir a que me den consejo porque es que si no a mí no sé me ocurre (E14: MANUEL)

Si las demostraciones románticas se consideran ridículas cuando se producen en público, en privado es necesario buscar "alguna originalidad" para "sorprender" a la pareja de vez en cuando, es decir, para generar momentos especiales que sirvan al muy extendido propósito de "mantener la chispa" frente a la temida rutina y cotidianidad. Estos hombres comparten con Dani la necesidad de huir de la exhibición, como si de cara al público tuviesen que preservar una imagen de lo que se reconoce hegemonícamente como masculino. Sin embargo, de puertas para adentro no tienen tantos problemas

en “contentar” a sus parejas demostrando el afecto con las fórmulas que Dani entendía precisamente como clichés copiados de comedias románticas y que provocaban su risa irónica.

Por otra parte, entre las mujeres de clases populares existen dos posiciones muy marcadas en lo que se refiere a este cinismo en los repertorios. Una de ellas consiste en asumir lo “romántico” como necesario, como una demostración o prueba amor, y no implica críticas hacia los objetos o rituales más estereotipados. La otra representa una feminidad que se aleja conscientemente de la debilidad, de lo excesivamente emocional y en este ámbito, de lo “cursi” y lo “típico”. Es significativo que, como vemos en los siguientes fragmentos, entre las mujeres obreras encontramos las dos posiciones más extremas: la que se apropia de todos estos “clichés” y lo expresa sin ningún reparo y la que construye una crítica más violenta sobre ello:

E: Y para ti ¿qué es ser romántico? Y si te consideras romántica...

S: Eh... sí, yo soy muy romántica, yo soy mu romántica pero... Pa mí, mira, por ejemplo ser romántico me lo considero como el chaval este, el último, Jairo. Te lo digo pa que así ya. Esto porque te **dedican canciones de amor**... cuando estás muy enamorado y eres **muy tímido como un niño** que no te atreves, pues te dedican canciones de amor (poniendo voz como más melosa), **te escriben corazones**... él... yo qué sé. He ido a mi casa y de repente me le he encontrao **en la puerta cuando menos te lo esperas**... ¿sabes? Cosas de esas que... ahí sí te das cuenta de que una persona está enamorá. ¿Sabes? **cuando eres romántico pues... es que estás enamora, si no eres romántico yo creo que no estás enamora** (E28: SANDRA)

E: ¿Y para ti qué es ser romántico?

C: Uh, a mí es que las... Yo no sé. A mí el concepto que tengo de romántico, es como medio de moñas no, **muy moñas**. Yo es que realmente moñas no... no soy en absoluto. O sea a mí, simplemente lo de “cari, churri, no sé qué, tal...” me, me, **me pone los pelos de punta** de verdad. O lo de dar de comer ahí el uno al otro es algo que jamás he soportado, de verdad, que me den de comer con la edad que tengo es algo que... o sea que no sé, **igual** el concepto romántico lo... lo asocio a toda esta cosa y la verdad es que me da un **repelús** que... que no puedo con ello eh. O sea yo no, no soy muy romántica, no sé a mí **me vienen con flores** e igual se me queda **cara de póquer**, o sea no, no te sabría decir (ríe), no, no sé (...) Vamos todo lo que suene en plan así de... de “**cuqui, no sé qué**”, todas estas... no puedo con ello. **Que te regalen corazones**, o cositas así. Yo qué sé, a mi eso me, me pone ner, el otro día ¿qué le regalaron a una colega?, **una taza, con la foto de ella y del novio** (ríe). Madre mía de mi alma, esas cosas son las que yo no... que **por lo visto es súper romántico**, por lo visto. Y yo **no puedo con ello** (E26: CAROLINA)

Estos fragmentos ponen de manifiesto el argumento que desarrolla Connell (1987) –que ya se explicó en el capítulo 1- sobre la existencia de una pluralidad de feminidades puestas en práctica en el

mundo social, que se acercan más o menos a los estándares clásicos codificados culturalmente. En el caso de Carolina, durante toda la entrevista presenta una imagen de sí misma alejada de lo que ella entiende como “moñas” y, en este sentido, la designación como “cursi” que hace de lo que considera típicamente romántico es coherente con su relato. Los discursos de ambas entrevistadas manifiestan asimismo que existe heterogeneidad en las feminidades que se ponen en práctica en el ámbito posiciones de clase similares –si bien no idénticas- que sin embargo, no son independientes de tales posiciones. En este caso vemos dos arquetipos de mujer de clase trabajadora entre los que se mueven las entrevistadas, particularmente en su relación con el tema que tratamos: una más tradicional en sus repertorios sobre el amor, aunque desencantada por la experiencia, y otra más crítica con los estereotipos sobre el género, con ciertos aspectos tradicionales de las relaciones de pareja y con los clichés culturales que se entienden como demostraciones de amor, que se posiciona vehementemente en contra de las mujeres tradicionales y que ella define como “cursis” precisamente porque se encuentra muy cercana a ellas en el espacio social.

Como hemos visto, ciertos discursos cínicos entran a formar parte de los repertorios cuando se pregunta a los entrevistados y las entrevistadas sobre lo que consideran romántico y si creen que ellos mismos son románticos. Vemos cómo en muchos casos esto se identifica con los “objetos” o las “experiencias” que suponen demostraciones de amor a la manera más mercantilizada y mediatizada y que en ocasiones se consideran meras exhibiciones o códigos culturales artificiales y sin significado auténtico. Es significativo, sin embargo, cómo los entrevistados varones y mujeres de clases sociales con mayor capital cultural no necesitan elaborar demasiado un discurso crítico y cínico con lo que podríamos llamar el “consumo romántico”, porque están muy alejados en el espacio social de aquéllos que reproducen con sus prácticas la cultura popular del romance, de quienes se dedican canciones de amor o inscriben la foto de los enamorados en una taza. Entre ellos y ellas, “lo romántico” se identifica con experiencias cotidianas más que con gestos extraordinarios.

M: **Lidiar con los problemas también es romántico**, o sea, la forma de afrontarlos y la forma en la que...en vez de enorgullarte frente a un problema, tragas y...pides perdón aunque...no lo creas, aunque...o sea, esa forma como de...de poner los medios para que un problema no lo sea y...(titubéa) mm...**favorecer la...la relación**, la con...convivencia o la...confianza o lo que sea, **eso es romántico** (E3: MATEO)

S: O sea, para m... no sé, soy romántica en el sentido, pues eso, que me gusta que mi pareja me sorprenda con un detallito, pero que un **detallito** puede ser **que me prepare la cena**. O que, yo qué sé, ha hecho...**ha fregao el baño** (...) Sí, no...algo...que hagan algo que tú...que tú no quieres hacer o que te haga ilusión que te hagan o..., o sea, pero para, mí..., para mi **romanticismo** son como más **pequeñitos detalles**, **no es un diamante, ni una banda de música** (E18: SOFÍA)

Tal y como explica Illouz (2009) bajo la clara influencia de Bourdieu, especialmente de su obra *La distinción*, las clases dominantes construyen los estándares de la cultura del romance y de las prácticas de consumo asociadas a ellas, pero luego, una vez que éstas se convierten en hegemónicas, disponen de los medios culturales para alejarse simbólicamente de las mismas. En este caso vemos que tanto Mateo como Sofía, ambos socializados en familias de intelectuales, elaboran una idea de lo romántico más alejada del consumo de objetos y experiencias asociadas típicamente a la pareja de enamorados, como las cenas o escapadas románticas, y apelan por el contrario a lo cotidiano: "Lidiar con los problemas", "favorecer la relación" o tener detalles que impliquen cuidado hacia al otro es lo que se considera romanticismo desde sus posiciones.

CONCLUSIONES

En este capítulo nos hemos interesado por una dimensión específica de la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid, la que implica la construcción del sentido sobre ambos. Para ello, hemos utilizado el concepto de repertorios culturales desarrollado por Ann Swidler (2011) con el objetivo de comprender cuáles son los significados de los que los jóvenes se apropian para enmarcar sus experiencias en torno al amor y la pareja, y de qué maneras y con qué objetivos esos significados se ponen en juego. En esta tarea, nos hemos ayudado de la literatura sociológica basada en investigaciones sobre este tema. Gracias a ello hemos generado una clasificación de tres tipologías de elementos que constituyen relatos codificados sobre el amor y la pareja y que son combinados por los jóvenes en la producción de sus repertorios.

- Elementos prosaico-realistas: El amor es un vínculo que se desarrolla con un ritmo lento, se basa en el cuidado y el apoyo, atiende a motivos racionales, evoluciona con el tiempo y está sujeto a posibles revisiones. La versión confluyente de esta construcción enfatiza la

importancia de la comunicación y la "gestión" de las emociones para la consecución de la satisfacción mutua.

- Elementos románticos: El amor es un sentimiento intenso que es condición necesaria y suficiente para establecer una relación de pareja para siempre, capaz de superar obstáculos y de mantener la pasión, y que se basa en la idealización de un otro "único" que nos completa y otorga felicidad plena. Tal sentimiento provoca sufrimiento a menudo y puede confundir el entendimiento y hacer que actuemos de forma irracional, ya que es más potente que la voluntad.
- Elementos posmodernos: El amor se define a través de relaciones entre personas libres que sirven para fomentar la diversión y el enriquecimiento de un "yo" individual que debe buscar ser fiel a su autenticidad y no a otras obligaciones morales. Ese yo debe mantener sus espacios y su independencia. El ethos posmoderno implica una actitud cínica antes los códigos del amor más estereotipados culturalmente y especialmente hacia lo considerado "romántico".

Los jóvenes no son receptáculos pasivos de estas construcciones, sino que las ponen en práctica discursiva elaborando sus propios repertorios culturales a través de los cuales dan sentido a su experiencia, es decir, generan una interpretación de su pasado y de su presente además de una proyección de futuro. Asimismo, expresan ideas normativas, es decir consideraciones acerca de cómo deberían ser el amor y la pareja. Durante la interacción, a través de esas prácticas discursivas, los entrevistados construyen el sentido de su experiencia amorosa frente a sí mismos y frente a la entrevistadora. El concepto de repertorios culturales por lo tanto implica utilización práctica de los significados, mediada además siempre por los contextos sociales en que se elaboran. La familiaridad con determinados significados, su reivindicación y su puesta en juego no es independiente, sin embargo, de las posiciones sociales de los agentes. El análisis de la construcción de los repertorios durante la entrevista ha servido a los objetivos de comprender en qué ideales culturales se apoyan, de qué maneras se utilizan y sus relaciones con las posiciones de clase y género de quienes los producen.

A lo largo de este capítulo hemos argumentado que los repertorios de los entrevistados no presentan una perfecta coherencia interna, sino que combinan elementos diferentes. Los propios relatos en los hemos agrupado estos elementos (prosaico-realista, romántico, posmoderno) no son tampoco construcciones puras ni están en ningún sitio de forma separada y perfectamente delimitada.

Sin embargo, esta combinación de los diferentes elementos en los discursos no es aleatoria, sino que responde a varias tendencias:

Las ideas prosaicas tienden a ponerse en juego para explicar las relaciones estables presentes y para expresar creencias genéricas sobre el amor y la pareja. Presentan una dimensión realista o resignada, en la que se apela a la dificultad en las relaciones y a la incredulidad respecto a los elementos de la construcción mítica, y otra dimensión normativa, en la que se expresa lo legítimo de las relaciones basadas en este tipo de vínculos y la peligrosidad de otras más idealizadas. El énfasis en la comunicación emocional por parte de las clases medias con capital cultural pone de manifiesto cierta tendencia de este sector al ethos terapéutico que analizamos en profundidad en el siguiente capítulo.

Por otra parte, salvo en dos casos específicos que se han explicado en detalle, y que construyen repertorios idealistas con un nivel elevado de coherencia, los elementos de la construcción romántica "se cuelan" en medio de los discursos de los jóvenes, en los que los relativos a la construcción prosaico-realista son los predominantes. Nos referimos a la identificación del amor con lo irracional, la pérdida de voluntad, y en ocasiones, el sufrimiento. Al mismo tiempo que todos ellos se interpretan como síntomas de amor, es frecuente considerar que una relación basada en los mismos es peligrosa y por lo tanto rechazable, sin embargo, a menudo sirven para explicar decisiones pasadas. Otro elemento romántico que forma parte de los repertorios de estos jóvenes es la apelación a "la persona adecuada" y a "un único amor verdadero", a pesar de la experiencia práctica de las monogamias sucesivas. Hemos utilizado la expresión "colarse" para describir la aparición de "piezas" románticas en los repertorios con la intención de señalar el menor nivel de reflexividad con la que éstas se ponen en práctica. Cuando aparecen, no lo hacen como parte de discursos elaborados sobre el amor o como defensa de una determinada visión de la pareja, sino más bien como respuesta de los entrevistados a preguntas concretas sobre su biografía o identificaciones sobre la marcha de los propios sentimientos presentes y pasados. Por lo tanto, frente a la legitimidad del amor realista, lo romántico se pone en juego frecuentemente sin que haya conciencia de que se está asumiendo una visión idealizadora de la pareja; no se defiende su deseabilidad.

Por último los elementos posmodernos se ponen en juego como forma de complementar y matizar la visión prosaico-realista del amor y la pareja. Sin embargo, su reivindicación muestra una significativa variación por clase social, siendo típica del estilo de vida de las clases medias con capital cultural. Según este estilo amoroso, el amor ha de estar basado en el cariño mutuo, pero al mismo

tiempo debe proporcionar diversión. Poder apoyarse en el otro es fundamental, sin embargo hay que mantener los espacios propios y la independencia. La confianza en la pareja es básica, pero cada persona debe saber que su continuidad es constantemente revisada. Por último, el amor de pareja es central en nuestras vidas, pero su excesiva codificación en ocasiones genera dudas sobre su existencia. Tal como explica Bawin-Legros (2004: 247), ciertos ideales amorosos contemporáneos parecen implicar un exceso de expectativas.

Por otra parte, ni los modos en que se construyen los repertorios en torno al amor ni los elementos que éstos combinan presentan grandes diferencias por género –aunque sí matices que venimos argumentando-. Desde luego, no pretendemos negar la relevancia del género en la experiencia de los vínculos amorosos, lo cual será objeto de un análisis más minucioso en los capítulos que siguen. Lo que esta investigación muestra a este respecto es exclusivamente que estas diferencias no se hacen tan patentes en el nivel de la puesta en práctica de los significados en torno al amor como en otras dimensiones que abordamos más adelante.

Es necesario además analizar cuáles son los usos que los entrevistados hacen de las piezas de sus repertorios. Hasta ahora hemos visto cómo en numerosas ocasiones, los repertorios se construyen de forma reactiva a las experiencias biográficas. Como ejemplos, utilizamos fragmentos de las entrevistas a Mónica y a Adriana. Sin embargo, en otras ocasiones vemos cómo esos repertorios se complementan con discursos extendidos que se aceptan y se ponen en práctica incluso cuando entran en contradicción con los relatos sobre las propias prácticas, como vimos a través del discurso de Ignacio. Se ha argumentado que los significados en torno al amor que los jóvenes son heterogéneos, tienden a mezclar elementos divergentes. Pero además, parece que del mismo modo en que estos significados no necesariamente presentan una perfecta coherencia interna, tampoco presentan necesariamente una perfecta coherencia con las propias experiencias prácticas. Por lo tanto frente a la problemática hipótesis parsoniana sobre la influencia directa de los valores sobre las prácticas, los repertorios analizados permiten comprender varias dinámicas diferentes en la relación entre la experiencia práctica y el manejo discursivo de los significados codificados culturalmente.

A) Cuando en la situación de interacción que constituye la entrevista las personas entrevistadas sienten la necesidad de buscar justificación a sus prácticas es más probable que generen construcciones discursivas coherentes con las decisiones biográficas que han relatado, adaptando sus repertorios a sus prácticas. Esto puede servir para entender las legitimidades extendidas sobre los temas tratados para

los diferentes grupos sociales de referencia de los entrevistados y los conflictos subjetivos a los que se enfrentan las personas cuando sus prácticas chocan con esas legitimidades. En el caso de Mónica, por ejemplo, es clara la necesidad que tiene de explicar ante otra mujer su velocísimo cambio de pareja –su primera cita con su actual marido se produjo al día siguiente de la ruptura con su ex- acudiendo a un discurso sobre la necesidad de vivir el presente y buscar la propia felicidad: “Si no estás a gusto o crees que el amor se te ha acabado pues... te vas con otro. Eso es lo que hay. Y no lo veo mal”. Lo legítimo en su entorno de referencia parece ser de alguna manera el vínculo duradero y el respeto de los tiempos normativos entre emparejamientos. Por eso Mónica se ve en la necesidad de justificar ante sí misma y ante la entrevistadora prácticas contrarias a esto. Por otra parte, si atendemos al relato de Adriana, lo legítimo ante una mujer de su edad es presentarse como alguien independiente, por eso defiende que “no hay que esperar nada del otro”.

B) En ocasiones los entrevistados ponen en práctica -incluso de forma muy vehemente- discursos que entran en contradicción con sus propias prácticas, sin necesidad de construir a posteriori una justificación de las mismas. En este caso, es razonable interpretar que estamos en puntos sobre los que existen legitimidades ambivalentes. De este modo, la mayoría de los entrevistados y entrevistadas relatan la sucesión en su biografía de varias relaciones consideradas estables al mismo tiempo que lamentan la pérdida de capacidad de compromiso y “aguante” que conduce a la multiplicación de las historias amorosas a lo largo de la vida. Parece, por lo tanto, que existe una aceptación de la legitimidad de las rupturas que convive con una defensa y un deseo nostálgico de las relaciones “para siempre”

C) Además, como ya vimos, diferentes elementos simbólicos pueden ponerse en práctica de una forma más bien pre-reflexiva, “colándose” en los discursos. En este caso atendemos a ideas arraigadas que si bien no reflejan legitimidades, sí creencias asumidas o ideales incorporados, no necesariamente aceptados de manera explícita.

D) Finalmente, existen situaciones durante la entrevista en las que lo que se considera deseable se pone de manifiesto claramente en una especie de “reivindicación”. Aquí estamos ante legitimidades conscientes y presentadas como tales, y en las que sin duda influye la peculiar situación de la entrevista sociológica. Si atendemos a ello vemos cómo, se idealice o no -al otro y al propio amor de pareja- en la realidad de los vínculos emocionales tal como los jóvenes los experimentan, la idealización no tiene “buena prensa”, pues muy pocos quieren “admitirla” frente a la entrevistadora. El modelo que goza de mayor legitimidad es la pareja de compañeros basada en la construcción prosaico-realista, si bien cierto

individualismo posmoderno se asume también sin demasiados problemas, fundamentalmente entre los jóvenes universitarios.

Los modos en que los jóvenes interpretan y otorgan sentido a su experiencia en el ámbito del amor y la pareja a través de la combinación de diferentes representaciones codificadas sobre los mismos supone una manifestación de lo que Ramos (1996) entiende por “complejidad social”. No se trata de un desorden aleatorio, una mezcla sin sentido de elementos divergentes y contradictorios, sino de otro tipo de desorden, uno que parece tal pero que, como hemos argumentado, remite a un orden sociológico. Los discursos de los jóvenes sobre el amor no son unívocos ni homogéneos. Es difícil, por lo tanto, argumentar de forma rigurosa acerca de la desaparición del amor romántico como marco de configuración del sentido en este terreno, pero también lo es asumir su vigencia protagonista. En cualquier caso, ambos argumentos tienden a llevar implícita no sólo cierta asunción sobre la coherencia presente de los ideales amorosos –y su uniformidad en los diferentes sectores sociales-, sino también la creencia en que el modelo romántico ha gozado de una hegemonía incuestionada en un pasado que no suele definirse, hipótesis más que discutible si nos referimos a las creencias concretas de los agentes más allá de las construcciones culturales más extendidas, más publicitadas o más analizadas. Tal como explica Mary Evans (2004) no hay razón para creer que el cinismo y la des-idealización no hayan formado parte de la historia de Occidente tanto como el amor idealizado.⁴⁶

Los discursos en torno al amor han de ser analizados atendiendo a su complejidad. Una de las fuentes de esta complejidad, tal como señala Ramón Ramos (1996: 169) siguiendo el argumento de Danilo Zolo (1992) es precisamente la multiplicación de los códigos y el debilitamiento de las fronteras entre los ámbitos en los que rigen tales códigos. En cuanto al segundo punto, es necesario tener en cuenta que desde el siglo XX el amor romántico ha sido objeto de explotación continua por parte de las industrias culturales, las cuales necesariamente han modificado sus contenidos y los han adaptado a las demandas de consumo del capitalismo en sus diferentes fases (Illouz, 2009), además de sacarlo del ámbito de las élites aristocráticas y burguesas en las que había florecido. En lo que se refiere al primer punto señalado por Ramos y por Zolo, el mismo Ramos nos recuerda que Merton ya señalaba el conflicto de valores o las expectativas normativas contradictorias como una de las fuentes de ambivalencia sociológica. A este respecto, es innegable la injerencia contemporánea de la psicología y

⁴⁶ En este sentido, y remontándonos hasta la Edad Media, Galmés de Fuentes (1996) documenta una lírica que manifiesta el “amor descortés” y que convive con los registros del amor cortés, si bien la atención prestada a la primera ha sido mucho menor

los discursos terapéuticos en la configuración de los ideales sobre las relaciones y las prácticas amorosas “deseables”, “sanas”, y en definitiva, normativas, en un proceso de “estandarización de las emociones” que Eva Illouz (2014) ha descrito de forma brillante. Sin embargo, estos códigos vienen a sumarse a otros pre-existentes y también a otros emergentes. En el campo que nos ocupa, Hochschild (2008: 183) argumenta sobre la “paradoja occidental moderna del amor” caracterizada por normatividades culturales en conflicto que provocan exigencias contradictorias sobre los agentes: exigencias de comunicación íntima y diversión pero también de precaución frente a la plausibilidad de la pérdida. Sobre este punto volveremos en el capítulo que sigue.

En efecto, esta investigación ha puesto de manifiesto que los jóvenes combinan elementos heterogéneos en la construcción de repertorios sobre el amor caracterizados por la complejidad. Sin embargo, también hemos visto que esa complejidad no es caótica ni azarosa, sino que existen diferentes tendencias sociales que la ordenan. El análisis de esas tendencias nos ha permitido alcanzar varias conclusiones relevantes sobre la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes en el Madrid contemporáneo. Sin embargo, el manejo de los significados y la construcción del sentido a través de los repertorios no agotan tal experiencia. En el siguiente capítulo vamos a analizar otra de sus dimensiones fundamentales, la que tiene que ver con las emociones en la vivencia práctica y cotidiana del amor.

EL MANEJO DE LAS EMOCIONES EN LA EXPERIENCIA COTIDIANA DE LOS VÍNCULOS AMOROSOS

Joe, todo lo que he hecho...y no he hecho nada

(E 25: Lara)

Introducción

En la primera parte de esta investigación hemos argumentado por qué el amor no ha de conceptualizarse como una emoción, explicando que la experiencia del mismo es compleja y multidimensional, y no se ciñe exclusivamente al ámbito de las emociones. Sin embargo, la vivencia práctica de la pareja y de las relaciones amorosas, así como su experiencia subjetiva, cargada de deseos, imaginaciones y expectativas, implica indudablemente y en gran medida a las emociones. Esto se pone de manifiesto en la indagación empírica hasta el punto de hacer evidente que una investigación sobre el amor que ignore este aspecto es necesariamente insuficiente. Por otra parte, si queremos dialogar con los argumentos acerca del cambio en las relaciones amorosas en las sociedades contemporáneas es necesario estudiar el papel de lo emocional en las dinámicas de transformación o en las continuidades al respecto.

Arlie Russell Hochschild, una de las autoras pioneras y con un trabajo más relevante en el campo de la sociología de las emociones define "emoción" como "la cooperación corporal con una imagen, un pensamiento, un recuerdo" (Hochschild, 2008: 130). Las emociones son frecuentemente conscientes para Hochschild, y no son sólo "estados", sino que con ellas se hacen cosas, punto fundamental para su análisis sociológico. Según esta autora, por lo tanto, no hemos de separar netamente las dimensiones práctica y emocional de la experiencia. En una línea cercana al argumento sobre las "reglas del sentimiento" que ya hemos explicado, Eva Illouz (2014) considera que existe una serie de "estándares emocionales" surgidos de la progresiva institucionalización de la psicología y su extensión a la cultura popular. Esta disciplina ha convertido la idea premoderna del "alma" en un "yo" científicamente

observado y modelado a través de un discurso legitimado y uniformizador sobre lo que es emocionalmente “positivo” y “negativo”. Y en este contexto, el auto-conocimiento y la comunicación emocional se convierten en los estándares de lo saludable y conveniente. Es decir, si a Hochschild le interesa la actuación sobre las emociones por parte de las propias personas que las experimentan, Illouz desarrolla un argumento crítico con las disciplinas y las instituciones que de diferentes maneras se encargan de modularlas y estandarizarlas. Como ya hemos visto, Giddens (1995), por su parte, interpreta la intrusión de la psicología en la subjetividad y, en concreto, en la vida cotidiana de las parejas desde un punto de vista diferente y más optimista, ya que considera que precisamente ese ethos terapéutico es el motor del cambio contemporáneo hacia relaciones satisfactorias e igualitarias.

En este capítulo pretendemos analizar diferentes maneras en que los jóvenes lidian con sus emociones en la experiencia cotidiana del amor y la pareja teniendo para ello presentes estas aportaciones. Nos proponemos entender si existen tendencias de género y/ o clase social en este sentido y en qué medida las experiencias emocionales de los adultos jóvenes permiten apoyar o rechazar los argumentos sobre la individualización de la intimidad. Para ello nos centraremos en tres situaciones que aparecen con gran frecuencia en los relatos biográficos de los entrevistados y que aportan información muy relevante al respecto: a) La práctica de “hablar” sobre amor, relaciones y la propia experiencia emocional en estos campos, b) el miedo al sufrimiento y las estrategias para enfrentarlo, y c) el aguante en situaciones de insatisfacción emocional en la pareja.

Es necesario, sin embargo, tener muy presente la advertencia de Hochschild (2008): razón y emoción no son entidades separadas que actúen independientemente. Esta idea, muy arraigada en la teoría, pero también en el sentido común, ha condicionado la investigación sociológica y ha de ser superada. Según Hochschild, no debemos pensar en las emociones como un torrente que nos desborda y que condiciona nuestros actos a pesar de, o contra, el pensamiento racional. Por el contrario, cualquier tipo de práctica –también las más reflexivas- conlleva una dimensión emocional. Por otra parte, existen prácticas dirigidas específicamente a la “gestión” o “elaboración” de las emociones, es decir, prácticas cuyo objetivo es manejar los asuntos sentimentales. En este trabajo nos interesan ambos puntos de fusión de lo más fáctico con lo emocional y este capítulo será abordado teniendo en cuenta la anterior consideración.

5. 1. ¿La negociación de la intimidad? Los usos sociales del “hablar” sobre amor y pareja

Como ya hemos visto, el argumento de Giddens (1995) sobre las relaciones amorosas en las sociedades contemporáneas se enmarca en lo que Adams (2006) ha llamado la “tesis de la reflexividad generalizada”. Según Giddens, en las sociedades de la modernidad tardía, las personas son capaces de tomar decisiones para manejar sus vidas influidos por los sistemas expertos que generan conocimiento sobre el mundo, de modo que el “proyecto del yo” y de las propias relaciones se convierte en una elaboración privada y reflexionada. Por lo tanto, tal como Burkitt (2012: 460) explica, esta idea no implica exclusivamente auto-conciencia, sino el conocimiento por parte de los legos del mundo social en que se mueven, conocimiento que genera prácticas sociales acordes. Aplicando este argumento a los vínculos de pareja contemporáneos, Giddens subraya la negociación de la intimidad a través de la comunicación emocional como un rasgo central del ya analizado “amor confluyente” que además propiciaría el establecimiento de relaciones democráticas entre los géneros en el seno de la pareja heterosexual. Es decir, según Giddens, en sociedades en las que se relaja el control normativo sobre los proyectos vitales, estos proyectos se privatizan, y en el ámbito de las relaciones amorosas, tal privatización provoca tendencias a la negociación que favorecen la igualdad. La gestión de las emociones conjuntamente y la búsqueda del conocimiento “profundo” de la otra persona son los medios para establecer ese tipo de relaciones. Como vemos, el diagnóstico que hace Giddens sobre la “relación pura” la entiende fundamentalmente marcada por un ethos terapéutico al que observa con marcado optimismo.

En este apartado nos interesa investigar sobre una de las formas en que esa “gestión emocional” se lleva a las prácticas cotidianas y que aparece con mucha frecuencia en las entrevistas conducidas en esta investigación: el hábito de “hablar” (o el de no hacerlo) sobre amor y relaciones. Tal como mostraremos, “hablar de amor” es una práctica extendida, pero no entre todos y todas por igual. Además, sus usos sociales problematizan el argumento sobre la negociación igualitaria de la intimidad de Giddens.

5.1.1 Las conversaciones de las mujeres

El grupo de amigos mixto o el grupo de amigas femenino aparece frecuentemente y de forma espontánea en los relatos de las mujeres como lugar habitual de conversaciones sobre amor y pareja;

sobre miedos, incertidumbres, deseos y alegrías. Para muchas mujeres, hablar con “las amigas” es una práctica cotidiana que ellas mismas entienden como una manera de orientar la toma de decisiones o de buscar consejo ante la incertidumbre. En algunas ocasiones, este tipo de conversaciones aparece como una especie de sentido práctico colectivo. En efecto, y aunque pueda parecer paradójico, debatir sobre la propia vida amorosa, ofrecer consejo o consuelo al resto o simplemente bromear sobre las diferentes situaciones afectivas de amigos y amigas conjuntamente parece una práctica automática, cotidiana y que se da por sentado en diferentes grupos de jóvenes cuando se reúnen, tal como explica Raquel en el siguiente fragmento:

R: Mis amigos están todo el día con rollos (ríe).

E: Pero tus **amigos** chicos, chicas, ¿los dos?

R: No, chicos y chicas porque **unos se están divorciando, otros se están separando, otros están que si sí, que si no, luego tengo amigas que.. se pillan de capullos, tengo que estar ahí yo apoyándolas (ríe) , dándoles consejo,** así que sí, estamos así tol día. **Raro es que no estemos hablando de parejas.** (E31: RAQUEL)

En esta cita observamos la cotidianidad de las conversaciones sobre temas amorosos y al mismo tiempo uno de los usos fundamentales que las mujeres hacen de ellas: la búsqueda del apoyo o el refugio emocional en momentos de dificultad o de incertidumbre. En este sentido, es interesante la posición discursiva que adopta la entrevistada, alejándose de esa figura femenina que necesita ayuda de las amigas, y posicionándose en el lugar de la mujer exitosa, cuya pareja presenta como estable y feliz, por contraposición a la vida caótica de sus amigos, que incluye divorcios y separaciones. En efecto, en la presentación que hace de sí misma a través de su discurso, Raquel se diferencia de sus amigas las “que se pillan de capullos” y explica que es ella la que después tiene que servirles de apoyo. Con ello está poniendo en juego una legitimidad social: la de las mujeres fuertes e inteligentes que no se dejan engañar ni engatusar por hombres “malos”.⁴⁷

En otras ocasiones, las mujeres utilizan sus grupos de amigas como lugares donde recibir consejos para tomar decisiones:

⁴⁷ Este punto se aborda en mayor profundidad en el capítulo 6

L- Yo... también hice así la otra vez. O sea **yo suelo estar una temporada muy mal, diciendo, esto está muy mal, pero no me atrevo a dar el paso**. Y, o sea que la otra vez estuve casi un año **pensándomelo**, o sea diciendo, esto no va a ninguna parte, tal. Yo llegó un punto, en el que, mi cuerpo era incapaz. O sea yo tenía tanta ansiedad ya, o sea, de... porque estaba con el otro, **estaba con los dos a la vez y entonces para mí era... Bueno una historia horrible**. Y... yo no veía que eso fuese a ninguna **parte**, ninguna de las dos cosas porque llegaba un punto que eso era absurdo. O sea, ¿qué estoy haciendo? Sabes, que no. Y, entonces ya, me suele pasar así. **Lo hablo con mis amigas cercanas durante mucho tiempo. Todo el mundo lo tiene mucho más claro que yo, desde hace mucho tiempo, (risas). O sea llevaban meses diciéndome, pero déjalo ya, pero déjalo ya**. Entonces yo empecé a buscar pisos, sola, sin decírselo ni a mí familia ni a él, y más o menos, cuan... bueno ya se lo dije a él, o sea, digo, ¿Javi qué vamos a hacer? Digo, yo me voy a ir de aquí, y **entonces él, ni idea**. (E21: LETICIA)

Tal como manifiesta el anterior fragmento de entrevista de Leticia, ante las situaciones de incertidumbre o de agitación emocional en la vida afectiva, es frecuente entre las mujeres acudir a las amigas para buscar respuestas. En este caso, parece que el grupo de pares no se limita al apoyo, sino que hay un "diagnóstico" y una "intervención": sus amigas le dicen durante meses que deje a su pareja. En una situación contraria a la que dibuja Giddens (1995) sobre la comunicación emocional en las relaciones modernas, parece que su exnovio es la última persona en enterarse de lo que pasa: "él, ni idea". En efecto, es muy frecuente que las rupturas se produzcan precisamente así: uno de los dos miembros se aleja subjetivamente de la pareja de una forma progresiva y secreta y lo comunica sólo al tomar la decisión final (Vaughan, 1986).

Otro uso social extendido de las conversaciones sobre relaciones entre las amigas se acerca menos al apoyo emocional o la búsqueda de consejos y tiene más que ver con la diversión y la frivolidad, tal como queda patente en el relato de Sandra:

E: Cómo es una conversación así con las amigas, típica. ¿De qué tipo de cosas habláis?

S: Pues a veces **somos peor que los chicos** (ríe). Porque... sí porque **nos liamos a decir tonterías de chicos, de sexo**, de... todo, así, sí. La verdad que **nos lo pasamos mu bien**.

E: O sea que es más de risas que de hablar así de sentimientos y de...

S: Depende de la amiga también. Hay **amigas que lo puedes contar y te escuchan** y hay amigas que... lo tienes que resumir. Porque es como que aaa (ríe) ¿sabes? ¿me entiendes? (ríe) Así... depende de la amiga, eso es así. (E28: SANDRA)

En este fragmento aparece la complicidad entre mujeres jóvenes que representan cierta desinhibición y que se reivindican en cierto sentido como "modernas", acostumbradas a hablar de sexo,

compartir experiencias y bromear. La entrevistada se coloca en una posición alejada del modelo de mujer "tradicional y discreta", y sin embargo, asumiendo la homogeneidad entre los hombres e identificándolos con un mayor apego al sexo –"somos peor que los chicos"- su discurso refuerza sutilmente la esencialización de la categoría "masculino". Por otra parte, Sandra distingue aquí dos espacios: el de la confianza y el de la diversión. La figura de la amiga confidente con la que hablar de tú a tú, con la que compartir inquietudes más allá de los momentos de risas o frivolidad, aparece en mujeres de diferentes clases sociales de nuevo como un refugio ante los momentos de sufrimiento, dudas o incertidumbre. Pero aquí hay dos matices que distinguen la experiencia de mujeres con trayectorias sociales diversas. Por una parte, las escasas mujeres que significativamente dicen no tener amigas con las que hablar de estos temas son jóvenes de clases populares con historias amorosas que se han convertido en el centro de su biografía desde edades muy tempranas, que tienen un estilo de vida muy diferente a las universitarias y una manera de concebir la juventud también distinta, más centrada en la consecución de un anhelado proyecto familiar, tal y como vimos en el capítulo anterior.

Luego ya me eché novio con trece, catorce años y mis amigas empezaron a ser sus, los amigos de él. Entonces mis amigas las dejé un poco apartadas y tengo una de..., una amiga desde que tenía nueve años, que sigo manteniéndola. Vive allí en Móstoles pero la veo poquito. (...) **No tengo muchas amigas, la verdad** (E29: MÓNICA)

Y en segundo lugar, las características de las conversaciones con tales confidentes se ven lógicamente influidas por capitales culturales e intereses distintos:

Luego lo hablaba con **mi amiga la psicóloga, que bendita amiga, macho, porque si no es por ella no sé qué hubiera sido de mí**, y me decía: Adriana, que no te engañen, la dependencia, la... sólo son independientes emocionalmente los psicópatas. Del resto **siempre va a haber una dependencia, y más en una pareja. Una cosa es que dejes de preocuparte por ti o de hacer tu vida o de buscar la felicidad o el amor dentro de ti misma** para que te lo dé una pareja, pero otra cosa es la...la independencia emocional así como...quien dice. Eso no existe ...Cosas de ese tipo. (E16: ADRIANA)

En este caso vemos cómo el consejo de la confidente se ve de alguna manera científicamente legitimado, de ahí la mención a la profesión de psicóloga de su amiga por parte de la entrevistada. Aquí el discurso terapéutico se filtra en la conversación cotidiana a través de una exposición sobre qué tipo de dependencia emocional es "sana" por contraposición a la dañina. Y finalmente, la conclusión apunta a la idea psicologista del "yo" autónomo como recurso esencial (Eldén, 2012): la felicidad y el amor hay

que buscarlos en uno mismo y no esperar que te lo otorguen los demás, ni siquiera la pareja sentimental. Pero estos discursos tan marcadamente psicológicos no se encuentran en las mujeres de forma aleatoria, como ya vimos en el capítulo anterior. No es casual que esta conversación ocurra entre dos mujeres universitarias interesadas por el psicoanálisis, la filosofía, etc., tal como Adriana se encarga de manifestar muy a menudo durante su relato.⁴⁸

De una manera o de otra, hemos visto que, en general, las mujeres están muy acostumbradas a hablar sobre los asuntos de pareja y sobre sus relaciones amorosas, sea en grupo, sea con una “confidente”. Sin embargo, tan extendido entre las mujeres como las conversaciones sobre el amor y la pareja, se encuentra el silencio, un silencio selectivo sobre las situaciones que viven y sobre sus propias emociones al respecto. En el siguiente fragmento, Beatriz explica cuál fue su reacción después de que su expareja en el momento de la entrevista le contase que estaba casado y era padre -y mantenía su relación y su familia en Bélgica, su país de origen, meses después de comenzar la relación con ella- y tras su propia decisión de volver con él a pesar de todo.

B: Cuando me pasó no se lo conté a nadie, **me costó mucho contárselo y cuando se lo conté a mis amigos directamente me querían mandar a un psicólogo o sea porque decían (riendo) no es normal que te haya dicho esto y tú vuelvas con él (...)** Claro yo no dije nada, dije que se había acabado y ya está, no pasa nada tal. Y cuando volví (con él), pues hubo, yo creo que coincidió navidades o Semana Santa, un periodo largo que él se iba a su casa y claro **yo estaba desquiciada perdida aquí, y entonces se lo conté a un amigo y...** y Entonces no entendía por qué si yo era una persona que siempre decía lo que creía o tal y que de hecho podía ser, pues no sé si orgullosa, no, orgullosa no, pero con carácter, por qué no sacaba ese carácter en esos momentos y decía “bueno, pues lo paso ahora mal X tiempo pero no sigo” (...)

⁴⁸ En este sentido, es interesante el papel en el que la interacción entre dos mujeres (semejantes en edad) durante las entrevistas colocaba a las dos partes implicadas en las mismas. Si la mayor parte de las entrevistadas con estudios universitarios, conscientes de que la investigadora es una doctoranda en la universidad, se colocan en una posición de igual a igual y la tratan como una amiga con la que hablan de temas de los que hablan a menudo en su vida cotidiana –en ocasiones con cierta deriva hacia el autoanálisis–, las mujeres de clases populares se posicionaron a menudo en un lugar de paciente en una terapia, pidiendo consejo en varias ocasiones al final de la entrevista “ya que tú eres psicóloga” (Sandra). Un importante número de entrevistadas universitarias son precisamente psiquiatras, psicólogas o educadoras sociales, lo cual no es sorprendente si atendemos a la división por género de los estudios universitarios y la prevalencia de mujeres en las profesiones relacionadas con lo social y con el cuidado, tendencia que reproduce la separación doméstica de los sexos en el mercado de trabajo. Tanto entre ellas como entre quienes se dedican a otras profesiones, las conversaciones sobre emociones y sobre el “sentido” del amor y la pareja, marcadas por elementos del discurso psicológico, son frecuentes, y de alguna manera en las entrevistas se produce una analogía con estas conversaciones en presencia de una igual, la entrevistadora. Para las mujeres de clases populares, la situación es más “exótica”, y el hecho de pedir consejos o intentar saber la opinión de la investigadora -tras conversaciones de cerca de 90 minutos- tiene que ver con “aprovechar una ocasión” que no ocurre tan a menudo y poder hablar con alguien que “sabe” del tema.

E: Hablaste con tus amigos ya... digamos que hablaste cuando ya tenías como mucha necesidad ¿no? de sacarlo

B: **Sí, yo ya no, iba a explotar sí.**

E: Y antes **cómo** es que no...

B: (Cortando a la entrevistadora) **Porque me daba vergüenza** (silencio). Me daba vergüenza. Era una cosa de decir **no puede ser que sea la más tonta del mundo y que haya estado 6 meses con una persona que está casada. Y yo creo que fue por vergüenza** (...)

Por ejemplo **a mi madre sí que le cuento muchas cosas y tal y nunca me he atrevido a decírselo**, porque yo qué sé. **Yo me imaginaba mi situación de que otra persona se metiese en el matrimonio de mis padres y decía, la mato. Entonces yo era la persona que se estaba metiendo** o que me habían metido porque yo no, al principio no era consciente de eso entonces, yo creo que fue por eso que no dije nada hasta que exploté.

E: ¿Y a tu madre sí que se lo llegaste a contar o no?

B: No, no, nunca (E22: BLANCA)

El anterior fragmento pone de manifiesto cómo los temas de conversación sobre la propia experiencia en pareja son selectivos. Mujeres muy acostumbradas a hablar de sus prácticas y de sus sentimientos con amigos o familiares eligen no hablar en determinadas ocasiones, y sobre todo, no contar determinadas cosas. En la primera parte del relato que presentamos, Beatriz explica que no le contó a nadie la mentira de su expareja, cuando, una vez se hubo enterado, lo abandonó. Tal como ella relata, sintió vergüenza por haber sido “la más tonta del mundo” y no enterarse de lo que estaba ocurriendo. Esa vergüenza además se ve acrecentada cuando decide volver con él a pesar de ello. Sólo cuando siente que va a “explotar” se decide a hablar de lo que está pasando. Finalmente, en la última parte vemos que tampoco se atreve a contarle esta experiencia a otra confidente habitual, su madre, ni siquiera cuando la relación ha terminado definitivamente, de nuevo por vergüenza. Pero en este caso, los motivos para sentirse avergonzada son diferentes, tienen que ver con el fantasma de la “robamaridos” que “se mete” en un matrimonio, y además, en un matrimonio con hijos. Parece que el silencio de Beatriz sobre esta experiencia sentimental se debe a que el hecho de implicarse con un hombre casado cuestiona diferentes legitimidades asumidas: Frente a sus amigos, contarle supondría asumir la traición a la legitimidad de la “mujer independiente e inteligente” que no se deja engañar por los hombres y que antepone su bienestar a los deseos de tener pareja y sabe protegerse. Por otra parte, frente a su madre, no se puede abandonar la adhesión a la imagen de la “mujer decente”, en este caso por contraposición a las que “se meten” en relaciones ajenas sin importarles las consecuencias. Además, hablar de esta situación implicaría enfrentar el cuestionamiento de las personas cercanas a lo que se quiere hacer y se está haciendo: continuar la relación. Este elemento aparece también en el caso siguiente:

A: (...) Cuando volvimos a reencontrarnos, porque estuvimos un año sin hablarnos, fue otra cosa, que **yo empecé como a reencontrarme con él un poco a escondidas ¿no?,** porque..., claro, todo...**mi grupo de amigos y mi hermana en concreto, le odiaban ¿no?, era como: este tío...mm...no te merece, pasa de él .** Y...ya no me acuerdo lo que te estaba diciendo...

E: **Con** quién lo hablabas te había preguntado...

A: ¡Ah!, que **me ha hecho más fuerte por eso, porque dejé de hablarlo con la gente. Entonces como que tuve que superarlo yo sola...**

E: Lo...lo dejaste de hablar por...

A: Por ver...**por vergüenza, ser la pesada, de todavía con el rollo de Diego,** que pa arriba, que pa abajo y tal, entonces..., pues así. (...) **Me lo he ido comiendo, pero no como hacía antes para mal, enquistándolo sino como...superándolo. Y me ha servido mucho también para profundizar en el amor** que intuitivamente es un tema que siempre me ha interesado, pero me animó pues eso, a lanzarme a libros de filosofía relacionados con el amor, a escribir mucho sobre este tema... (E16: ADRIANA)

Cuando vuelve con una expareja poco valorada por todo su entorno por su forma de tratarla, Adriana se siente avergonzada y prefiere no contarle para no ser "la pesada" que no "pasa página" y se queda "enganchada", yendo "pa arriba y pa abajo" en una relación. En definitiva, igual que en el caso anterior, sus propias prácticas y sus propios sentimientos contradicen la imagen de la mujer que estas jóvenes valoran.

Precisamente ella, que se presenta como una mujer muy reflexiva y muy emocional, y que habla tan a menudo con su amiga "la psicóloga", como vimos anteriormente, calla cuando hablar le supone un cuestionamiento a sus decisiones, tanto delante de amigos y familiares como de sí misma. Sin embargo, es necesario encontrar una solución de compromiso, y por ello la entrevistada elabora un argumento según el cual el dejar de hablar de los problemas con su pareja le "hace más fuerte", le sirve para "profundizar" en un tema que le interesa desde el punto de vista filosófico y literario. El hecho de que este hombre sea su pareja en el momento de la entrevista hace necesario para ella construir un relato en el que todo el sufrimiento pasado haya servido para algo finalmente positivo. Adriana se ve en la necesidad de darle un sentido que no cuestione su relación de pareja presente a ese ir "comiéndoselo todo" en solitario, ese "tragar" ante situaciones que generan dolor, en lugar de renegar de experiencias anteriores y posicionarse en contra de una misma en el pasado, como hace Beatriz, cuya relación ya terminó:

E: Entonces tú dices que **al principio te enfadaste y no quisiste saber nada de él y tal y luego volviste y tal ¿por qué?** Bueno no sé...

B: **Porque era gilipollas (ríe). Sí porque no tiene otro sentido.** (E22: BLANCA)

5.1.2 Las conversaciones de los hombres

En el extremo opuesto a las mujeres de clases medias, los hombres de clases populares manifiestan una especial reticencia a hablar sobre sus propios sentimientos:

E: Y... sueles hablar... ¿con quién hablas de estas cosas o no hablas nunca?

A: Yo es que no... **de mi vida privada no suelo hablar**

E: Sólo **cuando** vienen aquí a...

A: **Sólo cuando vienen los de antena 3 y los de tele 5.** (Ambos ríen) (...) No suelo hablar, luego es que no... Soy un... **me cuesta mucho expresarme de esta manera así ¿sabes?** Igual que e ir a **consolar** a la gente **porque es, me cuesta mucho eso (...)** o sea **yo quedo contigo pa tomarme unas cañas pero no quedo contigo para que me cuentes...** (E13: ÁLVARO)

En el anterior fragmento, Álvaro pone de manifiesto una auto-identificación muy frecuente entre estos hombres como personas que no se manejan bien en la expresión de sus emociones. Ante lo que se entiende como una especie de incapacidad ("me cuesta mucho expresarme de esa manera") se recurre al humor, identificando lo emocional con los programas televisivos de "corazón" y tomando posición en contra de todo lo que tiene que ver con eso. Es decir, esta imagen de uno mismo asumida conlleva también la reivindicación de una postura práctica, de una actitud al respecto: "yo quedo contigo pa tomarme unas cañas pero no quedo contigo para que me cuentes..."

E: Y ¿tú sueles hablar **mucho** de estas cosas con tus amigos a así o con tus amigas?

I: **Tan profundo no, pero sí, hablo (...)** **Sí hablo, si tengo un problema con alguien lo hablo siempre.**

E: ¿Y con tus amigos **hablas** más de lo que te pasa o también de cómo te sientes y tal?

I: **De cómo me siento no, de qué me pasa.** Digo: me pasa esto, esto y esto. No les digo estoy tal, tal y tal, sabes, eso **lo escondo mucho, cómo estoy.**

E: ¿Y por qué crees que lo **escondes** mucho?

I: **Porque soy así de frío** y de no sé, lo escondo mucho(...)

E: ¿Y por qué crees que no hablas de lo que te sientes, de cómo te sientes?

I: Porque **nunca lo he hecho, es como que me he acostumbrado a no hacerlo, no sé** (E12: IGNACIO)

Nuevamente, un hombre de clases populares presenta una imagen de sí mismo como alguien “frío” que no expresa sus sentimientos con facilidad, que puede hablar de cosas prácticas pero nunca entra en reflexiones sobre temas emocionales de una manera “tan profunda”. El relato de Ignacio es especialmente significativo porque ilustra de manera sencilla el concepto de habitus de Bourdieu que ya hemos explicado. Por mucho que la entrevistadora insista en diferentes momentos de la entrevista sobre el por qué de esa especie de negativa a hablar de lo que uno siente, la única razón por la que el entrevistado no expresa sus emociones es porque “se ha acostumbrado a no hacerlo”. Hablar de cuestiones emocionales simplemente no entra dentro de sus prácticas habituales ni tiene intención de que así sea. El habitus es generador de prácticas sin una necesaria reflexión acerca de las mismas, pero también, como se pone de manifiesto aquí, es inhibitorio de otras prácticas. Proporciona maneras de estar en el mundo, trazas de formas de relacionarnos. Tiene su génesis en la historia social de los agentes, y se actualiza a lo largo de su trayectoria y en el encuentro con diferentes ámbitos sociales. El ethos comunicativo en lo que respecta a las propias vivencias emocionales puede interpretarse, por una parte, como una manifestación del logocentrismo de las nuevas clases medias (Illouz, 2009: 312) y por otra, como una exigencia cultural apuntalada por la extensión de la psicología y disciplinas afines (Illouz, 2014). En el fragmento anterior observamos cierto calado de esa exigencia en la entrevistadora –mujer, universitaria- que pregunta varias veces sobre el tema: “¿por qué crees que nunca hablas sobre como te sientes?”, asumiendo, de alguna manera incorporada, que hablar de las emociones es la actitud “natural”. Pero su insistencia se encuentra con las disposiciones del entrevistado, heredero de una cultura familiar en la que nunca se ha hablado de sentimientos, una cultura familiar opuesta al “ethos terapéutico”:

E: Sí, ¿de qué tipo de cosas habláis en vuestra familia?

I: Pues, en eso sí **que no**, pues en corrillo se habla pues de **lo típico, de la tele, ¿qué tal estás? y ya está, pero no, no se habla, no se mantienen conversaciones, sabes (...)** **Mi padre está ahí pues como está la silla esa**

E: Que no habla

I: No habla ni, le da igual todo, **le da igual todo.** (E12: IGNACIO)

Las conversaciones que describe Ignacio (“de cómo me siento no, de qué me pasa”) son en cierta manera análogos a los hábitos de su familia, no muy tendentes a hablar largo y tendido de temas más allá de la vida cotidiana. Por otra parte, en la descripción del entrevistado, su padre representa un modelo de masculinidad más bien tradicional, poco comunicativo y poco implicado en los asuntos familiares, alejado de cualquier tendencia excesivamente emocional o reflexiva. Éstas son dimensiones

que hacen comprensibles una disposición a hablar de cuestiones prácticas y no de sentimientos. En la historia de Ignacio hay pocos espacios para la “gestión de lo emocional”, y su relato, como el de la gran mayoría de jóvenes de clases populares que se han entrevistado, problematiza la idea de Giddens sobre la reflexividad –y en particular, la reflexividad emocional-, como rasgo central de las sociedades contemporáneas y del carácter de los agentes que las habitan.

Por otra parte, el espacio del grupo de amigos entre los jóvenes varones de clases populares tampoco parece ser análogo a ese “refugio” que se encontraba en el caso de las mujeres:

E: ¿Y tú eres mucho de pensar estas cosas y de hablarlas así con gente o no? todo esto que estamos hablando

A: (silencio). **Lo sería pero...** Pues la gente a la que conozco no es... **Además los tíos como que les da cosa hablar así y dicen “no, es que pues como que es de... no machos hablar de sentimientos y demás”.** **Lo cuentan de otro... lo contamos de otro modo** y... sí sería de hablar de eso, porque supongo que sí, sienta mejor, a veces te quitas no sé, hablarlo o... soltarlo. (E10: ALEJANDRO)

El hecho de que la imagen hegemónica de lo masculino se asocie con la independencia y que ésta sea una característica socialmente muy valorada por y para los hombres no significa que exista una homogeneidad de carácter entre ellos, ni que los hombres sean en su mayoría personas rudas, fuertes y sin necesidades emocionales. Lo que sí implica es que aquéllos que se alejen demasiado del ideal hegemónico puedan vivir esta lejanía como un conflicto o una contradicción. Las masculinidades más sensibles o con una mayor inclinación a la expresión de los sentimientos ven en ocasiones esas tendencias inhibidas precisamente por las formas de relacionarse de los grupos de amigos, que pueden convertirse, como expresa Alejandro, en una reivindicación implícita y por lo tanto un refuerzo de un carácter masculino más “macho”, uno de cuyos rasgos definitorios es ese alejamiento e independencia de lo emocional, la no necesidad de expresar sentimientos ni de buscar apoyos. La entrevista con Alejandro puso de manifiesto el conflicto que puede causar esta especie de ajuste a los estándares de lo considerado propio de los hombres, cuando el entrevistado rompió a llorar explicando que no encontraba apoyos tras una reciente ruptura ni en su familia, marcada por el alcoholismo de su padre, ni en su grupo de amigos, dónde no encontraba el espacio para expresarse. El hecho de que exista una cierta “exigencia” hacia los hombres por comportarse de acuerdo a los estándares de lo considerado propiamente masculino, y que esa exigencia encuentre menos espacios para la trasgresión entre los

jóvenes de clase obrera no significa que estos hombres sean menos emocionales que otros. El caso de Alejandro lo ha puesto de manifiesto, pero no es el único:

Yo con mi hermana he tenido una confianza brutal. **Con mi hermana sí hablaba de todo, de todo pero lo que es de todo, o sea, de todo** (...) Ella me contaba todo y yo le contaba todo. Que esa era mi **válvula de escape** cuando estaba con la chica que te he dicho antes que no hablaba con mis amigos, de estas cosas, porque lo hablaba todo con mi hermana. (E12: IGNACIO)

En este fragmento vemos cómo Ignacio, el mismo joven que no habla con sus amigos de cómo se siente porque "se ha acostumbrado a no hacerlo", entiende su relación con su hermana como ese refugio que las mujeres encontraban en la figura de la amiga íntima o del grupo de amigas, como una "válvula de escape", un espacio de confianza en el que contar absolutamente todo. Esta figura de la confidente femenina aparece en numerosos casos en la forma de amiga, hermana, o como veremos, de la propia pareja.

La relación de los jóvenes universitarios procedentes de clases medias y medias altas con este tipo de conversaciones sobre amor y relaciones de pareja se ubica en una posición intermedia. Sus discursos muestran que se encuentran más familiarizados con estas prácticas que los jóvenes de clases populares, sin embargo, no parecen otorgarles la centralidad que se desprendería de los relatos de las mujeres. El siguiente fragmento muestra como tampoco ellos se ven por completo liberados de las exigencias que implica el ideal de la masculinidad tradicional, fuerte e independiente:

E: Y ¿cómo sería una conversación típica en un grupo... en tu grupo de amigos sobre esto?

P: Es que es **muy patético**, ¿me la vas a hacer recrear o qué? (ríe)

E: Sí (ríe)

P: (Ríe) (Imitando un hombre triste con voz de pena:) "Joder tío, qué mierda" (ríe con muchas ganas). Algo así, no sé, en plan: "Dame tabaco" (actuando) (ríe) (...) **Si estoy con fuerzas pues lo hago en clave de humor** y lo intento hacer siempre, es la **máscara** que te he dicho que tenía, pero hay veces pues que **me pueden las circunstancias y... o lo digo llorando o lo digo serio**, pues yo qué sé ¿sabes? Eso menos veces, o sea, **suelo ser más irónico que otra cosa**. (E6: PABLO)

Aquí vemos a Pablo recurrir al humor cuando explica cómo se desenvuelve con sus amigos en el contexto de conversaciones sobre las propias emociones. La expresión del sufrimiento por temas amorosos es algo que hay que ridiculizar para poder distanciarse de ello y no perder del todo la “dureza” masculina. Para ello, el entrevistado se convierte durante unos momentos en un actor representando el papel de sí mismo, y riéndose de sus propias “penas”. De la risa se pasa, sin embargo, al auto-análisis: Delante de una entrevistadora mujer se puede uno quitar la “máscara” y hablar sobre la misma, explicando que también hay momentos en que está menos fuerte y necesita expresarse porque le “pueden las circunstancias” y poniendo sobre la mesa, de alguna manera, su sufrimiento amoroso pasado y su vulnerabilidad. ⁴⁹

Existen algunos contextos en los que las conversaciones sobre la situación sentimental se vuelven legítimas para estos hombres:

Buff... Con mis padres he hablao, sobre todo cuando he estao mal, la verdad. Me han servido de apoyo ahí, cuando he estao mal con Nerea, cuando he pensao si dejarlo, cuando me fui a Francia, pues lo hablé con ellos, tal. Y... No sé, ellos son dos... los típicos padres... no sé, llevan juntos desde que tenían quince años, entonces, supongo que eso también me habrá influido, toda la vida juntos, siempre queriéndose, respetándose. (E4: CÉSAR)

Si los hombres universitarios y de clases medias tampoco expresan una tendencia generalizada a hablar de las propias emociones, el momento típico en que esto se hace es cuando se está pasando un momento difícil. Para César, esto ocurrió cuando, tras varios años de relación con la que sigue siendo su pareja en el momento de la entrevista, empieza a sentir dudas sobre si quiere estar con ella “para toda la vida” y decide marcharse sólo a Francia para “vivir otras experiencias”. En estos momentos de incertidumbre, encuentra en sus padres ese apoyo que Alejandro echaba en falta en la suya, una familia muy diferente. Sin que el apoyo de familiares o amigos aparezca de una manera tan central en sus experiencias en torno al amor y la pareja como ocurría con la mayor parte de las mujeres, vemos que entre los hombres universitarios procedentes de clases medias y medias altas, que encuentran menos

⁴⁹ Ante esta frecuente dinámica de la interacción entre investigadora y entrevistado, se hace comprensible que numerosos hombres, tras la entrevista, expresen su agradecimiento por el hecho de haber podido “abrirse” y hablar de una manera en que según ellos, nunca lo hacen. Es decir, tal como muestran el caso de Pablo o el de Alejandro, en numerosas ocasiones parece más fácil para estos hombres “abrirse” delante de una entrevistadora, mujer y desconocida, que delante de los amigos íntimos: en este último espacio está en juego en mayor medida su identidad masculina.

reticencias o menos dificultades para expresar las emociones y cuyos entornos –tanto familiares como entre amigos- son más propicios para este tipo de prácticas (y por lo tanto, disponen de más espacios en los que alejarse del ideal tradicional de la masculinidad dura e independiente), hay un uso social del “hablar” de las relaciones similar al de las mujeres: lidiar con el sufrimiento y buscar consejo antes de tomar decisiones biográficas importantes:

Ya habían pasao varios meses de la ruptura cuando ella me planteó esto y **yo lo había hablao un poco pues yo qué sé, con mi gente de confianza y tal, amigos o tal, y cuando lo hablas pues te ayuda un poco a pensar las cosas ¿no?** seguramente cuando hablas, es que... pues que yo tampoco podía plantearme una relación con una persona que me fuera a hacer esto cada X tiempo ¿sabes? (E2: ALONSO)

5.1.3 Hablar en pareja

Hasta aquí hemos visto que el grupo de amigos o amigas y la figura de la confidente femenina son espacios habituales de conversación sobre amor y pareja entre los y las jóvenes, y que “se utilizan” como refugio frente a los sufrimientos sentimentales, como lugares donde debatir o buscar consejo o como zona de confort y diversión. Hemos visto también, sin embargo, que los jóvenes varones de clase obrera son especialmente reacios a la expresión de los sentimientos frente a otros hombres, y que las mujeres en ocasiones tienden a ocultar situaciones complicadas que cuestionan una identidad femenina reivindicativa de valores como la autonomía y de la importancia de saber cuidarse. Hay un aspecto central de la práctica de hablar sobre amor y relaciones que queda por abordar, las conversaciones con la propia pareja. Como ya hemos visto, Giddens (1995) considera que la comunicación emocional basada en el “abrirse” al otro, en el expresar los propios sentimientos⁵⁰, es un rasgo central definitorio de las relaciones de pareja modernas e igualitarias. Otras autoras aportan una versión algo diferente sobre este mismo tema. Arlie R. Hochschild (2008), coherentemente con su teoría sobre las “reglas del sentimiento” que ya explicamos en el capítulo 1, considera que esta ética comunicativa es más bien una prescripción cultural. Eva Illouz (2009: 311) desarrolla una idea similar, según la cual existe entre las parejas contemporáneas todo un ideal de la conversación que se convierte en un ethos amoroso que otorga al lenguaje y a la expresión de los sentimientos con la pareja un poder casi “redentor”. Según Illouz, el ethos terapéutico se basa en una idea de progreso y evolución de la calidad de los vínculos afectivos a lo largo de sus propios tiempos gracias a la comunicación íntima de las parejas, presentada como herramienta para solventar cualquier problema. La propia Illouz advierte, sin embargo, del capital

⁵⁰ “Self disclosure” en el original.

cultural que dicha comunicación implica y exige, y de las frustraciones que pueden generar entre aquellas personas que, asumiendo estas demandas, no las ven satisfechas en sus relaciones de pareja. En este apartado nos proponemos analizar si estas exigencias culturales son vividas como tales por parte de los jóvenes entrevistados y las posibles diferencias de género y clase a este respecto.

La investigación ha puesto de manifiesto la existencia de diferentes situaciones arquetípicas: A) aquélla en la que el vínculo se da por sentado y las conversaciones sobre el mismo no se consideran necesarias, B) el rechazo por parte de los varones de clases populares a este tipo de conversaciones y C) la demanda al respecto por parte de las mujeres, que se enfrentan a respuestas variables en sus parejas.

En primer lugar, entre las parejas que han alcanzado grados altos de integración y de estabilidad, y que se sienten muy seguras de la solidez de su vínculo, hablar sobre los propios sentimientos o sobre la situación de la pareja más allá de las expresiones de cariño no parece una práctica muy habitual:

E: Y vosotros ¿soléis hablar mucho las cosas y... soléis hablar mucho de cómo os sentís y de cómo está la **relación** y todo eso o no?

A: (silencio) Bf no, yo te dirí... No, yo creo que no. **O sea, hablar de cómo va la relación no. Yo creo que estamos como muy, o sea yo por lo menos, desde mi punto de vista tengo como muy asumido el... el rol de rela, de la relación en plan de... Hablamos de muchas cosas y podemos a lo mejor tener opiniones de... cosas pero no hablamos sobre la pareja.** (E5: ANDRÉS)

Tal como lo expresa Andrés, en pareja desde hace algo más de cinco años en el momento de la entrevista y conviviendo con ella, cuando se tiene “muy asumido el rol de la relación” no parece que se considere necesario hablar sobre la misma. Esta idea aparece tanto en hombres como en mujeres y da a entender que también en lo que respecta a la vida en pareja existe un “sentido práctico”, una forma de llevar la relación aprendida a través de las experiencias compartidas que hace que no sea necesaria una continua reflexión sobre ella. Parece que simplemente hay un “estar” con la otra persona y no una evaluación en pareja de ese estar. El entrevistado, ingeniero informático, y procedente de una familia de clase media, con una pareja economista, se encarga de matizar, sin embargo, que puede “hablar de muchas cosas” con su novia, e intercambiar opiniones sobre diferentes temas. Las conversaciones son importantes, pero no las conversaciones sobre la propia relación. Éstas aparecen frecuentemente sólo cuando es necesario lidiar con algún problema, tal como expresa Marina, que también convive con su pareja, y que también lleva cinco años en una relación con él:

E: ¿Habláis mucho del tema de cómo veis la pareja los dos o cómo veis el...?

M: **No solemos hablar mucho de eso. Cuando las cosas están bien no. Cuando las cosas están ligeramente mal, sí claro. Sí, sí. Pero vamos, así de normal eh...(titubeo), no solemos hablar de la relación tampoco. Lo obviamos, damos por hecho que está bien y...**

E: ¿Y de qué habláis más... o sea, de qué...?

M: ¿De qué hablamos? Pues **del trabajo** solemos hablar mucho..., me cuenta muchas cosas de su trabajo...que tiene ahí mil historias también, y...(titubeo), **de los colegas, de lo que vamos a hacer el fin de semana o planes que hagamos o..., cosas así...superficiales, vamos tampoco...** (E24: MARINA)

A no ser que algo no vaya del todo bien, la tendencia más frecuente es simplemente “dar por hecho” la propia relación, obviarla precisamente porque forma parte de lo cotidiano y de lo que se considera de alguna manera un vínculo fuerte que no necesita someterse constantemente a revisión. Los ejemplos de estos entrevistados ponen de manifiesto que a pesar de la práctica de las monogamias sucesivas y a pesar de los discursos nostálgicos con las relaciones pasadas, gran parte de los jóvenes construyen relaciones que viven con una sensación de fuerte estabilidad. Tal como explica Lynn Jamieson (1999: 485) “para las parejas que viven juntas, el tiempo, el dinero y el esfuerzo que cada uno dedica al ámbito doméstico a menudo simboliza el amor y el cuidado hacia el otro” en una medida mucho mayor que la expresión de los sentimientos. Cuando esto sucede, es común que las conversaciones sobre los mismos no se consideren necesarias y no aparezcan en los relatos como algo frecuente.

En el caso de Marina, joven educadora social procedente de una familia de clases populares, que vive junto a su pareja, -de su misma clase social de origen y sin estudios universitarios- en un barrio obrero del sur de Madrid, y que conserva sus amigos del barrio, las conversaciones típicas con su novio refieren a asuntos más bien prácticos: la vida cotidiana en el trabajo, los amigos o el ocio. La tendencia a debatir y a compartir opiniones sobre temas diversos, que aparecía en el entrevistado anterior, (si bien no referidas a la propia situación de la pareja) parece responder a ese ethos comunicativo que Illouz considera típico de las “nuevas clases medias”, categoría con la que se refiere a las clases medias con un capital escolar elevado, y estar menos presente entre los jóvenes de clases populares. De hecho, y coherentemente con lo que vimos en el apartado sobre las conversaciones entre amigos, entre los varones de clase trabajadora existe un rechazo explícito a esta “comunicación emocional” con la pareja que Giddens considera el centro de las relaciones contemporáneas :

D: O sea no sé, es que ya te digo que **yo soy en ese tema, muy, bastante frío y bastante seco, no sé.**

E: ¿Que eres frío y seco dices?

D: Sí... **no con la pareja pero sí que al hablar de estos temas... ¿Sabes? No con mis parejas que sea frío, yo creo que soy bastante cariñoso,** pero sí que al hablar de estos temas, incluso con mi pareja, como que **me corto** un montón porque muchas veces tampoco lo sé, **no lo sé a ciencia cierta, ya te digo, igual que lo de la política, son cosas que piensas y que tú mismo te contradices,** que luego como no estoy seguro no me gusta hablar, y últimamente cada vez que, **contra menos seguro me siento de las cosas menos me gusta hablar** (ríe). (Eg: DAVID)

En algunos casos, como vemos en esta cita, ese rechazo tiene que ver con lo que ya apareció en el epígrafe anterior, una sensación de incapacidad o de desconocimiento acerca de los “temas emocionales” que inhibe la expresión de los sentimientos; hace que, en este caso, el entrevistado “se corte” a la hora de hablar de este tipo de temas y que, por ende, elabore una imagen de sí mismo como alguien “frío y seco”. Sin embargo, tal como él mismo expresa muy bien, más allá de esta demanda social de comunicación como algo positivo para las parejas, el cariño es, en ocasiones, un medio para expresar la intimidad que “gana” al hábito de conversar. Esta demanda, al fin y al cabo, no deja de ser una demanda de clase, e impone los estándares de clase media como exigencias al resto de la sociedad. El caso de David pone de manifiesto que, en ocasiones, los niveles bajos de capital cultural y lingüístico no sólo suponen ciertas limitaciones a las prácticas consideradas legítimas, sino que propician la conformación de determinadas subjetividades. Sin embargo, esa limitación se hace patente, en este caso, ante la situación “artificial” que constituye una entrevista sociológica, y al verse el entrevistado de frente a una universitaria que le pregunta sobre sus opiniones políticas o sobre sus emociones. En la vida cotidiana quizá esta comparación con los estándares de clase media no se manifieste y, en cuanto al tema que nos ocupa, esas conversaciones sobre los propios sentimientos no se echen de menos.

En otras ocasiones, los hombres de clases populares expresan la sensación de ridículo que de alguna manera sienten a propósito de prácticas como la de hablar sobre lo que uno siente con la pareja:

E: ¿Tú con tus novias en general, sueles hablar mucho de cómo está la relación o de los sentimientos, de ese tipo de cosas?

T: (Ríe) Eh, ella sí, **ellas sí me lo sacan a menudo, yo no soy muy dado a decirlo,** soy un poco más, me lo suelo callar un poco, pero sí, hombre claro, es inevitable, siempre sale el tema.

E: ¿Y por qué te reías al principio?

T: Porque sí, porque **me agobia mucho,** cuando empezamos a hablar ahí, “**ay, lo nuestro**”, “**ay, lo nuestro**” (...) No sé, un contrato o algo, **no hace falta decirlo, el amor es bonito**

precisamente por eso, porque no hace falta decirlo, **lo sentís y ya está**, es esa complicidad que hay entre los dos ¿no? (E11: TOMÁS)

En la teatralización de la idea de “lo nuestro” Tomás pone de manifiesto cierto “sentirse fuera de lugar” en las conversaciones que implican esa comunicación íntima de la que ya se ha hablado. Y en este caso esa incomodidad se traduce en una especie de acusación de artificialidad hacia este tipo de conversaciones, tal como implica su uso del término “contrato”. Lo auténtico es el sentimiento, y ponerle palabras no sólo no es necesario, sino que lo desvirtúa, además de suponer un “agobio”, una demanda molesta por parte de las mujeres. De hecho, en su relato, parece que este tipo de conversaciones son inevitables porque las mujeres con las que ha estado “sacan el tema” frecuentemente. De nuevo se pone de manifiesto una masculinidad que se aleja conscientemente de lo que considera “sensiblerías” poniendo distancia por lo tanto respecto a las mujeres y respecto a los hombres demasiado emocionales. De alguna manera el entrevistado “cede” a las exigencias femeninas, pero pese a ello, no deja de reivindicar lo innecesario de esta elaboración emocional que, frecuentemente, aparece en los relatos de entrevistados y entrevistadas como una tarea asumida por las mujeres. El discurso de Tomás pone de manifiesto lo que Bourdieu entiende como la “amenaza” que representa el auge de la nueva pequeña burguesía para la identidad de las clases populares, particularmente para los varones (Moreno Pestaña, 2004: 174-175). Frente al hombre más fino, delicado y emocional que representan estos sectores sociales y en particular, los intelectuales, los obreros se apegan a su estilo de vida reivindicando la virilidad. Algunas fracciones de esta pequeña burguesía – profesiones como psicólogos, sexólogos, trabajadores sociales et- son precisamente los difusores de ese ethos terapéutico frente al que los hombres de clases populares se posicionan, reivindicando, como en el caso de Tomás, la autenticidad y la naturalidad en las relaciones frente a la exigencia de reflexión y comunicación emocional. Tal como la interpretación que Moreno Pestaña hace de Bourdieu nos recuerda, este posicionamiento de los varones obreros supone un refuerzo de las divisiones sexuales a través de la identificación de lo burgués con lo femenino y el fuerte rechazo a incorporar rasgos de ambos.

A este respecto, otra situación típica en cuanto a este “hablar en pareja” es la que coloca a las mujeres en la posición de “demandar” y de lidiar con respuestas variables de sus compañeros. Aunque este escenario lo encontramos en los relatos de mujeres de diferentes trayectorias sociales, las diferencias son muy significativas:

E: Y lo que decías antes de que lo piensas mucho y tal, ¿tú luego lo hablas o te lo quedas tú?

M: Sí, yo sí lo hablo, hablo con él... Ya te digo lo bff, lo principal de nuestra relación es la confianza y el sexo o sea que (ríe)... O sea **lo hablamos todo, todo**. Cualquier problema que tengo se lo, **él es más reacio a hablar**. Con él, con éste, **con el de ahora tengo más problemas para comunicarme**, sin embargo tengo más confianza, entonces, aunque **me cuesta más sacarle las cosas** porque es como, que si no quieres no discutes con él en la vida porque es una persona que no discute. Y yo parece que busco los enfrentamientos, que me gustan pues... Tengo que sacarle... le termino hablando, le termino sacándoselo o sea que... **Siempre soy yo más la que habla**

E: Y con el otro también eras tú más la que sacaba...

M: Sí. Porque **siempre se escondía en la risa y en la guasa**, que a mí ya me tocaba las narices, entonces no se ponía serio ni pa atrás, entonces también era yo la que sacaba más (...)

E: Pero ¿qué tipo de cosas? ¿qué es lo que solíais hablar?

M: Sí... **por qué crees que nuestra relación se estanca o por qué estamos más... Por qué no nos hablamos o es que ya no te gusto igual o es que te afecta mi físico** (está embarazada en el momento de la entrevista) **o es que...**(...)

Yo con él... con el de ahora **se lo inculco mucho**, vamos a **solucionar** este tema ahora, no lo dejes pasar, porque **él es mucho de... Venga ya está olvidado**, ya tal, dame un abrazo tal, olvidado. Y eso a mi **me hierva la sangre porque no se olvida, a la siguiente va a saltar**. Porque ya lo he vivido, entonces trato de que eso no vuelva a pasar. Que a veces es inevitable pero bueno. (E29: MÓNICA)

En el anterior fragmento Mónica deja claro la importancia que otorga a hablar con sus parejas. Sin embargo, los jóvenes con los que se relaciona, de clases populares y, como ella, con estudios primarios o secundarios, parecen responder con una resistencia similar a la que se desprendía de los discursos de Tomás o David. De hecho, según su relato, en las dos historias amorosas importantes que ha tenido, ella ha asumido siempre el rol de la "gestora" de lo emocional. Cuando se le pregunta, Mónica contesta rápidamente que la confianza es fundamental y que ella lo habla todo con su pareja, sin embargo, enseguida matiza que él es más reacio a hablar y que no es fácil "sacarle" las cosas. Con su pareja anterior encontraba un problema similar, el hecho de que él no se tomara en serio este tipo de conversaciones y (una vez más) se escondiera en el humor. Hay una orientación clara en la práctica de hablar que se desprende del relato de la entrevistada: la resolución de problemas. Cuando se le pregunta sobre el tipo de charlas que mantiene con su pareja, expresa las preguntas que ella le plantea, y que tienen que ver siempre con dificultades: "nuestra relación se estanca", "ya no te gusto igual"... El último párrafo es significativo porque pone de manifiesto dos posturas ante esos conflictos: olvidarlos rápidamente y darlos por solucionados, la de él, o debatirlos para evitar que vuelvan a aparecer, la de ella. Después de una relación de más de diez años que presenta como conflictiva y con muchos altibajos,

con un hombre del que está divorciada, la entrevistada no quiere “que eso vuelva a pasar” con su marido actual. Hablar aparece por lo tanto como una estrategia para evitar conflictos recurrentes y para hacer que la relación no se rompa de la misma manera en que se rompió la anterior. Sin embargo, Mónica parece haber terminado asumiendo esta tarea como propia, o al menos, como una práctica que parte siempre de su iniciativa. Esta iniciativa femenina aparece también en una mujer de una posición social muy diferente, una universitaria procedente de una familia de clase media con niveles muy altos de capital cultural:

Si había algún conflicto teníamos **largas y densas conversaciones**, pero no discutíamos, no nos peleábamos: “ya pero es que tal, pero entiende que no sé qué” ... Un poco, un poco **denso** todo, un poco largo, también **con mis padres era así** (...)

Es una persona a la que cuesta mucho hablar de emociones y sólo lo ha hecho conmigo porque yo incito mucho a eso pero habitualmente él, aparentemente está siempre contento además es muy extrovertido, muy sonriente, habla alto, se ríe mucho (...) Como él fue como hablando mucho más de cosas más íntimas y **a veces yo le hacía preguntas: “No sé, nunca me lo he planteado”, pero al tener la pregunta, ya se lo planteaba** y ya digo que mi novio es un chico muy inteligente, entonces, no le cuesta, o sea, le cuesta, como que es un tema que nunca lo había tenido, **con sus amigos nunca ha hablado de sentimientos, tal, pero sí fue abriéndose mucho a eso.** (E17: MIRIAM)

En este caso, son varios los factores que hacen comprensible que la entrevistada se sienta cómoda en la posición de “gestora de las emociones”: a su profesión de psiquiatra se añade a una familia formada por un padre filósofo y una madre socióloga, familia con la que está acostumbrada a mantener “largas y densas conversaciones”. Miriam ha llevado este hábito, en el que, según su relato, parece haberse socializado desde muy joven, a la pareja y a una profesión en la que se inclina por las corrientes más humanistas y menos médicas. Todo ello le lleva a estar cómoda encarnando una feminidad muy apegada a lo emocional. De nuevo, vemos un hombre (en este caso universitario, si bien especializado en una disciplina técnica, la ingeniería de telecomunicaciones) poco propicio a hablar de los asuntos de sentimientos, y de nuevo vemos una mujer que asume la tarea de promover ese tipo de conversaciones. Sin embargo, en este caso no se percibe la queja que se encontraba en el discurso de Mónica, y que tenía que ver con la reticencia de sus parejas a “abrirse”, precisamente porque Marta de alguna manera relata un “éxito” propio –y que sin embargo tiene también que ver con una oposición entre los sexos menos marcada entre las nuevas clases medias precisamente por esa menor reticencia de los hombres a acercarse a posturas más femeninas- : su novio es una persona poco propicia a hablar

de sentimientos, que no tiene este tipo de conversaciones con sus amigos pero, gracias a ella, ahora lo hace. Es ella la que le ha hecho plantearse temas diferentes. En los relatos de Mónica y Miriam observamos la diferencia que plantea Illouz sobre las conversaciones típicas de las parejas de clase trabajadora y las pequeño-burguesas. Mientras que las primeras se orientan fundamentalmente a la resolución de problemas, las segundas aplican ese "ethos comunicativo" al debate sobre emociones y sobre otros temas muy diversos, a ese plantearse cuestiones nuevas y poder conversar largamente sobre ellas.

¿Qué pasa cuando las posiciones sociales de los dos miembros de la pareja en cuanto a capital lingüístico y escolar son diferentes? El ejemplo de Marina ilustra esta situación.

M: Con Jorge⁵¹ me llevo muy bien, por ejemplo, y lo hablamos todo prácticamente también.

E: Así temas de estos también...

M: Sí, sí, sí, sí. Jorge es un tío especial, de todas formas. Un tío especial (ríe).

E: ¿Por qué es esp...?

M: Es un tío-tía. Pues porque tiene **una sensibilidad especial** hacia ciertos temas que no lo ha visto en otros chicos. Por el tema **de** la educación..., roles, no sé decirte... Pero sí que es verdad. También entiendo que **se ha juntao mucho con chicas él**, (...) creo que también eso influye mucho, ¿sabes? Pero sí que es verdad que le veo con una sensibilidad especial hacia ciertos temas.

E: ¿Más que otros chicos que conoces?

M: Sí.

E: Porque, ¿Qué te parece que... otros chicos cómo se toman estos temas?

M: Más pasotas igual, más...(titubeo). Le dan menos importancia, menos valor, menos reflexivos. ¿No? Yo creo que las chicas... Bueno, no me gusta generalizar, ¿no?, pero por lo que he conocido, creo que las chicas somos más reflexivas, nos comemos más el tarro, más...

E: ¿Y por qué crees que Jorge es así?

M: No lo sé. No lo sé por qué nos ha salido así (ríe) Yo lo asocio mucho al tema este de... de la... pues eso, de que a lo mejor ha conocido **en otros círculos de su vida**... más chicas que chicos o... **Porque también he conocido chicos muy parecidos a él en el ámbito... universitario, ¿sabes?** No sé, yo he estudiado educación social y éramos todo tías. Pues los chicos que he conocido entre esos círculos pues también **son... de otro rollo**, tía. Sí, **más sensibles**, te podría decir: más sensibles, más... o sea, que no quiero generalizar, que luego hay de todo en todos los. (...) **Más sensibles o más sensibilizados hacia ciertos temas**..., intentan buscar más... soluciones a todo, ¿sabes? no se centran sólo en una...

E: Y, ¿Antonio cómo es con eso?

⁵¹ Jorge, también sociólogo, es el contacto a través del que se llegó a la entrevistada

M: **(Risa enérgica) Antonio es sota, caballo y rey. Antonio es sota, caballo y rey. Sí, sí, sí, sí. Y de tirarlo mucho por los aires todo también.**

E: ¿Y por ahí has tenido algún conflicto?

M: Claro, claro, claro, claro. Sí, todo venía un poco de ahí también. Lo que hablábamos antes de los conflictos y tal.

E: De ahí, ¿Cómo? Explícamelo ahí un poco más...

M: Sí, pues pues (resopla) es muy impul... **Es muy impulsivo**, tía. Muy impulsivo y es lo que nos...nos pierde, ¿sabes? A veces, los nervios. Los nervios. Cuando **te enfadas pues te pones nervioso y te bloqueas y no se puede hablar**. Entonces lo mejor es coger y pirarte ...y dentro de un ratito hablamos. **Sí, sí es imposible tener una conversación con él cuando se enfada**. También te digo una cosa, que **esto lo hemos trabajado mucho como te decía antes y las cosas han cambiao un motón, igual que mi padre con mi madre, pues igual**.

(...)

M: Ha habido muchos altibajos

E: ¿Y con los altibajos a qué te refieres?

M: En cómo iba la relación. **Sí, hubo un momento ahí de..., de destrucción que te cagas, por parte de los dos, ¿sabes?, por lo que te digo: la dinámica de..., del discutir por discutir**, o sea, ehh...(titubeo), de no saber hablar las cosas, eso también es otro tema: **el tema de las habilidades sociales y el cómo te enfrentas a los problemas...pues es otra cosa que hemos madurao los dos un montón también.** (E24: MARINA)

La situación de Marina es algo particular. Procede de una familia de clase obrera y tanto su novio como su círculo de amigos más cercano, "del barrio de toda la vida", también lo son. Su paso por la universidad (tras un primer año en psicología, abandonó esta carrera para hacer educación social) le ha conferido cierta movilidad ascendente en cuanto a capital cultural y expectativas, aunque su situación laboral es inestable y precaria. Su posición intermedia le hace tener acceso a dos mundos sociales diferentes, el más cercano, de la familia, los amigos y la pareja, y el universitario. En esta situación, Jorge, el contacto de la entrevistadora, es una especie de "aliado" por compartir una trayectoria de clase similar: también universitario, también procedente de una familia obrera, también del barrio, también precario. Miriam hace una clasificación entre tipos de masculinidades que refiere a esas divisiones del espacio social: Los hombres como Jorge, los que ella ha conocido en su carrera, le parecen más sensibles, más reflexivos, más dispuestos a la solución de problemas, "tíos-tías", más cercanos en definitiva a la ética de la pequeña burguesía. Más que a una relación diferente con los recursos culturales y simbólicos, Miriam asocia esta percepción a otra realidad: el hecho de que determinados círculos de la universidad, -especialmente las carreras que implican la especialización en "cuidados"- están feminizados, y los hombres que acceden a ellos tienen contacto con más mujeres que los que mantienen exclusivamente su grupo de amigos del barrio, lo cual les hace adoptar hábitos más típicamente femeninos. Lo especialmente interesante aquí es la comparación que hace entre esos

hombres más sensibles y reflexivos y su propia pareja, que es "sota, caballo y rey". Tal como explica la entrevistada, en ocasiones algunos aspectos de las culturas familiares parecen reproducirse en los espacios de las relaciones amorosas. En Miriam, esta idea aparecía en la solución de conflictos a través de "largas y densas conversaciones". Marina relata una situación inversa: la tendencia al enfado y la dificultad para mantener la calma en los enfrentamientos, que propicia situaciones de "destrucción" mutua. Es significativo cómo de una forma análoga a gran parte de las mujeres entrevistadas, Marina adopta el papel de gestora de los asuntos emocionales en la pareja. Además, aquí vemos un arquetípico traslado a la misma de ideas y terminologías de la propia profesión –educación social en este caso– por parte de las mujeres pertenecientes a las nuevas clases medias. Marina consigue así, igual que Miriam, ciertos logros, como "trabajar" el tema de las "habilidades sociales" o el modo de enfrentarse a los problemas. Gracias a ello llega a la sensación de que su relación se ha estabilizado, "las cosas han cambiado" y los dos "han madurado".

En algunas ocasiones, la "intervención" femenina no va dirigida tanto a una "terapia de pareja" como a una terapia al propio compañero:

Yo forzaba esas conversaciones porque quería saber cómo estaba él. Porque, claro, yo llegaba y le veía sin hacer nada y decía, por una parte me enfadaba pero por otra pensaba: "Joe, igual está súper jorobado por dentro y la única forma que tiene de..., de sacarlo es jugando a la mierda esa en..., en el ordenador." Que puede ser. Igual necesita hablar. Entonces yo lo pinchaba muchas veces para ver si sacaba algo pero él siempre me decía: "no, estoy bien, estoy un poco...pff (resopla) yo que sé, desganado porque no encuentro trabajo ni nada..." (...)Entonces muchas veces, muchas veces le decía: "¿Pero...(titubeo) **ánimicamente te sientes bien?**" Y él me decía: "Sí, sólo...pues eso, un poco apático, no me apetece hacer nada y tal..." (...) O sea, pero claro **ya era un poco...buscándolo.** O era una vez que yo ya me veía así..., o sea, antes de eso yo creo que no...hablábamos a penas. (E25: LARA)

Lo más significativo del relato anterior es cómo la entrevistada transforma su enfado ante la apatía de su expareja, que, según ella, pasaba demasiado tiempo en casa jugando a la videoconsola y no mostraba interés por buscar un trabajo, en una actitud terapéutica. Esas prácticas que le molestaban, parece decir, podían ser en realidad la manifestación de un problema anímico. De ahí el esfuerzo por colocarse en una posición de cuidadora, mantener esa actitud empática y "forzar conversaciones" para entender cómo se sentía él, por si acaso "necesitaba hablar".

Algunas autoras del ámbito anglosajón, aplicando el marco teórico de Pierre Bourdieu al análisis sociológico feminista, han desarrollado el concepto de "capital emocional" (Illouz, 1997; Nowotny, 1981; Reay, 2004). Nowotny, quien utilizó por primera vez este término, entiende el capital emocional como una especie particular de capital social que se da en la esfera doméstica, poseído en mayor medida por las mujeres y que implica relaciones, habilidades y recursos emocionales que se despliegan en entornos en los que los lazos son predominantemente afectivos. Por su parte, Illouz habla de una capacidad mayor de las nuevas clases medias para distanciarse de sus propios estados emocionales, habilidad ligada a la cultura reflexiva y a la valoración del trabajo sobre el yo, típica, según ella, de estos sectores. Influida por ambas autoras, Reay aplica el concepto de capital emocional al estudio empírico de la implicación materna en el rendimiento escolar de sus hijos. El concepto de capital emocional presenta, a mi juicio, varios problemas. Lo que muestran las investigaciones empíricas no parece en ningún caso una forma de capital: no es, tal y como reconoce la propia Nowotny, convertible en otros capitales, como lo son el económico, el cultural o el social, formas relacionales de capital en la teoría de Bourdieu, y de los que emana, además, el capital simbólico. No es tampoco un bien por el que los agentes en determinados espacios sociales compitan. En todo caso, lo que encontramos es lo que Duncombe y Marsden (1993) han caracterizado como la "división de género del trabajo emocional", propiciada por lo que se muestra como una disposición de género a ejercer como cuidadora del propio vínculo y de las emociones del otro en el ámbito de la pareja heterosexual. La propia Hochschild (1979) entiende que lo que llama "trabajo emocional" o "elaboración del sentimiento" puede ejercerse sobre uno mismo o sobre los demás. En Hochschild este trabajo tiene que ver con el esfuerzo consciente por adaptar lo que se siente a lo que las demandas culturales prescriben que se debería sentir. Duncombe y Marsden aplican a las relaciones de pareja la visión de Hochschild sobre las emociones como algo que no –al menos no exclusivamente- se *tiene*, sino algo con lo que también se *hacen* cosas, para analizar este papel femenino de gestión de los asuntos emocionales que esta investigación también pone de manifiesto. Como vimos en el capítulo 1, su trabajo concluye que las mujeres toman más a menudo la responsabilidad de los asuntos emocionales en la pareja y, en ocasiones, se frustran ante la falta de voluntad o de implicación de sus compañeros en estos temas. Esta frustración aumenta precisamente ante el crecimiento de la importancia del ideal de la pareja de compañeros y de la comunicación íntima. En numerosas ocasiones, explican, las mujeres se esfuerzan por construir un relato acerca de su relación de pareja como un vínculo igualitario y satisfactorio a pesar de estas frustraciones, e incluso experimentan cierta culpa por "pedir demasiado" a compañeros poco emocionales, o poco proclives a expresar sus emociones, que, sin embargo consideran muy buenos compañeros para ellas en otras esferas. En las mujeres del estudio de

Duncombe y Marsden, al igual que entre las que han participado en esta investigación, existe la percepción de que es necesario un gran esfuerzo emocional para tener relaciones de pareja satisfactorias, y predomina en ellas una clara disposición a asumir ese esfuerzo y ocuparse de los asuntos emocionales propios, de los del compañero, y de los de ambos como "equipo".

¿En qué posición deja esto a las mujeres en sus relaciones de pareja? ¿Qué implicaciones tiene desde el punto de vista de las desigualdades de género?

La respuesta a estas preguntas implica cierta ambivalencia. Por un lado, no cabe duda de que esta disposición de género al cuidado emocional del otro y de la pareja refuerza la "especialización" de las mujeres en los asuntos amorosos y en el cuidado de los vínculos. Además de la evidente sobrecarga que supone, esto puede conducir a la auto-responsabilización por parte de las mujeres del devenir de sus relaciones de pareja, como si todos los ámbitos de las mismas estuvieran bajo su control. Por otra parte, tal como hemos visto, esta especie de gestión emocional que llevan a cabo las mujeres en ocasiones trae consigo ciertos "éxitos" que ayudan a las mujeres a generar un sentido igualitario de su relación y ciertas dinámicas satisfactorias en la misma gracias a lo que consideran avances o mejoras en la comunicación con su pareja, que a veces, tal como expresaba Marina, pueden incluso ayudar a evitar un manejo de los conflictos que implique más agresividad y que se viva como destructivo. Pero por otra parte, cuando ese sentido igualitario generado va de la mano de la continuidad en la división de género de los roles en la relación, la desigualdad sale reforzada (Jamieson, 1999). Además, esta extensión del ideal de la comunicación emocional, o lo que Illouz denomina el "logocentrismo de la nueva clase media" (2009: 312) a las clases populares, y en especial, a las mujeres trabajadoras, genera en ocasiones frustración por no encontrar satisfacción a las demandas de comunicación emocional en sus parejas, hombres generalmente también trabajadores que, como hemos visto, son especialmente reacios a asumir una masculinidad más expresiva y sensible a los asuntos sentimentales. Finalmente, la búsqueda de control del bienestar y del buen rumbo de la pareja gracias a la gestión de las emociones por parte de las mujeres puede propiciar cierta tendencia al aguante de situaciones de dominación bajo la percepción de que todos los problemas pueden solucionarse gracias a esta idealizada comunicación íntima y la creencia en que con el esfuerzo emocional propio, pueden también cambiarse las emociones del otro. Sobre esto volveremos más adelante en este capítulo.

5.1.4 "No hablar" como estrategia

En algunas ocasiones, no hablar sobre lo que se siente no es tanto una tendencia de los hombres ante la sensación de "incompetencia" al respecto, una costumbre adquirida, o la consecuencia de reivindicar –más o menos conscientemente- una masculinidad alejada de lo débil y emocional. A veces, no hablar responde simplemente a una estrategia de ciertos hombres –de todas las posiciones de clase consideradas- para mantener una situación en la que se encuentran cómodos:

En el momento empezó todo sólo por físico, en plan, esta tía me pone mucho tal y... y de repente me di cuenta que yo a ella también, y la verdad que **lo pasamos muy bien** y luego, la relación para mí nunca... es un poco la que te he descrito antes, que es una relación que a priori, yo a priori la... desgrano a ella como persona y me parece que puede ser una persona que encaja mucho, que podría encajar mucho conmigo ¿sabes? (...)Y en otro momento quizá me hubiera enamorado de ella ¿sabes? Pero ahora no he conseguido enamorarme de ella (...)

Que la conozco hará pues un año y medio o por ahí. No, que la conozco más pero desde que nos empezamos a liar así sí un año y medio. **Y durante el primer año tuvimos una relación bastante, pues de vernos casi todos los días y luego todas las semanas, dormía en su casa, dormía en mi casa tal... ps no todos los días de la semana pero mínimo dos, tres días por semana tal, y... aún así yo me iba a veces con mis colegas a lo mejor y me enrollaba con otra tía ¿sabes?** Que es algo que no había hecho nunca en mi vida, con las otras parejas, **tampoco esta era una pareja de decir, ni habíamos dicho, en plan, no habíamos hablado nunca, de "ah pues somos novios" ni nada parecido ¿sabes?** Ni siquiera de "mira, me sentiría muy mal si te enrollaras con alguien" o... **Por otra parte tampoco lo contaba, que me enrollaba con nadie, tampoco le pregunté yo si ella lo había hecho y nunca me dijo nada al respecto ella (...)**

Igual estás... cuatro meses sin verla y no supone nada ¿sabes? **Yo estoy con ella y estoy muy bien, estoy sin ella y estoy muy bien, y planifico mi vida libre sin que ella sea mi prioridad ¿sabes?** No planifico para nada mi vida en torno a ella ¿sabes? De... de hecho pues me vine aquí a Madrid, sabiendo que ella no venía a Madrid⁵² (...)

E: Y ¿ha habido conflicto?

A: No ha habido conflicto. **Si al principio pensé un poco que hombre, incluso pues esto habrá que hablarlo tal y... y no hemos hablado, yooo por mi parte pues lo he dejado, he huido un poco, la verdad de...** Pero me sentía en la obligación por una parte de hablarlo y dejar las cosas fijas o claras, en plan: "Mira, yo estoy guay contigo, me lo paso muy bien, me pareces una persona estupenda, a lo mejor en otras condiciones estaría loco por ti y me iría detrás tuyo donde tú te fueras pero ahora mismo yo lo que siento es esto, que estoy guay contigo en plan que lo paso muy bien, que me pareces genial, como persona, como compañera lo que tú quieras pero... pero no quiero nada más tampoco". **Entonces a veces me he sentido en la obligación de ir a decirle eso pero luego nunca lo he hecho. Por otra parte, ella tampoco lo ha hecho** (silencio) (E2: ALONSO)

⁵² El entrevistado se refiere a que eligió su plaza como Médico Interno Residente en un hospital de Madrid.

La tendencia a la entrada progresiva en pareja y la legitimidad de las relaciones esporádicas y de los encuentros sexuales casuales, -los cuales, en algunas ocasiones, consisten en el primer paso del emparejamiento-, generan frecuentemente ambigüedad en las primeras fases de las relaciones de pareja, y cierta confusión de roles en torno al propio vínculo con el otro. Este proceso ha sido descrito por Eva Illouz (2012), quien señala como una de las características del amor contemporáneo es la falta de codificación de estos primeros encuentros románticos.

El anterior fragmento sirve de ilustración a esta situación de ambigüedad. En él, Alonso explica la relación que mantiene en la actualidad con una mujer y que dura en el momento de la entrevista un año y medio. Tal como él mismo explica, el entrevistado no quiere una relación seria, a pesar de todas las cualidades que pueda tener ella, debido a que siente que no está enamorado. Aún "recuperándose" de una relación anterior que duró siete años, dice que no lo ha "conseguido". En sus propios términos, lo pasan muy bien juntos, pero la relación no ocupa un lugar central en su vida, ya que sus decisiones no se ven influidas por ella. El relato de Alonso es interesante porque plantea la práctica de la "definición" de los vínculos. El entrevistado defiende de alguna manera la legitimidad para mantener relaciones sexuales esporádicas con otras mujeres gracias al hecho de que no se ha producido entre ellos ninguna conversación que categorice su relación. Por eso, a pesar de llevar cerca de un año y medio viéndose con bastante frecuencia, no hay motivo para considerarse "emparejado" tal y cómo él entiende el término pareja, y por lo tanto no hay motivo para contar con la voluntad o las opiniones del otro en lo que respecta a las propias prácticas. Siendo consciente de la sensación de ambivalencia que esta situación puede generar, Alonso explica que en algunos momentos se ha sentido en la "obligación" de aclarar cuáles son sus intenciones: "Mira, yo estoy guay contigo (...) pero no quiero nada más tampoco". Esta sería una forma de buscar legitimidad ante ella y no sólo ante sí mismo y ante una entrevistadora mujer, sin embargo, como él mismo explica, "ha huido" de una situación a la que, por otra parte, no se ha visto forzado, ya que no ha encontrado preguntas o reclamaciones por parte de su "pareja". Este silencio de ella, este "no pedir explicaciones" refuerza la presentación de las propias prácticas como legítimas que usa Alonso delante de la entrevistadora. En efecto, desconocemos las opiniones y las prácticas de la mujer que aparece en este relato. Pero lo significativo en este punto es que la ambivalencia puede convertirse también en una estrategia, en una práctica que sirve al propósito de mantener una situación en la que uno se encuentra cómodo sin tener que enfrentar potenciales dificultades que surgirían de una conversación sobre los "términos de la relación". En ocasiones, la ambigüedad propiciada por "no

hablar” se convierte en el medio para perpetuar una situación conveniente, aunque ésta suponga establecer una asimetría de poder entre las dos partes implicadas. Paradójicamente, el silencio sirve al propósito de definir tácitamente el significado de una relación. Esta situación asimétrica puede reforzarse cuando la otra parte, frecuentemente la mujer, no expresa su enfado o su descontento por miedo a generar conflicto o por miedo a no ser lo que el otro “esperaba”:

Siempre me han interesado, sobre todo para las películas, las estructuras de dominación ¿no?, que se establecen pues tanto en una pequeña comunidad como en las parejas, sobre todo. Flipo con eso, me...me atrae muchísimo. Y al principio éramos una pareja desigual completamente (...)

Cada vez que quedábamos **hacíamos todo lo que quería él**, pero no porque yo dijera una cosa y él dijera que no, es que yo no me atrevía a decir nada ¿sabes lo que te quiero decir? Por ese **síndrome del impostor que siempre he tenido de... “me van a descubrir y en realidad no le gusto”** o...“me van a descubrir y en realidad no sé tanto” o...“me van a descubrir y en realidad no le voy a caer bien...” Cosas de esto ¿no? Y luego, pues porque a lo mejor, pues él es de Asturias ¿no? Y mm...y **a lo mejor pues un mes se le cruzaba el cable y decía que se iba un mes** parriba ¿no? Entonces pues cuando...estás ahí teniendo una relación casi diaria, ya con tintes de comprometerse y tal y cual y, de repente, cuando tú estás en el mejor momento y te dice que se va un mes a Asturias..., tú estás sabiendo que...que **lo puede hacer, pero tienes ganas de decirle que es un puto egoísta porque no está...contando contigo en ese momento ¿no?** , O que te puedes sentir defraudada o lo que sea, y esas cosas pues **no me atrevía** a callármelas y...o sea..., a hablarlas, y **me las callaba**. Cosas de ese tipo ¿no? **O a lo mejor me enteraba que se había follado a...una tía. Obviamente no había..., no estábamos saliendo. Eso se puede hacer, pero una cosa es que se pueda hacer y otra cosa es que...que sea bonito o feo ¿no?** o que a mí no me genere una serie de emociones, que soy libre para comunicar, sobre todo si con esto pretendemos llegar a algo más y queremos que sea algo sincero. **Pues no me atrevía a comunicarlo**, entonces...eran como muchas emociones enquistadas. (E16: ADRIANA)

Si bien esta entrevistada habla de dominación para referirse a la relación con la que es su pareja en el presente, el relato se hace sostenible gracias a que la situación “desigual” a la que se alude forma parte del pasado en su relato, por contraposición al vínculo igualitario que se presenta como la situación actual en el momento de la entrevista. De nuevo la ambivalencia sirve como una suerte de “justificación” para las prácticas, en este caso, de la otra persona. Tal como explica la entrevistada, durante más de un año, estuvo “enrollándose” con el que ahora es su novio sin que existiese una definición de su vínculo como el de una “pareja”. En ese tiempo, él hizo cosas que ella de alguna manera reprocha, como irse cada vez que quería a su pueblo sin contar con ella o como tener sexo con otras mujeres. Según la entrevistada, “obviamente” eso se puede hacer, es decir, si no se han establecido los

términos de una relación, como veíamos en el relato del entrevistado anterior, impera la legitimidad del libre albedrío. Alejandra parece querer decir que su pareja tenía “derecho” a hacer lo que hacía, y sin embargo, ella también tenía derecho a sentir cosas al respecto. En el relato de la entrevistada aparece un miedo a la pérdida que inhibe la conversación sobre lo que los actos del otro provocan, en su caso, explicado a través de lo que ella llama su propio “síndrome del impostor”, la preocupación por no ser suficiente: suficientemente lista, suficientemente agradable, y al parecer, suficientemente “moderna” para aceptar la independencia del otro y disfrutar de la propia sin buscar un vínculo que implicara compromiso. En este caso, el silencio parece ser una estrategia de ella, que sin embargo, y paradójicamente, refuerza su posición de dominada. Con tal de no poner en peligro el vínculo, la entrevistada prefiere no manifestar su voluntad y sus necesidades, adaptando su manera de estar en pareja a la que resulta más cómoda para él.

Otras mujeres sí expresan el malestar a sus parejas ante lo que entienden como una falta de compromiso. Sin embargo, pueden encontrar reticencias por parte de ellos abandonar esa postura de comodidad que el silencio favorece:

Por ejemplo con mi primera pareja, sí que tendía a hablar de cómo yo me sentía, de lo que estaba pasando tal y, y... con esta persona también en algún momento, o sea, sí que planteaba lo que yo estaba sintiendo, lo que estaba pasando tal, lo que pasa es que es verdad (silencio) que en mi primera pareja a lo mejor porque como que él pensaba que yo me complicaba mucho la vida y que estaba dándole muchas vueltas a las cosas y que las cosas eran mucho más sencillas y él no tenía como tan, no era tan reflexivo ni necesitaba pensar tanto las cosas y tal. **Y en la segunda pareja yo creo que en cuanto planteaba todas estas cosas como que él no quería meterse, calentarse la cabeza. Él sobre todo no toleraba el sentirse culpable, él sabía que lo estaba haciendo mal y en el momento que yo le podía echar en cara cualquier cosa y él sentía la culpa, pues se, se rebotaba contra mí y prefería cambiar de tema, huir o...** (E19: NATALIA)

Si atendemos al sentido que esta entrevistada da a su propia experiencia, encontramos dos posturas masculinas diferentes respecto a la tendencia de ella a hablar sobre los asuntos amorosos y emocionales, respecto a esa propensión femenina a la gestión emocional que ya hemos visto. Por un lado, en la figura de su primera pareja, con la que mantuvo una relación de cuatro años, aparece representada una disposición menos reflexiva y más práctica: “las cosas” son sencillas y no es necesario darle vueltas ni complicarse la vida. La segunda pareja o “esta persona” tal como le denomina Natalia en numerosas ocasiones precisamente para diferenciarlo de una pareja “de verdad”, es un hombre mayor

que ella, compañero de trabajo con el que mantuvo una relación intermitente de más de dos años en los que, según las palabras de la entrevistada, él nunca se comprometió; nunca quiso reconocer públicamente el vínculo, no fue fiel y tampoco suponía un apoyo cuando ella lo necesitaba. En este caso, más que un sentido práctico sobre el “estar” en la relación que no ve la necesidad de hablar demasiado acerca de los propios sentimientos, lo que vemos es una toma de postura que implica la reafirmación de una situación de dominación. Tal como se pone de manifiesto en el siguiente fragmento también de la entrevista de Natalia, ante la ambivalencia de las relaciones no definidas o que no se quieren definir, “no hay por qué dar explicaciones”, y si existen demandas por parte de la otra persona implicada, el enfado y la huida pueden ser respuestas reivindicadas como legítimas en una clara imposición de los términos de la relación, en un: “esto es lo que hay, lo tomas o lo dejas”:

Él podía apagar el móvil y desaparecer, a lo largo de estos dos años yo sé que él tuvo eh... bueno, **líos con otras personas** y sobre todo, pues era por eso, **en el momento que yo planteaba que no me parecía justo**, pues **como que él se enfadaba y... y como que decía que no podía ser, que no me tenía que dar ninguna explicación** y luego, al poco tiempo, pues volvía a llamarme y yo volvía otra vez a quedar con él y a verle. (E19: NATALIA)

En varios casos, esa falta de implicación aparece conscientemente y en primera persona en los relatos de los hombres:

Yo no me abriría tan rápido, pero no es porque crea que está mal abrirse tan rápido pero...pero su forma de hacerlo me...no sé...no sé, es complicao. Es complicao porque no lo sé todavía, o sea..., por un lao...yo decía que **me agobiaba** pero **por otro lao...estaba a gusto**, estaba, o sea, cuando estoy con ella estoy muy a gusto. Pero, pero supongo que es eso, miedo también a verme como...en una dinámica de la que me pueda quejar...No sé, **supongo que es cómodo para mí: querer to...como tener sólo esos momentos. Me pasa lo mismo que con Ana: que sólo nos vemos cuando yo quiero, que sólo estás para cuando...te conviene.** (E3: MATEO)

En la cita anterior, perteneciente a la entrevista con Mateo, aparece de nuevo la ambigüedad como respuesta en este caso a esa tendencia femenina al «abrirse» emocionalmente: este tipo de comunicación que supone el establecimiento de un nivel importante de intimidad supone una fuente de agobio cuando, como es el caso, no se busca tanta cercanía con una persona con la que se tiene una relación aún en ciernes. El agobio procede precisamente de la percepción de la desigualdad, del ser consciente de que los ritmos o la voluntad de implicación con la otra parte son diferentes. Sin embargo, ni el agobio ni la conciencia de la asimetría conllevan la renuncia a continuar con algo que genera

también satisfacciones. Para dar sentido a este hecho se utiliza un discurso ambiguo, indefinido, en que las cosas no se tienen claras, aún no se está seguro de lo que se quiere y todo es «complicado». Tal como él mismo explica, esta forma de apelar a la ambivalencia es un recurso que el entrevistado ha utilizado siempre con las dos mujeres que aparecen en su relato y también en el fragmento anterior: una exnovia con la que tuvo una relación de alrededor de diez años y la mujer con la que mantiene en el momento de la entrevista una relación sin definir. Sin embargo, finalmente su propio auto-diagnóstico es más sencillo, y remite a la comodidad de la implicación intermitente, en función de la propia conveniencia. El fragmento anterior de Mateo, procedente de una familia de clase alta con capital cultural y especialmente intelectual⁵³, se inserta en una entrevista que se convierte en una continua reflexión en voz alta sobre el propio «yo» y sobre las relaciones. En ella hay un constante vaivén discursivo entre esa visión de la complejidad y la ambivalencia de los vínculos por una parte y el análisis del propio comportamiento dominante con las mujeres, siempre marcado, según su relato, por la falta de compromiso por su parte. En ambas posiciones no deja de haber cierta presentación delante de la entrevistadora como un hombre interesante y seductor.⁵⁴

El agobio, la percepción de la asimetría en la relación y el poder para generar la definición de la misma la encontramos también en hombres situados en el otro extremo del espacio social, como ilustra el ejemplo de Ignacio:

I: Era siempre **la misma conversación**

E: ¿Y cuál era la conversación?

I: Así pero durante horas, durante horas: **“Tío, necesito que estés más encima de mí”, “tía yo soy así” (...)** Estaba muy muy agobiado y ahora estoy mucho más relajado (...)

I: Conmigo puedes estar muy a gusto y yo lo voy a dar todo por la otra persona pero **tienes que estar tirando de mí**, sabes lo que te quiero decir, tienes que estar, **porque yo no estoy muy muy pendiente**, sabes, me **tienes** que estar llamando, me, que **no soy yo el que llama**

E: Y ¿ella se quejaba de eso?

I: Sí, mucho mucho, **pero es que son 4 años con lo mismo, sabes, si estás conmigo es porque sabes que soy así**, entonces eso, tantas discusio...no tantas discusiones porque yo

⁵³ Con una madre exministra, un hermano profesor de universidad en EEUU, y varias generaciones de arquitectos en su familia

⁵⁴ Como no podía ser de otra manera, el género juega un papel fundamental durante la interacción, y en este caso la situación de la entrevista y el tema de la misma propician que el entrevistado despliegue lo que parecen sus «armas» para resultar atractivo, que pasan precisamente por mantener la complejidad y la ambigüedad en el discurso tal como hace con las mujeres con las que tiene relaciones afectivas en su vida.

estaba muy bien con ella, pero estalló por un lado la situación, **dejó de tirar de mí, yo no tiraba y pues cada uno por un lado, sabes.** (E12: IGNACIO)

De nuevo vemos un ejemplo del trabajo femenino en la relación de pareja y de falta de implicación explícita por parte del hombre. Es frecuente además que este tipo de situaciones se interpreten en términos de personalidades. No se ve la dominación, no se ve la asimetría de poder, y las dinámicas de género quedan neutralizadas. En el caso anterior simplemente hay una definición de él mismo por parte del entrevistado como persona más bien "pasota" en lo que se refiere a los asuntos amorosos, que además parece remitir a una característica inmutable: "yo soy así". Parece que, para poder mantener una relación, es necesario, en sus términos, que su pareja "tire de él". Y esto es lo que hizo su expareja durante esos cuatro años. Sin embargo, el planteamiento por parte de ella de sus frustraciones al respecto propician agobio e incomodidad. De nuevo vemos aparecer una imposición de los términos de la relación, un "esto es lo que hay" que parece innegociable porque se basa en la afirmación de su identidad: "si estás conmigo es porque sabes que soy así". De hecho, aquí vemos un ejemplo de cómo el trabajo de las mujeres en las relaciones puede convertirse en el único sustento para las mismas ante la falta de implicación de sus parejas. Tras cuatro años, cuando ella dejó de "tirar", la relación se terminó.

5.2 Estrategias de cautela ante el miedo al sufrimiento amoroso

Hasta aquí hemos explorado el "ethos comunicativo" en las relaciones de pareja contemporáneas, y los datos empíricos nos han permitido introducir complejidad en la idea de Giddens sobre el amor confluyente. Como ya adelantamos, Hochschild (2008) considera que el ideal de la comunicación emocional se ha convertido en una prescripción inserta en una cultura del amor que contiene exigencias contradictorias: Por un lado, insta a establecer relaciones basadas en una intimidad fuerte, satisfactorias sexualmente, divertidas y muy comunicativas. Por otra parte, advierte del peligro de comprometerse por completo. Según Hochschild, ésta es precisamente la "paradoja occidental moderna del amor" (2008: 183). Tal como la propia autora explica, ni el temor a la pérdida ni por supuesto la propia pérdida son fenómenos contemporáneos. Lo que sí supone una novedad, según Hochschild, es que el miedo y la incertidumbre, y por lo tanto, cierta exigencia de precaución con

respecto a los propios vínculos formen parte de los marcos de sentido colectivos con los que se interpreta el amor en las sociedades contemporáneas.

Este argumento se ve reflejado en los discursos de los y las participantes en esta investigación. Incluso entre quienes tienen pareja, existe un diagnóstico nostálgico muy extendido sobre la fragilidad de los vínculos contemporáneos y su empeoramiento con respecto al pasado. Recordemos a este respecto un fragmento significativo del relato de una entrevistada que vimos en el capítulo anterior:

Creo que también el amor entre la gente **era más incondicional**. Es decir: nos casamos y nos casamos para siempre y superamos los problemas juntos, **y no nos separamos en cuanto vienen mal dadas**. O sea, evidentemente, eso no se debe llevar al extremo, pero creo que **ahora hemos perdido un poco eso: cuando hay problemas ¡Hasta luego, Lucas! Creo que...que falta un poco el compromiso a largo plazo**. (E18: SOFÍA)

Aquí se pone de manifiesto una valoración normativa de la manera en que los jóvenes nos relacionamos en las sociedades contemporáneas caracterizada por una visión bastante crítica que apunta hacia un cierto exceso de individualismo: cuando hay problemas, en el momento en que algo no va del todo bien, abandonamos con facilidad. La propia entrevistada parece aplicarse esta idea: "hemos perdido" esa especie de virtud que consiste en no abandonar el proyecto que se ha iniciado y en priorizar el vínculo sobre el propio bienestar. Lo que estos discursos críticos tan extendidos ponen de manifiesto es un cambio en lo que Merton (1992: 280) denomina las "duraciones esperadas socialmente". Con este concepto, Merton recoge la tradición durkheimiana del análisis del tiempo como categoría construida socialmente, poniendo el énfasis en las expectativas, en ciertas "anticipaciones prescritas socialmente o estereotipadas de alguna u otra manera" (1992: 281). Existen diferentes tipos de duraciones esperadas socialmente, que varían en sus grados de institucionalización. La anticipación sobre el tiempo de las relaciones pertenece a un tipo no codificado oficialmente, que, una vez sancionado el divorcio, no se impone de forma coercitiva sobre los agentes. Por eso mismo, las duraciones esperadas no han de coincidir necesariamente con las duraciones reales, y sin embargo, tal como Merton explica, son consecuencia de la forma en que se producen las relaciones entre las personas y al mismo tiempo, ejercen sus efectos sobre ellas. Es decir, las duraciones esperadas socialmente producen tendencias en las formas en que nos relacionamos. El propio Merton señala varios interrogantes abiertos sobre este concepto, algunos de ellos muy relevantes para el análisis de los vínculos amorosos. Por ejemplo, es necesario plantearse si esas duraciones se viven de forma simétrica por las partes implicadas. Con

respecto a esto, veremos que la anticipación de las posibles actuaciones del otro-otra tienen consecuencias sobre el propio comportamiento. Sin embargo, lo que los discursos que hemos ilustrado con el ejemplo de Sofía ponen de manifiesto es que más allá de la incertidumbre sobre la conducta de la pareja o la potencial pareja, existe un diagnóstico generalizado sobre la juventud contemporánea, que se pone de manifiesto en el uso muy extendido de la primera persona del plural cuando se trata de evaluar la situación por parte de las personas entrevistadas. Hay un “nosotros” que implica, “nosotros, jóvenes, ya no nos relacionamos como antes”. Más allá de si este diagnóstico es acertado, o de si realmente se ha producido un cambio sustantivo con respecto al comportamiento de generaciones anteriores, aquí nos interesa explorar cuáles son las estrategias que se ponen en marcha para lidiar con esta situación, es decir, cuáles son las consecuencias de unas duraciones esperadas socialmente marcadas por cierta incertidumbre que van de la mano, sin embargo, del anhelo nostálgico de relaciones “como las de antes”. En el análisis de esas estrategias, es necesario tener en cuenta que a la situación descrita se une una importante presión social para la estabilización biográfica, presión que experimentan fundamentalmente las mujeres:

R: Antes de estar con este chico, con el de los cuatro meses. Eh... porque me pilló la época bf no sé, que me entró una paranoia en la cabeza también, es que... bueno, he tenido problemas con ansiedad, y... y me pilló en una época que estaba muy agobiada y **me agobiaba muchísimo la idea de.. se acercan los 30 eh.. mis amigas, las de toda la vida, están teniendo hijos, otras se están casando y creo que yo... se me va a pasar el arroz** (...) el hecho de... **No encontrar a nadie, no formalizar nada** eh... te empiezan a decir algunas amigas tuyas pues ya va siendo hora porque vas a hacer treinta, el que tengas un niño. (E31: RAQUEL)

Este fragmento ilustra la vivencia de la barrera biográfica de los 30 años, que aparece en un número muy elevado de entrevistas. Entre las mujeres, tal barrera tiene que ver con un hito en una manera concreta de entender la feminidad: la maternidad. A los 30, una ya tiene que darse prisa por “formalizar” algo. Es decir, hay una demanda de abandonar las relaciones esporádicas y sin compromiso para establecer relaciones “serias”. Sólo así se puede garantizar que “no se pase el arroz”. Cuando esto no sucede, y, tal como explica la entrevistada, no se “encuentra” a nadie, no es extraño sentir agobio y observarse a una misma en falta por comparación con las mujeres del propio entorno que sí logran satisfacer las demandas del “calendario social de los vínculos”. En otras ocasiones, la precariedad amorosa se combina además con otras precariedades para generar un sentido de incertidumbre más

general:

T: Cumpló los 30 en mayo y estoy acojonadito perdido, pero bueno. Sobre todo porque bueno, de pequeño siempre yo me imaginaba con 30 años ya con hijos y casado y un piso propio y no tengo ni hijos, ni piso propio, ni casado ni leches, o sea que, es un poco como que... (E11: TOMÁS)

En este fragmento vemos como de nuevo aparece la barrera biográfica de los 30 años como símbolo de la vida adulta, ahora manifestando un rol diferente, el papel masculino del “cabeza de familia”. La realidad ha confrontado a Tomás con una situación muy alejada de este papel. No está casado, ni tiene hijos, ni casa propia. No tiene además trabajo y ha vuelto a casa de su madre -después de compartir un piso de alquiler durante varios años- mientras decide si se marcha a Inglaterra a trabajar y deja en Madrid a la chica con la que “sale” hace varios meses. Tanto Raquel como Tomás son jóvenes de clases populares que sin embargo, se mueven en círculos de amistades que incluyen universitarios e hijos de familias de clase media. Este es probablemente, uno de los factores que provocan que sus estilos de vida y sus calendario no se ajusten a las prácticas de emparejamiento más precoces de los jóvenes sin estudios universitarios⁵⁵ Sin embargo, tal como hemos visto, si bien sus situaciones no se corresponden a esa mayor precocidad, sus discursos expresan la demanda social generalizada hacia el emparejamiento y la formación de una familia, demanda de la que no están exentos los jóvenes -ni por supuesto las jóvenes-, universitarios y de clases medias.

Fijar como objetivo la comprensión de las estrategias de los y las jóvenes para lidiar con esa sensación de fragilización y contingencia de los vínculos a la vez que experimentan el anhelo de construir relaciones estables y una importante demanda social hacia la estabilización, no implica, tal como el uso de la noción de estrategias podría en principio sugerir, asumir una visión ligada a la teoría de la acción racional, que considera que los actores se mueven en función de cálculos sobre costes y beneficios. Más bien entendemos la estrategia de una forma cercana a la que plantea Bourdieu (1996). El concepto de estrategia en Bourdieu supone un modo de analizar las razones prácticas en contraposición con la razón teórica. El análisis debe abordar las razones de los agentes en sus situaciones cotidianas, ligadas a sus posiciones sociales y a su historia, razones que son diferentes a la razón teórica que los investigadores aplican a esas prácticas. En Bourdieu la idea de estrategia es un punto de ruptura con la dicotomía entre objetivismo y subjetivismo, ya que no implica estructuras

⁵⁵ La edad mediana a la primera unión –matrimonio o cohabitación- está en torno a los 25 y 26 años para los jóvenes españoles con estudios medios no universitarios, como vimos en el capítulo 3. (Zamora, 2006: 51)

inmutables que se imponen sobre sujetos sin capacidad de agencia ni actores independientes de sus posiciones y de los contextos sociales en los que se mueven. Implica, por el contrario, un sentido práctico, una serie de tendencias a actuar incorporadas que se ponen en práctica de manera "más o menos automática" (1996:70). Es decir, las estrategias no son necesariamente conscientes, lo cual no supone que sean necesariamente inconscientes. De la misma manera, como ya se ha señalado, no son racionales, es decir no responden a una razón universal, sino razonables, porque responden a razones prácticas situadas. Es decir, que sean respuestas prácticas, no necesariamente conscientes y reflexionadas, no significa que sean respuestas "irracionales". Existe, sin embargo, un aspecto de este sentido práctico que Bourdieu no ha atendido suficientemente. Nos referimos a su componente emocional. De alguna manera, la idea de habitus como sistema de disposiciones que produce ese sentido práctico lleva las emociones implícitas. Así lo sugieren, al menos, los afectos positivos y negativos que constituyen el gusto, ampliamente analizado en *La distinción*. El habitus genera tendencias a actuar, pero también a pensar y a evaluar, y esas evaluaciones no están exentas de implicación afectiva. Sin embargo, creemos que la obra de Bourdieu no lidia en profundidad con la dimensión emocional de las prácticas. Hochschild (2008), como hemos visto, considera que esto es un problema común de la teoría sociológica, y se encarga de enfatizar la falsedad de la dicotomía razón/emoción. En el análisis de las estrategias que nos proponemos, tendremos por lo tanto en cuenta que se trata de estrategias prácticas razonables y emocionales al mismo tiempo: tratan en gran medida de responder a emociones (el propio miedo a la pérdida y al sufrimiento amoroso), llevan las emociones implícitas y en ocasiones, como veremos, también suponen la elaboración de las emociones propias buscando su ajuste a ciertas normatividades del sentimiento.

Como punto de partida, vemos que existen discursos que ponen de manifiesto cierta interiorización de esa exigencia de cautela en la experiencia del amor de la que nos hablaba Hochschild (2008), puestos en práctica fundamentalmente por las personas que o bien no tienen una relación de pareja en el momento de la entrevista o bien se encuentran en una primera fase precaria de la misma:

Cuando he tenido algo de trabajo, de irme a otro sitio a estudiar o de tal cual, nunca he pensado que a la otra persona que se queda le puede... o sea no, igual lo veo porque **pienso pues una relación pue durar más, menos o igual esta va a durar para siempre, pero si yo hoy por hoy, que estoy conociendo a alguien, me ofrecen la oportunidad de irme a trabajar a Estados Unidos un año, pues me iría**. Entonces no haría el sacrificio de, igual no

mejorar en... Otros sacrificios pues igual sí que los haces, pero por ejemplo en el trabajo no. (E22: BLANCA)

He aprendido que hay que **mantener espacios fuera de la pareja** siempre, he aprendido que eso es fundamental. Esa es la más importante que he sacao (riendo) yo de las relaciones. Que hay que mantener tus espacios y hay que mantener tu espacio personal también y, y tus, las cosas que te gustan... No perderte nunca **porque las pasas putas luego**. No perder nunca lo que eres, lo que te gusta, eh.. no dejar de hacerlo, o sea, mantener tu espacio es lo que (...) Eso es importantísimo. Espacios de cada uno, salir con los amigos de cada uno... No hacerlo todo juntos, no hacerlo todo juntos. Porque luego cuando, si acaso por ejemplo, **si acaso lo dejáis como es el caso lo vas a tener mucho mejor**. Te va a costar mucho menos vaya. (E8: DANI)

Ambas citas ponen de manifiesto una idea similar: dado que hoy en día no tenemos certeza de que las relaciones de pareja vayan a ser duraderas, lo mejor que puede hacerse es preservar los propios planes individuales, los amigos, las aficiones etc. No sabemos hasta qué punto las prácticas concretas de ambos entrevistados se ajustan a estas precauciones, pero lo que sí dejan ver sus discursos es la legitimidad de la cautela. Beatriz lo ilustra con un ejemplo: en el momento de la entrevista está conociendo a una persona –con quien, en sus términos, se “ha enrollado” varias veces-. Sin embargo, si tuviese la oportunidad de mejorar profesionalmente marchándose un tiempo fuera de España, lo haría. Según su relato, este es el criterio que siempre ha tenido y el que mantiene. Licenciada en física y programadora de profesión, esta entrevistada representa una trayectoria social ascendente de las clases medias españolas a través del capital escolar universitario, y en su discurso se pone de manifiesto la legitimidad de esa prioridad por la profesión de estos sectores. Blanca está apelando a un comportamiento normativo en las primeras fases de una relación para este grupo de mujeres: como se trata de un periodo ambiguo, no es deseable “invertir” demasiado en algo que no se sabe si tendrá futuro, hipotecando otras decisiones biográficas importantes. Por su parte, Dani expresa una especie de “lección” otorgada por la experiencia pasada: cuando uno se implica en una relación, debe mantener su independencia en diferentes ámbitos de la experiencia (amigos, aficiones...) como forma de prevenir el potencial sufrimiento amoroso. Lo especialmente significativo de estos argumentos, ambos referidos a expectativas, es el hecho de que no parecen responder a una disposición de desapego individualista respecto al amor y la pareja, sino a la protección frente a la presencia de la amenaza de la incertidumbre. Nos interesa indagar, entonces, en las estrategias prácticas frente a esta sensación de riesgo en las vivencias amorosas.

a) La disciplina emocional

En el fragmento que sigue, perteneciente a la entrevista con Sandra, vemos a la entrevistada lidiar con la situación de indefinición del propio vínculo de pareja:

S: **Es como que veo todo mi futuro en él, ¿sabes? es como que... pa mí lo es todo y... entonces, cualquier cosita que diga... ahí, ya lo puede estropear todo ¿sabes? Entonces hay que ir despacio ¿sabes?, con pies de plomo ¿sabes? para que las cosas no nos salgan mal (...).** Yo ej que, me gustaría de verdad tenerle de frente y decirle, oye mira, siento esto por ti, **dime sí o no porque yo ya no puedo vivir así,** porque yo me estoy volviendo loca vamos. **Llevo dos años así.** Lo que me da miedo es... tenerle de frente y saber si me van a salir las palabras. (...) Lo tengo que hacer ya. Porque es una cosa que a mi no me deja vivir, que... por lo menos que sepa que él no me quiere o que no siente nada por mí y que yo haga mi vida ya ¿sabes? Porque **todo lo estoy dejando por él, todo, todo, todo lo estoy atrasando** por él.

E: ¿El qué? por ejemplo, ¿qué cosas?

S: Mis relaciones de... con los chicos. Yo me podía haber liao con un montón de chicos ya, y no me he liao con ninguno porque ninguno me llena como él, ¿me entiendes? pero **yo también necesito ya a mis 25 años, hacerme mi vida,** ¿me entiendes? o sea,

E: A ti te gustaría tener una pareja estable ya

S: (Interrumpiendo) Sí, claro, claro, claro, claro. (E28: SANDRA)

Según Kauffman (1993), en las últimas décadas el modelo de emparejamiento progresivo y paso a paso ha tendido a generalizarse como pauta hegemónica y a extenderse también a las clases populares. A medida que aumentan las perspectivas de movilidad social para determinados sectores de las mismas, estos comienzan a retrasar su calendario de la unión y la formación de sus familias. Sin embargo, los sectores más cercanos a la marginación social, y especialmente las mujeres, continúan aspirando a un matrimonio precoz. Esto es así, según el autor francés, debido a que para estas mujeres el matrimonio y la formación de una familia son aún la principal fuente de identidad social, que les otorga un lugar en el mundo, lugar además valorado, legítimo, y sancionado a través de una ceremonia codificada como es el rito matrimonial. Este parece ser precisamente el caso de Sandra. En el capítulo anterior hemos explicado por qué su situación es especialmente vulnerable. Sin estudios superiores, en paro y con una familia de origen marcada por un padre violento, parece depositar enormes esperanzas en el establecimiento de una relación de pareja "salvadora". Así, es comprensible que el hombre que menciona en su relato sea "todo" para ella, que vea su "futuro en él". Tal como explica, siente que sus 25

años son una edad en la que el tiempo apremia, no se puede ya "atrasar todo" como lo está haciendo, y es necesario que una se "haga su vida" encontrando a un hombre que otorgue esa posibilidad. En el momento de la entrevista mantiene una relación esporádica con un joven desde hace dos años, pero a intervalos temporales condicionados por los internamientos de él en un centro de desintoxicación para drogodependientes.

En el fragmento anterior vemos como la incertidumbre por la indefinición de la relación con este hombre se conjuga con ese anhelo tan fuerte por formar una pareja estable. Sin embargo, Sandra apela a la cautela porque, de alguna manera, parece ser consciente de ese "agobio" masculino que analizábamos en un apartado anterior. Por eso, cree que es necesario ir "con pies de plomo" para no estropear las cosas. Ese cuidado consiste finalmente en no expresar el deseo: a pesar de las ganas de estar emparejada, parece que hasta ahora, el miedo a "espantar" al hombre expresando lo que una siente y quiere, provoca que se elija mantener la ambigüedad antes que una opción que podría implicar perderlo todo, y ello pese a la dificultad emocional que esa postura implica: "volverse loca", por algo que "no me deja vivir". Esta cautela a la hora de expresar los sentimientos y los deseos aparece, de nuevo ante la ambivalencia de una relación en sus primeros pasos, en el relato de Soraya:

S: Sí. No, a mí me gustaría decirle lo que siento, porque sí, somos amigos, lo hemos hablao... él de hecho me ha dicho "es que tenemos que acabar de hacer estas cosas, lo de liarnos, porque luego uno se va a enamorar, no sé qué", me dice "puedes ser tú o puedo ser yo", yo creo que a él también está rondándole por la cabeza eso, porque si no no me lo diría, me lo ha dicho ya como tres veces. **Y yo le digo, bueno, como quitándole importancia, pero yo en el fondo también pienso lo mismo. Yo me hago como la fuerte**, en el fondo no... Y claro, yo lo que le digo es, "y si nos enamoramos ¿qué pasa?, no pasa na.." y me dice, "no"... Entonces yo algún día se lo tengo que decir. Tengo que hablar claramente, poner las cartas sobre la mesa y decirle "mira, esto es lo que siento" (...) Y, bueno yo qué sé, yo le llamo, le digo de quedar y siempre quedamos, o al revés, ¿no? si una persona no... no le agradara, bueno además que... sí, **el otro día me dijo que... le gustaba mucho mi compañía y que compaginábamos bien o nos compenetrábamos no sé qué me dijo, yo cambié de tema porque me puse nerviosa (ríe)** (E27: SORAYA)

De nuevo, vemos cómo la entrevistada no se atreve a comunicar lo que quiere por miedo a que las cosas no vayan como ella espera, e incluso, prefiere evitar las situaciones que impliquen una conversación sobre la definición del vínculo. Y también de nuevo se apela a un aprendizaje que tiene que ver con la experiencia pasada:

Incluso con Samuel fui impulsiva al casarme... a los 9 meses que llevábamos, eso si no es ser impulsivo... Pero ahora con este chico, no. Lo estoy haciendo más despacio, porque **si hubiera sido hace unos años, en cuanto nos liáramos tres veces le habría dicho... le habría expresao mis sentimientos.** Le habría dicho pues algo similar ¿no? De vamos a ser novios, lo que sea. Pero ahora no. **Voy más calmada, más... sin precipitarme, si total, no sirve de nada.** Y he aprendido que no me sirve de nada, ahora voy a hacer lo contrario. Si no me sirve pues ya me hago monja o lo que sea (ríen ambas). Que no va a ser pero... (E27: SORAYA)

En el fragmento anterior la entrevistada explica cómo, tras una experiencia negativa, está decidida a no ser impulsiva de nuevo. Esta nueva actitud consiste en contener la expresión de sus sentimientos ante el miedo a la pérdida. "Abrirse" rápidamente ha resultado un fiasco en el pasado, así que es mejor probar una estrategia diferente, que pasa de nuevo por no "espantar" al hombre poniendo de manifiesto los propios sentimientos demasiado rápido.

Según Hochschild, el "trabajo emocional" para modular lo que sentimos y adaptarlo a las "reglas del sentimiento" puede tener un nivel superficial –"surface acting"–, que tiene que ver con la presentación ante el otro, y un nivel profundo –"deep acting"–, que provoca la elaboración de la emoción en sí misma (Hochschild, 1983: 36). En este caso, Soraya intenta adaptar la imagen sobre sus propios sentimientos a un ritmo que no suponga un peligro ante el otro, como veíamos también a propósito de los "pies de plomo" de Sandra. Por eso, en sus propias palabras, se "hace la fuerte" delante del hombre con el que sale, para que no crea que su relación con él tiene tanta importancia para ella. En principio, parece que estamos ante un tipo de trabajo emocional superficial que consiste en no exponerse demasiado. Pero Soraya, al igual que numerosas mujeres en esta investigación, parece también implicada por mostrar ante la entrevistadora, y finalmente ante sí misma, una imagen de mujer independiente y que sabe estar sola, de alguna manera, por lo tanto, intentado moderar sus propias emociones:

E: ¿Entonces a ti sí que te gustaría tener una relación con este chico?

S: **Hombre es que lo de decir, decir eso de tener una relación me parece serio. Pero sí, en el fondo es lo que quiero.** Lo que pasa es que como he salido de... de esto, no me gusta decir, te gustaría, o sea, me gustaría ser su **novia** o tener una **relación**, aunque en el fondo es eso, pero es que **no me gustan esas palabras ya** (ríe). (E27: SORAYA)

S: **Yo he estao épocas solteras y he estao muy bien eh (...)** Mmmm incluso me gusta más estar soltera eh, que con pareja. Porque luego... pues me vienen los problemas como con Samuel y tal, por eso a lo mejor me cuesta más decirle al chico este las cosas por si luego empieza a estropearse la relación o lo que sea... (E27: SORAYA)

A pesar de que en varias ocasiones explica que “en el fondo” lo que quiere es tener una relación estable con el chico con el que sale, Soraya también se preocupa por dejar claro que es perfectamente capaz de vivir soltera, y que no le gustan las palabras como “novios” o “relación”, en definitiva, los términos que llevan implícito un mayor grado de compromiso con el otro. En el último fragmento aparece de nuevo el miedo ante el sufrimiento amoroso que inhibe la acción (“luego me vienen los problemas”), poniendo de manifiesto que más que no querer una relación, lo que no quiere la entrevistada es que su relación potencial salga mal.

De nuevo, vemos que lejos de expresar una actitud de cinismo o desinterés hacia las relaciones de pareja, las estrategias de cautela responden a la centralidad que tienen las mismas en las biografías de los jóvenes. Parece que tanto Sandra como Soraya, ante el temor a repetir frustraciones pasadas y cierto miedo a provocar el agobio en el otro, prefieren mantener una situación de ambivalencia en la que prima la ilusión, a expresar deseos y sentimientos que puedan “ahuyentar al hombre” o desemboquen en una relación estable y real que pueda estropearse. Y esa situación se combina en ocasiones con el esfuerzo subjetivo por entenderse a una misma como una mujer independiente, que sabe estar sola y que, en principio, no quiere compromisos. Una presentación del yo similar aparece en un número elevado de mujeres entrevistadas:

R: Eh, al principio... mi novio era una persona que nunca... Bueno es que nunca ha tenido una relación seria. Tuvo novias cuando tenía 20 años, pero bueno bff. Y se ha dedicado todos estos años a vivir la vida. **Entonces al principio de empezar la relación ha sido un poco difícil, encaminarla con él**, porque no está acostumbrado. No estaba acostumbrado y era como un poco, que sí que no, no sé lo que quiero, no sé si estoy preparado para una relación... (...)

E: Y tú sí que querías... ¿tú sí que lo tenías más claro desde el principio o no?

R: **No, tampoco, si ya te digo que no quería... nada**, lo que pasa es que yo qué sé, te das cuenta de que... el chico te gusta y quizás pues sí, **le quieres dar una oportunidad...** Pero él está que bff no, que no sé qué... (E31: RAQUEL)

En este fragmento, la presentación de la mujer moderna y que prefiere la soltería queda

patente en un discurso que muestra ciertas contradicciones. En el relato sobre los comienzos de la relación con su actual pareja, Raquel explica que “fue un poco difícil *encaminarla* con él” precisamente porque parece que no estaba muy convencido de querer una relación estable. El hecho de que la entrevistada se adjudique esa tarea pone de manifiesto la actitud activa de ella, la asunción del trabajo que implicaba conseguir que la relación entre ellos siguiese adelante. En su discurso, a pesar de que ella tampoco “quería nada”, pensó que podía “darle una oportunidad”, colocando ahora ese papel activo en el otro. Los discursos de las entrevistadas en este sentido muestran que hay una reticencia importante por parte de muchas mujeres a expresar un deseo de mantener relaciones estables, como si ante otra mujer de su generación se sintiesen, por momentos, en la necesidad de mostrar tranquilidad al respecto y de alejarse del estereotipo de la mujer “desesperada” que quiere una pareja a cualquier precio.

b) La concatenación de emparejamientos

Mónica, otra mujer de clase trabajadora con un pasado amoroso complicado –que incluye una relación de más de quince años y el posterior matrimonio y divorcio con un hombre con problemas de adicciones a las drogas- relata así los comienzos de su relación con su actual marido:

M: Sí, pues nada, le conocí por Internet. Yo cuando me separé (...) era la primera vez que daba un paso fuerte. Y entonces me fui una semana a Tenerife con mi hermana, **y cuando vine pues justo esa semana quedé con él o sea (ríe) aunque suene feo pero... Quedé con este chico para ir al cine, con mi pareja.**

E: **Con la de ahora**

M: **Sí.** Y... quedé para ir al cine sin ningún otro miramiento. Y ya pues... me empecé a sentir viva

E: Lo habías conocido por Internet,

M: Chateando

E: Mientras estabas con el otro con, que dices que el otro...

M: **Sí, lo conocía de hace 6 meses por lo menos porque yo me metí en una página de... pues el “Badoo”(...)**

M: **Y... a los 6 meses nos fuimos a vivir juntos. De conocernos y al año pues me quedé embarazada.**

E: ¿Y tú cuando entrabas en el Badoo y todo eso, tu idea era más pues ligar con chicos o encontrar pareja?

M: **Yo no quería pareja, yo qué coño voy a querer pareja no jodas, yo quería estar ahí tol día liá**

E:* Y entonces por qué crees que...

M: Porque me llenó. Porque me... porque me llenó. (E2g: MÓNICA)

Una parte importante de la entrevista con Mónica se corresponde al relato de su pasada relación con el que hoy es su exmarido, y de todas las situaciones conflictivas que vivió con él. En la cita anterior explica como conoció a su pareja presente a través de una conocida red social de citas en Internet. En la primera parte del fragmento, de nuevo se pone de manifiesto esa necesidad de dejar clara la propia independencia: más que buscar un vínculo estable, quería estar “tol día ahí liá”, es decir, tener relaciones esporádicas con diferentes hombres. Sin embargo, tal como explica, a los seis meses de quedar con su primera cita a través de Internet vivía ya con él, poco después se casaron y al año ella se quedó embarazada. En su relato la entrevistada también explica que en los últimos meses de la relación con su exmarido, después de llevar años “tirando” de la relación, ayudándolo para que dejara las drogas y sintiendo que siempre era ella la que se esforzaba por seguir adelante, abandonó, y mientras él trabajaba, ella, que estaba en paro, pasaba muchas horas en Internet, conociendo otras personas en redes sociales online. De alguna manera, lo que Mónica explica es que, vislumbrando el fin de la relación, comienza a separarse en secreto de él antes de que exista una separación física. Pero, ante la centralidad de la pareja en la biografía (nunca ha estado “soltera” desde los 13-14 años) ese alejarse implica ir acercándose a otros. En el relato de Sandra también encontramos esta especie de “as en la manga”:

S: Él me pedía siempre: “quiero una fecha, quiero una fecha”, y yo decía “joe es que no, es que no estoy preparada, espérate, tal” y al principio pues a mí me ha ido gustando y... e encanta cómo es, su personalidad y todo, ya no, aparte del dinero, es todo o sea. Pero yo pensaba, joer, mira. Sale el otro chico...mmm no quiero que me vea con el otro porque entonces se acabó, no tengo ninguna posibilidad, si el otro chico sale (del centro de desintoxicación) y se entera, porque son más o menos amigos. Se entera de que estoy con el otro, se acabó (...)

Claro, yo no quería perder a este, **yo no quiero perder a este por si acaso el otro me falla (ríe), porque más o menos son con los dos, que tengo elegíos que más o menos, que tengo confianza con ellos pa estar con ellos,** pero yo quería al otro, antes que a este. Entonces yo le he ido alargando la fechas “que no quiero fechas, espérate un poquito, espérate un poquito, espérate un poquito” (E28: SANDRA)

En este caso, con un menor manejo de lo políticamente correcto, Sandra explica la situación de una forma clara: su voluntad es tener una pareja estable, y sabe quién es su elección prioritaria. Pero no quiere alejarse por completo de otro hombre que constituye su segunda opción.

Tal como ya argumentamos en otro apartado, en ocasiones la ambivalencia se utiliza para

mantener situaciones convenientes. Aquí, ante la insistencia de la otra persona por establecer una fecha que defina el comienzo de su relación, la entrevistada prefiere mantener la ambigüedad pidiendo tiempo para constatar si finalmente, cuando el hombre que le gusta salga del centro de desintoxicación en el que está internado, se hace posible una relación estable con él.

En ambas entrevistadas, la pareja ocupa un lugar central en la biografía, un lugar que, como decíamos, confiere identidad y estatus. En el caso de Sandra, ya hemos explicado esta relación subjetiva con el amor, que implica en su caso cierta "promesa de salvación". Mónica, por su parte, ha estado emparejada desde los 13 años y prácticamente ha abandonado el resto de sus relaciones. Estas situaciones hacen comprensible que si las cosas van mal o si existe cierta incertidumbre sobre el propio vínculo, la tendencia sea suplir la inseguridad buscando un reemplazo, alguien que ocupe ese lugar que necesariamente ha de ser ocupado.

Ambos casos ponen de manifiesto que en ocasiones, el emparejamiento parece vivirse como una urgencia, y, ante la incertidumbre, se hace necesario "asegarlo". Para Bauman (2005) el crecimiento en la pauta de las monogamias sucesivas es una manifestación más de la "liquidez" de la segunda modernidad. Según su pesimista diagnóstico del amor contemporáneo, los individuos han perdido su capacidad para establecer relaciones afectivas sólidas. La crisis del amor se materializa en una lógica mercantil en las relaciones, según la cual la propia satisfacción y los propios intereses se conviertan en el motor de los actos y en el centro de las biografías de los individuos modernos. Sin embargo, si analizamos empíricamente las prácticas en el terreno amoroso que, descontextualizadas, podrían aproximarse más a este ethos líquido, observamos que su sentido es más complejo. Más que como una manifestación de la pérdida de importancia del amor frente a los intereses individuales, estas prácticas aparecen más frecuentemente en los contextos en los que el amor es central y el emparejamiento es vivido casi como imprescindible.

Por otra parte, tal como Illouz (2012) explica, la autenticidad de los propios sentimientos se convierte en la guía legítima de las conductas en este terreno cuando otras orientaciones morales pierden importancia. Una manifestación de ello es el hecho de que la descripción de estos cambios de pareja se lleve a cabo sin grandes justificaciones, es decir, asumiendo cierto grado de legitimidad de los mismos. Todo esto parece apuntar a cierta autonomización de la esfera amorosa, ya que las conductas se hacen aceptables en función de los sentimientos que las mueven y no de otras consideraciones.

c) La búsqueda de fórmulas novedosas

Además de la inhibición de los sentimientos ante los hombres y ante una misma y la sustitución rápida de relaciones afectivas ante la "urgencia" del emparejamiento, existen otra serie de estrategias ante la incertidumbre y/o decepción amorosa pasada que se materializan en "experimentos", maneras novedosas de experimentar las relaciones de pareja:

P: No sé, después de la última relación escarmenté, porque... no sé, la tía, se notaba que me quería y tal al principio y... no sé, confié tanto en eso, y ya te digo que como soy así medio, posesivo, es que no... sí, es posesivo también pero, no sé, es otra palabra que no me sale. Eh... bf, cuando vi que eso se iba a pique pues dejé de confiar en... lo que es el amor, ahora mismo estoy en una relación abierta y mira que nunca lo he estado pero precisamente por eso porque ya no...

(...) Me parecía (el amor) el único... tampoco es un absoluto ¿no? pero... el único ideal en el que merecía la pena creer, desde luego que mola pensar que las cosas pueden cambiar políticamente pero el único en el que creía por así decirlo (...)

Me volví un celoso y un posesivo, por eso esta última relación la prefiero, a distancia no, ay coño, abierta. Porque así al menos, como no me exigen un compromiso no lo puedo exigir yo, y entonces todo es más pssshh, ¿sabes?

Y sobre todo, o sea yo lo hago aparte de, porque la tía sea eso⁵⁶, para evitar otra vez caer en lo que sería, la posesividad, o sea, volver a ser posesivo y celoso. Es algo que quiero evitar. O sea no, no... que no exista un compromiso, que sólo haya pasión. Y cuando se acabe, pues se tenga que acabar y así no... volver a caer con todo el equipaje. (...) Yo me encantaría deshacerme de todo eso tradicional, para evitar sufrir y... y sólo haber pasión.
(E6: PABLO)

En este caso, más que ante una sensación de incertidumbre por la ambivalencia de la relación presente, lo que el entrevistado dice sentir es una gran decepción tras comprobar que el "único ideal en el que merecía la pena creer", el amor, también se queda en el terreno de lo utópico. Una decepción que provoca el diagnóstico pesimista de las relaciones de pareja, al menos en su configuración tradicional. De nuevo lo que vemos es una tendencia a actuar presente explicada en parte por el pasado biográfico, en términos del propio entrevistado, un "escarmiento". En este caso, un hombre que parece muy idealizador se enfrenta a una realidad que des-idealiza, la decadencia de una relación de pareja. Para este joven estudiante de filosofía, muy reflexivo y con un estilo de vida bohemio, lo razonable es entonces probar otras fórmulas que eviten decepciones similares, en este caso, una relación abierta en la que no existe compromiso, entendido éste como promesa de fidelidad. Ante el miedo a sufrir de la misma manera, para no "volver a caer con todo el equipaje", es necesario deshacerse de las fórmulas

⁵⁶ Con "eso" el entrevistado se refiere a que ella es bajista en un grupo y, como explica en otro momento de la entrevista, tiene muchas posibilidades de "ligar" con fans.

tradicionales y probar algo más liviano, exclusivamente basado en la pasión y siendo ahora muy consciente de su contingencia. Por otra parte, estas fórmulas se dan no sin cierta auto-responsabilización sobre el fracaso en los vínculos, fuente principal, según Illouz (2012) del sufrimiento amoroso contemporáneo. Para evitar radicalmente lo que cree que es su tendencia a los celos y la posesividad, Pablo considera que lo mejor es establecer relaciones en las que se ataje de raíz esta cuestión: las "relaciones abiertas", donde la premisa de partida es la no exigencia de fidelidad, se convierten en el modo de intentar revertir lo que se considera un problema personal propio que explica la ruptura y decepción anterior. Tal como expresa el entrevistado, si ninguno de los miembros de la pareja puede exigir compromiso, "todo es más pssshh", el vínculo es más liviano, y las precauciones frente al sufrimiento potencial, mayores. En ocasiones, este tipo de estrategias que implican prácticas novedosas aparecen como formas de abordar problemas en una relación en curso:

- E: ¿Me has dicho que estuvisteis cuatro años?
- A: Sí. Ha habido descansos... había descansos, más o menos pero...
- E: ¿Ah, sí?
- A: Sí, en plan un mes, dos meses, era una relación rara
- E: Y ¿Por qué...era rara?
- A: **Todo el mundo nos dijo que éramos raros** pero pues... **rara en cuanto a... no ser celoso**, eso de los descansos que todo el mundo dice, "¡no! es que eso es dejarlo"... Eh... pues a veces era como no, pues **para echarnos de menos o... no sé, para pensar, o para estar sólo**
- (...)
- E: Y los descansos era una idea de los dos o era más iniciativa tuya o suya o cómo era...
- A: De los dos (silencio). Aunque pues, **ella lo necesitaba más**. (Silencio) (...)
- Yo la veía más con la necesidad de que ella porque, pues con la edad que tenía, yo creo que **las mujeres se (titubea) como que llega un momento que dicen vale, ¿es éste o no? o, ¿me voy a vivir con él o no?** entonces como que **necesitaba su tiempo y yo se lo dejaba**. Entonces como que vale sí, ok, estoy de acuerdo en el descanso. Y pues... le decía que, no sé, le daba su tiempo **porque me acuerdo a los tres años un día que lo quería dejar y no sé qué y ya fue cuando hablé lo del descanso** pero porque de repente había dicho: "Es que llevamos tres años y... vivir juntos" y cómo que digo, "Pues eso es la... no sé, quién te dice que... como que esas etapas de relación ¿no? ya llevamos tres, hay que irse a vivir, vamos a tal. Pues... no tenemos por qué cumplirlas", yo decía, no sé. O "¿Tú cómo lo ves o...?" Y por eso surgía. (E10: ALEJANDRO)

En este caso, la idea de probar nuevas fórmulas en la propia relación afectiva responde a un intento por evitar una ruptura. El entrevistado está apelando aquí a esa presión hacia la estabilización biográfica de la que hablábamos al comienzo de este capítulo. Según su interpretación, su expareja se

vio afectada por “eso que les pasa a las mujeres” a partir de los 30 y empezó a plantearse esa estabilización en un momento en que él, debido a su situación de desempleo, no podía dar “ciertos pasos”. Estos pasos, como irse a vivir con ella, constituyen las etapas codificadas socialmente como el curso “natural” de una pareja, y ella los reclamaba, a pesar de los intentos por parte de Alejandro de introducir cierta crítica y un modo de pensar alternativo. Ante esta situación, lo que le queda para evitar una posible ruptura es introducir alguna novedad en la relación en forma de “descansos”, de periodos de separación que les permitieran echarse de menos, estar solos y pensar.

Los casos de Alejandro y Pablo ponen de manifiesto que las fórmulas acordadas entre ambos miembros de la pareja y que se separan del modelo monógamo y estable tradicional son en ocasiones una consecuencia del sentimiento de fracaso en las propias relaciones pasadas más apegadas a este modelo, de la necesidad de lidiar con la falta de certezas y el miedo al sufrimiento o de la búsqueda de modos de enfrentarse a la amenaza de la separación –de nuevo, más que el síntoma del ethos individualista “líquido”-.

Por otra parte, no en todas las situaciones de desilusión o incertidumbre se hace pensable y practicable el acuerdo de nuevas formas de establecer los propios vínculos amorosos. EL caso de Pablo, llamativo porque es uno de los escasos entrevistados que tienen o han tenido lo que él denomina “relación abierta” de mutuo acuerdo, muestra que este tipo de fórmulas se hacen plausibles en el contexto de cierta crítica hacia el modelo tradicional de pareja y familia –facilitado aquí por el hecho de ser un estudiante de filosofía que se mueve en entornos politizados y cercanos a los movimientos sociales-. De hecho, durante toda la entrevista, Pablo argumenta sobre la artificialidad de las relaciones basadas en un “contrato” como el que supone el matrimonio, una farsa que sólo se mantiene por amistad o intereses económicos y que se opone, en su discurso, al amor que merece la pena, el que se basa exclusivamente en la pasión y el enamoramiento intenso.

Los discursos que hemos analizado en este apartado ponen de manifiesto que existen ciertas “reglas del sentimiento” que instan a los agentes a la cautela y a la protección frente al sufrimiento. Sin embargo, hemos visto que, tal como la propia Hochschild (2003) explica a propósito de las mismas, esta adaptación de los propios sentimientos y de las prácticas para manejarlos varía en diferentes contextos y de acuerdo a diferentes posiciones sociales. Lo que su análisis nos permite es introducir complejidad en las interpretaciones simplistas sobre el individualismo en las relaciones amorosas contemporáneas. Las experiencias de los y las jóvenes parecen mostrar en general, la relajación normativa sobre los

propios proyectos vitales unida a un fuerte anhelo por establecer relaciones sólidas y duraderas.

5.3 La insatisfacción emocional: el “aguante” como disposición de género

Ya hemos visto que, según Giddens (1995), las parejas contemporáneas se caracterizan por generar negociaciones que conducen al entendimiento mutuo sobre lo que constituye un buen vínculo para ambos miembros, generando dinámicas igualitarias y relaciones contingentes que sólo se mantienen mientras producen satisfacción emocional. En contra de esto, hemos visto en este capítulo que las mujeres tienden más frecuentemente a asumir como labor propia la gestión de las emociones en las relaciones y hemos explorado cómo el miedo a la pérdida supone en ocasiones un motor importante para diferentes estrategias que los agentes ponen en práctica en su vida amorosa. Existe un último elemento que permite una crítica feminista a la argumentación de Giddens: en este apartado vamos a analizar cómo, lejos del panorama que dibuja la idea de la relación pura, las relaciones no sólo se sostienen mientras resultan emocionalmente satisfactorias. Muy al contrario, es llamativa la cantidad de mujeres entrevistadas que relatan haber continuado una relación con la que se sentían muy insatisfechas, a veces durante periodos de tiempo muy prolongados y a veces, como veremos, inmersas en claras dinámicas de dominación. En ocasiones, estas situaciones se mantenían en el momento de la entrevista.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué muchas mujeres parecen “empeñarse” en relaciones que, según sus propios relatos, generan niveles muy importantes de sufrimiento? Una primera respuesta tentadora y sencilla a estas preguntas es que, las personas (y, si hacemos caso a nuestro trabajo de campo, especialmente las mujeres) actuamos de una manera irracional ante el amor, movidos por motivos inaccesibles a una explicación lógica, y cuyas dinámicas emocionales son inescrutables, al menos para el sociólogo, siendo en todo caso tarea del psicoanalista. En contra de esta simplificación, recordamos de nuevo la insistencia de Hochschild en la artificialidad de la separación razón/emoción. Para las mujeres entrevistadas, continuar con sus parejas tiene un sentido que se hace comprensible si lo analizamos de acuerdo a sus situaciones y a las emociones que expresan. Lo que nos proponemos en este epígrafe es analizar los motivos que ellas mismas se otorgan para comprender la lógica que se encuentra detrás de los mismos.

Una primera serie dentro de las explicaciones que las mujeres conceden a sus propias experiencias de “aguante” tiene que ver con las características del otro. Aquí entra en juego un

componente de *idealización*: la pareja o expareja tiene unos atributos que hacen que las situaciones de sufrimiento “compensen”.

A: Cuando de repente, pues **se le cruzaba el cable y no quería contacto pues no quería contacto, y yo lo aceptaba ¿no?** Por eso te digo, que **ha sido duro...**

(...) Que **me compensa todo lo que he sufrido**, porque me ha hecho cosas feas también, ¿eh? no te creas..., porque...pues porque **lo que me aporta es infinitamente mayor y mejor**, o sea es que...no...Eh, sería como valorarlo por cantidad o por cualidad ¿no?

E: **¿Y qué es lo que te aporta?** ¿Qué es lo que te aporta estar con él...?

A: Pues yo creo que una especie de...va a sonar raro pero...comparto con él una...**experiencia sagrada de la vida ¿no?**, o sea, como...**somos como dos personas** que aún estando en la ciudad y en medio de todo esto, **siguen...leyendo a Edipo Rey, Medea y viendo películas de Pasolini** y...y estamos convencidos de que en la vida hay algo que es mucho más que la productividad, que...que lo material y que...y que lo racional ¿no? . Eso es lo que me aporta, o sea, la sensación de que hay...**una persona con la que puedo hablar de esto sin sentirme o freak o...o una loca o una ingenua o una idealista** o no sé, yo siempre he tenido esa sensación de no hallarme un poco y...con él sí la tengo, **para mí es como una válvula de escape maravillosa, y además no una válvula de escape maravillosa-evasiva ¿no?** Sino que...que, ya te digo, **gracias a él escribo...lo que escribo, porque me ha exigido un huevo, sé un montón de filosofía, he conseguido...eh, publicar artículos en revistas culturales importantes y...y, sobre todo, crecimiento, crecimiento...** (E16: ADRIANA)

Adriana, cuyo relato ha aparecido en análisis anteriores, utiliza en la narración de su relación actual expresiones como “maltrato”, “ha sido muy duro” o “he sufrido mucho”. Su sufrimiento proviene de los vaivenes de su pareja en cuanto al compromiso con ella (“se le cruzaba el cable y no quería contacto), de sus cambios de humor y de sus infidelidades, que contrastan con la entrega desde la que ella parece haberse tomado su vínculo con él desde los comienzos. En un momento dado de la entrevista, como vemos en el anterior fragmento, la entrevistada se responde espontáneamente a ella misma sobre el porqué de su aguante: a pesar del sufrimiento, cree que estar con su pareja “le compensa” debido a todo lo que le aporta. Y eso que le aporta vemos que tiene que ver con el acceso a un determinado estilo de vida bohemio y burgués al mismo tiempo, de intelectuales de izquierda urbanos y jóvenes que viven cómodamente en el centro de una gran ciudad. Gracias a la cultura pueden compartir una “experiencia sagrada de la vida”. Estar con él le hace tener una imagen de sí misma y de su pareja como personas diferentes, extraordinarias, alejados de “lo material” o de lo mundano. La idealización queda patente en la imagen de su pareja como una “válvula de escape maravillosa” que sin embargo no la aleja del mundo, sino que, a modo de maestro, le hace pensar como piensa y escribir como escribe. ¿En qué consiste esta idealización en términos sociológicos? Parece claro que se trata de

la valoración del capital simbólico que emana de los atributos de clase –especialmente de un determinado tipo y nivel de capital cultural- y de género de su pareja. Lo que Adriana idealiza son rasgos de una posición social precisa: burguesa, aunque reniegue de lo burgués, intelectual, urbana. Y al mismo tiempo, de una masculinidad determinada: capaz, admirable, brillante, independiente y que implica superioridad intelectual sobre sí misma. La situación de dominación que ha vivido Adriana, en la que su pareja ha definido siempre los términos de la relación que ella, implícitamente y a pesar de su sufrimiento, ha aceptado, responde a lo que (Bourdieu, 1999; 2000) entiende como dominación simbólica: una dominación en la que el dominado es cómplice involuntario del dominador, basada en el afecto y la adhesión corporal, que en este caso implican el enamoramiento y el deseo, e inconsciente de las dinámicas estructurales en las que se inscribe.

En el extremo opuesto de la escala social, Sandra, con una trayectoria social dentro de las clases populares, muestra una idealización similar hacia atributos diferentes:

E: ¿ Y por qué crees que seguías con él?

S: Sí... bueno, seguía con él porque para mí era un chico que... Mmm, que **se desenvolvía muy bien en todo** ¿sabes? O sea me gustaba, porque **para mí era el mejor**. O sea era un chico que yo qué sé, lo mismo le daba por hacer esto... Y **todo lo hacía bien**, ¿me entiendes? Era muy lanzao a hacer las cosas y... ¿sabes? No sé, para mi era mu... (ríe), **el chico perfecto**. ¿Sabes? **sabía ponerte un enchufe**, como no sé qué, como... **me gustaba mucho también cómo conducía** que tú vas a decir que es una tontería pero... le encantaba, o sea él quería ser piloto de rally y eso, **él me enseñó a conducir a mí también**. Y yo qué sé, **pa mí era el mejor**, la verdad. Pero su familia, su familia bueno siempre quería que estuviera con otra rumana también. (E28: SANDRA)

En este caso, la entrevistadora es quien induce la pregunta sobre el porqué de mantener una relación con una expareja con la que, en los últimos tiempos, las cosas iban muy mal según la propia entrevistada, quien deja caer, además, algún episodio de agresión física por parte del ex compañero. De nuevo se alude a las características del otro para otorgar una explicación y de nuevo se observa cierta idealización: él era “el mejor”, “el chico perfecto”. Los rasgos valorados desde la posición de Sandra no se corresponden con ese apego a la cultura y a la intelectualidad que mostraba Adriana, y sin embargo, aluden asimismo a rasgos asociados a lo masculino: “se desenvolvía muy bien”, era muy capaz y muy hábil. Aunque sus habilidades tengan menos que ver con la reflexión filosófica y más con la destreza práctica, se trata de un hombre para Silvia admirable y esta admiración tiene claros marcadores de género: su expareja hace bien lo que se supone que los hombres tienen que hacer bien, como conducir o cambiar enchufes. En el capítulo 6 analizamos en profundidad la combinación de los

atributos de género y clase en los discursos sobre las masculinidades y feminidades atractivas. Por ahora, nos interesa señalar cómo la idealización de estos atributos forma parte de las explicaciones de las entrevistadas sobre el aguante de situaciones de dominación o violencia explícita.

Muy relacionadas con estas explicaciones, existe otra serie de ellas que tienen que ver menos con los rasgos que se le atribuyen al compañero y más con el hecho mismo de estar emparejada, con lo que se siente que tener una relación aporta. En ocasiones, la pareja supone una especie de "vía de escape" a través de la que las mujeres consiguen evadirse de realidades en otros ámbitos complicadas, como ya veíamos en el capítulo anterior a propósito de Sandra. Esta misma entrevistada se expresa así:

Al último, al de los nueve meses. **Como que le cogí más, como que me agarré a él como un clavo ardiendo ¿me entiendes? Que dije, necesito... una salida. Necesito alguien que... (...)**

Tenía este chico al lao que bueno más o menos au... te hace feliz, **sólo verle y estar con él pues ya eres feliz**. Y de repente te quedas sin trabajo, te quedas sin casa, te quedas sin él, **vuelves otra vez a todo el infierno que era antes por así decirlo** y... y encima pues te vienen problemas que... más o menos te los has buscao entre comillas porque... ¿me entiendes? (Se refiere a un reciente aborto) **Sin ilusiones, porque antes tenías una ilusión, ahora ya... como que vacía ¿no? como que triste, que ya, no sé... No tienes esas ganas de vivir que tenías antes.**

Es otra cosa como diciendo **vale y ahora estoy contigo pero y si el día de mañana te vas, yo vuelvo a la misma mierda de siempre** ¿me entiendes?. Es como un poco... **como si lo viera en ellos una salida** ¿sabes? ¿Me entiendes?

E: ¿Y a qué te refieres con lo de un salida?

S: **Pues una salida de... pa pensar en él, pa distraerme, pa pensar en otras cosas, pa hacer otras cosas diferentes... que no tenga que estar tol día en mi casa pen... que mi casa es como un recuerdo siempre de todo** ¿sabes? **De todo, estás continuamente en eso.**

E: Claro

S: Entonces como que... **que te lleve a otro mundo** ¿sabes? A otro sitio. **Pero claro, sabes que si se acaba eso se acabó todo.** (E28: SANDRA)

Esta cita ilustra de manera significativa esa vía de escape a la que hemos aludido. En el relato de Sandra, la expareja de la que habla en este fragmento –que no es la que aparecía en el fragmento inmediatamente anterior tomado de su entrevista-, es "un bruto" con tendencia a la agresividad y con el que discutía a menudo. A pesar de ello, tal como vemos, lo describe como su principal fuente de ilusión: "sólo verle y estar con él pues ya eres feliz". Ella misma identifica esa "salida" que encuentra en los hombres: una salida evasiva, que le permite alejarse mentalmente de una situación complicada: un

hogar familiar marcado por un padre alcohólico y violento con el que ha tenido muchos enfrentamientos en el pasado, hogar al que se ha visto obligada a regresar al verse en paro. La pareja otorga en este caso la posibilidad de salir físicamente pero también mentalmente de un entorno problemático, aunque paradójicamente, le conduzca a otro igualmente conflictivo. El amor, aunque sea en sus idealizaciones, es capaz de "llevarla a otro mundo" y por eso se convierte en el anhelo principal, en la promesa de salvación. Cuando se materializa en una relación de pareja, siempre acecha el miedo a la pérdida, porque "si el día de mañana te vas, yo vuelvo a la misma mierda de siempre". La pareja es la única fuente de felicidad: "sabes que si se acaba eso se acabó todo". Desde esta situación, adquiere lógica el hecho de hacer todo lo que sea por mantener la relación, aún a costa de una misma, y evitar el conflicto por todos los medios:

Él se cogía su coche y se iba, como él tenía el poder de... de decirte "te dejo aquí", a veces te dejaba tirada en medio de un pueblo o en medio de la carretera o donde fuera... Pues esto que discutes y como que, no es que tú quieras seguir sino que **quieres arreglarlo en el momento y ves que no se arregla** y... todo sigue y... **tú te empiezas a poner nerviosa porque no quieres estar en tu casa, estás nerviosa, quieres estar con él, él se ha ido, tú te has quedao sola ahí, con tus padres, te empiezas a agobiar a agobiar y... y te dan esos ataques** (ataques de pánico-ansiedad). (E28: SANDRA)

Ante los enfrentamientos, las discusiones o los desplantes por parte del otro, cuando la pareja se ve como la salida y como el único motor de una ilusión necesaria, el enfado o la toma de posición son sustituidos por la necesidad de reparar rápidamente el agravio, "arreglar las cosas" pasando por encima de los propios sentimientos con tal de evitar la tan temida pérdida. En situaciones de especial vulnerabilidad, como las que viven algunas mujeres de clases populares, es más probable que se experimente la pareja como esa vía de escape frente a los problemas. Este es el caso también de Mónica, que define su infancia y su juventud como "feliz pero dura" por la mala situación económica de la familia, con varias personas dependientes en casa, hecho que le obligó a ser "adulta antes de tiempo". En su pareja encontraba, según ella, la alegría que contrastaba con toda esta seriedad:

Desde el principio **era como una droga**, o sea era como... **Aunque me tratara mal, necesitaba... necesitaba...** Dependía de, o sea, dependiente de él total (...), necesitaba estar cerca de él, necesitaba... **Me hacía reír**. Era una persona que me hacía reír. Me enamoré de él porque me hacía reír. Entonces... era un payaso (ríe). Entonces... **Necesitaba estar cerca de él y... que me pegara de una manera u otra su alegría ¿sabes?** (E29: MÓNICA)

De nuevo vemos la pareja sentida como una salida necesaria, un apoyo y una forma de evasión que no se encuentra en otros ámbitos de la experiencia que no parecen concentrar tantas ilusiones. Es significativo que Mónica defina su vínculo con su exmarido como una droga, algo que engancha y te hace volver siempre a pesar del daño que provoca. Esta metáfora ilustra muy bien la situación de mujeres como ellas, que viven ciertas relaciones como una necesidad de la que son incapaces de desprenderse a pesar del sufrimiento.

Existen otros elementos dentro de lo que las mujeres sienten que estar en pareja les otorga más allá de esta "vía de escape". En ocasiones, éstos tienen que ver con la propia *identidad*, y con el lugar que sentimos que ocupamos en el mundo. Para algunas mujeres abandonar una pareja no supone simplemente abandonar a una persona, sino una especie de "estatus alcanzado", el sentimiento de ser una mujer adulta, que *ya* ha logrado lo que, como hemos visto, supone la expectativa en cuanto a la biografía amorosa de la mayor parte de las personas: una pareja estable con la que formar una familia. Como vimos en el capítulo anterior, esto es precisamente a lo que apela Sandra cuando se le pregunta qué es lo que le ha causado mayor sufrimiento en su relación con los hombres: haber perdido ese "estatus". El hecho de sentir que, gracias a la pareja, una ya no era una "niña de papá", sino una verdadera adulta con un proyecto propio. La fuerza de la promesa del amor con final feliz implícito en este proyecto queda patente en el hecho de que sea esta pérdida, y no las múltiples situaciones de maltrato, la que Sandra mencione como lo más doloroso de su vida amorosa. En el relato de Lara también aparece la importancia de la pareja como forma de paso a la vida adulta, cuando explica qué le movió a dejar su vida en Madrid para seguir a un hombre hasta una ciudad en el norte de España y por qué no "renunció" a este proyecto y volvió una vez que las cosas empezaron a ir mal con él:

L: "Quería..., **tenía ganas de ser adulta**, vivir sola, independiente..., **tener una pareja de verdad.**" (E25: LARA)

En el relato de esta misma entrevistada aparece otra de las explicaciones al aguante de situaciones de insatisfacción en la pareja: *la creencia en que, con el trabajo propio, las cosas pueden cambiar*. Ya hemos visto en este capítulo cómo parece existir una división de género del trabajo emocional por el que las mujeres tienden a responsabilizarse de la vida emocional de la pareja. En

ocasiones, ese trabajo implica una búsqueda de cambio en el comportamiento del otro bajo la convicción de la propia capacidad para ello:

E: ¿Por qué crees que seguías...?

L: Fue un poco **cabezonería**, porque antes de irme me dijo mi madre: "No te va a salir bien. Jorge no es para ti." Y claro, ya cuando me dijo eso antes de salir de aquí, fue en plan de: "¡No tienes ni puta idea!"(...)

E: ¿Qué era lo que te hacía sentir así tan triste?

L: (Silencio) Supongo que **el haber pensado tal vez que yo podía cambiarle y ver que no había conseguido nada**, o..., o el pensar quizás que él fuera de una manera... Ehh..., igual fue el hecho de..., de **pensar eso, que puedes tener lo que te imaginas, ¿no?, sin...llegar a conocer a esa persona y tal**. Bueno, pues eso, yo me imagino que fue un poco la desilusión y..., la decepción, en plan: "joe, **todo lo que he hecho...y no he hecho nada** (con voz temblorosa)." (E25: LARA)

En este caso, el aguante del que venimos hablando implica una posición muy activa y que busca demostrarse a sí misma y a los demás (representados en la figura de su madre) su capacidad para llevar adelante ese proyecto adulto del que hablaba en otro momento, a pesar de los obstáculos que el comportamiento de la pareja pueda suponer para esos planes: En el relato que Laura construye sobre esta relación ya pasada no hay sumisión, ni una mera esperanza en que las cosas irán mejor con el tiempo, sino un papel protagonista para intentar promover el cambio en la otra persona. Cuando las cosas no van bien en la pareja y la promesa de felicidad que el amor implica parece amenazada, una actitud común en las mujeres es no darse por vencida, y como las heroínas de las novelas románticas, asumir el rol de luchadora que finalmente vencerá. Sin embargo, cuando parece que ya no hay nada que hacer, la decepción se hace aún mayor, porque, tal como expresa Lara, todo lo que se ha hecho no ha implicado cambio alguno y es necesario asumir la propia impotencia sobre el comportamiento o los deseos del otro, como le ocurrió a Blanca:

E: Entonces tú dices que al principio te enfadaste y no quisiste saber nada de él y tal y luego volviste y tal porque... bueno no sé...

B: Porque era gilipollas (ríe). Sí porque no tiene otro sentido

E: Pero tu sabías que él quería volver (a Bélgica con su familia)

B: **Sí, pero yo en vez de ver eso y todas las cosas malas y la mentira y todo eso pues dije, pues tengo X tiempo hasta que se vuelva para convencerle de que se tie que quedar aquí conmigo, de que es mejor esto**. Pero no... no lo conseguí (ríe) (E22: BLANCA)

Ya hemos relatado parte de la historia de esta entrevistada, que tuvo una relación de varios meses con un hombre ignorando que él era casado y tenía dos hijos. En el anterior fragmento, Blanca explica su reacción al enterarse de ello. Consciente de la mentira, asume sin embargo ese papel de “luchadora” y decide que los meses que le quedan en España a su ex pareja hasta volver con su familia son el tiempo que tiene para intentar modificar sus intenciones y conseguir que se quede, “convencerle” de que su vida con ella es mejor que la que tiene en su país de origen y así, de alguna manera “ganar”. La risa y la ironía hacia sí misma son los recursos que le quedan cuando finalmente, su “trabajo” resulta haber sido en vano.

El análisis de las motivaciones de las mujeres para continuar inmersas en relaciones que les provocan insatisfacción y sufrimiento sirve para comprender ciertas disposiciones de género en los modos femeninos de amar en las relaciones heterosexuales. Si bien son explicaciones parciales, elaboradas por ellas mismas y que no pueden dar cuenta de los aspectos más pre-reflexivos de sus posicionamientos, proporcionan indicios de esas inclinaciones a la práctica. Las disposiciones son tendencias a actuar, a sentir y a manejar los propios sentimientos arraigadas en el cuerpo, pre-reflexivas y recurrentes, guiadas por la práctica habitual, acostumbradas, aprendidas biográficamente. Tienen que ver con la historia de los agentes, con sus posiciones sociales de clase y género y se actualizan con la experiencia y en el encuentro con diferentes ámbitos y situaciones sociales. El estudio del amor romántico conduce frecuentemente a la tentación de considerarlo una ideología, una construcción simbólica, que afecta los comportamientos pero que es fundamentalmente fuente de significados y de conceptualizaciones sobre el amor y la pareja. Más allá de esto, hemos visto que diferentes autores explican la aparición del amor romántico como una configuración de relaciones sociales que nace con la modernidad y que implica una manera de concebir pero sobre todo de vivir el matrimonio por amor como un vínculo eterno y sancionado socialmente. Alrededor de ello se ha construido sin duda una potente narrativa sobre el amor y la pareja, cargada de idealizaciones y que sigue siendo objeto hoy en día de explotación por parte de las más diversas industrias culturales. Sus elementos simbólicos han sido analizados en el capítulo anterior como parte de los repertorios culturales con los que los jóvenes dan sentido a su experiencia. Sin embargo, hemos visto que los discursos románticos no son normativos, no se defienden, sino que se cuelan de manera no meditada en los relatos de los entrevistados tanto hombres como mujeres. El discurso sobre el amor mayoritario entre los adultos jóvenes en Madrid es más bien un discurso realista, poco cargado de elementos míticos, consciente de las dificultades de las relaciones y que apela a la importancia del compañerismo y el cariño mutuo como valores fundamentales de los vínculos amorosos a largo plazo. Hemos visto además en este capítulo que las

mujeres jóvenes están especialmente implicadas en generar una imagen de sí mismas coherente con una feminidad moderna e independiente, que no coloca el amor como centro de su existencia. Sin embargo, el análisis sobre el aguante femenino en las relaciones de pareja parece mostrar que el amor romántico, más allá de ideologías, discursos o símbolos, es una disposición de género, práctica y emocional al mismo tiempo, propia de una determinada feminidad. Implica por lo tanto la encarnación de esos modelos simbólicos.

Si desentrañamos la lógica de los motivos por los que las mujeres mantienen relaciones insatisfactorias, y en numerosos casos, generadoras de mucho sufrimiento, encontramos elementos de la construcción romántica del amor. En el empeño en estos vínculos vemos el ideal de un amor que supera obstáculos –el principal de ellos, las propias reticencias del hombre al que hay que “amansar”-, basado en la idealización del amado, con una protagonista femenina que lucha por conseguir un final feliz, generador de vínculos que suponen el centro biográfico de las personas, que nos otorgan nuestra identidad y nuestro lugar en el mundo de un modo en que el resto de parcelas de nuestra vida no puede hacerlo, y que implican la promesa de salvación y de felicidad permanente por la que merece la pena sacrificarse.

Conclusiones

El estudio de las emociones en la experiencia cotidiana del amor y la pareja nos permite concluir varios puntos muy relevantes para la comprensión de la experiencia amorosa de las y los adultos jóvenes y para el debate sobre el alcance de las transformaciones hacia la individualización en la vivencia del amor en las sociedades occidentales contemporáneas.

En primer lugar, el análisis sobre la gestión de las emociones o el trabajo emocional a través de la práctica del “hablar” sobre las relaciones amorosas ha puesto de manifiesto que existe una división de género en esta tarea, frecuentemente asumida por las mujeres. Esto implica una primera problematización al argumento de Giddens sobre la reflexividad contemporánea y su aplicación en la intimidad a las relaciones “confluentes”. La socióloga británica Lois McNay (1999) utiliza el concepto bourdiano de habitus para argumentar que los cambios en las identidades femeninas son más complejos y discontinuos de lo que la idea de la reflexividad identitaria implica. Según esta autora, Giddens reproduce en sus trabajos sobre la modernidad los problemas del último Foucault y de sus

argumentaciones sobre la "estética de la existencia" que implican el énfasis en la capacidad individual de modelación ético-estética del yo. Según McNay, estas argumentaciones ignoran los aspectos más incorporados y arraigados en la vivencia del género, es decir, el "habitus" de género, que, conformando conocimiento sobre el mundo no implica necesariamente conocimiento sobre las dinámicas estructurales que lo propician, y limita por lo tanto esa auto-modelación reflexiva.

Más allá de los análisis sobre la identidad, el argumento sobre la reflexividad aplicado a las relaciones amorosas presenta asimismo problemas, tal como ha puesto de manifiesto el trabajo empírico de esta investigación. Hemos visto que la tendencia a la actitud reflexiva en cuanto a las propias emociones es, más que un rasgo generalizado de los agentes en las sociedades contemporáneas, un tipo de habitus que tiene que ver con posiciones de género y clase. Las mujeres, tal como hemos analizado, están frecuentemente acostumbradas a hablar de sus sentimientos en grupos de amigos o con confidentes, y al mismo tiempo, suelen asumir el trabajo que implican este tipo de conversaciones orientadas a la "gestión" de lo emocional con sus propias parejas. Tal como argumenta Illouz (2009), el ethos logocéntrico de las clases medias parece haberse hegemonizado, afectando también a ciertas prácticas de las mujeres de clases populares, que asumen esa importancia otorgada a la comunicación íntima -fundamentalmente orientada, en su caso, a la resolución de problemas-. Los conceptos de disciplinas cercanas a la psicología invaden sin embargo en mayor medida los discursos de las mujeres universitarias y sus visiones acerca de lo positivo y lo negativo en las relaciones de pareja. Entre los hombres, la división de clase a este respecto es más nítida, ya que el rechazo simbólico hacia la masculinidad más emocional o tendente a la expresión de los sentimientos es una postura claramente tomada por los jóvenes de clases populares, en ocasiones acompañada de un sentimiento de incapacidad para este tipo de comunicación. Coherentemente con esto, las mujeres de su misma posición social o aquéllas que, siendo universitarias, tienen parejas con estudios primarios o secundarios, se quejan en mayor medida de la falta de voluntad o de la incapacidad de sus compañeros para expresarse o atender sus demandas en el ámbito emocional: sus "logros" a este respecto son menores. Por otra parte, con independencia de las posiciones de clase y de los niveles de capital cultural, la reticencia a hablar de determinados temas es una estrategia utilizada por muchos hombres para mantener situaciones que les resultan cómodas en su ambigüedad.

La reflexividad sobre la propia relación y los propios sentimientos no es por lo tanto inexistente, pero no se reparte por igual entre los agentes independientemente de sus características sociales. Más allá de esto, el argumento de Giddens asume que el carácter reflexivo contemporáneo conduce a

negociaciones íntimas generadoras de parejas democráticas e igualitarias. De nuevo, una teoría de la acción disposicional se opone a esta idea. Precisamente porque existen aspectos de nuestras prácticas profundamente arraigados, incorporados y no conscientes, la tendencia a la reflexividad no provoca necesariamente cambios sustanciales en las prácticas o en los modos de relacionarnos ni es en absoluto garantía de igualdad de género en los vínculos amorosos heterosexuales. Los relatos de los entrevistados y entrevistadas han mostrado la persistencia de numerosas situaciones de subordinación de las mujeres en la pareja heterosexual, que van desde la violencia física hasta aspectos más sutiles y más difícilmente reconocibles, manifestaciones de "dominación simbólica" (Bourdieu, 1999; Bourdieu, 2000).

Este tipo de dominación resulta frecuentemente invisible para las personas que la sufren y también, en gran medida, para las personas que la ejercen. Se realiza siempre con la complicidad no consciente de la persona dominada, que no interpreta su situación en estos términos. Las relaciones de pareja se basan, al menos teóricamente, en el cariño y el apoyo mutuos, lo cual implica que las asimetrías de poder y las situaciones de subordinación que no generan coacción ni violencia explícita se produzcan de una forma necesariamente velada y que se eufemiza. Para Bourdieu (1999: 219), la clave de la dominación simbólica se encuentra en que sólo puede existir por medio del reconocimiento, la estima o el crédito que se le otorga a aquél que la ejerce. Si no es coacción ni violencia, ¿en qué consiste exactamente este tipo de dominación? Fundamentalmente en la capacidad para definir los términos de la situación, para establecer la verdad sobre las cosas y sobre las personas: los dominados aceptan "tácitamente, por anticipado, los límites impuestos" (1999: 224). Los relatos de hombres y de mujeres en esta investigación muestran varias situaciones arquetípicas de este tipo de dominación en la pareja heterosexual, que tienen que ver con:

A) El establecimiento por parte de los hombres de lo que se les puede pedir y lo que no se les puede pedir como compañeros (en términos de fidelidad, apoyo, presencia etc). Es decir, la delimitación de los términos de la relación y del grado de compromiso en ella. En este sentido, hemos visto cómo la ambigüedad y el silencio son frecuentemente estrategias masculinas para no implicarse demasiado en los vínculos sin abandonarlos del todo. El sentido se impone a través de la demarcación de una especie de "reglas del juego" que "se toman o se dejan", y las mujeres lo aceptan tácitamente participando del juego: Así es como Blanca continúa su relación con un hombre casado, Adriana acepta las infidelidades

de su compañero y no se atreve a comunicar su enfado o Natalia aguanta la falta de compromiso de una pareja que está presente en función de su propia conveniencia y siempre vuelve con él cuando regresa.

B) El diagnóstico sobre la “personalidad” de la compañera y los pretendidos problemas de su carácter (o de su físico). Recordemos este fragmento de la entrevista de Adriana:

Y ahí ya viene el...el...el estallido, **el estallido que viene porque yo soy una...mm...dominante y no quiero más que quitarle libertad, que...que mis putas inseguridades**, que no sé qué, que no sé cuantos...

(...)

o una de las cosas que **me decía siempre**: es que...que es que **yo era una dependiente, que él me podía controlar mis estados emocionales**, “¿no ves cómo te puedo hacer llorar? ¿no lo estás viendo? ¿no te das cuenta de que si estoy de buenas contigo, tú estás súper feliz y que si no te hablo en un día te hundes y tal y que cual?” (E16: ADRIANA)

O este otro del relato de la entrevista con Soraya:

S: Te lo dicen, te lo dicen, pues al final llega un momento que te lo llegas incluso a creer... **Yo me llegué a creer otro tipo de cosas**, no esas pero sí otras.

E: ¿Por ejemplo?

S: Pues que me decía que... yo qué se, me **decía que era fea, que a ningún tío le iba a gustar...** cosas así (E27: SORAYA)

A veces esta imposición del sentido es eficaz en la configuración de la propia imagen: Tal como explica Soraya, “te lo llegas a creer”-, como manifiesta también el hecho de que Adriana se refiera a sí misma durante toda la entrevista como una persona con “muchos problemas de inseguridades” y que lucha contra su “dependencia”.

Para que la dominación simbólica pueda producirse es necesario, según Bourdieu, que exista un “habitus” que la reciba de forma cómplice (si bien no conscientemente cómplice). Pues bien, esta investigación ha mostrado que existe una disposición de cierta feminidad hacia la abnegación y el aguante de situaciones de insatisfacción y/o dominación, anclada en la asunción –no consciente ni reflexiva- de elementos románticos como la idealización, la lucha por superar obstáculos o la exclusividad del amor de pareja como fuente de felicidad. La propensión al aguante y al trabajo para

alcanzar la promesa que implica el amor idealizado es muy clara no sólo entre mujeres de clases populares, sino también en otras con niveles altos de capital cultural, con cierta conciencia de género y muy reflexivas en cuanto al amor y las relaciones (como son Natalia o Adriana). Estas disposiciones propician la complicidad del deseo y del afecto, en definitiva del cuerpo, con la dominación. Por otra parte, también en hombres muy reflexivos y que pueden llegar a ser muy críticos consigo mismos, como vimos a propósito del caso de Mateo, encontramos disposiciones amorosas poco tendentes a establecer relaciones igualitarias. Es necesario no olvidar, sin embargo, que para las mujeres en situaciones de mayor vulnerabilidad, también en el ámbito de lo económico, lo laboral o lo familiar, los vínculos amorosos pueden convertirse con mayor probabilidad en una vía de escape más importante o una fuente de identidad más central apuntalando dinámicas de desigualdad, como mostraban los casos de Sandra y Mónica.

Por otra parte, en este capítulo hemos indagado asimismo acerca de una situación muy común en la biografía de los entrevistados y entrevistadas y que se hace patente sobre todo entre aquéllos que no tienen una relación estable en el momento de las entrevistas: el miedo frente a la incertidumbre amorosa y las estrategias de cautela puestas en práctica ante estas situaciones, estrategias que de nuevo se hacen o no posibles y se ven o no favorecidas en y por determinados contextos y determinadas posiciones sociales. La investigación empírica de este punto permite poner en cuestión de nuevo la teoría de la individualización, en este caso la versión de la misma propuesta por Bauman (2005). Hemos visto cómo este tipo de estrategias, más que a una actitud cínica, desapegada o indiferente ante los vínculos amorosos responde a la importancia de los mismos y a su capacidad para despertar anhelos e ilusiones pero al mismo tiempo decepciones muy acusadas, también en las sociedades contemporáneas. La relajación de los controles normativos sobre las biografías y sobre los comportamientos concretos de los hombres y más tarde, de las mujeres, abre la posibilidad a prácticas desvinculadas de ciertas convenciones y vigilancias morales. Pero el sentido de las mismas está alejado del individualismo y de la liquidez sobre los que argumenta Bauman. Precisamente aquellas prácticas que, observadas fuera de su contexto calificaríamos como "líquidas", constituyen formas de lidiar con la incertidumbre que despliegan significativamente las personas para quienes el amor ocupa un lugar en mayor medida central como promesa de salvación, aquéllas cuya experiencia social está más monopolizada por la pareja y aquéllas cuyas biografías están más marcadas por el sufrimiento amoroso pasado.

GÉNERO Y CLASE EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS FEMINIDADES Y
MASCULINIDADES ATRACTIVAS

Pues eso: simpática, dulce, comprensiva, cariñosa

Gonzalo

Son chicos en plan que son fuertes, que son duros, son... son hombres

Carolina

Introducción

Tanto en la literatura académica como en las conversaciones cotidianas se suelen diferenciar dos procesos de la experiencia amorosa: el enamoramiento y el amor. El primero de ellos frecuentemente se entiende como una experiencia solitaria, propia de la psique y el cuerpo del individuo, un proceso que tiene un objeto de deseo pero que se experimenta en la propia subjetividad. Octavio Paz (2009) describe la visión del amor que Platón despliega en *El Banquete* como algo que presenta similitudes con lo que hoy identificaríamos con esa primera fase del enamoramiento. Platón identifica el amor con el ascenso del alma hacia la contemplación de la belleza. Si bien este proceso comienza con la atracción generada por un cuerpo hermoso, se trata de una experiencia individual, en la que en ningún caso es una relación el centro de la misma o su objetivo. Esta visión platónica ha sido modificada según Paz a lo largo de la historia de Occidente, pero lo que nos interesa señalar de la misma aquí es esa dimensión solitaria de la experiencia del enamoramiento. Freud (1976) también se fija en este nivel individual del amor, en términos psicoanalíticos, como fenómeno intrapsíquico. En *Psicología de las masas y análisis del yo* se identifica una primera fase del enamoramiento con el "amor sensual" que consistiría en la dirección de las pulsiones sexuales hacia un objeto particular y se extinguiría una vez satisfechas las mismas.

Ortega y Gasset (1995), por su parte, diferencia el amor del deseo por un lado y del enamoramiento por otro. El amor para Ortega es fundamentalmente actividad, implica trabajo psíquico, mientras que el

deseo es apetito de posesión de algo o alguien no necesariamente amado. Tal como Ortega lo entiende, el deseo comparte con la idea de amor sensual de Freud el hecho de extinguirse tras su satisfacción. Por otra parte, el estado de enamoramiento presenta, según el filósofo español, similitudes con el éxtasis místico y con la hipnosis. Los tres procesos tienen en común el hecho de estar basados en una anomalía de la atención. La persona enamorada vive ensimismada y tiene dificultades para concentrarse en tareas más allá de regocijarse en el pensamiento sobre el ser amado. Sin embargo, la emoción del enamoramiento ha de separarse del amor, sentimiento más profundo y más humano. De hecho el primero de ellos es para Ortega un estado mental inferior. Si bien la intensidad del enamoramiento hace que se le confunda frecuentemente con el amor, del primero no se sigue necesariamente el segundo.

Francesco Alberoni (1985) comparte con Ortega la idea de que ambos fenómenos son cualitativamente diferentes. Igual que Ortega, el sociólogo italiano considera que el enamoramiento es un proceso extraordinario que ocupa la conciencia del enamorado por completo. Alberoni lo identifica además con el nacimiento del más simple de los movimientos colectivos, porque genera, igual que el resto de ellos, un nuevo "nosotros", uniendo lo que permanecía separado, además de provocar estados de ánimo que lo acercan a la efervescencia colectiva durkheimiana. Además, Alberoni enfatiza que ese estado anómalo de las funciones cognitivas sólo es posible gracias a la idealización del amado o amada. El objeto de deseo se identifica con la perfección gracias a diferentes mecanismos psíquicos. Para que el enamoramiento se convierta en amor, sin embargo, es necesario que supere con éxito diferentes pruebas de confianza, que generan seguridad respecto a los sentimientos del otro-a y un sentido de certidumbre cotidiana. La emoción intensa se convierte entonces en voluntad de cuidado de la pareja, voluntad que se basa en un pacto implícito sobre el respeto de ciertos límites en el dar y recibir.

Todas estas visiones del enamoramiento entienden que existe un objeto de deseo –correspondido o no– que genera atracción, independientemente de que ese deseo evolucione hacia un sentimiento más elaborado o de que se realice posteriormente en una relación de pareja. La pregunta sociológica que cabe hacerse en este punto no es en qué consiste el deseo, los estados mentales que provoca, su relación con el enamoramiento o si ambos fenómenos son diferentes, previos o independientes del amor. Lo que interesa más bien son los mecanismos sociales que modelan ese deseo. Esto supone asumir que, si bien experimentado de forma solitaria, no se trata de un fenómeno psíquico independiente de los contextos y situaciones sociales en los que surge o de la historia social de la persona que lo siente ni de aquélla hacia la que el deseo se dirige. En este sentido la obra de Raewyn Connell proporciona herramientas interesantes y muy útiles para el análisis. En su influyente obra *Gender and Power*, Connell argumenta que una de las estructuras sociales que organizan las relaciones

de género es la catexis. De esta manera sociologiza este concepto freudiano. En Freud, la catexis es la energía libidinal investida en un objeto o una representación del mismo, y su fuente se encuentra más en el propio funcionamiento psíquico que en las cualidades del objeto al que se dirige tal energía⁵⁷. Connell extiende la catexis a los apegos emocionales que implican el deseo o la repulsión hacia otras personas. La modelación social del deseo por lo tanto implica la construcción tanto de lo atractivo como de lo rechazable. La autora habla de deseo y no de libido precisamente porque el énfasis quiere colocarse en su organización social y no psíquica. No se hace en este sentido una distinción entre la vinculación erótica y la emocional a largo plazo porque lo que interesa es señalar que el atractivo –sea con fines sexuales, sea con fines de emparejamiento- es objeto de construcción social continua. Lo relevante es la dimensión emocional de lo erótico como modelación de los apegos positivos y negativos, de la atracción y el rechazo. Para Connell dos aspectos de tal proceso son evidentes en las sociedades occidentales contemporáneas: a) los objetos de deseo se organizan en torno a la dicotomía masculino-femenino y b) la práctica sexual se regula en sociedad principalmente a través de las relaciones de pareja (Connell, 1987: 112).

La propia estructura de las relaciones de género puede ser objeto de catexis según Connell, de manera que la seducción puede implicar enfatizar los propios rasgos diacríticos de género (véase Jabat, 2007 o De Singly, 1984) y al mismo tiempo, el deseo puede ser inspirado por la enfatización de esos rasgos. Es decir, se parte de la idea de que tanto la atracción como el enamoramiento están ligados a procesos de valoración de las características de género del otro y a procesos de activación de la propia identidad de género, ambos no necesariamente conscientes ni reflexionados.

En un texto que supone una reformulación de varias ideas de *Gender and Power*, Connell y Messerschmidt (2005) argumentan que existen a nivel global, regional-societal y local diferentes ideales de masculinidad que se convierten en “modelos de masculinidad hegemónica socialmente legitimados” (pp. 839). Es decir, maneras de entender el ser masculino y maneras de poner la masculinidad en práctica valoradas por encima del resto de posibilidades. El modelo de relaciones de género que este concepto implica no se corresponde, como los autores se encargan de enfatizar, con una división lógica y transhistórica entre lo femenino y lo masculino, o entre la “masculinidad hegemónica” y el resto de masculinidades. Al contrario, su argumento subraya que existen múltiples maneras de “actuar” la masculinidad y la femineidad, que son fundamentalmente “configuraciones de prácticas” (Connell y Messerschmidt, 2005: 832) . Sin embargo, estas configuraciones pueden ser analizadas teniendo en

⁵⁷ Se pueden rastrear algunas controversias en torno al término *besetzung*, utilizado por Freud, y su traducción al inglés como *cathesis*, en Erwing (2002)

cuenta su cercanía o lejanía a los ideales de masculinidad hegemónica que rigen en los contextos particulares, que son cambiantes y resultado de diferentes dinámicas y luchas históricas. La masculinidad hegemónica no es “normal” en sentido estadístico, es decir, no se corresponde con la vivencia de la mayor parte de los hombres reales, pero es normativa, por su poder fáctico y simbólico (pp. 832). No debemos entender la masculinidad hegemónica, según los autores, como una serie de rasgos que se repiten en todos los contextos, sino como un patrón de relaciones entre hombres y entre mujeres y hombres. Esto implica que no podamos describir un conjunto de características que la definan. Sin embargo, los propios autores argumentan que las masculinidades hegemónicas a nivel local suelen presentar ciertas similitudes, que se explican en parte por su relación con las dinámicas de construcción del género a nivel global y societal. Puntos de convergencia más allá de las variaciones que sin embargo los autores no describen, en su afán por presentar estos ideales como cambiantes históricamente e influidos por sus contextos específicos.

Al igual que ocurre con las masculinidades, existen también diferentes feminidades en la práctica que se acercan más a unos u otros modelos. La masculinidad hegemónica ejerce su dominio sobre ellas, del mismo modo en que lo ejerce sobre las masculinidades subordinadas. Existe una manera de experimentar la feminidad que es cómplice de la masculinidad hegemónica, que la refuerza de una manera no consciente, desconociendo la situación de dominación de la que es consecuencia. De nuevo, no sabemos cuáles son los rasgos de esa feminidad enfatizada, sólo conocemos la relación de complacencia pre-reflexiva que mantiene con las formas de masculinidad dominante.

En este punto de la presente investigación nos interesa indagar en las características del objeto de amor construidas discursivamente como deseables. Partiendo de los argumentos de Connell y Masserschmidt que acabamos de presentar, el objetivo será investigar cuáles son las categorías de masculinidad (que no los hombres “reales”) simbólicamente más valoradas y atractivas para las mujeres jóvenes, lo cual nos dará indicios de esa masculinidad hegemónica en el ámbito de las relaciones de pareja y en el contexto de un gran núcleo urbano como Madrid. Así podremos averiguar si tal o tales ideales se definen a través de rasgos tradicionalmente considerados masculinos o si implican otros novedosos. Del mismo modo, se intentará desentrañar cuáles son los rasgos deseables en las mujeres para los hombres entrevistados, y a qué feminidades se acercan esos rasgos.

Existe otro aspecto de importancia central en modelación social del deseo que no debemos olvidar, su dimensión de clase. Tal como vimos en el capítulo 3, persiste entre los jóvenes una fuerte

tendencia a la homogamia educativa. Sin duda, parte de la explicación de ese patrón puede buscarse en los espacios de encuentro donde las personas se conocen (típicamente la universidad entre los jóvenes de clase media y “el barrio” entre los jóvenes de clases populares), en los círculos de amigos y los estilos de vida más probables en función de determinadas posiciones sociales. Sin embargo, no debemos olvidar la dimensión de clase del gusto. Para Bourdieu (2012) el gusto forma parte de los esquemas clasificatorios del habitus y por lo tanto tiene su génesis en la historia social del agente. Las propiedades que de una manera más sencilla sirven a las clasificaciones del gusto cuando éste se aplica a otros agentes son “los signos de distinción o las marcas de infamia” (2012: 492), aquéllas que tienen capacidad enclasante porque se reconocen –si bien no necesariamente de una manera consciente– ligadas a un grupo social específico. Según Bourdieu, además, el gusto se expresa especialmente en términos negativos, como identificación de lo que genera rechazo, y construye fuertes barreras simbólicas entre clases sociales.

Las personas sentimos atracción por otras personas que tienen cuerpos en los que la inscripción de género y de clase son inseparables. Los rasgos que en la vida cotidiana asociamos a las “personalidades” de los otros son también cualidades de género-clase. Atendiendo a estas ideas se intentará indagar en las clasificaciones de los y las jóvenes para comprender cómo se combinan estas características en la construcción de esas masculinidades y feminidades consideradas atractivas.

Veremos cómo los discursos que generan esta construcción se producen en diferentes situaciones a lo largo de la entrevista y en diferentes momentos del relato, fundamentalmente en tres: como respuesta a una pregunta directamente relacionada de la entrevistadora, a través de descripciones de la propia pareja presente o pasada y como proyecciones de futuro sobre las propias elecciones. Estas circunstancias serán parte central del análisis, sin embargo, como veremos, los discursos producidos en estos diferentes contextos, pese a servir a estrategias a veces diversas, contribuyen todas ellas a dibujar el mapa de lo considerado deseable y atractivo en las mujeres y los hombres.

Debido a que la técnica de la entrevista genera necesariamente cierta reflexividad –que no deja de ser inducida y no espontánea– sobre las propias prácticas y, en este caso, sobre un proceso subjetivo y en gran medida pre-reflexivo como es la atracción, es necesario tener cautela en el reconocimiento de lo que los datos producidos nos proporcionan. No intentamos acceder al proceso por el que se activa el

deseo en los agentes, sino que pretendemos rastrear sus construcciones discursivas como indicios de las masculinidades y feminidades consideradas atractivas.

Cuando las personas entrevistadas hablan de lo que les resulta atractivo en hombres y en mujeres apelan frecuentemente a su propio gusto, de una manera análoga a como evalúan objetos o estilos de vida. Y tales descripciones son herramientas que se usan muy frecuentemente como modos de presentación del yo. Por eso, este capítulo es también útil para un ulterior objetivo que consiste en analizar de qué manera se utilizan los discursos sobre lo deseable durante la interacción en la situación de entrevista y lo que esos usos nos dicen sobre lo considerado legítimo en la experiencia del amor por parte de los entrevistados. La atención a estos usos constituirá una dimensión fundamental del análisis porque, como venimos apuntando, se parte de una perspectiva que entiende los discursos como prácticas. Es decir, lo que los agentes explican en sus relatos no interesa como expresiones de las actitudes o los valores de un “yo verdadero” al que se intenta acceder para después generar una clasificación de tipologías de sujetos, sino como prácticas discursivas situadas en un marco específico. Ese marco es el de la interacción. Sin embargo, si bien la entrevista es una situación social, los agentes no llegan a esa interacción despojados de historia. Es necesario por lo tanto tener en cuenta las variables sociológicas que ligan los discursos a sus condiciones de producción, y esas condiciones no son exclusivamente las que propicia la entrevista, sino la relación de éstas con el lugar social que ocupan los entrevistados (Alonso, 1998: 73).

6.1 La cultura como categoría discursiva

Nos centraremos en un primer momento en las mujeres que ocupan la trayectoria social número 1 en la muestra, es decir, mujeres procedentes de familias de clase media y media alta con elevados niveles de capital cultural y que han accedido ellas mismas a niveles altos de capital escolar (licenciatura universitaria o post-grado). Los discursos de estas mujeres en torno a la masculinidad deseable giran en torno a los dos polos de una oposición que divide a los hombres entre “el hombre culto” y el “hombre inculto”.

El primer tipo está representado por hombres con formación universitaria, recursos culturales y con los que “se puede mantener una conversación interesante”. Las mujeres de esta trayectoria social apelan mayoritariamente a estos rasgos como las características fundamentales e imprescindibles que convierten a un hombre en atractivo y legítimamente deseable. Sin embargo la puesta en práctica

discursiva de esta categoría responde a objetivos diferentes, que pasamos a analizar.

6.1.1 El discurso sobre el "hombre culto" como herramienta de presentación del yo

Poniendo en práctica la descripción de lo atractivo, las entrevistadas producen asimismo una presentación de ellas mismas como mujeres, dejando entrever lo que consideran deseable desear y por lo tanto, lo que consideran deseable "ser" como tales.

Esta primera utilización del discurso como herramienta de presentación del yo aparece principalmente tras una pregunta de la entrevistadora sobre los rasgos que resultan atractivos en los hombres. Tal categoría de preguntas tiende a movilizar discursos sobre lo deseable en términos generales más que reflexiones sobre las propias prácticas, por eso es especialmente útil para rastrear ese perfil que las entrevistadas construyen sobre sí mismas.

E: Sí, o bueno, o ¿Qué es lo que a ti te resulta atractivo en un hombre?

S: O sea, a mí me resulta atractivo...que tenga una **conversación interesante**, que sean **divertidos**, o sea...o me hacen reír o...o mal vamos. Eso...que sean...que **tengan formación** mm **es básico**, porque...o sea, **yo me considero una persona relativamente bien formada**. Entonces **necesito poder compartir...** o sea, mis **inquietudes** con esa persona. O sea, necesito que sea..., pues yo qué sé: pues poder ir a un **museo** con esa persona o hablar de **política**, a mí la política me gusta mucho, y me interesa y soy activa y soy...entonces me gusta poder compartirlo con mi...pareja. (E18: SOFÍA)

En el discurso de Sofía, la "formación" es necesaria porque es lo que hace que sea posible compartir "inquietudes". La entrevistada enfatiza así su condición de persona intelectual, interesada por el arte y la política y convierte estas características en rasgos básicos para que el otro pueda ser objeto de amor. Más que sobre su deseo, nos habla sobre una serie de pre-requisitos que, si faltan, hacen inviable –según la descripción que ella hace de sí misma- el enamoramiento. El hombre que cumple estas condiciones se contrapone al que pertenece al otro polo, el del "anti-hombre" representado en la figura del "inculto", el "borrico" o el "cazorro".

E: ¿Cómo dirías que... qué dirías que te atrae en los hombres?M: Pues no lo sé, no lo sé, la verdad es que... hombre sí que hay unas, unos **elementos que para mí tienen que estar**, o sea, me refiero, un tío que es así **borrico y le encanta el fútbol**, pues probablemente **no me despierte (ríe) ningún interés**, o sea, sí **necesito poder tener buenas conversaciones con ellos**, que sean **gente culta**, no... tampoco es que yo me considere súper culta pero... pero hay un **mínimo que tiene que estar**, o sea, que se pueda **hablar con ellos de muchos temas diferentes, que piensen, que piensen sobre la vida, que se planteen las cosas**, eso

para mí tiene que estar, o sea, si es alguien muy superficial no me atrae, me puede parecer gracioso pero ya está, pero necesito un poco de implicación más a otros niveles. (E 17: MIRIAM)

Al igual que Sofía, Miriam explica que “hay un mínimo que tiene que estar”, es decir, de nuevo encontramos los pre-requisitos para el enamoramiento o para la implicación emocional en una relación. La entrevistada matiza su presentación del yo con la intervención “tampoco es que yo me considere super-culta”, para evitar generar una imagen pretenciosa de sí misma, justo después de introducir la figura del “borrico”, ese cuyas prácticas están ligadas a un elemento tan apegado a la cultural popular y en especial a la cultural popular masculina como el fútbol. Esta representación del hombre poco formado se asocia también con lo superficial. Frente al gusto popular, ella se presenta como una mujer formada e interesada por otras cuestiones, que necesita “implicación a otros niveles” y conversaciones con alguien que “piense sobre la vida”. Ya hemos visto en los capítulos anteriores la importancia de este tipo de conversaciones a las que alude Miriam para las mujeres de clase media con capital cultural, y hemos argumentado, con Illouz (2009:312), que éstas son una manifestación de cierta tendencia al “logocentrismo” en estos sectores sociales, especialmente marcado en la experiencia del amor y en el caso de las mujeres. Esta misma autora considera que el capital lingüístico y cultural es precisamente uno de los mecanismos a través de los que actúa la homogamia social, no sólo por considerarse un rasgo esencial para enamorarse del otro, sino porque permiten evaluar a su vez sus gustos, aficiones o estilos de vida a través de la práctica de la conversación.

La figura del “anti-hombre” inculto aparece en ocasiones muy asociada a rasgos muy identificados con lo masculino, pero característicos de una masculinidad rechazable:

E: ¿Y qué dirías que te causa rechazo? ¿Hay algo...algún rasgo que digas..?

S: **El cazarismo, el cazarismo, el macarrismo. No lo aguanto.** Es algo que...puede conmigo. O sea, porque puede ser...yo qué se, puede no ser una persona muy culta, pero si es simpático y ...yo que sé, lo puede...Pero **el típico cazurro, bestia, que se cree que tiene razón y que lo sabe todo** y ya le dices: pero es que **eres un ignorante**, si es que **no sabes ni conjugar los verbos**...A mí eso **me causa mucho rechazo**. (E 18: SOFÍA)

Aquí Sofía manifiesta su repulsión hacia una masculinidad poco “cultivada”: En esa imagen del “bestia” “que se cree que tiene la razón” pero no sabe “ni conjugar los verbos” hay reminiscencias de un hombre poco formado, pero además con una masculinidad que tiende a imponerse, en este caso, que tiende a imponer su ignorancia.

Tanto Miriam como Sofía generan una clasificación de los hombres en torno a los dos polos mencionados. Por un lado, los hombres que son capaces de reflexión y de abstracción, de pensar sobre la vida, la política o el arte, tienen unos "mínimos" necesarios en su discurso no sólo para establecer una relación, sino como pre-requisito para la atracción. Por otra parte, el "cazurro", "macarra" o "borrico", apegado a prácticas de la cultura popular y al que se le supone incapaz para la reflexión, representa el polo rechazable. Este polo se construye en dos versiones: la del simple "borrico", poco formado y que parece que no aporta lo que estas mujeres consideran necesario en sus relaciones, y una versión del mismo que además de no saber, pretende dominar y tiende a imponer su criterio. En esta segunda versión hay cierta reivindicación de igualdad, pero una igualdad en condiciones de equivalencia de capitales culturales. Es significativo que en ningún momento durante las entrevistas estas mujeres evalúen a los hombres en función de sus posiciones económicas, más allá de la valoración de sus profesiones. Sin embargo, la formación o la cultura son categorías que se usan sin ninguna censura debido a que son muy fácilmente "personificables". En los hombres "brillantes" e "interesantes" y en los hombres "cazurros" se presuponen cualidades personales que han conducido a diferentes posiciones, sin que esas posiciones se relacionen en ningún momento en los discursos a trayectorias sociales específicas. Es decir, el capital simbólico que emana del capital cultural es especialmente eficaz a la hora de construir las masculinidades que a estas mujeres les resultan atractivas.

Por otra parte, en este tipo de discursos a través de los que las entrevistadas argumentan acerca de lo necesario e imprescindible para ellas, observamos la construcción del perfil propio como "personaje" del que nos habla Alonso (1998: 87). En este caso, tal personaje apela a una mujer que, por ser una mujer "cultivada," busca hombres también formados y de alguna manera "civilizados", alejados del hombre inculto y, al fin y al cabo, del hombre de clases populares o del "nuevo rico" sin formación.

6.1.2 La construcción del sentido de la biografía amorosa a través de la descripción del otro

Otro de los usos que las entrevistadas hacen de su discurso sobre lo considerado atractivo es el que consiste en dar sentido a la propia biografía amorosa durante la entrevista, que como decíamos, genera, o al menos propicia, cierta reflexividad por sus propias características. Éste es un nivel discursivo diferente, un uso más ligado a las explicaciones acerca de las propias prácticas. En este caso, como veremos, se trata de justificar las propias elecciones para ofrecer un relato coherente con lo que se considera deseable como mujer ante otra mujer. Ya no se trata exclusivamente de ofrecer el perfil

propio, sino de hacerlo construyendo al mismo tiempo el significado de lo que se hace, se ha hecho o se hará. Durante la entrevista, esa elaboración se ve mediada por la interacción concreta con la entrevistadora, otra mujer de su edad y también universitaria, como las mujeres de esta trayectoria. Todo esto se hace patente en diferentes momentos de la conversación, pero casi nunca ligado a preguntas generales sobre lo atractivo, como en el caso anterior, sino más bien a relatos más extensos sobre las diferentes parejas que se ha tenido a lo largo de la vida o a explicaciones sobre elecciones concretas. En todos los casos, como veremos, se trata de justificar o dar sentido a la situación presente, ya sea presentado a la pareja actual como una persona deseable, "desacreditando" en diferente medida a las parejas anteriores o haciendo un análisis reflexivo sobre las propias elecciones.

a) Me compensa

Una primera versión de este uso lo tenemos en la utilización de los discursos sobre lo atractivo para justificar situaciones o elecciones que la entrevistada, en el ámbito de una conversación entre mujeres, considera que la entrevistadora pudiera juzgar como negativas o erróneas. Una muestra de ello la encontramos en Adriana, a quien ya hemos presentado en capítulos anteriores. En este fragmento, esta entrevistada explica por qué después de estar un año en una relación con un hombre que no quería comprometerse con ella, y con el que ella sí quería una relación comprometida, -su pareja en el momento de la entrevista- "se mantuvo virgen", según su propia expresión, durante otro año más, mientras él coqueteaba de nuevo con una exnovia:

A: luego estuvimos un año que no nos liábamos porque él estaba como...coqueteando de nuevo con su antigua novia, la de doce años, y...**yo estaba sufriendo un huevo, pero me mantuve virgen**, por así decirlo, durante un año ¿sabes?, cosa que mis amigos no entendían, por ejemplo.

E: ¿Y tú por qué crees que lo hacías?

A: Pff, pues **porque...para mí ya no tenía sentido...**, o sea, porque...primero **por una sensación de comparativa muy frustrante** ¿no?, porque si comparaba cualquier tío con...con Diego...el resultado iba a ser súper frustrante ¿no?, porque **ya no me aportaba...filosofía o porque no podía tener una conversación como las que ahora me gustaba tener...**o porque tal o porque cual (E16: ADRIANA)

La pareja se presenta como alguien tan admirable que después de haberlo conocido, ya no tiene sentido tener relaciones ni tan siquiera esporádicas con otros hombres, pues el agravio comparativo sería insoportable. En este caso, el de Adriana, esta estrategia discursiva se repite en varias ocasiones.

Probablemente esto se debe a la “incomodidad” del relato sobre su relación presente. En el momento de la entrevista mantiene una relación con un hombre 14 años mayor que ella, con el que ha vivido muchos conflictos y en la que dice haberse sentido dominada. Las infidelidades, falta de compromiso o arranques de ira de su actual novio han de ser justificados por una mujer que se presenta como formada y moderna ante otra mujer formada de su generación de alguna manera. De ahí que en un momento determinado de la entrevista, después del relato sobre cómo le hacían sentir las infidelidades de su pareja, que ella vivía como traiciones, surja un fragmento de discurso como este, con la intención de legitimar a su novio ante la entrevistadora:

A: Creo que **te puedes estar haciendo una idea equivocada de él...** Si quedaras con él a hablar, bueno, por supuesto que **te reirías un montón y es un...cachondo y bueno e inteligente y...y tal ¿no?** pero eso no quita que luego sea víctima de...de sus propias... de sus propios demonios (E16: ADRIANA)

Cuando se trata de otorgarle un sentido global a su relación ante la entrevistadora y ante sí misma, la estrategia de Adriana es acudir a ese polo de masculinidad culta o interesante sobre el que estamos argumentando. Tal como vimos en el capítulo anterior, son precisamente estos rasgos atribuidos a su pareja los que considera que “le compensan” y le han hecho “aguantar” las situaciones tan complicadas que ha vivido con él. En este punto del análisis nos interesa analizar más en profundidad esas características valoradas en el otro. Recordemos para ello este fragmento de su entrevista que ya utilizamos cuando exploramos las emociones en la experiencia cotidiana del amor:

A: Que **me compensa todo lo que he sufrido**, porque me ha hecho cosas feas también, ¿eh? no te creas..., porque...pues porque **lo que me aporta es infinitamente mayor y mejor**, o sea es que...no...Eh, sería como valorarlo por cantidad o por cualidad ¿no?

E: **¿Y qué es lo que te aporta?** ¿Qué es lo que te aporta estar con él...?

A: Pues yo creo que una especie de...va a sonar raro pero...comparto con él una...**experiencia sagrada de la vida ¿no?**, o sea, como...**somos como dos personas** que aún estando en la ciudad y en medio de todo esto, siguen...**leyendo a Edipo Rey, Medea y viendo películas de Pasolini (...)** gracias a él escribo...**lo que escribo, porque me ha exigido un huevo, sé un montón de filosofía, he conseguido...eh, publicar artículos en revistas culturales importantes y...y, sobre todo, crecimiento, crecimiento...**(E16: ADRIANA)

Estudiante de un master de guión de cine en una prestigiosa academia de Madrid, todo el relato que construye Adriana sobre sí misma, su vida y las relaciones gira en torno a la importancia de la

escritura y a su visión de sí misma como una mujer intensa, insegura y algo atormentada. A su pareja actual, la única que ha tenido hasta la fecha, la entiende como la relación que en sus propios términos existe entre “maestro y aprendiz”. En su relato, este hombre inteligente y 14 años mayor le insufla la energía creativa que ella cree necesitar, por eso define su relación en términos de simbiosis. En este caso, el polo del “hombre culto” se lleva al extremo de la idealización y sus rasgos no son tanto requisitos para el enamoramiento como el conjunto de características que hacen del otro un ser único, que lo convierten en una persona excepcional y cuya excepcionalidad sirve para compensar otras situaciones de sufrimiento. Y esas características son las de un hombre brillante, excepcionalmente culto, mayor que ella, inteligente etc. No pretendemos, analizando su discurso, entender el grado de creencia de Adriana en sus propias razones. Sin embargo, a lo que sí accedemos es a la presentación discursiva del otro y de ella misma como dos personas fuera de lo común, que comparten “una experiencia sagrada de la vida” gracias al acceso a la literatura y al pensamiento. En su relato ella, como persona especial, necesita que su objeto de amor sea también una persona especial, que de esta manera no le haga sentir una “freak” o una “idealista”.

b) El amor verdadero

En los relatos de las entrevistadas de clases medias con capital cultural encontramos más apelaciones a este polo del hombre culto que sirven para otorgar sentido a la propia situación sentimental. Otra de las versiones de este manejo discursivo tiene que ver con la afirmación que asegura que la pareja actual es la única de la que se ha estado “enamorado verdaderamente”. Si bien, como ya vimos en el capítulo 4, ésta es una aseveración muy extendida y aparece en entrevistados de diferentes trayectorias, tanto varones como mujeres, las explicaciones al respecto difieren en gran medida en diferentes grupos sociales. En este caso, son esas características cercanas al “polo culto-interesante”, lo que hacen a la pareja actual el “único amor verdadero” dentro de la propia historia amorosa:

A: Es que para mí, los otros enamoramientos...(he tenido muchísimos), eran como...sensa...la sensación esa de amor romántico, bueno, o que puedo definir ahora como amor romántico, ¿no? de...nerviosismo, de mariposas en el estómago, de construir castillos en el aire ¿no? y una vida en común, pero que construyes tú sola con esa persona..., de dedicarle todas las horas y los minutos de tu pensamiento, de la ilusión de verlo, de no verlo, **era como una...un enamoramiento muy inmaduro. El enamoramiento de Diego fue de sentir que, siendo yo misma podía enamorar a una persona que yo consideraba**

tan admirable como él ¿sabes lo que te quiero decir? Eso **fue** para mí la inyección de energía. El saber que...que a **una persona como esa, que a mí me parecía tan inteligente, tan agradable, tan emocional, tan tal...pudiera estar interesado, intrigado por saber que tenía yo dentro** o por...fue suficiente para enamorarme (ríe). (E16: ADRIANA)

En este fragmento vemos cómo el discurso se construye en torno a la oposición entre el enamoramiento maduro y el inmaduro. Este último se caracteriza por ser esa experiencia solitaria de la que hablábamos al comienzo de este capítulo, que tiene poco que ver con el otro-amado y se construye en torno al fantaseo, el ensoñamiento y respuestas físicas como el nerviosismo. Sin embargo, lo que la entrevistada considera -por oposición a estas experiencias- un enamoramiento más maduro es “la energía” que proporciona el sentirse objeto de amor de una persona que ella considera tan admirable por sus características de hombre “profundo” e inteligente, cuyo retrato se va perfilando a lo largo de toda la entrevista como el de una persona culta y con un estilo de vida muy bohemio. En este caso Adriana nos provee de una descripción que encaja con lo que Freud (1976) considera la colocación del objeto de las pulsiones amorosas en el “ideal del yo”, es decir, en la dimensión del yo que tiene que ver con lo anhelado, por perfecto, para uno mismo. Lo que nos interesa aquí no es señalar este mecanismo descrito por la teoría psicoanalítica, sino utilizarlo como herramienta analítica para entender cuáles son esos rasgos deseables que se colocan en el ideal y que corresponden, de nuevo, con ese polo del hombre inteligente, interesante, emocional –aunque emocionalmente muy problemático, tal y como Adriana relata a lo largo de toda la entrevista-, interesado por un tipo de cultura que la entrevistada relaciona con lo sublime, tal y como se mostraba anteriormente con esa idea de la “experiencia sagrada de la vida”.

En los siguientes fragmentos encontramos esta misma idea del único enamoramiento auténtico en función de estas características del hombre culto, si bien relatadas esta vez utilizando un estilo algo más prosaico.

B: Hasta mi pareja actual nunca había estado con una persona que dijera, “bua, es que me llevo fenomenal... me encan”, que estás seguro al 100 por 100. Entonces es la primera vez que estoy con una persona que... que digo “todo”, o que...

E: Y ¿qué era lo que en las otras... dos personas éstas..? Me has dicho que sabías desde el principio que no iban a ningún lao, ¿por qué sabías eso?

B: Pues a ver, me vas a decir que soy una pedante (ríe) pero (ríen ambas), pero para mí **una cosa muy importante es lo de los libros**, que le gusten a una persona. Y además **yo siempre pensaba no sé cómo sería mi pareja ideal pero lo que sí sé, es que si no lee**

(silencio) hay algo. Y eso, **intelectualmente a lo mejor no me, no me llenaban**. Eso. (E20: BEGOÑA)

En este fragmento encontramos una postura de reivindicación del “hombre culto” en la descripción de la pareja presente, diferente según la entrevistada de todas las demás personas de su historia amorosa debido a que es capaz de “llenarla intelectualmente” gracias a su afición por la lectura. Esta reivindicación no está exenta de la búsqueda de cierta complicidad con la entrevistadora, “me vas a decir que soy una pedante”, complicidad que Begoña encuentra en la risa de ésta. El polo culto aparece de nuevo como un requisito del enamoramiento que en este caso sirve incluso para deslegitimar o vaciar de importancia a las relaciones anteriores. En los siguientes fragmentos vemos como además se pone el juego el polo opuesto, el del “macarra”, de manera interesante:

E: Y de los otros anteriores que me decías que no... te llenaban en este aspecto de la cultura ¿tú **qué crees que te atrajo de ellos?**

B: Pues a lo mejor un poco **el lado macarra**. Porque eran los dos un poco macarras

E: Macarras ¿en qué sentido?

B: Pues igual, **porretas, malos estudiantes, pasotas** (...) antes de Pedro el más importante es un francés con el que conocí de Erasmus y... o sea yo lo conocí de Erasmus, y él era más pequeño que yo. Y era muy guapo, era francés, aunque era más pequeño que yo era... así **chuleta, macarrilla, le gustaba el hip-hop (ríe)**, eh... no sé a mí me gustó. Entonces, claro **de Erasmus sabes que hay muchas relaciones**, aquí, allá... eh... pues estábamos juntos un día al día siguiente no, él se liaba con otras, yo me liaba con otros... entonces un poco eso como creó... A lo mejor si desde un primer momento me hubiera hecho más caso... yo hubiera pasao. Pero **el juego ese de ahora sí, ahora no... quizás me enganchó**. Y... y al acabar mi Erasmus, seguimos en contacto. A veces nos veíamos, tal... y hubo un momento que dijimos qué hacemos, ¿lo dejamos o seguimos? y dijimos bueno, pues seguimos y ya, esto es una relación, no sé qué. (E20: BEGOÑA)

En este fragmento de discurso observamos una paradoja. El polo inculto aparece representado en la figura de una ex pareja, caracterizado por rasgos de una masculinidad descarada, “chuleta”, y de nuevo descrito a través de su apego a prácticas culturales alejadas de la cultura dominante, en este caso, la música hip-hop y el estilo “macarra”. Ambos rasgos están asociados a ambientes juveniles alternativos y por tanto representan un sector de lo popular diferente al “borrico” al que le gusta el fútbol del que hablaba Miriam, y que se asocia a una imagen más tradicional. Lo que ambas figuras tienen en común es, sin embargo, su alejamiento respecto a los valores estéticos de la “mujer culta”, distancia que en este caso se manifiesta en la risa irónica de Begoña tras “confesar” que a su ex pareja “le gustaba el hip-hop”. Sin embargo es muy curiosa la utilización discursiva de este polo inculto. Como vemos, la entrevistada

reconoce atracción por ello: cuando se le pregunta qué fue lo que le atrajo de esas personas que no le "llenaban intelectualmente", apela a ese lado macarra, chulesco, asociado con una masculinidad rechazable pero capaz de generar atracción sexual. Sin embargo, parece justificarse ante la entrevistadora por esta elección: no fueron las cualidades personales o de carácter de este hombre lo que la atrajo, sino el juego de "ahora sí, ahora no", que genera, en sus términos, "enganche" más que enamoramiento. Este enganche se produce además en un contexto excepcional, el Erasmus, en el que "se tienen muchas relaciones", y que sirve como especie de excusa. Es decir, si bien el polo masculino "macarra" puede generar cierta atracción, sobre todo cuando ese lado "chulesco" propicia la ambivalencia en los primeros momentos de la relación, los vínculos que se establecen con hombres cercanos a este polo son considerados desde el principio temporales, se sabe que algún día acabarán. Es sólo la masculinidad culta la legítima para estas mujeres a la hora de establecer proyectos sentimentales a largo plazo.

c) Encrucijadas

Existe un tercer modo en que las jóvenes de esta trayectoria social ponen en juego las construcciones discursivas sobre el polo del hombre culto y las vinculan a su experiencia práctica en las relaciones de pareja. Se trata, de nuevo, de presentar a la pareja actual como alguien deseable, pero a esto se añade un nuevo componente: los rasgos personales del hombre en cuestión sirven ahora para explicarse a sí mismas y ante la entrevistadora el hecho de haber abandonado por él a una pareja anterior.

En el siguiente fragmento encontramos una ilustración a esta situación arquetípica. Después de estar cinco años con una pareja, la siguiente entrevistada decidió abandonar la relación cuando se enamoró de un profesor de su facultad, y así es cómo describe los rasgos que le resultaban atractivos de ambos hombres:

C: Y qué te atrajo de él, bueno de los dos. Lo primero sí eso, háblame de este chico...

L: Es lo contrario. O sea del primero lo que me atrajo es lo de, al revés, lo de que era... estar bien digamos, o sea que, pues **le veía muy inteligente, son los dos muy inteligentes, eso sí que me llama la atención también**. Bueno, este es que me atrajo físicamente muchísimo y en estilo, o sea, porque es así más seductor y tal, no sé.... que yo caigo enseguida en eso... Pero el primero nada que ver, son completamente diferentes, eso no... **Lo otro ya te digo que fue como una decisión más consciente de bueno, este chico pues se parece a mí...** Dani, pues, teníamos gustos comunes, o sea yo le empecé a conocer por un grupo de amigos y... ah, pues te gusta esta.... y ... O sea, empiezas a hablar de cosas. Con este chico

se podía hablar mucho de cosas, eso sí, de cosas externas, que no tuvieran que ver con nosotros, “ah... pues he leído no sé qué, me gusta ir a tal sitio”, o sea, ese tipo de cosas... hablábamos de eso al principio, lo que pasa es que cuando estás en una relación ya, pues todo el rato hablar de cosas externas y nunca hablar de nada tuyo de verdad, pues no me llenaba (...)

Luego el que **se ajustaba a la idea de mis padres de pareja**. O sea, era mi pareja ideal... tal. Entonces era como, pues ya.... sabes, **ya no tengo que buscar más, a todo el mundo le parece bien...** Entonces, cuando yo me di cuenta de todo esto, que yo no le quería y que sí que... era la pareja ideal pa mis padres pero pa mí no, es que no tenía ningún sentido, pues lo dejé. Pero al principio yo creo que eso pesaba mucho. **Y éste nada, éste es una locura de los pies a la cabeza**, éste no, quiero decir, que **no hay ninguna razón racional pa estar con él**, o sea si lo analizas no tendría que estar con él. Me gustó desde que le conocí... pues eso me atrajo muchísimo y... me gus... yo qué sé me gusta... **me parece súper original...** o sea a mí me da mucha vida porque todas **las cosas que cuenta, o sea, él vive de un modo muy diferente a mí, entonces eso me enriquece mucho**. O sea porque podemos hablar de cosas, como de cosas nuestras, o sea **él analiza la sociedad, las relaciones**, todo, tiene un... que a mí ni se me había pasao por la cabeza. “Entonces esto” pues digo “pues ¿a ver?” digo, “¿cómo?” Entonces yo estoy como flexibilizando mucho, abriéndome mucho de mente. Yo era muy rígida, muy... las cosas tienen que ser así y sino aquí están mal y tal... Y con él como que, sin ningún tipo de... Eso él te lo cuenta de un modo como que no te enfrentas, pero a lo mejor te cuentan una idea que es contra la tuya y aún así la descartas o sea dices “no, pero ¿qué dices? ¿Sabes?”. Pero él no, te la cuenta de una manera que te hace pensar sobre ello, y entonces dices, ah, pues puede ser, pues no sé... (E21: LETICIA)

El relato a través del cual Leticia da sentido a su experiencia amorosa se construye a través de la descripción de estas dos parejas, sus rasgos fundamentales y sus sentimientos hacia ambos. En este fragmento observamos cómo de nuevo se apela a la inteligencia de ambos hombres para explicar la atracción, sin embargo, encontramos una diferencia entre ellos. Mientras que la inteligencia del primero es una inteligencia desapegada de lo emocional, -“con este chico se podía hablar mucho de cosas, eso sí, de cosas externas, que no tuvieran que ver con nosotros”-, el segundo es capaz de analizar situaciones, la vida, las relaciones, de una manera que, en su narración cambia a la propia entrevistada gracias a su “originalidad”. Las características de su primer novio como chico pragmático e inteligente hacen que se ajuste al ideal de pareja que su familia quiere para ella, sin embargo, en su discurso Leticia deja entrever la insatisfacción por esa incapacidad de compartir con él aspectos más emocionales. En un relato a través del cual tiene que reflexionar sobre su propia decisión de dejar a su anterior pareja por la actual, estas características del hombre culto, brillante y seductor, sirven para construir un discurso en el que la diferencia entre el pragmatismo del primero y la capacidad de análisis y la originalidad del discurso del segundo se ponen en juego para dar sentido y justificación a sus elecciones. Esta diferencia en los rasgos de ambos se usa para construir un rechazo a lo que, con Ann Swidler (2001), hemos descrito como la visión prosaica del amor, y para reivindicar un enamoramiento más “irracional”.

Otra versión de la utilización del polo del hombre culto para dar sentido a una encrucijada amorosa como la que supone la elección entre dos hombres la encontramos en Natalia. Psiquiatra y en terapia psicoanalítica desde hace dos años, la entrevistada construye el discurso como un continuo autoanálisis a través del que da sentido a su biografía.

N: Y luego bueno, también es verdad que no coincidió, coincidió en el tiempo, o sea, conocí a una persona eh..., ya al final de la relación, y como que **me deslumbró muchísimo**, era un tipo de hombre completamente distinto ¿no?, como mucho más echao palante, como mucho más... no sé, como **más exitoso** a lo mejor, de lo que era mi primera pareja y como que yo terminé muy deslumbrada, entonces yo sentía como que le estaba traicionando, o sea, que el hecho de que yo me estuviera pudiendo enamorar de otra persona como, como que estaba mal y que le iba a hacer más daño, que no podía seguir y entonces finalicé la relación y al poco tiempo de finalizar la relación inicié una relación con esta persona pero claro, eh... como que **me pasé al otro polo**, por eso te decía antes que a lo mejor **las relaciones que he vivido era de ser, de someter o de ser sometida** ¿no? Pero esto tiene que ver yo creo por mi propia estructura y por mis, por mis, a lo mejor **mis carencias y por mis características de personalidad**, el tipo de relaciones que he tenido, bueno, nos pasa a todos ¿no?, pero que...y nada con esta persona pues la relación duró dos años, finalizó cuando yo terminé la residencia y bueno, era **una persona mucho más mayor que yo, bueno, 15 años más mayor que yo**

E: ¿Qué te atrajo de él, qué te deslumbró un poco?

N: Pues, era una persona que **intelectualmente parecía que sabía de todo**, que... mmm (silencio) pues eso, que, que, que parecía que entendía de todo, que sabía de todo ¿no? Luego claro, rascabas y cuando ya empiezas a tener un poco más de perspectiva te das cuenta de que.. de que realmente no, no era así. Y bueno fue una relación bastante fea porque fue **una relación medio oculta donde no se me, donde no se me reconoció y con muchas idas y venidas y en las que él tampoco nunca se quiso comprometer realmente**.
(E19: NATALIA)

De nuevo la categoría del hombre culto se pone en práctica para dar sentido a la elección de abandonar a una pareja anterior. Natalia construye el relato sobre su primera relación dentro del marco de la disposición reflexiva sobre las emociones propia de su profesión, explicando que su propio miedo a no ser querida le mantenía con una persona por la que realmente no sentía amor. En el fragmento que se expone anteriormente, la entrevistada explica cómo esa relación acabó tras el encuentro con un hombre por el que se vio "deslumbrada". La descripción de las características de este hombre por contraposición a su pareja anterior ponen en juego algunos rasgos de ese hombre culto que ya se han visto en el discurso de otras entrevistadas. Se trata de un hombre más de diez años mayor, "exitoso", "echao palante" y que "parece que lo sabe todo".

En este caso esta construcción discursiva no sirve para justificar una elección y como alabanza a la

pareja del presente debido a que la relación con esta persona ya ha terminado en el momento de la entrevista. La situación es diferente y esta diferencia se ve reflejada en la puesta en práctica de esta categoría por parte de la entrevistada. En este caso, el hombre culto “deslumbró”, es decir, ciego: hace creer lo que no es y no ver la realidad: “luego claro, rascabas y cuando ya empiezas a tener un poco más de perspectiva te das cuenta de que.. de que realmente no, no era así”. El hombre exitoso e inteligente es, en el discurso de Natalia, peligroso, ya que puede resultar un fraude. El relato sobre esta relación que configura Natalia tiene muchas similitudes con el que proporciona Adriana. En ambos se describe una pareja más de diez años mayor, con reticencias al compromiso, que no reconoce la relación públicamente y por la que la mujer siente una gran fascinación. Sin embargo mientras que Adriana expone una descripción de su actual pareja como un hombre admirable para legitimar una relación presente complicada, Natalia explica lo que ella entiende como su propio “sometimiento” pasado precisamente por esos rasgos deslumbrantes y peligrosos de este tipo de hombres. Su trabajo como psiquiatra psicoanalítica -y su consiguiente disposición reflexiva- unido a la decepción que sufrió con esta ex pareja propicia que entienda la causa de esa fascinación en su propia psique más que en el objeto amado, al contrario de lo que hacía Adriana. Esto se ve más claro cuando, en otro momento de la entrevista, se le pregunta sobre el tipo de hombres que le atraen en general:

E: Y sobre el tipo de hombre que te gusta, ¿cómo definirías el tipo de hombre que te atrae?

N: A ver, (silencio). A ver, a mí, o sea, claro, el tipo de hombre que me atrae. Bueno, una cosa es el tipo de hombre que me atrae y otra el tipo de hombre que me gustaría que me atrajese, o sea, a mí (ríe)

E: A ver, explícame...

N: Yo creo que para mí es importante el **sentir que la otra persona es segura**. Y creo que también **tiene que ver con mi propia inseguridad** y mmm y bueno, **me deslumbran los hombres que tienen, no sé, los hombres cultos, los hombres inteligentes**, no sé, a mí yo creo que siempre me han gustado mucho **los narcisos** ¿no? porque, o sea, es como que al principio **se venden** de una manera como que tú dices: madre mía, es que **a mí no me va a pasar nada malo**, ¿no? pero luego ya, pues te das cosas no son así y a lo mejor otro tipo de personas, pues **me gustaría que a lo mejor que me gustaran personas que no te transmiten tanto esa seguridad, que a lo mejor luego en el fondo son más seguras ¿no? pero que no necesitan andar deslumbrando por ahí ni, ni exhibiendo sus conocimientos**, ni... y que son como más estables. No sé, hay gente que...o sea, yo a lo mejor en... me siento más atraída por eso, por **hombres que parece que parece que se van a comer el mundo, que, que, que te van a transmitir mucha más seguridad pero luego la seguridad yo creo que tiene que ver más, pues con valores como por ejemplo la fidelidad** ¿no? que, el sentirte segura porque una persona, pues a lo mejor sabes que no te, a ver, que nadie vamos a estar seguros de que nunca te vayan a poner lo cuernos o que, o sea, que el enamorarse o tal es, pero bueno, yo creo que **hay personas que son más estables, más coherentes, más honestas que otras**.

De nuevo, como veíamos en el primer apartado, ante la pregunta genérica sobre los hombres considerados atractivos se pone en marcha la presentación del yo de la entrevistada. Pero en este caso, esta presentación se ve marcada por una trayectoria laboral y personal muy ligada a la psiquiatría y al psicoanálisis. De ahí que la respuesta comience con la afirmación de que lo que le atrae no es lo que le gustaría que le atrajese. El tipo de hombre que considera que le genera deseo representa una masculinidad dominante y seductora. Utiliza una presentación de sí mismo como culto e inteligente para conseguir “venderse”. La seguridad es un rasgo central de este tipo de hombre, pero una seguridad que no es auténtica, ya que aunque parezca que “se van a comer el mundo”, estos hombres no son honestos ni estables. Todos estos rasgos peligrosos del polo del hombre culto se ponen en juego en el discurso en conjunción con las características de la propia personalidad. En este caso la inseguridad propia sirve para explicar la elección de aquéllos que se consideran seguros. En definitiva, el relato pone en juego el polo del hombre culto junto a la reflexión sobre la personalidad para dar sentido a una relación pasada que generó sufrimiento e insatisfacción.

6.2 “Hombres buenos” y “hombres malos”

Entre las mujeres del resto de trayectorias sociales que participaron en esta investigación desaparece esa clasificación entre el hombre culto e inculto. Las categorías que describen la masculinidad deseable por oposición a la que genera rechazo entre las mujeres procedentes de clases populares y entre aquéllas que ocupan posiciones intermedias son diferentes a las que se han expuesto hasta ahora. En este caso, los relatos de las mujeres se estructuran en torno a la clasificación que divide a los hombres entre el polo del “hombre bueno” y el polo del “hombre malo”. Los discursos de las entrevistadas ponen en juego diferentes versiones de este “hombre bueno”, mientras que ofrecen un modelo bastante homogéneo de la categoría del “hombre malo”. En todos los casos, sin embargo, el “hombre bueno” presenta una serie de virtudes que hacen posible la construcción de relaciones “sanas” y comprometidas.

En cuanto a las estrategias discursivas que estas mujeres ponen en juego, si bien encontramos muchas similitudes con las empleadas por las mujeres de clases medias, se observa asimismo una diferencia: la presentación del yo no es tan explícita en sus discursos, no hay una toma de postura clara sobre “quién soy yo” y “lo que me parece necesario o imprescindible en el otro”. Eso no significa que a través de lo

declarado deseable no se configure una imagen de una misma que todo el discurso generado durante la entrevista particular pretenda proyectar, sino que esta proyección es más sutil porque no hay una reflexión tan elevada de las propias necesidades o de las propias características del "yo".

6.2.1 Versiones del "hombre bueno"

Entre las mujeres que tenían pareja en el momento de la entrevista, una presentación discursiva que sí aparece de forma explícita es la de la pareja presente. En la mayoría de los casos se utiliza precisamente una versión del polo del hombre bueno para describir los rasgos considerados positivos del compañero actual por contraposición a la ex pareja, que se aproxima al polo del "hombre malo". Como veíamos en el caso de las chicas procedentes de clases medias, se trata de utilizar el discurso para dar sentido a la situación presente.

L: O sea, yo...era en plan..., me atraía, porque ahí ya me atraía, ya sentía algo por él, que era, a parte de curiosidad, porque era bastante reservado, ehh...no sé, **lo veía un chico muy serio, como más asentado que...el chico con el que estaba**, entonces era como... un poco la contraposición de uno y otro, ¿no? **El otro estaba totalmente loco y no paraba de hacer gañanadas** y este, por ejemplo, yo lo veía **más serio**, siempre estaba de risas conmigo, pero cuando se tenía que centrar se centraba y a mí eso me llamaba mucho la atención. (...) Y, por ejemplo, David a parte de ser **más mayor y más maduro** lo veo, porque ha..., lleva también más años viviendo solo, es **más independiente**...Yo a David lo he visto ponerse serio, incluso nervioso delante de mí, **le he visto ponerse serio y explicarme cosas que yo, por ejemplo, no entendía** y..., y verle disfrutarlo. Estando serio, pero explicándote las cosas disfrutando. Para mí eso es...Yo no sé por qué, tía (ríe). Es un chico majísimo y todo eso, pero es que cuando se pone serio...(ríe) (E25: LARA)

En este momento de su relato, Lara presenta a su pareja actual construyendo para ello una oposición con su ex pareja. La entrevistada se centra en el anterior fragmento en describir la atracción que empezó a sentir por él cuando aún no era más que un amigo mientras mantenía una relación con otro hombre, su ex, a quien a lo largo de toda la entrevista presenta como una persona inmadura, a la que tenía que mantener económicamente, y que coloca dentro de una categoría de hombres rechazables debido a su carácter posesivo. Mientras que su ex era una persona irresponsable que "no paraba de hacer gañanadas", su actual pareja se caracteriza por los valores de la madurez y la seriedad.

Se presenta aquí la versión responsable del hombre bueno, alguien que se diferencia del "inmaduro" en que atiende su trabajo, es independiente económicamente y es capaz de ponerse serio y centrarse ante los asuntos importantes. En el último párrafo se observan además ciertas similitudes con la atracción por el polo del hombre culto que muestran las chicas de clases medias-altas, cuando Lara describe su capacidad para explicarle cosas que "ella no entiende". Las risas finales denotan la complicidad durante la interacción cuando la entrevistada da a entender que la actitud seria que adquiere su pareja en determinados momentos le resulta atractiva sexualmente.

Por otra parte, la versión del "hombre bueno" más cercana a la pareja atenta y cuidadora la encontramos en la descripción que Mónica hace de su marido actual. Toda la presentación que la entrevistada lleva a cabo en este caso es una comparación con su ex marido, con quien, como ya hemos comentado en otros capítulos, tuvo una relación de 15 años muy difícil y marcada por la adicción de éste a las drogas y los intentos de Mónica por atraer su cariño y su atención.

En el siguiente fragmento, la entrevistada responde a una pregunta sobre qué fue lo que le atrajo de su actual esposo, con el que empezó una relación sólo una semana después de romper con su pareja anterior:

M: Y... y no sé, es que **era todo lo que siempre había buscado en... en el otro chico...** en mi ex.

E: Y ¿qué era eso que...? ¿a qué te refieres?

M: **Atención, cariño,** (risa irónica) ¿sabes? Y... que le gustaba... vivir el día a día y que era **muy atento conmigo, que... el otro siempre había sido todo lo contrario.** Yo creo que por eso... como somos unos masocas, pues... Nos gusta que nos den caña (ríe) y él era todo lo contrario

E: Y...

M: (interrumpe) era, me llamaba la atención, yo qué sé. No sé, me llenó, me llenó enseguida fue... No te lo esperas, -titubea- cuando te has dao cuenta ya estás metida viviendo con él. Es como "bff... madre mía"

E: O sea que de este chico lo que te atrajo dirías que fue...

M: Lo contrario que -titubea-. **Es el polo opuesto de mi ex,** totalmente. También tiene sus cosas malas pues por ejemplo el hacerme reír pues ya no es lo mismo, lo que pasa es que yo con el otro chico ya no me reía, no me... era pesado porque ya me sabía todas sus tonterías ¿sabes? entonces, quizá me falten cosas que el otro tenía y él no, pero... Al ser todo lo contrario es lo que me... me llenó, me enamoró,

E: Y tú...

M: (interrumpe) Que **es lo que yo necesitaba.** (E29: MÓNICA)

En este punto de su relato, Mónica utiliza el polo del hombre bueno para comparar su pareja actual con su ex pareja y para dar sentido a una experiencia que de otra manera podría parecer precipitada. El hecho de encontrar un hombre atento, que la cuidaba, que estaba pendiente de ella como no lo había estado su pareja anterior por causa de su adicción a las drogas consiguió enamorarla rápidamente. La metáfora que utiliza cuando explica que enseguida la "llenó" es interesante porque apela a algo que ella no tenía y que su ex pareja tampoco parecía darle. Llenar significa aportar todo lo que uno necesita, no dejar "huecos" en esa necesidad. Y en este caso esas necesidades parecen ser el cariño, el cuidado y la atención. Para dar sentido a su experiencia de insatisfacción amorosa anterior, Mónica apela a lo que ella entiende como el masoquismo femenino, "nos gusta que nos den caña" y a una especie de redención en el encuentro con alguien que es totalmente diferente, que hace dejar atrás ese masoquismo y propicia un cambio entendido como positivo. No importa si el encuentro ha sido rápido o no, o cuáles fueran las intenciones iniciales, ya que la experiencia presente queda construida como "lo que se necesitaba" como un giro radical -por ser opuesta a la experiencia previa- en la biografía amorosa.

En el siguiente fragmento vemos cómo otra entrevistada, Sandra, explica qué es lo que le atrae de la persona con la que tiene en el momento de la entrevista una relación intermitente, tras haber relatado su experiencia anterior con tres hombres muy diferentes. Sandra, como ya hemos explicado, se encuentra en una situación de especial vulnerabilidad. Procedente de una familia donde la violencia ha sido frecuente, en paro, sin ahorros y sin estudios superiores, relata a lo largo de toda la entrevista algo que, como ya hemos analizado, parece una cierta tendencia a aferrarse a sus parejas como vía de escape de su familia de origen y, en especial, de la relación con un padre alcohólico y violento. A pesar de esa gran esperanza puesta en la vida en pareja, aparecen en su relato experiencias sentimentales mayoritariamente con hombres también violentos, situaciones de dominación y episodios de agresiones físicas contra ella.

Así es como describe a la persona de la que está enamorada en el presente, y con la que espera poder tener una relación:

E: ¿Y a ti te gustaría tener algo con él?

S: Sí, sí, sí, o sea yo... **yo creo que es mi alma...** vamos que sí..

E: Y ¿por qué?, **¿Qué es lo que te gusta tanto de él?**

S: **Todo, todo, todo.** Es... que es una persona... **nunca me ha faltado al respeto**, hemos discutido... a lo mejor una o dos veces, pero no es una persona que de repente le venga un insulto a la cabeza y te lo diga, ¿me entiendes? No, no, él siempre mide sus palabras, **siempre mide lo que dice, nunca te va a poner, vamos... nunca.** Es una **persona muy...**

como muy delicada, ¿sabes? tiene mucha clase, mucho tacto a la hora de... ¿me entiendes? de tratarte, cuando está con una mujer, cuando... cuando discutes sabe discutir, no sabe pasarse de la raya, me respeta mucho, yo le respeto a él también ¿sabes? Eso... como... es lo que más valoro yo ahora ¿me entiendes? el respeto. **No una persona de estos que vaya de chulo y te chulee, no.** (E28: SANDRA)

En este caso la versión del hombre bueno que Sandra utiliza para describir a la persona con la que se está ilusionando es opuesta a la de los hombres con los que se ha implicado en el pasado en relaciones tormentosas y violentas. Un hombre delicado, que guarda el respeto a “una mujer”, es decir que no ejerce violencia ni dominación, sino que respeta a su pareja en el trato tanto verbal como físico. Sandra pone en juego una categoría de masculinidad opuesta a la que ha conocido en su experiencia práctica, la que representan los hombres delicados, “con clase”, que no agraden y que no “chulean” a las mujeres. Esta oposición permite una idealización del hombre que describe aquí que hace que “todo” lo que éste representa le guste y que, como veíamos en otro capítulo, vea “todo su futuro en él” o, como insinúa en este fragmento, lo considere su “alma gemela”.

Existe finalmente una cuarta versión del polo del hombre bueno puesta en práctica de nuevo en comparación con las parejas anteriores que representan el polo del hombre malo.

E: Te estaba preguntando **qué te atrajo** pues de este chico con el que estás ahora

R: **La inocencia** que tiene (ríe). **Es que es de pueblo** (ríe), es de un pueblo de Cáceres y es que no se parecen a los chicos de ciudad. Eso es lo que me llamó la atención

E: Y por qué, a ver, explícame eso

R: (ríe). No sé, porque... A ver, no te digo que los de pueblo sean... tontos. Porque los hay mu listos. Pero no sé, tienen otra manera de... **No tienen tanta picardía.** Como los chicos de ciudad. **Son más... inocentones, más, como más natural, todo.** Y eso es lo que me llamó la atención, **la naturalidad, la espontaneidad de... es lo que hay, es lo que ves.** (E31: RAQUEL)

En el anterior fragmento vemos que en este caso lo que se entiende como positivo de la pareja presente, lo que le acerca a ese polo del hombre bueno, tiene que ver con la “naturalidad” y la ausencia de pretensiones. La entrevistada apela a la falta de picardía, es decir, se describe a una persona honesta, que no engaña. “Lo que ves es lo que hay”, por lo tanto, esta versión del hombre bueno representa a un hombre auténtico, que no tiene intenciones ocultas.

Es significativo cómo la descripción de la pareja presente se lleva a cabo en todos los casos que se han visto por oposición a las características de un hombre con el que se ha estado implicada en el

pasado. Lara se explaya en la madurez de su actual novio contrastándola con la inmadurez e irresponsabilidad de su ex, Mónica afirma que su marido actual le da el cariño y la atención que su anterior marido no le daba, Sandra apela a la delicadeza de la persona de la que está enamorada después de relatar relaciones violentas y Raquel explica que lo que le gusta de su actual pareja es su naturalidad y su honestidad por oposición a su experiencia pasada con hombres “charlatanes” y poco fiables.

6.2.2 La construcción de la categoría del “hombre malo” y la justificación del pasado amoroso

Como hemos visto, a las mujeres que tienen pareja en el momento de la entrevista la clasificación entre los hombres “buenos” y los “malos” les sirve para presentar a su pareja actual por contraposición a otras anteriores. Al mismo tiempo que presentan a sus parejas, estas mujeres tienen que dar sentido a través de su relato a sus experiencias previas. Si el polo del hombre malo sirve en numerosas ocasiones para describir a sus exparejas es también necesario que ellas mismas se expliquen sus relaciones pasadas con este tipo de hombres que conscientemente rechazan. Tal explicación es necesaria ante sí mismas y ante una entrevistadora mujer que, en principio, podría considerar reprochable las relaciones con ese tipo de hombres. ¿Qué es lo que justifica el haber estado con un hombre que representaba una masculinidad conscientemente considerada negativa? Si no se otorga una explicación a esto, las entrevistadas ofrecerían una imagen de sí como mujeres que no saben cuidarse o que sacrifican el bienestar propio por conseguir al hombre deseado. En el caso de las mujeres de clases populares, ese hombre malo no está investido del valor de la intelectualidad que se veía en algunas mujeres de clases medias con capital cultural y que permitía justificar situaciones presentes (como en el caso de Adriana cuando decía “me compensa”) o pasadas (como en el caso de Natalia cuando explicaba los problemas con una ex pareja que la había “deslumbrado”). Por lo tanto, la explicación que ellas se otorgan no puede tomar este sentido. Para justificar el atractivo del “hombre malo”, se utiliza en este caso una versión del mismo que lo describe como inauténtico, falso, con intenciones ocultas, alguien que parece un “hombre bueno” –parece una persona cariñosa, buena, atenta, es decir, parece tener los valores que estas mujeres presentan conscientemente como deseables- y sin embargo es todo lo contrario.

E: Y... de los otros chicos, del primero ¿Qué dirías tú que te atrajo así? (...)

R: Sí, y que era muy tierno y... yo qué sé. **Te pilla jovencita que tampoco tienes mucha idea y... no sé, das con una persona cariñosa pues que te gusta y... te comen la oreja** (ríe). Y bueno, pues **caes**

E: Y ¿por qué dices que te comen la oreja..? ¿Crees que no era sincero o algo así?

R: Bfff (silencio). Es que yo tengo una teoría. Que es que **los hombres que te dicen demasiadas gilipolleces a lo largo del día... no te fíes de ellos.**

E: ¿Ah, sí? ¿y eso?

R: Sí, sí. Lo tengo comprobadísimo. Muchas veces el que más calla es el que más siente. (ríe) De verdad eh (ríe) Además que lo tengo comprobado. Y...

(...) **Mucho de "te quiero, te quiero princesa... eres no sé qué". Y luego "uy qué no, que me he dao cuenta de que no"** (E31: RAQUEL)

En este fragmento Raquel está hablando de un ex novio al que describe a través de esa versión del hombre malo que lo identifica con el "fraude", el hombre que no es auténtico. La descripción de algunos rasgos personales de la ex pareja sirve para la presentación de toda una categoría de hombres, los "come-orejas", esos que dicen sentir una cosa pero de los que no te puedes fiar. Una mujer joven, sin experiencia, que "no tiene mucha idea" es susceptible de "caer" es decir, enamorarse, creer en la autenticidad de los sentimientos de esa persona y entregarse a ella.

La hipocresía de la que habla Raquel se ve aumentada por el hecho de que ese tipo de hombre tendería a engrandecer sus sentimientos hablando demasiado de ellos y exagerando las virtudes de su pareja. La ironía de ese "uy, que no, que me he dao cuenta de que no" pone de manifiesto el escepticismo con el que la entrevistada da sentido a su primera ruptura. Ese momento final de la relación marca un punto de inflexión en su relato, una especie de revelación o pérdida de inocencia que cambiará el modo en que se evalúa a los hombres y a una misma. En este contexto discursivo toma mayor sentido el hecho de que al ser preguntada por lo atractivo de su pareja actual Raquel apele a su naturalidad y espontaneidad, que lo diferencia de los "listos", los hombres con intenciones ocultas y de los que no te puedes fiar. Es interesante ver como la justificación de este "fraude" se encuentra en la juventud y la inocencia con la que la entrevistada se evalúa a sí misma en el pasado. No se trata de que el "hombre malo" genere atracción por una especie de masoquismo, sino que la explicación está en el engaño o "engatusamiento". En otras entrevistas encontramos también este uso del polo del hombre malo para describir una relación pasada, e igualmente una justificación de la misma. En la mayoría de los casos esta justificación combina la inocencia de la juventud con algo que se considera incontrolable: la pasión y el deseo sexual. Si la pareja actual tiene características positivas que convierten la elección en racional y sirven para interpretar y reafirmarse durante la entrevista en la propia situación presente, generando un sentido del "saber elegir", las elecciones pasadas se justifican apelando a lo irracional y lo incontrolable del deseo. Así es como explica Carmen su primera relación con un hombre al que acerca

en su discurso al polo del hombre malo:

E: Y del otro, que te había gustao así cuando eras más... más adolescente y tal, ¿tú **qué crees que te atrajo** así..?

C: **El sexo.**

E: ¿Y ya está?

C: Sí. Punto. O sea... ya está. (Ríe) Sí, eso es. **Te encandila... y ya luego... y... pues eso (...)** A ver yo con ese chico de antes pues **perdí la virginidad con él**, era el primer chico con el que estaba así un poco más en serio entonces estaba un poco... pues eso. **Encandilada...** por eso te digo que es que no era enamoramiento...¿sabes? entonces pues no sé, buscaba cualquier excusa para discutir conmigo e irse por ahí o...Y pues eso, que no. No era una relación buena. (E23: CARMEN)

Encandilar significa según la Real Academia Española “deslumbrar acercando mucho a los ojos el candil o vela, o presentando de golpe a la vista una cantidad excesiva de luz”. En el uso reiterado de esta expresión vemos como Cristina hace referencia también a esta versión del hombre malo como hombre no fiable, que, de nuevo, tal y como veíamos en Natalia, “ciega”, “deslumbrar” provocando que no sea posible ver la realidad: el hecho de que los sentimientos del otro no corresponden a los propios, que son, nuevamente, los de una joven sin experiencia. En este caso, sin embargo, ese “encandilamiento” no tiene que ver con la intelectualidad como en Natalia sino con el sexo, con la pasión de las primeras relaciones. Pero por sí sola, esa relación pasional no se puede considerar enamoramiento, según la entrevistada.

Tal y como se observaba en un apartado anterior, de nuevo la clasificación de los hombres en dos polos, uno asociado con lo positivo y otro con lo negativo, se utiliza en ocasiones para justificar que la pareja actual es “el verdadero amor”. Esta forma de apelar a la pasión se combina en otras ocasiones con la falta de conocimiento de la otra persona tal y como “realmente” es:

L: Yo **lo conocí con quince años** y tenía una idea de él de cuando yo lo veía en verano, y **de cuando nos veíamos que era como ¡fuego!, yo lo miraba, él me miraba y había fuego** en, **era...la idea que yo tenía un poco de él, porque en realidad conocerlo, conocerlo, tampoco lo conocía** tanto porque yo no estaba con él a diario...ni, ni lo veía todos los días, entonces era un poco una idea, yo lo tenía como decía mi madre **en un pedestal** (ríe). (E25: LARA)

De nuevo, tras la descripción de una relación en la que ha habido mucha insatisfacción por parte de la

entrevistada, se apela a la juventud y a la pasión para explicar la atracción por un “hombre malo” que es el opuesto a la pareja actual, la cual representa lo positivo, la relación madura y sana. La metáfora del fuego implica la importancia que se otorga a la atracción sexual para dar sentido a las propias experiencias que son contradictorias con los valores explícitamente aceptados. Y de nuevo, esa pasión nubla la vista: provoca que el otro se tenga en “un pedestal” y no se le vea tal y como es. Ese desconocimiento del otro más allá de las propias ideaciones termina por dar sentido a una elección que en el momento de la entrevista se juzga negativa.

6.2.3 El análisis del propio deseo

Entre las mujeres que no se encontraban implicadas en una relación sentimental en el momento de la entrevista se observa otra manera de dar sentido a la propia biografía amorosa que además de generar una presentación del otro –y a través de ella del propio yo- se centra en mayor medida en construir una reflexión sobre el propio deseo. En ocasiones, durante la entrevista, las mujeres que no se explayan en la descripción de la propia pareja desarrollan en la interacción el sentido de su propio gusto y explican lo que consideran que les resulta atractivo en los hombres a partir de ese sentido. Esta estrategia discursiva no se distancia completamente de la que venimos explicando, aunque introduce un matiz: si entre las mujeres implicadas en una relación de pareja se establece una diferencia entre lo que generaba atracción en el pasado y lo que la genera en el presente hacia su pareja, las que no tienen una relación construyen una distinción similar, en este caso entre lo que gustó en el pasado y lo que gustará en el futuro gracias a lo que ya “se ha aprendido”:

E: Y ¿Por qué crees que era tan tormentosa? ¿qué pasaba para que fuese tan tormentosa?

C: El **ojo clínico** que tengo yo creo que tiene mucho que ver, el cómo elijo. No sé por qué, porque realmente no sé por qué, **pero siempre hay como un algo, o sea, el chico con el que estoy tiene algún drama** o algo, que yo no sé por qué, **le tengo que cuidar, pero no cuidar**, o sea porque realmente yo **un chico dependiente no podría estar con él. Tienen muchísimo carácter**, tienen, **pero tienen algo ahí como oscuro**, y llega un momento que eso, igual que yo lo sé desde el principio, llega un momento que puede conmigo y... y no me quiero hacer cargo de ello. (...) No es cuidarlos es... es como (silencio) cómo decirlo. Son como la parte dura, porque realmente **son chicos** en plan que son **fuertes**, que son **duros** son... **son hombres**, son pues, que **no son moñas en ningún momento**, pero por otro lado es como si por esa parte **se viera la parte frágil de ellos, pero en ningún momento les he tenido que cuidar**, o sea como tal, diariamente, en plan **ay pobrecito que tiene un drama**

y se está quejando tol día no puede... hacer vida normal porque está tol día "ay pobrecito yo, pobrecito yo", ni mucho menos, pero no sé, son como, el complementar una cosa con otra, es que no sé cómo decirte, no sé si tiene mucho sentido lo que te estoy diciendo... Siempre me han gustao pues los... ahora ya no tanto pero antes, **los macarras**, porque era el típico pues eso, **tío duro que te cagas, de no he roto un plato, he roto un plato, he roto la vajilla. Me gustan pues eso con cara de... no con cara pero con carisma de pícaro**, por decirlo de alguna manera, pero no te sabría decir, es que claro ya te he dicho que es como muy complejo todo, no...

(...)

E: Mmmm y los, los dos chicos con los que has estao así más relevantes, de ellos, ¿qué fue lo que te atrajo?

C: (Silencio) Eh pues... yo creo que fue un combo de físicamente que me tenían que atraer, yo ya no entro en que si eran guapos, feos o como sea, pero algo me atrajo, y el carácter, el carácter, eso, **la chulería, el... el echar, echados pa adelante... eso.** (E26: CAROLINA)

En este otro fragmento, la misma entrevistada explica algunos problemas de una relación pasada con un hombre que consumía alcohol y drogas frecuentemente:

C: porque cuando se iba de fiesta **se ponía... como Las Grecas** y entonces ya no sabía ni donde vivía

E: ¿Y eso era un conflicto entre vosotros?

C: (alzando la voz) Eso era un conflicto, claro que era un conflicto, se ha, se ha llegao a meter en la autopista por dirección contraria, claro que era un conflicto, era un conflicto porque yo ya realmente, yo le dejé diciéndole que yo no podía estar esperando en casa a que me llamaran diciendo que se había matao. Que si pasaba que él no estaba dispuesto a hacer nada por lo menos yo no quería verlo. **Y luego claro me planteo, ¿por qué elijo gente así?** Y luego viene el siguiente y... y parece que no aprendo, **parece que no aprendo** pero bueno. **Yo creo que ya sí, o parecía que no aprendía, ahora ya... llevo un montón.** (E26: CAROLINA)

Y así se expresa en relación a lo que considera su transformación personal en la manera de relacionarse:

C: Yo he cambiado en **quererme a mí muchísimo más**, yo creo que eso era también un problema que tenía (...) Yo a día de hoy no paso ni media. **A mí me viene por banda un capullo con los que he estado** por mucho que les haya querido y que les tenga cariño **y yo no empiezo nada con él.** O sea yo sé que **me merezco algo muchísimo mejor** que un tío que me va a traer por el camino de la amargura. Y eso... yo no sé si será quererme a mí más o... o realmente es un aprendizaje, en plan de... **esto ya lo he vivido, no lo quiero volver a vivir.** (E26: CAROLINA)

En este caso el polo del hombre malo se acerca a una versión similar a la del "macarra" de la que hablaba Begoña en la primera parte del capítulo. Pero en lugar de distanciarse irónicamente de él para justificar las bondades de su nueva pareja como hacía Begoña, en este caso se trata del intento de la entrevistada por identificar un patrón en sus elecciones. Como vemos, Carolina habla de sus parejas pasadas como hombres que "son hombres", apelando a ciertos rasgos tradicionales de una masculinidad dominante: son "duros", no son frágiles ni necesitan de cuidados, son independientes. En la utilización del término "pobrecito" hay una cierta ridiculización de un tipo de hombre más emocional, que ella entiende como tendente a la victimización, y a través de cuya caricatura se distancia de los hombres aparentemente débiles. Es decir, la descripción de sus ex parejas supone la definición de la hombría a través de rasgos de una masculinidad dura, complementada sin embargo con un lado "oscuro", y conflictivo, que los hace en cierta manera velada vulnerables. Ese lado oscuro se materializa en la ex pareja concreta de la que habla en el fragmento anterior en una relación complicada con el alcohol y las drogas que genera necesariamente problemas. El polo del "hombre malo" en su versión de complejo y problemático se utiliza aquí para intentar dar sentido a elecciones que han traído muchos conflictos y a la propia ambivalencia entre lo deseado y lo rechazable. Sin embargo, en su análisis sobre el cambio personal en relación con los hombres, Carolina da un giro importante a su discurso intentando reafirmar una feminidad no sumisa: ahora ella "se valora" mucho más, ha aprendido de la experiencia pasada, y sabe que no volverá a relacionarse con ningún "capullo" porque "merece algo mucho mejor".

Esta idea del hombre que es "hombre de verdad" también aparece en Blanca, una entrevistada de clase media:

E: Y ¿qué dirías tú que te atrae de los hombres en general?

B: Pues yo creo que la forma de ser, que sean, o sea **que sean hombres de verdad**. Igual y eso también tié que ver con que no tengo padre si no al que tenga, o sea no necesito a nadie que me proteja pero... **algo protector a mi lado aunque luego no lo necesite** y no lo quiera y no... pero no sé, **que sea hombre**, no que sea... No sé si es...

E: Sí, pero ¿a qué te refieres? Aparte de lo de protector ¿a qué te refieres con lo de que sea hombre?

B: **Con carácter, que tenga, pues las cosas** claras, no respecto a mí, sino respecto a la vida, **que sepa lo que quiere y que luche por hacer las cosas que quiere** (...)

E: Y así los hombres que te han atraído últimamente o en tu vida, ¿Qué dirías que es lo que te atrajo?

B: El carácter. Que tenga un **carácter fuerte**. O sea no fuerte, sino **marcado**, o sea que no se dejen, **que no sean... ¿Volubles?** (E22: BLANCA)

Al ser preguntada sobre los hombres que le resultan atractivos, Blanca no recurre a analizar la personalidad de la única pareja que ha tenido en el pasado, como sí hacen las mujeres con pareja en el momento de la entrevista. Esta ex pareja queda categorizada dentro del "hombre malo", ya que le ocultó su condición de casado durante seis meses. Y en lugar de describir lo que le resultó atractivo de él genera un discurso que tiene que ver más con un autoanálisis, como deja ver la expresión "igual y eso también tié que ver con que no tengo padre" como forma de evaluar su propia ambivalencia ante la atracción por un tipo de hombre que ofrece protección. Su diagnóstico sobre su propio gusto se centra en ese polo del "hombre bueno" que en este caso está caracterizado por el hombre seguro, con un criterio firme y con la fuerza para luchar por lo que quiere. En este caso por lo tanto el "hombre de verdad" no se caracteriza por la rudeza del carácter como hacía la entrevistada anterior, sino por la firmeza del mismo. En un momento posterior de la entrevista, Blanca identifica esos rasgos con la personalidad de su padre:

B: Y... y no sé, igual sí que...pues no sé, busco... **Mi padre para mí era lo que es un hombre de verdad, o sea, luchaba por su trabajo**, se sacaba las castañas del fuego en su trabajo, venía a casa, eh, contaba pues si había **problemas**, pero no hacía un drama de ellos, y **se los arreglaba el solo**, o sea, compartía los problemas pero sin darles la importancia... una importancia extra para que el resto... para **no cargar a nadie con sus problemas** (E22: BLANCA)

En este fragmento, el polo del hombre bueno, que la entrevistada expone como atractivo para dar sentido a lo que busca en una pareja, se completa con una visión tradicional del hombre como proveedor económico, responsable en su trabajo y contenido emocionalmente, que no "carga" al resto de su familia con sus inquietudes. De nuevo, al igual que en la entrevistada anterior, se observa cierto rechazo simbólico hacia una masculinidad excesivamente emocional que exponga más de la cuenta sus preocupaciones y debilidades. Los rasgos que aquí definen no sólo lo deseable, sino fundamentalmente lo masculino, son la fortaleza, la independencia y la responsabilidad.

6.3 Recapitulación de los discursos de las mujeres

Existen dos dimensiones fundamentales en los discursos producidos por las mujeres en torno a las masculinidades deseables.

La primera de ellas es el contenido de los discursos, lo que se dice sobre lo que gusta. La segunda, la manera en que esos contenidos se manejan. Tal como hemos visto, las descripciones de lo deseable o atractivo se construyen en contextos diferentes durante la situación de interacción que se produce durante una entrevista sociológica. Las entrevistadas apelan a rasgos de las masculinidades deseables cuando se les pregunta directamente por ello pero también en otros momentos del relato de la biografía, explicando su presente o su pasado, dando sentido a las decisiones, analizándose a sí mismas o incluso generando una proyección de futuro sobre el propio deseo. Se ha visto cómo en diferentes momentos de la entrevista los discursos se usan con objetivos distintos.

Gracias al análisis tanto del contenido de los discursos como de su manejo estratégico podemos acceder a los rasgos fundamentales de las masculinidades consideradas atractivas así como a diferentes "legitimidades" a las que las mujeres apelan en su experiencia subjetiva y práctica del amor (Martín Criado, 2014).

Se ha visto cómo un primer grupo de entrevistadas reivindica rasgos de una masculinidad culta mientras que desprecia la figura del "anti-hombre" representado por aquellos considerados inferiores intelectualmente. La puesta en práctica de esta categoría por parte de las entrevistadas de clases medias con niveles altos de capital cultural implica cierto grado no necesariamente consciente de lo que Grignon y Passeron (1991) categorizan cómo "racismo de clase":

"En nuestras sociedades de clase (...) *el racismo de clase*, entendido como la certeza que tiene una clase de monopolizar la definición cultural del ser humano y por lo tanto de quienes pueden ser reconocidos plenamente como hombres, anima todavía a vastos sectores de las clases dominantes y no necesariamente a los más "tradicionales" o "elitistas"; en cuanto pasamos por alto las proclamas políticas o las declamaciones éticas y empezamos a registrar el discurso silencioso de los gestos, de las pequeñas decisiones cotidianas (sociabilidad), sin hablar de las grandes (matrimonio)." (Grignon y Passeron, 1991:27).

Tal y como señalan estos autores, el clasismo no es monopolio de los sectores más conservadores políticamente, ni tampoco es necesariamente más acusado entre ellos. Las mujeres

universitarias de clase media que hemos entrevistado, que se definen a sí mismas como mujeres de izquierdas, llevan a cabo aquí una degradación simbólica del hombre de las clases populares que las aleja de ellos como potenciales parejas, de la misma manera que las mujeres se alejaban simbólicamente y físicamente de los campesinos de Béarn en la famosa etnografía llevada a cabo por Bourdieu en *El baile de los solteros*.

Por un lado, por lo tanto, existe un ideal de masculinidad asociado a la capacidad intelectual que presenta, como tipo ideal, las siguientes características:

- A) Cultura, capacidad para mantener “conversaciones interesantes”, interés por la política y el arte
- B) Frente a inteligencia práctica, sensibilidad y capacidad de reflexión sobre la vida, las relaciones y las emociones
- C) Éxito profesional
- D) Brillantez y originalidad de pensamiento

Bourdieu (2004) relacionaba el celibato de los campesinos en su región de origen con la degradación del mundo rural y con las estrategias de hipergamia de las mujeres, quienes se acercaban simbólicamente a los nuevos valores urbanos representados por los jóvenes de la ciudad. Las mujeres de clases medias que participan en esta investigación se encuentran en una situación social muy diferente a las del estudio de Bourdieu. Todas tienen formación universitaria superior, experiencia profesional y expectativas de una trayectoria laboral estable o ascendente. Su valoración simbólica de este tipo de hombres no tiene tanto que ver con la promesa implícita de ascenso social como con una imagen de sí mismas muy apegada a la cultura legítima, consecuencia de una socialización en entornos marcados por la misma. Se trata al fin y al cabo de la manifestación de ciertos rasgos de un habitus en el que el capital cultural juega un papel central en la configuración de deseos y expectativas. Esto no significa, sin embargo, que las elecciones que implican un descenso en la trayectoria social no sean también, de una forma no necesariamente consciente, excluidas del campo de posibilidades.

Las mujeres para las que la relación con la cultura es un elemento menos central en su autoimagen –fundamentalmente, las pertenecientes a las clases populares y las de clase media que no proceden de entornos familiares intelectuales- construyen un ideal de masculinidad que se centra en otras características consideradas virtuosas. Como hemos visto, estas jóvenes elaboran diferentes

versiones de la tipología del "hombre bueno". Una de ellas, más común entre sectores sociales intermedios, tiene que ver con rasgos asociados al "hombre responsable", que presenta las siguientes cualidades:

- A) Capacidad para desarrollar su trabajo e independencia económica
- B) Seriedad y madurez
- C) Independencia emocional: capacidad para moderar la expresión de los sentimientos
- D) Firmeza de carácter

Frente a la inmadurez, el carácter voluble y la falta de responsabilidad, las mujeres entrevistadas presentan estos rasgos como las características deseables y atractivas en una pareja o potencial pareja. En algunos casos como el de Blanca, de clase media, estas cualidades típicas del proveedor económico y cabeza de la familia nuclear representan el "hombre de verdad". La otra definición explícita de lo masculino, llevada a cabo por Carolina, de clases populares, identifica "ser hombre" con el carácter fuerte e independiente, contraponiéndolo del mismo modo al exceso de emocionalidad, pero haciendo hincapié en la dureza más que en la responsabilidad.

Por otra parte, algunas de las mujeres en situaciones sociales más vulnerables, pertenecientes a la trayectoria social número 4 de la muestra, relatan relaciones tormentosas en el pasado, en las que el conflicto y en algunos casos la violencia física han estado muy presentes. En gran parte de estos casos las situaciones de violencia se ha relacionado con el uso abusivo de alcohol y drogas ilegales por parte de la pareja. Estas mujeres construyen, en contraposición a la imagen de sus ex parejas, un ideal de masculinidad que apela al cariño, la delicadeza, la atención y el apoyo como rasgos fundamentales del hombre atractivo. Estos elementos, si bien no centrales, no están totalmente ausentes en el discurso del resto de mujeres de la muestra, sin embargo, en esos casos no se movilizan cuando se les pregunta sobre el tipo de hombre que resulta deseable sino al hablar de las características de una buena relación. Es decir, el resto de mujeres no reivindican estos rasgos como atractivos en los hombres, sino que los consideran componentes que de alguna manera se dan por hechos y que otorgan a los vínculos amorosos más posibilidades de éxito.

Como se ha explicado, el segundo aspecto al que se ha atendido durante el análisis es el uso que las entrevistadas hacen de sus discursos, su manejo estratégico de los mismos. En este punto es

necesario hacer una aclaración para no generar confusiones en cuanto a lo que asumir ese manejo estratégico implica. Tal como nos recuerda Martín Criado (1998) adoptar una perspectiva goffmaniana sobre las prácticas discursivas como jugadas estratégicas no supone asumir una concepción del sujeto como actor racional que busca maximizar su interés, aunque sea en este caso un interés simbólico. El sujeto de Goffman (2006) genera necesariamente una implicación emocional en la situación de interacción, ya que durante la misma pone en juego la construcción de la imagen de sí mismo. Por este preciso motivo los usos que las entrevistadas hacen de sus discursos son de una gran utilidad para el análisis. En ellos se puede rastrear esa implicación emocional en la negociación de la identidad de estas mujeres. Es decir, en los usos discursivos encontramos indicios de lo que las mujeres consideran legítimo en su experiencia subjetiva y práctica del amor.

Entre las mujeres de la primera trayectoria, como hemos repetido en varias ocasiones, se observa un importante interés por generar una presentación del yo como mujeres cultas y con inquietudes intelectuales. En los casos en los que esta función del discurso es más evidente, parece que las mujeres están implicadas en generar un sentido de sus parejas como "personas que están a la altura", en estos términos intelectuales. Es decir, de lo que se trata es de construir su identidad como mujeres que eligen hombres que de alguna manera sienten que merecen la pena, hombres que se pueden admirar por sus aficiones y por sus capacidades. El resto de mujeres también están muy implicadas en generar este sentido del "saber elegir". Es por ello que la categoría del hombre malo apela a un hombre que no atrae precisamente por ese "ser malo" sino que engaña, que parece lo que no es, que "deslumbra" o "encandila"⁵⁸. Es también por ello que esta categoría sirve para explicar el pasado -un pasado en el que ellas se presentan como jóvenes e ingenuas- frente al presente, en el que la categoría del hombre bueno describe a la pareja actual, en caso de tenerla, o frente al futuro entre las solteras sin pareja, que imaginan dentro de esta categoría a sus futuras elecciones. El sentido que se le otorga a la biografía es en ambos casos similar: en el pasado la entrevistada era ingenua y dio con un hombre que la engatusó, que la engañó a través de las artes de la seducción y la enganchó a través de la pasión, mientras que ahora o se ha encontrado al hombre adecuado, que se presenta como opuesto a este fantasma del ex o bien se encontrará en el futuro, en ambos casos gracias al proceso de aprendizaje que se desarrolla con la madurez.

Es interesante ver cómo la mayor parte de las entrevistadas relatan experiencias negativas en relaciones pasadas. Entre las mujeres está muy extendida esta clasificación de los hombres en buenos y

⁵⁸ Con la única excepción de Carolina, que, como hemos analizado, dice sentirse atraída por hombres problemáticos y con un "lado oscuro".

malos, y esto se ve especialmente claro en la complicidad que muestran con la entrevistadora cuando hablan del “típico chulo” o del “capullo”, dando por hecho que la categoría y el contenido de la misma están claros para una mujer joven como ellas, quien las está entrevistando. Y es significativo el hecho de que tan a menudo se generen justificaciones para explicarse a una misma haber mantenido una relación duradera con una persona que encaja en esta categoría. Ambos manejos discursivos ponen de manifiesto una paradoja en la experiencia del amor de las mujeres jóvenes: para dar sentido a su biografía amorosa, tienen que lidiar con experiencias pasadas (y en algunos casos presentes) de insatisfacción y sufrimiento con hombres que no consideran objetos legítimos de amor, mientras están comprometidas con una identidad femenina basada en el saber cuidarse a una misma y en el rechazo de la sumisión y de la imagen tradicional de la mujer como cuidadora y “necesitada” de un hombre. Se rechaza la idea de una feminidad que “aguanta” por amor, pero al mismo tiempo se relatan numerosas situaciones precisamente de aguante de la insatisfacción, como ya analizamos más en detalle en el capítulo 4. Aquí es interesante señalar cómo esta ambivalencia es aún más paradójica si atendemos a otro de los usos discursivos más recurrentes entre las entrevistadas: la explicación de las encrucijadas amorosas. Un número importante de ellas ofrece un relato en el que una antigua pareja fue abandonada por otra (sea la actual pareja u otro ex). Independientemente de que, como vimos en el capítulo 5, este tipo de decisiones respondan al miedo al sufrimiento y a cierta necesidad de verse emparejadas, lo cierto es que las mujeres explican estas situaciones con naturalidad, sin grandes elaboraciones justificativas más allá de comparaciones entre las características de ambos compañeros, que parecen más una explicación hacia sí mismas durante el propio relato que una “excusa” hacia la entrevistadora. Esto indica algo que puede parecer una obviedad pero que es interesante relacionar con esa tendencia al aguante de la que se hablaba anteriormente. Las mujeres jóvenes consideran perfectamente legítima una biografía amorosa basada en las “monogamias sucesivas” (Roca, 2008). No es normativo permanecer en relaciones que generen insatisfacción, ya que la contingencia de las mismas se asume. Las mujeres de esta generación lidian con exigencias en este sentido muy diferentes a las que enfrentaron sus madres y sus abuelas. La elección ahora debe proceder del sentimiento exclusivamente y no de otros factores, pues es esto lo que hace auténtica la relación. Esta legitimidad del cambio de pareja hace más llamativa la permanencia en relaciones que generan insatisfacción y refuerza el argumento que entiende el amor romántico como una disposición práctica y emocional de género más que como una ideología que se defiende en los discursos. Muchas mujeres parecen acostumbradas a amar “en contra de sí mismas”, y es sólo a posteriori, una vez terminada la relación, cuando consiguen

distanciarse simbólicamente del hombre que fue su pareja y generar una crítica hacia la masculinidad que tal hombre representa.

El resto de este capítulo se dedicará a analizar las feminidades presentadas como deseables por parte de los hombres que han participado en esta investigación. El objetivo será el mismo que se ha perseguido hasta ahora con el análisis de los discursos de las mujeres. Se trata en este caso de comprender de qué maneras las características de clase y género se combinan en los discursos sobre las feminidades atractivas.

6.4 El valor de la compatibilidad

En este epígrafe y el siguiente nos dedicaremos a analizar las construcciones discursivas de los varones de la trayectoria social número uno, es decir, los universitarios que proceden de clases sociales medias-altas con capital cultural. Cabría esperar que éste fuera uno de los grupos en los que encontrar la reivindicación de una feminidad alejada de lo convencional, ya que los ámbitos universitarios generan el contacto con mujeres que en principio podrían desviarse de las normas más tradicionales. Sin embargo, entre ellos predomina una posición discursiva que defiende como atractivo un ideal de feminidad cercano a estas normas, si bien otra posición menos clásica no es completamente inexistente.

E: ¿Qué dirías que es lo que te atrae en las mujeres?

G: (silencio) Uy, a ver, (ríe levemente). Emm no sé, **tiene que ser simpática, dulce...** ¿Dices a nivel sentimental?

E: Sí, sí, sí

G: Nivel sentimental. Pues eso **simpática, dulce, comprensiva, cariñosa** (riendo) **mentalmente estable**, no, pero, bien o sea que, **que coincida un poco en la manera de ser conmigo**, que... no sé (E1: GONZALO)

El relato que Gonzalo construye en torno a su experiencia del amor gira permanentemente en torno a la única relación que ha tenido y que en el momento de la entrevista es su esposa desde hace dos años. En este fragmento, en el que se le pide abstraerse de esa relación, construye una presentación de la mujer deseable en general que presenta rasgos de una feminidad cercana al polo tradicional: una mujer que conjuga la simpatía con el cariño y la comprensión, que resulta por lo tanto "agradable", lejana a la imagen de una feminidad más conflictiva. Ese rechazo del conflicto aparece en

esta idea matizada por la risa del entrevistado sobre la mujer "mentalmente estable". A qué se refiere con ello puede esclarecerse si recurrimos a la descripción que hace de su mujer inmediatamente a continuación en la entrevista, con la que es "muy compatible" según enfatiza en varias ocasiones.

E: Y ¿cómo dices? porque para ti es importante esto de la compatibilidad y tal... ¿A qué te refieres con que coincidís vosotros mucho en la manera de ser?

G: Pues, eh, no sé, **tenemos las cosas muy claras** eh... Pues no sé, por ejemplo, sabemos, por ejemplo si vemos algo mm, de alguien que por ejemplo a mí no me gusta, yo qué sé pues, "fíjate lo que le ha dicho a tal persona" o, no sé, es un ejemplo muy tonto ¿no? pero, pero **siempre coincido en que ella piensa igual**. O... o no sé. Es que no sabría explicarlo. Pero digamos como que la base, **también supongo que tiene que ver la educación, pero la base, yo creo que es la misma**. Entonces, eh... eres muy compatible con esa persona. O sea, lo de los gustos al final es más superficial, los gustos pueden cambiar. Pero... yo creo que, tienes que tener algo dentro que sea igual que cómo piensas tú (...) **Yo creo que los valores que te enseñan, ya sean, no sé generales o cristianos o cómo fueran eh... influyen**. O sea, no sé **a mí me educaron yo creo que muy bien**, por supuesto hay cosas que mejorar, eh... pero bueno eso son las típicas cosas que tú te apuntas y dices, "a la siguiente generación". **Y... y yo creo que a ella la educaron si no igual, parecidísimo**. Entonces yo creo que, aunque luego la forma de ser, mmm, sea a lo mejor lo que, más, más sea lo que creas tú que te une a la otra persona, pero también es verdad que **si tienes unos mismos valores**, esa otra forma de ser también se asienta un poco en ello.

E: Y qué valores, ¿a qué valores te refieres?

G: Pues no sé, valores, que te enseñan no sé, de pequeño. Ya te digo yo tengo **un montón de valores cristianos**. Tengo una familia (ríe levemente) muy, muy religiosa.

E: ¿Y tú te consideras religioso?

G: (Silencio). Sí. A mi manera, pero sí. (E1: GONZALO)

En este punto Gonzalo apela a la compatibilidad con su pareja en términos morales, que responde, según el propio entrevistado, a la similitud en los valores cristianos de las familias de ambos. Esta idea está muy presente en su relato: la confluencia de sus ideas en cuanto a lo "correcto", ideas católicas, hace que su pareja sea especialmente armoniosa. La similitud de ambos en la manera de entender y evaluar el mundo se hace comprensible si tenemos en cuenta que la pareja se conoció porque sus padres, empresarios, han trabajado juntos en el pasado. Ambos comparten un estilo de vida tranquilo y tradicional propio del ideal de una clase burguesa conservadora y católica.

Las construcciones discursivas sobre lo deseable no se realizan nunca al margen de la experiencia. Los ideales culturales no son abstracciones desconectadas de las prácticas, sino que proceden en gran parte de las mismas y se movilizan para dar sentido a la propia biografía (Swidler,

2001). En este sentido lo que Gonzalo hace es construir una imagen de su matrimonio como una relación perfecta apelando a las características de su esposa como una mujer dulce, simpática y cariñosa que además comparte con él valores fundamentales sobre la vida y las relaciones. La normatividad de su principal grupo de referencia, en este caso una familia católica en sus propias palabras “muy muy religiosa”, está presente de una manera central durante todo el relato biográfico que desarrolla durante la entrevista. Y la imagen de la mujer ideal que construye, y que coincide con la descripción de su esposa, se corresponde con un feminidad clásica, caracterizada por la dulzura y la comprensión, y apuntalada por los valores religiosos que les sirven a ambos para entenderse a sí mismos como pareja y para evaluar el comportamiento de los demás.

En otras ocasiones el ideal de feminidad tradicional se conjuga con una compatibilidad que tiene menos que ver con valores morales, y más con estilos de vida ligados a la profesión:

A: Me parecía una chica, pues... **muy tranquila** y también bastante **seria** y tal, pero... un poco **moldeable**, porque es una..., pues no sé si lo pensé en el momento, pero luego lo fui viendo, en plan todas las aficio..., no todas, pero muchas de las aficiones que tiene ahora ella, que ya llevamos dos años separaos, pues son cosas que de alguna manera aprendió cuando estuvimos saliendo los dos juntos ¿sabes? Y... también era muy, era una chica **muy dulce**, que es una cosa que yo no había estao nunca con alguien así, y... **me resultó muy agradable y muy atractivo** (...)

No sé, a mí era una chica **guapa**, como **muy amable, fácil de presentar** y tal, así como en plan, pero por otra parte me aportaba muchas cosas, personalmente que no lo había encontrao con otras personas ¿sabes? Y tenía **muchísimas cosas en común**, pues empezando por la **profesión**, o, muchos **gustos** y tal, o sea nunca teníamos un problema de incompatibilidades pues los grupos de amigos eran los mismos, mi hermano pues era amigo suyo, sus hermanos no porque eran pequeños, pero sus amigas eran amigas mías, no sé **era todo muy fácil ¿sabes? Yo me voy a Bilbao y ella dice: “Ah, vale pues me voy a Bilbao”, y coge una plaza y todo perfecto** (E2: ALONSO)

En este fragmento vemos que Alonso presenta como deseables ciertos rasgos similares a los que movilizaba Gonzalo. Una mujer atractiva es una mujer “seria”, “tranquila” y “dulce”. Además introduce el rasgo de la mujer “moldeable”, que es capaz de adquirir los gustos del otro e incorporarlos o seguir a la pareja a un nuevo destino profesional modificando los planes propios, como cuando él, tal y como relata, tuvo que marcharse a Bilbao. Por lo tanto introduce un componente de docilidad o al menos de adaptación al otro en esa feminidad atractiva cercana al polo tradicional. Se apela de nuevo, como veíamos a propósito del entrevistado anterior, a una tipología de mujer lejana a lo conflictivo o a

rasgos más críticos y resistentes con los estándares tradicionales de lo femenino y alejada asimismo de un estilo de vida excesivamente hedonista. El fragmento anterior responde a la presentación de una ex pareja con la que el entrevistado tuvo una relación de ocho años, en la que explica que se trataba de una mujer muy “fácil de presentar”. Procedente de una familia de clase alta, entre la élite de la profesión médica española, es razonable que una mujer “presentable” sea para él alguien con quien comparte cierto estilo de vida, comenzando tal y como él explica, por una profesión prestigiosa -la medicina- y círculos de relaciones sociales que incluyen familiares y amigos de su misma posición social. Es interesante ver cómo se introduce en el discurso un polo opuesto a éste cuando se pregunta sobre lo que resultó atractivo en elecciones amorosas pasadas.

E: Y así de las relaciones más importantes que has tenido ¿Qué dirías que fue...lo que te atrajo de cada una de ellas?

A: Mmm, de, sí, de su, de esta última, por ejemplo, así de Irene sería su forma de ser con los demás, me parece que era **muy buena persona**, que **siempre estaba dispuesta a ayudar** y que no se ponía en primer, que era **bastante discreta**, en el sentido que **no se ponía en primer plano para todo o sea que no era lo que ella quisiera a toda costa**, y tal, sino muy **amoldable**, eso me gustaba esa forma de ser. De **pensar mucho en los demás, de preocuparse por los demás** y... y **de ser capaz de amoldarse a... a diferentes situaciones a diferentes personas**, y era **muy dulce** también. De Alejandra que fue la...

E: La de la carrera, la primera de la carrera ¿no?

A: Eso es. Esa... **Un torbellino, muy decidida, mucha personalidad, divertida**, muy divertida, **lo pasábamos muy bien juntos**, o sea era una cosa, creo yo **fue una relación más superficial**

Mientras que la ex pareja, con la que tenía un proyecto de vida futuro, responde al rol clásico de mujer cuidadora, que añade a la dulzura femenina la disposición a anteponer las necesidades de los demás sobre las propias, la pareja inmediatamente anterior, con la que mantuvo una relación más “superficial” es descrita como una persona divertida, con carácter y firme en sus decisiones. Sería, por utilizar sus propios términos, un carácter menos “amoldable”. Tal y como decían las mujeres que en “Lo que el viento se llevó” señalaban a Escarlata O’Hara mientras ésta flirteaba con diferentes hombres, en el discurso de Alonso se reproduce la idea de que “los hombres usan a ese tipo de mujeres para divertirse pero no se casan con ellas”. Es decir, parece que el ideal de feminidad considerado legítimo para una relación a largo plazo sigue siendo en este caso el representado por el personaje opuesto a Escarlata, el de Melania, ejemplo de una feminidad dulce, cuidadora y bondadosa.

A pesar de que, tal y como señala Manuel Delgado (2007), las clases medias y altas tienen una mayor

habilidad para el manejo de lo políticamente correcto, esto se ve complejizado por las divergencia en la consideración sobre lo correcto en diferentes sectores sociales. En este caso, si bien existe un manejo de la interacción que implica sin duda ciertas censuras, el entrevistado no domina determinados presupuestos feministas, lo que provoca la aparición de este machismo sutil en ideas como la anterior sobre la "mujer moldeable".

Entre los discursos de este grupo de hombres encontramos también una posición contraria, que reivindica una feminidad más divergente con lo tradicional.

C: De personalidad, sí que me gusta que sean, pues que tengan una **personalidad fuerte**, o sea, que tenga carácter, que tenga.... que sea una **tía con carácter, con personalidad, que sepa las cosas que le gustan, las cosas que no le gustan, que defienda sus valores, sus principios** y... no sé. De Nerea también me gustaba, como la conocí con 19 o 20 años, pues que **me parecía así como muy... en esa época, con mucha libertad, que... muy independiente, que vivía muy a su bola, fuera de su casa**, con sus padres y tal, y se organizaba aquí en Madrid muy bien, y una casa en el cole, tal....

(...) **Un poco alocada**, pero con... o sea, yo veía que se **seguía sacando sus estudios**, y tal. Pero, a la vez, tenía **una manera de vivir** muy, parecía, pues... **diferente**, podemos decir a lo mejor, **a lo convencional**. Pero luego es también convencional (ríe levemente)

E: Sí, ¿y por qué era dife..., o sea, qué era lo diferente?

C: Pues no sé, **vivía en su casa** y yo la primera vez que la conocí, eh.. fui a su casa y **había ahí mogollón de gente, gente que entraba, que salía**, unos estabas durmiendo, otros se levantaban... Y me acuerdo que eso con 19 años o 20 me llamó la atención, dije, joder qué guapo, esta casa aquí... había como movimiento y gente... **como mucha libertad**, dejaba que la gente entrara, saliera... no era un persona ahí de... "¿Tú que haces estando aquí que no te he invitao?" Sino que **me parecía muy abierta, y eso me gustó..** (E4: CÉSAR)

En este caso, cuando se pone en juego el discurso sobre lo atractivo en una mujer se apela a rasgos de una feminidad diferente, alejada de la imagen más clásica. Los rasgos considerados deseables aquí son precisamente los opuestos a los que planteaba Alonso: frente a la mujer que cambia según las características de aquéllos con los que se relaciona y cuya prioridad son los demás frente a sí misma, César reivindica lo atractivo de las mujeres con firmeza, que tienen claro lo que quieren y lo defienden, esos valores que, como veíamos en el relato de una entrevistada, en ocasiones se asocian más a lo masculino, se corresponden con lo que Blanca (E22) llamaba "un hombre de verdad". Independientemente de la conciencia sobre cuestiones de género que pudiera tener la mujer que describe el entrevistado, su experiencia cotidiana, como la de todas las personas, es en sí misma una cuestión de género. No sabemos si la forma de actuar de la pareja de César responde a una reflexión sobre la necesidad de poner en práctica una feminidad resistente a determinadas formas sutiles de

dominación, pero con su descripción de lo atractivo, el entrevistado reivindica una tipología de mujer contraria a los valores de la docilidad y el auto-sacrificio, al menos en lo más cotidiano y pre-reflexivo.

En cualquier caso, el ideal de feminidad que César presenta no está desligado de su posición de clase ni de la de su pareja. La fascinación que el entrevistado sintió al conocer a su novia está asociada a la valoración de un estilo de vida particular, caracterizado por la libertad juvenil de los primeros años de universidad de ciertos sectores sociales acomodados. Frente al estilo de vida tranquilo y familiar de Gonzalo, relacionado con sus valores cristianos, César representa un sector más cercano a las clases medias de la sociedad española que se caracteriza por ese hedonismo típico que Bourdieu (2012) señaló como característico de la nueva burguesía francesa, cuyos valores apegados al disfrute de la vida serían transmitidos por la nueva pequeña burguesía. Ese hedonismo queda aquí reforzado por las experiencias universitarias de jóvenes con recursos económicos familiares en un gran núcleo urbano moderno como Madrid.

6.5 La distinción a través de la descripción de la mujer deseada

E: Y así, independientemente de tus relaciones, ¿Qué dirías que te atrae en una mujer o en una chica?

A: (...) Bueno a **mí me tiene que parecer atractivo lo que esa persona hace con su vida**. A qué se dedica, que puede ser... no sé muy diverso, tampoco te digo tiene que ser médico o que se vaya a África a hacer voluntariado, puede ser muy diverso, pero tiene que ser de alguna manera que me resulte atractiva.

E: Por ejemplo ¿qué tipo de cosas dirías que te resultan atractivas?

A: Pues hace poco **por ejemplo** conocí a **una bailarina de clásico**, que no tiene nada que ver con lo que hago yo ni con lo que he hecho nunca. Pues eso a mí me parece atractivo ¿sabes? **Luego conocí una chica que su hobby desde pequeña, o uno de sus hobbies era tocar la flauta travesera, desde niña tal, había ido al conservatorio tal**, pues a mí eso me gustaba mucho ¿sabes? No sé, sabes. (...) Política tal, pues he tenido relaciones con personas que, con pensamientos completamente opuestos a mí y no me... O sea **es más lo que yo vea que esa persona... eh, piensa un poco de la vida o cosas muy, detalles muy pequeños, como esta que, el tema de la flauta**, es un detalle bastante pequeño, me parece, en la forma de... cuando tu describes a una persona eh "pues toco la flauta". Es una chorrada ¿no? Pero de alguna manera **a mí eso me decía que esa chica pues tenía sensibilidad**, que se había esforzado durante muchos años a aprender a tocar la flauta, no sé, cosas que... sin que tampoco racionalmente tú pienses "ah pues toca la flauta ta ta ta", pero de alguna manera eso me resultaba atractivo ¿sabes? **Cuando la describía pues yo decía: "Eh y además toca la flauta travesera desde hace 6 o desde los 6 años no sé qué"** ¿sabes? Y me tocaba pues yo qué sé, eh **a mí me gustaba tocar el piano de pequeño** ¿sabes? Y a veces lo sigo tocando aunque ahora lo tengo bastante abandonado y **me gusta mucho la música, toda la música** ¿no? Música, entre otras la música clásica ¿no? **Pues a**

lo mejor en gente de nuestra edad es menos frecuente ¿no? Entonces ella pues interpretaba fragmentos de, de La Flauta Mágica y a mí pues se me caía la baba ¿no?
(E2: ALONSO)

Como vemos en este fragmento, entre los hombres de clases medias-altas procedentes de familias con capital cultural, aparece de forma en cierto sentido análoga al "polo del hombre culto" la categoría de la "mujer interesante". Sin embargo, significativamente, estos rasgos considerados interesantes no se relacionan tanto con la inteligencia y la brillantez intelectual como con la sensibilidad. El diagnóstico sobre esa sensibilidad procede además de prácticas culturales "legítimas". Es interesante cómo después de mencionar el atractivo de algunas de estas prácticas, como el ballet o la música clásica, Alonso las considere "detalles muy pequeños" o una "chorrada" que sin embargo a "él" le atraen. Lo que el entrevistado hace en este punto es movilizar el atractivo de un determinado capital simbólico, que, como ya hemos explicado, Bourdieu (1999) entiende como el reconocimiento implícito de la legitimidad de los diferentes tipos de capital, la personalización de los mismos que se produce como consecuencia del desconocimiento de su existencia. En este caso, se niega tácitamente la asociación de esas prácticas ligadas a la alta cultura con la posesión de un determinado capital cultural familiar heredado y se atribuye el valor a las características personales de estas mujeres que tienen, según Alonso, una especial sensibilidad o capacidad de esfuerzo.

Como ya mostró Bourdieu (2004) el capital simbólico es especialmente relevante en los mercados del emparejamiento, pues insufla de atractivo -desligado en la conciencia de los procesos estructurales que contribuyen a generarlo- a determinadas características consideradas deseables por diferentes grupos sociales. Este atractivo se construye además conectado a determinadas características de género. En este sentido, la sensibilidad a la que apela el entrevistado es coherente con esa imagen de la mujer deseable que, como veíamos, él mismo pone en juego, caracterizada por la dulzura, la simpatía y la disposición al cuidado.

Al igual que las mujeres de su misma trayectoria social, Alonso utiliza el polo de la mujer interesante como herramienta de presentación del yo, lo cual se hace patente cuando explica que, cuando tenía que describir a esta pareja, siempre añadía "y además toca la flauta travesera desde los 6 años". Esta presentación también se produce durante la entrevista. A diferencia de la mayor parte de las personas de su generación, considera, él es aficionado a la música clásica y por eso es capaz de valorar esas aficiones como rasgos de una personalidad atractiva. En definitiva, cuando moviliza estas características particularmente enclasantes está reivindicando un capital cultural para sí y para las mujeres que son objeto de su deseo. Un tipo de capital cultural que no es exclusivamente escolar, sino

que tiene que ver con ambientes familiares en los que la cultura legítima está incorporada en los esquemas del gusto y forma parte de los estilos de vida.

6.6 "Cariñosas y buenas"

Entre los hombres sin estudios universitarios y que proceden de familias de clases populares, el requisito para el enamoramiento parece ser más el carácter cariñoso o lo que se entiende por bondad que la sensibilidad hacia la cultura. En los discursos de estos jóvenes también aparecen elementos de feminidades más tradicionales y sólo de manera tímida otras más resistentes, que se movilizan, como veremos, de maneras diversas. Así responde Tomás cuando se le pregunta sobre lo que considera una buena relación:

T: Por supuesto es el **cariño**, eso, o sea, es que yo no puedo estar con una tía que es el palo de la escoba, **yo necesito que me cuentes cosas, que confíes en mí, que te apoyes en mí**, yo qué sé, cosas de esas, sabes, no sé (E11: TOMÁS)

Y cuando se le pregunta acerca del tipo de mujeres que le atraen:

T: (...) Pero luego, sobre todo, la, cariño, o sea, que sea **cariñosa** y que sea **fiel**, yo es un poco lo único que, sabes, ya te digo que **a mí estar con una tía que no me acaricia, no me besa, no me dice cositas, no se me apoya encima, esto pa qué**. Yo quiero una tía **cariñosa, lo primero, 100%, además que es que me tiene ganado**, es que puede conseguir lo que quiera, sabes, y creo que con los tíos en general (te voy a dar la clave, el secreto, es así). Si tú le coges un poquito, un poquito tonterías tal, le pones un poco de cariñito así, "bah cariño tal", **caemos todos como idiotas**, o sea, haces lo que sea, es en plan así, somos capaces de cambiar nuestra vida por eso. (E11: TOMÁS)

Como vemos, cuando se le pregunta sobre lo positivo para una relación, Tomás apela a un rol propio de hombre protector: necesita que su pareja busque cuidado y apoyo en él. Pero además, las mujeres deseables son aquéllas que muestran su cariño a menudo. La conjunción de ambas ideas muestra una división de género clásica: una mujer cariñosa y fiel se apoya en un hombre que le da protección. En este punto se establece además una argumentación esencialista sobre el carácter masculino, y el entrevistado le da una clave de seducción a la entrevistadora: una mujer cariñosa puede conseguir lo que quiera, el hombre se encuentra doblegado ante el poder que ejerce sobre él esa

característica de lo femenino. Aquí el discurso de Tomás se acerca a la idea popular de las “armas de mujer”: cierta feminidad melosa puede ser capaz de “cambiar la vida” de un hombre. Otorgando de esta manera un poder casi mágico a las mujeres se aplica un machismo muy sutil que refuerza los aspectos más estereotipados de las categorías de género, gracias a esta idea de las artimañas femeninas y la impotencia masculina ante las mismas.

Otra categoría que estos hombres ponen recurrentemente en juego al hablar de las mujeres deseables es la de la “buena persona”:

E: Y de personalidad y así... cómo crees que te gustan

M: (...)Yo creo que eso define mucho a las personas, **una persona que da su brazo a torcer...** y que se, yo qué sé, te das cuenta, cuando ves a una persona que está cerca de ti, la llegas a conocer te das cuenta de que **si sufre por las mismas cosas que tú sufres**, que a lo mejor para otras personas puede ser triviales, te das cuenta de que **tiene un interior, un buen fondo**. Yo creo que **una persona que tenga un buen fondo, es difícil de encontrar y vale mucho** (E14: MANUEL)

Más que apelar a rasgos que hagan del objeto de amor un objeto también de admiración, como veíamos de forma bastante recurrente entre las mujeres, aquí se definen como atractivas, de forma general, características que convierten a la otra en una persona con “buen fondo”. De nuevo, la idea de “dar su brazo a torcer” implica que en la jerarquía de lo deseable la flexibilidad del carácter se antepone a la firmeza del propio criterio y contribuye a definir a la compañera como “buena persona”. El hombre bueno lo era por responsable, serio en su trabajo, delicado o protector y por servir de apoyo a las mujeres y no maltratarlas. La mujer buena lo es por tener un carácter moldeable y atender a las necesidades de los otros.

Cuando se trata de dar sentido a la propia biografía y a elecciones pasadas estos hombres también recurren a la bondad como rasgo fundamental:

E: Y luego cuando dices que ya la fuiste conociendo más, y tal... (¿qué te gustó de tu mujer?)

F: (...) Pero, eh... pues veía que, me gustaba mucho, pues, que era **muy buena** a lo mejor, más de lo que yo pensaba eh... Ummm no sé, tenía cosas que sí que tiene, cosas que sí que, que me fueron gustando más, ahora mismo no te sé decir ninguna concreta, pero sí a

medida que ibas quedando pues te iba gustando, **la sonrisa, la actitud**, muchas cosas...
(E15: FRANCISCO)

Tanto la idea de la mujer cariñosa como la de la buena persona –complementada en este último caso por otro rasgo típico de la “dulzura femenina” como es la sonrisa- se acercan a esa categoría de feminidad más tradicional que, como veíamos, ponían en juego también los hombres procedentes de clases medias-altas. Una idea levemente más transgresora, sin embargo, aparece también en el discurso de Tomás:

Tiene muchas cosas buenas, es muy cariñosa y me encanta, sabes, todo buah, a mí es que me vuelve loco eso de que es así, es que me mata, me mata, me mata. Y también es, es un, porque **tiene muy mal carácter, o sea, es muy dominante y tiene mucho genio, pero eso me gusta también, un poco de carácter siempre está bien**, sabes, en plan de, no sé que...no se deja llevar por cualquier sitio, ella tiene una decisión y como le cambies los planes prepárate pa pasar por el aro, es que te la lía. Me gusta eso, **me gusta que tenga carácter y también pues que sea cariñosa, sin duda, o sea que esté encima de mí. Se acuerda incluso, ella de mis cosas**, hay cosas que a mí se me pasan por completo, “oye cariño, ¿qué tal? ¿qué pasó con?...” “¿con quién?” “sí hombre con tu amigo, lo que me contaste que tal”; “ay, me estabas escuchando” (ríe). Te lo estaba contando y pensaba que estabas pasando de mi culo pero se acuerda y luego me pregunta, sabes, es algo que dices joder, sabes, sí que se interesa por ti, eso, no necesito nada más (E11: TOMÁS)

Vemos como el carácter fuerte se presenta como deseable, aunque no se hace referencia en este caso a la independencia o a la firmeza en las decisiones que atañen a la propia vida, sino más bien a la falta de miedo al conflicto y la capacidad para expresar las propias preferencias en el ámbito de la vida en pareja. Esto se asocia sin embargo con un atributo despectivo, “ser dominante”, usado frecuentemente para definir a mujeres que no responden a esa moldeabilidad que, como hemos visto, se reivindica en ocasiones como lo deseable en ellas.

En cualquier caso, todo ello aparece combinado con ese énfasis en el cariño y en la disposición a la atención y el cuidado de la mujer que se preocupa por los asuntos que conciernen su pareja.

6.7 Discursos en torno a la “mujer materialista”: entre el peligro, el rechazo y la resignación

En apartados anteriores de este mismo capítulo veíamos cómo las mujeres organizaban su discurso en torno a los polos del hombre culto frente al inculto y del hombre bueno -en sus diferentes versiones- frente al hombre malo.

En el caso de los hombres no se encuentra una oposición explícita tan clara entre categorías opuestas de mujeres que representen un polo positivo y otro negativo. Sin embargo, entre los jóvenes de clase obrera que han participado en esta investigación sí aparecen construcciones discursivas cercanas a una categoría de mujeres consideradas rechazables en algunos casos y peligrosas en otros: la de la “mujer materialista”.

T: Ella **era una chica muy guapa pero muy materialista**, es un problema, no, o sea, la, no sé, yo **si** quieres **estar conmigo tienes que cumplir esta serie de requisitos** y si no los cumples no me vales. (...) Y se llamaba Cristina me acuerdo, y también...parecido, de, en cuanto a carácter quiero decir, tenía así un carácter bastante, pues eso, pues **un poco elitista** la chica, sabes, muy de **a mí me gusta vestir bien, de marcas y tal**, ese mismo rollete.

E: Y cuándo dices que eran elitistas estas chicas, ¿a qué te refieres exactamente?

T: Pues en el sentido de que tienes que cumplir una serie de requisitos, no ya para estar conmigo, sino ya para estar cerca de mí, para ser mi amigo

E: Ya, y ¿cuáles **eran esos requisitos**, por ejemplo?

T: Pues por ejemplo tener una **billetera interesante, o tener un coche bueno, o yo qué sé, vivir en un barrio bueno, usar colonia...**

E: ¿Pero estas chicas eran gente así de sitios así pijos?

T: No, realmente no, ya te digo, en Moratalaz tampoco es que ha sido nunca un barrio de demasiada pasta ¿no? Pero bueno, tenían esa historia en la cabeza, también puede ser, yo creo, por los sitios de fiesta, **ellas eran muy de salir de, pues eso, de discotecas, de sitios de pago, lugares en donde con 10 euros una copa**, yo es que ni muerto entro ahí, sabes, no he vuelto a entrar desde entonces y no sé, sabes, en ese estilo. **Y luego en plan “no me gusta tu aspecto, no me gusta la música que escuchas**, no me gusta los chicos con pelo largo, las rastas son de tal”, sabes, de ese estilo, que bueno, que luego dices: “Tío, ¿por qué te juntas con gente así si realmente no es tu mundo?” (E11: TOMÁS)

Con los rasgos de “elitistas” y “materialistas” Tomás describe a dos mujeres con las que mantuvo sendas relaciones en el pasado. En esta tipología queda representada la amenaza de la búsqueda femenina del ascenso social a través de la hipergamia. En su imaginario, esta categoría se corresponde con mujeres que no pertenecen a “su mundo”, que buscan en la formación de una pareja la consecución de un ideal de estilo de vida caracterizado por el consumo y el hedonismo, algo que él, debido a su

posición social, no puede proporcionar. Pero además, el entrevistado se encarga de distanciarse simbólicamente de la forma en que estas mujeres entienden según él las relaciones: se presenta a sí mismo como alguien con un estilo de vida “de barrio”, gustos musicales y estéticos alternativos, siempre rodeado de amigos y con una ideología marcadamente de izquierdas. Existe entonces la necesidad de darle un sentido a esas elecciones: si las mujeres que apelaban a la deseabilidad del hombre virtuoso en diferentes versiones tenían que justificar relaciones pasadas con hombres que se alejaban de este ideal y para ello acudían a la idea del encandilamiento a través de la pasión y el sexo, en este caso, este “desvío” de lo considerado conveniente se explica por el poder de la belleza femenina.

T: Hombre, mentiría si diría que Ana, la chica que se fue a Estados Unidos, fue físico, **totalmente físico**, no te voy a engañar, o sea, era una chica muy guapa, muy atractiva, también cariños, o sea, fue eso, **a mi me enamoró sinceramente por el físico** porque bueno, luego realmente **la chica tampoco tenía un trasfondo muy, no sé, ni político ni social ni nada, si es que no tenía ni puta idea de nada, ¿sabes?** Era muy, muy sosa, pero fue solamente físico sin duda (...) Era una chica muy guapa sin duda, es una de las chicas más guapas con las que he estado. (E11: TOMÁS)

Vemos cómo para Tomás este tipo de mujeres “materialistas” constituye un peligro por la atracción que puedan generar a pesar de no ser consideradas deseables como pareja. Pero esta categoría también es manejada por los hombres de clases populares en un sentido diferente:

D: O sea **nunca he tenido un duro, y ninguna de las parejas mías lo han tenido tampoco ni me lo han exigido** ni, ni si en vez de tener que ir aquí tenemos que ir a un camping, pues a un camping de puta madre. O sea en ese sentido **también he buscado a las personas así** porque me gustan así también. **Ninguna me ha exigido me tienes que hacer un regalo todas las semanas porque no lo aguanto, yo es que les mandaré a tomar por culo** también, pero yo creo que sí que influye cuando lo tienes para bien (el dinero), pero si no lo tienes, para mí en mis parejas no ha influido para mal (Eg: DAVID)

David, que nunca ha tenido una relación con una mujer de las características que relata Tomás, presenta esta categoría de personas como despreciable. No se explicita demasiado si este tipo de mujeres más materialistas podrían generar atracción o no, más que con un escueto “también he buscado a las personas así porque me gustan así también”. Pero independientemente de la atracción que

puedan o no suscitar, en la imaginación del entrevistado una mujer de esas características sería inmediatamente rechazada, y en su relato se nota el desprecio de un joven de clases populares también de izquierdas hacia una posible actitud o bien clasista o bien con aspiraciones de ascenso social a través de la pareja. En este caso se hace de la necesidad virtud: existe una serie de mujeres a las que no se puede acceder, pero esas mujeres no son tampoco deseables. Partiendo de esa base, el dinero puede favorecer ciertos aspectos de las relaciones, pero en su ausencia, no las perjudica.

Existe una última postura entre estos jóvenes que tienen que conjugar la imagen social aún no erradicada del hombre como proveedor económico y como posible motor de ascenso social con una posición dominada en la estructura de clases. Esta postura implica el reconocimiento explícito de la imposibilidad de ciertas relaciones. Como vemos, en el discurso de Ignacio existen mujeres que son incompatibles como parejas porque ocupan un lugar alejado en el espacio social:

I: Estuve con una chica que tenía siete pisos, siete no sé qués, siete no sé cuantos y ella me decía: vámonos al Vips todas las noches a cenar o vámonos a tal sitio y ella tenía un nivel económico que yo no podía seguirla ¿sabes? Y yo creo que sí importa (el dinero). A lo mejor también porque la chica no se daba cuenta y a lo mejor te llega otra chica con mucho dinero ¿sabes?...pero con esa chica tuve la experiencia de decir: joder, cómo se nota que yo no tengo ni un pavo, ella tiene mucho y mira siempre...¿Sabes? Que yo, yo acababa yendo pero decía: que no puedo más, que no me puedo gastar estos dineros (E12: IGNACIO)

En este caso, no se genera como en Tomás o en David un rechazo simbólico hacia aquello que resulta inaccesible, sino que se explicita esa inaccesibilidad y se reconoce la incompatibilidad de la relación con una persona que, en este caso, no representa la amenaza del arribismo, sino que ocupa otro estatus socio-económico. Eso sí, matizando que todo depende de la capacidad que tenga la pareja para darse cuenta de la situación y no forzar un estilo de vida imposible para el compañero. En otras ocasiones, esta conciencia de las diferencias objetivas se produce a priori y genera una inhibición del propio deseo. El siguiente fragmento forma parte del relato de Francisco cuando se le pregunta si alguna vez lo ha pasado mal por temas amorosos:

F: Me gustó mucho la chica y hablé un poco con ella y me enamoré, pero era como un amor platónico... tampoco llegué a hablar mucho ni nada y, no sé, a mí entonces me gustó mucho esa chica... Entonces sufría porque a lo mejor quería tener una relación, pero veía de que no se podía
E: No intentaste...

F: No intenté, porque... yo creo que las barreras me las puse yo, ahí. Eh... era quizá de otra clase social. Entonces, en una clase social alta, su padre era constructor, tenía... tenía bastantes negocios y tal, y... y yo no. Yo no, pues más bien era lo contrario. Entonces, eh... sí que se me pasaba por la cabeza, "yo con esta chica no voy a poder tener una relación ni nada porque, eh, eh... ella vive en un mundo que yo no voy a poder seguir" y... y bueno, y la verdad que bueno, no va a llevar a ningún sitio. Y a lo mejor me compliqué un poco más de la cuenta porque a lo mejor si le gustara realmente podía ser ¿no? Pero, esa quizás fue la barrera que yo me puse. (E15: FRANCISCO)

En este caso, el entrevistado explica cómo se dio cuenta del desajuste entre su posición social y la de la persona que le generaba atracción, lo cual le condujo, tal como relata, a una retirada prudente.

Las aspiraciones y expectativas según Bourdieu (2008) coinciden frecuentemente con las posibilidades objetivas de su realización por un mecanismo no necesariamente consciente de ajuste entre ambas que se actualiza a través del habitus y que hace que persigamos lo que es razonable perseguir dada nuestra historia social y nuestra situación presente. Razonable y no racional, porque en Bourdieu no existe una única racionalidad universal sino multitud de racionalidades prácticas. En el caso de las relaciones amorosas, vemos que los hombres de clases populares ajustan, con diferentes niveles de consciencia, bien sus prácticas a lo esperable, o bien sus propios deseos a las probabilidades de que éstos se cumplan. Los mecanismos de este ajuste van desde la inhibición sobre la que la entrevista propicia cierta reflexión, como en el caso de Francisco, hasta la construcción de la categoría de mujeres que nunca se desearían, como en el caso de David, pasando por el reconocimiento del "peligro" o de la imposibilidad de relacionarse con mujeres excesivamente materialistas o consumistas, como el que llevan a cabo Tomás e Ignacio.

6.8 El énfasis en la alegría y la belleza matizada

Existen dos rasgos movilizados como atractivos en las mujeres que aparecen transversalmente en todas las categorías de trayectorias sociales. Uno es el que apela a la alegría y la capacidad para disfrutar de la vida y el otro la belleza; aunque como veremos, una belleza siempre matizada en los diferentes discursos. La importancia de la alegría se pone en juego en discursos que, como en otros casos, se manejan con diferentes objetivos. En primer lugar como forma de describir lo que se entiende como positivo de la pareja actual y que por lo tanto genera un sentido de los propios sentimientos:

E: ¿Cómo dirías que te gustan las mujeres?

A: Vale (ríe). Pues es que buf, no sé. Es que... no te podría clasi, no te podría decir un estereotipo de cómo me gustan, me gusta que sean **alegres**, me gusta que sean **divertidas**, me gusta que sean muy **vivaces**, **eso** sí. Por ejemplo de Francesca yo diría que es m... que lo que siempre me ha gustao es que es **muy expresiva, muy sonriente** (E5: ANDRÉS)

De nuevo vemos un ejemplo en el que la pareja presente sirve como referente para dar sentido a la propia biografía amorosa. Es frecuente acudir a los rasgos de la pareja del momento para tratar de entender lo que resulta atractivo en general, cuando esto no ha constituido, como parece ser el caso, objeto de gran reflexión previa o de conversaciones al respecto. Otro caso en el que se alude a este rasgo sin generar una reflexión muy profunda o sin explayarse demasiado en el discurso es el que parte de la consideración de la necesidad de que los miembros de una pareja sean similares:

E: Y... qué te iba a decir, y tú... ¿cómo crees que te gustan las chicas?, ¿qué tipo de chicas crees que te gustan?

J: (breve silencio) ¿Tipo de chicas que me gustan? pues **las mujeres como yo, creo yo. O sea que sea una payasa, y le guste estar haciendo tonterías todo el día**. Pero qué más te puedo decir, esa es la puta definición que doy de una tía, que sea una payasa (ríe) (E7: JOAQUÍN)

En esa ironía sobre la propia respuesta se percibe la conciencia sobre la falta de reflexión acerca del tema. Se trata de una respuesta espontánea que tiene más que ver con la propia subjetividad de un hombre que se entiende a sí mismo como una persona divertida que con una exposición argumentada sobre lo que se considera atractivo en las mujeres. La vergüenza que se esconde tras la risa tiene que ver con una situación de interacción que se repite en varios casos de las entrevistas con hombres: la distancia o extrañeza que muestran ante un tema que no tienen demasiado "ensayado" en sus conversaciones cotidianas, tal como vimos en el capítulo 4. En una situación como la generada por la entrevista, se ven a menudo en la tesitura de tener que responder a preguntas que no se plantean frecuentemente y a movilizar discursos que se mueven entre las convicciones, lo espontáneo y lo políticamente correcto.

El siguiente fragmento, procedente de la entrevista con Francisco, combina esa reivindicación de la alegría con una forma de apelar a la belleza muy generalizada en el discurso de los entrevistados:

F: **Guapas, guapas y con buen cuerpo.** O sea, **tampoco tienen que ser Claudia Schiffer** pero... guapas y con buen cuerpo. Y después me atrae mucho la chispa que tengan, **la alegría, la chispilla, eso, eh... la sinceridad,** también... No sé **la forma que tienen de tratarte** hacia ti, **de mirarte,** de... No sé, tampoco tengo un estereotipo definido. No te puedo decir rubia, metro ochenta, tal. No, sino simplemente cada chica, cuando la ves, hay una serie de cosas que te puede gustar o no (E15: FRANCISCO)

La gran mayoría de los hombres durante la entrevista explican que el físico de las mujeres es muy importante a la hora de sentirse atraídos por ellas. Sin embargo, también es particularmente generalizada la idea de que la atracción física no implica que gusten mujeres con una belleza excepcional. La mayor parte de ellos explica que "tiene que existir algo" que genere la atracción, pero que ese algo no puede ser explicitado en una serie de rasgos concretos asociados a los estándares de belleza más comunes, sino que responde a cierto misterio del deseo, algo similar a lo que en el lenguaje común se suele aludir como la "química" entre dos personas. Es especialmente interesante el manejo de lo políticamente correcto en cuanto a la belleza femenina en el contexto de interacción con una entrevistadora mujer.

M: Si me preguntas en esa primera fase... en la que entra, pues...**el físico entra,** con lo cual...el físico y además no sólo contemplao como...en una foto, o sea, de hecho tanto...(titubea) todas las chicas con las que he estao...no es...**no es una atracción de fotografía.** Luego pueden ser guapas o no o...ser fotogénicas o no pero, pero el atractivo ha venido **en el contacto,** en, en...pues eso, **en la forma de mirarse o en la forma de reírse** o en la forma...pues, la complicidad que podamos tener...la facilidad con la que te llevas con alguien hace que, que luego tengas más capacidad de...de atracción sexual y de...no sé, el flirteo, que es como la fase inicial (E3: MATEO)

En el fragmento anterior ofrecemos el ejemplo de un joven de clase alta con capital cultural y su forma de entender la importancia de la belleza. Según el entrevistado, la atracción no tiene que ver exclusivamente con los rasgos físicos como tales, sino también con la manera de relacionarse con ellos, con el manejo del propio cuerpo que interactúa con otro y es capaz de generar complicidad y atracción sexual. El atractivo es entendido en un sentido amplio, que no se limita a las características físicas sino que tiene que ver con la encarnación de determinadas "maneras" o formas de estar en el mundo y desenvolverse en él. Sin explicitarlo y sin ser conscientes de ello, los hombres apelan a lo social inscrito en el cuerpo y en las tendencias o "hexis" corporales: miradas, gestos, formas de moverse o de reír etc. En la siguiente cita observamos una idea similar expresada en un estilo lingüístico diferente y con un

control menor de lo políticamente correcto:

D: A ver me atrae , muchas veces **sexualmente me atrae** yo creo que lo que a muchos tíos ¿no? **Pues una tía así despampanante, tetas...** pero luego en realidad si lo pienso fríamente de las novias que he tenido no son así. O sea **las novias que he tenido son todo lo contrario, son bastante más sencillas**, no digo feas lógicamente (ríe) porque no lo son, son bastante guapas para mí, pero son bastante sencillas, ninguna es... bueno la primera sí que s... no se maquillaban, no eran lo típico... Poj como tú vas maquillada ahora mismo, no mucho más, normalmente. No es **la típica ésta que va tol día maquillá, con los taconazos tal que lógicamente me atraen**, sexualmente me atraen, lógicamente veo una... que me parece que así, pues pivón no sé qué, **pero seguramente no fuera mi pareja ideal**, o sea físicamente me gusta verlas lógicamente pero no sería mi pareja (...) A mí me gusta más **una chica que sea guapa de cara y simpática** y que... **yo creo que lo que más me eso... son los gestos** fíjate lo que... eso ya pensao fríamente yo, que lo que más me puede atraer son eh... **la forma de hablar y los gestos que pueda hacer**

E: ¿Sí? Y eso como lo...

D: No lo sé, no lo sé

E: Es sutil pero ¿podrías describírmelo un poco?

D: (Breve silencio) Bfff no lo sé pero yo es que he visto a gente que dice vale pues esta tía es muy guapa (silencio) pero sus ah, a lo mejor tiene cara de (baja la voz como con pereza) yo lo que veo... y ves a otra que dices vale pues, si las comparas, ves una foto y dices ésta está mucho mejor que la otra, pero a mí me gusta más ésta, por su cara, porque sea más guapa o porque ya simplemente su expresión, pues me gusta más su expresión... las ves en foto y dices ésta es la que está buena pero en realidad las ves y la expresión... (Eg: DAVID)

En este caso se parte de una especie de «confesión»: los marcadores físicos más asociados a la feminidad provocan («lo que a muchos tíos ¿no?») atracción sexual. Sin embargo, la atracción que genera proyección de futuro no tiene tanto que ver con eso, que se asocia más a la frivolidad, como con algo que, de nuevo, es difícil de describir pero que se manifiesta en los gestos, la expresión o el manejo de la belleza, aunque sea una belleza moderada. De nuevo se apela a disposiciones corporales que tienen que ver con la encarnación del género y se manifiestan en sonrisas, miradas, expresiones. Es significativo cómo entre los hombres parece existir una separación entre dos tipos de mujeres: por una parte, aquéllas que atraen sexualmente, con unos marcadores de feminidad explícitos: esa mujer “despampanante” a la que alude David. Y por otra, las que generan atracción a otro nivel, nivel que incluye una proyección de futura relación: éstas también son guapas, pero su belleza es más discreta y su feminidad no necesariamente tan enfatizada físicamente a través del marcaje de los rasgos corporales con vestimenta, maquillaje etc. Las mujeres con las que se establecen relaciones son, según estos hombres, mujeres que generan una atracción que no es sexualmente tan explícita, sino más sutil,

propiciada por la combinación de cierta belleza con determinadas disposiciones corporales femeninas no exageradas.

6.9 Recapitulación de los discursos de los hombres

Los hombres que han participado en esta investigación construyen la imagen de las mujeres atractivas o deseables apelando a rasgos de feminidades más bien tradicionales. Se puede apreciar, sin embargo, la existencia de dos versiones en sus discursos. Por un lado, los jóvenes de clases medias-altas valoran una feminidad que combina rasgos clásicos con un valor de presentación que podría llamarse "hacia fuera". Es decir, las mujeres atractivas son dulces y cariñosas pero también simpáticas, agradables, "fáciles de presentar" y "mentalmente estables". Se trata de mujeres que encajan con un estilo de vida y un tipo de relaciones sociales que estos jóvenes buscan en sus círculos de amigos y en sus relaciones familiares. La mayor parte de los hombres de esta muestra apelan a la importancia de la compatibilidad. En su posición, esa compatibilidad implica saber manejar relaciones y situaciones sociales específicas ante las que la prudencia y la discreción son un valor añadido.

Los jóvenes con trayectorias de clases populares reivindican rasgos de un ideal de mujer también tradicional pero, en este caso, apelan mayoritariamente a cualidades de carácter "hacia dentro". Más que agradables, dulces o fáciles de presentar, se apela fundamentalmente a una disposición cariñosa con la pareja y a la bondad como las características deseables en una mujer. Una feminidad contraria a ésta, caracterizada precisamente por un carácter fuerte, firmeza, decisión y estabilidad en el criterio no está completamente ausente en los discursos, pero aparece de forma residual, en un número muy bajo de entrevistados, como algo que en un momento dado genera atracción más que como un conjunto de rasgos deseables en una pareja. La alegría es movilizada como característica deseable más a menudo y transversalmente por los entrevistados de diferentes trayectorias. A veces en forma de "chispilla", otras en forma de "sentido del humor", "vivacidad" o carácter "juerguista", se trata de un rasgo al que también hacían referencia las mujeres y que parece de gran importancia en la imaginación de estos jóvenes, cuyo estilo de vida se caracteriza en gran parte por la valoración del disfrute y la diversión. Otra característica que aparece también transversalmente entre los hombres de diferentes trayectorias es la belleza. Si bien las mujeres también apelan al físico de sus parejas actuales o potenciales, lo hacen de una forma más minoritaria, generalmente apuntando a marcadores claros de masculinidad que resultan atractivos: altura, corpulencia, barba, fortaleza o tez oscura. Por su parte los hombres utilizan la idea de

una belleza matizada: los marcadores de feminidad más estereotipados generan deseo sexual, pero lo atractivo se entiende como una manera de expresarse, de moverse, de gesticular, de mirar, de relacionarse con el propio cuerpo que no se puede hacer explícita de forma clara, ya que tiene que ver con disposiciones corporales que no son completamente conscientes ni para su portador ni para quien se siente atraído por ellas.

De nuevo, como en el caso de las mujeres, los usos que se hacen de estos contenidos discursivos son especialmente interesantes para comprender las implicaciones emocionales de los hombres en lo que dicen y la construcción de su identidad como tales a través de la presentación de lo considerado legítimo en el ámbito de las relaciones de pareja. En relación a esto existe en primer lugar una cuestión llamativa acerca de la convencionalidad o transgresión de las feminidades atractivas que se construyen en los discursos. Mientras que las mujeres utilizan rasgos como la firmeza, el carácter, la personalidad decidida o el criterio firme para construir sus discursos sobre el atractivo masculino, relacionando estas características en ocasiones con la idea del "hombre de verdad", los hombres apelan a los mismos como características atractivas de una manera minoritaria. ¿Significa eso que tales rasgos en las mujeres no generen atracción por parte de los hombres o que incluso causen rechazo? Si bien es necesario ser prudentes sobre la capacidad de acceso al deseo de las personas a través de sus discursos, no parece que este sea el caso. Si bien no mayoritario, existe un conjunto de hombres que describen esos rasgos como lo que generó atracción en el momento de conocer a una persona. Lo que es llamativamente minoritario, sin embargo, es la puesta en práctica de estos rasgos como genéricamente deseables, es decir, en discursos no tanto ligados a explicaciones sobre las propias decisiones de la biografía amorosa como a lo considerado atractivo en líneas generales. Esto puede darnos indicios sobre ciertas normatividades de la atracción.

La movilización de una categoría de feminidad cercana a ideales tradicionales genera en los hombres, de diferentes maneras, el sentido de "saber elegir", igual que ocurría con las mujeres. Por un lado, como veíamos, los jóvenes de clases medias-altas utilizan este polo para construir una imagen de compatibilidad en torno a sus relaciones presentes o pasadas. Ya argumentamos que se trata de una compatibilidad de estilos de vida y de elecciones de parejas que pueden "encajar" en sus ámbitos sociales y familiares. Por otra parte, los hombres de clases populares utilizaban una idea de mujer clásica para definir a sus parejas como personas buenas y cariñosas y por lo tanto adecuadas como compañeras de vida. En este caso se hace patente de alguna manera lo que con Bourdieu (2012: 443) hemos llamado "gusto de necesidad". Ya que estos hombres no pueden satisfacer el ideal de hombre

exitoso económicamente, pueden exigir “sólo” en sus parejas bondad y cariño, más allá de otras cuestiones estéticas o materiales (De Singly (1984).

En este caso, en una parte de los hombres, este modelo de feminidad se combina con el polo rechazable, el de la mujer materialista. Ésta puede generar atracción en algún momento –por otras características, fundamentalmente el físico-, pero no es una buena compañera para hombres que se presentan como lo contrario: personas de izquierdas, con cierto grado de conciencia de clase y que no creen que el dinero influya necesariamente en las relaciones. Se trata de manifestar ante la entrevistadora que si bien son hombres con pocos recursos económicos, saben elegir bien para que eso no constituya un problema en su vida amorosa. Generan de esta manera un sentido de sí mismos, negocian su identidad durante la entrevista: yo no soy así –materialista- y por lo tanto no quiero a mi lado a una mujer así. Otro sector de los jóvenes de clases populares, como veíamos, asumía su posición de clase como un obstáculo para relacionarse con algunas mujeres, no necesariamente rechazables, sino sencillamente consideradas imposibles de alcanzar. En ellos existe una visión menos crítica y más resignada, que asume que no todo está en sus manos en cuanto a las decisiones amorosas y que las condiciones económicas influyen en las relaciones de pareja porque de alguna manera “vetan” las posibles elecciones. Al fin y al cabo, aunque a través de construcciones discursivas diferentes, tanto los hombres de clases medias como los de clases populares apelan –de forma no consciente en su mayoría- a la compatibilidad en términos de clase social con sus parejas presentes y pasadas.

Finalmente, la atracción física se moviliza como componente imprescindible del enamoramiento. Sin embargo, hemos visto que el discurso en torno a esta cuestión es matizado de diferentes maneras, alejándose de la idea de mera atracción sexual hacia el ideal de belleza femenina más estereotipado. La atracción física es requisito para el amor. Todos los hombres están de acuerdo con esta idea. Pero el deseo que parece considerarse legítimo es aquél que va más allá de lo puramente sexual y que apela a algo que se entiende como “conexión” entre dos personas, que tiene que ver a su vez con rasgos y expresiones corporales sutiles. Lo que está en juego en este sentido es la negociación de una identidad masculina no superficial frente a una entrevistadora mujer.

Conclusiones

Podemos volver ahora al objetivo que nos planteábamos al principio del capítulo: ¿En qué medida y de qué maneras el género y la clase social aparecen y se combinan en los modelos de feminidades y masculinidades atractivas que hombres y mujeres heterosexuales construyen en sus discursos? Para responder a esta pregunta nos comprometimos con un modo de practicar el análisis del discurso que parte de la idea de que los contextos en que éste se genera no se limitan al momento concreto de la interacción, alejándonos por tanto de las aproximaciones teóricas y las prácticas de análisis que se ciñen al interaccionismo simbólico. El análisis sociológico de los discursos ha de tener en cuenta los contextos sociales más amplios, la historia y la posición social de los sujetos que los construyen (Alonso, 2002).

En un estudio clásico sobre los anuncios matrimoniales en la prensa francesa de los años 80, y cuyas ideas básicas anticipamos en el capítulo 1, François de Singly (1984) analiza los capitales que se movilizan como propios y aquéllos que se demandan en el otro en este mercado matrimonial “paralelo” al convencional. Debido a las obligaciones que presentar un anuncio implica –que incluyen explicitar la descripción de uno mismo y las características que se buscan en la otra persona-, este contexto es un lugar privilegiado para analizar la presentación del yo al tiempo que permite observar cuáles son las exigencias hacia una potencial pareja. De Singly advierte que la más extendida atención de la sociología exclusivamente hacia la homogamia en la elección del cónyuge no ha permitido comprender los modos en que los capitales se “sexualizan” en el mercado matrimonial (1984: 525). En el análisis de la presentación propia en los anuncios, De Singly señala tres características: la dimensión corporal, la económica y la relacional, y llega a la conclusión de que los hombres apoyan sus descripciones de sí mismos en la dimensión económica, mientras que las mujeres optan preferentemente por exponer sus cualidades de personalidad y estéticas. Asumiendo identidades de género ordinarias y con el afán de proporcionar una imagen “normal” en un mercado ya de por sí excepcional, los hombres han de exponer necesariamente su situación profesional y económica. Si ésta es buena, pueden explayarse, si no lo es demasiado, utilizarán adjetivos neutros. De la misma manera, las mujeres incluyen en sus descripciones los rasgos que están asociados a su identidad normativa, apuntando fundamentalmente a cualidades relacionales y de carácter. Mientras que las mujeres pueden permitirse omitir datos sobre su posición social, los hombres pueden obviar descripciones de “personalidad”. Por otra parte, en lo que concierne a las demandas hacia la potencial pareja, en la comparación de los anuncios de hombres y mujeres el autor encuentra una diferencia similar: las mujeres demandan “excelencia social” (entendida como conjunto de rasgos que denotan buena posición socio-económica) con una frecuencia mayor a los

hombres, quienes tienden a demandar en mayor medida la "excelencia estética". Entre quienes se presentan a sí mismos como poseedores de excelencia en los tres ámbitos, los hombres tienden a demandar mujeres con buenos rasgos físicos y de personalidad, y las mujeres, hombres que combinen éstos últimos con una buena posición social. Es decir, "las riquezas poseídas (anunciadas en la puesta en escena) sirven para obtener, en el mercado matrimonial, no riquezas correspondientes al mismo registro, sino riquezas características del otro sexo" (1984: 542). Por otra parte, y de forma significativa, tanto hombres como mujeres con estatus socio-económicos humildes demandan en el otro exclusivamente rasgos de buen carácter. Las tendencias que analiza De Singly, por lo tanto, muestran el conservadurismo del mercado matrimonial, ya que, tal como él mismo explica, las imágenes que se presentan como propias y aquéllas que se demandan corresponden a anticipaciones de los papeles a asumir en la vida en pareja y estas anticipaciones parecen asumir una división convencional de género.

Por nuestra parte, a lo largo de este capítulo hemos puesto de manifiesto los discursos sobre lo deseable por parte de mujeres y hombres heterosexuales, mostrando cómo estas características, que se presentan como "neutras", responden a la valoración de masculinidades y feminidades específicas en las que los rasgos de género se entremezclan con atributos de clase valorados en mayor o menor medida por los sujetos con diferentes trayectorias sociales.

Las tablas 14 y 15 pretenden ordenar los tipos ideales de hombres y mujeres presentados como atractivos alrededor de dos ejes: el que contrapone la dimensión material y la espiritual y el que opone los rasgos éticos a los estéticos.

Las mujeres dividen a los hombres que describen en sus discursos en diversas categorías:

A) Deseados y deseables: hombres capaces de despertar la atracción, con rasgos que se consideran positivos en el otro y que por lo tanto, las propias entrevistadas enmarcan dentro de lo que se desea de una forma que podríamos llamar "legítima" para ellas.

B) Los que no se quieren desear pero se desean, con rasgos rechazables, pero que al mismo tiempo genera atracción. Se desean por lo tanto, pero de una manera no legítima, que las mujeres intentan de alguna manera explicarse a sí mismas.

C) Hombres que no generan atracción y además sus atributos se rechazan conscientemente.

Tabla 14. Tipos ideales de masculinidades atractivas/rechazables

	ESPIRITUAL	MATERIAL
ÉTICO	1. ESPIRITUAL-ÉTICO	2. MATERIAL-ÉTICO
	<p>"Cuidador" (Trayectoria 4)</p> <p>"Delicado" (Trayectoria 4)</p>	<p>"Responsable" (Trayectorias 2 y 3)</p>
ESTÉTICO	3. ESPIRITUAL-ESTÉTICO	4. MATERIAL-ESTÉTICO
	<p>"Culto-intelectual" (Trayectoria 1)</p>	<p>"Macarra" "Duro" (Transversal)</p>

Tabla 15. Tipos ideales de feminidades atractivas/ rechazables

	ESPIRITUAL	MATERIAL
ÉTICO	1. ESPIRITUAL-ÉTICO	2. MATERIAL-ÉTICO
	<p>"Buena y cariñosa" (Trayectoria 4)</p> <p>"Dulce y amoldable" (Trayectoria 1)</p> <p>"Firme, con carácter" (Transversal)</p>	<p>"Divertida" (Transversal)</p>
ESTÉTICO	3. ESPIRITUAL-ESTÉTICO	4. MATERIAL- ESTÉTICO
	<p>"Sensible y fácil de presentar" (Trayectoria 1)</p>	<p>"Guapa" (Transversal)</p> <p>"Materialista" (Trayectoria 4)</p>

Entre las mujeres de clase media, universitarias y que proceden de familias con capital cultural, el primero de los rasgos que aparece como deseado y deseable al mismo tiempo presenta un componente fundamental de admiración: el hombre que atrae por ser “culto” es el brillante, el inteligente, el exitoso y el interesante. Estas características son marcadores enclasantes, que definen a los hombres que tienen niveles altos de capital cultural. Tal como las entrevistadas los definen, su “brillantez” y su ocasional relación con un estilo de vida bohemio lo acercan a cierto ideal estético, y si bien su frecuente éxito profesional introduce cierto componente material en la valoración de este tipo de hombres, sus cualidades se asocian en los discursos de una manera más patente a cualidades del espíritu (Tabla 1). Estos atributos no dejan de apelar a una masculinidad cercana al poder. No se trata de poder físico, fortaleza o valentía, es un poder que se ejerce en el ámbito de lo simbólico, es capacidad intelectual y poder para generar admiración gracias a la misma. Es poder simbólico otorgado en definitiva por una posición social de clase y género. Si como ya se ha comentado en este capítulo, Bourdieu entiende el capital simbólico como la capacidad para generar reconocimiento que otorgan determinados capitales a quien los posee y la consideración de las características que son consecuencia de esos capitales como atributos personales, el enamoramiento representa en gran medida y en muchos casos un caso extremo de valoración no reflexiva de ese capital simbólico. En este caso es una particular combinación de características de clase y de género las que otorgan su valor al “hombre deseable”.

Se ha visto a lo largo del capítulo que los hombres de esta misma trayectoria apelan también a la cultura como rasgo atractivo. Sin embargo lo hacen de una manera muy distinta. Si las mujeres hablan de hombres muy cultos e inteligentes y en ocasiones muy exitosos profesionalmente, en definitiva, personas admirables por su intelecto, los hombres más bien hablan de mujeres que son “fáciles de presentar”, que comparten valores o estilos de vida y con prácticas culturales de “buen gusto” como el ballet o el hecho de tocar un instrumento clásico, tal y como nos mostraba el caso de Alonso: es decir, ideal estético está aquí muy marcado y los rasgos profesionales se ignoran en mayor medida. La “sensibilidad” que se considera probada por estas prácticas culturales distinguidas apela a una cualidad espiritual ignorando los mecanismos sociales de las disposiciones estéticas.

Por otra parte, estos hombres también reivindican una feminidad con un componente más intermedio entre lo ético y lo estético, la dulzura y el carácter amoldable. De nuevo, las mujeres

valoradas no son personas *admirables* sino *agradables* por sus estilos de vida y por su carácter. Esta categoría de la mujer dulce se acerca a una feminidad clásica: entregada al compañero y emocional.

Si volvemos a los tipos de hombres presentados como deseables por las mujeres, encontramos dos categorías que tienen que ver con una imagen tradicional de masculinidad, la del hombre como protector. Por un parte, el ideal del protector emocional aparece en la tipología del “hombre cuidador”, tal y como hemos visto, precisamente en mujeres de clases populares en una situación de especial vulnerabilidad que han sufrido en el pasado relaciones de pareja o familiares violentas. En algunas ocasiones estas mujeres reivindican la “delicadeza” como atributo ético frente a la agresividad de los hombres violentos que han sufrido en el pasado. Por otro lado, el “hombre serio y responsable”, al que apelan fundamentalmente las mujeres con trayectorias intermedias dentro de la muestra, tiene ciertas similitudes con el proveedor económico tradicional, lo cual le acerca a un polo material: la capacidad para el trabajo, la seriedad en el mismo y la independencia práctica y emocional son los ejes centrales de su carácter, en algunos casos, tal y como veíamos en el discurso de Blanca, definidos como lo que constituye un “hombre de verdad”.

Quizá la categoría de hombre que más se acerca al ideal tradicional de virilidad es aquella que se coloca entre lo rechazable y lo deseado, es decir, la que la reflexión sobre una misma entiende como objeto del propio deseo pero que al mismo tiempo se reprueba conscientemente. En este caso existen dos versiones: la rudeza masculina, la invisibilización de las emociones y el carácter fuerte se entienden por parte de una joven de clase baja –Carolina- de nuevo como lo que define al “verdadero hombre”. Se apela, como vemos, a una masculinidad que tiene claramente clase, una clase obrera, alejada precisamente de esos otros excesivamente emocionales o femeninos que representan algunos hombres de clases altas con capital cultural. Este tipo de “hombres rudos”, identificados en el discurso de esta entrevistada con los de la familia de origen, son sin embargo rechazables si presentan cierta “oscuridad”, representada en su caso por el consumo de alcohol y drogas, que los convierte en peligrosos. Por otra parte, Begoña, con una trayectoria de clase media-alta, desprecia simbólicamente a la versión “macarra” de este tipo de hombre problemático, “malote” en sus propios términos, que puede generar atracción en un momento dado, pero que no se considera legítimo para una relación a largo plazo por su falta de cultura. Esta categoría se construye en los discursos de las mujeres de la posición social de Begoña a través de una mezcla de atributos estéticos y de estilos de vida opuestos al “hombre culto o brillante”. Es decir, este tipo de masculinidad aparece –objeto de menor o mayor degradación simbólica- entre mujeres de diferentes posiciones como una masculinidad, en ocasiones atractiva, pero rechazable.

Centrándonos ahora en los tipos ideales que se presentan en la tabla número dos, encontramos una nueva versión de esa feminidad clásica en el ideal de “mujer buena y cariñosa” a la que apelan los hombres de clases populares. En este caso sin embargo, esa mujer cuidadora y dispuesta no se combina con rasgos de un estilo de vida relacionado con la sensibilidad por la cultura, sino que se enfatiza la valoración del carácter bondadoso y flexible, además de la personalidad afectuosa, es decir, se define por rasgos éticos más que estéticos. Por otra parte vimos como en el discurso de los hombres sí aparece, aunque de forma residual, una tipología de feminidad deseable más alejada a estas feminidades convencionales: es la que representa la idea de la mujer “firme”, con carácter y un criterio propio que defiende sin miedo al conflicto. Esta categoría no se encuentra concentrada en los jóvenes de una trayectoria social particular, sino que está presente en hombres de clases medias-altas y también de clases populares. Aparece fundamentalmente, ya explicamos, como parte de la descripción de la pareja actual o de rasgos que generaron atracción en un momento dado más que como lo deseable en general. Otro ideal que enfatiza rasgos diferentes a los de la visión femenina más convencional es el de la “mujer divertida”. Esta mujer genera atracción por su carácter alocado y su capacidad para disfrutar de la vida, si bien en algunos casos de jóvenes de clases medias y medias altas se presenta como alguien con quien establecer relaciones superficiales pero no como un tipo de carácter deseable para construir un proyecto de futuro a largo plazo. No lo es precisamente por encontrarse alejada de esa feminidad sensible y prudente que representa un valor en sus relaciones sociales y familiares de referencia. En cualquier caso, la movilización de los rasgos de la mujer divertida, si bien se aleja de un ideal de mujer más clásico, no genera un discurso subversivo sobre la feminidad deseable sino que apela más bien a rasgos del estilo de vida de los jóvenes en una gran ciudad. Por otra parte, la alegría, la chispa o el sentido del humor, cualidades relacionales, aparecen como atributos deseables en las mujeres de forma transversal, en los discursos de hombres de diferentes trayectorias, si bien parecen más comunes entre aquéllos que ocupan posiciones intermedias.

En cuanto a la evaluación del físico femenino, vimos cómo los jóvenes reconocen el atractivo sexual de la belleza estereotipada, de la enfatización de los rasgos físicos femeninos, pero al mismo tiempo se distancian del cliché de la “mujer explosiva” a favor de una belleza más sutil y combinada con gestos y formas de expresión atrayentes. En el caso de los hombres de clase media-alta esta primera imagen del físico más estereotipado ni siquiera aparece en el discurso, lo cual podría ser causa de un mayor manejo de lo políticamente correcto ante una entrevistadora mujer o bien de un mayor distanciamiento estético hacia lo exagerado.

Por último, la única categoría de feminidad que cae explícitamente dentro de lo rechazable es la de la

mujer materialista. Esta caracterización aparece en el discurso de los jóvenes de clases populares representando a aquellas mujeres que, si bien pueden generar atracción en un momento dado por su físico o por determinadas cualidades de carácter, no constituyen una buena elección debido a su superficialidad o a sus pretensiones de conseguir ascenso social a través de la pareja. Estrategia que estos jóvenes rechazan desde su conciencia de clase y su ideología de izquierdas. Otro sector de los hombres de clase obrera, sin generar un rechazo explícito hacia esta tipología de "mujer materialista" evalúan a las mujeres que pertenecen "a otra clase social" como personas inaccesibles, incompatibles en estilos de vida y por lo tanto una opción inviable para la construcción de una relación. Este tipo de discursos estaba ausente en las mujeres, lo cual parece indicar que el hecho de ocupar una posición social más baja a la de la propia pareja es un problema que afecta subjetivamente en mayor medida a los hombres. Este hecho apunta a que la visión tradicional del hombre como proveedor económico no ha desaparecido del imaginario colectivo sobre la masculinidad.

La comparación de las categorías de lo rechazable construyen mujeres y hombres proporciona indicios interesantes sobre la experiencia subjetiva del amor de los jóvenes de ambos géneros. Además de la categoría del "cazurro" que ha sido ya ampliamente analizada, el análisis ha puesto de manifiesto como las mujeres ponían en juego las diferentes versiones del hombre bueno y deseable a través de la descripción de parejas presentes –o proyecciones de futuros compañeros- por oposición a la categoría ampliamente extendida del "hombre malo" que genera sufrimiento por diversas causas: incapacidad para comprometerse, ambivalencia emocional, irresponsabilidad en la vida cotidiana e incluso violencia. Como ya se ha comentado, los esfuerzos discursivos de las mujeres van en la dirección de justificar las elecciones que en el pasado las hicieron vincularse a hombres de estas características. Estas justificaciones pasan por apelar a la propia juventud e inmadurez pasadas y a las "mala artes" de determinados hombres deshonestos. En los hombres no existe una construcción de la mujer rechazable tan extendida y tan codificada como entre las mujeres. Y sus construcciones discursivas parecen en términos generales apelar a otras justificaciones: no se trata de legitimar las posibles relaciones presentes o pasadas que han hecho sufrir como en el caso de las jóvenes, sino de presentarse como hombres no superficiales, que se fijan en rasgos "profundos" –éticos y espirituales en la mayoría de los casos- del carácter de la pareja y en una belleza en todo caso matizada. En este punto es necesario tener en cuenta que esta investigación ha generado discursos situados en una situación de interacción concreta con una mujer entrevistadora. Estos discursos se ven sin duda afectados por la anticipación de lo considerado como lo "decible" y, dentro de ello, lo deseable por parte de los entrevistados y las entrevistadas, clasificación que se construye a través de la negociación de significados durante la

entrevista. Teniendo en cuenta esto, parece que las jóvenes, ante una mujer de su generación, se quieren presentar como mujeres que consideran importante cuidarse, a pesar de que en algún momento de su vida hayan caído en las redes de algún hombre "poco auténtico". Se distancian así de la imagen de fragilidad y emocionalidad asociada a lo femenino, de la mujer que lo deja todo por amor. Se implican en aclarar que no dejan que el enamoramiento les haga olvidarse de sí mismas, que son mujeres suficientemente inteligentes y maduras para que esto ya no les ocurra. Por su parte, los hombres, conociendo muchos de los estereotipos sobre las vivencias masculinas de las relaciones de pareja, se presentan a sí mismos como personas que huyen de los rasgos más frívolos en sus elecciones.

Al mismo tiempo, ellos tienden a explayarse en menor medida en relatos de desamor o sufrimiento, de forma que se ven menos frecuentemente en la "necesidad" de "justificar" o dar sentido a esas experiencias. De esta forma, las mujeres quieren dejar claro que no son ingenuas y los hombres que no son excesivamente vulnerables, pero tampoco superficiales, reconociendo así implícitamente de alguna manera todas esas categorías.

Los hombres y mujeres heterosexuales desean a mujeres y hombres que están imbuidos de género manifestado en marcadores físicos completamente cargados de implicaciones simbólicas y en marcadores de carácter también clasificados simbólicamente. El deseo, que se suele vivir en la experiencia cotidiana como algo profundamente individual, no es azaroso, sino que existe cierta modelación social del mismo, tal como ya vimos que Connell (1987) argumenta.

En el ámbito discursivo, lo que decimos sobre lo que deseamos contribuye a construir esas categorías normativas de las masculinidades y feminidades deseables al mismo tiempo que es manifestación de las mismas. En este sentido, parece que los discursos analizados no generan demasiadas innovaciones. Como se ha visto, el imaginario en torno a lo atractivo por parte de hombres y mujeres no se aleja demasiado de los rasgos más tradicionalmente asociados a lo que significa "ser una mujer" y lo que significa "ser un hombre". La mayor parte de las mujeres generan discursos acerca del atractivo masculino que tienen que ver con la capacidad: capacidad intelectual y económica e independencia emocional. La categoría del cabeza de familia y proveedor, si bien no explícita, no está del todo ausente en los discursos, y en la versión del hombre responsable encontramos ciertas reminiscencias de esta figura. Por su parte, el relato de los hombres reivindica el valor de cualidades como la delicadeza, la bondad, la dulzura, el cuidado y la alegría, es decir cualidades relacionales como las que valoraban hace 30 años los hombres del estudio de De Singly (1984). Existen ciertos discursos

que reivindican rasgos menos asociados a una división de género tradicional. Entre ellos está el rechazo de las mujeres de clases populares hacia una masculinidad ruda y su reivindicación de hombres atentos, cuidadores y "delicados" y, por otra parte, el ideal de la mujer independiente, con carácter y firmeza que movilizan algunos hombres. Sin embargo, los discursos que se acercan a una división clásica son prevalentes, e introducen una nueva problematización de las teorías sobre la transformación de la intimidad y su democratización. La construcción del atractivo es un componente central de la experiencia del amor y la pareja que no ha sido suficientemente estudiado desde la sociología, y que puede proporcionar claves también a la hora de estudiar la dominación de género en el seno de las parejas heterosexuales, visto que la idealización de ciertos rasgos en el compañero forma parte de las explicaciones al "aguante femenino" en las mismas, como argumentamos en el capítulo 4.

El deseo puede constituir un potente reproductor de las desigualdades de género, ya que induce a la anticipación y a la puesta en práctica de determinadas masculinidades y feminidades percibidas como más atractivas y al mismo tiempo, orienta a la selección de parejas con unas características concretas, que se desenvolverán en las relaciones con disposiciones de género también concretas. Por todo ello, las transformaciones en este ámbito pueden propiciar asimismo cambios importantes en la experiencia de los vínculos amorosos.

CONCLUSIONES Y LÍNEAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN

El objetivo fundamental de esta tesis doctoral ha sido comprender desde un punto de vista sociológico la experiencia del amor y la pareja de los adultos jóvenes heterosexuales en la ciudad de Madrid. Como hemos argumentado, manejamos un concepto relacional de experiencia que implica una postura teórica interesada por las prácticas sociales situadas, es decir, por la agencia como praxis no determinada por estructuras sociales con funcionamientos y lógicas al margen de las mismas, pero tampoco libre o independiente de sus contextos socio-históricos ni de la incorporación por parte de los agentes de diferentes disposiciones que tales contextos propician. Por lo tanto, el amor no nos ha interesado como “ideología” o como un código cultural a desentrañar, pero tampoco como vivencia individual o intra-psíquica, sino como experiencia social relacional, situada en contextos históricos y geográficos y en posiciones sociales específicas.

Hablamos de amor y pareja de forma conjunta porque ambos están intrínsecamente conectados en la cultura occidental y en la experiencia cotidiana de los agentes. Incluso los aspectos más subjetivos que el amor implica –imaginaciones, anhelos, miedos- están frecuentemente organizados en torno al modelo hegemónico de la pareja. Por otra parte, las parejas se construyen en base a diferentes ideales amorosos que se convierten en su justificación, en el fundamento para su fundación y –al menos en teoría- su persistencia en contextos sociales occidentales en los que la autenticidad de los sentimientos se ha constituido en una suerte de exigencia cultural (Illouz, 2012).

Desde el punto de vista sociológico, la experiencia del amor y la pareja es multidimensional. Captar su sentido requiere alejarse de visiones reduccionistas y reconocer una complejidad que, sin embargo, es necesario hacer abarcable en la investigación empírica. El amor, hemos argumentado, implica prácticas, emociones y deseos, y se construye cotidianamente en torno a esos elementos y a través, asimismo, de una determinada relación con los marcos culturales sobre los que los agentes se apoyan –con menor o mayor grado de reflexividad- para generar el sentido del amor en general y de su biografía amorosa en particular.

Hacer posible la investigación sociológica –limitándola, al mismo tiempo- sobre cualquier ámbito implica la construcción del objeto de estudio. Tal ejercicio es el prerequisite indispensable de la práctica investigadora. No existe aproximación “neutra” sino perspectivas de análisis, de nuevo, situadas, que orientan también las decisiones metodológicas. Acabamos de repasar muy brevemente la elaboración conceptual sobre la “experiencia del amor y la pareja” que supuso el punto de partida para la construcción de nuestro objeto. A partir de ella, surgen una serie de puntos a investigar que desde aquí se han considerado muy relevantes –si bien no exhaustivos- para abordar sociológicamente el amor y la pareja heterosexual. Detallaremos ahora específicamente las conclusiones a las que nos ha llevado la investigación empírica sobre cada uno de ellos, conducida en diálogo con diferentes aportaciones teóricas e investigaciones previas. Antes de ello, recordamos la prioridad que en nuestro análisis hemos otorgado al género y la clase social sobre otras variables que sitúan la experiencia del mundo social y que son por lo tanto, también relevantes para su comprensión. Si bien el género ha sido parte importante de las reflexiones sociológicas en torno al amor –estudios que han puesto de manifiesto sobradamente su importancia central en este ámbito-, la clase social ha tenido un protagonismo mucho menor. Ambos atributos, sin embargo, están intrínsecamente imbricados en los cuerpos y sus disposiciones, y por lo tanto, en la experiencia cotidiana del mundo social en sus diferentes ámbitos, también el que se refiere al amor y la pareja. Partiendo de esta asunción teórica, el análisis de las diferentes masculinidades y feminidades que se ponen en práctica en la vivencia de los vínculos amorosos, así como las que de alguna manera, “se reclaman” en el otro-a, nos ha servido para debatir con diferentes aportaciones a este campo de estudio que, ignorando estos aspectos, han generado conclusiones a nuestro entender insatisfactorias.

En un primer momento, nos hemos detenido en la exposición de una serie de datos cuantitativos para abordar la dimensión más fáctica de la experiencia del amor y la pareja, la que tiene que ver con las formas y dinámicas de emparejamiento y con la composición interna de las parejas. Con ello hemos pretendido investigar si persiste entre los jóvenes un apego –en el nivel práctico, más que en el de la exposición discursiva de los propios ideales- a formas más tradicionales o más innovadoras de organizar sus propios vínculos. Debido a que la mayor parte de las encuestas que proporcionan información a este respecto son de ámbito estatal y debido además al hecho de que, en la mayor parte de los casos hemos querido observar diferencias o similitudes en diferentes sectores sociales, no siempre ha sido posible desagregar los datos al nivel específicamente la ciudad de Madrid. Sin embargo, creemos haber obtenido indicios sobre tendencias recurrentes en el emparejamiento de los jóvenes españoles que probablemente tengan similitudes con ciertos patrones también entre quienes residen en

Madrid y que nos permitieron establecer un punto de partida para indagar en otros aspectos de su experiencia amorosa, abordados con metodologías cualitativas.

Un primer grupo de datos que nos ha proporcionado información relevante es el relativo a matrimonios y al estado civil de la población. En este sentido, hemos visto que los españoles-as se casan menos y más tarde que en décadas anteriores y que en otros países de la UE, como ponen de manifiesto los datos sobre la edad media al matrimonio y el indicador coyuntural de primo-nupcialidad. Ambas tendencias parecen además ser más acusadas en la ciudad de Madrid que en el conjunto del Estado. Sin embargo, éste no es un patrón social uniforme. Por una parte, las mujeres que se casan, son más precoces a la hora de hacerlo. Por otra, el capital escolar es aquí un factor decisivo: los datos muestran que, en general, hay un mayor porcentaje de solteros entre los grupos con niveles de estudios más altos. Además, matrimonio civil es elegido en una proporción mucho mayor por las clases medias altas y altas que por las clases bajas, que se decantan mayoritariamente por el religioso.

De la mano de este descenso y retraso en los matrimonios ha crecido el número de uniones de hecho en España, cuya generalizada aceptación se traduce hoy en día en las prácticas en mayor medida que en la década pasada. De nuevo, existen diferencias importantes entre grupos sociales a este respecto: entre los cohabitantes es más frecuente la presencia de personas universitarias, también se declaran en mayor medida ateas y viven menos frecuentemente en municipios pequeños. Pero los datos sobre cohabitación entre españoles-as son aún bajos si los comparamos con las cifras europeas. De hecho, entre los y las jóvenes en la veintena y treintena, la proporción de cohabitantes sobre el total de las uniones –de hecho o matrimoniales- ha crecido mucho más que su porcentaje sobre el total de la población, debido al elevado porcentaje de parejas sin convivencia entre las personas de estas edades en España. Este fenómeno, hemos argumentado, responde en gran medida a las dificultades para encontrar trabajo y a la precariedad laboral que sufren una gran cantidad de jóvenes españoles, fenómenos que retrasan su emancipación.

Sin embargo hay que tener en cuenta que entre las personas que forman una pareja sin convivencia –o pareja LAT (del inglés *living apart together*)- existen, en el contexto español, dos perfiles diferenciados. Analizando datos relativos a mujeres, hemos visto que hay un primer grupo formado por aquéllas que aún viven con sus padres, de 26 años de media y con estudios primarios en similar proporción, pero secundarios en mayor medida que el resto de su cohorte. Son también estudiantes más frecuentemente que el resto, pero entre ellas hay menos universitarias. Se trata de un sector entre

las que cabe esperar mayores dificultades para independizarse. El segundo perfil de parejas sin convivencia lo forman jóvenes que viven fuera del hogar de su familia de origen, tienen 29 años de media, son universitarias en mayor proporción que el resto de su cohorte, trabajan en mayor medida que las casadas –aunque no más que las cohabitantes- y son también estudiantes con más frecuencia que el resto. Entre este grupo cabe esperar un porcentaje importante de mujeres en relaciones sin convivencia por elección más que por necesidad, -bien por simple preferencia, bien por estar en los comienzos del vínculo-, aunque también es posible que en algunos casos, estas jóvenes reciban el apoyo económico familiar para vivir o estudiar fuera de casa pero prefieran tener una situación más estable e independiente antes de convivir con sus parejas .

Finalmente, los datos sobre emparejamiento ponen de manifiesto que existe una importante persistencia de la homogamia educativa entre los treintañeros-as, que es especialmente acusada entre las mujeres con estudios más bajos y entre los hombres con estudios universitarios. Por otra parte, hemos visto un aumento importante de la hipogamia femenina en estas generaciones, con un llamativo porcentaje de mujeres universitarias emparejadas con hombres con estudios primarios. Lamentablemente, no podemos conocer la homogamia en términos de familias de procedencia, pero sí en términos profesionales. Vimos, en relación a este punto, que los mayores niveles de homogamia se encuentran en los grupos que requieren mayor y menor capital escolar respectivamente: científicos e intelectuales por un lado y trabajadores industriales por otro. Coherentemente con los datos sobre homogamia educativa, la proporción más elevada de homogamia profesional aparece entre las mujeres que trabajan en la industria o como artesanas y además, hay un número significativo de mujeres del ámbito científico emparejadas con trabajadores industriales. Es decir, más allá de la imagen estereotípica de la mujer que busca ascenso social a través de la pareja, parece que los hombres tienen hoy en día cierta ventaja en el “mercado” de los emparejamientos. Por otra parte, las mujeres universitarias se encuentran sin pareja -sea ésta matrimonial, cohabitación o LAT- en mayor medida que los hombres universitarios y que el resto de las mujeres.

En definitiva, los datos cuantitativos muestran que si bien se han producido algunas transformaciones importantes en lo que respecta a las formas de emparejamiento –sobre todo en lo relativo a la intensidad y al calendario de los matrimonios-, estos cambios han de ser observados con cautela y atendiendo a sus matices. Hemos visto que hay diferencias importantes entre clases sociales y que la preferencia por fórmulas más “innovadoras” -como las uniones de hecho o los matrimonios civiles- es más común entre los sectores con mayor capital escolar. Por otra parte, algunas prácticas,

pudiendo parecer homogéneas, muestran indicios de tener sentidos sociales distintos –como manifiestan los dos perfiles diferenciados de personas en parejas jóvenes sin convivencia en España-. Además, junto a los cambios se observan también persistencias importantes, como la “tozudez” de las tendencias a la homogamia educativa.

Más allá de los aspectos más fácticos del emparejamiento, otra dimensión de la experiencia del amor y la pareja a la que hemos prestado especial atención ha sido la construcción del sentido que los agentes hacen de ambos, en términos generales y también a propósito de sus propias biografías en este terreno. Para ello hemos recurrido al concepto de “repertorios culturales” desarrollado por Ann Swidler (2001), que, como hemos argumentado, presenta varias ventajas sobre otras aproximaciones al nivel simbólico de lo social. En primer lugar, permite captar la heterogeneidad de marcos de sentido en torno a un mismo fenómeno en un mismo contexto. Además, entiende el uso de los elementos culturales –en cierta medida incorporados- como prácticas sociales que también pueden ser rastreadas.

Basándonos en la literatura sociológica sobre el amor, hemos indagado en los componentes que forman parte de los repertorios de los adultos jóvenes en Madrid y los usos discursivos que hacen de ellos. Además, nos ha interesado abordar las posibles diferencias o similitudes entre hombres y mujeres con diferentes trayectorias de clase social. En la tabla 16 presentamos los resultados muy esquemáticamente.

La investigación ha mostrado que la simbología en torno al amor, los elementos culturales que la articulan y los usos que se hacen de los mismos presenta una marcada complejidad, que sin embargo no es caótica, sino que responde a tendencias sociales. Existen dos marcos de significado, dos relatos codificados sobre el amor y la pareja que estructuran en gran medida los repertorios de los jóvenes: por un lado, el marco del amor romántico, cuyos orígenes rastreamos en el capítulo 4, se basa en una serie de asunciones sobre la omnipotencia del amor frente a los obstáculos, la plenitud que se alcanza al encontrar “la” persona destinada a ser la propia pareja, el protagonismo del amor de pareja como única o principal fuente de felicidad, la preponderancia de la pasión sobre otros componentes en los vínculos, la pretensión de pervivencia del sentimiento “para siempre”, o la inevitable primacía del sentimiento amoroso sobre la razón. En definitiva, la construcción amorosa romántica apela a una promesa de felicidad a partir del “encuentro” con el amor verdadero y para siempre (Jackson, 1993).

Tabla 16: Clase social y repertorios culturales en torno al amor

		Mujeres, trayectorias 1 y 2 ⁵⁹	Hombres, trayectorias 1 y 2	Mujeres, trayectorias 3 y 4	Hombres, trayectorias 3 y 4
Elementos prosaico-realistas		Sí. Defensa ethos "confluente"	Sí. Defensa ethos "confluente"	Sí	Sí
Elementos románticos		Sí	Sí	Sí	Sí
Elementos posmodernos Y anti- posmodernos	Nostalgia	Sí (matizada)	Sí (matizada)	Sí (matizada)	Sí (enfática)
	Diversión	Sí	Sí	No (forma parte del pasado)	No (separación esferas amigos- pareja)
	Importancia del "yo"	Sí (enfática)	Sí (enfática)	No	No
	Cinismo frente a códigos y prácticas "románticas"	No (no es necesario)	No (no es necesario)	Sí y No en las dos posiciones más extremas	Sí, pero separación público-privado Sí en la posición más enfática

La investigación ha mostrado que la simbología en torno al amor, los elementos culturales que la articulan y los usos que se hacen de los mismos presenta una marcada complejidad, que sin embargo no es caótica, sino que responde a tendencias sociales. Existen dos marcos de significado, dos relatos codificados sobre el amor y la pareja que estructuran en gran medida los repertorios de los jóvenes: por un lado, el marco del amor romántico, cuyos orígenes rastreamos en el capítulo 4, se basa en una serie de asunciones sobre la omnipotencia del amor frente a los obstáculos, la plenitud que se alcanza al encontrar "la" persona destinada a ser la propia pareja, el protagonismo del amor de pareja como única

⁵⁹ En el capítulo 2 explicamos que categorías de sujetos entran en cada una de las trayectorias sociales que hemos considerado

o principal fuente de felicidad, la preponderancia de la pasión sobre otros componentes en los vínculos, la pretensión de pervivencia del sentimiento “para siempre”, o la inevitable primacía del sentimiento amoroso sobre la razón. En definitiva, la construcción amorosa romántica apela a una promesa de felicidad a partir del “encuentro” con el amor verdadero y para siempre (Jackson, 1993).

Por otra parte, los repertorios de los jóvenes están mayoritariamente formados por elementos de lo que Swidler (2001: 114) llama la visión “prosaico-realista” del amor, que se construye en gran medida en oposición al relato romántico que acabamos de describir: según este modelo el amor se basa en el cariño, el apoyo mutuo y la amistad más que en la pasión, crece lentamente y atiende a motivos “racionales”. La intensidad, por otra parte, no dura siempre, ya que el amor se transforma y evoluciona con el paso del tiempo hacia formas más “maduras”. El flechazo, además, no es sino atracción sexual.

Tal como, con Swidler, hemos argumentado, no se trata de que los sujetos se dividan entre los “románticos” y quienes asumen la visión prosaico-realista del amor, sino que la gran mayoría de los jóvenes mezclan, de diversos modos, elementos de ambas construcciones en sus discursos. Pues bien, es interesante analizar en qué momentos y con qué objetivos se ponen en práctica cada una de estas visiones.

Los componentes prosaico-realistas aparecen frecuentemente en las descripciones de los vínculos presentes y también como modos de expresar lo “saludable” o positivo en las relaciones de pareja. Si bien forman parte de los repertorios de jóvenes de todas las posiciones sociales consideradas, entre las personas de clases medias y medias altas con estudios universitarios, se apela en mayor medida a una versión de este modelo cercana al “amor confluyente” que describe Giddens (1995: 39), muy marcado por el ethos terapéutico que enfatiza las virtudes de la comunicación y la necesidad de la expresión emocional. En el manejo discursivo de los elementos confluentes vimos, por otra parte, indicios de una tendencia interesante. Este tipo de relatos muy marcados por el vocabulario y los estándares psicológicos que según Giddens, (1995) propician un ethos igualitario en las relaciones, son utilizados en ocasiones por parte de las mujeres para generar una versión del amor que no entre en contradicción con su propia permanencia en relaciones que generan una gran insatisfacción, apelando, por ejemplo, a la necesidad de una misma de desarrollar la propia independencia y “no esperar nada del otro” ni intentar cambiarle. De este modo, vemos como los recursos culturales disponibles se *ponen en práctica*, es decir, se utilizan activamente en la situación de interacción que implica la entrevista sociológica para dar sentido a la propia experiencia.

Por otra parte, los elementos románticos de los discursos no aparecen como reivindicación de lo deseable en las relaciones –con dos excepciones que hemos analizado en profundidad-, y tampoco cuando las personas entrevistadas se implican en descripciones sobre lo que constituye el amor de forma genérica. Más bien aparecen de una forma menos explícita o reflexiva, “colándose” en explicaciones sobre las propias prácticas, decisiones y sentimientos pasados y presentes por parte de hombres y mujeres que en otros momentos, han defendido manifiestamente las virtudes de un amor de compañeros más basado en elementos de la visión prosaico-realista. Parece, por lo tanto, que existe cierto apego corporal o emocional, cierta asunción de elementos del modelo romántico, que no se defiende explícitamente, pero que de alguna sirve para “medir” y evaluar los propios sentimientos y las experiencias.

Además de elementos prosaico-realistas y románticos, los repertorios de los jóvenes están formados por algunos componentes de lo que Illouz (2009) ha definido como el ethos amoroso posmoderno emergente en las sociedades occidentales del capitalismo contemporáneo. Nuestra investigación ha puesto de manifiesto que este modelo no aparece en ningún caso en una forma “pura” o coherente, sino que se entremezcla en los discursos con el resto de elementos simbólicos que venimos analizando. Además, al mismo tiempo que los entrevistados-as ponen en juego opiniones cercanas a las derivas sociales que la literatura sociológica ha caracterizado como posmodernas, también expresan otras que parecen ir en su contra. Por otra parte, hemos visto cómo en la puesta en práctica discursiva de estos elementos, la clase social juega un papel fundamental. Pasamos a repasar las conclusiones al respecto.

En primer lugar, existe una posición muy extendida entre mujeres y hombres que remite a cierta nostalgia con las relaciones del pasado, mostrando –al menos en el plano discursivo- un cierto rechazo a la fragmentación “posmoderna” de la experiencia –amorosa en particular-, en lo que se suele concebir como el empobrecimiento y fragilización de los vínculos. Es decir, parece que los y las jóvenes llevan a cabo un diagnóstico más o menos cercano a la idea de “amor líquido” de Bauman (2005) y muestran cierta ambivalencia respecto a su propia vivencia de las monogamias sucesivas y respecto a sus propias expectativas de futuro en pareja, evaluando en ocasiones negativamente las prácticas amorosas de su generación y de sí mismos. Aquí, sin embargo, encontramos diferencias significativas en distintos sectores sociales. Tanto hombres como mujeres de las trayectorias sociales 1 y 2, es decir, universitarios-as procedentes de familias de clases medias y medias altas ponen en práctica un discurso crítico con los modos contemporáneos de relaciones amorosas aludiendo a la facilidad con la que se

producen abandonos cuando se enfrentan problemas, a lo que entienden como una falta de compromiso en los vínculos contemporáneos. Sin embargo, su discurso está claramente matizado por otro que apela a la igualdad de género y a las bondades del derecho al divorcio como modo de cortar situaciones de sufrimiento o maltrato. En el extremo opuesto, la posición más vehemente a este respecto, que describe enfáticamente la deriva negativa de las relaciones de hoy en día, “de gelatina” y que además, no aguantan ni siquiera cuando se ha formado una familia, la encontramos en los hombres de clases populares. En ellos, parece haber una concepción tradicional del matrimonio y la familia más extendida, que puede responder en parte a un cierto sentido de amenaza -por parte de lo que entienden, en términos baumanianos, como esta liquidez posmoderna- hacia la posición del “cabeza de familia”, modelo que en otros momentos habría sido su destino natural e incuestionado y que otorga un lugar social definido y de poder, al menos en el ámbito doméstico, a hombres que no tienen poder en otros campos sociales. En cambio, las mujeres de su misma posición social presentan un discurso matizado con similitudes al de los y las jóvenes universitarias y de clases medias y medias-altas. El análisis de sus repertorios ha puesto de manifiesto que ellas necesitan generar discursos con los que puedan dar sentido y justificación al hecho de haber abandonado vínculos muy largos y con mucha integración biográfica, en los que, muy a menudo, han sufrido situaciones muy complicadas. Los escenarios de dominación más extremos se encuentran en los relatos de estas mujeres, que en ocasiones han narrado episodios de violencia explícita por parte de los ex-compañeros. Es por ello que ellas saben de la importancia de que las mujeres no aguanten, en sus propios términos, “carros y carretas” -como en el pasado- y puedan abandonar las relaciones cuando quieran. Su discurso en este sentido es por lo tanto más matizado que el de los hombres de su misma posición social: las mujeres no tienen por qué aguantar “lo que les echen”, aunque esto signifique que las relaciones sean hoy más inestables que en el pasado.

Por otra parte, existe otro elemento típico según Illouz (2009) del ethos amoroso posmoderno que tiene que ver con el hedonismo, la importancia del disfrute y la centralidad de la diversión entendida como un requisito, un valor que la pareja *debe* poder aportar. Estos elementos, en efecto, están muy presentes en un sector amplio de los jóvenes universitarios de las trayectorias 1 y 2, que a menudo apelan a la importancia no sólo de la práctica de “salir de fiesta” sino también de tener múltiples *experiencias* que sirvan para alejarse momentáneamente de los espacios cotidianos, típicamente a través de las “escapadas” o del “viaje al extranjero” que se convierte en el modo de huir de la rutina y renovar la intensidad en el vínculo. La exigencia cultural de la diversión en pareja no es, sin embargo, igualmente atendible para todas las clases sociales, sobre todo si ésta viene asociada a prácticas que,

negando el consumo, lo presuponen (Illouz, 2009). En cualquier caso, entre las clases populares no se encuentra una reivindicación expresa de la importancia de la diversión en la pareja. Ésta no se niega, simplemente no se asocia tan frecuentemente ni tan indisolublemente a la relación amorosa. Entre las mujeres, la “fiesta” forma parte frecuentemente del pasado. Con una relación muy diferente respecto a la propia edad biológica a la de sus coetáneas universitarias, estas mujeres expresan la importancia de que la pareja aporte estabilidad y posibilidades de comenzar una familia más que una forma de vida divertida. Por su parte, los hombres de su clase social suelen manifestar una mayor separación entre las esferas de los amigos –más asociadas al ocio y la diversión- y la pareja –que representa frecuentemente la tranquilidad doméstica-. Parece, por lo tanto, que el ethos hedonista que implica la exigencia de diversión como valor proporcionado por la pareja, más que la característica generalizada de un mundo pretendidamente posmoderno es uno de los rasgos de un estilo de vida propio de personas universitarias y de clase media. Algo similar ocurre con la reivindicación psicologista del “yo”, sus espacios, su independencia y su “enriquecimiento” a través de lo que la otra persona “aporta”. Sin que fuese inducido durante la entrevista, este tipo de discurso está presente entre los y las jóvenes universitarios, en ocasiones, además, de manera muy enfática, poniendo de nuevo de manifiesto su mayor apego al modelo del amor confluyente que describe Giddens (1995) –marcado por elementos de los discursos psicológicos, como la autonomía individual, entre otros-. De nuevo, la ausencia de estos “ingredientes” en los relatos de los y las jóvenes de las trayectorias 3 y 4⁶⁰ nos obliga a alertar sobre ciertas tendencias teóricas a la generalización de los modelos de las clases medias universitarias a toda la sociedad, bajo expresiones como “amor contemporáneo” o “ethos posmoderno actual”, ignorando de esta manera la importancia de la clase social en la experiencia del mundo.

Finalmente, hemos indagado en otro de los elementos que Illouz enmarca dentro de la tipología de lo “posmoderno”, el que tiene que ver con la conciencia de los estereotipos y construcciones culturales alrededor del amor romántico y la consiguiente actitud cínica frente a los códigos y las prácticas relacionadas con el mismo. En este caso, vemos cómo entre los jóvenes con mayores niveles de capital cultural –especialmente quienes no sólo lo han adquirido mediante las instituciones escolares sino que lo han heredado familiarmente (trayectoria 1)- el cinismo frente a los estereotipos no se hace necesario ya que su posición en el espacio social los sitúa muy alejados de quienes asumen con sus prácticas culturales el modelo amoroso más cercano al cliché. Lo romántico se define aquí simplemente de otra manera, apelando a cuestiones de la vida cotidiana más que a muestras “exageradas”. Las

⁶⁰ La excepción en este sentido es Dani, a quien, como ya se explicó, su paso por la universidad le ha colocado en una posición de destino – en estilo de vida, capacidad económica y cultural y relaciones sociales) de clase media

posiciones más vehementes en contra de lo que se entiende como “horteradas” románticas se hacen patentes más bien en posiciones sociales intermedias –significativamente, en entrevistados-as de la trayectoria social número 3-, que hacen necesarias en mayor medida la diferenciación del propio gusto respecto a los próximos sociales. Entre las clases populares, hay un sector de mujeres que expresan sin tapujos su predilección por las manifestaciones románticas más reconocibles –declaraciones de amor, poesías personalizadas, regalos con símbolos amorosos etc- mientras que otro se distancia también de forma contundente de ellos, movilizando una imagen propia alejada de lo “cursi” precisamente por oposición a este primer grupo. Por otra parte, la postura de los hombres de esta clase social es significativa: no les importa “contentar” a sus parejas en privado con este tipo de manifestaciones, que sin embargo, no se aceptan en público, donde es necesario mantener las formas protegiendo la propia masculinidad que se proyecta.

El análisis de los repertorios culturales en torno al amor de los adultos jóvenes pone de manifiesto que los marcos culturales en que nos apoyamos para dar sentido a nuestra experiencia amorosa no son unívocos sino heterogéneos, y en ocasiones contradictorios. Existen relatos codificados socialmente que aportan símbolos y significados en los que nos apoyamos más o menos reflexivamente para interpretar el amor en general y nuestra experiencia en este ámbito en particular. Los modos en que los elementos de estos diferentes marcos se defienden discursivamente o aparecen menos reflexivamente nos dan información relevante: en este caso, sobre la defensa del amor de compañeros, de una visión “realista” del mismo y de la no ingenuidad que convive con ciertas idealizaciones románticas arraigadas.

Los diferentes marcos no se imponen sobre sujetos pasivos sino que los agentes los usan de diferentes modos –a veces justificando prácticas o generando determinadas presentaciones del yo-. Sin embargo, estos usos –que, por otra parte, no implican cálculos racionales sobre lo que hay o no hay que decir, sino más bien, ciertos grados de “implicación afectiva”⁶¹ en la negociación identitaria durante la entrevista- no son, como hemos visto, uniformes entre los jóvenes independientemente de sus trayectorias de clase, sino que determinadas posiciones, historias previas y estilos de vida hacen más probable el apoyo en unos y el rechazo a otros. Esta conclusión no implica negar la agencia –tampoco en su relación con lo simbólico-, sino situarla, para comprender su contexto y sentido social. Por otra parte,

⁶¹ En esta investigación hemos usado este término a través de la interpretación que Martín Criado (1998a) hace del trabajo de Goffman.

algunos elementos de los relatos prosaico-realistas y románticos están tan codificados que forman parte, prácticamente por igual, de los repertorios de jóvenes de diferentes clases sociales.

Una tercera dimensión del amor y la pareja que hemos abordado en profundidad en esta tesis es la que tiene que ver con las emociones. Siguiendo la perspectiva sociológica de Hochschild (1979, 1983, 2008) éstas no han sido tratadas como “estados” a diseccionar o como determinantes inevitables de la acción que aparecen para nublar o impedir los actos razonables y reflexionados⁶², sino que nos hemos interesado más bien por prácticas destinadas a lidiar con ellas o a manejar los asuntos emocionales – propios y en pareja-.

En esta línea, abordamos en primer lugar la práctica extendida de hablar de amor y relaciones con amigos, familiares etc., y de hablar de las propias emociones o del “estado” del vínculo con la propia pareja. Lo segundo constituye un componente central de la idea de “amor confluyente” de Giddens que ha tenido mucha repercusión –recibiendo también muchas críticas- en la sociología posterior. Pues bien, la investigación ha puesto de manifiesto que la práctica de hablar de amor y emociones en general es una tendencia muy presente entre las mujeres –especialmente entre las universitarias-, favorecida además por contextos que parecen establecer condiciones propicias para ello, típicamente el grupo de amigas –más central en el discurso de las jóvenes de clases medias- que sirve en ocasiones como refugio, en otras como “consejo de sabios” ante la toma de decisiones importantes y en otras simplemente como lugar para divertirse y frivolar hablando de estos temas. Sin embargo, también hay una situación arquetípica que implica que las jóvenes guarden silencio en sus círculos de amigos o familiares cuando su situación amorosa o sus decisiones “traicionan” la legitimidad asumida de la mujer que sabe cuidarse y que prioriza su bienestar sobre el mantenimiento de la pareja.

Las mujeres son también más tendentes a llevar las riendas de las conversaciones sobre el vínculo con sus propias parejas, en ocasiones adoptando además una especie de actitud terapéutica – que en ocasiones sustituye al enfado- puesta al servicio de la comprensión del otro, de la resolución de problemas y del “entendimiento emocional”. Esto, hemos argumentado, las coloca en una posición ambigua: en algunos casos, sirve para rebajar tensiones y para “entrenar” con la pareja modos de resolución no agresiva de los conflictos, generando en ellas una sensación de “logro”. Por otra parte, es claro que esta disposición femenina tiende a sobrecargarlas, ya que propicia su propia auto-

⁶² Partimos más bien, como esta autora, de la idea de que toda práctica, incluso la más calculada, conlleva un componente emocional

responsabilización del devenir de sus vínculos, como si todo –también la actitud del otro y sus sentimientos- pudiese controlarse y por lo tanto fuese una tarea asumible para mantener la relación “en buen estado”, fomentado de esta manera su especialización tradicional en el cuidado de sus relaciones y del otro más que en el de sí mismas. Este extensión contemporánea de la creencia en el valor de la comunicación, manifestación según Illouz del “logocentrismo de las nuevas clases medias” (2009: 312), se convierte según esta misma autora y tal como muestra asimismo esta investigación, en un estándar, una exigencia cultural asumida también por las mujeres de clases populares que sin embargo, se encuentran en mayor medida con las reticencias de sus compañeros a “colaborar” en esa tarea de “abrirse emocionalmente” junto a la pareja que Giddens (1995) considera el rasgo definitorio del amor contemporáneo.

En efecto, los hombres jóvenes de clases populares expresan una gran reticencia a hablar de lo que sienten o de su propio vínculo con la pareja. En ocasiones, muestran su clara oposición a esas tendencias consideradas femeninas y que, en cierto modo, ridiculizan. Otras veces, estos hombres dicen no sentirse capacitados para este tipo de comunicación. En ambos casos se reivindica típicamente el cariño y el cuidado como muestra de amor más allá de la expresión de los sentimientos. Existe, por otra parte, otra situación arquetípica en la que los hombres son reticentes a hablar o a expresar abiertamente lo que sienten, que aparece en todas las posiciones sociales y que tiene que ver con una motivación diferente: el mantenimiento de situaciones ambiguas que resultan cómodas, en las que definir demasiado el vínculo implicaría un “todo o nada” que no se quiere asumir.

Relacionado con esto, hemos identificado una situación típica de ejercicio de “dominación simbólica” (Bourdieu: 1999, 2000) por parte de los hombres en vínculos heterosexuales –que a veces son reconocidos como “pareja” y otros, se encuentran en una situación de indefinición y ambigüedad-. Con este término nos referimos a su capacidad para definir tácitamente los términos, y por lo tanto los límites, de la relación, generando para sí mismos y para sus parejas el sentido de lo que se puede esperar o no de ellos, en una especie de imposición de la definición de las situaciones –que en algunos casos va de la mano de la definición también de sus compañeras y sus pretendidos problemas psicológicos o físicos-. Este tipo de situaciones, muy frecuentes y que en la mayor parte de los casos no implican ni violencia explícita ni actos de control sobre las conductas y relaciones de la pareja –rasgos típicamente catalogados dentro de las relaciones “tóxicas” o “patológicas”, generan sin embargo mucha insatisfacción y sufrimiento sobre las mujeres que las experimentan.

La dominación simbólica se ejerce según Bourdieu con la complicidad no consciente de los dominados, de disposiciones en ellos que implican el afecto o reconocimiento hacia el dominador y que ignoran las dinámicas estructurales que enmarcan su relación. La investigación empírica muestra que ésta parece ser la dinámica que gobierna un determinado tipo de relaciones de pareja heterosexuales en las que las mujeres despliegan un tipo de feminidad –no el único que existe- abnegada, que muestra una disposición a aguantar situaciones que le resultan muy insatisfactorias cuando no tienen, en principio, ningún impedimento objetivo para abandonarlas. Sin embargo, los mecanismos a través de los que funciona este tipo de dominación simbólica no han de darse por sentado. En la indagación acerca de ellos, hemos concluido que las motivaciones de las mujeres para mantener este tipo de relaciones tienen que ver con el apego emocional hacia un modelo amoroso idealizado que, como vimos, consciente y explícitamente rechazan. En efecto, los motivos fundamentales de las mujeres para su “empeño” en relaciones que les causan mucho sufrimiento tienen que ver con determinadas asunciones implícitas que apuntan a rasgos románticos muy arraigados: la idealización de la pareja, la superación de obstáculos, la asunción del papel de “heroína femenina” que termina venciendo, el amor como fuente de identidad: en definitiva, como ya vimos, la promesa de felicidad por la que merece la pena sacrificarse.

Todo esto pone de manifiesto que la influencia de los modelos o marcos simbólicos socialmente codificados no pasa necesaria ni fundamentalmente por la defensa de una serie de valores y opiniones reflexionados que provocan actos en consecuencia. Más bien, la cultura se encarna y genera disposiciones que, de hecho, en ocasiones entran en conflicto con lo que discursiva y explícitamente se reivindica y se rechaza. De nuevo, en definitiva, el modelo amoroso romántico aparece como disposición práctica y emocional pre-reflexiva más que como ideal defendido, en este caso como *habitus* recurrente de un tipo de feminidad extendido y que afecta a todas las clases sociales.

Por otra parte, en el marco del análisis de situaciones arquetípicas en los modos de lidiar con las emociones, nos hemos interesado por una serie de prácticas y estrategias desplegadas ante el miedo a la pérdida o el sufrimiento amoroso. El amor y la formación de una pareja estable forman parte de las aspiraciones centrales en la vida de los jóvenes (Alberdi, 1999; Meil, 2004) y los vínculos amorosos constituye en numerosas ocasiones una importante fuente de arraigo y estabilidad subjetiva. Sin embargo, es también cierto que las sociedades contemporáneas existen una serie de elementos que pueden propiciar ciertos grados de incertidumbre en la experiencia amorosa. Un primer factor en este sentido es lo que Illouz (2012: 73) define como la “desregulación de los encuentros románticos”,

situación que alude a la privatización de los modos en que se producen las elecciones y las primeras fases de los emparejamientos, sometidos en la actualidad a un control social externo y a una supervisión colectiva menores que nunca antes. El proceso por el que se producen los primeros encuentros está menos codificado y es más imprevisible debido por una parte, a que las conductas son menos observadas y moralmente sancionadas y por otra, a la autonomización de la sexualidad y su consideración como “sana” para la plenitud personal más allá de su vinculación con los afectos amorosos. En España, la legitimación de los encuentros sexuales esporádicos –que pueden constituir (o no) el comienzo de un vínculo más estable- se enmarca en el proceso de “secularización individual” sobre la que argumenta Pérez Agote (2012).

A la imprevisibilidad sobre las expectativas del otro-a en los primeros encuentros –que tiende a complicarse cuando las intenciones de ambas partes difieren- se une otro factor generador de cierta incertidumbre, el que tiene que ver con la extensión del “ethos de la autenticidad” (Illouz, 2012: 48) en las relaciones, que implica que el fundamento para su establecimiento y persistencia tenga que ver, en el plano de lo normativo, cada vez más con los propios sentimientos genuinos hacia el otro y menos con cualquier otro tipo de consideraciones. Todo ello influye en la transformación de lo que Merton (1992: 208) entiende por “duraciones esperadas socialmente”⁶³, hacia una menor confianza en las relaciones “de por vida”.

Pues bien, el análisis de las estrategias de los jóvenes para lidiar con la incertidumbre y el miedo al sufrimiento ha puesto de manifiesto la extensión de cierta “normatividad de la cautela”, que se inscribe en lo que Hochschild (2008: 183) entiende como la tensión entre dos tipos diferentes de “exigencias culturales” en lo que respecta al amor y la pareja: por un lado, el establecimiento de relaciones sólidas basadas en la comunicación y por otro, la necesidad de ser precavidos y estar preparados ante la posibilidad de la pérdida.

Estas estrategias de cautela van desde el “trabajo emocional” (Hochschild, 1979) por parte de un sector de mujeres para alejarse –tanto ante la potencial pareja como ante una misma- de la imagen de la “mujer desesperada” que busca pareja a toda costa, hasta la búsqueda de fórmulas novedosas frente al miedo a repetir desilusiones pasadas y la pérdida de confianza en los modelos tradicionales, pasando por la concatenación de emparejamientos para asegurarse el vínculo afectivo en todo momento. Como

⁶³ Con este concepto Merton se refiere a las anticipaciones sobre los tiempos de diferentes fenómenos sociales, que existen con diferentes grados de institucionalización y ejercen su influencia sobre los modos en los que los agentes sociales se relacionan.

hemos visto, cada una de ellas se hace más o menos plausible en determinados contextos de género y clase, y su despliegue nos permiten llegar a una conclusión significativa. Precisamente aquellas prácticas que observadas sin poner atención a los contextos y a su sentido social podrían parecer más cercanas a cierto ethos individualista o, en términos de Bauman, "líquido", de los afectos amorosos están significativamente más presentes en los contextos en los que la pareja ha monopolizado en mayor medida la biografía, se hace más necesaria como fuente de identidad o ha habido mayor sufrimiento en el pasado por razones amorosas. Es decir, los contextos en los que el amor adquiere, desde el punto de vista tanto emocional como práctico, mayor centralidad.

Finalmente, el último aspecto que nos ha interesado en la indagación acerca de la experiencia del amor y la pareja de los jóvenes heterosexuales es el que tiene ver con el deseo y su modelación social. Este punto, creemos, no ha sido estudiado suficientemente en la investigación sobre el amor y sin embargo, es fundamental, por dos motivos. En primer lugar, la descripción de los tipos de masculinidades y feminidades que aparecen como deseables aporta indicios de las identidades de género normativas en un contexto social dado. Por otra parte, si las formas que se anticipan como deseadas por el otro-a inciden, como saber práctico, en la propia "actuación" de género que se produce en la seducción y en el emparejamiento, las transformaciones o continuidades en las categorías de lo atractivo tendrán también importantes efectos en la construcción relacional del género en la vida cotidiana.

Además de género, el deseo tiene, y de forma fundamental, clase. Como hemos argumentado, a pesar de la personalización y neutralización de los rasgos del otro-a que se pone en práctica en las descripciones sobre las personas que atraen o a las que se ama, las personas nos sentimos atraídas por otras personas en las que ambos tipos de atributos están intrínsecamente imbricados y conforman diferentes masculinidades y feminidades en la práctica.

En esta investigación nos ha interesado el análisis de las categorías –como tipos ideales analíticos- a las que se acercan los discursos sobre lo que genera atracción o rechazo y sobre aquello que es susceptible de ser amado, o se ama, en el otro-a. Hemos visto, en este sentido, que los discursos de los hombres apelan mayoritariamente a cualidades de carácter y relacionales como rasgos femeninos atractivos. Las cualidades estéticas aparecen, si bien de forma matizada, en discursos por lo general "políticamente correctos" –ante una entrevistadora mujer- sobre la deseabilidad de que las mujeres sean guapas, pero no exageradas. Un componente estético se encuentra también en los discursos de

los hombres de clases medias procedentes de familias con capital cultural, que enfatizan el valor de mujeres "presentables" ante su entorno, con dulzura y sensibilidad ante la cultura legítima. Entre los jóvenes de clases populares, los atributos más repetidos son rasgos éticos tienen que ver con la bondad y el cariño. La alegría, por otra parte, es un rasgo movilizado como deseable transversalmente por parte de jóvenes de diferentes trayectorias y posiciones sociales.

Las categorías de feminidades construidas como atractivas son, por lo tanto, bastante convencionales: cercanas a un modelo de mujer agradable, no problemática, que se adapta al otro, y que resulta "llevadera", tanto en la convivencia con ella como en la presentación al exterior. En el polo opuesto, la firmeza y el carácter fuerte no se movilizan como rechazables, pero aparecen como rasgos atractivos sólo de forma marginal.

Entre las mujeres, por otra parte, se produce una significativa división de clase en las masculinidades presentadas como deseables. Las jóvenes universitarias que proceden de familias con capital cultural apelan a rasgos de un tipo de hombre brillante, culto, interesante e interesado por esferas como la política o el arte. Entre las que se encuentran en las posiciones sociales intermedias, por otro lado, es frecuente la movilización de la categoría del hombre "responsable", que es trabajador, maduro, serio y autosuficiente, en lo que parece una transposición al deseo de los valores meritocráticos de mujeres de clase media que ha ascendido de posición social a través de la educación. Estos rasgos se combinan además con la independencia emocional, característica naturalizada como definitoria de lo masculino. Finalmente, las mujeres de clases populares entrevistadas, que han sufrido en ocasiones a compañeros agresivos –"brutos, es sus propios términos"- apelan en mayor medida al valor de una masculinidad cuidadora y delicada. Es decir, la reivindicación de hombres dulces y emocionales ocurre casi exclusivamente cuando se ha lidiado con sus contrarios en el pasado.

Si entre los hombres el único polo claramente rechazable que se pone en práctica es el estereotipo de la "materialista", al que apelan los hombres de clases populares para rechazar la figura de la mujer que busca ascenso social a través del emparejamiento, entre las mujeres la oposición entre categorías deseables y rechazables es muy frecuente. Las últimas se corresponden, entre las jóvenes de la trayectoria 1, con el polo del "hombre inculto" al que degradan simbólicamente en su propia presentación del yo como mujeres interesantes. En el resto de sectores, las categorías rechazables se construyen frecuentemente a través de la figura de ex-parejas u hombres con los que de alguna manera u otra se ha estado implicada en el pasado y que se consideran "malos" en diferentes versiones

perfiladas a través de rasgos como la inmadurez e irresponsabilidad, la falta de autenticidad y en algunas ocasiones, la agresividad y la violencia. Con sus relatos, las mujeres apelan siempre a la deseabilidad y el atractivo de rasgos contrarios a estos,, sin embargo, se ven en la tesitura de explicarse a sí mismas y a la entrevistadora su permanencia en relaciones con hombres cuyas características consciente y discursivamente se rechazan. Para hacer tal cosa, la estrategia más frecuente consiste en apelar a la juventud, a un pasado propio inmaduro e ingenuo –por oposición a un presente y a un futuro en el que las elecciones son y serán mejores-, combinada con aspectos irracionales “no controlables”, como la pasión o el deseo sexual, y con las malas artes de los hombres que no muestran sus intenciones tal cuales son. Es decir, las experiencias con hombres valorados negativamente se colocan siempre en el pasado y se busca una justificaciones para los vínculos que se establecieron con ellos.

Este último punto nos lleva a una reflexión que enlaza con otras cuestiones que se han visto a lo largo de esta investigación y que tiene que ver con el análisis de los discursos no sólo en su contenido sino también como prácticas durante la interacción. Pasamos a hacerla explícita.

Entre la gran mayoría de las jóvenes de todas las clases sociales consideradas en esta tesis, existe una marcada presentación del yo como mujeres que saben cuidarse y elegir, que no anteponen el cuidado o la supervivencia de sus relaciones amorosas a su propio bienestar y que no necesitan estar en pareja sino que saben perfectamente vivir solteras. Para explicar las situaciones vividas contrarias a este ideal, aluden frecuentemente bien a la ingenuidad de la juventud, bien al pasado de relaciones presentes que se consideran mejoradas. Todo ello apunta a ciertas reglas del sentimiento que instan a las mujeres a acercarse a la recurrente prescripción cultural de la “independencia emocional”. Sin embargo, cuando los discursos pasan de la presentación de las propias opiniones o de las descripciones generales sobre una misma o sobre lo que se desea y se busca en el otro al relato más espontáneo de diferentes prácticas, decisiones puntuales o interpretaciones concretas sobre diferentes hechos, vemos aparecer indicios de un apego pre-reflexivo a un modelo de feminidad menos moderno y más abnegado, más tendente a auto-responsabilizarse del cuidado de los vínculos y a aguantar, para no perderlos, situaciones cargadas de insatisfacción y a veces de sufrimiento. Por supuesto, no todas las feminidades que se ponen en práctica en las relaciones amorosas heterosexuales son iguales, y en algunos casos, la defensa del valor de cuidarse a una misma se materializa más que en otros. Pero la existencia de esta contradicción en los discursos apunta a lo que desde aquí consideramos una tensión entre dos modelos de feminidad. El de la mujer moderna e independiente se abraza conscientemente, pero convive con el polo sobre cuyo rechazo explícito éste se elabora: el que se basa en los rasgos

tradicionales del sacrificio y la abnegación, aquéllos que, como vimos, se construyeron como modelo hegemónico para las mujeres españolas durante el franquismo (Martín Gaité, 1996). Las prácticas y las vivencias emocionales de las mujeres se encuentran en ocasiones marcadas por esta tensión, y si bien el modelo abnegado se rechaza conscientemente, algunos de sus rasgos aparecen en las experiencias amorosas de parte importante de las jóvenes, mostrando su persistencia en los apegos emocionales y en las incorporaciones no conscientes más allá de los discursos y las reflexiones explícitas al respecto.

Los modelos de masculinidad, por su parte, presentan algunas divisiones más claras entre clases sociales. En este sentido, hemos visto cómo entre los jóvenes de clases populares se da un rechazo explícito a las masculinidades más emocionales y cercanas en sus prácticas y estilos amorosos a lo considerado femenino. Entre los hombres universitarios y de clases medias no encontramos un posicionamiento similar a este respecto. Sin embargo, esto no significa que su manera de relacionarse con el amor y los vínculos de pareja sea identificable a los modos de las mujeres. Si bien, como hemos visto, los repertorios culturales que hombres y mujeres utilizan para dar sentido a su experiencia amorosa presentan más similitudes que diferencias, cuando pasamos al terreno de las prácticas y las emociones encontramos, como ya se ha expuesto, tendencias a actuar más “generizadas”. Entre un sector de hombres -no relacionado con ninguna posición de clase específica- parece que una manera –no necesariamente calculada o “estratégica”- de consolidar o acercarse a la imagen hegemónica de lo masculino que relaciona a los hombres con el poder es ejercer dominación simbólica en sus relaciones amorosas.

Los análisis que hemos conducido en esta investigación nos han permitido entrar en diálogo con los debates sociológicos contemporáneos sobre el amor y la pareja en el mundo occidental actual. Hemos visto que, contrariamente a las tesis de Giddens (1995), y tal como muestran diversas investigaciones feministas, existen diferentes mecanismos que propician diferencias de género en este ámbito. Entre ellos, hemos argumentado acerca de distintas disposiciones en determinadas masculinidades y feminidades –que, no agotan, por otra parte, los modos de estar en el mundo social en general y en el amor y las relaciones en particular- que mantienen las asimetrías de poder y en algunos casos, apuntalan las situaciones de dominación. El deseo por determinadas categorías de hombres y mujeres, neutralizando y personalizando ciertas asunciones sobre lo femenino y lo masculino, puede también constituirse en un refuerzo sutil de las desigualdades. Por otra parte, el análisis de las tendencias de clase en la experiencia del amor y la pareja pone sobre la mesa los problemas de las teorías sobre la individualización de la intimidad y la uniformización social que implícitamente asumen.

De hecho, como hemos visto, algunas de las transformaciones a las que apuntan –novedades en las formas de emparejamiento, ethos posmoderno, práctica del “amor confluyente”- presentan problemas que se acentúan si atendemos a cuestiones de clase, ya que apuntan a un estilo amoroso adoptado – sólo parcialmente, por otra parte- por un sector de clase media con capital cultural.

En definitiva, partir de una teoría de la acción que se interesa por diferentes aspectos arraigados y pre-reflexivos incorporados como uno de los elementos que contextualizan las prácticas –junto con los entornos socio-históricos y las situaciones concretas- nos permite matizar las transformaciones, situar la experiencia del amor socialmente y comprender las diferentes feminidades y masculinidades –que tienen género, pero también clase- puestas en práctica en este ámbito social específico.

En esta investigación hemos indagado en una serie de aspectos de una realidad social concreta, el amor y la pareja. Otros aspectos relevantes de esa misma realidad social no han podido ser tratados, sin embargo, su consideración en próximas investigaciones sería muy útil al propósito de profundizar en la comprensión de este objeto de estudio. Por otra parte, a partir de la investigación empírica y de la reflexión teórica conducidas en esta tesis han surgido una serie de cuestiones que sin embargo, han quedado abiertas y no suficientemente exploradas, sobre las que también merecería la pena indagar en el futuro. Pasamos a considerar todas ellas.

a) Los datos cuantitativos han mostrado que las mujeres con formación universitaria en la treintena se encuentran sin pareja en mayor medida que el resto de mujeres de su cohorte y que los hombres universitarios de su edad. Una investigación cualitativa centrada en la experiencia de estas jóvenes en particular nos permitiría indagar en los motivos de esta tendencia y si éstos se aproximan más a las propias preferencias o estilos de vida, a las dificultades para conciliar carrera y pareja o para encontrar hombres que cumplan sus expectativas, o a la amenaza simbólica que las mujeres muy formadas pueden representar para un sector de hombres –que como hemos visto, no reivindican la inteligencia, formación o capacidades de la pareja o potencial pareja en sus discursos en la medida en que lo hacen las mujeres-.

b) El paro y la desorganización de los tiempos vitales que conlleva afectan desde 2009 a un porcentaje elevadísimo de jóvenes en España. Una línea interesante de investigación podría centrarse en sus efectos sobre la experiencia del amor y de la pareja, y en el análisis de qué condiciones favorecen que las relaciones amorosas sirvan como sostén ante este tipo de

situaciones y cuáles otras propician los conflictos relacionados con todo ello, o de qué modos ambas dinámicas se entremezclan en las vivencias de los y as jóvenes.

c) Otra línea fructífera de investigación para comprender el género en los afectos amorosos podría ir en la dirección de investigar los arreglos cotidianos y los posibles conflictos en relaciones heterosexuales en las que las mujeres tienen mayores niveles educativos –como hemos visto que sucede de manera creciente- o profesiones con mayor estatus que sus parejas. En este sentido, sería interesante investigar los modos en que estos contextos influyen en las feminidades y masculinidades que se ponen en práctica en la relación.

d) En esta investigación hemos indagado en los repertorios culturales a través de los que los jóvenes dan sentido a su experiencia amorosa basándonos en la literatura sociológica anterior que ha identificado los marcos que encuadran los significados en este terreno. Sin embargo, merecería la pena continuar profundizando en esos marcos a través del análisis sociológico de los productos culturales consumidos por diferentes sectores sociales y las definiciones del amor que ayudan a construir.

e) El recurso a páginas web de emparejamiento se encuentra en plena expansión entre los y las jóvenes en España. Los diferentes usos sociales que se hacen de las mismas y la división de la popularidad de cada una de ellas entre sectores sociales distintos nos puede proporcionar información relevante sobre tendencias contemporáneas en la experiencia del amor y la pareja. La marcada presentación del yo que promueven –a través de fotos y de texto con auto-descripciones- y el hecho de que en numerosas ocasiones los usuarios incluyan también textos sobre lo que buscan en la potencial pareja convierte estos espacios en lugares muy interesantes para investigar acerca de las masculinidades y feminidades –con sus atributos de clase y género- en mayor medida valoradas y hacerlo a través de un material muy distinto al que se construye gracias a las entrevistas en profundidad a las que hemos recurrido en esta tesis y que por lo tanto, nos puede proporcionar información complementaria al respecto.

f) La investigación sobre los desamores y las rupturas ayudaría en la comprensión de la experiencia de los afectos, proporcionando información sobre prácticas concretas, conflictos de género, expectativas y deseos o normas culturales sobre lo deseable y rechazable en las relaciones de pareja.

g) En esta investigación, que ha indagado en las formas habituales de vivir los afectos amorosos heterosexuales, no hemos abordado específicamente modelos más novedosos, como las “relaciones abiertas” –que han aparecido marginalmente en el relato de un número muy bajo de entrevistados- o el “poliamor”. Profundizar en este tipo de vínculos podría servir para investigar si en ellos las asimetrías de poder se mantienen, si desaparecen o si aparecen formas diferentes de dominación.

h) Esta tesis se ha centrado en la experiencia del amor heterosexual. Evidentemente, eso implica ignorar un sector importante de adultos-as jóvenes que no se definen dentro de esa categoría. Como hemos explicado, esta decisión fue fruto de la opción por priorizar el estudio del género y la clase de una manera conjunta, lo cual obligó a la reducción de la muestra en otros sentidos, también relevantes, como éste. Sin embargo, es obvio que comprender la experiencia del amor de los adultos jóvenes implica también abordar los vínculos en parejas del mismo sexo en sus diferentes dimensiones. El deseo de las personas LGTB supone un desafío intrínseco a las categorías convencionales de género y al modelo hegemónico heteronormativo. Sin embargo, las masculinidades y feminidades deseadas por personas no heterosexuales pueden implicar un mayor o menos desplazamiento con respecto a los ideales tradicionales de masculinidad y feminidad y una mayor o menos separación dicotómica en la percepción de ambos. Investigar esta cuestión puede servir para indagar acerca de continuidades y cambios en la construcción simbólica del género en la experiencia cotidiana. Por otra parte, al igual que en el punto anterior, creemos que merece la pena investigar los modos en que las desigualdades y dominaciones pueden reproducirse, transformarse o tomar carices diferentes en el seno de afectos amorosos más allá de la pareja heterosexual.

i) Finalmente, la situación arquetípica en la que se producen dinámicas de dominación simbólica por parte de los hombres sobre las mujeres con las que establecen vínculos amorosos es generadora, como hemos visto, no sólo de desigualdad de género, sino de mucho estrés y sufrimiento para ellas. Es por ello que este tipo de dominación no identificada pero practicada cotidianamente y sostenida sobre una base afectiva ha de ser investigada en mayor profundidad. En esta tesis hemos indagado en la permanencia de las mujeres en este tipo de situaciones, pero sería también especialmente útil la exploración de las condiciones que favorecen la salida de las mismas y el establecimiento, por parte de las mismas mujeres, de

relaciones en las que los apegos amorosos se incorporan y practican en base a modelos diferentes y más igualitarios.

Bibliografía

- Alberdi, I., Flaquer, L., Iglesias de Ussel, J. (1994) *Parejas y matrimonio: actitudes, comportamientos y experiencias*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales
- Alberdi, I. (1999) *La nueva familia española*. Madrid: Taurus
- Alberoni, F. (1985) *Enamoramiento y amor*. Barcelona: Gedisa
- Alexander, J. C. (1996) "Critical Reflections on Reflexive Modernization". *Theory, Culture and Society*. 13: 133-138.
- Alonso, L. E. (1998) *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Madrid: Fundamentos
- Alonso, L. E. (1999). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (coords.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 225-240). Madrid: Síntesis
- Alonso, L. E. (2002) "Los mercados lingüísticos o el muy particular análisis de los discursos de Pierre Bourdieu" *Estudios de Sociolingüística* Vol. 3, nº 1: 111-131
- Ayuso, L. 2010. "Los jóvenes españoles y la familia a comienzos del siglo XXI". Pp 115-174 en *Jóvenes españoles 2010*, coordinado por P. González. Madrid: SM
- Ayuso, L. (2012) "Living Apart Together en España. ¿Noviazgos o parejas independientes?" *Revista Internacional de Sociología* Vol. 70, nº 3: 587-613
- Ayuso, L. y García, L. (2014) *Los españoles y la sexualidad en el siglo XXI*. Madrid: CIS
- Bauman, Z. (2003) *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

- Bauman, Z. (2005) *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: Fondo de Cultura Económica
- Bawin-Legros (2004) "Intimacy and the new sentimental order" *Current Sociology* Vol. 52, nº 2: 241-250
- Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós
- Beck, U. y Beck-Gersheim. E. (1998) *El normal caos del amor*. Barcelona: El Roure'
- Bella, R. (1997): "Max Weber and world-denying love: a look at the historical sociology of religion". *Journal of the American Academy of Religion*, 67 (2): 277-304
- Bella, R., N. Madsen, R., Sullivan, W. M., Swidler, A., Tipton, S. M. (1986) *Habits of the heart. Individualism and commitment in American life*. Berkeley: University of California Press
- Bertilsson, M. (1991) "Love's labour lost? A sociological view". En Featherstone, M., Hepworth, M., y Turner, B. S. (eds.). *The body. Social process and cultural theory* pp 297-324, Londres: Sage
- Bosch, E. (dir.), Ferrer, V. García, M.E., Ramis, M.C., Mas, M.C., Navarro, C. y Torrens, G. (2007). *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja*. Memoria de investigación. Universidad de las Islas Baleares.
- Bourdieu, P. (1987) "What makes a social class? On the theoretical and practical existence of groups" *Berkeley Journal of Sociology* Vol. 32 pp. 1-17
- Bourdieu. P. (1996) *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa
- Bourdieu, P. (1997) "The forms of capital" (40-58) *Education: Culture, Economy and Society* Halsey, A.H., Lauder, H., Brown, P., y Stuart Wells, A. Oxford: Oxford University Press
- Bourdieu, P. (1999) *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama

Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama

Bourdieu, P. (2001) *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal

Bourdieu, P. (2002) "Condición de clase y posición de clase". *Revista Colombiana de Sociología*, Vol. 7 nº 1: 119-141

Bourdieu, P. (2004) *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en Bearne*. Barcelona: Anagrama

Bourdieu, P. (2007) "Comprender", en P. Bourdieu (coord.): *La miseria del mundo* Buenos Aires: Fondo de cultura económica

Bourdieu, P. (2008) *El sentido práctico*. Madrid: s.XXI

Bourdieu, P. (2012) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus

Bozon, M. (1992) "Le choix du conjoint". En De Singly, F. (dir.) *La famille. L'état des savoirs* (pp. 22-33). Paris: La Découverte

Burkitt, Ian (2012) "Emotional reflexivity: Feeling, emotion and imagination in reflexive dialogues" *Sociology* Vol. 46 nº 3: 458-472

Callejo, J. (2010): "La emergencia de una nueva concepción de la familia entre las y los jóvenes españoles". *Revista de Estudios de Juventud* 90: 43-66.

Camarero, M. (2003): "El conflicto cultural entre modelos de relaciones familiares". En E. Bericat *El conflicto cultural en España. Acuerdos y desacuerdos entre los españoles*, (Pp. 136-203) Madrid: CIS

Carabaña, J (1994) "La constante homogamia educativa" *Economía y Sociedad* 11: 43-64

- Casado, E. (2002) "La construcción socio-cognitiva de las identidades de género de las mujeres españolas (1975-1995)" Tesis doctoral, Departamento de Sociología V, Universidad Complutense de Madrid
- Casado, E. (2014) "Tramas de género en la comunicación móvil en pareja". En A. Lasén y E. Casado (eds.) *Meditaciones tecnológicas: Cuerpos, afectos, subjetividades*. Madrid: CIS
- Castro, T., Domínguez, M., Martín, T. (2008) "Not truly partnerless: Non-residential partnerships and retreat from marriage in Spain" *Demographic Research*, Vol. 18, nº 16: 443-468
- Conde, F. (2009) *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Madrid: CIS
- Connell, R.W. (1987) *Gender and power. Society, the person and sexual politics*. Stanford: Stanford University Press
- Connell, R., y Messerschmidt, J. W. (2005) "Hegemonic Masculinity. Rethinking the concept". *Gender and Society*, Vol. 19, nº 6: 829-859
- Connell, R. (2009) *Gender*. Cambridge: Polity Press
- De Singly, F. (1984) "Les manoeuvres de séduction: un analyse des annonces matrimoniales" *Revue Française de Sociologie*, Vol. 25 nº 4: 523-559
- Delgado, M. (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama
- Di Giulio, P., Rosina, A. (2007) "Intergenerational family ties and the diffusion of cohabitation in Italy". *Demographic Research*, Vol. 16, nº 14: 441-468
- Di Maggio, P., Mohr, J. (1985) "Cultural capital, educational attainment and marital selection". *American Journal of Sociology*, Vol. 90, nº 6: 1231-1261
- Domínguez, M. (2011) 1995-2006. *Diez años de cambios en las parejas españolas*. Madrid: CIS

- Dufour, M. (1999) "El amor cortesano y la canción trovadoresca. Ensayo de sociología de la música" *Política y Sociedad*, Vol. 32: 207-230
- Duncombe, J y Marsden, D. (1993) "Love and Intimacy: The gender division of emotion and emotion work. A neglected aspect of sociological discussion of heterosexual relationships" *Sociology*, 27(2): 221-241
- Eldén, S. (2012) "Scripts for the good couple: Individualization and the reproduction of gender inequality" *Acta Sociologica*, 55: 3
- Elias, N. (1993) *La sociedad cortesana*. Madrid: Fondo de cultura económica
- Erwin, E. (ed.) (2002) *The Freud Encyclopedia. Theory, therapy and culture*. Nueva York: Routledge
- Esteban, M.L. (2007) "Algunas ideas para una antropología del amor". *Ankulegi-Revista de Antropología*, 11:71-85.
- Esteban, E. Medina. L. y Távora, A. (2008) "El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas", *Anuario de Psicología*, 39 (1):59-73.
- Esteban, M.L. (2009) "Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: Los cuerpos como agentes", *Política y Sociedad*, 2009, Vol. 46 Núm. 1 y 2: 27-41.
- Esteban, M. L. (2011) *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra
- Estaban, M. L. (2012, 27 de marzo) Entrevista en Pikara Online Magazine. Recuperado el 20 de octubre de 2014 de: <http://www.pikaramagazine.com/2012/03/mari-luz-esteban-%E2%80%99Cse-pueden-hacer-sacrificios-por-amor-pero-siempre-deben-ser-temporales%E2%80%99D-la-antropologa-explica-en-su-libro-que-en-la-cultura-occidental-tanto-la-sociedad-como-las-r/>
- Esteve, A., Cortina, C. (2006) "Changes in educational assortative mating in contemporary Spain". *Demographic Research*, Vol. 14, nº 17: 405-428

Eurostat (2010) Household structure in the EU. 2010 Edition. Recuperado de <http://ec.europa.eu/eurostat/documents/3888793/5848337/KS-RA-10-024-EN.PDF>

Evans, M. (2004) "A critical lens on romantic love: a response to Bernadette Bawin-Legros" *Current Sociology*, Vol. 52, nº 2: 259-264

Felmlee, D. H, y Sprecher, S. (2006): "Love", en Jean. E. Stets y Jonathan. H. Turner, eds., *Handbook of the Sociology of Emotions*. Nueva York: Springer

Firestone, Sulamith (1976) *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista* Barcelona: Kairós

Freud, S. (1976) "Psicología de las masas y análisis del yo" (63-136) *Obras completas. Vol. 18*. Buenos Aires: Amorrortu

Galmés de Fuentes, A. (1996) *El amor cortés en la lírica árabe y en la lírica provenzal* Madrid: Cátedra

García Selgas, F. (1994): *Teoría social y metateoría hoy. El caso de Anthony Giddens*, Madrid: CIS

García Selgas, F., y Casado, E. (2010): *Violencia en la pareja: género y vínculo*. Madrid: Talasa

Garrido, L. (1992) *Las dos biografías de la mujer en España*. Madrid: Instituto de la Mujer

Geertz, C. (1973) *The interpretation of cultures*. Nueva York: Basic Book Publishers

Giddens, A. (1995) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra

Giddens, A. (1997) Vivir en una sociedad postradicional en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva: política tradición y estética en el orden social moderno* (pp. 75-136). Madrid: Alianza

Giddens, A. (1999) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza

- Giddens, A. (2000) *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, A. (2003) : *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu
- Girard, Alain (1964) *Le choix du conjoint: une enquête psycho-sociologique en France*. Paris: Presses Universitaires de France
- Goffman, E. (1976) *Frame Analysis. An essay on the organization of experience*. Nueva York: Harper & Row
- González, J. y González, P. (Cords.) (2011) *Jóvenes españoles 2010*. Madrid: Fundación Santa María
- Goode, W. J. (1959) "The theoretical importance of love" *American Sociological Review*. Vol. 24 nº1: 38-47
- Grignon, C. y Passeron. J. C. (1991) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva visión
- Gross, N. (2005) "The detraditionalization of intimacy reconsidered", *Sociological Theory*, Vol. 23, Num. 3, pág. 286-311
- Hatfield, E y Sprecher, S. (1986) "Measuring passionate love in intimate relationships" *Journal of Adolescence*, 9, 383-410
- Hendrick, C. y Hendrick, S. (1986) "A theory and method of love". *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 392-402
- Herrera, C. (2010) *La construcción sociocultural del amor romántico*, Madrid: Fundamentos
- Hervieu-Léger (2003) *Catholicisme. La fin d'un monde*. Paris: Bayard

- Hochschild, A. R. (1979) "Emotion work, feeling rules and social structure". *American Journal of Sociology* Vol. 85, nº 3: 551-575
- Hochschild, A. R. (1983) *The managed heart: Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press
- Hochschild, A. R. (2008) *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz
- Iglesias de Ussel, J. 1998. *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Tecnos.
- Iglesias de Ussel, J. (dir.), Mari-Klose, P., Mari-Klose, M., González Blasco, P (coords.). 2009. *Matrimonios y parejas jóvenes: España 2009*. Madrid: Fundación SM
- Illouz, E. (1997) 'Who Will Care for the Caretaker's Daughter?: Towards a Sociology of Happiness in the Era of Reflexive Modernity. *Theory, Culture and Society* 14(4): 31-66.
- Illouz, E. (2009) *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Katz
- Illouz, E. (2012) *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Madrid: Katz
- Illouz, E. (2014) "La creación de los estándares emocionales", en *El futuro del alma*. Barcelona: Katz-CCCB
- Jabat, E. (2007) "La promesa de Afrodita. Un baile de identidades en la experiencia del amor." Tesis doctoral, Departamento de Sociología, Universidad Pública de Navarra
- Jackson, S. (1993) "Even sociologists fall in love: An exploration in the sociology of the emotions". *Sociology* Vol. 27 Nº 2: 201-220

- Jamieson, L. (1999) "Intimacy transformed? A critical look at the pure relationship" *Sociology*, Vol. 33 N° 3: 477-494
- Jamieson, L., Anderson, M., McCrone, D., Bechhofer, F., Stewart, R., Li, Y. (2002) "Cohabitation and commitment: partnership plans of young men and women" *Sociological Review*, Vol. 50 n° 3: 356-37
- Jankowiak, W. (1995) *Romantic Passion: A universal experience?* Nueva York: Columbia University Press
- Jonasdottir, A. (1993) *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Madrid: Cátedra
- Kalmijn, J. (1991) "Status homogamy in the United States". *American Journal of Sociology*, Vol. 97 n° 2: 496-523
- Kaufmann, J. C. (1993) *Sociologie du couple*. Paris: Presses universitaires de France
- Langford, W. (1999) *Revolutions of the heart: Gender, power and the delusions of love*. Londres: Routledge
- Lindholm, C. (1998) "Love and Structure". *Theory, Culture and Society* Vol. 15, n° 3-4: 243-263
- Luhmann, N. (1986) *Love as passion. The codification of intimacy*. Stanford: Stanford University Press
- Paz, O. (2009) *La llama doble*. Barcelona: Seix Barral
- Martín Criado, E. (1998a) "Los decires y los haceres". *Papers* 56:57-71
- Martín Criado, E. (1998b) *Producir la juventud*. Madrid: Istmo
- Martín Criado, E. (2010) "Las tallas grandes perjudican seriamente la salud. La frágil legitimidad de las prácticas de adelgazamiento entre las madres de clases populares". *Revista Internacional de Sociología* Vol. 68, n° 2: 349-373

- Martín Criado, E. (2014) "Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso". *Revista Internacional de Sociología* Vol.72, nº 1: 115-138
- Martín Gaité, C. (1996): *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Anagrama
- Mayoral, D., Samper, L. (2006) "Cambio social y homogamia educativa". *Revista Internacional de Sociología*. Vol. 64, nº 43: 35-67
- McNay, L. (1999) "Gender, Habitus and the Field: Pierre Bourdieu and the limits of reflexivity" *Theory, Culture & Society*. Vol. 16, nº 1: 95-117
- McNay, L. (2004) Agency and experience: Gender as a lived relation. En L. Adkins y B. Skeggs, (coords.) *Feminism after Bourdieu* (pp. 175-190). Oxford: Blackwell
- Meil Landwerlin, G. (1999) *La población española*. Madrid: Acento editorial
- Meil Landwerlin, G. (2003) *Las uniones de hecho en España*. Madrid: CIS
- Meil Landwerlin, G. (2004) "La pareja en el horizonte vital de las nuevas generaciones. Deseos y realidades". *Revista de Estudios de la Juventud*. Nº 67: 39-54
- Merton, R. K. (1992) Las duraciones esperadas socialmente. Un estudio de caso sobre la formación de conceptos en Sociología. En, R. Ramos (Ed.), *Tiempo y Sociedad* (pp. 275-306). Madrid: CIS
- Miranda, M.J. (2008) "El vínculo en la pareja heterosexual". Pp 19-34 en *Violencia de género en las parejas heterosexuales: análisis, diagnóstico y problemas de intervención* Coords: A. García Selgas, A. y Casado. E. Pp. 19-34 Madrid: Comunidad de Madrid.
- Moreno Pestaña, J. L. (2004) Cuerpo, género y clase en Pierre Bourdieu. En L. E. Alonso, E. Martín Criado y J. L. Moreno Pestaña (eds.) *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo* (pp. 143-183). Madrid: Fundamentos

- Moreno Pestana, J. L (2010) *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*. Madrid: CIS
- Moreno Pestaña, J. L. (2013) "Mercado de trabajo y trastornos alimentarios. Las condiciones morales y políticas de la resistencia". *Dilemata*, 12: 143-169
- Nowotny, H. (1981) Women in Public life in Austria. En C. Fuchs Epstein y R. Laub Coser (eds.) *Access to Power: Cross-National Studies of Women and Elites* (pp. 147-156). Londres: George Allen & Unwin
- Ortega y Gasset, J. (1995) *Estudios sobre el amor*. Madrid: Edad
- Ortí, A. (2005) La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (eds.) *El análisis de la realidad social* (pp. 219-282). Madrid: Alianza Editorial
- Pérez- Agote, A. (2012) *Cambio religioso en España. Los avatares de la secularización*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Radway (1991) *Reading the romance: women, patriarchy and popular literature*. Chapel Hill: University of North Carolina Press
- Ramos, R. (1996) "Jano y el ornitorrinco. Aspectos de la complejidad social". En Pérez-Agote, A., y Sánchez de la Yncera, I. (eds.), *Complejidad y Teoría social* (163-202) Madrid: CIS
- Ramos, R., y Callejo, J. (2015) *La semántica social de la crisis*. Inédito
- Reay, D. (2004) Gendering Bourdieu's concept of capitals? Emotional capital, women and social class En L. Adkins y B. Skeggs, (coords.) *Feminism after Bourdieu* (pp. 57-74). Oxford: Blackwell

- Roca, J. (2008) "Ni contigo ni sin ti: cambios y transformaciones en los roles de género y las formas de convivencia". Pp. 13-31 en *Sexualidad, género, cambios de roles y nuevos modelos de familia*, coordinado por A. Téllez y J. E. Martínez. Elche: Universidad Miguel Hernández y S.I.E.G
- Rodríguez-Brioso, M. (2004) "Las relaciones de pareja en la juventud española: entre la tradición y las preferencias individuales". *Revista de Estudios de Juventud* 67: 71-84
- Rougemont, D. (2010) *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós
- Ruiz, J (2009). Análisis sociológico del discurso: métodos y lógicas. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(2), Art. 26, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0902263>.
- Ruiz, Jorge (2014). «El discurso implícito: aportaciones para un análisis sociológico». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 146: 171-190.
- Sanpedro Díaz, P. (2009) "Los mitos del amor y su impacto en la vida de las mujeres". Pp. 122-127 en *Actas 5º Congreso Estatal Isonomía sobre Igualdad entre hombres y mujeres*. Castellón de la Plana: Isonomia y Universitat Jaume I
- Sewell, W. Jr. (2005) *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*. Chicago: The University of Chicago Press
- Simmel, G. (1984) *On women, sexuality and love*. New Haven y Londres: Yale University
- Skeggs, B. (1997) *Formations of class and gender*. Londres: Sage
- Swidler, A. (1986) "Culture in action: symbols and strategies". *American Sociological Review*, Vol.51, nº 2: 273-286
- Swidler, A. (2001) *Talk of love. How culture matters*. Chicago: The University of Chicago Press
- Vaughan, D. (1986) *Uncoupling: Turning points in intimate relationships*. Oxford: Oxford University Press

Weber, M. (1972) *Ensayos de sociología contemporánea* (Vol. 2, cap. 10, pp. 82-130). Barcelona: Martínez Roca, D.L.

Zamora, F. (2006) Formación y disolución de la pareja, en Delgado, M. (coord.) *Familia y reproducción en España a partir de la Encuesta de Fecundidad de 1999* (pp. 45-69). Madrid: CIS

Zolo, Danilo (1992) *Democracy and Complexity: a Realist Approach*. Cambridge: Polity Press

APÉNDICE METODOLÓGICO

TRAYECTORIAS DE CLASE SOCIAL CONSIDERADAS:

Trayectoria 1: Familias de origen con niveles medios y medios altos de capital económico y altos de capital cultural: padre -o padre y madre- con estudios universitarios (licenciaturas, ingenierías o post-gradados) y pertenecientes a las siguientes categorías profesionales: empresarios medianos y grandes, profesionales liberales que ejerzan de forma autónoma o como empleados (médicos, abogados, arquitectos, profesores universitarios), funcionarios de carrera, ejecutivos de empresa. Los entrevistados-as son licenciados o post-graduados –o estudiantes de antiguas licenciaturas- que, en caso de haber terminado sus estudios, hayan trabajado al menos dos años en su sector.

Trayectoria 2: La posición de destino es la misma que la de los jóvenes de la trayectoria número 1, pero difieren en su clase social de origen. En este caso se trata de familias con niveles medios de capital económico y medios-bajos de capital cultural, cuyos padres no tienen estudios superiores universitarios y pertenecen a las siguientes categorías profesionales: asalariados no manuales, comerciantes, funcionarios y pequeños empresarios no agrarios sin empleados.

Trayectoria 3: Los entrevistados-as tienen niveles medios de capital cultural –FP II, ciclos formativos de grado superior o diplomatura universitaria-, en situación laboral estable o precaria y proceden de familias de clases populares, con niveles bajos de capital económico y cultural: trabajadores cualificados o no cualificados de la industria y los servicios en el ámbito urbano, artesanos y personal administrativo de baja cualificación.

Trayectoria 4: La clase social de origen es similar a la de los y las jóvenes de la trayectoria anterior pero los niveles de capital cultural de los entrevistados-as son más bajos: tienen estudios obligatorios, secundarios, FPI o ciclos formativos de grado medio. Su situación laboral es en su gran mayoría inestable.

Como ya hemos explicado, construir categorías analíticas como éstas implica introducir discontinuidad en una realidad social continua. Los capitales de las personas que forman los diferentes grupos son homogéneos, pero no idénticos. Además, mientras que algunos entrevistados-as encajan perfectamente en una de las categorías construidas, otras están a caballo entre dos. En este sentido, hay varias entrevistadas clasificadas entre las categorías 1 y 2 porque sus familias de origen se acercan en capital cultural a la trayectoria 1 y en capital económico a la trayectoria 2. Por otra parte, Soraya (E27) es la única entrevistada con una trayectoria social descendente: hija de una familia de clase media, dejó los estudios tras completar la EGB y ha tenido una

trayectoria laboral precaria con trabajos temporales desde limpiadora a dependienta en grandes almacenes. En el momento de la entrevista se encuentra en el paro.

HOMBRES ENTREVISTADOS

NOMBRE	EDAD	TRAYECTORIA SOCIAL	PROFESION PADRE	PROFESIÓN MADRE	EDUCACIÓN	OCUPACIÓN	SITUACIÓN PAREJA E HIJOS
E1: Gonzalo	27	1	Empresario (sector inmobiliario)	Profesora IES	Ingeniería Informática	Programador	Casado
E2: Alonso	33	1	Médico (Director Instituto de Investigación)	Médico	Medicina	Médico	Sin pareja
E3: Mateo	27	1	Ingeniero de caminos	Abogada (ex ministra)	Estudiante arquitectura	Estudiante	Sin pareja
E4: César	29	1	Directivo	Funcionaria	Periodismo	Profesor IES	En pareja sin convivencia
E5: Andrés	28	2	Empleado banca	Ama de casa	Ingeniería Informática	Programador	Conviviendo
E6: Pablo	26	2	Funcionario	Ama de casa	Estudiante Filosofía	Estudiante	Sin pareja
E7: Joaquín	33	2	Empleado de banca	Dueña pequeño comercio	Ingeniería Informática	Programador	Sin pareja
E8: Dani	31	3	Repartidor (parado de larga duración)	Dependiente	Enfermería	Enfermero	Sin pareja
E9: David	28	3	Obrero sector mecánica	Costurera	Módulo superior (imagen y sonido)	En paro (socorrista durante el verano)	En pareja sin convivencia
E10: Alejandro	28	3	Obrero sector mecánica	Teleoperadora	Módulo superior (mantenimiento aeromecánico)	En paro (varios, precario)	Sin pareja
E11: Tomás	29	4	Varios (precario)	Ama de casa	1º de bachillerato	En paro (varios, precario)	En pareja sin convivencia
E12: Ignacio	26	4	Obrero sector mecánica	Ayudante de cocina	ESO	En paro (militar en el pasado)	Sin pareja
E13: Álvaro	29	4	Albañil	Ama de casa	Módulo grado medio (aparatos frío y calor)	Técnico reparación electrodomésticos (por cuenta ajena)	Conviviendo
E14: Manuel	31	4	Carpintero	Peluquera	Bachillerato	En paro (varios, precario)	Casado con un hijo
E15: Francisco	34	4	Carpintero	Ama de casa	EGB	Administrativo	Casado

MUJERES ENTREVISTADAS

NOMBRE	EDAD	TRAYECTORIA SOCIAL	PROFESIÓN PADRE	PROFESIÓN MADRE	EDUCACIÓN	OCUPACIÓN	SITUACIÓN PAREJA E HIJOS
E16: Adriana	27	1	Empresario (sector ingeniería naval)	Abogada	Licenciada Comunicación Audiovisual	Estudiante Master Cine (Guión)	Conviviendo
E17: Miriam	30	1-2	Empleado banco-dueño librería (filósofo)	Empleada banco-dueña librería (socióloga)	Psiquiatría y master	Psiquiatra en paro	En pareja sin convivencia
E18: Sofía	30	1	Médico	Profesora IES	Lic. Dcho-CCPP	Abogada	En una relación a distancia
E19: Natalia	30	1-2	Director IES (cooperativa) (Filosofía)	Dueña panadería (magisterio) Familia de origen adinerada	Psiquiatría y master	Psiquiatra en paro	Soltera
E20: Begoña	29	1	Empleado Banco (familia de origen adinerado)	Abogada (familia origen adinerada)	Lic. Traducción e Interpretación	Coordinadora Recursos Humanos	Conviviendo
E21: Leticia	28	1-2	Coordinador RR.HH (Ldo. Psicología)	Ama de casa	Psicología y master	Psicóloga en asociación	En pareja sin convivencia
E22: Blanca	29	2	Empleado de banca	Ama de casa	Física	Programadora	Soltera
E23: Carmen	32	2	Funcionario	Propietaria pequeño negocio	Periodismo y master	Comercial	Casada
E24: Marina	26	3	Conserje	Camarera	Diplomada Trabajo Social	Educadora social	Conviviendo
E25: Lara	26	3	Guardia Civil	Limpiadora	FP superior (diseño)	Maquetadora web	Conviviendo
E26: Carolina	25	3	Dueño heladería ambulante (Fallecido cuando ella era recién nacida)	Administrativa	FP superior (audiovisual)	En paro	Soltera
E27: Soraya	28	Descendente	Funcionario	Maestra	EGB	Paro (varios, precarios)	Soltera
E28: Sandra	25	4	Conserje	Ama de casa	ESO	Paro (dependienta)	Soltera
E29: Mónica	29	4	Administrativo (parado de larga duración durante su infancia)	Limpiadora	FP medio	Paro (estetiéción)	Divorciada y casada
E30: Rosana	34	4	Carpintero	Limpiadora	EGB	Paro (dependienta)	En una relación sin convivencia (Una hija de una relación anterior)
E31: Raquel	30	4	Camionero (sin contacto con ella hasta la adolescencia)	Administrativa	Bachillerato	Teleoperadora	En una relación sin convivencia

